ALINA NOT



Bad Ash

Un chico perdido. Una chica rota.
Un instante para encontrarse

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Once meses antes...

1. Midnight Show

2. Liar

3. Out Of My Mind

4. The Invisible Man

5. Desperate Things

6. Play The Game

7. The Way It Was

8. It's A Hard Life

9. I Can't Stay

10. Breakthru

11. Runaways

12. A Kind Of Magic

13. Read My Mind

14. Nevermore

15. All These Things That I've Done

16. Who Needs You

17. Miss Atomic Bomb

18. Killer Queen

19. Caution

20. Keep Yourself Alive

21. My Own Soul's Warning

22. Sleeping On The Sidewalk

23. For Reasons Unknown

24. Good Company

25. Just Another Girl

26. Another One Bites The Dust

27. Bones

28. The Show Must Go On

29. Here With Me

30. Jealousy

31. Quiet Town

32

33

34

35

36

37

38. Shadowplay

39

40

41. Dying Breed

42. Spread Your Wings

43. Run For Cover

44. You Take My Breath Away

45. I Feel It In My Bones

46. Rain Must Fall

47. Smile Like You Mean It

48. Bohemian Rhapsody

49. A Dustland Fairytale

50. Don’t Stop Me Now

51. Imploding The Mirage

52. Friends Will Be Friends

53. Be Still

54. My Baby Does Me

55. Flesh And Bone

56. You And I

57. A Matter Of Time

58. The Loser In The End

59. When The Dreams Run Dry

60. Was It All Worth It

61. In Another Life

62. I Want It All

63. From Here On Out

64. If You Can’t Beat Them

65. Some Kind Of Love

66. Crazy Little Thing Called Love

67. Human

68. I Was Born To Love You

69. Life To Come

70. One Year Of Love

Epílogo. Love Of My Life

Agradecimientos

Créditos

TYLER
PIEZAS ROTAS

Alina Not

Bad Ash

CROSS BOOKS

Para los chicos perdidos
y las chicas hechas de piezas rotas.
Un abrazo puede ser el principio
para recomponernos.

Once meses antes...

El corazón me retumbaba con tanta fuerza contra las costillas que temí que me saltara fuera del pecho y cayera en sus manos. Supuse que la penumbra en la que estábamos sumidos podría ser mi cómplice por un instante y me atreví a recorrer lentamente con las pupilas la forma de sus labios.

Las ganas me hervían en las tripas, me colapsaban el pecho y trepaban por mi garganta. Me cosquilleaba la punta de la lengua, que anhelaba su sabor. Me temblaban las manos, impacientes por apartar ese mechón de pelo que le acariciaba la mejilla.

Y dolía. Siempre dolía.

No era el mío, en esa ocasión, el dolor que me desgarraba por dentro. Era el suyo el que gritaba en silencio, tan alto que ya empezaba a hacerme eco en todos los rincones. Y quería pararlo.

Apagar la oscuridad que anidaba en los dos y llenarnos de luz a base de chispas saltando de labio a labio.

No podía hacerlo. Por muchas razones. Por ella. Por mí. Y, sobre todo, por *él*.

No podía, pero... Tampoco estaba muy seguro de poder pararlo. De poder pararme. De frenar lo que llevaba años abrasándome el cuerpo y el alma.

Y él... Él se había apartado, ¿no? Él la había dejado marchar. Él, que se suponía que tenía que estar para siempre a su lado, estaba dejando que ella se llenara de oscuridad y se hundiera poco a poco en esa tristeza que no dejaba de resonar. Él no estaba, cuando habría podido estar. Él se frenaba, cuando yo no podía hacerlo.

Y él dejó de existir por un momento, cuando volví a buscar sus ojos y los encontré clavados en los míos.

Éramos solo ella y yo.

Y no podía esconderme más.

1

Midnight Show



Tyler

Cameron Parker. Tiene nombre de ganador. De ser el que alcanza el punto más alto del pódium y te mira desde arriba. El que se disculpa por ser mejor que tú y demostrarlo una y otra vez. El que se queda con los aplausos. Con la admiración y el cariño de la gente. El que se lo merece, sí, porque además lo merece mucho, y esa es la peor parte. Cameron Parker es el nombre de alguien que camina hacia el lado donde brilla el sol mientras tú te escondes en las sombras. Del que se queda con el amor de la chica y entonces decide que ya no lo quiere.

Y es el puto nombre que no deja de escucharse por todas partes desde que fue la estrella indiscutible del equipo de fútbol americano que arrasó en la *Super Bowl* hace dos semanas.

Suelto un resoplido cansado y apago el televisor que hay en la pared del fondo, donde suelo tener las noticias deportivas como ruido ambiente, cuando vuelven a decir su apellido y dan paso a una repetición de esa jugada de *touchdown* con la que se lució. Creo que

habría dado un brazo por ser yo el que le hizo ese pase. Total, el brazo que tengo ya no sirve para ser *quarterback*, de todas maneras.

Me paso las manos entre los mechones del pelo, desde la frente hasta la nuca, y estiro un poco más la largura que ya me roza el inicio de la espalda. Creo que debería ir a cortármelo, pero nunca encuentro el momento. Levanto la vista de los albaranes y las facturas y miro hacia la puerta que da a la sala. La música suena amortiguada aquí, por suerte, pero tampoco está aislado del todo, así que el ritmo machacón del último éxito se me cuela dentro. Todo el mundo dijo que meterme en este negocio era muy mala idea, pero les he cerrado la boca porque el club va de puta madre y, de momento, no me he metido en ningún lío. Se suponía que yo solo iba a ser el socio capitalista, e invertí una buena cantidad de todo eso que llenó mi cuenta corriente cuando cumplí los veintiuno y me llegó la herencia de mi viejo. Pero la cuestión es que ese idiota de Andrews no tiene ni idea de números y que... ¿he dicho ya que es un idiota y también bastante descerebrado? Tengo que pasarme por aquí como mínimo un par de noches al mes para asegurarme de que todo va bien. Y también para revisar las cuentas, porque eso es lo que menos le importa a mi socio, al parecer. Al menos, se encarga de tener la sala llena las cuatro noches a la semana que abrimos.

Dejo las últimas facturas a un lado y vuelvo a revisar el móvil. Se me aceleran las pulsaciones cuando abro esa conversación por enésima vez en las últimas cinco horas y releo el mensaje.

> **Cam:** Tengo que pasar por Los Ángeles un par de días la semana que viene. Me alojaré en el Four Seasons de Beverly Hills. ¿Tienes tiempo para tomar algo?

Hace horas. Ni siquiera he sido capaz de contestar porque de repente me parece la peor idea del mundo. Deslizo el dedo sobre la

pantalla para ver nuestras interacciones anteriores a ese mensaje inesperado..., *mis* interacciones, porque él llevaba ocho largos meses sin responder ni a uno solo de los míos. Y le he mandado muchos. Muchísimos. Por lo menos uno a la semana desde que me echó de su vida y bloqueó mi contacto. Y ahora... ¿Esa sensación de conseguir algo por lo que llevas demasiado tiempo luchando y de repente no saber qué hacer con ello? Joder, esa mierda soy yo ahora mismo.

Y no hace falta que diga de nuevo lo de su nombre de ganador. Ni tampoco lo muchísimo que lo merece. No voy a estar ni de lejos a la altura para esa conversación pendiente.

Lo admito, no soy la mejor persona del mundo. Tampoco soy la peor, ¿vale? Podría poner mil excusas, pero la verdad es que si le rompí el corazón en pedazos a mi mejor amigo sabiendo perfectamente cómo le dolería eso fue porque... Fue por *ella*. Y sí que me siento como la peor persona del mundo cuando soy consciente de que, si pudiera volver el tiempo atrás, es muy probable que volviera a hacerlo. Aunque me costara destruirme y tener que vivir entre ruinas el resto de mi vida. Justo como lo hago ahora.

¿Debería decírselo a ella? Creo que no. O, en todo caso, no hasta que haya hablado con él y sepa seguro si esto es un acercamiento o solo quiere darme el puñetazo que se nos quedó a deber junto a todas esas explicaciones que no quiso escuchar. Si le escribo y le digo: «Oye, Cam quiere hablar conmigo», y ella sigue sin saber nada en absoluto de él, eso le va a doler mucho más de lo que ninguno de los dos podemos permitirnos. No quiero que le duela. Claro que no. Pero lo echo de menos a un nivel que jamás admitiré en voz alta. Así que pulso sobre el teclado y dudo antes de escribir una respuesta.

Yo: Claro. Cuenta con ello. Dime hora y lugar
y allí estaré.

Luego bloqueo la pantalla y dejo que la espalda resbale por el respaldo de la silla hasta apoyar la cabeza en el borde. Miro el techo. Sigue siendo la peor idea porque, siendo como soy, lo más probable es que en ese encuentro acabe cagándola aún más. Y, aun así, no puedo dejar pasar la oportunidad.

¿Qué hora es en Boston? Seguro que no lee mi respuesta hasta mañana y, de todos modos, tampoco va a contestarme. Eso lo sé. A lo sumo, me enviará un escueto mensaje con una dirección y una hora cuando ya haya aterrizado. Eso si no se arrepiente antes, por supuesto. Por un par de segundos, casi lo deseo. Que se eche atrás. Que no quiera verme. Esa es mi parte cobarde, la que ocupa como un ochenta y cinco por ciento de mí y batallo a duras penas con el otro quince y una fachada que empecé a construirme a los trece años. En el fondo sí quiero verlo. *Necesito* hablar con él. Aunque solo sea para decirle que siento todo lo que ese gallito que hay en mí soltó por la boca la última vez que nos vimos. Solo para agachar las orejas, como debí haber hecho desde el maldito principio, pedir perdón de nuevo y explicarle que...

¿Qué narices hay que explicar? Ni siquiera sabría por dónde empezar.

Me levanto y me paseo por el despacho. Me gusta que este sitio sea solo mío. Estar al lado de la fiesta, pero en mi propio espacio. Tener un lugar en el que refugiarme cuando las paredes del apartamento se me caen encima. Tal vez me quede esta noche. No sería la primera vez que duermo en ese sofá. Es cómodo. Tengo algunas prendas de ropa en el armario que debería servir solo para guardar archivadores. Y la ducha tiene mejor presión que la de mi casa. Podría quedarme a vivir aquí. Así la música machacona

competiría con el volumen de todos esos pensamientos que no quiero tener y que me atacan a todas horas cuando estoy en silencio. Tal vez no me sentiría tan solo. Quizá dejaría de sentirme tan perdido.

Freno en seco, cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz con dos dedos. *Vale ya, jodido Tyler.* Basta. La terapia no valdrá de nada si no me esfuerzo un poco más en luchar contra toda esa oscuridad que me acecha desde dentro.

Voy a fumar un cigarrillo. La nicotina sabrá qué hacer con toda esa mierda que me corre por las venas. Necesito algo que me destruya desde fuera, porque lo que desgarra desde el centro duele más y deja marcas.

Me acerco al cajón, recupero el paquete de tabaco que siempre tengo ahí, me aseguro de coger el mechero y, cuando estoy a punto de encenderlo, decido que es mejor que fume en la calle. No porque no pueda hacerlo aquí, es mi despacho y fumo en él tanto como me apetece —aunque Andrews me toque los cojones con eso de mantener el local libre de humos—, sino solo porque el aire fresco de las últimas noches de febrero me irá bien. Me palpo el bolsillo para asegurarme de que llevo la llave, cojo la cazadora de cuero que he dejado sobre el brazo del sofá, voy hasta la puerta y salgo a la jungla de cuerpos sudorosos y alcohol en la que se convierte el club cada noche de jueves a lunes.

Hoy está muy lleno. Tanto, que me cuesta avanzar entre la gente. La canción cambia y, cuando levanto la vista, el DJ me saluda desde la cabina. Le devuelvo el saludo con poco entusiasmo y tengo cuidado de no tocar en ninguna zona inapropiada cuando tengo que abrirme paso entre un grupo de chicas. Hay dos normas fundamentales en este local que yo impuse como condiciones cuando Andrews me propuso el negocio: la primera es que las

mujeres siempre tienen que sentirse seguras y libres entre estas paredes, la segunda es la tolerancia cero a las drogas. No es solo por la cantidad de problemas legales que eso podría acarrearnos; trabajo cinco días a la semana con chavales problemáticos de esos que son incómodos para las administraciones y todos tienen algo en común: las drogas —las que consumen ellos o, sobre todo, miembros de su familia— les han destrozado la vida. Igual que estuvieron a punto de destrozármela a mí.

—Sparks.

Vuelvo la cabeza y Andrews tarda solo dos segundos en abrirse paso hasta llegar a mi altura. Me da una palmada en el brazo.

—¿Qué hace Bree en sujetador? —pregunto antes de que él pueda decir nada.

Sigue el curso de mi mirada. La camarera que atiende la barra principal esta noche parece agobiada y no llega a todo. Su compañero no está colaborando mucho, acabo de ver cómo se tomaba un chupito con un grupo de chicas. Y, además, el trabajo se le ha multiplicado porque un montón de tíos se agolpan delante de la barra y seguro que ni tienen sed, tan solo quieren mirarle las tetas. Y esto no me habría molestado hace un par de años, si no fuera mi local y si no fuera mi camarera, probablemente, puede que incluso fuera uno de esos chicos que se acercan a pedir con alguna insinuación en la punta de la lengua. Pero aquí y ahora no. No en mi local donde solo he establecido dos normas.

—Es un corsé, tío.

Pongo los ojos en blanco cuando Andrews vuelve a mirarme.

—¿Le has pedido tú que vaya así?

—Es lo que se ha puesto ella. Se llama libertad y se pronuncia «es su cuerpo, ella decide cuánto enseñar», Tyler.

Me trago un gruñido. No tengo nada en contra de la escasez de ropa, las faldas cortas y mostrar la ropa interior. De hecho, diría que soy bastante fan de todo ello, pero sé que a veces mi socio les da ciertas «ideas» a los camareros acerca de cómo atraer más clientela, y no suelo estar muy de acuerdo.

—Asegúrate de que así sea.

Hace una mueca en respuesta a mi advertencia.

—Estás muy picajoso esta noche. Teníamos que hablar de algunos temas, pero mejor lo dejamos para otro momento.

Le dedico un asentimiento tosco. Me muero por una calada de esos cigarrillos que llevo en la mano, si sigue reteniéndome puede que acabe por morderle.

—Sí, mejor.

Alza las manos y se aparta a un lado. Mira el paquete de tabaco y parece comprender por fin que tengo prisa.

—¡Gracias por salir a fumar fuera! —le grita a mi espalda mientras me alejo.

Levanto el brazo y le dedico un corte de mangas.

Respiro cuando por fin salgo a la calle. Me pongo la cazadora porque la temperatura ha caído bastante desde que he llegado al final de la tarde. Me llevo un cigarrillo a los labios sin perder más tiempo y lo enciendo. Luego doy dos pasos a un lado y apoyo la espalda en la pared. Echo la cabeza hacia atrás para darme un golpe suave contra el muro mientras expulso el humo lentamente. Mejor así. Voy a volverme loco si sigo pensando en ese mensaje toda la semana. Lo peor es que, precisamente ese mensaje, me ha llevado a pensar también en otras cosas. Esas en las que me esfuerzo en no pensar. Como qué hora es en Chicago y si tiene frío esta noche.

Todo el mundo habla del amor de tu vida. La gente no para de preguntarse si existe, dónde estará o cuándo llegará. Nadie se

plantea lo que pasará si el amor de tu vida tiene un amor de su vida que no eres tú. Supongo que esa es mi historia. Que acabo de cumplir veintitrés años y no tengo mucho que esperar, porque hace diez que conocí a esa persona y hace cinco que ella lo conoció a él. Y luego lo hicimos saltar todo por los aires y los amores de nuestra vida nos pasaron de largo, nos vapulearon y nos pisotearon hasta dejarnos sin corazón. Tres corazones rotos, al final. Nadie te avisa de las consecuencias de luchar por el amor de tu vida, no. Eso me tocó aprenderlo solito y arrasando con las dos personas más importantes por el camino.

Culpa mía. Y no la comparto. Ni siquiera con ella.

No sé bien cómo explicarle eso a él. Que lo entienda. Que abra los malditos ojos y *la vea*. Que la perdone. Porque puedo cargar con esto yo solo, y ellos deberían construir algo mucho más allá de mis ruinas.

Doy otra calada. Larga. Concienzuda. Intoxicándome los pulmones, porque cuando el aire está limpio siento que me cuesta respirar.

Un grupo de chicas sale por la puerta que he dejado a la derecha. Una de ellas me lanza una mirada larga y una sonrisa coqueta mientras las demás se ríen. Se acerca meneando las caderas con elegancia sobre unos tacones monstruosos, aunque se nota en el brillo de sus ojos y el color de las mejillas que ha tomado alguna copa de más, y me pide un cigarrillo. Le ofrezco uno y, en cuanto se lo pone en los labios, me dedica un aleteo de pestañas y se acerca para que se lo encienda. Sus amigas cuchichean en voz baja solo unos pasos más allá.

La observo con detenimiento mientras da la primera calada, aún a mi lado. Es guapa. Alta, con un vestido sexi, con el que pasaría frío si no fuera por el alcohol que le corre por las venas, y las piernas

larguísimas. Tiene un tatuaje de un gato Sphynx en el muslo derecho. Se pasa la lengua por el labio inferior cuando vuelvo a mirarla a la cara. Dice que me ha visto salir antes. Apenas la escucho cuando sigue hablando.

El sexo es fácil. No es que en los meses que hace desde... No es que no lo haga a menudo, cada vez que alguna chica me llama la atención, yo se la llamo a ella y surge la oportunidad. Me gusta el sexo. Mucho. Tal vez demasiado. El problema es el vacío que me agujerea el pecho después. Cada vez que me largo en silencio y las ganas de quedarme y abrazarla y entregarme siguen siendo solo de *ella*.

Esta noche no me vendría mal una distracción. Un entretenimiento. Un buen rato que, por lo menos, me dé algo agradable en un día de mierda. Aunque sea solo ese placer efímero. Si a esta chica no se le enredara la lengua cada dos frases, demostrando que sí que ha bebido demasiado, la invitaría a volver dentro y a conocer mi despacho y también a algo más. Pero está claro que no está en condiciones de tomar esa decisión, por muy lanzada que vaya conmigo.

Me despido de ella y de sus amigas con pocas explicaciones cuando termino el cigarrillo. Voy a buscar a Andrews, ahora que estoy calmado, para ver cuáles son esos temas de los que quería hablar. Y luego, probablemente, me iré a casa a pasarme otra noche sin poder dormir. Hace tiempo que el insomnio se ha convertido en un problema que ignoro, como todos esos otros que arrastro desde hace años.

Mi socio no está por ningún lado. No lo veo por la sala y tampoco lo encuentro en el almacén, que es donde tiene ese pequeño despacho propio que apenas utiliza. Le mando un mensaje para decirle que pase por el mío cuando pueda, espero una respuesta

que no llega en el siguiente minuto, me doy por vencido y me paseo por delante de la barra para caminar hasta la puerta que me permitirá esconderme de todo este descontrol y la diversión con los que hoy no me siento acorde. Hago un alto para preguntarle a Bree si todo va bien y me responde que sí con una sonrisa y sin dejar de servir cerveza.

Paro un momento antes de abrir y entrar en mi madriguera, para mirar alrededor. No veo nada preocupante, nada ante lo que sienta la necesidad de intervenir. La gente baila, bebe, canta y habla a gritos. Unas cuantas parejas se enrollan no muy lejos de aquí, hay cola en la puerta del baño de las chicas y un par se cuela en el de los tíos. Lo normal.

Acabo de encajar la llave en la cerradura cuando una chica que avanza cerca de la pared a un ritmo lo suficientemente acelerado para entender que busca la salida, pero lo bastante discreto para no llamar la atención, choca contra mi costado, como si no me hubiera visto. Soy alto y no me considero enclenque, así que tiene que ir muy distraída para haberle pasado desapercibido. Me giro para poner una mano en su cintura y ayudarla a mantener el equilibrio. Alza la mirada —mucho, porque la diferencia de altura es notable— con cara de pocos amigos, pero algo cruza sus ojos grisáceos en una décima de segundo y relaja la expresión. Me pone una mano sobre el brazo que la sostiene. Lleva las uñas pintadas de negro, a juego con su larga melena y el resto del *look*. Camiseta de Guns N'Roses, falda corta y plisada, botas con cordones. Tatuajes en el brazo derecho. No me da tiempo a fijarme mucho porque entonces habla, atropelladamente, con prisa, y con un acento que me cuesta ubicar, aunque seguro que no es de California.

—Perdona, ¿te importaría mucho si te beso? Es una emergencia.

Abro la boca y no sé qué decir, así que la cierro de nuevo. Creo que malinterpreta mi silencio porque entonces estira el brazo tatuado, me pone la mano en la nuca, me empuja con firmeza hacia abajo, al tiempo que se estira todo lo que puede, y estampa sus labios sobre los míos.

Y es inesperado y un poco turbio, pero sus labios saben dulces y huele bien y besa de puta madre. Así que me agacho un poco más, cierro los ojos y le devuelvo el beso.

2

Liar



Sue

Podría pensarse que besar a un desconocido en un club para despistar a tres tíos enormes y cabreados que me persiguen es lo más surrealista de entre todas las cosas surrealistas que me han pasado en los tres meses que llevo viviendo en Los Ángeles, pero —y aunque no estoy orgullosa de esto (creo)— no se acerca ni al top tres.

No quiero entrar en detalles de cómo he llegado a esta situación, eso no es lo más importante. Lo único que me interesa ahora mismo es saber si he conseguido librarme de ellos. Me entretengo un poco más de lo esperado en el beso, porque el tío sabe lo que hace, tiene en los labios el sabor de ese cigarrillo que me muero por fumar y cuando su lengua me acaricia la boca despacio hasta me pongo un poco cachonda. Soy lo peor. Será mejor que me centre.

Empujo a mi cómplice en la huida plantándole una mano en el pecho y él se aparta en cuanto nota mi tacto y me mira con una ceja

alzada. Es mono. En plan, me lo llevaría a casa porque tiene pinta de darte muy duro y muy bien contra la pared, no en plan mascota. En cualquier caso, no es eso lo que debería estar pensando. Miro alrededor, a ver si localizo a esos gorilas y, aunque no los veo, creo que será mejor ser prudente. El tío que tiene la cara de alguien a quien me follaría esta noche y del que pasaría mañana está diciendo algo mientras me mira como si acabara de atropellar a su gato, pero no le hago caso y alzo la voz para imponerla a la suya:

—¿Podemos ir a un sitio más... privado? —sugiero, con mi tono más sensual.

Es fundamental que sea discreta ahora mismo, si no quiero que me encuentren, y, si lo que es solo un plan para salvar el culo resulta que al final me lleva a echar un polvo con este rubio, bienvenido sea lo que me depare el resto de la noche.

No dice nada. Me pone una mano en el brazo, me empuja suavemente hacia una puerta que hay a mi derecha y la abre con la llave que está encajada en la cerradura. Muy bien. Insinuarte con un tipo así nunca falla, incluso aunque hoy no lleve escote.

La sala en la que entramos es un despacho. Hay un mueble enorme, parte estanterías y parte armario, ocupando toda la pared izquierda, una mesa llena de papeles y con un ordenador encima, un sofá al fondo y una puerta abierta que comunica con lo que parece un baño. El tío —demasiado alto, y brusco en sus movimientos—, encaja la llave por dentro, se quita la chupa de cuero, la tira sobre el sofá, deja un paquete de tabaco sobre la mesa y se vuelve a mirarme. Se cruza de brazos, como si esperara una explicación.

Me fijo en él *de verdad*, ahora que ya ha pasado el peligro. Pelo rubio levemente ondulado y con esa largura que en los cantantes de *rock* es sexi y en el resto de los tíos algo patética. Tiene los ojos delicadamente almendrados, de color avellana y con un brillo que

me resultaría intimidante, si no supiera que yo soy con una probabilidad del noventa por ciento peor persona que él. Viste de negro con pantalones ajustados y una camiseta que no marca su torso, pero sí sus bíceps. Tiene brazos de gimnasio, de esos de hacer pesas por la mañana y lucirse delante del espejo. Parte del tatuaje de una cruz asoma bajo la manga del derecho, cuyo antebrazo está cubierto por completo por otro tatuaje en tonos oscuros. Y en el brazo izquierdo, hasta el codo, otro, extenso y muy detallado, con un sombreado perfecto y varios elementos entrelazados en armonía: un balón ovalado con todo lujo de detalles; un casco perfectamente dibujado con un águila en el lateral; y una camiseta con un número que destaca sobre el conjunto, el nueve. Fútbol americano, ¿cómo no? Me contengo para no poner los ojos en blanco. Pero la imagen al completo no está nada mal y tiene unos labios llenos, rosados y bastante apetecibles, que saben justo como a mí me gusta. Y me importa muy poco si es el dueño del local o solo un listillo que se cuela en zonas restringidas.

Me acerco hacia él con una sonrisa traviesa.

—¿Te cuelas en este despacho a menudo?

Se incorpora cuando me aproximo a su boca, da un paso a un lado y chasquea la lengua con desaprobación.

—Me parece oportuno comentarte un par de cosas sobre el consentimiento.

Me muerdo la lengua, pero la sonrisa se me escapa de todos modos.

—He preguntado —le recuerdo. Asiente—. Y tú no has dicho que no.

—¿Ves? —Me señala con un dedo y sacude la cabeza con fingido pesar—. No funciona exactamente así.

—Me ha dado la impresión de que te gustaba.

—Esa no es la cuestión.

Hago una mueca aburrida y estiro el brazo para pescar el paquete de tabaco de encima de la mesa. Ha dejado el mechero justo al lado, así que me hago con él también.

—¿Me das un cigarrillo? ¿Puedo fumar aquí? —Hace un gesto con la mano para invitarme a hacerlo—. Voy a necesitar que digas explícitamente que sí.

Intenta parecer altivo, pero se le escapa una risita ronca.

—Puedes coger un cigarrillo. Y puedes fumar...

Deja la frase en el aire, como si esperara que la complete con mi nombre. Por supuesto que no lo hago. ¿Quién sabe lo que puede hacer la gente de Los Ángeles con un poquito de información personal? La mujer que me dio a luz repetía muy a menudo que hay que tener mucho cuidado porque no puedes fiarte de nadie en las grandes ciudades. Ojalá hubiera aplicado lo mismo dentro de las paredes de su casa.

Me enciendo el cigarrillo y casi se me escapa un gemido en voz alta cuando doy la primera calada. He dejado mi tabaco en el coche, ese que he tenido que abandonar cuando he encontrado a unos tíos grandes como armarios intentando forzar el maletero. Me parece que, aunque ha podido molestarles el «¿Qué coño hacéis?» y la retahíla de insultos que he proferido a continuación, lo que ha hecho que dijeran que iba a tener que darle unas cuantas explicaciones a su jefe y se hayan lanzado a perseguirme por los callejones y a atravesar tras de mí la puerta trasera de este tugurio, aprovechando que alguien salía, ha sido lo de «ese es mi coche». Muy imprudente por mi parte. Y una mentira enorme, también, porque el coche no era mío y empiezo a dudar un poquito de que sea de quien me lo ha prestado, la verdad. Clay no va a librarse de una buena bronca esta

vez..., en cuanto vuelva del agujero donde se haya metido este fin de semana, claro.

—Bien. Y ahora..., ¿cuál era la emergencia? —pregunta el rubito cuando yo casi me había olvidado de su existencia.

Apoyo la cadera en la mesa y lo miro. Está recorriendo con las pupilas el tatuaje de mi pierna izquierda: el dragón de colores vivos, con la cola enrollada en la pantorrilla, trepando por el muslo y escupiendo fuego hacia la ingle. Más arriba y rodeándolo todo hay dibujadas intrincadas formas vegetales y ramas arrasadas por las llamas que se alzan enredadas y se pierden bajo la falda.

—Mmm, es una muy larga historia —digo alargando las palabras de forma perezosa.

Vuelve a mirarme a los ojos cuando cruzo la otra pierna delante, tapando los colores. Le sonrío con un deje burlón.

—Soy Tyler —se presenta.

Doy otra calada, retengo el humo y lo suelto despacio, satisfecha cuando toda su atención se ve arrastrada a mis labios.

—Hola, Tyler.

Suelta una especie de resoplido impaciente.

—¿Cómo te llamas?

Ah, tantas preguntas...

—¿Qué más da?

—Suelo preferir saber el nombre de las chicas que me meten la lengua en la boca.

Arrugo la nariz, fingiendo estar un poco decepcionada.

—Vaya, así que eres de esos.

Alza las cejas. Enseguida parece perder la paciencia. Camina hasta la puerta con zancadas firmes y la abre de un tirón antes de señalarme el camino para salir del despacho.

—Hoy no estoy de humor, en serio. Una pena, pensaba que la cosa iba a cambiar y podríamos tener una noche interesante, pero no tengo paciencia para tratar con niñatas que se pasean por mi club como si fueran las reinas del mundo. Sal de aquí, desconocida.

No quiero irme. No solo porque haya unos matones buscándome y no pueda volver a por el coche (en caso de que siga donde lo dejé). La noche puede ser interesante, sí. Y estoy cansada de correr, eso también. No necesito cariño, no de esa clase, pero estaría muy bien sentir algo con alguien, robar el calor de una piel y no pensar en nada hasta que amanezca.

—Me llamo Lisa —digo, y utilizo el nombre de aquella novia de mi hermano que me caía fatal, solo porque es el primero que me viene a la cabeza.

Tyler, alias *el rubito*, cierra la puerta de un empujón. No ha sido difícil convencerlo, y eso que se supone que no está de humor. Se acerca hasta mí, pone una mano a cada lado de mis caderas, atrapándome contra la mesa, y se inclina hasta que su aliento me roza la boca.

—¿De qué estabas huyendo, Lisa? ¿Una mala noche? ¿Una amiga cabreada? ¿Una pareja celosa?

Le sostengo la mirada. Levanto el cigarrillo a medio consumir, y él tiene que apartarse hacia atrás para que no le queme cuando me lo llevo a los labios. Me trago el humo y me paso la punta de la lengua por los dientes.

—¿Te importaría mucho si la tuviera?

Está muy muy serio cuando responde, y su voz me hace cosquillas mucho más abajo del ombligo.

—La verdad es que sí. Estoy harto de ser «el otro».

No se me pasa por alto la amargura con la que lo dice, pero no espero una charla profunda ni confesiones esta noche, solo dejar

toda la mierda del mundo fuera de mi cabeza por un rato.

—Qué suerte para ti que los tíos no me gusten lo suficiente para salir con ellos.

Sonríe de medio lado.

—Ahí fuera no me ha parecido que no te gustaran los tíos.

Le suelto el humo en la cara, pero no se aparta ni un milímetro y me sigue clavando la mirada con la misma intensidad.

—Yo no he dicho que no me gusten. Los tíos me gustan para follar. Nada más. —Me estiro para apagar la colilla en un cenicero que ya acumula un par en el borde de la mesa. Luego me acerco un poco más a su boca—. ¿Te apetece, Tyler?

—¿Follar?

Cuela una pierna entre las mías y yo las separo y adelanto las caderas para pegarlas a su cuerpo.

—Olvidarnos del mundo por una noche.

No responde. Solo me pone una mano en la nuca, me acerca de un tirón brusco y me muerde la boca.

La rudeza con la que me besa me calienta en décimas de segundo. Creo que a él también le pone bastante la situación, el modo en que mi lengua reclama su boca y el gemido que le cuelo entre los labios, porque la dureza se hace evidente a través de su pantalón. Nunca me he cortado a la hora de dejarme llevar. Si hay un solo aspecto de mi vida en el que me sienta libre, en el que de verdad me permita ser yo y nada más, es en el sexo. Quizá por eso lo necesito tanto. Quizá por eso ha habido épocas en que me ha resultado tan adictivo. Los Ángeles es un lugar genial para los rollos de una noche, para los encuentros tórridos y los polvos con desconocidos en baños públicos. Eso era difícil tenerlo en Columbia, donde la mitad de los estudiantes cuchicheaban sobre mí a mis espaldas.

El rubito cuela una mano por debajo de mi falda, pega la palma a mi culo y el antebrazo a mi muslo y me levanta para sentarme sobre la mesa de despacho. No deja de besarme con ansia ni aun cuando echa el cuerpo hacia atrás para abrirme las piernas y meterse entre ellas. Me parece bien. Me da la impresión de que ha tenido un mal día capaz de competir con el mío y que los dos necesitamos una vía de escape para no pensar más. No me importan sus motivos y, desde luego, no pienso contarle los míos. Pero podemos echarnos una mano para acabarlo mejor de lo que empezó. Hablando de manos, la suya se cuela debajo de mi ropa interior y yo tengo que abandonar sus labios para echar la cabeza hacia atrás y tomar aire en un jadeo excitado. Me clava los dientes en el cuello y yo entierro los dedos entre sus mechones y empieza a parecerme un poco mejor la largura de su pelo cuando eso me permite tirar de él sin ninguna delicadeza. Su gruñido me deja claro que, además de un mal día, tenemos más cosas en común: a los dos nos gusta jugar duro.

Deslizo una mano por su pecho y, en cuanto llego a la cintura, tiro de la camiseta para poder colarla por debajo. Y palpo..., vaya, si palpo. Piel tersa, abdomen duro, músculos..., *muchos* músculos. A lo mejor se está pasando con el gimnasio, y alguien debería decírselo. No voy a ser yo, claro.

—¿Está bien si hago esto? —pregunta, en un tono ronco y demasiado sensual, pegado a mi oído.

«Esto» es tantear con un dedo mi entrada, y a mí, sinceramente, me parece insuficiente.

—Consiento totalmente —ronroneo mientras bajo la mano por esa uve que marca el camino hacia la parte de su cuerpo que más me interesa ahora—. Y, si en vez de uno metes dos, consentiré mucho más.

Lo hace de golpe y yo tiro con más fuerza de su pelo y gimo muy cerca de sus labios sin control de volumen. Puedo notar cómo sonríe, con orgullo, con aire engreído y, lejos de molestarme, eso lanza unas cosquillas erráticas a través de todo mi cuerpo y me excita aún más. Empiezo a pensar que eso de que un chihuahua se haya obsesionado esta tarde con montarme la pierna y se haya cargado esas medias que he tenido que tirar a la basura no ha sido lo peor de mi día, al final. El karma se encarga de compensarlo todo, ¿no es así?

Y entonces detiene la mano que ya se estaba colando en sus pantalones, agarrándome con fuerza la muñeca. Me aparto unos centímetros para buscar sus ojos con una ceja alzada.

—Deberías preguntar.

Suelto un resoplido y él vuelve a sonreír, esta vez sin chulería ni filtros. A esta distancia soy capaz de ver el discreto hoyuelo que se le marca en la mejilla izquierda cuando lo hace. Y me gusta. Es monísimo. En plan..., en fin, eso.

—¿Consientes? —pregunto en el tono inocente más falso que soy capaz de encontrar.

Me suelta la muñeca al instante.

—Consiento del todo.

Suelto una risita y él sonríe de nuevo antes de lanzarse contra mi boca y tragarse el sonido. Mueve los dedos en mi interior al mismo tiempo que yo rodeo su erección con la mano y valoro su forma y tamaño. Ambas cosas me convencen lo suficiente para empezar a masturbarlo despacio. Gemimos los dos a la vez en la boca del otro. Y, sí, esto es justo lo que necesitaba. Su mano libre me recorre el torso hasta acunar uno de mis pechos, como si él también estuviera valorando si le convence lo que toca. Y yo diría que lo hace, porque

se da mucha prisa en meter la mano bajo la camiseta y luchar con el sujetador para tener un acceso más directo.

Los dos estamos perdidos entre gemidos y jadeos cuando nos sobresaltan unos golpes fuertes en la puerta.

—¡Sparks! —grita una voz masculina desde fuera—. ¿Sigues aquí?

Mi amante de esta noche, que al parecer se llama Tyler Sparks, pero al que yo seguiré llamando «el rubito» porque tanta información personal no era en absoluto necesaria, se aparta de mí con un gruñido molesto.

—Ignóralo —le pido en un susurro en su oído.

Empujo su nuca para acercarlo de nuevo a mis labios, pero no hemos tenido tiempo a unirlos cuando la llamada insiste, más fuerte esta vez.

—¡Vamos, abre, no tengo toda la noche!

—Mierda —refunfuña él.

—Deja...

—¡Te doy diez minutos y vuelvo! —me interrumpe quien esté al otro lado.

El rubito da un par de pasos atrás, me mira con detenimiento de arriba abajo, con los ojos aún inundados de deseo, y sacude la cabeza.

—Va a seguir viniendo unas mil veces hasta la hora del cierre —me advierte.

Me muerdo el labio y me coloco bien la camiseta antes de que la idea llegue rápido a mi mente.

—Vale, pues vámonos a otro sitio.

Yo no me quedo con este calentón. Era lo único que me faltaba hoy. Y sé de un sitio que no está lejos y, teniendo en cuenta que Clay lleva dos días desaparecido, no le importará mucho que utilicemos su cama.

Tyler *rubito* Sparks me mira con curiosidad mientras se pasa la lengua por los labios. Eso también me pone cachonda. Estoy fatal.

—¿Tienes algo en mente?

Sonrío con superioridad, me bajo de la mesa y me acerco hasta casi rozarlo.

—Sí, está a quince minutos.

—Tengo el coche en la puerta.

—Entonces a cuatro. ¿Vienes?

No contesta con palabras. Coge la cazadora de cuero que ha tirado antes al sofá y el paquete de tabaco. Me deja salir a mí primero cuando abre la puerta del despacho.

Me agarra la mano para guiarme mientras atravesamos el local y eso sí que me hace sentir un poco incómoda y no lo consiento en absoluto, pero me callo porque sé que es solo una cuestión logística y que abrirnos paso entre la gente sin perdernos es más fácil así. Le pego un tirón cuando pasamos el punto en que me he deshecho de mi cazadora cuando quería despistar a los matones, se vuelve a mirarme y señalo la dirección que quiero seguir. Es increíble que la cazadora roja de cuero siga ahí, y tengo claro que mi noche no hace más que mejorar por momentos.

—¿Es tuya? —pregunta el señor aguafiestas.

—Sí, la he tenido que dejar antes aquí.

—¿Por qué?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Importa?

Parece pensarlo un momento y, al final, se encoge de hombros.

—Supongo que no.

—Mejor. ¿Vamos?

No me ha soltado la mano, así que, cuando echa a andar sin darme una respuesta, me veo obligada a seguirlo. Me suelta en

cuanto atravesamos la puerta del local, da las buenas noches al tío enorme que trabaja de portero y pisamos la calle. El aire frío me eriza la piel, me pongo la cazadora y camino en silencio detrás de él.

Flipo. Venga ya. Las luces del coche parpadean cuando lo abre a distancia y creo que se me abren los ojos y puede que la mandíbula se me descuelgue un poco de forma patética. Menos mal que no está mirando. Me hago la digna cuando gira la cabeza y me señala la puerta del lado del copiloto.

—¿Vamos?

Me ahorro cualquier pregunta o comentario que deje patente mi incredulidad. El tío tiene un deportivo. No tiene pinta de ser barato. Me esfuerzo porque no se me escape la sonrisa cuando pienso en cómo va a destacar eso en el barrio al que vamos y calculo las posibilidades de que no se lo roben mientras follamos. Intentaré que sea rápido, para inclinar un poco la balanza a su favor.

El asiento es más cómodo que mi colchón. Lo pienso completamente en serio. Y, en realidad, me jode. Debería estar prohibido que un coche sea mejor que un piso compartido en esta ciudad. A lo mejor por algo menos de lo que pago de alquiler por una habitación mugrienta, Tyler *rubito* Sparks me deja vivir en él.

Puede que se lo proponga si el polvo está a la altura de las expectativas.

—Tú me indicas —dice en cuanto arranca.

—Sí, claro, tranquilo.

Estoy a punto de decirle que seguro que estamos más cómodos en el asiento de atrás y que puede ir buscando un buen descampado, pero me muerdo la lengua y le indico dónde hacer el primer giro, a ver si es verdad que me tiene tantas ganas como parecía en ese despacho. A ver si la promesa del sexo conmigo esta

noche supera el aprecio que le tiene a su bonito coche. Eso le vendría muy bien a mi ego.

Lo miro conducir. Serio y centrado, con la mandíbula algo apretada. Me pregunto quién es este tío para tener la apariencia de un crío de los barrios bajos, conducir un deportivo caro y ser el dueño de ese local de fiesta. Debe de estar forrado, ¿no?

Me recuerdo enseguida que eso a mí no me importa, y que, después de esta noche, no lo volveré a ver más.

3

Out Of My Mind



Tyler

El barrio es chungo. Me he dado cuenta de hacia dónde nos dirigíamos desde el segundo cruce de calles. Conozco la zona. Y guardo grandes recuerdos de ella, a pesar de todo. Quizá por eso —o porque esta chica me la ha puesto increíblemente dura hace un rato en mi despacho— no digo nada cuando señala el portal. Aparco pegado a la acera, apago el motor y la miro. Tiene cara de estar esperando a que me eche atrás en cualquier momento.

—¿Vamos?

Asiente. Se baja del coche sin decir una palabra. Empuja la puerta del portal con la cadera, sin necesidad de llave, y me espera hasta que llego a su altura. Las paredes de la escalera están llenas de grafitis. Arte en estado puro. La sigo en silencio hasta el segundo piso.

La observo con una ceja alzada mientras ella pisa con fuerza en cada baldosa del rellano, muy atenta al sonido que emite cada golpe

de su bota. Y luego, con una sonrisa algo traviesa, se agacha, levanta una por el borde con las uñas y saca una llave de debajo. Va directa a la cerradura, la encaja y la gira para abrir.

—¿De quién es esta casa?

Se vuelve para mirarme, pone una expresión demasiado inocente como para poder creérmela y me hace un gesto con la mano para invitarme a pasar.

—No pienses cosas raras, rubito, soy un desastre con las llaves. Siempre me las dejo. Hay que buscarse trucos, ¿sabes?

Desconfío. Bastante. Mucho. Del todo, más bien. Pero, en realidad, no importa, ¿verdad? Voy a entrar ahí, el polvo va a ser rápido y duro, a juzgar por cómo había empezado en el despacho, y luego me largaré (con un poco de suerte, en coche) y me dará igual si esta casa es suya o no, porque no voy a volver a verla. Además, aunque la tía esté —y no quiero juzgar, pero me estoy ateniendo a los hechos— loca de remate, es muy pequeña para suponer una amenaza. Estoy bastante seguro de que puedo con ella si intenta atacarme.

—¿Vienes o qué?

Se quita la cazadora y, luego, sin perder tiempo, la camiseta. Tira la llave sobre una mesa. Lleva un sujetador negro de encaje que... Da igual, ya no puedo pensar en peligros ni en banderas rojas porque la sangre ha abandonado mi cerebro para migrar a otro lugar de mi cuerpo que se pone al mando y va a tomar todas las decisiones a partir de ahora. Entro detrás de ella y cierro la puerta con el pie.

Se ríe en mi boca cuando rodeo su cintura con un brazo, la levanto en el aire y la beso con las ganas renovadas y magnificadas. Me aprieta el brazo con una mano, para que la deje en el suelo, y,

en cuanto lo hago, agarra el cuello de mi camiseta y tira de mí para arrastrarme hasta el dormitorio.

El apartamento es muy pequeño, creo, aunque no es que pueda detenerme mucho a observarlo. El dormitorio tiene una cama y eso es todo lo que importa.

Ella tira la cazadora y la camiseta al suelo, y yo me doy mucha prisa en deshacerme de la cazadora y me saco la camiseta de un tirón por la cabeza. Me mira de arriba abajo, sin molestarse en disimular, y se humedece los labios mientras se detiene un poco de más en la forma de esos músculos que se pierden bajo el pantalón. Se acerca, me pone las manos en los hombros y empieza a recorrer mi línea alba con la lengua, bajando tan despacio que resulta casi una tortura. Pongo las manos en su pelo. No opone resistencia cuando le sujeto la cabeza y tiro muy suavemente hacia arriba, para acercarla a mi boca. Tengo que agacharme para poder besarla, claro. Y entonces mis manos deciden por su cuenta que estarán mucho mejor sobre sus tetas y las acuno en las palmas, sobre la tela de encaje del sujetador. Sonríe contra mi boca, y no parece tener tiempo que perder, porque se suelta el cierre y retira la prenda para que pueda tocarla sin impedimentos. Camino hacia la cama, llevándola conmigo. En cuanto la hago reclinarse sobre el colchón y me pongo encima, me meto un pezón en la boca y la escucho gemir.

—Tienes unas tetas increíbles —murmuro contra su piel.

Se ríe y su risa me hace cosquillas en la tripa... y en la polla. Esto va a ser muy rápido, de verdad que sí.

Se mueve mientras yo me ensaño con sus pezones. Creo que se está quitando las botas, pero yo qué sé, tengo cosas más importantes en las que centrar mi atención. Por ejemplo, en lo bien que sabe y en lo muchísimo que me excita su forma de gemir. Se incorpora y me empuja para sacarme de la cama. Se pone de

rodillas sobre el colchón, se libra de la falda y me mira con los ojos llenos de algo oscuro y prometedor y en solo una braga diminuta negra de encaje que quiero arrancarle con los dientes. Miro bien su cuerpo por un momento. El tatuaje de su pierna, ese dragón de colores vistosos en un lecho de ramas que se vuelven desnudas y quemadas a medida que trepan por el muslo, continúa por el lado de la cadera. Tiene otro en el brazo derecho, desde el hombro, un búho que sujeta un atrapasueños en las garras. Las puntas de las plumas que cuelgan de la parte más baja llegan hasta el antebrazo. Y en el izquierdo, sobre el hueso, desde la muñeca al codo, lleva tatuada una frase, pero no alcanzo a leerla, porque ella se mueve antes, gateando hacia mí.

Es tan sexi que es imposible que esto dure mucho. No les va a dar tiempo a robarme el coche y creo que eso es bueno, pero lo cierto es que me encantaría poder alargar este momento todo lo posible. Me desabrocho el botón del pantalón.

—Ah, ah —dice ella, y niega con la cabeza—. No te lo quites todavía.

Alzo una ceja.

—¿Vas a darme órdenes? Porque será mejor que te diga desde ahora mismo que a mí me gusta tener el control en el sexo y que necesito que me des tu consentimiento explícito sobre eso y que me asegures que vas a avisarme si voy demasiado duro en algún momento.

Se pasa la lengua por los labios y suelta un ronroneo que me la pone tan dura que duele.

—Sería toda una novedad, porque nadie me lo ha hecho tan duro como para que tenga que quejarme. De hecho, suelo tener que pedir más.

Mierda. Ahora tengo ganas de ser la excepción y que piense en mí durante días cada vez que intente caminar y sienta el recuerdo de todo lo que vamos a hacer.

—¿Eso es una manera de consentir?

Sacude la cabeza.

—Es una manera de decir que lo siento, rubito, pero me gusta mandar. Y que ahora quiero que te pongas de rodillas.

Esto no es mi rollo. No me gusta ceder el control, hay una manera muy específica de follar que me gusta y que me obedezcan es una parte importante. Pero me parece que esta chica, bajita y de apariencia inofensiva, no va a ceder, y yo me muero por hacer esto con ella, así que trago saliva, siento un nuevo tirón en la polla ante sus exigencias, y me arrodillo despacio. Se pone de pie, se deshace de la ropa interior y avanza hasta mí. Tiene un tatuaje pequeño de unas zapatillas de *ballet* en el tobillo derecho. Dejo de verlo enseguida, cuando levanta la pierna, la coloca sobre mi hombro, me tira del pelo y se ofrece por completo a mi boca. Esto me pone mucho más de lo que esperaba, así que pego una mano a su culo, la acerco de un tirón firme y devoro su humedad con los labios, los dientes y la lengua.

Sé que lo estoy haciendo bien por cómo responde su cuerpo y también porque ella no para de decírmelo. Me encanta que las mujeres hablen durante el sexo, no solo porque me hinche el ego que me digan lo bien que lo estoy haciendo, sino sobre todo porque me vuelve loco que me digan lo que quieren y cómo lo quieren, especialmente cuando después viene un «por favor» y el tono roza la súplica. Puedo notar que está cerca del orgasmo... y entonces se aparta.

—Fuera los pantalones.

Me pongo de pie y me desprendo de ellos a toda velocidad, también de los calzoncillos, aunque eso no lo haya dicho, porque no he acordado obedecerla en todo. Saco un preservativo de la cartera antes de tirar la ropa a un lado.

Y ella sonríe, se pone a cuatro patas sobre el colchón y gira la cabeza para mirarme.

—¿Qué quieres ahora?

—Enséñame cómo de duro lo haces —provoca, e inclina la espalda para que la panorámica de su culo sea perfecta.

Y, madre mía, también tiene un culo increíble, y esas ramas que le trepaban por la cadera siguen todo el camino por la parte izquierda de la espalda hasta casi llegar al hombro. El dibujo se convierte en un rosal reseco, sin flores, lleno de espinas.

Me acerco, me coloco detrás y le sujeto el pelo, para darle un tirón suave que hace que se muerda el labio con una sonrisa llena de picardía. Tiene un tatuaje pequeño de una flor detrás de la oreja.

—No te muevas. Si necesitas más o menos u otro ritmo, pídemelo, ¿me oyes?

Suelta una risita ronca, tan burlona que me llegaría a herir el orgullo si no estuviera tan cachondo.

—Sí, señor.

Y sé que se está riendo de mí, pero, joder. La penetro despacio, luchando con todas mis fuerzas contra la impaciencia. Gime bajito y arquea la espalda hacia abajo.

—No te muevas.

—Venga ya —resopla—. ¿Eso es todo lo que sabes hacer?

Emito un gruñido de advertencia. Me retiro hacia atrás y, cuando estoy a punto de salir de ella, la embisto de nuevo con un golpe brusco de cadera. Suelta un respingo seguido de un gemido mucho más alto y entregado.

—¿Así sí? —pregunto mientras repito la maniobra.

—Sí —ronronea, y mueve las caderas, desobedeciéndome sin ningún reparo—. Consentimiento pleno, Tyler, no se te ocurra parar.

La agarro por la cintura, hundiendo los dedos en la carne sin que a ninguno de los dos nos preocupe si dejarán marca. Mi nombre en sus labios se me mete dentro y copa todas mis terminaciones nerviosas. Aumento el ritmo mientras ella no para de pedirme más y más y más. Así que dejo de pensar, me desato y doy rienda suelta a todos mis instintos hasta que los dos acabamos sudando, gimiendo sin vergüenza y comunicándonos a través de jadeos y palabrotas murmuradas entre dientes. Se corre muy poco antes de que lo haga yo, cuando ya pensaba que no iba a poder aguantarlo más e iba a tener que compensarla de alguna otra forma. Y los dos caemos sobre el colchón emitiendo los últimos sonidos satisfechos y tratando de recuperar el aliento. Ella se ríe. Y yo ni siquiera puedo abrir los ojos, pero se me escapa una sonrisa en respuesta al sonido.

Ha sido el mejor polvo que he echado en mucho tiempo.

Y esta chica puede parecer pequeña y frágil, pero no lo es en absoluto.

—¿Ha sido lo bastante duro? —pregunto a media voz mientras me quito el condón y le hago un nudo.

Me mira de reojo, se incorpora y se estira para recuperar su ropa interior del suelo.

—Aún habría aguantado un poquito más, pero no ha estado mal.

La observo mientras se viste. ¿De qué va? Seguro que no había follado así con nadie antes, y se sigue haciendo la indiferente. Eso me da ganas de intentar superarme con un segundo asalto.

Me parece que ella no tiene la misma idea, porque me pega en una pierna, sin molestarse en estudiar mis tatuajes como yo he hecho con los suyos, y dice:

—Venga. Vístete. Tienes que largarte.

Y sí, será mejor que lo haga. Aunque solo sea por el bien de mi coche.

Acabo de ponerme los pantalones y calzarme cuando los dos giramos la cabeza al oír unos golpes fuertes en la puerta principal. Parece que alguien está cabreado... y que no le sobra la paciencia.

—¡Morrison! —Se oye una voz profunda y grave en el rellano.

La supuesta dueña de la casa, que no tiene pinta de ser la persona que buscan, aunque no pondría la mano en el fuego por ello, se queda blanca por unas décimas de segundo, y luego reacciona y se mueve a toda prisa por la habitación para coger el resto de su ropa y lanzarme la mía a la cara.

—¡Vamos! —sisea—. Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué...? —digo, en el mismo tono que habla ella.

—¡Vámonos!

Va hacia la ventana, la abre y salta por ella. Me acerco a toda prisa, con el corazón latiendo como loco, para ver si se ha estrellado contra el suelo. Por suerte, la encuentro en la escalera de incendios.

—¡Sal de una vez! —me mete prisa, en un tono menos discreto ya.

Y entonces oigo cómo golpean la puerta con tanta fuerza como si quisieran tirarla abajo. No me lo pienso más. Me meto el condón en el bolsillo, porque será mejor no dejar una evidencia tan clara de mi ADN en la posible escena de un crimen. Salgo con ella a la estructura metálica que permite bajar a la calle en caso de emergencia. Me parece que esto lo es.

Me empuja a un lado, cierra la ventana desde fuera y luego empieza a bajar los escalones como alma que lleva el diablo. Por supuesto, voy detrás, intentando seguirle el ritmo y ponerme la camiseta al mismo tiempo. Sigo con la cazadora en la mano, pero

ahora no tengo frío en absoluto. Ella aún está en sujetador cuando le da una patada al último tramo de escalera para que llegue a la calle y baja resbalando por la barandilla hasta el callejón. Empuja los escalones para que vuelvan a subir cuando aterrizo en el suelo a su lado, se pone la camiseta y la cazadora y echa a andar hacia la calle principal.

—Oye —la llamo, al tiempo que la sigo y me pongo la cazadora solo por no llevarla en la mano—. Eh, espera... ¡Oye! ¡Lisa!

Ni siquiera se vuelve. Sigue caminando a toda prisa como si esto ya no fuera con ella. Gira la esquina hacia el siguiente callejón y corro tras ella.

—¡Eh! —insisto.

Acelero el paso y la sujeto por el codo. Me mira con cara de pocos amigos.

—No es momento para explicaciones, rubito, ¿no crees?

—Ya lo creo que lo es —le llevo la contraria—. ¿Quién era esa gente que estaba intentando tirar la puerta abajo? ¿Por qué hemos salido por la maldita ventana como unos delincuentes? ¿Y qué...?

Sacude el brazo para librarse de mí, pero se gira para enfrentarme.

—Yo qué sé, tío, no era mi casa, por si no ha sido lo bastante obvio.

Suelta eso y sigue andando como si nada.

—¿Quieres decir que he follado en la cama de un desconocido?

Me lanza una mirada de ceja alzada por encima del hombro y sin dejar de avanzar.

—Yo soy una desconocida y has follado conmigo —me recuerda.

—Bueno, no es lo mismo. Y hablando de desconocidas..., ni siquiera te llamas Lisa, ¿verdad?

Eso sí que la hace parar. Se gira para quedar de frente y extiende los brazos a los lados.

—En serio, Tyler, ¿qué más da? Hemos echado un polvo, lo hemos pasado bien, ha sido un placer, encantada y hasta la vista.

Me hace una especie de saludo militar, gira sobre los talones de sus botas y se aleja. No me molesto en correr detrás de ella esta vez. Bastantes problemas tengo yo como para dejarme enredar en lo que sea que arrastra esta tía consigo. Paso. Paso del todo. No me puedo permitir meterme en líos. Nunca y menos ahora. Aún estoy en periodo de prueba en el trabajo en el centro de acogida. Ni un paso en falso, me juego mucho.

Pero entonces un tío flaco y desgarbado, con pinta de haberse metido demasiado y los ojos tan rojos que puedo apreciarlo incluso con la escasa luz que ilumina el callejón, sale de detrás de un contenedor y se acerca a ella. Me doy prisa en ir hacia allí para poder intervenir si...

—Sue —dice, en un tono suave y dulce.

Ella se vuelve para mirarlo, de golpe, sobresaltada.

Así que Sue, ¿eh? Vaya mentirosa.

—¡Clay! Pero ¿qué...? —Corre para plantarse frente a él y mirarlo bien—. ¿Dónde estabas? ¡Llevo todo el día buscándote! Y tu coche... Me has dejado un coche que ni es tuyo, ¿no? ¿Es tuyo?

Él parece encogerse ante la bronca. Y yo me acerco hasta plantarme junto a ellos, pero la chica, que al parecer se llama Sue y es mentirosa, no pide consentimiento y, por lo visto, también allana moradas, ni siquiera se digna a mirarme.

—Yo... no... —empieza el otro, titubeando.

Ella da un paso al frente y lo abraza.

—Vas a venirte a mi casa esta noche.

No creo que él pudiera discutirlo, aunque quisiera. Y yo me siento un poco payaso aquí plantado al lado de una tía con la que acabo de acostarme, y ahora, ni diez minutos después, va a llevarse a otro a casa.

—Eh, ¿todo bien? —pregunto, y no sé muy bien a quién de los dos me dirijo, porque no sé cuál está más jodido, la verdad—. ¿Necesitáis...?

El chico, que parece tener mi edad, pero está bastante más desmejorado, me mira como si acabara de percatarse de mi presencia.

—¿Quién es este? —le pregunta a ella.

—Nadie. No es nadie.

Eso me pica un poquito. Estoy a punto de replicar, pero ella me dedica una última mirada airada, agarra el brazo del otro y se pone en marcha para dejarme atrás sin ni siquiera despedirse.

Maravilloso.

Espero que al menos mi coche me siga esperando a la vuelta de la esquina.

4

The Invisible Man



Sue

Sé que no es muy buena idea caminar por las calles de Los Ángeles en mitad de la noche. Pero me habría parecido una ocurrencia aún peor pedirle al rubito que nos acercara a mi casa. Espero que haya recuperado su coche, por cierto. Y nosotros estamos bien y llegamos sin percances, supongo que porque Clay tiene pinta de ser el más chungo que se pasea por este barrio de madrugada, y porque yo parezco..., bueno, yo. A esa señora que nos trajo al mundo le daría un ataque al corazón si nos viera así. Y creo que se lo tendría bien merecido.

Recupero las llaves del bolsillo interior de la falda —una chica tiene que tener sus truquitos— y dejo pasar a Clay primero cuando abro la puerta del portal. Es el último piso, así que aún tenemos unos cuantos tramos de escalera por delante. Parece cansado cuando tan solo hemos alcanzado el primer rellano. Lo empujo para mantenerlo en marcha, no pienso cargar con él hasta arriba.

—Vamos, ya casi estamos —lo animo.

—Estoy bien.

«Sí, claro». Me trago los reproches. Tal y como está ahora será mejor dejar todo eso para mañana.

Le pido silencio cuando por fin atravesamos la entrada del piso. Está hecho un asco, pero es mejor que no tener un techo, supongo. Lo guío por el pasillo hasta la puerta de mi cuarto. Abro el candado que la mantiene cerrada y que tuve que comprar en cuanto me instalé y me di cuenta de que todos mis compañeros tenían en sus puertas. Eso no inspira demasiada confianza.

El tío bajito y cuadrado que duerme en el cuarto de al lado sale del baño, nos mira a los dos de arriba abajo antes de que me dé tiempo a meter a Clay al mío, chasquea la lengua con desaprobación y pasa de largo para encerrarse en su habitación. Murmuro un «buenas noches» cargado de ironía y cierro la puerta desde dentro. Empujo al borracho (ojalá solo fuera eso) sobre la cama y le quito las zapatillas mientras él farfulla algo que no llego a entender.

—Clay. —Me siento a su lado y le doy toques suaves en la mejilla para que centre la atención en mí—. ¿Qué te has metido?

—Nada. Te juro que nada.

Vaya familia de mentirosos.

—Clay.

—Me han dado algo... en una fiesta.

Lo empujo para que me deje más sitio sobre el colchón.

—¿Llevas en esa fiesta dos días? Porque has estado desaparecido desde que me prestaste el coche. Oye —lo llamo, y cojo su cara con una mano para que me mire—, cuéntamelo o te juro que me enteraré de otra manera: ¿de quién es el coche? ¿Lo has robado?

—¡Claro que no...! —Le chisto para que baje la voz—. Claro que no lo he robado. Es mío, te lo prometo. Se lo compré a un colega

hace un par de semanas.

—Había tres tíos intentando abrir el maletero cuando he ido a cogerlo al salir del trabajo.

Segundo trabajo, pero eso no lo especifico porque no quiero darle más motivos para decirme que Los Ángeles no es un sitio para mí.

—Mierda —masculla entre dientes.

—Mierda, sí, eso he dicho yo. Y luego he ido a tu apartamento, he cogido la llave de debajo de la baldosa. —Pongo los ojos en blanco cuando me mira alarmado, como si no esperara que nadie descubriera jamás su escondite secreto—. Siempre haces lo mismo, desde que tenías nueve años y tuviste tus primeras llaves. Me las he dejado sobre la mesa cuando he tenido que salir a toda prisa porque alguien muy cabreado ha venido a buscarte y estaba a punto de echar la puerta abajo. ¿Me lo cuentas tú o cómo quieres hacerlo?

—Sue, no quiero que te metas, en serio. —Se incorpora, como si acabara de espabilarse de golpe, y me mira con esos ojos de un gris azulado que siempre han sido más bonitos que los míos, de un tono grisáceo mucho más apagado—. Lárgate a casa. No tendrías que haberte quedado. No tienes que cuidar de mí, se supone que yo tengo que cuidar de ti.

Suspiro y niego con la cabeza suavemente.

—Tenemos que cuidar el uno del otro —corrijo. Creo que nunca tuvimos más remedio que hacerlo así—. Y me he quedado porque no tiene sentido que estemos cada uno en una punta del país, deberíamos estar juntos, ¿no?

Hace tres meses desde aquella llamada. Doce semanas desde que me avisaron de que Clay Morrison acababa de ingresar en un hospital en Los Ángeles y me dijeron que me tenía a mí como contacto en caso de emergencia. No me extrañó eso último, él también es el mío. Y los dos sabemos que no tenemos a nadie más

con quien podamos contar. Por supuesto que no perdí tiempo antes de meter todas mis cosas en una maleta (y me sobró espacio), colgarme la cámara al hombro y coger el primer avión que me trajera hasta él. Hacía ya casi tres años desde la última vez que nos habíamos visto, y él se había ido alejando más y más mientras me hacía creer que era porque estaba muy ocupado haciéndose un hueco en Hollywood, codeándose con las nuevas promesas del cine y creyéndose una de ellas. Se mudó a California en cuanto pensó que yo ya estaba a salvo y no lo necesitaría más; en cuanto se aseguró de que saldría de casa en unos pocos meses y me largaría a otro estado. La beca fue la salvación para los dos. Estudiar Fotografía muy lejos de casa era mi sueño, el suyo solo necesitaba de la segunda parte para hacerse realidad. Largarse lejos, tan lejos como fuera posible del sitio que nos vio crecer. Tardó dos semanas en salir del hospital y, para cuando lo hizo, yo ya había decidido quedarme. No sé cómo pagó la factura, eso no me lo dijo. Tampoco he llegado a saber si había algo más detrás de esa historia de que le dieron una paliza para robarle, aunque ya empiezo a tener dudas de que esa fuera toda la verdad.

—Sue, por favor, tienes que volver a Columbia, terminar los estudios, volver a...

—Ya he renunciado a la beca, olvídate de eso.

Suelta una especie de gruñido disconforme y luego me clava los ojos con mayor intensidad.

—Entonces vete a casa con mamá.

Me levanto del colchón como si acabara de lanzarme un balde de agua fría a la cara. Me paseo por la habitación.

—No la llames así.

—¿Y cómo quieres que la llame? Renacuaja, ella no tuvo la culpa.

Me vuelvo para mirarlo, echando chispas por los ojos.

—No. No se te ocurra volver a decirme eso, Clay. Ni lo pienses. Ella no tuvo la culpa de muchas cosas, de otras muchas, sí. Y entiendo que tú quieras pensar diferente, pero nunca *nunca* nos ha querido. Y yo no me quedo en un sitio donde no me quieren.

Frunce el ceño. Sé que le duele que le recuerde que no nos quisieron. Nunca. A ninguno de los dos. Pero sobre todo a mí. Y eso no llego a decirlo en voz alta porque aún me escuece por dentro.

—Los Ángeles es un asco, no deberías quedarte.

Vuelvo a sentarme junto a su costado.

—Entonces vámonos los dos.

Suelta una risita irónica que deja un poso de tristeza al extinguirse.

—Yo no puedo irme.

—¿Por qué no? ¿En qué lío estás metido?

—No tienes que preocuparte por mí, pequeña Sue, lo voy a resolver. Ya sabes cómo es Hollywood y sus fiestas y sus desfases, pero todo va a ir bien.

Me acaricia la mejilla y yo cierro los ojos ante el contacto. Quiero creerlo, pero en el fondo sé que no es verdad, que nada va a ir bien y que no sé qué puedo hacer para salvarlo. Es mi turno ahora, de protegerlo, de cuidar de él, como él hizo por mí durante demasiados años. Hasta que pude ponerme en pie y defenderme sola. Hasta aquella vez en que el dragón que llevo dentro escupió fuego y arrasó con todo hasta dejar nuestras vidas en ruinas. Se lo debo.

—Tienes que dejar de meterte mierda.

Suelta una risita que se me clava dentro y me da ganas de pegarle, a ver si así me escucha de una maldita vez.

—Si quieres encajar en Hollywood, tienes que hacer lo que hace Hollywood —se burla, con una sonrisa muy estúpida en la cara—. Te prometo que no iré a tantas fiestas, ¿vale? —dice luego, mucho más

serio y mirándome con cariño—. Voy a ordenar mi vida, pero tú tienes que mantenerte alejada.

Me doy por vencida por hoy. No pienso seguir discutiendo esto con él. Ninguno de los dos va a ceder, somos igual de cabezotas. Empujo su pecho con la palma de la mano para obligarlo a recostarse de nuevo sobre el colchón.

—Anda, duerme. Seguiremos hablando mañana.

Cojo mi neceser y salgo de la habitación para pasar por el baño. La cortina de la ducha está tirada en el suelo y las juntas ennegrecidas de la pared ahora quedan a plena vista. Es un incordio tener todas mis cosas de aseo en mi cuarto y llevarlas y traerlas cada vez, pero ni loca dejo aquí el cepillo de dientes. Lanzo un suspiro largo cuando me desmaquillo y miro mi reflejo en el espejo. En la universidad compartía cuarto con una pija estirada, pero al menos estaba limpio. No hice muchos amigos o... ninguno, en realidad, pero hacía lo que me gustaba, tenía bastante con mi cámara y con algunos encuentros esporádicos con personas que buscaban lo mismo que yo en aplicaciones para ligar. Estaba mucho mejor. Ahora tengo dos trabajos para pagar un alquiler desorbitado por una habitación enana en este piso que se cae a pedazos y, aunque es triste, es lo mejor que he podido encontrar. Me llamaron de la universidad cuando llevaba aquí un mes para darme el aviso: si no volvía podía irme olvidando de mi plaza para el último curso. No me arrepiento, a pesar de todo, estoy donde tengo que estar. Y Clay ha intentado de todo para que me largue, incluyendo ignorarme, amenazarme, dejarme tirada en la calle sin sitio para dormir tras la tercera semana que pasé en su apartamento, y suplicar... mucho. Pero nada va a funcionar porque, después de lo que he visto en los últimos meses, no pienso dejarlo solo. Saldremos adelante los dos juntos, como siempre.

Ya está dormido cuando vuelvo al cuarto y cierro el candado por dentro, con la llave encajada en la cerradura. Ocupa casi toda la cama, y yo me cambio de ropa para ponerme un pijama y me tumbo a su lado en el borde del colchón. Pongo las manos bajo la cabeza en la almohada y lo observo. Parece tranquilo, sereno. Parece solo mi hermano mayor, ese que durante diecisiete años fue mi héroe. Ese que se fue de casa cuando cumplió los veinte, con la promesa de comerse el mundo y volver a por mí después. Y, cuatro años más tarde, tengo que ser yo la que nos mantenga a flote ahora. Y estoy dispuesta a todo para conseguirlo.

Mi hermano se había ido cuando desperté el domingo por la mañana. Se llevó las llaves de «su» coche. Lo llamé varias veces a un móvil que ya ni siquiera da tono. Y sé lo que está haciendo: intenta que me harte de él y me largue corriendo de vuelta a casa. Pero ha olvidado que yo ya no tengo ninguna casa a la que volver.

Esa última verdad que escuece se hace más real que nunca cuando vuelvo al piso este jueves al salir de mi segundo trabajo. Conseguí un empleo en una tienda de fotografía donde hago insulsas fotos de carnet y pocas sesiones que deberían ser más interesantes, pero terminan siendo surrealistas y algo perturbadoras, como la del chihuahua que me rompió las medias y al que su anciana dueña quería hacerle un álbum como si fuera su bebé (cambio de pañales incluido). Aún tengo pesadillas. Cuando salgo de allí sirvo copas en un tugurio de mala muerte cerca del apartamento de mi hermano hasta las once. Hoy ha habido una redada y el jefe me ha mandado a casa a las nueve y media. Es una buena noticia teniendo en cuenta que estoy muy cansada; una noticia muy mala si recuerdo que se supone que esta noche me pagaba al terminar mi

turno, y que, con toda la movida, me ha dejado a deber el dinero. Además, me he gastado todo lo que tenía ahorrado en pagar la reparación de la moto en el taller. Me quedan veinticinco dólares en la cartera. Es una suerte que esté tan cansada que no tenga hambre y pueda seguir guardándolos por si los necesito mañana. Pero, como decía, la realidad de no tener una casa a la que volver me golpea sin avisar cuando llego a ese piso mugriento donde duermo cada noche desde hace dos meses: la casera me está esperando.

No voy a molestarme en darle vueltas a los detalles de la discusión. Alguien (sospecho muy fuertemente quién) le ha dicho que traje a un tío la otra noche. Se supone que está prohibido, exige un suplemento si alguien más duerme en la casa, aunque sea solo algo esporádico. La cosa se pone fea cuando la acuso de ser una bruja usurera y aprovecharse de la gente y cobrar de más por un piso donde ni las cucarachas quieren vivir. Y así es como acabo en la calle, con mi maleta a un lado, una mochila a la espalda y la cámara de fotos colgando del hombro, con veinticinco dólares en el bolsillo y la moto con el depósito casi vacío. Un chico con mala pinta, pero sonrisa amable, me ayuda a atar la maleta sobre la parte trasera de la moto con una cuerda que rescatamos de al lado de un contenedor. Aún queda gente buena en el mundo, incluso en Los Ángeles. Me aseguro de que no me ha mangado nada en un descuido en cuanto se va, solo por si acaso y porque no puedes fiarte ni de las mejores personas.

Me pongo el casco y conduzco hasta casa de mi hermano.

Es una suerte que consiguiera esta moto a un precio tan bajo. Suerte porque tengo forma de desplazarme, digo, aunque me quedó más que claro por qué el vendedor me hizo una rebaja tan exagerada por ser «una chica tan guapa y simpática». Lo de simpática no me lo habían dicho nunca. No tardé ni una semana en

tener que llevarla al taller por primera vez. No me extraña que quisiera librarse de ella, está hecha polvo..., pero es preciosa, me flipan las motos, y estoy segura de que solo necesita un poco de cariño (además de los cuatro arreglos caros que ya le he hecho).

Por supuesto, Clay no está. La llave tampoco aparece bajo la baldosa ni en ningún otro sitio en el que se me ocurra buscar. No responde al teléfono. Y yo tengo que sentarme en la escalera rodeada de todas mis cosas para esperar, pero mi hermano no llega.

Es más de medianoche cuando empiezo a sopesar en serio mis opciones. No tengo dinero para pagar una habitación en ningún sitio en el que mi integridad física no vaya a correr peligro. Ese bar de mala muerte en el que trabajo está cerrado después de la maldita redada. Mi jefe del estudio de fotografía no se fía lo bastante de mí para haberme confiado una llave, y no puedo dormir en mi moto... Oigo jaleo en el piso de arriba, una discusión entre tíos que va subiendo de volumen y que tiene pinta de que acabará muy mal. Salgo corriendo antes de que empiecen los disparos. Tengo que atar la maleta a la moto otra vez a toda velocidad, y doy gracias al universo porque no me hayan robado una rueda. Empiezo a rodar por las calles, sin rumbo definido, hasta que veo el letrero, luminoso, con el logo del club. Tengo un buen recuerdo, una necesidad y un nombre. Así que desato mi maleta, cargo con ella, y el gorila que hay en la puerta se pone en medio para no dejarme pasar.

—Es solo una maleta con pijamas y bragas —farfullo cuando me indica que no puedo entrar con todo eso—, ¿dónde quieres que la deje?

—Será mejor que te vayas a casa.

Resoplo.

—¿Me puedes guardar las cosas solo un segundo? Voy a ver a alguien.

Sonríe con ironía.

—¿Tengo aspecto de consigna de estación de tren, cariño?

—Tienes aspecto de poder hacerme un favor..., y no vuelvas a llamarme «cariño».

—¿Puedes despejar la puerta?

—¿Puedo hablar con Tyler? Tyler Sparks. ¿Está aquí?

Me mira con mucha más curiosidad en cuanto digo el nombre del que debe de ser su jefe.

—¿Quién eres?

—¿Puedes llamarle?

Y lo siguiente que sé es que, tras hablar por teléfono dos segundos exactos, me abre la puerta y me indica el camino.

Y que Tyler *rubito* Sparks me está esperando en la entrada de su despacho, con los brazos cruzados, el gesto serio y una sola ceja alzada.

5

Desperate Things



Tyler

El mensaje me está esperando en el teléfono cuando acabo el entrenamiento en el gimnasio el jueves por la mañana y abro la taquilla del vestuario, secándome el sudor con una toalla. Se me para el corazón por un momento cuando veo su nombre en la notificación. Luego se pone a latir a toda velocidad y retrocedo un par de pasos para sentarme en el banco. No, no es *ella*. Claro que no.

Es *él*.

El otro vértice de ese triángulo que siempre fue isósceles y me mantuvo bien lejos de los dos en el punto más apartado de la figura geométrica. Mi mejor amigo desde los catorce años hasta que se enamoró de la chica a la que yo llevaba media vida queriendo. Pensamos que lo habíamos superado, sí, les di la bendición, me tragué los sentimientos, los acompañé con una sonrisa mientras ellos inventaban un mundo nuevo donde solo cabían ellos dos y

nadie más. Y luego su relación se fue a la mierda por culpa de muchas cosas, pero sobre todo suya, de los dos, y yo me quedé en la incómoda posición de quererlos a ambos y no poder elegir bando. Y luego ella estaba cerca y triste, y... me lancé porque no podía hacer otra cosa sin traicionarme. Porque tenía que intentarlo. Y la jodí del todo y acabé por perder a la persona más importante... No a ella, porque a ella, en realidad, nunca la tuve. Perdí a mi mejor amigo, a quien mejor me conoce, porque aún sigue siendo él, aunque llevemos más de ocho meses sin hablar. Y, joder, cómo lo echo de menos.

Respiro hondo antes de abrir el mensaje y leerlo.

Cam: Estoy en LA. Esta noche tengo una cena. ¿Nos vemos mañana a las siete de la tarde en el bar del Four Seasons?

Muevo la pierna de forma compulsiva mientras el nerviosismo me recorre por entero. Ni siquiera puedo imaginarme cómo va a ser ese encuentro. Asumo que sigue cabreado. Yo lo estaría si fuera él. Y, dentro de todo el arrepentimiento, y la culpa y toda esa añoranza que siento cada vez que pienso en él, yo también sigo sintiendo ese foco latente de rabia. Porque los dos nos equivocamos y, en el fondo, los dos hicimos lo mismo cuando era ella lo que se interponía en nuestra amistad.

Respondo sin darme tiempo a pensarlo, porque, si lo hago demasiado, a lo mejor acabo huyendo como una maldita rata.

Yo: Sí. Claro. Allí nos vemos, tío.

Me pongo en pie. Guardo el móvil y saco el gel y la toalla de la bolsa para ir a darme una ducha. Y me propongo no volver a pensar en esto hasta que llegue mañana a las siete y tenga que enfrentarme a ello. Si no, me volveré loco.

Estoy saliendo del gimnasio cuando alguien se planta en mi camino y choca contra mi pecho a propósito. Bajo la mirada y me encuentro una sonrisa burlona debajo de un *septum* plateado. Pongo los ojos en blanco.

—¿Me acosas?

—Eso te encantaría. Siempre llevas los mismos horarios, gilipollas.

—Y tú también.

—Tener un trabajo de oficina es lo que tiene. ¿Vas tarde? ¿O tienes rato para un café?

Echo un vistazo rápido al reloj. Nunca creí que pasado el tiempo podría tener esta clase de relación cordial con la exnovia que me dio un bofetón en una fiesta cuando le dije que la chica a la que ella odiaba me gustaba mucho más que ella. Éramos unos críos y, aun así, pensé que Blair Wells era de las que te hacen la cruz y te guardan rencor para siempre. No es que ahora seamos amigos, pero hace seis meses que nos encontramos por casualidad en la puerta del gimnasio y quedamos para tomar un café y ponernos al día. Ni siquiera sabía que hacía ya un par de años que se había mudado a Los Ángeles. Ahora solemos coincidir con tiempo para desayunar juntos tras el ejercicio al menos un día a la semana.

—Tengo un rato, sí, siempre que sea rápido.

—Ya sabes que es así exactamente como me gusta —dice en tono pícaro, y juguetea de forma provocativa con el *piercing* que lleva en la lengua.

Sacudo la cabeza con una sonrisa. Me gustaría saber qué dice su novia de esa manía suya de hacer gestos obscenos a todo el mundo. De todas maneras, es posible que ya no estén juntas, su relación es tormentosa, por decirlo de alguna forma, y eso que yo solo tengo una mínima parte de información. Y a mí no me molesta que se

insinúe en broma siempre que le apetezca, en eso somos los dos iguales y el coqueteo forma parte de nuestra esencia.

—Venga, te invito, por los viejos tiempos.

—Por los viejos polvos, Sparks.

Le pongo una mano en la espalda y ella se ríe cuando la bajo lentamente y paro justo antes de tocarle el culo. La observo cuando se adelanta y camina hacia la cafetería más cercana por delante de mí. El aspecto de chica dura, los brazos cubiertos de tatuajes, la melena de un negro brillante. Se me pasa por la mente la chica del otro día. Lisa, Sue, o como quiera que se llamara en realidad. Tatuajes. Pelo negro como la noche. Pinta de ir a prenderle fuego al mundo si alguien le lleva la contraria. A lo mejor tengo un tipo, en el fondo, aunque el amor de mi vida no se parezca en nada a la clase de mujeres que suelen llamarme la atención.

Y me pregunto qué será de esa chica que parecía arrastrar el caos con cada uno de sus pasos. Si el tatuaje de su espalda aún está incompleto o si ese rosal plagado de espinas no florecerá nunca. Si se acordará de mí o ya se habrá olvidado de lo que fue el mejor polvo de mis últimos meses.

Supongo que no importa, el recuerdo siempre es mejor cuando no tienes la oportunidad de estropearlo insistiendo en algo que ya dejó el listón muy alto.

Y por eso, también, Blair y yo somos solo viejos amigos, porque el recuerdo no pudimos estropearlo más, y ahora solo nos queda llevarnos de puta madre y compartir risas con café a primera hora de la mañana antes de tener que ir al trabajo.

—Tyler, hay una chica aquí que pregunta por ti. Es tamaño bolsillo, morena y tiene mala hostia, ¿te suena de algo?

Me descoloca que Kowalski me llame para esto y no para alguna movida chunga de verdad en la puerta, ya me estaba poniendo en marcha para apagar fuegos y resolver conflictos. La primera persona que me viene a la cabeza con esa descripción es la chica que me dio un nombre falso después de besarme por algún motivo que tampoco llegó a desvelar. Pero eso es imposible, ¿no? ¿Qué iba a hacer ella aquí? ¿Por qué iba a venir a preguntar por mí? ¿Y por qué no pasaría de la puerta? Al fin y al cabo, no es que la otra noche pidiera permiso para absolutamente nada excepto para fumar un cigarrillo. Me acerco hasta la puerta del despacho, movido por la curiosidad.

No pensaba venir esta noche al club, pero quedarme en casa anticipando cómo irá el encuentro de mañana con Cam no era una opción. Y lo cierto es que encerrarme aquí a actualizar el libro de contabilidad tampoco estaba sirviendo de mucho para distraer mi mente, así que esta novedad me viene bastante bien. Tal vez por eso ni me lo pienso antes de responder:

—Déjala pasar.

Cuelgo el teléfono y abro la puerta para asomarme a la sala. Miro hacia la entrada por encima de las cabezas de la gente. Ahí está, cargada como si se estuviera mudando. Se abre paso entre la multitud sin dudar y sin dejarse arrastrar por la inercia de los bailes. Cruzo los brazos y, cuando alza la mirada y me encuentra, levanto una ceja para que le quede claro que no es del todo bien recibida. Creo. En el fondo, es una distracción interesante.

Me dan ganas de preguntar qué hace con una maleta, una mochila llena a la espalda, una cámara de fotos enorme colgada del hombro y un casco en la mano en medio de un club pasada la medianoche, pero me muerdo la lengua porque no pienso ser el primero en hablar, esto ya es una cuestión de orgullo.

Levanta la mirada para clavar las pupilas en las mías en cuanto llega hasta mí. Deja transcurrir un par de segundos en silencio, y luego, cuando se da cuenta de que no voy a ceder y hablar yo primero, dibuja media sonrisa inocente.

—Es una larga historia.

Enarco las cejas aún un poco más.

—¿En serio? ¿Todas tus historias lo son?

Se muerde el labio, pero enseguida se recupera y un brillo pícaro le cruza la mirada.

—Que no te engañen, la longitud sí que importa, Tyler. ¿Puedo pasar? —Señala el interior del despacho. Hace una mueca al ver que no me aparto—. Venga, va, te lo explicaré si me dejas.

Me hago a un lado y ella aprovecha para colarse en el despacho arrastrando todas sus cosas sin perder ni un solo segundo. Avanza hasta el sofá, deja la maleta al lado, y el casco, la cámara y la mochila, sobre el asiento. Cierro la puerta y me apoyo en la madera para mirarla desde ahí. Se estira para desentumecer los músculos y luego se vuelve despacio a mirarme.

—Tú dirás... Sue.

Aprieta los labios en un gesto que pretende ser inocente, pero no me lo trago. Se pone las manos en las caderas y me mira con los brazos en jarras, como si la bronca me la fuera a llevar yo. Hoy lleva pantalones, de un color oscuro y muy ceñidos, una camiseta negra con el borde deshilachado y un arcoíris estampado en la parte frontal y la cazadora roja de cuero. No se le ven los tatuajes. Y no sé si lo prefiero así. Quizá sea mejor si quiero poder mantener esta conversación sin pensar en cuánta piel me gustaría poder ver esta noche.

—Vale. En mi defensa, diré que una chica tiene que ser prudente y protegerse, no se pueden dar datos personales a un desconocido

así como así. Y, bueno, comprendo que tú no puedas entenderlo porque eres solo un tío, así que no pasa nada, no te lo tendré en cuenta.

Suelto un gruñido indignado, pero ella me sigue sosteniendo la mirada como si estuviera convencida al cien por cien de que la razón está de su parte en esto.

—No fui yo el desconocido que se lanzó a besarte en medio de la sala —le recuerdo.

—No estábamos en medio, más bien a un ladito —me corrige.

—Irrelevante.

—Solo quería ser precisa.

—¿Quién eres? ¿Por qué me llevaste a una casa que no era tuya la otra noche? Y, por último, pero no menos importante, ¿qué haces aquí?

Hace una mueca.

—Es...

—No me sueltes lo de que es una historia muy larga.

—Vale. ¿Me das un cigarrillo?

Suspiro, estoy a punto de perder la paciencia. Me acerco a la mesa, abro el cajón y le ofrezco uno. Me devuelve el mechero en cuanto lo enciende, y yo me enciendo uno también, porque creo que me va a hacer falta si quiero conservar la cordura esta noche con esta chica que —odio decirlo, pero es bastante obvio— no está bien de la cabeza.

—Empieza —le pido.

—Me llamo Sue... —Le hago un gesto para que vaya un poco más allá y ella pone los ojos en blanco—. Morrison —añade con desgana —. El apartamento de la otra noche es de mi hermano. Sí, el tío que apareció de detrás de la basura, ese era mi hermano. Y... ¿qué más? Ah, sí, esto. —Señala alrededor donde están amontonadas todas sus

cosas. Luego sonríe con falso aire inocente—. Tengo que pedirte un favor.

La observo en silencio por unos segundos mientras los dos fumamos. ¿De verdad tiene la cara dura de venir a pedirme un favor después de todo lo de esa noche?

—¿Qué favor? —pregunto al final, prudente.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche?

Pone una mano en el respaldo del sofá. Expulso el humo de golpe y, aun así, tengo que toser un par de veces.

—¿Perdona? ¿Aquí? ¿En mi despacho? ¿En mi club? ¿Para que puedas robarme, destrozarlo o traer a un montón de tus amigos sin techo? Ni hablar.

Se yergue, como si pensara que puede intimidarme con su escasa estatura, y me dedica una mirada contrariada.

—Lo primero, la gente que vive en la calle no tiene la culpa de que la sociedad y la gente como tú los empuje a malvivir, Tyler Sparks, habla con un poco más de respeto. Y lo segundo..., ¿de qué vas? ¿Me estás acusando de ser una ladrona?

Me está sacando de quicio que, encima, se haga tanto la víctima.

—No sé lo que eres, porque no te conozco de nada y lo único que sé de ti es que eres una mentirosa, que tuve que salir corriendo por una escalera de incendios y que ni siquiera fuiste capaz de decirme tu puto nombre bien, así que perdona si no me fío del todo.

—¡Venga ya! —Da dos pasos hacia mí—. Supéralo de una vez, mierda, ya te he dicho que me llamo Sue, no hace falta ser tan rencoroso, ¿sabes?

—¿Qué haces aquí, Sue? —insisto, y separo muy bien las sílabas para que no se pierda nada en absoluto del mensaje.

Da una calada larguísima al cigarrillo y echa la cabeza hacia atrás mientras se traga el humo. Cuando vuelve a mirarme, parece

decidida a ceder un poco.

—He tenido un intercambio de opiniones bastante interesante con mi casera que, como verás por todas esas cosas que llevo conmigo, no ha salido demasiado bien. Mi hermano no está en su casa, no tengo llaves, ni pasta, ni sitio para dormir. Solo será esta noche, te lo juro, me largaré por la mañana y, si mi hermano no aparece, encontraré otra cosa para apañarme hasta que consiga una nueva habitación donde vivir, ¿vale?

Me ablanda un poco. No puedo dejarla en la calle en una de las primeras noches de marzo, aún hace frío cuando el sol desaparece y, además, Los Ángeles no es una ciudad segura, eso está claro. Apago la colilla en el cenicero mientras intento encontrar la mejor solución. No puedo dejarla aquí sola ni de broma, podría traer consigo cualquier desastre, como ya ha demostrado.

Y entonces se me ocurre algo que me hace replanteármelo todo. Porque quizá si le concedo un favor a cambio de otro podemos equilibrar la balanza.

—Vale.

Duda, como si esperara que ahora le pidiera una suma exorbitada de dinero, sexo a cambio de un colchón, o que sea mi sicaria. No puedo negar que la creo muy capaz de eso último.

—¿Vale?

—Hay un «pero» —advierto.

Suelta un suspiro dramático y, cuando se acerca para apagar los restos de su cigarrillo en el cenicero, queda muy cerca de mi cuerpo.

—Siempre hay un «pero» —se lamenta.

—No vas a quedarte aquí sola y sin supervisión, te vienes a mi casa.

—No tengo dos años y, ¿por qué iba a fiarme de ir a tu casa?

—Si tuvieras dos años serías menos peligrosa y... ¿porque no tienes otra opción que venir a mi sofá o dormir en este despacho esposada al radiador?

—No suelo oponerme a las esposas, si es lo que te pone, pero son un poco incómodas para dormir, lo digo por experiencia.

Hago una mueca y sacudo la cabeza con desaprobación.

—Esta noche duermes en mi casa y mañana tienes que hacerme un favor a cambio.

Frunce el ceño y se cruza de brazos para demostrar que no está conforme con nada de lo que oye.

—Has dicho que había «un pero», no dos.

—¿Quieres escuchar el resto antes de decidir si te parece bien o vas a dormir en la calle?

Gruñe y suelta una palabrota en voz baja.

—¿Cuál es el favor?

Bien. Aquí viene una de esas ideas estúpidas que solo se me podrían ocurrir a mí, pero, si quiero intentar suavizar las cosas con Cam, a lo mejor esta chica es mi mejor baza. Sobre todo, porque no dejará de odiarme mientras tenga claro que estoy tan colgado por *ella* como —estoy segurísimo de esto aunque se haga el duro— lo sigue estando él.

—Mañana he quedado a las siete de la tarde en el bar del Four Seasons de Beverly Hills con un amigo con el que tengo una historia algo complicada.

—¿Es tu ex? —me interrumpe.

—No. Pero necesito que crea que he superado a otra persona, así que tienes que pasar por allí y fingir que nos hemos encontrado por casualidad y que vamos a quedar más tarde y que estás un poco loca por mí y que yo te correspondo. ¿Es muy raro?

—¿Raro? Es el argumento de cientos de novelas de comedia romántica, Tyler. —Chasquea la lengua después de decir mi nombre con cierto tono burlón—. Y he leído las suficientes para saber cómo terminan las relaciones falsas. No te ofendas, no quiero eso contigo.

—No es una relación falsa. Solo tienes que pasar por allí, coquetear un poco y largarte. No nos volveremos a ver después de eso, a no ser que te presentes de nuevo en mi club a pedir favores, Sue.

Arruga la nariz cuando oye el modo en que digo su nombre, en una imitación de lo que ella ha hecho antes con el mío.

—Esa historia del amigo y la relación falsa me intriga, lo admito —dice finalmente mientras me observa de arriba abajo como si fuera una nueva especie de animal que está tratando de catalogar—. Y le voy a dar el puesto número cinco en el *ranking* de cosas surrealistas sucedidas en mi vida en Los Ángeles. Está bien..., trato hecho.

Me tiende la mano y yo dudo unos segundos, porque empiezo a temer que nada de esto sea muy buena idea, pero termino por estrechársela. Me sostiene con fuerza y pega un tirón firme para atraerme hacia ella.

—Solo una pregunta más.

Le miro los labios porque a esta distancia es imposible no hacerlo.

—Dime.

—¿La has superado?

Eso me descoloca.

—¿El qué?

—A esa otra persona, ¿la has superado ya?

Me aparto de forma brusca, me muevo a un lado y paso junto a su cuerpo para coger su maleta y acercársela sin decir nada.

Suelta una risita a mi espalda.

—Vale. No hace falta que contestes.

Le tiendo su mochila y, en cuanto coge el asa, la suelto y hago lo mismo con el casco.

—Vámonos ya, mañana a las seis y media de la mañana tienes que salir de mi casa, yo me iré al gimnasio antes de ir a trabajar.

—Cuidado con eso —me advierte en cuanto estoy a punto de levantar la cámara. Se acerca rápidamente para cogerla ella—. ¿Es que no es este tu trabajo?

Es ella la primera que se niega a dar información personal, ¿no es verdad? Y creo que ya he mostrado demasiado, así que prefiero atenerme a esa forma de relacionarnos a partir de ahora.

—Eso no te importa. Duermes en casa esta noche, te largas por la mañana, te pasas por el bar del Four Seasons sobre las siete y cuarto, no nos volvemos a ver más, ¿te parece?

Estudia mi cara por un segundo eterno y, al final, hace un asentimiento al tiempo que frunce un poco los labios y se encoge de hombros.

—Genial. ¿Tienes el coche fuera? Porque sería un auténtico fastidio tener que atar la maleta a la moto otra vez.

La miro mientras camina por delante de mí hacia la puerta. Se ha colgado la mochila, carga con la cámara y lleva el casco en la mano, pero ha dejado atrás la maleta para que la lleve yo. No protesto, aunque me den ganas de decirle que no soy su botones.

Me fijo en las curvas que esconde la ropa y me doy cuenta de que me muero por saber qué clase de moto conduce. Me la imagino subida a la mía y... No quiero dejar de pensar con la cabeza esta noche. Así que rezo para que tenga una de poca cilindrada y solo apta para trayectos por ciudad, y la sigo hasta la calle.

Cuando dejamos sus cosas en el maletero de mi coche, se pone el casco y camina solo un poco más allá hasta una Ducati vieja y algo destartalada, pero potente y preciosa aun así, ya sé que tengo que

sacar a esta chica de mi vida mañana mismo si no quiero meterme en líos de verdad.

Y que esta noche más me vale mantener las distancias, porque el sexo con ella ya ha plantado la promesa de ser adictivo, y yo soy propenso a caer en ciertas adicciones y no ser capaz de parar.

Si hay algo que tengo por seguro es que esta chica puede jugar conmigo y ponerme la vida patas arriba y eso es algo que, ahora, no me puedo permitir.

6

Play The Game



Sue

Me deja meter la moto en su garaje. Tiene que mover una BMW nuevísima y reluciente con más cilindrada que mi vieja reliquia para poder ajustar las dos y el deportivo al espacio de su plaza. Me ayuda a cargar con mis cosas, en un silencio tenso, y subimos en un ascensor que no tiene música, pero te anuncia cuándo cierra la puerta y el piso en el que se detiene. Es un tercero.

Me esperaba algo más lujoso después del club, el coche, la moto y esos aires de niño rico que no van para nada con la pinta de chico malo que se esfuerza en mantener, pero el apartamento es sencillo. Tiene un dormitorio y otra habitación más pequeña que podría serlo, pero está llena de trastos. El baño está entre las dos. El resto, tras dejar atrás el recibidor, es un espacio abierto de salón y cocina con una mesa de comedor insuficiente si tiene más de dos invitados. A lo mejor no invita a mucha gente. A lo mejor es un alma solitaria como yo, que en tres meses viviendo en Los Ángeles aún no tengo a nadie

a quien llamar «colega» siquiera. El sofá parece cómodo y eso es un punto muy positivo.

—No sé si te apetece darte una ducha, venir con la moto a estas horas puede meterte el frío dentro. Si quieres, puedo dejarte una toalla.

Su sugerencia suena demasiado bien, y mucho más amable de lo que ha estado antes, en su despacho.

—Estaría muy bien..., si no te importa. Tengo una toalla en alguna parte de esa maleta.

Intento suavizar mis modales y mi forma de hablar, también yo. A veces me paso de borde, y lo sé. Pero este tío me ha ofrecido quedarme en su casa esta noche cuando más lo necesitaba, después de todo y sin tener por qué hacerlo, así que al menos voy a intentar ser amable un rato. Aunque sea un rato corto.

Me dedica una mirada larga, como si estuviera dudando si debería decir algo más. Luego asiente.

—Y, si quieres comer algo, hay un montón de comida preparada en el congelador, solo hay que calentarla y ya está. Puedes coger lo que quieras. Mi madre vino a verme hace unas semanas, para mi cumpleaños, y se dedicó a cocinar a todas horas porque tiene metida en la cabeza la absurda idea de que no sé alimentarme solo, así que no te cortes, hay para el resto del año.

Sonrío levemente cuando capto su tono jocoso. Lo observo con un poco más de detenimiento, hasta que me pilla analizando a fondo sus facciones y tengo que apartar la mirada a toda velocidad para disimular un poco. Ya había pensado que era mono —en plan, podría poner cachondo a cualquiera—, pero ahora también me percato de que hay algo más: es guapo. Guapo de verdad. Con una belleza muy masculina, los rasgos marcados, la mandíbula angulosa y el rastro de una barba de un par de días que lo hace parecer menos crío. Me

asalta la duda, porque parece joven, pero tiene esta casa y el coche y la moto y el club, y...

—¿Cuántos años tienes? —pregunto, mientras intento maquillar mi curiosidad de casualidad y rebusco en la maleta hasta dar con la toalla, para no mirarlo directamente.

—¿Ahora quieres compartir información personal?

Alzo la mirada para encontrar sus ojos y hago una mueca cargada de fingida inocencia.

—Yo contestaré a otra pregunta a cambio —ofrezco, en tono juguetón.

Suelta una carcajada ahogada y asiente.

—Cumplí veintitrés el doce de febrero. Y doy esa información extra para que tú no seas escueta en tu respuesta.

Tiene un año menos que mi hermano, entonces. Es increíble la diferencia de logros que parecen tener uno y otro, pero me imagino que todo es más fácil cuando tus padres tienen pasta y eso te allana el camino.

—Pregunta —le animo.

Me pongo de pie con la toalla en la mano y él me mira, parado frente a mí. Me siento un poco desnuda bajo el escrutinio de su mirada, especialmente porque no la aparta de mis ojos y yo preferiría que se centrara en mi cuerpo para seguir sintiendo que puedo esconderme tanto como necesite.

—¿Cuántos años tienes tú?

Me imagino que se preguntará por nuestra diferencia de edad igual que lo he hecho yo. No soy muy alta y, aunque sé que mi cara de mala leche intimida, mis rasgos son más dulces de lo que me gustaría. Es herencia de la mujer que me cargó en su vientre, y supongo que debería alegrarme de no parecerme más a él. Sé que Clay odia tener tantas similitudes con ese cabrón que nos engendró.

—Cumplí veintiuno el diez de diciembre —respondo del mismo modo en que lo ha hecho él.

Sus ojos me recorren por entero entonces. Creo que está valorando si esta vez sí digo la verdad o si sigo guardándome ciertos datos personales.

—¿Necesitas ver mi carnet de conducir?

Sonríe de medio lado y niega con la cabeza.

—Voy a fiarme de ti.

—Pobre inocente —bromeo, paso por delante de él y camino hacia el baño. Me vuelvo antes de entrar—. Oye..., gracias por dejar que me quede.

Encoge un solo hombro para quitarle importancia.

—No pasa nada. Favor por favor —me recuerda.

—Vas a tener que darme algo más de información para interpretar bien mi papel de novia falsa.

Suelta una especie de gruñido.

—No tienes que hacerte pasar por mi novia, solo por algo casual.

Sonrío con picardía.

—Me encantan las casualidades. ¿Tengo que ser dulce? ¿Me tapo los tatuajes? ¿Quieres que me ponga un vestido de flores?

No me deja seguir con todas las tonterías que podría enumerar para ser más «deseable» para su gusto, porque clava los ojos en los míos y permanece serio cuando habla:

—Si vas así, tal y como eres, estarás perfecta.

Puede que se me suban un poco los colores a las mejillas, y no me quedo para ver si a él le pasa lo mismo en cuanto sea plenamente consciente de cómo ha sonado lo que acaba de decir. Me meto en el baño, cierro la puerta con el pestillo y doy una vuelta para observar la estancia y cotillear todo lo que tiene por aquí. Está

ordenado, limpio y huele bien. Mucho mejor que el lugar de donde vengo.

Me tomo mi tiempo en la ducha, aunque no era mi intención pasarme de aprovechada, pero es que en cuanto estoy bajo el agua caliente y puedo enjabonarme con ese gel que huele tan bien me cuesta horrores obligarme a salir. Me he traído al baño ropa interior limpia y una camiseta enorme de la última gira de Green Day que le robé a alguien después de una noche tórrida en la universidad. No sé si es lo más adecuado salir solo con una camiseta y descalza, como si estuviera en mi casa. Tal vez debería haberme puesto un pijama. Lo que pasa es que, por alguna extraña razón, no quiero que Tyler me vea en un pijama insulso, quiero que me encuentre sexi. Esta necesidad de gustar tal vez sea patológica, no lo sé, tampoco voy a molestarme en darle muchas vueltas.

Mi anfitrión está en la cocina, delante del horno, cuando salgo y me acerco de nuevo al salón. Gira la cabeza para mirarme, y se detiene un segundo de más en el dragón tatuado en la pierna antes de volverse de nuevo hacia lo que tiene entre manos.

—Estoy calentando un poco de lasaña, ¿tienes hambre?

No la tenía hasta que he captado el olor que desprende la comida a medida que se va calentando. Ahora me rugen las tripas.

—¿Sueles cenar a la una de la madrugada?

Se gira para mirarme y se apoya en la encimera.

—No. Solo si tengo hambre. ¿Te apetece un poco o no?

Asiento.

—Claro.

Reparte la comida en dos platos en cuanto está lista y la acerca hasta donde estoy, delante de la mesita del sofá. Deja los platos ahí y me ofrece un tenedor. Luego se sienta en el suelo y estira las largas piernas hasta que ocupan gran parte del espacio disponible.

Tengo que calcular bien dónde sentarme para asegurarme de que no nos rozamos demasiado.

—Gracias —digo cuando cojo el cubierto y me acomodo.

—Ten cuidado, quema bastante.

Corto un trozo con el tenedor y contemplo el hilo de humo que escapa del interior. Hace demasiado tiempo que no ceno comida casera y decente. He estado sobreviviendo en la ciudad y me siento como si aún no hubiera aterrizado aquí del todo, como si solo acabara de llegar y siguiera organizando mi nueva vida. Supongo que esa es la realidad.

—¿Bailas?

Levanto la vista para clavarla en sus ojos, confundida, cuando lo oigo soltar esa pregunta de repente y sin venir a cuento. Conecta con mis pupilas por solo una décima de segundo y luego esos ojos avellana me recorren despacio hasta acabar en el tobillo derecho, donde llevo el tatuaje del *ballet*. Muevo la pierna de inmediato, para cruzarla por debajo del cuerpo y esconderlo de su escrutinio.

—No.

Me revuelvo incómoda, y capto con el rabillo del ojo cómo levanta las manos para disculparse sin palabras y pedirme paz.

—Demasiada información personal, lo pillo —dice en el tono más irónico posible.

—Información *demasiado* personal —matizo, en un murmullo ronco.

—Vale, podemos mantener el misterio un poco más.

Lo miro de reojo al captar la burla. Tiene una sonrisa de brillo irónico en los labios y yo centro la atención en ese amago de hoyuelo que ha vuelto a aparecer en su mejilla. Luego bajo la mirada por su cuello, el modo en que la manga de la camiseta se le ajusta al brazo y...

—¿Juegas al fútbol? —pregunto, para suavizar el ambiente.

Se pasa la mano sobre el tatuaje que lleva en el brazo izquierdo y me parece ver en su rostro una sombra de nostalgia que desaparece tan rápido como ha llegado. Sacude la cabeza con suavidad.

—Antes jugaba. Ahora ya no.

—¿Por qué no?

Busca mis ojos y alza una ceja.

—¿Ya volvemos a compartir cosas íntimas?

—No tanto como te gustaría —insinúo con una sonrisa pícara de medio lado.

Suelta una carcajada y le brillan los ojos. Aparto la mirada en cuanto soy consciente de que ese brillo me hace unas cosquillas incómodas en la parte más baja del vientre.

—Era *quarterback* —me cuenta, y emito un silbido exagerado de impresión que no deja dudas acerca de lo burlón que es—. Esto es del instituto. —Acaricia el tatuaje de nuevo—. Jugué dos años en la universidad también, antes de lesionarme. Me rompí el brazo y ya no puedo lanzar. Triste historia, Susie.

Suelto un gruñido, aunque no se me ha pasado por alto que, aunque intenta esconderse, lo triste de la historia aún le duele de verdad.

—Sé que sabes que me llamo Sue y no Susie —advierto muy seria.

Sonríe satisfecho al haberme molestado.

—Me habías dado la impresión de no tenerle mucho aprecio a tu nombre, así que me ha parecido oportuno darle un toque especial.

Frunzo el ceño, pero sé que le va a divertir aún más si continúo la discusión, de modo que me muerdo la lengua y vuelvo al tema anterior.

—Yo creo que tienes los brazos bien. La otra noche me levantaste y, a no ser que el dolor te ponga cachondo, me pareció que no sufrías mucho.

Aprieta un poco los labios ante la insinuación y sé que no se pierde el modo en que me paso la lengua por el labio inferior, tampoco.

Mueve el brazo derecho hacia atrás, como si se estuviera preparando para lanzar un pase largo y hace una mueca. Vuelve a dejarlo caer y se frota el codo con suavidad.

—Ese movimiento me mata.

—¿Qué te pasó?

—Le dije a todo el mundo que me lo había roto jugando.

—¿Y cómo te lo rompiste en realidad?

Hace un mohín con los labios.

—Información demasiado personal, Susie. —Sonríe cuando arrugo la nariz y le enseño un poco los dientes ante el nombrecito—. Come, anda, al final se va a enfriar. ¿Te gusta el fútbol?

Ya estoy masticando cuando me lanza esa última pregunta. Él también se lleva un tenedor lleno a la boca mientras espera mi respuesta.

—Me gusta el fútbol; los jugadores de fútbol, no.

Se pone una mano en el pecho, sobre el corazón, como si acabara de rompérselo en mil pedazos y el dolor fuera demasiado intenso. Hago amago de poner los ojos en blanco, pero se me escapa una sonrisa.

—Qué suerte que yo ya no lo sea, entonces.

Levanto una ceja y sus ojos brillan llenos de picardía.

—¿Tú crees? —Me hago la indiferente. Lo cierto es que estoy empezando a tener ganas de abandonar la lasaña, por muy exquisita que esté, y subirme a su regazo. Necesito distraerme con algo—. Mi

hermano es fanático del fútbol, me obligaba a ver con él la *Super Bowl* todos los años. Este año recuperamos la tradición, hacía tiempo que no veía un partido.

—¿Y te gustó? Creo que fue una de las mejores finales que he visto.

—Perdió mi equipo, ¿tú qué crees? —bromeo solo a medias.

Chasquea la lengua.

—Malas elecciones, Susie, todo el mundo sabía que había que ir con los Patriots este año con ese nuevo receptor. Si hubiera podido apostar, habría puesto todo mi dinero en juego por el número 86.

Estiro el pie para darle una patadita suave en el muslo, pero eso solo lo hace reír entre dientes.

—Deja de llamarme Susie, Taylor.

Suelta una carcajada y, sin querer, me río bajito contagiada por su risa. Me lleno la boca de la deliciosa lasaña de su madre para no volver a hacerlo. No quiero ablandarme con él, la proximidad forzada de esta noche es solo algo circunstancial.

—¿De dónde eres? —pregunta, tras unos segundos de silencio.

En su plato apenas quedan dos bocados, mientras que yo aún tengo la cena prácticamente entera. No levanto la mirada de la pasta mientras pienso si es buena idea contestar a eso. Demasiada información personal.

—¿Por qué sabes que no soy de aquí?

—Por el acento. No es de California.

—El tuyo tampoco lo es del todo.

—Sí que lo es —me corrige—. Nací en Baltimore y crecí en la costa Este, pero nos mudamos a Sacramento cuando tenía trece años, así que no creo que quede mucho acento de allí ya en mi forma de hablar.

Sé lo que está haciendo, dando información de más para que yo no escatime en mi respuesta. Tampoco importa tanto, si no voy a volver a verlo después de ese favor que le debo mañana, así que hablo:

—Soy de Austin.

—Texas. No tienes aspecto de texana.

Sonrío de medio lado.

—¿Qué aspecto tienen los texanos? Apuesto a que nunca has estado en Texas y has visto mucho la tele.

—Culpable.

Le dedico una mirada de medio lado y me ablando un poco cuando veo su sonrisa socarrona. Me da la impresión de que empieza a divertirle demasiado molestarme y voy a tener que marcar los límites con mayor claridad si no quiero que empiece a creerse que puede coger confianza conmigo.

—¿Por qué no podías apostar? —pregunto para llenar el silencio cuando he comido dos trozos más de lasaña y me siento observada.

—¿Qué?

—Has dicho que habrías apostado por los Patriots si *hubieras podido* apostar.

—He dicho que habría apostado por *un Patriot* en concreto —dice con un tono algo burlón que termina por sonar nostálgico de alguna extraña manera—. No apuesto. Mi terapeuta dice que es mejor que evite el juego, así como todas las cosas divertidas.

Parece que bromea, pero me da la impresión de que en el fondo no es así. La mención a un terapeuta me hace observarlo con más detenimiento, una vez más. Me pregunto qué puede arrastrar un niño rico, propietario de un club y con esta vida en apariencia tan cómoda, al que su mamá le hace la comida cuando viene de visita, para ir a terapia de forma regular. Yo, al mismo tiempo que la

carrera de Fotografía, dejé también las sesiones con la psicóloga del campus. Creo que no fue la mejor decisión, pero en tres años ya habíamos tratado de sobra «mis traumas», así que estoy convencida de que puedo seguir sola a partir de ahora.

—¿Problemas con el juego?

—Sé que parezco un buen chico, Susie —ironiza, y yo me trago la sonrisa porque me parece que ese aspecto de chico malo es imposible de disimular—. Pero he tenido mis problemillas con la ley, ¿sabes? Carreras ilegales, timbas de póker... En fin, me he redimido, ahora soy un hombre de bien. Hasta tengo mis contactos en la policía, ahora que tengo tu nombre completo podría consultar tus antecedentes.

Ignoro su comentario. Chasqueo la lengua.

—Ya. Problemas de niño pijo.

Enarca una ceja, en un gesto cargado de indignación.

—¿Perdona? Jamás he sido un niño pijo, por mucho que mis padres se esforzaran para ello. Y podría seguir ganando mucha pasta con el póker en un bajo del este de Sunset, si quisiera. Pero no quiero.

—¿En Sunset? —repito, y suelto una carcajada—. Entonces es póker de pijos.

—Es donde se mueve el dinero.

—¿Así te compraste el deportivo?

—Veo que mi coche te ha impresionado.

—Nada más lejos de la realidad.

—¿Te ha gustado mi moto?

—Prefiero mil veces la mía.

—No estaría tan mal con una capa de pintura.

—Hay cosas más importantes que la pintura nueva.

—Ese tubo de escape no va a dar mucho más de sí.

—¿También eres mecánico?

—A nivel *amateur* y siempre que tenga a mano un tutorial de YouTube.

No quería reírme, pero no lo puedo evitar. Me muerdo el labio para dejar de hacerlo, y puedo sentir sus ojos fijos en esa parte de mi cuerpo. Hago como si no lo notara, termino el último bocado de la cena y decido que será mucho mejor dar por terminada la velada e irnos a dormir.

—Deberíamos...

—Sí.

No me deja terminar para mostrarse de acuerdo. Lo hace antes de saber exactamente lo que iba a decir, aunque supongo que es bastante obvio y que ni él ni yo queremos que la intimidad se nos vaya de las manos.

Se levanta y recoge los dos platos para llevarlos hasta el fregadero.

—Tienes la casa muy limpia —digo, solo porque el silencio de repente me resulta incómodo.

—Como buen niño pijo, pago a alguien que viene a limpiar dos veces por semana.

—Me lo imaginaba.

Me dedica una mirada contrariada. Aprieta los labios, pero no dice nada en su defensa, porque no tiene defensa posible. A mí también me gustaría vivir en este barrio, tener su moto y no todos los problemas mecánicos de la mía y que alguien viniera a limpiar mi casa por mí, así que me veo en la obligación de machacarlo por todo eso que él puede tener y yo no. No lo haría si pensara que se lo ha ganado con esfuerzo.

—Necesito una garantía de que no te habrás largado con la mitad de mis cosas cuando me despierte.

Esta vez soy yo la que lo mira con dureza. ¿Aún está con esas acusaciones de ladrona y mentirosa? No es que no me sienta un poco orgullosa de haberme ganado la fama, pero después de todo ya debería haberse dado cuenta de que el aspecto de delincuente es todo fachada.

—¿Qué clase de garantía?

Me pongo de pie de un salto y me lanzo hacia él cuando coge mi cámara sin ningún cuidado. Levanta el brazo para que no pueda alcanzarla y dibuja una sonrisa burlona que me dan ganas de borrarle de un guantazo cuando me ve saltar a su alrededor sin ni siquiera llegar a rozarla.

—Te prometo que no sufrirá ningún daño —dice, con la sonrisa aún en los labios—. Me he dado cuenta de que parece ser tu posesión más preciada, así que no te irías sin ella. La voy a custodiar en mi cuarto hasta que salgamos por la mañana. Tranquila, va a dormir más cómoda que tú.

Doy dos pasos atrás y lo miro echando chispas por los ojos.

—Eres un...

—Ahórrate los insultos, la voy a tratar con mucho cariño —asegura, en un tono levemente obsceno que se me cuela debajo de la ropa interior—. Tienes otra manta en el mueble de debajo del televisor, si la necesitas. Buenas noches, Sue.

Se aleja hacia el dormitorio. Suelto un resoplido molesto.

—Buenas noches —repito entre dientes.

Pasa por el baño, sin abandonar mi cámara para evitar que pueda recuperarla, y, luego, cuando se mete en su cuarto, no cierra la puerta del todo, sino que la deja entornada, como si, en el fondo, dejara en el aire una invitación a entrar.

Voy al baño con mi neceser en la mano. La ventaja de no haber podido acomodarme demasiado en ese cuartucho en el que he

estado viviendo los últimos meses es que ya tenía mis cosas casi recogidas del todo cuando he tenido que largarme corriendo de allí.

El sofá es cómodo, pero no puedo dormir. Contemplo las luces de la calle que se cuelan por la ventana y dibujan figuras en el techo. Doblo la pierna derecha, para dejar el tobillo al alcance de la mano y poder acariciar la zona donde llevo el tatuaje con las yemas de los dedos. Y pienso en todas esas cosas que son solo mías y no quiero compartir. Es casi todo. Y por eso no me permito intimar con nadie a un nivel más allá del plano físico. Por eso me callo. Por eso me escondo. Por eso y porque... Ya vale, da igual. Me prometí no volver a pensar en eso nunca más.

Sin embargo, los pensamientos giran en espirales caóticas en mi mente. Los recuerdos. Las imágenes. El dolor. Sobre todo, eso. Veo una y otra vez las fotografías que tengo escondidas en el bolsillo de la funda de la cámara. Viejas y desgastadas. Con las esquinas dobladas. Desmejoradas, pero enteras. Al menos no están rotas, no como yo. Y nos veo en esas instantáneas. Las miradas. Las sonrisas. Sam. Siempre Sam. Sus ojos azules. Su diente torcido del que se quejaba, pero que hacía más especial su sonrisa. Sam.

«Te echo de menos».

Cierro los ojos con fuerza, me doy media vuelta para ponerme de lado y, cuando abro los párpados, miro el punto rojo del televisor apagado. El silencio me grita muy fuerte al oído esta noche.

No me molesto en contar los minutos. Y no quiero verme obligada a contar las horas hasta el amanecer.

Me levanto y camino de puntillas hacia la puerta del dormitorio. La empujo con sigilo y me apoyo en el marco para mirar su figura entre las sábanas de esa cama enorme. Alcanzo a ver mi cámara sobre la cómoda que hay a un lado, pero no quiero recuperarla ahora. Necesito aliviar el escozor de todo lo que contiene.

Tyler se incorpora. Apoya la espalda en el cabecero. Contempla mi figura en silencio en la penumbra que nos envuelve. Y entonces camino hasta él. Me pone las manos en los muslos cuando me siento a horcajadas en su regazo y acaricia la piel con una lentitud que consigue impacientarme. Tiro del borde de su camiseta para quitársela. Él no hace lo mismo con la mía, pero cuela las manos debajo y contengo un gemido cuando sus dedos juguetean con mis pezones. Entonces lo beso. Con furia y desesperación. Responde justo de la misma manera. Y el nudo del pecho se evapora en cuanto se me aceleran los latidos. Muevo las caderas sobre él para frotarnos y su gruñido me vibra en la lengua. Está muy duro y yo siento que voy a morirme si dejo que las ganas se acumulen y sigan creciendo. Aparta la sábana a un lado para que el contacto sea más directo. Suelto una risita baja pegada a sus labios cuando intuyo el pantalón del pijama.

—¿Duermes con un pijama de cuadros? Poco sexi, Tyler Sparks.

—Estaría desnudo y con la polla en la mano si llego a pensar que venías —dice en un susurro mientras sus labios descienden por mi cuello—. Pero cuando no estoy siendo el hombre más irresistible de la Tierra duermo en pijama porque es cómodo.

Dejo escapar una risa que se convierte en un gemido cuando me muerde un pezón a través de la camiseta. Lucho con el pantalón de ese pijama tan cómodo hasta que consigo que me ayude a quitarlo de en medio. Creo que es muy consciente de que no quiero andarme con rodeos, porque en apenas dos segundos se ha hecho con un condón de un cajón de la mesilla y se lo ha puesto con destreza. Me libro de las bragas y me subo sobre su polla, jugueteando con ella en mi entrada hasta que los dos nos ahogamos en impaciencia.

—Esta vez marco yo el ritmo —aviso.

—Esta vez voy a dejar que me folles como quieras.

Gimo bajito, con su nombre atascado en la garganta, cuando desciendo y lo introduzco por completo dentro de mí. Me pone las manos en el culo y se recrea con caricias nada delicadas.

—Quien se corra antes pierde —susurro en su oído.

—Te recuerdo que se supone que ya no puedo apostar.

Sonrío contra la piel de su cuello ante su tono burlón, sin dejar de moverme sobre él.

—En este juego sí que puedes.

Me pone una mano en la nuca, me sujeta el pelo con fuerza y me pega un tirón suave para llevarme de nuevo a su boca y besarme con avidez. Gemimos a la vez cuando aumento el ritmo.

Dejo de pensar en cualquier cosa que no sea esto. Él y yo, nuestros cuerpos buscándose en cada centímetro aunque ya no podamos estar más cerca, los jadeos, los murmullos excitados y el placer. Ese placer que me recorre por entero y me hace *sentir*. Y creo que hacía años que no estaba tan lejos del mundo y, a la vez, más conectada a la realidad.

Me corro primero, solo porque en este caso perder significa ganar. Y luego dejo que él sujete mi cuerpo con fuerza entre los brazos para hacerme girar sobre el colchón y embestirme unas cuantas veces más hasta terminar también con un gruñido ronco.

Se deja caer a mi lado. Me estiro la camiseta para que vuelva a cubrirme hasta medio muslo y guardo silencio. Él tarda cerca de un minuto en ser capaz de hablar:

—No vas a recuperar tu cámara y salir de puntillas en la madrugada, ¿verdad que no, Sue?

Respiro. Me siento mejor aquí y ahora.

—No. No voy a hacerlo, Tyler.

—Entonces puedes dormir en la cama.

No decimos nada más. Puedo notar el segundo en que se duerme y cambia el ritmo de su respiración. Serena y tranquila. Me relaja, y acompaso mis inspiraciones a las suyas. No me doy cuenta de en qué momento me quedo dormida yo también.

7

The Way It Was



Tyler

Tiro la bolsa de deporte dentro del maletero del coche sin ningún cuidado. Miro el reloj y calculo el tiempo que me sobrará si conduzco ya hasta Beverly Hills. Estoy nervioso. Histérico. Y ni siquiera largarme directo a machacarme en el gimnasio cuando he salido de trabajar ha servido de mucho. No he venido temprano por la mañana como suelo hacer, claro, no porque haya dormido poco —y he dormido mejor que en mucho tiempo—, o porque esa morena cuyo nombre real es Sue —pero yo seguiré llamando Susie solo por tocar las narices— me diera una paliza en el polvazo que echamos anoche, sino porque cuando ha sonado el despertador ella aún ha seguido durmiendo y, después del asco de día que debió de tener ayer, he decidido dejarla descansar un poco más y preparar el desayuno para los dos.

Me ha gruñido cuando me he ofrecido a seguirla con el coche hasta donde quisiera ir, para que no llevara todas sus cosas de mala

manera en la moto. Lo he hecho igualmente, no le ha servido de nada protestar. El lugar al que iba, por cierto, era un pequeño estudio de fotografía en Westwood, que aún ni siquiera estaba abierto. Ha insistido en quedarse en la puerta. No he podido hacerle compañía en la espera, porque tenía que irme a trabajar. Me ha dedicado una mirada asesina que me la ha puesto un poco dura cuando le he ofrecido una de mis tarjetas, para que pudiera localizarme si necesita algo, pero la ha cogido, le ha echado un vistazo con desinterés, y se la ha metido al bolsillo a pesar de todo. Le he recordado lo de su actuación esta tarde a las siete y cuarto en el Four Seasons y ha prometido venir, aunque no sé si puedo fiarme mucho de la palabra de una mentirosa, así que quizá tenga que enfrentarme solo y sin respaldo a todas las cagadas de mi pasado.

Me siento detrás del volante y respiro hondo. Aún queda tiempo y no sé si dedicarme a conducir en círculos para aclarar mis ideas, o quedarme aquí sentado en el aparcamiento mordiéndome las uñas. Sé que ninguna de las dos cosas va a prepararme para lo que me espera. Al menos el día en el trabajo ha sido movido y no he tenido demasiado tiempo para pensar. Uno de los chicos se escapó anoche del centro y acabó con el culo en una comisaría de Santa Mónica. Me ha tocado a mí ir a sacarlo de allí y tratar con la policía, porque soy el nuevo y nadie más quería hacerlo. Me encanta mi trabajo y, en general, me llevo muy bien con los chavales, supongo que porque todos mis compañeros pasan de los cuarenta y a mí me ven mucho más cercano a ellos, pero este chico en concreto consigue acabar con mi paciencia. A lo mejor porque me recuerda muchísimo al estúpido gallito que era yo a los dieciséis. Claro que yo entonces tenía a Cam... Mierda, necesito que lo de hoy salga bien.

El móvil empieza a sonar sobre el salpicadero. Casi me da un infarto. Lo cojo para ver quién me llama y un nudo fuerte se me

instala en la tripa y me cierra el estómago de golpe.

Ashley.

Cierro los ojos. Me golpeo la parte trasera de la cabeza contra el asiento. Y simplemente lo dejo sonar hasta que se cansa y cuelga. Le cuesta bastante. Es insistente. Temo que vuelva a llamar inmediatamente después, pero no lo hace. No es que no hable con ella nunca, o que no quiera hacerlo. Quedamos en ser amigos. Me esfuerzo cada día para creer que yo puedo estar bien con eso. Lo intento, de verdad. Aunque tenga algo en el jodido pecho que nunca se apaga. Pero hoy, ahora, justo antes de ir a verlo a él, no puedo hablar con ella. Creo que llama porque no he respondido a su último mensaje. Querrá asegurarse de que estoy bien. A lo mejor ha ido a Sacramento este fin de semana, ¿no? ¿A qué día estamos? Se me pasa por la cabeza la idea de que se haya enterado. De que a lo mejor sabe que Cam está aquí. No que voy a verlo, claro, eso es imposible, ¿verdad? A no ser que... No sé lo que Cam les ha podido contar a nuestros amigos en común. No tengo ni idea, porque, por supuesto, él ya no está en el grupo de mensajería que compartimos. Creo que hicieron otro para mantenerse en contacto con él: uno que nos excluye a Ash y a mí. ¿A lo mejor ellos saben algo y han sido tan bocazas de dejarlo caer en el grupo? Consulto los mensajes para asegurarme. Hay un montón, pero nadie lo menciona a él y tampoco nadie me menciona a mí.

Sin Cam y sin Ashley estoy solo, esa es la verdad. Aunque me mantengan en ese grupo, aunque de vez en cuando me pregunten algo o se metan conmigo por soltar alguna gilipollez. No es lo mismo. Vanessa era mi amiga, mucho más que cualquiera de los otros, pero eso también se enfrió cuando Cam me hizo desaparecer de su vida.

Suena la entrada de un mensaje y me mordisqueo la parte interna de la mejilla mientras lo abro.

Ashley: Eh, ¿estás bien? Hace mucho que no sé nada de ti. ¿Cómo va todo?

Me lo pienso. Debería decirle la verdad. No puedes ser amigo de alguien cuando le guardas tantos secretos. Pero entonces me acuerdo de que la verdad ya se la dije, a bocajarro y con el corazón en la mano, en el callejón de detrás de nuestras casas en Sacramento. Le dije «te quiero» y ella dijo «siempre estaré enamorada de él». Así que no puedo decirle la verdad, eso nunca más. Quizá debería decirle que en tres cuartos de hora he quedado con Cam y que me muero de miedo. Pero no puedo hacer eso porque estoy más que seguro de que a ella no va a darle la oportunidad que me está dando a mí. Y eso va a matarla por dentro, aunque se esfuerce en mantener la sonrisa por fuera.

Yo: Estoy bien. Te llamo mañana y hablamos.

Ya está. Es lo mejor. Para mañana ya sabré si tengo que decirle que he empezado a limar asperezas con su exnovio o si es mejor que me calle este encuentro que ha terminado por acabar aún peor. Podré medir mis palabras y pensar en la mejor forma de mantenerla informada, porque no se merece más mentiras, tampoco.

¿Cómo voy a sentarme delante de Cam, agachar la cabeza y decir lo muchísimo que lo siento cuando ahora mismo estoy pensando en ella y se me escapa el aire y siento que me ahogo por no tenerla? ¿Si dejaría toda mi vida y volaría hasta Chicago en este preciso instante si ella me lo pidiera?

Bloqueo el móvil y lo tiro sobre el asiento del copiloto. Me paso la mano por el pelo. Y luego dejo caer la cabeza hacia delante y me golpeo la frente con el volante.

Jodido Tyler.

Me lo tengo bien merecido.

Las manos no paran de temblarme durante todo el camino hacia su hotel. Dejo el coche en la calle de atrás. Y el temblor se intensifica mientras doy una vuelta a la manzana para terminar de matar el tiempo, y se extiende a todo el cuerpo y me revuelve el estómago cuando entro en el vestíbulo y me acerco hasta la puerta del bar.

Faltan cinco minutos para las siete.

Y, a pesar de que llego pronto, lo veo en la barra en cuanto cruzo la entrada. Tiene un vaso en la mano y habla con el camarero. Levanta la vista enseguida, como si pudiera sentir mi mirada arañándole la piel. Vuelve la cabeza y, cuando clava los ojos en los míos, me dedica una mirada tan fría que el descenso de temperatura se me cuela por la espalda y me recorre la columna vertebral en un estremecimiento. Intento sonreír con cordialidad, pero no soy capaz de mover los labios. Él cuadra la mandíbula. Se termina lo que sea que estuviera bebiendo de un solo trago antes de que me dé tiempo a acercarme. No vuelve a mirarme, ni siquiera cuando me planto a su lado.

—Tío —saludo, en un tono suave y conciliador.

Levanto el brazo para darle una palmada en el hombro, pero me arrepiento a medio camino y lo dejo caer de nuevo.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta, sin volverse hacia mí.

Miro al camarero.

—Una cerveza, por favor.

—Que sean dos.

Ambos estamos en tensión mientras esperamos a que nos las sirva escuchando el parloteo del camarero sobre los mejores momentos de la *Super Bowl*. Seguro que a Cam eso le está

repateando las tripas. Odia que le recuerden lo bueno que es jugando al fútbol. Aunque ahora se dedique a ello de forma profesional y haya sido el mejor jugador de la temporada. Tiene los hombros tensos y creo que eso es por mí y no por las alabanzas. Me seco el sudor de las palmas de las manos en los pantalones compulsivamente.

—Me alegro de que me escribieras —me atrevo a decir cuando el camarero se calla por fin.

Él coge las dos cervezas, se gira hacia mí y casi oigo rechinar sus dientes. No es capaz de mirarme a los ojos ni un segundo entero antes de apartar la vista. Hace una seña con la cabeza hacia las mesas.

—¿Nos sentamos?

Deja una de las cervezas en la mesa y la rodea para sentarse al otro lado. No se ha molestado en coger las copas que nos han dejado en la barra y no sé si estará bien visto que bebamos directamente de los botellines en este sitio tan elegante. Lo hace él primero, así que supongo que yo también puedo.

—¿Cómo estás? —pregunto.

Suelta una risita irónica, ronca y apagada, que se me clava dentro y reabre alguna vieja herida.

—¿Tú qué crees?

—Cam...

—¿Cómo estás tú? ¿Va todo bien?

Me pellizca el corazón que pregunte y aún más ver con tanta claridad que espera mi respuesta *de verdad*. Yo ya no debería importarle. Pero, claro, es Cam y es mucho mejor persona de lo que yo seré jamás.

—¿Tú qué crees? —respondo con la misma amargura—. Como siempre, supongo. Jodido, pero tirando para delante. Compré un

club con un colega, llevamos abiertos desde noviembre y va bastante bien. Y he conseguido curro en el centro donde hice las prácticas, aún estoy a prueba, pero me gusta, así que voy a intentar no cagarla. Supongo que no hace falta que te pregunte cómo llevas tú el trabajo porque nadie se ha perdido ni uno de tus partidos de la temporada, y sé que odias que te lo digan, pero eres buenísimo jugando. Sé que tu familia está bien porque mi madre se tomó un café con la tuya a principios del mes pasado y se encargó de ponerme al día. Y vi a *Vodka* en el Instagram de Vanessa cuando fue a visitarte a Boston al acabar la temporada, así que sé que la perra sigue igual de babosa.

—Ya. De eso venía a hablar. De tu madre.

Tuerce la boca y yo frunzo el ceño. Se me encoge el estómago porque está muy serio y eso consigue ponerme mucho más nervioso de lo que ya estaba.

—¿Qué pasa? —pregunto a media voz.

Da un sorbo corto a su cerveza y luego me sostiene la mirada con firmeza, como si no quisiera perderse ni un detalle de mi reacción cuando vuelva a hablar.

—Resulta que mi padre y ella se están viendo. Ya sabes lo que quiero decir. Se ve que ahora que ya no somos adolescentes les parece lícito retomar lo que interrumpimos.

Sacudo la cabeza.

—¿Qué dices? Mi madre no...

—Los pillé en San Francisco cuando volví a casa tras el final de temporada.

—¿No estaban...?

—Sí que era lo que parecía, te lo aseguro. En fin, dicen que no es nada serio y que es algo pasajero, pero dile a tu madre que tenga cuidado, ¿quieres? Ya sabes lo gilipollas que puede ser mi padre.

Lo sé. Lo sé muy bien. Y no quiero que a mi madre le destrocen el corazón, por supuesto, pero es que tengo bastante claro que ella no va a ponerlo a disposición de nadie para que se lo rompa. En eso también se nota que soy adoptado, creo, los Sparks nunca fueron de dejarse enredar en dramas románticos, sobre todo el uno con el otro.

—Mi madre es inconquistable, tío. Le dará la patada en cuanto se canse.

—Ya. Bueno. Solo por si acaso... A mí me gustaría saberlo.

Asiento.

—Gracias por contármelo. —Se me forma una sonrisa algo burlona cuando nuestros ojos conectan de nuevo—. ¿Vamos a ser hermanastros, Cam?

Lanza un bufido que debería indignarme o, al menos, entristecerme por la forma en que eso parece ser su peor pesadilla, pero lo cierto es que me hace un poco de gracia.

—No me jodas.

—Hablaré con mi madre y me aseguraré de que tiene cuidado, de que no se cuelga de él y de que usan protección.

—Ni siquiera quería pensar en eso.

Me río entre dientes y lo veo luchar contra la sonrisa. Eso está mejor. Quizá puedo intentar hablar de un tema que sé que a los dos nos importa mucho más. Al fin y al cabo, Cam sabe que mi madre es mayorcita y que se acuesta con quien quiere cuando quiere y eso no es un problema para mí, así que sospecho que esto solo ha sido el empujón que le faltaba para decidirse a retomar nuestros asuntos pendientes.

—Vale. Y ¿cómo estás tú? —insisto.

Dibuja media sonrisa mordaz.

—Mira cómo hemos acabado si tienes que preguntarme eso.

Me duele. Porque sí, antes no hacía falta preguntar al otro cómo estaba para poder conocer la respuesta. Y ahora sigo viendo muchas cosas en sus ojos, pero ya no me atrevo a interpretarlas.

—Siento habernos hecho esto —murmuro.

«A los tres».

—Llevo ocho meses intentando entenderte, Tyler, te juro que sí.

Levanto la mirada y la clavo en sus ojos. Me da rabia que todo lo que vea siga siendo dolor, tan crudo y puro como hace más de ocho meses. Y, además, me duele que hable en singular. Las palabras se me escapan antes de que pueda pensarlo dos veces y evitar un conflicto aún mayor.

—¿Y a ella? ¿Has intentado entenderla?

Puedo notar perfectamente cómo aprieta los dientes. El verde de sus ojos relampaguea en ira por un segundo fugaz.

—No hables de ella —me advierte, en un tono bajo que no hace falta subir de volumen para que resulte amenazante—. Si vamos a tener esta conversación, no vas a pronunciar su nombre ni una vez, ¿de acuerdo? Esto va solo sobre ti y sobre mí.

Me recuesto contra el respaldo de la silla y le sostengo la mirada. Lo conozco, a pesar de todo. Sé lo que hay detrás. Y ojalá pudiera decir que no lo entiendo. Me gustaría poder echar el tiempo atrás y no quererlo tanto. Igual que le pasa a él y puedo ver claramente por detrás de sus pupilas, me gustaría poder mirar al hombre que tengo enfrente y no sentir que mi vida sin él es un asco. Me gustaría poder odiarlo, igual que a él le gustaría más que nada poder odiarme a mí. Yo lo odiaría por haberme robado a la chica de la que me enamoré a los trece y nunca pude olvidar, porque le dio igual quedarse con lo único bueno que yo pensaba que podría encontrar en mi vida. Porque me hizo daño y eso no le importó. Porque siempre la puso a ella por delante. Creo que todo eso es aplicable también en la otra

dirección. Con una única diferencia, y es que ella a mí no me correspondió. Que por él se olvidó de mí, y por mí se olvidó de ella misma, pero nunca de él.

No digo que es imposible que esto vaya solo sobre él y sobre mí, y tampoco que hace ya cinco años que todo lo nuestro es cosa de tres. Y la culpa de eso no fue mía.

—Lo siento, tío —digo, porque cualquier otra cosa no va a ser bien recibida. También lo digo porque es verdad.

Sacude la cabeza.

—Lo sientes, pero no te arrepientes.

Aprieto los labios. Luego alzo una ceja. Y sé que los dos pensamos en que ya hemos pasado por algo como esto antes. Solo que entonces los papeles estaban cambiados.

—¿Te arrepientes tú?

—No es lo mismo.

—No. No es lo mismo. Pero tampoco es tan diferente. Y, si estás aquí ahora, y me estás mirando a la cara, es porque eres consciente de eso, Cam. La cagué. Joder, ya te digo que sí, muchísimo, más que nunca. La jodí a lo grande contigo y siento tanto haberte hecho daño que me duele el puto corazón y no duermo por las noches. No puedo. Porque sé que he sido un amigo de mierda con la única persona que de verdad me ha visto por completo y aun así estaba dispuesto a quedarse a mi lado. —Se me empaña la mirada y aprieto los dientes y respiro para evitar que me desborden las emociones—. Lo último que quería era hacerte daño. No quería, pero... Me perdí porque no pude hacerlo de otro modo. Te juro que me habría encantado no seguir sintiéndolo y poder frenarme. Ojalá hubiera sido así. Pero no lo fue. Y me duele mucho más haberte perdido a ti que cualquier otra cosa, eso te lo aseguro. Siento muchísimo cómo

lo gestioné. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para que me perdones.

Me observa por unos segundos que se me hacen eternos. Traga saliva y yo lo hago también, despacio. Sacude la cabeza con pesar.

—Sabías lo que estabas haciendo cuando lo hiciste. Sabías lo que iba a significar para mí. Y entiendo que no pudieras frenarte una vez, Tyler. Si hubiera sido así y me lo hubieras contado las cosas serían diferentes ahora.

—¿Lo serían? —lo dudo—. No poder frenarme una vez y dejarlo pasar tal vez habría sido posible si para mí se tratara solo de sexo. Pero sabes que nunca fue así. Y lo sabes porque me conoces mejor que nadie. Lo sabías todo a los dieciocho y lo seguías sabiendo a los veintiuno y a los veintidós, aunque no habláramos de ello. ¿Qué hubieras hecho tú de haber estado en mi lugar?

Lo veo dudar. Porque lo sabe tan bien como yo. Sabe que él tampoco sería capaz de frenarse. No podría. Es imposible.

—Prefiero pensar que yo tendría los huevos suficientes para hablar contigo mucho antes.

Me trago el reproche. Me lo merezco. Aunque no estoy del todo seguro de que sea verdad. No en las circunstancias en las que estábamos los tres entonces.

—No te habría hecho algo así por nadie más.

—Eso ya lo sé.

Me duele el pecho cuando lo dice con tanta seguridad. Como si, en el fondo y a pesar de todo, aún quedara una parte de él capaz de creer en mí. Lo hice en el instituto: me acosté con Vanessa cuando ellos salían juntos, pero es que los dos tenemos claro que eso no tiene nada que ver con esto. Que los sentimientos eran muy diferentes entonces. Que él quería cortar con ella antes de que nada de eso pasara y no se atrevía a dar el paso. Y, vale, no voy a decir

que le hice un favor, pero conseguí que explotara por los aires eso que a ellos ya les pesaba tanto y ninguno era capaz de dejar ir. El caso de Ashley es muy diferente. Para los dos. Para los tres, en realidad.

—Dime qué puedo hacer para arreglarlo —suplico.

Niega con la cabeza una sola vez.

—No se puede arreglar. No se puede echar el tiempo atrás. Y si alguna vez tú y yo volvemos a ser amigos... Sé que los dos tenemos claro que nunca volverá a ser lo mismo.

Asiento y, aunque un nudo me cierra la garganta, me esfuerzo por hablar:

—No necesito que sea lo mismo, pero sí que te necesito a ti en mi vida, Cam. Sé que suena cursi y melodramático, y sabes que no me gusta decir cosas como esta en voz alta. Aun así, necesito decírtelo, porque es verdad, porque para mí sigues siendo mi hermano y... Te echo de menos, joder. Mucho.

Se cruza de brazos, como si así pudiera protegerse de las emociones complicadas que no paro de lanzarle por encima de la mesa.

—Lo que hicisteis me partió en dos —dice, a media voz, y me sorprende que esta vez sí use el plural.

Da un trago largo a su cerveza, seguramente para intentar arrastrar con ella todo el resto de palabras que tiene atravesadas en la garganta.

—Lo sé. También a mí.

Me presta más atención entonces. Me estudia de un modo que me hace pensar que es capaz de verme por dentro y sin todas esas capas de protección con las que me visto cada día desde que era un crío, que puede alcanzar mi corazón y que así por fin descubrirá que soy sincero.

—Lo sé —dice al final, en un murmullo derrotado.

—A ella también —termino, porque sé que me la juego, pero no puedo no decirlo. Eso sería injusto del todo con la chica a la que los dos queremos.

Se revuelve incómodo en el asiento y luego me mira de hito en hito antes de soltarlo, entre dientes y con la mandíbula tan apretada que temo que vaya a estallar.

—¿La sigues viendo?

—Creía que tenía prohibido mencionarla. —Sonrío de medio lado, con ironía, solo porque *sí* que soy así de cretino.

Me lanza una mirada de clara advertencia.

—¿Sí o no?

—No en ese sentido. Me dejó muy claro lo que nunca estaría dispuesta a dar a nadie que no fueras tú. Eso no va a cambiar.

Sé cómo esto le araña el corazón. Lo disimula bien, corta enseguida el reflejo de su dolor en los ojos, pero lo conozco.

—Te odio por lo que hiciste —deja escapar en un hilo de voz.

Asiento.

—Yo también me odio por muchas cosas, Cam. Y me odié durante años por no poder dejar de sentir. Te juro que lo intenté. Y después de todo aquello... ahora ya no es lo mismo. Estoy dejando eso atrás.

Echo un vistazo disimulado alrededor, buscando una figura pequeña cuya energía negativa inunde todo el espacio disponible a su alrededor. No la veo. Seguro que no va a aparecer. Y este sería el momento ideal para que lo hiciera y adornara con un poco de coqueteo todas mis mentiras.

—¿De verdad? —Me mira con cierta incredulidad acechando tras las pupilas. Asiento con todo el convencimiento que soy capaz de fingir—. Genial. Yo también lo estoy dejando atrás.

Lo ha dicho con tanta firmeza que casi me lo creo. Pero, sea cierto o no, sé de sobra lo cabezota que es Cameron Parker. No va a dar ni un paso atrás. Y me escuece un poco el hecho de que, al final, después de todo, vaya a ser *ella* la que quede apartada de la ecuación.

Estoy a punto de decir algo más cuando la veo aparecer. Va con ese aire de perdonavidas, la cámara colgada del hombro izquierdo y el casco de la moto en la mano. Tengo que esforzarme para contener la sonrisa cuando la veo buscándonos con la mirada. Me localiza enseguida, nuestros ojos se cruzan y yo vuelvo a prestar atención a Cam como si nada, para que no se percate de lo que pasa antes de que Sue pueda llevar a cabo su teatrillo.

—¿Crees que podemos hablar de vez en cuando a partir de ahora? —suelto de carrerilla, porque quiero sembrar esta idea entre los dos antes de que nos interrumpa—. No como antes, solo... alguna vez. Para ponernos al día, ya sabes. Saber cómo te va y todo eso.

Cam abre la boca para contestar y entonces...

—¡Ty!

Casi me atraganto con un sorbo de cerveza cuando oigo ese diminutivo que nadie suele dedicarme. Levanto la vista y ahí está, plantada junto a nuestra mesa con una sonrisa de lo más dulce y coqueta. Vaya, ojalá hubiera usado esa sonrisa conmigo antes. Pero tengo dudas de que sea natural en ella.

—Oye, ¿qué haces aquí?

Se vuelve con esa sonrisa en los labios para mirar a mi acompañante. Puedo notar perfectamente cómo duda un instante y no tengo ni idea de lo que está pensando, pero se recupera enseguida.

—Hola, y... siento interrumpir.

Cam le hace un gesto que indica que no tiene importancia y capto con el rabillo del ojo cómo la observa con curiosidad. Bien.

—¿Qué haces tú por aquí? —pregunto con mi mejor tono de flirteo.

Vuelve a centrar toda su atención en mí, como si no existiera nada más en el mundo entero. Señala la funda de la cámara.

—Tenía una sesión en una de las *suites*. Un poco guarro, luego te cuento los detalles. Sigue en pie lo de esta noche, ¿no? ¿Te veo luego?

Da dos pasos por mi lado, como si fuera a pasar de largo, y pone una mano en mi hombro que enseguida se desliza poco a poco hacia el pecho. Me salta el corazón y la polla empieza a responder para no perderse la fiesta. Levanto la vista y clavo la mirada en sus labios.

—Sí. Claro. Luego te llamo.

Vuelve a mirar a Cam, con una expresión mucho más amable de lo que me ha dedicado a mí nunca.

—Hasta luego.

—Hasta luego —responde él, y alza una ceja en cuanto ella deja de mirarlo.

Sue se agacha, acerca los labios a mi oreja y, aunque seguro que parece que me está diciendo algo supersensual, lo que dice en realidad es:

—Estamos en paz, cretino.

Pasa una mano por mi nuca cuando empieza a alejarse, y me hace cosquillas con las yemas de los dedos antes de perder el contacto. Me vuelvo a mirarla mientras se aleja para salir por la puerta doble que da a una terraza en la parte de atrás. No lo hago por el espectáculo, sino porque quiero verla de verdad. Tiene un culo increíble. Y seguro que ahora se sube a esa moto vieja y...

Cam carraspea. Me enderezo de golpe y él sonríe de medio lado con cierto deje burlón. Alza las cejas en espera de una explicación, que yo retengo solo para crear más expectación.

—¿Y bien? —pregunta al ver que no digo nada.

Sus ojos brillan con curiosidad y me doy cuenta al instante del modo en que ha relajado los hombros. A lo mejor no ha sido una idea tan estúpida después de todo.

—Y bien, ¿qué?

—¿Ty?

Hago una mueca cuando capto su tono travieso.

—Una amiga —digo simplemente, y escondo la sonrisa en el botellín de cerveza cuando doy un nuevo trago.

—¿Cómo de amiga?

—Quedamos de vez en cuando.

El móvil me suena en el bolsillo con la llegada de un mensaje.

—De vez en cuando —repite Cam.

—Sí.

—Como esta noche.

—Por ejemplo.

Vuelve a sonar mi móvil.

—¿Y anoche?

Carraspeo.

—Anoche también. —Eso no es mentira, al menos... no del todo.

El móvil suena por tercera vez.

Cam hace un gesto con la barbilla hacia mi pantalón.

—¿No lo miras?

No quiero mirarlo. Y no quiero porque me da pánico que sea Ashley y él pueda vérmelo en la cara. O peor, que pueda verlo en la pantalla. Pero quedaría raro que me ponga a titubear ahora, así que lo saco del bolsillo y consulto la notificación sin desbloquearlo. Tres

mensajes nuevos de un número que no tengo agendado. Me puede la curiosidad, lo desbloqueo con la huella del pulgar y los leo.

Número desconocido: ¿Me estás vacilando?
Número desconocido: Tu «amigo» es Cameron Parker, tío, ¿te habías dado cuenta?
Número desconocido: Vale, lo del amigo y la relación falsa acaba de subir al puesto número dos de mi *ranking* de sucesos surrealistas.

Intento que no se me escape la sonrisa, pero me cuesta un poco luchar contra ella. Guardo el número rápidamente con su nombre (el de verdad). Salgo de la conversación y bloqueo la pantalla antes de dejar el móvil sobre la mesa.

—¿Qué? —pregunta Cam, cuando vuelvo a mirarlo—. ¿Y esa cara de idiota? ¿Es ella?

Sacudo la cabeza y voy a rebatir su apreciación sobre la cara que estoy poniendo cuando el aparato vuelve a sonar y la pantalla se ilumina mostrando la nueva notificación.

Sue: EL PUTO CAMERON PARKER, TYLER.

Lo bloqueo tan rápido como puedo y doy la vuelta al móvil para que la pantalla quede bocabajo, pero me temo que él también lo ha visto ya. Lo sé porque deja escapar una risita y, cuando lo miro, tiene esa expresión que siempre pone antes de soltarme una gilipollez.

—¿Quiere tu amiga que le firme un autógrafo? —dice con un tono de voz tan sugerente y picante que me da ganas de pegarle. Se ríe entre dientes cuando me ve el gesto y levanta las manos—. Tranquilo, solo le daré el número de mi habitación si me lo pide por favor.

Arrugo una servilleta y se la tiro a la cara. Por supuesto, el puto Cameron Parker, mejor receptor de la temporada, la atrapa antes de que llegue a rozarlo siquiera. Suelta unas cuantas carcajadas y termina por contagiarme. Esto sienta bien. Oírlo reír de verdad otra vez sienta muy bien. Poder reírme con él es lo mejor que me ha pasado en los últimos ocho meses.

Y, gracias a una idea estúpida y a Sue Morrison, Cam y yo conseguimos cortar la tensión que nos separaba como un maldito muro y hablamos un rato sin reproches y sin clavarnos cuchillos, para ponernos al día.

Y no es para nada como antes, claro, pero es un primer paso por el que estaba dispuesto a dar cualquier cosa, incluidas esas ruinas que me quedaron en el pecho cuando *ella* se llevó mi corazón.

8

It's A Hard Life



Sue

—Mañana iré a la lavandería por la mañana, ¿tienes algo que quieras que lave?

Espero unos segundos, pero no hay respuesta. Pongo los ojos en blanco y me asomo al salón, donde mi hermano está jugando a un videojuego con unos auriculares enormes tapándole las orejas.

—¡Clay!

Levanta la vista, sobresaltado, y tira de un casco para prestarme atención.

—¿Qué pasa?

—Mañana haré la colada, déjame lo que necesites lavar, ¿vale?

Se pone el casco de nuevo, alza el pulgar sin mirarme y sigue a lo suyo.

Suelto un resoplido y vuelvo al cuarto. Llevo tres semanas viviendo con él en su apartamento y convivir en este espacio reducido empieza a ser insostenible. Lo quiero mucho, en serio, pero

es un maldito desastre. Agradezco que me haya cedido la cama y él se haya instalado en el sofá sin protestar y también que me prestara algo de dinero para ir tirando hasta que el dueño del estudio me dé la siguiente paga. Y, ah, malas noticias, el garito de mala muerte que me daba dinero a cambio de servir copas a tipos con pinta de exconvictos cerró y no ha vuelto a abrir tras la redada. Vi el cordón policial cuando llegué corriendo, dispuesta a cubrir mi turno, tras encontrarme al puto Cameron Parker en el bar de un hotel. Y, para sorpresa de nadie, me dejaron dinero a deber. Ya me he hecho a la idea de que jamás lo veré. Así que ahora tengo solo un trabajo y sobrevivo por la caridad de un hermano que lo único que quiere es que me largue de vuelta a Texas. Va listo. De todas maneras, y por lo insoportable de su comportamiento, ya me habría buscado una habitación que alquilar para que cada uno pudiéramos tener nuestro espacio —todo el mundo sabe que es la única manera sana de querer a la familia— si no fuera porque no quiero dejarlo solo. Aunque se hace el indiferente, es obvio que está metido hasta el cuello en algún lío. Y no se droga si estoy aquí. Trabaja todo el día en un estudio de cine un poco como un «chico para todo» y le pagan bien, lo que no tengo claro es dónde se mete por las noches. Desde que estoy aquí sale menos, pero sigue desapareciendo de vez en cuando sin dar explicaciones.

Recojo unos pantalones del suelo del cuarto y reviso los bolsillos antes de añadirlos a la bolsa de ropa para lavar. Encuentro la tarjeta en el de atrás. Vuelvo a mirarla y le doy una vuelta entre los dedos. Tyler Sparks, trabajador social. Debajo está impreso su número de teléfono. *Trabajador social*. No tiene para nada pinta de eso. Y, además, ¿quién se hace unas tarjetas así hoy en día? Menudo niño pijo. Aun así, se me escapa una sonrisa casi sin querer. No pensaba utilizarla cuando me la dio. Estuve a punto de tirarla a la basura

porque no quería para nada tener su número. Pero no pude evitar escribirle cuando vi que su «amigo» era un jugador famosísimo de la NFL —es que no me jodas—. Él me escribió esa noche para preguntarme si tenía sitio donde dormir y si iba todo bien. Estuve a punto de no contestarle, para que no se creyera que las vías de comunicación iban a estar abiertas a partir de entonces, pero al final me arrepentí de mi decisión y le envié un mensaje para decirle que estaba todo solucionado. No me volvió a escribir. Y yo tampoco lo he hecho en las últimas tres semanas. Tengo cosas mucho más importantes en las que pensar. Y yo nunca repito más de un par de polvos con el mismo tío... por muy buenos que sean.

Me llevo la tarjeta a la cocina, con algunos otros papeles inservibles que he recuperado de los bolsillos de distintas prendas de ropa, mientras pongo mi lista de reproducción favorita en el móvil. Mi hermano dice algo, pero no le hago caso. Tiro todos los papeles (tarjeta incluida) a la basura cuando paso por delante. Luego abro la nevera mientras muevo las caderas al ritmo de *Killer Queen*. No hay nada. Quiero decir, hay restos de comida y algunas cosas que hace días quizá tenían buen aspecto, pero ya no. Será mejor que salga a comprar algo, aunque se nos haya pasado muy de largo la hora de cenar una noche más. Supongo que no se puede pedir que seamos adultos funcionales cuando nadie nos educó para ello.

—Clay —lo llamo cuando me acerco a la puerta de salida con la bolsa de basura en la mano, para aprovechar el viaje—, voy a salir a comprar la cena, no tenemos de nada. ¿Te apetece algo en especial?

Se quita los auriculares y se levanta de un salto.

—Podemos pedir algo. O ya voy yo —se ofrece. Frunce un poco el ceño cuando oye la música que aún sale de mi teléfono—. ¿Otra vez Queen? Modernízate, renacuaja.

Le dedico una mueca burlona.

—El *rock* clásico nunca muere. Voy yo a comprar, me apetece tomar un poco el aire.

—¿Segura?

—Sí.

Asiente. Luego se acerca y me abraza por sorpresa. Me quedo rígida, con el casco colgado del brazo, el móvil y las llaves en una mano y la bolsa de la basura en la otra. ¿Qué le pasa?

—Siento ser un desastre —suspira, sin soltarme—. Puedes quedarte, ¿vale? Y vamos a estar bien, Sue, te lo prometo. He pagado el próximo trimestre por adelantado, no tienes que preocuparte del alquiler del piso hasta julio, pagaremos los gastos entre los dos, ¿eh? Y encontraré un curro mejor, para que puedas buscarte otra cosa solo a media jornada y termines la carrera.

Me aparto para poder mirarlo a la cara. Sonríe de medio lado, con la misma expresión que tenía aquel día en que me prometió que iba a triunfar en Hollywood y luego volvería a por mí. Intento devolverle una sonrisa entera.

—Sí. Claro. Iremos arreglando esto poco a poco.

—Sí. Todo va a ir bien. Y, oye, ya que sales..., pilla helado, de ese con nueces.

Me abre la puerta, porque sigo con las manos ocupadas. No me detengo a pensar en lo raro que está porque, sinceramente, Clay suele estarlo bastante a menudo. Bajo la escalera al tiempo que apago la música, porque a lo mejor a los demás no les mola el *rock* inglés tanto como a mí. Me cruzo con los vecinos de arriba —los que son sin discusión los más chungos del edificio—, me saludan e intercambiamos unas cuantas palabras. Un barrio conflictivo es mucho más seguro cuando vives en él y los habituales ya te conocen, no van a meterse nunca contigo y sí con los de fuera, y por eso no tengo dudas de que mi moto está a salvo aparcada justo

enfrente del portal. Iba a cogerla ahora, pero, en cuanto piso la calle, decido que es mejor dar un paseo porque hace buena noche. Dejo el casco enganchado al manillar, tiro la basura junto al montón del callejón, meto el teléfono y las llaves en el pequeño bolso colgado del hombro y echo a andar.

No tardo más de media hora en volver. Ni siquiera eso. Y a medida que me aproximo por la calle hacia el portal, una sensación de inquietud me va creciendo en la boca del estómago. Hay dos coches de policía subidos a la acera justo delante de la entrada. ¿Tan rápido han podido liarla los vecinos del tercero? La puerta está abierta, como si la hubieran sacado de los goznes de un empujón y ya no fuera a poder cerrarse nunca más.

Los golpes son rítmicos y muy potentes.

—¡Policía! ¡Abra la puerta!

Empiezo a subir las escaleras con el corazón latiéndome furioso en el pecho. La mujer que vive en el primero derecha ya se ha asomado para cotillear. Paso de largo sin saludar siquiera. No quiero seguir en el rellano si hay fuego cruzado. Estoy enfilando el último tramo de subida hasta casa de mi hermano cuando los veo. No están en el tercero. Están aquí. Y desaparecen dentro del piso en cuanto Clay abre la puerta. ¿Qué...? Termino de subir corriendo, pero no me da tiempo a llegar antes de que dos agentes uniformados saquen a mi hermano esposado. Uno de ellos le está leyendo sus derechos mientras lo empuja hacia las escaleras.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¡Clay! Oigan, esperen, esto no es... Esto tiene que ser un error. Él no ha hecho nada.

Mi hermano me mira con el gesto desencajado y los ojos inundados de una pena que me ahoga.

—Sue, vete. Sal de aquí.

El contacto visual termina cuando lo arrastran escaleras abajo sin ninguna delicadeza. Hay dos agentes más dentro de la casa, y van de un lado a otro poniéndolo todo patas arriba. Eso es lo que menos me importa ahora. Suelto la bolsa de la compra en el primer escalón que sube al siguiente piso y me lanzo a la carrera detrás de quienes se llevan a mi hermano.

—¡Un momento! ¿Dónde van? ¿Adónde se lo llevan?

Nadie responde.

Clay me mira una última vez a través del cristal de la ventanilla trasera del coche policial. Sus ojos me repiten el mensaje: «Vete». Corro hacia la moto cuando empiezan a alejarse. Los sigo durante un par de manzanas, pero los pierdo cuando me salto un semáforo en rojo y tengo que frenar de golpe para no estrellarme contra los coches que cruzan la avenida.

Mierda.

Intento pensar, pero siento la cabeza embotada.

Vuelvo hasta casa, dejo la moto en la puerta de cualquier manera, y me quito el casco mientras subo las escaleras a toda velocidad. Hay unas cuantas personas cuchicheando en el rellano, pero no me detengo a dar explicaciones. Llego hasta la puerta. Los policías que se habían quedado registrando la vivienda ya se han largado también. Hay cinta policial cruzada de lado a lado del marco. Y no sé si será delito quitarla y entrar, pero tampoco importa porque yo ahí dentro no hago nada. Necesito enterarme de adónde lo han llevado. Saco el móvil y busco en la agenda. Nada. Nadie a quien acudir. Nadie a quien llamar.

Y entonces me acuerdo.

«Tengo mis contactos en la policía, ahora que tengo tu nombre completo podría consultar tus antecedentes».

Por supuesto, no guardé su número. Por supuesto, borré la conversación porque así es Sue, la fuerte e independiente que pasa de tener recuerdos con nadie nuevo, bajo ninguna circunstancia. Y, por supuesto, he tirado la tarjeta a la basura. No tengo tiempo de ponerme a rebuscar en un asqueroso montón de bolsas, así que, en cuanto salgo acelerada a la calle de nuevo, arranco la moto y conduzco hasta su club.

—¿Adónde vas tan rápido, cariño?

Reconozco el acento, y también el apelativo. Reboto contra su brazo cuando no freno a pesar de la llamada de atención. Y, si no midiera dos metros y pesara como cien kilos más que yo, le pegaría un puñetazo en los dientes. Levanto la barbilla para enfrentarme a él.

El grandullón que custodia la puerta suaviza mucho la expresión en cuanto me mira bien, y hasta sonríe de medio lado con aire burlón.

—Ah, esta cara me suena. ¿No traes equipaje esta vez?

Aprieto los dientes.

—No. ¿Puedo pasar?

Ensancha la sonrisa y levanta el brazo que se interponía en mi camino.

—Claro, cariño.

Mascullo una palabrota entre dientes y lo oigo reír bajito. Vuelve a hablar cuando he dado dos pasos para atravesar la puerta.

—Él no está.

Me giro como un resorte.

—¿Qué?

—Si buscas a Tyler, no pierdas el tiempo. No ha venido esta noche.

Suelto una maldición tan malsonante que hasta él arruga la frente, impresionado. Me muevo rápido, para volver hacia la moto. Oigo su voz a mi espalda:

—Oye, ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda con algo?

Levanto la mano por encima del hombro, para indicarle que no hace falta que se moleste más conmigo. Me pongo el casco, arranco al tercer intento (si me deja tirada ahora juro que voy a buscar al cretino que me la vendió y le daré una paliza) y salgo rodando hacia un barrio mucho mejor que ese del que vengo.

Nadie me asegura que vaya a estar en casa. Tal vez debería haberle preguntado al grandullón si tenía idea de dónde podría estar su jefe un viernes que ya roza la medianoche. Podría estar de viaje, ¿dijo que sus padres vivían en Sacramento? O podría estar de fiesta por ahí, jugando al póker ilegal de pijos o follando con una desconocida que le haya dado un nombre falso en la cama de cualquiera.

Me planto en el portal y paso el dedo por encima de las tres letras de los pisos que componen la tercera planta. No tengo ni idea de cuál es el suyo. Tendré que empezar por el principio...: llamo al A. Tardan unos eternos diez segundos en responder y, cuando lo hacen, yo ya tenía el dedo sobre el botón del B.

—¿Quién es? —dice una voz de mujer.

—Hola. Hola, perdón, siento molestar, pero estoy buscando a Tyler. Tyler Sparks.

Oigo cómo murmura algo, malhumorada, y luego dice:

—No son horas para llamar.

—Lo siento —insisto—. Es muy importante, es...

—Es en el C —gruñe, y cuelga el telefonillo con un golpe seco que me sobresalta, antes de que me dé tiempo a dar las gracias.

Llamo al C. Una vez. Luego otra. Y luego otra más, dejando el dedo sobre el botón un buen rato. La vecina va a matarme, pero tiene que entender que no estoy aquí por gusto.

Nada. No hay nadie. No va a contestar. Apoyo la espalda en la puerta del portal y dejo escapar el aire de los pulmones en un suspiro largo que suena a desesperación. Hace años que no lloro, pero ahora tengo muchas ganas. No lo hago, no puedo. Porque solté la última lágrima a los diecisiete y me prometí a mí misma que no volvería a ser tan débil nunca más.

Me doy un susto de muerte cuando alguien abre la puerta a mi espalda y casi me caigo dentro. Es un chico joven, vestido a la última moda y que huele como si se hubiera bañado en colonia barata. Me mira con curiosidad. Me aparto a un lado para dejarlo salir y, una vez lo ha hecho, sujeta la puerta y me señala el portal.

—¿Entras?

No hago nada en la calle, ¿verdad? Así que asiento y le doy las gracias al colarme en el interior. Se despide y se aleja calle abajo.

Miro a mi alrededor. Hay algunos buzones de los que sobresalen panfletos de propaganda, pero no hay nada asomando del que lleva el letrero del tercero C, sin nombre ni más pistas sobre quién vive allí. Eso significa que no se ha ido de viaje y que ha pasado por casa hoy. Espero que también signifique que en algún momento va a volver. Subo andando, supongo que porque no estoy acostumbrada a coger el ascensor. Y, una vez plantada delante de su puerta, llamo inútilmente al timbre, aunque ya sepa que no hay nadie. Necesito sacar esta energía nerviosa de dentro, así que aporreo la puerta con el puño también, solo por sentir que estoy haciendo algo.

Las ganas de llorar vuelven y se me agarran con fuerza a la garganta y entonces, cuando ya me he rendido, oigo un silbido que proviene de la parte más alta de la escalera. Me acerco al hueco y

me asomo, para mirar de dónde viene. Es él. El rubito está asomado a la barandilla del último piso y alza una ceja cuando establecemos contacto visual.

—¿Qué pasa? ¿Qué es ese escándalo, Susie?

Me dan ganas de suspirar de alivio, pero me contengo. Ni siquiera sé seguro si él va a poder ayudarme. Y me molesta ese nombrecito, claro, aunque no tengo fuerzas para protestar ahora.

—Necesito hablar contigo..., por favor.

Hace una mueca burlona cuando me oye soltar las últimas palabras como si me desgarraran la garganta.

—Sube.

No sé muy bien a dónde me está invitando, pero obedezco. Subo las escaleras muy rápido, tanto que cuando llego a su lado me mira de arriba abajo y pregunta en tono divertido quién diablos me persigue. No contesto. Se queda mucho más serio cuando estudia mi rostro y se da cuenta de que no estoy para bromas. Me hace un gesto para que lo siga. Un tramo corto de escaleras más y salimos por la puerta que da a la azotea del edificio de cinco plantas.

—¿Me echabas de menos?

Hago una mueca ante su sonrisa traviesa y miro alrededor.

—¿Qué hacías aquí? —pregunto, con las manos en los bolsillos de la cazadora, al ver que estaba solo y sin nada con lo que entretenerse.

Se encoge de hombros y puedo captar el tímido temblor que le baila sobre los labios.

—Me cuesta dormir por las noches y no ponen nada en la tele, así que a veces subo aquí a pensar, ya sabes.

No, no lo sé, porque yo hago todo lo posible por evitar pensar desde hace demasiado tiempo ya. Puede que lo haya hecho desde

siempre, no recuerdo ningún momento de mi vida en que fuera diferente. Y, aun así, creo que lo entiendo.

—Ya.

Aparto la mirada de sus ojos cuando se clavan con mayor intensidad en los míos. Lleva una camiseta blanca con el logo de su club debajo de la cazadora de cuero abierta, pantalones vaqueros ajustados y unas botas militares con los cordones flojos. Pienso por un segundo en nuestras semejanzas. En la forma de vestir, casi idéntica en mi caso, en el modo en que los dos tenemos insomnio y en eso que veo en sus ojos y puedo reconocer, aunque no lo muestre por fuera: la eterna sensación de estar perdido.

—¿Qué haces aquí? Acabo de fijarme en que tu moto estaba ahí abajo. —Señala el murete que rodea la azotea.

—Ver si puedes ayudarme.

Me revienta tener que pedirle otro favor, aunque supuestamente quedáramos en paz con el intercambio de los anteriores, pero esta vez estoy más desesperada.

Veo su reticencia. Incluso da un paso atrás y se mete las manos en los bolsillos de la cazadora, imitando mi postura.

—¿Con qué?

—Dijiste que tenías algunos contactos en la policía, que podías ver una ficha policial, ¿no?

Hace una mueca.

—No vayas pregonándolo por ahí, te lo conté como una confidencia. A nadie le gustan los amiguitos de la poli y, además, se supone que ellos no pueden contarme nada, ¿sabes?

Su tono es divertido, y eso me desespera aún más. Doy un paso adelante, hacia él, y Tyler retrocede para mantener la distancia entre nosotros, como si pensara que voy a saltarle a la yugular en cualquier momento.

—¿Te has metido en un lío? —pregunta, desconfiado.

Sacudo la cabeza.

—Yo no. Acaban de detener a mi hermano. Se lo han llevado y no sé adónde, ni por qué, ni de qué lo acusan...

Levanta las manos, para pedirme sin palabras que me relaje.

—Vale, espera, más despacio. Cuéntame qué ha pasado.

Lo sigo con prudencia cuando se acerca al muro que nos separa de la caída. Apoya una mano en la superficie y salta por encima para sentarse con las piernas colgando sobre la calle. Me hace un gesto para invitarme a acompañarlo. Me asomo a mirar hacia abajo, primero. Estamos a la altura de un sexto piso. No suelo tener vértigo, pero ahora me siento un poco mareada. Finalmente, dejo el casco a un lado, me descuelgo el pequeño bolso que llevaba a modo de bandolera para dejarlo en el suelo, me encaramo con cuidado y termino por imitar su postura. El espectáculo no está mal, las luces de la ciudad se extienden como autopistas de luz hasta el océano. Empiezo a entender que le guste estar aquí cuando no puede dormir.

—No sé muy bien lo que ha pasado —empiezo a contarle—, he llegado a su casa y se lo estaban llevando esposado. Había un par de agentes registrando el piso. He intentado seguirlos, pero los he perdido y no sé adónde han ido. Y luego he visto que habían precintado la puerta y... Siento pedirte esto, no sabía a quién más...

Se me atascan las palabras en el nudo que me aprieta la garganta. Creo que no hace falta terminar la frase, porque él me mira como si me entendiera sin necesidad de escuchar el resto. Hay algo más en sus ojos, y puedo captarlo incluso en la penumbra que nos rodea, creo que le sorprende que me esté mostrando tan vulnerable y, la verdad, a mí también. Jamás suelo bajar la guardia con nadie. No desde hace años.

—No pasa nada —dice a media voz, con un tono casi tierno que me tranquiliza un poco—. Ahora no puedo hacer mucho, es casi medianoche, pero haré unas llamadas mañana e intentaré averiguar algo, ¿vale? ¿Cómo se llama tu hermano?

—Clay Morrison.

—¿Alguna idea de en qué lío puede estar metido?

Niego con la cabeza.

—No ha estado bien los últimos meses. Sé que se mete algo, alguna vez, no sé qué. Pero tiene que ser un error. Estoy segura de que él no ha hecho nada.

—Esperemos que sea así, pero, si no lo es y está metido en algún lío serio, está más seguro en comisaría que en la calle esta noche, no te preocupes. Estará bien. Y mañana veremos lo que podemos hacer, ¿vale?

—Es un error —repito.

Asiente, aunque no parece para nada tan convencido como yo.

—Si es así, lo solucionaremos por la mañana.

No sé por qué, ese plural se me mete dentro y hace una muesca en mi corazón. Estoy muy orgullosa de valerme por mí misma, aunque en el último mes me haya visto obligada a acudir a este desconocido dos veces y eso me machaque un poco el ego. Siempre he sido autosuficiente... Y lo he sido porque he tenido que serlo. En mis veintiún años de vida solo he manejado un «nosotros»: el de mi hermano y yo, juntos y contra todo lo demás. Estuve a punto de lanzarme de cabeza a otro, pero, cuando abrí los ojos, estaba sola de nuevo. Esta noche, aquí y tan llena de miedos como estoy, me siento mucho mejor cuando él da a entender que estará conmigo en lo que pueda venir por la mañana. Aunque sepa que es solo una ilusión. Aunque cuando salga de nuevo de su barrio vuelva a ser solo yo y nada más. Quiero aferrarme a lo que me ofrece esta noche.

Quiero dejar caer los hombros y descansar unas horas de tener que sostener todo el peso de mis propios desastres sobre ellos.

—Gracias —dejo escapar con un hilo de voz.

No dice nada. Saca un paquete de tabaco del bolsillo y le da unos golpes suaves con el dedo índice hasta que uno de los cigarrillos asoma por la abertura, me lo acerca y levanta las cejas cuando busco sus ojos.

—¿Quieres?

Tomo aire y me repito que Clay va a estar bien, y que quizá una noche en comisaría sea incluso provechosa, así se dará un susto y dejará de hacer el tonto con las drogas que sea que está tomando. Puedo relajarme hasta que tenga noticias mañana. Cojo el cigarrillo, me lo pongo en los labios y me inclino hacia el rubito, para pedirle sin palabras que me lo encienda. Saca enseguida un mechero y lo hace, mientras nos sostenemos la mirada y se me pasa por la mente que tiene unos ojos preciosos, no por su forma o color, sino por el brillo que se adivina en sus pupilas.

—¿Qué es lo que no te deja dormir? —pregunto, sin pararme a pensar en si quiero o debo intimar con este niño pijo.

Suelta una especie de risita triste entre dientes.

—Es una larga historia.

Lo dice con sorna, en una muy pobre imitación de mis propias respuestas a preguntas parecidas. Tengo que tragarme una sonrisa. Y algo incómodo pero cálido me burbujea en el interior abriéndose paso a través de mi pecho y mi garganta hasta salir en forma de palabras. Porque, quizá, no hace falta que ni él ni yo estemos solos esta noche. Solo esta noche. Y podremos volver a ser lobos solitarios y almas perdidas cuando salga el sol.

—Creo que los dos sufrimos de insomnio. Tenemos toda la noche para que me la cuentes, Tyler.

9

I Can't Stay



Tyler

He oído decir muchas veces que es más fácil sincerarte con un desconocido que con la gente cercana. Supongo que es porque alguien que no tiene una imagen formada sobre ti no puede cambiarla, aunque le cuentes lo peor que hayas hecho en toda tu vida. También porque te da igual decepcionar a una persona que no te importa. Y puede que todo eso sea verdad. Nunca me lo había planteado en serio, porque yo jamás he necesitado sacarme ciertas cosas de dentro, excepto con Cam. Y nunca pensé que pudiera decepcionarlo más de lo que ya lo hacía a diario.

Hubo un momento en que necesité sincerarme con alguien más. Y, cuando lo hice, cuando dije que la quería, creo que hubo algo mucho peor que la decepción prendiendo una mecha dentro de cada uno de nosotros... de los tres, aunque él no estuviera allí. Y aún me sigo preguntando cada día si hubiera sido mejor seguir callando, y llevar esa herida por dentro y no por fuera y en otra piel.

Ahora, con esta desconocida al lado, pienso que tal vez no importa tanto si hablo. Que da igual que piense que soy un idiota, porque creo que ya lo hace. Que no me molestará en absoluto si ve toda esa oscuridad que me come por dentro y sale corriendo, porque no tengo dudas de que lo hará igualmente en cuanto le haya echado una mano con lo de su hermano por la mañana. Da igual si se llama Sue, o Lisa, o de cualquier otra manera, porque dentro de un tiempo ninguno de los dos recordará esta noche y la historia de una chica cualquiera que besó a un extraño por sorpresa en un club será solo una anécdota en la que se vayan magnificando los detalles. Solo otro punto más en esa lista de cosas surrealistas que ella parece coleccionar.

Y a lo mejor, si digo algunas cosas en voz alta, dejo de rumiarlas por dentro y puedo dormir cuando llegue la madrugada.

—Hoy he estado hablando con alguien... importante para mí —empiezo, dudando en la forma de expresar ciertos detalles—. Y, cuando he colgado el teléfono, me he dado cuenta de que no he dicho ni una sola verdad. Ni una sola, en más de media hora de conversación.

—¿Y qué has dicho?

Se mueve y eso capta mi atención. Cuando giro la cara para mirarla, veo que me está tendiendo el cigarrillo al que ella acaba de dar una nueva calada. Podría encenderme uno, pero me gusta el modo en que me ofrece ese clima de intimidad, así que lo cojo y doy una calada y me trago el humo. Lo voy soltando despacio al mismo tiempo que las palabras.

—Que estoy bien, que he estado muy ocupado y por eso no había respondido a sus mensajes, que me había olvidado de que ayer presentaba el primer trabajo de su tesis delante del resto del departamento y que sigo sin saber nada de su exnovio.

Doy una nueva calada, lenta y concienzuda, y le tiendo el cigarrillo. Siento un cosquilleo molesto en la mano cuando sus dedos rozan los míos al cogerlo. Está helada, aunque la noche no sea tan fría como las que ya hemos dejado atrás.

—¿Y cuál era la verdad?

Noto su mirada clavada en mí, y yo mantengo la vista muy lejos, perdida en el horizonte. Sonrío de medio lado, con ironía.

—Que sigo jodido, que no he respondido a sus mensajes porque aún me duele callarme demasiadas cosas, que ayer me pasé el día entero pensando en cómo le habría ido esa presentación, aunque no tenía dudas de que la había clavado, y que hace unas semanas me tomé una cerveza con su ex y nos hemos mandado algún mensaje después de eso, pero que los tres sabemos que a ella no le va a dar esa oportunidad.

Deja transcurrir solo un par de segundos en silencio, mientras yo me maldigo mentalmente por haber soltado todo eso en voz alta, cuando hace tiempo que me prometí guardarme ciertas cosas hasta que, a fuerza de no expresarlas, dejaran de estar tan presentes.

—Déjame adivinar quién es ese exnovio.

No digo nada, solo aprieto los labios. Tengo que mirarla de reojo cuando me pone el cigarrillo delante.

—El puto Cameron Parker —suelta en una especie de silbido impresionado que me sienta como una patada en plena boca del estómago.

—El puto Cameron Parker —repito entre dientes.

Expulso el humo por la nariz, de golpe y con un poco de rabia, cuando vuelve a hablar:

—Tío, ¿te liaste con la novia del puto Cameron Parker?

—Ya no estaban juntos. Y, además, eso es simplificar demasiado la historia.

—Esta conversación en esta azotea está escalando puestos en el *ranking* del surrealismo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo más surrealista que te ha pasado en Los Ángeles, Susie?

Me quita la colilla de entre los dedos y me empuja suavemente con el hombro como castigo por llamarla así una vez más.

—Te lo diré cuando una de estas historietas tuyas sea capaz de quitarle el puesto. No cambies de tema, se estaba poniendo interesante.

Gruño por lo bajo, y hundo la cabeza en los hombros, como si así pudiera protegerme de mis propias cagadas. Nunca he logrado huir de mí mismo, ni siquiera cuando fumaba marihuana o esnifaba cocaína creyendo que así dejaría de pensar. Supongo que tampoco importa tanto si esta desconocida se entera de que soy un cabrón de verdad.

—Cam y yo éramos amigos desde hacía muchos años. Él sabía que yo estaba enamorado de esa chica cuando empezó a salir con ella. Tal vez debería haberle dicho que lo seguía estando cuando lo dejaron tres años más tarde. El problema es que, claro, él también la seguía queriendo. Y yo me acosté con ella y el mundo se fue a la mierda —resumo con desgana.

—¿Y ella? ¿A quién quería ella?

Suelto una risita triste que se pierde en el silencio de la noche.

—Siempre a él, incluso cuando pensaba que siempre sería yo.

—Y aún la quieres.

Ni siquiera me sorprende que no necesite preguntarlo. Encojo un solo hombro. Me estiro a un lado, le quito la colilla casi consumida y doy la última calada, inhalando hasta que me quemo los labios.

—No soy una buena persona, ya lo ves. Debería haberme apartado del todo desde el principio.

—¿Eres una mala persona? —repite en una risotada—. ¿Por acostarte con una chica de la que estás enamorado y que también quería acostarse contigo cuando los dos estabais solteros? Vaya, rubito, no sé cómo puedes pasearte por ahí a cara descubierta, seguro que hay recompensas jugosísimas por tu cabeza entre los justicieros.

Hago una mueca.

—Qué graciosa —murmuro, y me alejo un poco más de ella mientras se ríe bajito—. No lo entiendes porque no los conoces, porque no sabes lo que ellos tenían y yo me cargué...

—Os cargasteis —puntualiza, y sonríe de medio lado cuando la miro contrariado—. Los dos. Ella también estaba ahí, ¿no? Y, para ser justos, si ellos ya no estaban juntos, entonces fueron ellos los que se lo cargaron. Estuvo feo por tu parte bailar sobre esa tumba, quizá, sí, pero nada más.

—Eso díselo a todos nuestros amigos en común. Y díselo a Cam, también.

—Genial. Dame su número de teléfono y lo llamo.

Tuerzo el gesto y ella vuelve a reírse con suavidad.

—Creía que no te gustaban los jugadores de fútbol.

—Es Cameron Parker. Se lo perdono.

—Te doy la cajetilla de tabaco entera si dejamos esta conversación.

—Trato hecho.

Se me escapa la sonrisa cuando acepta tan rápido y tiende la mano hacia mí para reclamar su premio. Le paso el paquete y el mechero, y ella enseguida se enciende otro cigarrillo para sustituir ese que ya hemos terminado.

—Lo podemos compartir —dice, y me lo tiende tras la primera calada.

Lo cojo y miro la parte incandescente mientras jugueteo con él entre los dedos.

—Lo de ser una mala persona no iba solo por lo que pasó con Cam y Ash, ¿sabes? —dejo escapar en un suspiro—. Creo que puedo contar con los dedos de una mano los momentos de mi vida en que no he sido un auténtico imbécil. Con mis padres, con mis compañeros..., con Cam, sobre todo. No fui un niño fácil, fui un adolescente horrible y ahora... ni siquiera sé muy bien qué soy.

—Venga ya, niño pijo, seguro que te gano.

La miro de reojo y, aunque esperaba encontrarme una sonrisita orgullosa, tiene la mirada llena de sombras y se muerde el labio inferior mientras parece estar dudando si debería dejar salir algunas de las palabras que le cosquillean en la punta de la lengua.

Me entran ganas de besarla. Me nacen desde el centro de la tripa y se extienden hasta hormiguearme en los labios. Doy una calada al cigarrillo para matarlas, y luego se lo tiendo de vuelta.

—¿Sí? ¿Y qué es eso tan terrible que has hecho para ganarte el primer puesto?

Entonces sí que esboza una sonrisa, pero una incómoda, de esas llenas de espinas, de las que duelen.

—Será mejor que no te lo diga si no quieres que te salpique.

—Eres demasiado pequeña para acobardarme, Susie.

Me lanza una mirada de advertencia, que centellea en una amenaza silenciosa. Siento un leve tirón en la bragueta. Sonrío con suficiencia.

—No hace falta ser muy grande para hacer daño —murmura, y eso me borra la sonrisa y hace que la observe con más cuidado. Aparta la mirada enseguida—. Estoy rota. En piezas afiladas y llenas de aristas que cortan. Es mejor no acercarse.

Le acerco un poco más el cigarrillo y aún tarda unas décimas de segundo en moverse para cogerlo, como si le costara encontrarse en la realidad después de haber soltado eso desde las partes más profundas y oscuras que la componen. Me aseguro de que mis dedos rocen los suyos con delicadeza. Levanta la mirada hasta mis ojos y yo elevo la comisura de los labios lentamente.

—Aún ni me has rasgado, Sue.

Niega con la cabeza y se aparta de forma brusca y fuma con rabia.

—No vas a acercarte tanto.

—He estado bastante cerca.

Suelta un gruñido ante mi tono pícaro y relaja los hombros cuando capta de reojo mi sonrisa.

—Sí que eres un cretino.

—Malísima persona —concuerdo.

—Y te haces mucha gracia a ti mismo.

—También te la hago a ti.

—No te creas.

—Entonces, ¿por qué sonríes?

Borra la sonrisa de inmediato en cuanto le hago notar que está ahí. Aprieta los labios y mueve los pies sobre la caída, con la vista perdida en el horizonte. Algo me grita por dentro para que la saque de ahí, del nido de sombras y enredos que parece ser un hogar para los dos. Donde sentimos que tenemos un refugio. Creo que es porque, si la agarro de la mano e intento guiarla a la superficie, eso me obligará también a mí a buscar la maldita salida.

—Míranos —suspiro al final, mientras pugno por alejarme de esos instintos de héroe que nunca han ido conmigo.

Vuelve la cabeza hacia mí, esperando una explicación a esa invitación a contemplarnos desde fuera. Aquí, sentados en una

azotea, compartiendo un cigarrillo y escondidos en la noche. Cojo aire para decirlo en voz alta:

—Tú tan rota y yo tan jodido.

Me tiende el cigarrillo.

—Mala combinación, Ty —dice en voz baja.

La miro. Nuestros ojos se encuentran y se me encoge el pecho. No por ella, sino por el reflejo de mi imagen que puedo adivinar en sus pupilas. No sé quién es Sue Morrison, aparte de una composición caótica de piezas rotas, pero puedo ver que en el fondo somos lo mismo, ella y yo.

—Nadie me llama Ty —advierto, y sigo escrutando su mirada, aunque puedo adivinar su sonrisa.

—Ahora sí.

—No sé si me gusta.

—Si te gustara no te llamaría así —admite en un tono burlón que destierra el peso de nuestra conversación anterior.

—Entonces creo que me parece bien, Susie.

Sonríe, esta vez de verdad.

Seguimos aquí, fumando en silencio, hablando solo de vez en cuando y de tonterías. Compartiendo el espacio y la calma de la noche. Y luego, cuando hace rato que me he acostumbrado a su compañía y ya no me siento tan solo, ella habla a media voz y me rompe un poco por dentro, quizá por culpa de esas piezas afiladas y desmontando esa creencia de que todos los cortes son malos.

—Seguro que hay gente que piensa que eres más guapo que ese receptor tan famoso.

Cuadro los hombros y compongo una expresión altiva.

—Eso es lo que pienso yo todo el tiempo, ¿crees que hay alguien más?

Se encoge de hombros, aunque se le escapa un poco esa risita que está tratando de contener.

—Yo qué sé, alguien habrá, la gente tiene gustos muy peculiares.

Tuerzo el gesto y le brilla la sonrisa.

—¿Lo piensas tú?

Nos miramos a los ojos por unos segundos tensos y larguísimos.

—¿Qué importa? —murmura por fin—. Seguirás lanzándote piropos a ti mismo cada vez que te mires al espejo.

—Es muy probable, aunque me subiría bastante el ego que los piropos me los lanzaras tú, Susie.

¿Debería estar flirteando con ella de esta manera tan descarada? Supongo que no, teniendo en cuenta nuestro historial. Es mentirosa, caótica, problemática. Es lo último que necesito. Pero vuelvo a posar la mirada mucho más en sus labios que en cualquier otro punto de los alrededores, así que puede que sea inevitable dejarme llevar.

—No pienso ayudarte en eso. Lo que pasa es que tu amigo el jugador de fútbol tiene una belleza demasiado obvia, ¿sabes? Y tú... Tú eres...

—¿Qué? ¿Qué soy?

Me he inclinado hacia ella casi sin darme cuenta. Creo que su cuerpo también ha gravitado hacia mí y por eso ahora estamos tan cerca que nuestras respiraciones se confunden.

—Eres un engreído, rubito —suelta, con la risa vibrando en la punta de la lengua y los ojos firmemente clavados en mis pupilas.

Atrapo sus labios con los míos y su sonrisa me hace cosquillas por toda la superficie de la piel. Me devuelve el beso, mucho más brusca y ansiosa que yo. Nos apartamos solo unos milímetros y hablo en un susurro en cuanto libera mi labio inferior de la cárcel de sus dientes:

—¿Quieres quedarte a dormir?

Estoy demasiado cachondo para que lo justifique solo un beso.

Niega con la cabeza muy despacio, pegada a mí.

—Tenemos problemas para dormir —me recuerda.

—¿Quieres quedarte? —cambio la pregunta entonces.

Toda su respuesta es besarme de nuevo. Y yo no necesito nada más.

No me importaría —nada, en absoluto— follar con ella en esta azotea, pero noto sus dedos helados cuando se posan a un lado de mi cuello para mantenerme cerca mientras su lengua me invade la boca sin pedir permiso. Claro, porque pedir permiso es algo que no va con ella y ya debería haberme dado cuenta. Es solo por eso, por la superficie de su piel helada, por lo que me separo de ella, vuelvo a poner los pies en el firme suelo de la azotea y le tiendo la mano para ayudarla a hacer lo mismo. Por supuesto, mira esa mano con indiferencia y se pone de pie ella solita. Recoge el casco y el bolso y me adelanta en el camino hacia las escaleras.

Le pido silencio cuando empezamos a descender, porque seguro que los vecinos ya están molestos por todo el ruido que ha venido haciendo en su llegada. Es posible que no tuviera intención de decir nada, de todas formas, porque no lo hace ni siquiera cuando estamos dentro del apartamento, y va directa a mi habitación sin necesitar más invitaciones.

Abre la boca para hablar, pero me adelanto a cualquier cosa que fuera a decir y la callo presionando los labios con fuerza contra los suyos. Ha abandonado el casco sobre la cómoda, donde la última vez dejé su cámara, y se me pasa por la mente el pensamiento fugaz de que es un buen sitio para sus cosas y que aquí me sobra espacio para dos. Arrasa con cualquier idea estúpida fruto de la excitación del momento con el paso de su lengua, y yo le quito la cazadora y la acerco más a mi cuerpo. Quiero... Joder, quiero hacerle muchas cosas.

—Esta vez mando yo.

Sonríe pegada a mis labios cuando me oye decir eso en tono firme. Una sonrisa traviesa que me eriza la piel y se me cuela bajo los pantalones.

—Es la última vez, asegúrate de aprovechar la oportunidad.

Me siento a los pies de la cama y tiro de sus caderas para hacerla caer sentada en mi regazo. Acomoda la postura para poder rozarnos más y mejor, y yo desabrocho su sujetador tras colar la mano bajo la camiseta que viste. Tiene unas tetas perfectas, de verdad. Preciosas. Y se amoldan a mis manos como si los dos hubiéramos evolucionado juntos y encajando. Gime en mi boca cuando la acaricio. Luego me separo de sus labios solo para llenar de besos húmedos su cuello. Le muerdo el hombro y la oigo soltar una risita suave que me hace sonreír. Me quedo serio enseguida y me aparto para mirarla a la cara, porque yo llevo las riendas ahora y lo último que quiero o necesito es ablandarme y mostrarme ante esta chica pequeña pero para nada inofensiva como un cachorrito perdido sediento de cariño. De todas formas, su cariño no podría ni empezar a arreglar lo que tengo hecho pedazos por dentro. Solo hay una persona en el mundo que sería capaz de hacer eso. Y, como no quiero —*no puedo*— pensar en *ella* esta noche, miro a la chica que tengo entre los brazos con gesto serio y le lanzo la primera orden que aumenta la excitación de los dos, aunque ella vaya de que el papel de sumisa no le corresponde.

—Desnúdate.

Levanta la barbilla, como si me retara a pedirlo por favor. Finalmente, tras un duelo de miradas con banda sonora de jadeos entrecortados, se levanta, da un paso atrás y se desabrocha los pantalones. Se los quita despacio, sin despegar la mirada de mis ojos, con los labios entreabiertos y la picardía bailándole sobre la

piel. La miro cuando se queda ante mí con la camiseta y unas bragas negras pequeñas y sexis.

—Aún no has terminado.

Sonríe. Se quita la camiseta y la tira a un lado. Arrastra el sujetador con ella y recorro su torso con la mirada sin perder detalle. Quería alargar este momento, pero hay una parte de mí que no puede soportar ni un solo segundo más sin tocarla, así que me inclino hacia delante, pongo las manos en su cintura y la acerco de un tirón brusco para pegar los labios a su pecho. Trepa sobre mi cuerpo y se mueve contra mis caderas mientras entierra los dedos en mi pelo y gime con suavidad. Me aparto solo para librarme de la camiseta. Ella se deja resbalar hasta quedar de rodillas en el suelo, rescata lo que parece un envoltorio de un preservativo de su bolso, me suelta los pantalones y tengo que ayudarla a deshacernos de ellos cuanto antes. Me mira desde esa postura, con los ojos brillándole traviesos, pero escondiendo la sonrisa. Envuelve mi erección con la mano y se me escapa un jadeo cuando la mueve despacio de arriba abajo.

—Mandas tú —me recuerda, pero no cesa los movimientos seguros para ponerme el condón—. Así que dame esta orden o voy a tener que desobedecerte, rubito.

—Deja de llamarme así.

—¿Es eso todo lo que quieres que haga ahora?

Le pongo la mano en la mejilla, acaricio sus labios con el pulgar y ella saca la lengua para atraparlo. Quiero... Muevo la mano hasta sujetar su pelo con firmeza y empujo su nuca suavemente para acercarla un poco más.

—Voy a dejar que hagas lo que quieras ahora. Solo en esto.

—Eres muy blandito, Sparks.

No me da tiempo a rebatir eso porque, cuando voy a protestar, se mete mi polla en la boca sin rodeos y su lengua me acaricia de tal forma que estoy a punto de aullar. No necesita que la dirija. Yo no necesito darle ninguna indicación. Lo hace justo de la mejor forma posible si lo que quiere es acabar conmigo esta madrugada.

Tengo que tirar de su pelo para apartarla cuando me siento a punto de explotar. Se levanta despacio y yo me muevo con mucha más decisión, la agarro por la cintura, le doy la vuelta para pegarme a su espalda y la empujo contra la pared. La oigo reírse bajito, como si todo esto fuera aún demasiado suave para ella. Estiro el brazo, me hago con un preservativo de la mesilla y abro el envoltorio con los dientes. Me lo cambio lo más rápido que puedo y le separo las piernas para pasar una mano entre ellas. Gime sin ninguna vergüenza cuando cuelo un dedo dentro y, luego, otro.

—Estás muy mojada —le digo al oído y luego le muerdo el lóbulo de la oreja—. ¿Esto te gusta? ¿Te excita lo que te hago, Susie?

—Deja de llamarme así —gruñe, justo como he hecho yo antes—. Y asegúrate de que toda esa humedad merece la pena.

—Pídemelo.

—Fóllame, Tyler.

Es la forma en que dice mi nombre y no el resto lo que me ahoga en impaciencia. Pongo una mano sobre su garganta y empujo con delicadeza, para levantarle la barbilla y echarle la cabeza hacia atrás, y clavo los dientes en su cuello con bastante menos cuidado. Soltamos un gemido roto al mismo tiempo cuando la penetro. Y, cuando mueve las caderas, buscando más contacto, subo la otra mano hasta su pecho y pellizco un pezón entre los dedos.

—Avísame si soy demasiado brusco.

Suelta una risita que podría dañar mi ego —y probablemente esa es su intención—, pero lanza un ramalazo de placer que me recorre

entero hasta enterrarse de nuevo en ella.

—Lo mismo digo —me reta.

Y entonces me dejo llevar. Empezamos contra la pared, luego, no sé cómo, tiramos todo lo que hay sobre la cómoda, empezando por su casco, chocamos contra la puerta del armario y acabamos sobre la cama. Y ni siquiera me importa que ella exija con fiereza lo que quiere y cómo lo quiere, porque yo hago exactamente lo mismo y me parece que así es mucho mejor.

Y no me permite pensar en nada que no sea el desastre que podríamos desatar juntos.

10

Breakthru



Sue

He soñado que no podía respirar. Que me dolían las piernas, agotadas de patalear hacia la superficie. Que me quemaban los pulmones. Y que un brazo me agarraba por la cintura y me traía de vuelta a un lugar donde abundaba el oxígeno. Cuando he despertado, alguien me abrazaba por la cintura *de verdad*. Me he sentido bien, incluso después de esa pesadilla recurrente. Me ha costado unos segundos acordarme de todo lo que pasó anoche y darme cuenta de que era Tyler quien estaba a mi lado bajo las sábanas. No tenía dudas de que estaba despierto, pero ninguno de los dos ha dicho nada. Ha esperado a que mi respiración volviera a regularse y se ha apartado para darse la vuelta hacia el borde del colchón. No ha tenido en cuenta que mis latidos no han vuelto a la normalidad ni siquiera horas más tarde.

Lo oigo hablando por teléfono mientras estoy en el baño. Es temprano, pero supongo que ya puede considerarse una hora

decente para llamar. Agudizo el oído para ver si capto algo más cuando dice el nombre de mi hermano, pero me cuesta entenderlo. Termino de vestirme a toda velocidad y salgo para reunirme con él.

Cuelga el móvil justo cuando me planto a su lado.

—¿Qué? —pregunto impaciente.

—Me ha dicho que nos pasemos por la comisaría en media hora. Iba a consultar el informe de la detención. —Se mueve hacia la cocina como si no tuviera prisa—. ¿Quieres un café?

¿Un café? ¿Qué clase de desalmado con escarcha en las venas es este rubito? ¿No se entera de que *necesito* salir de aquí y hacer algo de una vez? Me sorprende darme cuenta de que he dormido. Y él también lo ha hecho, aunque lo haya despertado de madrugada con mis sueños agitados. No creo que el sexo con él sea un remedio efectivo para el insomnio, pero sienta bien dormir más de dos horas seguidas.

—No quiero un café. Quiero saber dónde está mi hermano.

Se vuelve a mirarme con una ceja alzada. Puede que haya sonado demasiado brusca, lo admito, pero no me importa. Esto no es la mañana después de una cita. Ni loca estaría aquí por eso.

—Vaya, nos hemos levantado de mal genio, ¿no, Susie? —se burla, con una sonrisa torcida—. ¿No te corriste dos veces anoche?

Le suelto un bufido y doy media vuelta para caminar decidida hacia la habitación y poder recuperar mi casco. Ni siquiera sé dónde tengo que ir. Solo que tengo que salir de aquí.

Me está esperando en la puerta, con una cazadora puesta y un casco en la mano, cuando salgo a grandes zancadas. Nos sostenemos la mirada durante dos segundos y entonces hace girar unas llaves ante mis ojos.

—Vamos con mi moto.

Abro la boca para protestar, y luego la cierro sin llegar a decir nada. No me gusta ir de paquete teniendo mi moto aquí mismo, pero la verdad es que él sabe dónde vamos y que no hay necesidad de que yo gaste gasolina. Tampoco tengo ningún sitio donde ir más tarde, de todas maneras.

Su moto es una belleza. Y no puedo parar de pensar en lo bien que quedan los dos en conjunto mientras él la mueve para sacarla de detrás de su coche de niño pijo y la acerca hasta parar a mi lado.

—¿Te gusta?

Me encojo de hombros, haciéndome la indiferente. Sonríe con un deje de superioridad, como si pudiera verme el brillo ilusionado de una niña a punto de probar un juguete nuevo que intento esconder detrás de las pupilas. Me hace un gesto para que suba y se pone el casco. No sé qué me está pasando, pero creo que no es muy normal que me pase todo el tiempo excitada y con cosquillas en la parte más baja del vientre cuando estoy con este tío, ¿por qué tiene que parecerme tan sexi? Bueno, está claro que es culpa de la moto, de la chupa de cuero, del aire de chico malo y de ese casco. Me subo tras él y me agarro al asiento para no tocarlo más de lo necesario.

Tengo que sucumbir y rodearle la cintura con los brazos cuando zigzaguea entre los coches por la calle a más velocidad de la permitida en la ciudad. A lo mejor esto no está tan mal. Puede que no pase nada por dejarse llevar algunas veces, aunque a mí me cueste ceder el control. Y esta moto es... El motor suena tan bien que me dan ganas de quitarme el casco y pegar la mejilla al depósito de gasolina para absorber las vibraciones.

Casi me siento decepcionada cuando Tyler aparca frente a un edificio de ladrillo rojo, pero enseguida me recuerdo que hay cosas más importantes que una moto nueva. Me bajo, intranquila, y me quito el casco antes de mirar alrededor. No sé muy bien dónde ir o

qué hacer. El rubito me mira un solo segundo antes de hacerme una seña con la cabeza para que lo siga.

Freno en seco cuando estamos frente a las puertas de la comisaría. No sé cómo lo nota, si me da la espalda, pero sé que se ha dado cuenta porque se gira a mirarme con el ceño levemente fruncido.

—Te espero aquí.

Su gesto pasa de la confusión a una divertida incredulidad cuando alza una ceja con los ojos clavados en los míos.

—¿En serio? Puedes subir conmigo.

Un puño invisible se cierra de golpe y con fuerza en el centro de mi pecho. Aprieto los dientes para procurar que mi aspecto externo no refleje esa repentina falta de oxígeno y niego con la cabeza.

—No me gustan los policías —me obligo a decir en voz alta, cuando me doy cuenta de que no va a dejar de mirarme de esa forma.

Se le dibuja una sonrisa confusa que marca su hoyuelo de una forma más evidente que sus sonrisas de verdad.

—Ni policías, ni jugadores de fútbol, entonces. ¿Algún colectivo más al que despreciar, Susie?

Se le borra esa expresión sarcástica cuando ve que yo no varío la mía. Es probable que haya notado el modo en que estoy empezando a temblar, y me regaño mentalmente y me exijo dejar de ser una cría llorona de una vez. Cojo aire y me muerdo la parte interna de la mejilla hasta que termino por hacerme daño y noto un sabor metálico en la punta de la lengua.

—Vale —vuelve a hablar—. Sería un buen momento para decirme si tienes problemas con la ley, si estás en busca y captura, o cualquier otra movida que pueda meterme en un lío solo por venir en tu nombre a hablar con la policía.

Me sienta mal que siga teniendo esa imagen de mí. La de mentirosa. La de problemática. La de alguien que podría arrastrarlo de un solo mal movimiento hasta lo más profundo. Pero supongo que eso es lo que dejo ver. Me imagino que la culpa es mía porque eso es lo que quiero que todos piensen. Suelto un resoplido porque es la única forma de estabilizar mis nervios para que no me tiemble la voz cuando intento hablar:

—Claro que no. Solo...

Veo a un policía saliendo por la puerta que queda a su espalda. Va con el uniforme y mis ojos vuelan directos al lado de su cadera donde pende la pistola. Se me revuelve el estómago. Tengo que contener las ganas de vomitar.

Tyler se gira a mirar lo que me ha alterado. Y, cuando sus pupilas vuelven a intentar indagar en las mías, ya he conseguido reestablecer la fachada.

—Espérame aquí.

No sé qué ha visto o qué ha intuido para ceder con ese tono de voz tan suave y mirarme como si entendiera unas cuantas cosas de las que no digo jamás en voz alta.

—Te espero a la vuelta de esa esquina.

Hace un mohín con los labios, como si le resultara de lo más molesta, pero no dice nada y termina por mostrarse de acuerdo con un leve movimiento de cabeza. Luego da media vuelta y sube los escalones de la entrada de dos en dos.

Me alejo de la puerta en cuanto desaparece por ella, y recorro los metros que me separan de la esquina de la calle abrazándome el torso. Estoy helada y sé que no es culpa de la temperatura exterior. El borde del casco se me clava en la cintura y no me importa. Cuando llego a un lugar fuera de la vista, freno la marcha y apoyo la espalda en la pared. Me concentro en respirar. No dejo de ver ese

maldito uniforme. Una y otra vez. No el de un policía cualquiera que haya salido a por cafés hace unos minutos, sino el *suyo*. Lo odio. Los odio. Y me odio también a mí por todo lo que pasó.

Ya está bien.

Pienso en Clay. En dónde estará. En cómo estará. En qué maldito lío se habrá metido ahora. Y tengo que seguir adelante porque nosotros cuidamos el uno del otro y ahora es mi turno, más que nunca. Él ya ha parado demasiados golpes por mí. Supongo que ha llegado el momento de equilibrar la balanza.

No puedo dejar de pulsar el botón lateral del móvil para ver la hora en la pantalla. Los minutos pasan demasiado lento y empiezo a impacientarme, pero sé que no puedo enfadarme con el rubito por no darse más prisa porque me está haciendo un favor sin deberme absolutamente nada.

Me sobresalto cuando se planta a mi lado, aunque lleve veinte largos minutos esperando verlo aparecer. Doy un paso hacia él y me detengo cuando veo cómo se pone rígido y me lanza una mirada de advertencia para que mantenga las distancias.

—¿Qué...?

No me deja terminar la pregunta, levanta la vista y la pasea por el otro lado de la calle antes de señalar hacia allí con un dedo.

—Vamos a esa cafetería. Te invito a desayunar.

—¿Qué? No necesito desayunar, Tyler. Suéltalo de una vez, ¿qué te han dicho?

Mira alrededor y no parece muy convencido de que tener esta conversación en medio de la calle sea buena idea.

—Te lo cuento con un café.

—Me lo cuentas ahora.

Coge aire y lo suelta de golpe, cabreado. Luego me mira a los ojos y da un paso hacia mí que me hace retroceder, aunque me

resista a ello.

—No es bueno, Sue —advierte, y lo que veo en sus ojos me retuerce el estómago y se me atasca en la garganta—. Lo detuvieron por tráfico de drogas.

Parpadeo. Trago saliva y la boca me sabe amarga. Parpadeo otra vez.

—No. ¿Cómo...? Eso es imposible.

—¿Tú crees? —suelta él, con un tono de voz tan irónico que enciende de golpe la mecha de mi ira—. Júrame por lo que más quieras que no sabías nada de esto, porque si solo me lo prometes no te voy a poder creer.

Es probable que le enseñe los dientes, y tengo que tirar de todo mi autocontrol para no saltarle encima y borrarle esa expresión de disgusto de un arañazo. Pero también duele. Me hace daño que me mire así, como si acabara de darse cuenta de que yo tenía razón y soy peor persona que él por mucho.

—Claro que no sabía nada de esto porque no es verdad.

Me irrita que haga amago de poner los ojos en blanco, aunque no llegue a completar el gesto.

—Llevaban semanas siguiéndolo. Encontraron más de un kilogramo de metanfetamina cuando registraron su piso. ¿De verdad me vas a seguir diciendo que esto es un error?

Espera, ¿qué?

—Eso no puede ser, Tyler. Es imposible —insisto, mientras siento cómo el mundo empieza a girar a toda velocidad bajo mis pies y me cuesta mantener el equilibrio—. ¿Metanfetamina? ¿Qué...? Ni siquiera sé cómo narices es la metanfetamina, no había nada de eso en su apartamento, no...

—Es cristal —me corta él, firme y con la mandíbula apretada—. Lo tenía en bolsitas en el doble fondo de un armario.

—Claro que no.

—Admitió que la droga era suya, Sue. En cuanto entraron y la encontraron. No es un error. No hay una explicación mejor, por mucho que quieras buscarla. Y, si de verdad tú no sospechabas nada de nada, siento tener que ser yo quien te diga esto, pero tu hermano está hasta el cuello de mierda ahora mismo.

¿Cómo...? Esto no puede ser cierto. Esto tiene que ser un mal sueño. Eso es lo que pasa. A lo mejor me están gastando una broma, ¿no? ¿Dónde está la cámara oculta? Ese idiota de Clay. ¿Y si está montando todo un espectáculo para ver si al final me largo de vuelta a Austin y lo dejo tranquilo de una vez? Miro alrededor, pero nada me indica que esto no sea real. La gente que camina por la calle principal no se detiene, el sol cada vez está más alto, a lo lejos un perro ladra como si quisiera decirme «espabila». Pero no. Tyler se equivoca porque sí que tiene que haber una explicación. Una sencilla. Una enredada. Me da igual la complejidad de las excusas de mi hermano mientras tenga alguna que ofrecerme. Y no pienso creer ni una sola palabra hasta que haya hablado con él y oído su versión.

Tyler sigue firme, con los hombros cuadrados, el cuerpo alerta y una expresión de tensa cautela, como si temiera tener que sujetarme si me lanzo a por él como una gata asustada.

Ya está. Es suficiente. No necesito que me juzgue. Tampoco que me consuele. Y mucho menos necesito ver tan claramente en el color avellana de sus ojos lo que está pensando de mi hermano. Ya no lo necesito más.

Me doy media vuelta y empiezo a alejarme, con un movimiento que invoco firme, pero se muestra tambaleante cuando mi cuerpo lo ejecuta. Tengo que pensar en el siguiente paso. Tengo que pensar...

Una mano se cierra de forma gentil en torno a mi muñeca y me vuelvo para mirar al chico que me ha traído malas noticias y aun así

se resiste a desaparecer de mi vista de una vez. Le lanzo una mirada de advertencia, sin llegar a girarme del todo, y sus dedos aflojan aún más el agarre y el gesto de su cara se suaviza.

—Vamos a desayunar —dice, sin dejarse amedrentar—. Voy a contarte todo lo que me han dicho y luego vamos a respirar hondo y a pensar qué puedes hacer y qué no, ¿de acuerdo? Ahora mismo no vas a poder verlo, no hasta el lunes, por lo menos. ¿Quieres que te dé los detalles o no?

Se me desinfla el pecho cuando me quedo sin aire poco a poco, y algo de lo que flotaba dentro cae de golpe a mi estómago y me lo retuerce con saña. Me cuesta unos segundos procesar del todo sus palabras y ser consciente de que iba a largarme sin ni siquiera preguntarle dónde está Clay, a qué comisaria lo han llevado, cuál se supone que va a ser su destino más inmediato, si hay posibilidad de que lo dejen salir, aunque tenga que esperar un juicio. Hay demasiadas preguntas sin respuesta. Y no sé si el rubito puede contestarlas, pero sé a ciencia cierta que no podrá hacerlo nadie más.

No me sale la voz, pero, por suerte, él no parece necesitar que hable. Me hace un gesto con la cabeza para señalar el camino hacia la acera de enfrente y luego me suelta la muñeca del todo y echa a andar. Lo sigo, con la vista clavada en el cuero de la cazadora que se amolda a la anchura de su espalda. Recuerdo aquella primera noche, cuando salíamos de su club y él me guiaba de la mano entre la gente. Odié el contacto y me pareció demasiado íntimo e invasivo, pero ahora me gustaría que lo hiciera. Que me cogiera de la mano para cruzar la carretera y me diera a entender con ese simple gesto que él estará un paso por delante para despejarme el camino, sostenerme cuando tropiece y guiarme cuando se vuelva oscuro. Qué gilipollez. La vulnerabilidad se esconde en un rincón cuando él

sostiene abierta la puerta del local para mí, para dejarme pasar primero, y algo me ruge por dentro. No soy una niña desvalida. Y me escuece pensar que pueda ser esa la imagen que esté mostrando ahora ante él.

No decimos nada hasta que nos sentamos frente a frente en una mesa pegada al ventanal del fondo. Una camarera está a nuestro lado en cosa de dos segundos y Tyler pide un café. Repito la comanda de forma automática porque ni siquiera sé lo que me apetece ahora.

—¿Te gustan las tortitas?

Levanto la mirada hasta sus ojos cuando lo oigo preguntar eso y me doy cuenta de que está hablando conmigo y no tonteando con la camarera, como lleva haciendo todo el último minuto completo sin perder ni un segundo para recordar que sigo enfrente. Aprieto los labios cuando sus ojos escrutan los míos.

—No tengo hambre.

—Genial. ¿Nos puedes traer también tortitas para los dos, por favor?

Me cruzo de brazos y espero a que terminen de intercambiar sonrisas coquetas y vuelva a prestarme atención a mí para hacer una mueca.

—He dicho que no tengo hambre.

—La tengo yo por los dos.

—Rubito, te agradezco que me hayas hecho el favor, pero...

No me deja explicarle que ahora ya nuestros caminos se separan. No me deja decir que no quiero enredarme en nada con él y que ha sido divertido, pero que ya no tenemos que vernos más. No, claro, tiene que ser él quien lo diga primero.

—Mira, ha sido muy interesante todo esto, de verdad que sí. Y me alegro de haber podido hacerte un último favor, porque entiendo que

es difícil estar en tu situación y no saber cómo conseguir noticias de tu hermano. Así que te contaré lo que sé, pensaremos en tus opciones y luego ya no quiero..., no *puedo* implicarme en esto. Es complicado y...

Se calla cuando la camarera se acerca de nuevo para servirnos el café. Le da las gracias con una sonrisa peligrosamente encantadora y, aunque yo intento hacer lo mismo, se me atasca la palabra en la garganta cuando la forma de su hoyuelo se me clava en la mente. Es obsceno lo mono que resulta, y no tengo dudas de que la chica que se aleja contoneando las caderas ha pensado exactamente lo mismo que yo.

—¿Dónde está mi hermano?

Sus ojos vuelven a los míos cuando oye mi pregunta. Está dando un sorbo a esa taza que seguro que quema tanto como la que tengo entre las manos, pero no parece que se haya abrasado. La deja despacio sobre la mesa y se pasa la lengua por el labio inferior antes de darme una respuesta.

—Lo llevaron a la comisaría del centro. Lo procesarán el lunes y lo más probable es que lo envíen a prisión preventiva de inmediato. Entre la droga que encontraron en su piso y la vigilancia de los últimos días tienen de sobra para ordenar un ingreso sin fianza hasta que se celebre el juicio. Lo siento. Sé que no es esto lo que quieres oír, pero es muy improbable que le den ninguna otra opción. Si con lo que encontraron no fuera suficiente, además está su confesión. Está difícil y, sinceramente, nadie tiene esa cantidad de metanfetamina en casa si es un camello de poca monta, me temo que estaba metido en algo más gordo.

Me recuesto contra el respaldo del asiento, con la vista clavada en el aglomerado de la superficie de la mesa. Sabía que Clay llevaba tiempo haciendo el tonto, que estaba metido en algún lío, pero esto

es... Esto es irreal. De verdad que sí. Tyler habla casi como si pensara que mi hermano es un cerebro del crimen organizado. A ver, en muchas ocasiones me he convencido de que Clay no tenía cerebro, así que hay algo que no cuadra. Mi hermano no es así. Puede que se haya dejado llevar, que se haya enganchado y haya acabado en algún pequeño lío, sí, pero esto no tiene sentido. El silencio pesa entre los dos mientras Tyler espera a que yo diga algo.

—¿Qué puedo hacer? —pregunto al final, sin levantar la mirada, y con apenas un hilo de voz.

—¿Conoces a algún abogado?

Va completamente en serio y esto me queda muy grande. Demasiado. Sacudo la cabeza un par de veces.

—No.

—Oye, Sue. —Capto su movimiento cuando se inclina sobre la mesa para acercarse a mí un poco más. Levanto la mirada y me encuentro con sus pupilas buscando el centro de las mías—. Ve a la comisaría del centro el lunes a primera hora. Exige que te dejen verlo, tírate todos los faroles que necesites y habla con tu hermano. Que intente pedir que le reasignen a John Daniels como abogado de oficio, dile que le mencione el nombre de Henry Sparks. No es que sea un bufete prestigioso y tampoco hace milagros, pero al menos no tratará su caso como solo un número más de su larga lista, ese tío sí que se preocupa por las personas. Y luego, cuando hayas hecho eso, vete a casa y mantente tan alejada como puedas de esto. Va en serio. Si de verdad está metido en algo grande, no te conviene dejarte ver demasiado.

Justo en este momento llegan las tortitas. Nos las dejan en el centro de la mesa, a la misma distancia de su plato que del mío. Intento aprovechar la interrupción para pensar en sus últimas palabras, pero me resultan tan inverosímiles que me dan ganas de

acusarlo de dramático. Ni que fuera a perseguirme la mafia para reclamarme la droga que *presuntamente* la policía le ha incautado a mi hermano.

—¿Quién es Henry Sparks? —Es lo que pregunto cuando nos quedamos a solas de nuevo.

Tyler parece sorprendido.

—Es... —Veo el pequeño espasmo, casi imperceptible, que le retuerce la comisura del labio y le achica los ojos—. *Era* mi padre.

Baja la mirada a la mesa y pesca una tortita en un movimiento rápido, como si los sentimientos se pudieran tragar con una buena cobertura de sirope para que ya no duelan.

—Lo siento.

No me mira. Se limita a hacer un leve asentimiento de reconocimiento con la cabeza. Se zampa la mitad de la tortita de un bocado y luego señala el plato del centro con el tenedor.

—Come.

Me suele molestar mucho que la gente hable con la boca llena, pero esta vez no lo hace. Lo observo con disimulo mientras mastica. Debería pensar que es asqueroso y en vez de eso... Será mejor que me aleje de este chico cuanto antes, sí.

—No tengo hambre —repito.

—¿Y para qué me has hecho pedir todas estas tortitas? —Hago una mueca y él sonríe de medio lado—. Come, Sue, por favor. Tu cuerpo necesita energía, no vas a poder hacer nada por nadie si te da un bajón de azúcar y te desplomas en medio de la calle. Paso de tener que cuidarte, ¿sabes?

Le hago un corte de mangas y él se ríe entre dientes. Me saca de quicio el hecho de que ese maldito sonido me haga cosquillas en la piel. Supongo que será fruto de la irritación. Aun así, cojo una tortita y la dejo en mi plato. Tyler me acerca el bote de sirope de chocolate

y yo lo aparto a un lado y estiro el brazo sobre la mesa para robarle el de caramelo, que es el que se ha servido él. Puedo notar sus ojos sobre mí cuando pruebo el primer bocado. Las tripas me protestan a un volumen nada discreto y siento cómo toda esa hambre que no tenía crece de golpe. ¿Cuándo fue la última vez que comí? ¿Ayer a mediodía? Tyler tiene una ceja alzada y una pequeña sonrisa satisfecha cuando mis ojos encuentran los suyos.

—Buena chica.

Le doy una patada por debajo de la mesa y él se ríe tanto que su protesta pierde credibilidad. Y eso que le he dado fuerte.

—Gracias —digo a media voz cuando su risa se apaga y da paso a un silencio aterciopelado flotando entre los dos.

Hace una mueca que le quita importancia a todo lo que ha hecho por mí desde que me presenté en su casa anoche.

—Te estabas quedando en el apartamento de tu hermano, ¿no?

Ha vuelto a adoptar ese tono más serio y eficiente, como si con ese cambio de registro fuera capaz de encontrar soluciones para todo. Me pregunto cuántos personajes diferentes necesitará Tyler Sparks para sentir que puede encajar y seguirle el ritmo al mundo. Yo probé unos cuantos hasta encontrar a la Sue que protege a todo lo que alguna vez he sido de verdad.

—Sí, ¿por...?

—¿Tienes otro sitio donde quedarte un par de días? —sigue, sin dejarme terminar—. Quizá sería mejor que no volvieras hasta que hayáis hablado con un abogado. Si tienen que hacer otro registro cuando pase a disposición del juez y encuentran que has pasado por allí, tal vez serían más problemas para tu hermano, no lo sé.

No había pensado en eso. No quiero hacer nada que pueda perjudicar a mi hermano, y no quiero meter la pata de aquí al lunes, cuando por fin pueda hablar con él y evaluar mejor la situación.

Debería ser prudente hasta que tenga toda la información. Pero... ¿dónde se supone que voy a ir mientras tanto?

Asiento y mantengo la fachada.

—Vale. Me buscaré un sitio para un par de días. Puedo ir a... —Ni siquiera se me ocurre una mentira medio convincente, así que termino diciendo—: Me apañaré.

Él asiente. No parece ni un poco preocupado por que su advertencia vaya a dejarme con el culito en la calle. Al fin y al cabo, ya ha dejado claro que ni quiere ni puede involucrarse en esto. No es su problema.

Terminamos de desayunar en silencio.

Paga él y yo protesto solo a media voz cuando insiste en hacerlo, porque la verdad es que no voy sobrada de pasta y voy a necesitar todo lo que llevo encima si no puedo pasar por casa a coger mis cosas.

Me lanza una mirada por encima del hombro cuando estamos saliendo a la calle por la puerta del local.

—Te acerco a mi casa para que puedas coger la moto.

No digo nada. Camino a su lado hasta el lugar donde ha aparcado la suya hace un rato.

Supongo que hasta aquí llega el cruce de mi camino con el de este rubito. Solo un último trayecto en moto y se acabó. Y es mejor que no mire atrás cuando me aleje, porque las ganas de aferrarme a su cintura y dejar que sea él quien conduzca cuando a mí me fallen las fuerzas empiezan a arañarme demasiado fuerte y muy profundo.

11

Runaways



Tyler

Aparco la moto entre dos coches, a solo unos metros de donde Sue dejó la suya anoche. Me levanto la pantalla del casco cuando se baja y ella hace lo mismo para murmurar una despedida y un nuevo agradecimiento desganado, como si le doliera eso de tener que aceptar que ha necesitado algo de alguien más y no lo ha hecho todo sola. La entiendo demasiado bien.

La miro mientras se aleja. La cazadora de cuero rojo, los vaqueros rotos ajustados, botas con las que parece ir a patearle el culo a cualquiera que ose interponerse en su camino, y ese casco negro y fuego, que, sin pretenderlo, hace juego con el mío. Esa chica es... No creo ser capaz de encontrar ni una palabra adecuada con la que empezar a describirla. Y yo ya debería estar rodando con la moto hasta la puerta del garaje y, sin embargo, no puedo dejar de mirarla, aquí plantado como un gilipollas. Sé que tengo que dejarla marchar. Es mejor. Por todo eso de no meterme en líos, porque ella tampoco

quiere que el sexo nos ate de ninguna manera y también porque estoy enamorado y no es de ella. Sí, eso también. Pero es que no paro de pensar que no tiene dónde ir y yo... Yo este fin de semana no quiero estar solo.

—¡Eh, Susie!

Se vuelve para mirarme. Con el casco puesto, esa mirada asesina que intenta dedicarme no tiene tanto efecto, pero sí que me pellizca las tripas en anticipación. Y lo digo:

—¿Y si te quedas aquí hasta el lunes?

Vuelve sobre sus pasos lentamente, haciéndose de rogar, hasta acabar frente a mí. Así, sentado en la moto, sus ojos casi llegan a la altura de los míos. Se quita el casco y sacude la cabeza para acomodar la melena.

—¿Qué has dicho?

Me quito el casco yo también y me paso la mano entre los mechones de pelo que se me pegan a las sienes. Le dedico una breve sonrisa de medio lado y me encojo de hombros.

—No puedes volver a casa hasta el lunes. Y no puedes hacer nada con lo de tu hermano hasta entonces. Yo tampoco quiero pensar este fin de semana. ¿Y si paramos el mundo dos días?

—¿Juntos? ¿Tú y yo? ¿Dos días enteros?

Se me ensancha la sonrisa cuando oigo su tono incrédulo. Sí, es una locura. Y precisamente por eso tiene sentido. Porque mientras estemos jugando a que el tiempo no corre no tengo por qué pensar en lo que pasará después. Tampoco ella. Y eso es... Creo que es justo lo que necesitamos los dos. Y no tenemos que volver a vernos cuando estos días se acaben.

—Y sus dos noches —añado, pícaro.

Suelta un resoplido y yo engancho un dedo en la cinturilla de su pantalón y tiro de ella hasta que mi rodilla se le cuela entre las

piernas. Me clava el gris de su mirada con tanta intensidad que me mareo. Quizá no es la mejor idea del mundo, pero que le jodan a las buenas ideas y a las mejores intenciones.

—Creía que no querías ni podías implicarte en nada que tenga que ver conmigo.

—Y así es.

—Yo tampoco quiero implicarme en nada contigo.

—Perfecto, entonces.

—Estás enamorado de otra persona, ¿te acuerdas?

—Ojalá pudiera decir que ya se me había olvidado.

Sonríe con aire distraído ante mi tono y estudia mis pupilas.

—Yo también estoy enamorada de otra persona.

—Mucho mejor, así no habrá ningún malentendido.

—¿Solo sexo?

—Solo compañía... y sexo también, claro, siempre que consintamos los dos. Yo necesito no pensar este fin de semana, y me parece que tú también.

—Y a partir del lunes no nos volveremos a ver.

Da un paso atrás para ganar espacio y me tiende la mano. Asiento conforme y se la estrecho con firmeza.

—Que así sea.

No deja de estudiarme con detenimiento, y empieza a ponerme un poco nervioso. Estoy a punto de decir algo más cuando ella se adelanta:

—Creo que necesitaré ropa.

Alzo una ceja con picardía.

—Venga ya, Susie. Acabo de invitarte a mi casa, ¿y tú piensas en ropa? ¿Es que no soy tan irresistible como yo me veo o qué?

Suelta una risita, y la vista se me escapa sin permiso para clavarse en la forma de sus labios.

—Ni de lejos, rubito.

Hago una mueca y su sonrisa se ensancha. Y ni siquiera lo pienso, porque de eso va este fin de semana, ¿no? A la mierda, no voy a ser yo quien marque los límites de aquí al lunes. Enredo un brazo alrededor de su cintura y tiro de ella para pegarla a mi cuerpo hasta que su boca se estrella contra la mía. Ni siquiera parece sorprendida. Pone las manos a los lados de mi cuello y tira de mí para hacerse con el control y abrirse paso con la lengua. Cuando la desliza sobre la mía se me escapa un gemido ronco y puedo sentir cómo empieza a sonreír, pero se controla enseguida para no entorpecer el beso. Y necesito...

Se aparta apenas unos milímetros de mis labios y murmura contra mi piel:

—¿Hay un Walmart por aquí cerca?

Joder, Susie. La próxima vez simplemente cogeré mi ego y lo lanzaré bajo las ruedas de su moto, para que lo machaque a gusto.

—¿En serio...?

—Necesito algunas cosas.

Me trago un gruñido de protesta y asiento.

—Te acerco. ¿Quieres meter tu moto en el garaje?

Se pone el casco, se sube detrás de mí de nuevo y acomoda la postura muy pegada a mi espalda.

—No hace falta. Está bien donde está.

Entiendo que eso, en parte, quiere decir que teniéndola en la calle se reserva la posibilidad de largarse en medio de la noche sin tener que avisarme. Y está bien. Este fin de semana solo tendrá sentido si funciona para los dos. No digo nada. Me pongo el casco también yo, arranco y salgo de nuevo a la carretera para llevarla a donde me ha pedido.

Son apenas seis minutos de trayecto, pero me da tiempo a arrepentirme de mi impulsividad. Sé que pase lo que pase este fin de semana ninguno de los dos será capaz de huir de todas esas cosas en las que no quiere pensar. Yo lo estoy haciendo ya, mucho y sin parar, mientras tengo los brazos de esta chica bien anclados a la cintura y me pregunto cómo sería hacer algo tan cotidiano como ir a comprar algunas cosas a Walmart si fuera otra la que hubiera dicho que sí cuando me lancé sin paracaídas y le propuse compartir mi vida. Nunca lo sabré, ¿verdad? Porque ella dijo que no. Dijo que nunca podría. Y, al fin y al cabo, las cosas cotidianas siempre fueron de otro y jamás mías. Y Sue... Sue tiene un marrón importante del que hacerse cargo cuando pase el fin de semana. Y ni siquiera yo me creo tan interesante para lograr que lo olvide durante los dos próximos días. Y, aun así, me dejo llevar. La sigo por toda la enorme tienda mientras ella selecciona algunos de los artículos más baratos en la sección de ropa de mujer y en la de productos de aseo. Luego regatea el precio con la pobre chica que nos atiende en la caja por algunos supuestos desperfectos en las prendas que lleva en la cesta. No tengo ni idea de cómo lo hace, pero un encargado termina por venir a resolver el conflicto y le cobra solo tres cuartas partes del precio total.

Apenas hablamos cuando volvemos a mi casa. Follamos en la ducha, en la cama y sobre la mesa de comedor. Comemos algo con la televisión de fondo cuando ya ha pasado muy de lejos la hora de comer.

—¿Y ahora qué?

Me pongo de pie, le tiendo la mano y, aunque creo que me tiembla la sonrisa, intento ofrecerle una que prometa.

—Ahora voy a llevarte a uno de mis lugares favoritos.

Las carcajadas de mi acompañante son inesperadamente contagiosas, casi tiernas y... *reales*. Creo que eso es lo que más me impacta. Y quizá es por ello por lo que no puedo evitar sonreír cada vez que lanza una triunfante y veo cómo le brillan los ojos. ¿Hace cuánto tiempo que no estaba así con alguien? ¿Hace cuánto que no había nada *de verdad* en mi vida? Supongo que desde que Cam me dijo que estaba muerto para él. Ahora, en esta nueva manera de relacionarnos que él y yo estamos construyendo aún no hay nada lo bastante natural, nos movemos a tientas, como un par de lobos que acaban de encontrarse y aún se miden a distancia para descubrir cuál es el lugar de cada uno en esta nueva realidad. Mis amigos... ¿Qué amigos? Vanessa pregunta de vez en cuando cómo estoy, sí, pero cualquier contacto con ella sigue siendo tenso y frío y distante. No digo que no tenga gran parte de la culpa, asumo mis errores de entonces y también los de ahora: yo tampoco soy demasiado comunicativo cuando ella intenta que hablemos. Me he alejado de todos y nadie se ha molestado en buscarme. Y, si pienso en aquellos días, en cuando todo saltó por los aires y nos destrozó, soy muy consciente de que ya estaba solo antes. Porque se rompieron tres corazones a la vez, y el mío fue ese por el que nadie se molestó en recoger del suelo los pedazos. Vanessa y Scott se quedaron con Cam; Emily y Mia corrieron hasta casa de Ashley. Y yo... Bueno, está bien y no los culpo. Al fin y al cabo, esto es lo que pasa cuando eres el villano de una historia.

Sin embargo, Sue se ríe y entorna los ojos, y se prepara en su actitud más competitiva para devolverme con fuerza la pelota en cuanto yo saque y se la pase al otro lado de la mesa, y una sensación agridulce se me instala en la boca del estómago. Porque esta chica desastre, caótica y tan llena de sombras como yo me está

dejando ver su luz, porque me está permitiendo colarme solo un poco, lo justo para darnos ese fin de semana que nos hemos prometido y conseguir hacerla reír como parece que hace tiempo que no reímos ninguno. Y eso es... Eso es un soplo de aire fresco en una habitación que lleva demasiado tiempo llena de polvo y con las ventanas tapiadas, pero es que... Es que, por otro lado, no puedo dejar de pensar en que *ella*, a la que siempre quise hacer reír, nunca me dio nada que fuera real. Nunca estuvo de verdad conmigo, nunca me dejó tener una de sus risas del modo en que estoy compartiendo las de una desconocida. Nada de lo que hubo entre nosotros fue real. *Nada*. Y sigue escociendo demasiado.

—Ahora entiendo por qué tu terapeuta no te deja apostar, rubito. Es porque eres tan malo a esto que perderías todo tu dinero en una sola tarde.

Me ha marcado otro tanto. Esta vez no ha sido por su destreza, sino porque me había perdido por un momento pensando en parte de lo que no quería pensar este fin de semana. En que *ella* está en casa, en Sacramento, y estará con esos amigos que una vez fueron los míos, mientras nadie pregunta por mí. Me esfuerzo por centrarme en el presente y olvidarme de cualquier otra cosa.

—Te estoy dejando ganar.

Otra carcajada. Noto la sonrisa en la cara, tirando de la comisura de mis labios, y es extraño y desestabilizante, porque no entiendo muy bien cómo consigue ponerla ahí con tanta facilidad.

—Prepárate.

Suena a más que una advertencia. Da un paso atrás, acomoda la postura, lanza la pelota de *ping-pong* al aire y... Para cuando quiero reaccionar, ya ha rebotado en mi lado de la mesa y me ha golpeado el hombro.

—¡Ay! ¡Oye! ¿Estamos jugando o esto es la guerra?

Aprieta los labios y la risa se desborda por las comisuras.

—Perdona. Oh, no, perdóname, pobrecito Taylor. ¿Está bien el bebé? ¿Le he hecho pupa?

Le enseño los dientes, como una amenaza y no como una sonrisa, pero no sé si me sale muy bien o se me escapa un poco de esa última.

—Te vas a cagar.

—Ah, ¿por fin vas a hacer esto interesante?

Recojo la pelota y la golpeo con la pala directa a su torso, aunque controlo la fuerza, cosa que ella no ha tenido la amabilidad de hacer conmigo. Salta a un lado y la evita justo a tiempo. Alguien protesta unos metros más allá y Sue me dedica una mirada airada de «mira lo que has hecho». Hago una mueca. Y luego me acerco a buscar la bola y pedir perdón.

—Vale —digo cuando vuelvo a su lado. Ella me espera con los brazos cruzados y una expresión de suficiencia que me encantaría borrar en un juego que implique estar mucho más pegados que el maldito *ping-pong*—. ¿Qué tal si dejamos este deporte de bárbaros y probamos otra cosa?

Se muerde el labio para contener una sonrisa y unas ganas absurdas de acercarme a ella y tomarle el relevo me tiran de las tripas.

—¿Lo dices porque has perdido?

—Lo digo porque vas a acabar haciendo daño a alguien.

—¿A ti?

—Improbable, te recuerdo que soy un duro y muy resistente exjugador de fútbol americano.

—Ah, sí, el deporte de la masculinidad frágil. Un montón de gallitos chocando entre ellos para ver quién derriba a quién, es el equivalente no nudista de sacarse las pollas y medirlas. No se me

pasa por alto el componente homoerótico de la cuestión, rubito, es lo que me hace mostrar interés en los partidos. No entiendo por qué aún no he encontrado una novela de jugadores de fútbol americano que se den de hostias en el campo y se follen durísimo en los vestuarios, es la clase de mierda en la que invertiría todo mi dinero.

Hago amago de poner los ojos en blanco, solo para molestarla.

—¿Te gusta leer?

Tampoco hace falta que responda, es la segunda vez que hace referencia a las novelas en paralelo con nuestra situación, así que me imagino la respuesta.

Me señala con un dedo.

—No es porno, es erótica.

Levanto las manos y sonrío de medio lado. Esa no era la pregunta, pero me encanta el modo en que ha saltado con la respuesta.

—Ya me pasarás alguno de esos libros.

—¿De jugadores de fútbol que se dan muy duro en los vestuarios?

—No, eso ya me lo cuenta a menudo un amigo mío, no necesito más imágenes parecidas en la cabeza.

—¿Hablamos de Cameron Parker?

Se me escapa una risita entre dientes.

—Que Cameron Parker fuese gay habría solucionado como el noventa por ciento de mis problemas en el último curso de instituto y todos los años de universidad —murmuro en broma, aunque con cierta amargura—. Pero no, lo siento, no hablaba de él. ¿Sabes quién es Ryan Johnson?

—¿Dolphins? ¿El corredor?

La observo con renovado interés y ella me sostiene la mirada como si nada, como si su proclamado nulo gusto por los jugadores

de fútbol americano no acabara de verse puesto en entredicho.

—Veo que tienes fichados a todos mis amigos, Susie —ronroneo con sorna.

—Por su carrera del último cuarto terminaron por darles una paliza a los Cowboys de Dallas. Mi hermano se pasó toda la temporada hablando pestes de él. No sabía que era gay. Debe de ser chungo serlo en la NFL, ¿no?

Me encojo de hombros. Ryan nunca ha ocultado quién es, ni en el instituto, ni en la universidad, ni tampoco ahora. Y quizá por eso no he llegado a plantearme en ningún momento si esto le afecta, si, como dice Sue, es chungo ser gay en la NFL. Si que los medios deportivos no especulen con su vida amorosa, como sí hacen con la de Cam, es solo porque ha tenido la suerte de que no le consideren uno de esos jugadores sexis con los que las masas se vuelven locas o porque él se preocupa de ser discreto en extremo para que eso no llegue a suceder. Y ¿hace cuánto que no hablo con él más allá de un par de mensajes en nuestros cumpleaños? Tengo que llamarlo. Me prometo que lo haré esta semana.

—Dejará de serlo cuando se empotren en los vestuarios y lo cuenten con detalles para las pervertidas como tú —bromeo.

—¿Todos tus amigos son famosos?

—Ya sabes, dime con quién te juntas...

—¿Te duele no estar ahí?

Busco sus ojos. Está mucho más seria, más cerca, y tengo que bajar la barbilla para encontrarlos. Espera como si de verdad le importara la respuesta. Y yo he entendido perfectamente la pregunta, pero prefiero hacerme el despistado.

—¿Dónde?

—En la NFL. Que ellos lo consiguieran y tú...

Sacudo la cabeza y chasqueo la lengua.

—A Cam ni siquiera le gusta el fútbol.

—¿Qué?

—Da igual. —Fuerzo una sonrisa—. Estoy bien. No me importa demasiado. Estas cosas pasan, ¿sabes? Si no me hubiera lesionado habría seguido jugando, supongo, pero quizá me iría peor en otros aspectos. Cada uno tiene lo que le toca.

Y lo que se merece.

—Ya, pero...

—Además, a ti no te gustan los jugadores de fútbol, todo en mi vida me ha conducido a este momento, para que te machaque jugando a eso. —Señalo la cancha de baloncesto a tamaño reducido y con una única canasta que hay al fondo de la sala.

Sue parece ir a decir algo más, pero me aparto de su lado y camino con decisión hacia allí cuando los adolescentes que estaban en ella la despejan, para que no nos la quite nadie. La oigo venir apresurada detrás de mí. Se me forma sola la sonrisa cuando pienso que tiene que correr para seguirme el ritmo porque mis zancadas son mucho más amplias que las suyas. No voy a hacer un chiste sobre su estatura, ahora no. El baloncesto se encargará de hacerlo por mí.

Me vuelvo hacia ella y le lanzo el balón en cuanto me hago con uno. Lo coge sin tener que esforzarse, separa las piernas y lo bota un par de veces, haciéndose la chulita. ¿De dónde ha salido esta chica? Es...

—¿Vas a llorar si pierdes, Sparks?

Suelto una carcajada.

—Creía que yo era el engreído de entre nosotros dos.

—Tu narcisismo es contagioso.

—Deja de perder fuerza por la boca, que la vas a necesitar. Veamos lo que sabes hacer, Susie.

No recuerdo cuándo fue la última vez que lo pasé tan bien. En serio. Sue es una tramposa. Juega muy sucio. No para de hacerme faltas y de inventarse nuevas reglas según le conviene. Y yo estoy disfrutando como un niño pequeño, con una sonrisa permanente colgada de los labios y pullas nuevas con las que picarla a cada momento en la punta de la lengua, solo porque me burbujea algo en el pecho cuando la veo amenazarme en silencio con esos ojos grises.

Ella también sonríe mucho y esa es la mejor parte. A lo mejor no soy el tío más cabrón del mundo si soy capaz de construirle esta balsa de oxígeno a una chica como ella cuando más la necesita, si puedo hacerla reír con mis tonterías de arrogante cuando esta mañana parecía a punto de derrumbarse y sé sin ninguna duda lo preocupada que está por su hermano. Puedo hacer algo bueno por alguien y —no es por equilibrar el karma— lo cierto es que sienta bien. Me gusta ayudarla a sentirse un poquito mejor, igual que me encanta ayudar a esos chicos perdidos del centro de acogida. Supongo que porque sé muy bien lo que es estar así, y lo importante que resulta que alguien te tienda la mano y se quede a tu lado hasta sacarte una sonrisa.

Me salta sobre la espalda y se me cuelga del cuello para desequilibrarme cuando estoy a punto de encestar otra vez. Sus carcajadas me resuenan en los oídos cuando me sacudo como un perro para intentar quitármela de encima. Se impulsa hacia delante y se planta en mi camino, con los brazos extendidos, para evitar que tire a canasta y, cuando voy a hacerlo, se lanza a por el balón y me obliga a retroceder y forcejear con ella.

Hora de utilizar yo también sus cuestionables técnicas.

—¡Ah! ¡Joder! Espera, el brazo...

Me sujeto el codo mientras abrazo el balón contra el pecho. Ella da un paso atrás y me mira alarmada.

—¿Qué? Perdón, perdón, ¿estás bien? Tyler, ¿te he hecho daño?

Casi me enternece el modo en que parece preocuparse de verdad y cómo sus ojos me recorren por entero como si esperaran encontrar una herida abierta en cualquier parte. Pero hasta ahora no ha tenido piedad, así que yo tampoco la tendré. Me muevo rápido para esquivarla, dar un par de pasos y lanzar a canasta para encestar limpiamente.

—Has perdido.

Tiene el ceño muy fruncido cuando me vuelvo a mirarla. Sacude la cabeza como si la hubiera decepcionado y no quedara nada al alcance de mi mano con lo que poder recompensárselo.

—Eres un cretino.

Sonrío.

—¿Estabas preocupada de verdad? —Me llevo una mano al pecho —. ¿Por mí? Me halagas tanto, Su...

No me da tiempo a terminar el apodo burlón con el que me divierte molestarla porque se me lanza encima y está a punto de derribarme. Me río cuando su pecho impacta contra el mío y aprieta un brazo en torno a mi cuello como si quisiera asfixiarme.

—Te la has ganado tú solito, rubito. Voy a acabar contigo.

Le pongo las manos en la cintura y la empujo hacia atrás, pero la retengo en cuanto sus brazos se aferran a mis hombros y nuestros ojos se encuentran a unos escasos centímetros de distancia. Entonces tiro de ella y pego sus caderas a las mías. Y va a acabar conmigo, sí.

No quiero decirlo en voz alta, así que me callo de la mejor forma que se me ocurre: uniendo mis labios a los suyos y deslizando la lengua entre sus dientes. Un gemido suave me vibra en la boca proveniente de la suya y me resuena muy alto por dentro. Me muevo y la arrastro conmigo hasta que trastabillamos con los pies

enredados y su espalda choca contra la pared. Tira de los mechones de pelo que me hacen cosquillas en la nuca para mantenerme cerca. Y yo le pongo las manos en el culo y estoy a punto de levantarla para que me rodee la cintura con las piernas y clavarme entre ellas, pero se separa de mi boca y echa un vistazo breve alrededor.

—Esto está lleno de niños, Tyler. Tal vez no deberíamos follar en la minicancha de baloncesto.

Suelto un gruñido frustrado.

¿Qué me pasa? Ni siquiera recordaba dónde estábamos. Me daba igual. ¿Cómo es posible que le siga teniendo tantas ganas cuando nos hemos pasado gran parte del día haciendo de todo con nuestros cuerpos desnudos? Es muy sexi. Demasiado. Y sé lo que dirá mi terapeuta cuando le cuente que, para evitar los pensamientos destructivos de este fin de semana, he decidido meter una chica en mi casa y pasarme el día follando con ella en todas las malditas posturas del *Kamasutra*. No es sano. Claro que no. Pero que le jodan a la estabilidad mental, la autodestrucción en mucho más divertida.

—Vámonos al coche.

Se ríe contra mis labios.

—Los asientos de ese deportivo están hechos para el sexo.

Aparto muy rápido de mi mente un recuerdo que ahora mismo ni quiero ni necesito y me la imagino a ella, a Sue, con esa sonrisa provocativa y los labios humedecidos, cabalgando sobre mí en el asiento de atrás.

—¿Por qué crees que lo compré?

Se escabulle de la trampa que mi cuerpo ha formado con ayuda de la pared, me coge la mano y tira de mí para guiarme hacia la salida de los recreativos. Me cosquillea la piel de la palma, en contacto con la suya. Me gusta. Nunca he sido de los que quieren ir de la mano por la calle, y recuerdo sentir envidia al ver las de ellos

entrelazadas, como si no quisieran dejar ver los límites de dónde acababa un cuerpo y empezaba el otro, y pensar que yo nunca tendría algo así. Pero Sue me suelta en cuanto salimos a la calle y el frío se me clava como alfileres en los dedos.

Abro el coche a distancia. Ya ha atardecido y las sombras van ganando terreno en el aparcamiento. Para cuando me monto tras el volante, ella ya ha echado tan atrás como se puede el asiento del copiloto, agarra el cuello de mi camiseta y me atrae hasta sus labios de nuevo.

Vale. Nada de pensar. De eso va este fin de semana.

Acabo de colar la mano bajo su camiseta y estoy batallando con su sujetador cuando un móvil empieza a sonar. Maldigo entre dientes, más décimas de segundo después de las necesarias en circunstancias normales, al darme cuenta de que es el mío.

Sue carraspea y se recoloca la ropa cuando yo ruedo de vuelta a mi asiento para poder sacármelo del bolsillo y mirarlo. Es mi socio. Y ya le he mandado antes un mensaje para decirle que hoy tampoco iba a pasarme por el club, así que asumo que esto no es una llamada de cortesía y va a hacerme partícipe de algún marrón.

—Perdona, tengo que cogerlo.

—No pasa nada —dice ella, en un tono suave y dulce que me obliga a mirarla para ver si sigue siendo la misma chica que ha intentado asesinarme hace un rato con una pelota de *ping-pong*.

Tiene la vista perdida por la ventanilla y parece mucho más pequeña, frágil y vulnerable de lo que la había visto hasta ahora.

—Andrews —respondo al teléfono—, ¿qué pasa?

—Se ha estropeado el aire. No funciona. ¿Tienes el teléfono de la empresa de climatización? No podemos abrir esta noche así.

Me paso una mano por la cara.

—Sí, está en mi despacho, en la carpeta de los contratos.

—¿Y la llave de tu despacho está en...?

—¿No tienes una copia?

—Nunca llevo la copia, no me dejas entrar si no es una emergencia, así que la llave está en casa con el resto de las cosas para emergencias. Ya sabes, la linterna solar, la botella potabilizadora y la ballesta para el apocalipsis zombi.

—La llave de mi despacho te será muy útil contra un zombi —gruño.

—Tendré un sitio donde atrincherarme. A ti el apocalipsis te va a pillar en calzones, amigo.

Suspiro.

—¿No puedes...?

—¿No puedes tú venir y traer esa maravillosa llave y abrir la puerta y llamar al del aire y solucionar este marrón mientras yo me encargo de las otras mil cosas que necesito poner en orden antes de que esto se llene de gente?

Miro de reojo a Sue, pero ella sigue con la vista perdida en la penumbra del aparcamiento y se está mordiendo una uña pintada de negro de forma distraída.

—Joder. Vale. Voy para allá.

—Bien. Date prisa.

Cuelgo sin despedirme. La miro otra vez. Estiro el brazo para apartarle el pelo del borde del ojo y llamar así su atención, pero vuelve la cara para mirarme antes de que llegue a hacerlo y dejo caer el brazo sobre mi regazo con un cosquilleo levemente impaciente en las puntas de los dedos.

—Era mi socio, hay un problemilla en el club. Tengo que... ¿Te importa si pasamos un momento por allí? Será rápido.

O eso espero.

Asiente.

—Sí. Claro. Vale.

Estoy a punto de preguntar si está bien, y me doy cuenta de que ya sé la respuesta. Así que me callo. Ella intenta sonreírme, pero esa llamada de Andrews ha reventado la burbuja en la que nos hemos estado escondiendo todo el día y quizá sea mejor así. Que ella se preocupe por su hermano y no se refugie en alguien como yo. Que yo deje de evitar pensar y me enfrente a mis emociones complicadas para salir de este pozo de una vez.

Arranco y conduzco en silencio, con la oscuridad ganando terreno por fuera y por dentro y una chica rota en el asiento de al lado.

12

A Kind Of Magic



Sue

El sol ya se ha escondido del todo cuando dejamos atrás este barrio y él conduce directo hacia su club. Aprovecho que va concentrado y pensativo, y también el refugio que me ofrece la oscuridad, para observarlo.

Lo de que mi mente colapse con el pensamiento fijo y repetitivo de lo guapo que es y lo mucho que quiero follar con él ya lo he dejado atrás. O sea, no lo he dejado atrás como tal, sigue estando aquí, presente e insistente, pero se ha orillado un pelín y ha dejado espacio para algo más. Y eso es lo que me preocupa, precisamente. Hacía mucho *mucho* tiempo que no me sentía así estando con alguien: relajada, reconfortada, yo misma. Como si estuviera bien ser solo lo que soy. Como si no necesitara todas las capas que me empeño en vestir. Y hacía tanto que no sentía esto que me araña las tripas... Creo que no sentía nada ni remotamente parecido desde... desde Sam. No hablo del amor que sentí después, sino de aquello

que anidaba en mi pecho al principio, eso que se hizo poco a poco un sitio en mí y echó raíces y no paró de crecer hasta rellenarme los huecos más recónditos y retorcidos. La curiosidad, la calidez, esa necesidad de conocer, de compartir y de entender. Tyler es una incógnita, y quiero descubrir esas piezas afiladas en las que se ha descompuesto, como yo, y descifrar lo que hay detrás.

Es por eso por lo que debería salir corriendo ahora mismo.

Pero voy a aplazar la huida hasta el lunes, porque si paso sola el tiempo que queda hasta entonces es posible que me vuelva loca. Y, puestos a sentirme culpable por pasarlo bien mientras mi hermano está detenido, será mejor que me sienta culpable más adelante y no hoy. Porque sí, así es como me siento mientras desgasto la forma de la mandíbula de Tyler con la mirada: culpable. Muchísimo. Porque debería estar removiendo cielo y tierra para sacar a mi hermano de ahí, para arreglar este malentendido y ser yo quien le salve el culo esta vez. Pero, por lo visto, no puedo hacer nada y me estoy dedicando a jugar a jueguecitos y meterme mano con un chico tan cargado de problemas como yo. Es una receta segura para el desastre. Y, si es así, ya lo arreglaré todo el lunes por la mañana. Este fin de semana es solo una fantasía, una realidad paralela que se evaporará y se perderá en el aire como el humo de ese cigarrillo que él acaba de encenderse. Hasta entonces puedo tomarme un respiro. Disfrutarlo. Conocerlo solo lo suficiente para que haya algo que olvidar cuando nuestro reloj marque la hora de la despedida.

Me mira de reojo. Se le relaja el gesto cuando encuentra mi mirada y me tiende el cigarrillo en cuanto devuelve la vista a la carretera. Lo cojo y doy una calada.

Me gusta.

Vale. Un día y medio. Solo eso y luego volveré a encargarme de toda esa mierda que arrastramos los Morrison allí donde vamos.

Acabamos de fumar justo en el momento en que para en la puerta del club. Se baja con la colilla consumida entre los dedos y se acerca a una papelera para apagarla del todo y tirarla a la basura. Me siento incívica al pensar que, si llego a ser yo la última en dar la calada, la habría tirado por la ventanilla. Dicen que hacer eso es lo que provoca gran parte de los incendios en California, pero sobre el asfalto de Los Ángeles no hay mucho que pueda arder.

Tyler levanta el brazo y pulsa el botón para cerrar el coche cuando ya he bajado y estoy de pie a su lado. El deportivo emite un pitido y las luces parpadean antes de que se bloqueen las puertas y todo se oscurezca.

—Vamos. Hagamos esto rápido para poder largarnos.

Abre solo un lado de la doble puerta de entrada y se aparta para dejarme pasar primero.

—No hace falta que hagas eso. Sé sujetarme la puerta sola.

—Qué chica tan lista y autosuficiente.

Pongo los ojos en blanco y paso por delante de él ignorando su sonrisa.

El local parece muy diferente ahora que está vacío. Me cuesta ubicarme en este amplio espacio en el que el sonido de mis botas resuena contra las paredes. Tyler me adelanta y me guía hacia un lado. Veo desde aquí la puerta de su despacho, poco más allá de donde acaba la barra. Justo en el otro lado de esa encimera, donde no queda ni rastro de toda la bebida que seguramente se derramó anoche, hay otra puerta. Desde dentro llega la claridad de una luz artificial y unas voces que parecen estar discutiendo.

Tyler pasa primero.

—¡Menos mal, ya estás aquí! La centralita da error.

—A lo mejor no le gusta que la llames centralita, como si fuera una estación radiofónica de la posguerra —bromea él.

Me asomo a la sala. Es un despacho más pequeño que ese que ya conocía y, además, al fondo hay acumuladas un montón de cajas, así que supongo que también es un almacén. Hay un hombre joven sentado sobre la estrecha mesa de trabajo. De pie a su lado, una chica que creo reconocer de haberla visto tras la barra, y el abusón de la puerta, un poco más allá, jugando con un yoyó. No intimida tanto cuando lo ves lanzando y recogiendo sin parar ese juguete de niños de color rosa y amarillo.

—Vaya, vaya. Hola, cariño. Parece que anoche sí que lo encontraste al final.

Levanto la barbilla y aprieto los dientes.

—No me llames «cariño», en serio.

El grandullón se ríe, echando la cabeza hacia atrás como un crío.

—Mejor no la llames así más, Kowalski, cuando está de malas no es muy simpática.

Le pego un golpecito a Tyler en la espalda como represalia por ese comentario burlón, pero él solo responde con una risita divertida que casi queda eclipsada por la más estridente de su empleado.

El otro, el socio de Tyler, se levanta de la mesa de un salto y camina por la sala hasta un cuadro con una lámina de Andy Warhol que cuelga de la pared. Lo descuelga, lo deja a un lado y ante la vista de todos aparece una pequeña caja fuerte que abre con la combinación uno cero cero siete y saca un fajo de dinero que me acelera los latidos. Ahí hay por lo menos... Cuenta rápidamente con el dedo índice y separa unos cuantos billetes antes de volver a guardar el resto. Su socio no escatima en gruñidos disconformes a mi lado.

—¿En serio, Andrews? ¿No habíamos hablado ya de no dejar la recaudación en el club todo el fin de semana? Si por lo menos te

molestaras en cerrar el despacho cada vez que vas y vienes... Llévatelo a casa, joder, esa caja fuerte es de juguete.

—Tú sí que eres de juguete, guapito —le responde el otro, airado —. Deja de refunfuñar. Esto es para pagar al de los barriles de cerveza cuando venga, se supone que llegará en la próxima media hora, así que yo voy a ocuparme de todo el resto de cosas que quedan por hacer y tú estarás aquí para recibirle mientras nos arreglan el aire. Por cierto, ¿por qué no has llamado ya?

—Porque se supone que tú ibas a encargarte de todo esto cuando el club estuviera en marcha, y cada vez me llamas más a menudo.

—El club va bien, por eso hay más trabajo, no puedo yo solo.

—Entonces, tendremos que contratar a alguien para que te ayude.

—Venga ya, Sparks, somos socios...

—Socio capitalista, ¿te acuerdas? Se suponía que era una inversión, no una esclavitud de por vida.

—¡Pero si apenas trabajas aquí!

La camarera le hace una seña al grandullón y los dos avanzan hacia la salida. Ella me pone una mano delicada sobre el brazo.

—Discusiones de negocios, mejor los dejamos para que no nos den dolor de cabeza, ¿te apetece algo de beber?

Miro a Tyler, pero sigue enfrascado en esa bronca con su socio y no quiero pasarme de cotilla, así que asiento y los sigo hasta la sala.

—Voy a pedir unas *pizzas*, para que nos dé tiempo a cenar antes de la hora de abrir, ¿queréis algo en especial? —pregunta Kowalski.

La chica empieza a cantar ingredientes, pero yo me callo porque no sé si la invitación a cenar me incluye, aunque él haya hablado en plural. Hemos comido tarde y, aun así, noto cómo me protesta la tripa cuando pienso en una *pizza* bien grasienta. Empiezo a tener

hambre. Es posible que la tarde de juegos y tensión sexual me haya abierto el apetito.

Lo veo salir del despacho, evidentemente molesto, y encaminarse hacia el suyo rodeando la barra justo en el momento en el que la camarera se ofrece a abrirme un botellín de cerveza.

—Gracias, pero...

Kowalski aparece y estira un brazo frente a mí antes de que pueda rechazarlo.

—Déjame ver tu carnet, cariño.

—¿Perdona?

A mi espalda, Tyler suelta una risita.

—No puedes beber en este club si eres menor.

Me giro para mirar a quien me ha traído hasta aquí. Está ahí, con unos cuantos billetes en una mano y la llave de su despacho en la otra, pero ha hecho un alto en el camino para disfrutar de esta interacción. Qué insoportable me parece ahora mismo. Tengo que acordarme de cobrarme esto en la cama más tarde.

—¿En serio? —Ni siquiera me apetece beber, pero pienso discutir por ello antes de aceptar un refresco o lo que sea.

Ensancha la sonrisa.

—Es la ley. No hacemos excepciones. Kowalski es muy estricto en eso.

—Kowalski no me pidió el carnet ninguna de las veces anteriores.

—Venías a ver al jefe, cariño, y él me dijo que te dejara pasar, yo ahí no me meto —se defiende el portero.

Vuelvo a mirar a Tyler.

—Sabes que tengo veintiuno.

El brillo de sus ojos me deja claro que se lo está pasando en grande con todo esto.

—Tengo solo tu palabra, y la verdad..., no vamos a pasar por alto esto, muñeca..., eres un poquito mentirosa.

Entorno los ojos y eso parece encender los suyos. Creo que se está aguantando las carcajadas.

—Como vuelvas a llamarme «muñeca» una sola vez más en toda tu vida, te juro que te meteré mi carnet por el culo.

Lucha contra la sonrisa, pero veo aparecer tímidamente su hoyuelo.

—Eso sería *muy* interesante.

Suelto un resoplido, lo doy por imposible y me enfrento de nuevo a Kowalski. Saco la pequeña cartera del bolsillo del pantalón, rescato la identificación y se la estampo en el pecho. Lo mira y asiente.

—Vale.

La camarera suelta una risita.

—Pasa de estos idiotas, se creen supergraciosos y es obvio que no lo son. Soy Bree, por cierto.

Le devuelvo una sonrisa algo más comedida que la que ella me ofrece.

—Yo soy Sue.

Elijo un botellín de agua, de entre todo lo que ha puesto sobre la barra, y me lo llevo a los labios enseguida porque acabo de darme cuenta de que me muero de sed.

—¡Venga ya! ¿A ella le dices tu nombre a la primera? —Oigo protestar a Tyler en una carcajada incrédula—. Kowalski, ¿puedes comprobar que Sue sea su verdadero nombre?

Pongo los ojos en blanco. Intento recuperar mi identificación, pero el grandullón levanta el brazo y la pone fuera de mi alcance y ni siquiera de puntillas puedo llegar ni a rozarla, y eso parece hacerles muchísima gracia a los dos.

—Sue Morgan Morrison. Fecha de nacimiento: diez de diciembre del año dos mil.

Le doy un pisotón sin molestarme en medir mi fuerza y él se ríe, pero se dobla un poco y eso me permite recuperar mi licencia de conducir. La guardo con toda la dignidad posible y devuelvo la cartera al bolsillo.

—¿Morgan? Eso de tu segundo nombre me encanta, Susie.

—Olvídalo —exijo sin volverme a mirarlo.

Estoy segura de que va a decir algo más. Kowalski ya se está riendo, Bree intenta aparentar que está de mi parte, pero sé que le ha hecho gracia también, y, por suerte, en ese momento Andrews aparece y suelta un gruñido de advertencia.

—¿Aún no has llamado a la empresa de climatización?

Tyler se apresura a continuar el camino hasta la puerta de su despacho, aún soltando algunas risitas entre dientes.

—Sí, sí, sí, voy.

Las *pizzas* llegan antes que el tío de las cervezas. Y el de las cervezas antes que los del aire acondicionado. Tyler pilla un par de trozos de la de beicon y queso mientras va de un lado a otro. Y yo paso el rato con Bree, que resulta ser una compañía muy agradable, y con Kowalski, que, aunque sigue llamándome «cariño» de vez en cuando, consigue hacerme reír unas cuantas veces. Es enorme y de aspecto rudo, pero no hay duda de que es un algodón de azúcar por dentro. Supongo que me caen bien porque parecen ser todo lo contrario a mí. De esas personas que desprenden luz y no enredan nudos ni tejen oscuridad a su paso.

Quizá por eso me siento un poco cohibida cuando salimos de aquí y vuelvo a estar a solas con Tyler en el coche. Él no contrarresta mi estela de oscuridad, pero, de alguna manera, creo que logra que me ahogue un poco menos. Si sumamos sus demonios y los míos

probablemente podríamos formar un infierno entero, y empiezo a pensar que tal vez llegaríamos a sentirnos a gusto entre las llamas.

—¿Todo bien, Sue?

Giro la cara para mirarlo. Conduce sin prisa y con cuidado, aunque desvía la vista de la carretera en intervalos cortos para clavarla en mí. No me había dado cuenta de que llevamos rodando en silencio unos cuantos minutos ya.

Asiento. Me recuesto un poco más contra el respaldo y toqueteo la radio hasta que encuentro el botón que cambia la emisora. No me regaña por pasar de un canal a otro sin permiso.

—¿No te gusta el club? —pregunto, solo por sacar tema de conversación y que el silencio no se nos atragante.

—No es eso. Es solo que..., yo qué sé, es un club, ¿sabes? Y me pareció una buena inversión cuando Andrews me lo propuso, pero sé que no es el ambiente que más me conviene, por eso no quise hacerme cargo yo del día a día del negocio.

—Ya. Se supone que tienes que evitar todas las cosas divertidas, lo pillo.

Se ríe suavemente.

—Eso es. Además, tengo otro trabajo. Uno *de verdad*.

Dejo la radio tranquila, y un locutor habla de deportes a un volumen que no nos molesta para mantener una conversación. Observo el reflejo de las luces de las farolas y los semáforos sobre su rostro mientras seguimos avanzando hacia su casa.

—¿En qué trabajas?

—Información personal, ¿no, Susie?

—Este fin de semana está permitido —invento nuevas reglas sobre la marcha, solo porque necesito satisfacer mi curiosidad—. Total, nos olvidaremos de todo el lunes por la mañana.

Esboza una sonrisa pequeña y puede que algo irónica, pero pasa por alto mi comentario y responde la pregunta anterior:

—Soy trabajador social. —Se me había olvidado, pero en cuanto lo dice recuerdo esa tarjeta de visita que me dio y yo tiré a la basura. Sigue hablando antes de que pueda decir nada—: Estoy en periodo de prueba en un centro de acogida, lidiando con unos cuantos adolescentes muy tocapelotas.

Y, tal y como lo dice, no me hace falta preguntar si le gusta.

—¿Periodo de prueba?

—Por eso no puedo *ni quiero*, pero sobre todo no puedo, meterme en ningún lío. Ni siquiera en el club. Necesito un expediente limpio y, no es que esté muy orgulloso de ello, pero ya tengo un par de muescas en mi pasado. Ya sé que tú crees que soy un niño pijo, pero te aseguro que no tengo nada que ver con el hijo que le hubiera gustado tener a mi madre. Intento redimirme un poco, supongo.

Estoy a punto de decir que yo tampoco soy ni de lejos la hija que le hubiera gustado tener a cualquier madre, pero me trago las palabras y el sabor amargo que siempre me dejan en la boca. No hace falta que le cuente al rubito cómo esa mujer tampoco es para nada la madre que yo habría querido o necesitado.

—Seguro que va bien. Es bonito que quieras trabajar ayudando a los demás.

Me mira por unas escasas décimas de segundo, y yo escondo la mirada para que no pueda indagar demasiado.

—Creo que es un ciclo, ¿sabes? Alguien lo hace por ti y luego tú tienes que hacerlo por alguien. Así que me toca. Y la verdad es que no sé si es más fácil o más difícil cuando te puedes sentir tan identificado con ellos en muchas cosas.

—¿Estuviste en un centro de acogida?

Me dedica una sonrisa fugaz cuando se da cuenta de que vuelvo a estudiar su rostro con detenimiento.

—Era muy pequeño, no tengo recuerdos conscientes de ello. No fue mucho tiempo, por lo que sé, mis padres biológicos pasaron de mí durante dos años antes de que se hicieran cargo los servicios sociales. Apenas tenía tres cuando los Sparks me adoptaron.

—Vaya, no... No lo sabía.

La sonrisa es más afilada esta vez.

—Claro que no. No te lo había dicho.

La sensación que me invade es tan cortante como esa curvatura de sus labios. Porque es raro. Es muy raro. Me parece conocerlo, aunque sea plenamente consciente de que no nos conocemos para nada.

A veces me pregunto cómo habría sido mi vida si hubiera tenido otra familia. Una de verdad. Una que me quisiera. Al menos, Tyler tuvo suerte en una cosa: la familia que no lo quería lo soltó, para que pudiera llegar a esa que sí cuidaría de él.

No sé qué decir, y la falta de conversación me agobia, así que subo el volumen de la radio. Y creo que eso es aún peor porque lo que resuena por todo el coche es:

«Y ahora damos paso al espacio deportivo de la costa Este con nuestra compañera Lynn Dawson. Lynn, parece que por Boston sigue resonando con fuerza el nombre de Cameron Parker».

A continuación, una voz femenina, segura y profesional.

Tyler cambia la emisora antes de que esa pobre periodista llegue a formar una frase entera.

—Oye, Ty, lo de tu amigo Cameron Parker...

—Puedes llamarle Cam, por favor —me interrumpe en una especie de gruñido—. Eso es lo que te diría él si estuviera aquí. Me pone un poco nervioso que no pares de decir su nombre completo como si fuera un puto dios. Ah, y a mí puedes *no* llamarme Ty.

Me muerdo el labio para sofocar una sonrisa porque creo que no está de broma.

—Cam... Qué íntimo —pincho un poco más.

—Joder, Sue.

—¿Por qué parece que le tienes manía?

—No le tengo manía.

—Lo parece tanto que creo que es verdad.

—Claro que no. Es... Lo quiero la hostia.

Suelta eso en un suspiro tan nostálgico que estoy a punto de volver a preguntarle si está seguro de que ese famoso jugador de fútbol no es su exnovio. Espero unos segundos y tengo que presionar un poco cuando me doy cuenta de que no parece muy dispuesto a añadir nada más:

—¿Pero...?

Deja escapar entre los dientes el aire que estaba conteniendo.

—Creo que también lo odio un poco a veces —confiesa en un hilo de voz—. Sé que probablemente no es cierto ni racional, pero siento que él lo ha tenido siempre muy fácil para ser mejor que yo, ¿sabes? El chico bueno, el jugador estrella...

—¿El que se queda con la chica? —completo sin molestarme en ser prudente.

Emite una risita irónica que me escuece incluso a mí.

—Solo hasta que ya no la quiere. Supongo que en eso sí que soy mejor que él, por lo menos yo soy capaz de verla por lo que es ahora y ponerme en su lugar. Pero a cualquiera que le preguntes dirá que él merece la pena mucho más que yo. —Sacude la cabeza y

carraspea, como si necesitara desprenderse de toda esa melancolía que le supura a través de la piel—. No quiero hablar de esto.

—Vale.

—Mejor hablemos de por qué no me habías contado lo de tu segundo nombre.

Me pongo rígida. Una mano invisible me aprieta el pecho hasta que me veo obligada a abrir la boca para poder aspirar el aire suficiente.

—Yo no quiero hablar de eso —digo a media voz—. Odio que me llamen por ese nombre, así que, por favor, no lo hagas nunca. Olvida que lo sabes.

Siento sus ojos deslizarse sobre mí una y otra vez mientras enfilamos la calle y conduce hasta la entrada del garaje. No me atrevo a devolverle la mirada y me guardo para mí la tormenta que esconden mis pupilas.

—Vale —se limita a decir al final, del mismo modo en que he hecho yo hace un momento.

Permanecemos en silencio hasta que ha aparcado y tampoco hablamos en el camino hacia el ascensor. Solo una vez que estamos dentro, él duda con el dedo suspendido ante el teclado numérico.

—¿Quieres que subamos a la azotea a fumar antes de irnos a la cama? —propone.

Sacudo la cabeza, enfrento su mirada y pulso con decisión el botón del tercer piso.

—No. Vamos a la cama primero.

Y, en cuanto termino de hablar, tiro del cuello de su camiseta y me pongo de puntillas para besarlo con ansia. Con toda mi desesperación.

—Venga, tienes que reconocer que *El rey león* siempre le dio mil vueltas a *La sirenita*.

Me llevo la mano a la cara en gesto de exasperación y la vibración de su risa sacude con suavidad el colchón.

—Empieza a ofenderme que tengas tan mal gusto y sea como la quinta vez que me tienes desnuda en tu cama —bromeo.

—¿Solo la quinta?

—Cállate.

—No. Me toca. A ver... Comida. Un, dos...

Es plena madrugada. No sé la hora exacta, pero no me importa en absoluto. Los dos estamos desnudos en su cama, tendidos bocarriba con la vista clavada en el techo mientras jugamos a responder a la vez con nuestras cosas favoritas de cada nueva categoría que se nos ocurre. Hasta ahora no hemos coincidido en ninguna.

Hablamos a la vez en cuanto suelta el «tres»:

—*Sushi*.

—*Pizza*.

—¿Qué? —preguntamos los dos al mismo tiempo con cierto deje indignado en ambos tonos de voz.

—Eso es asqueroso. Es pescado crudo. Como... sin hacer. Pescado *sin hacer*, TyTy.

—No vuelvas a llamarme así jamás.

Suelto una carcajada, y me tapo la boca tarde cuando soy consciente de que va a volver a regañarme por molestar a los vecinos. No le ha importado demasiado cuando estábamos follando duro machacando el cabecero, pero, en fin, las risas le parecen menos apropiadas.

—Cuando te comportes como una persona racional de verdad, te llamaré por tu verdadero nombre, Taylor.

Sofoco las carcajadas contra la almohada cuando se vuelve de golpe y se lanza sobre mi cuerpo, amenazante. Su piel eriza la mía y siento su aliento en el cuello y se me tensa el abdomen.

—Admito que antes pensaba más o menos como tú, pero he madurado en el último año y me he hecho casi adicto. Tranquila, ya crecerás. La *pizza* es una guarrada. Es la comida favorita de un niño —se mete conmigo antes de volver a rodar para acabar de espaldas sobre el colchón.

Me giro a mirarlo.

—Ahora mismo Kowalski me cae mejor que tú. Él me ha dado *pizza*, y tú, solo reproches.

Sonríe y estiro el brazo para clavarle la yema del dedo en el hoyuelo. Se aparta despacio, con una mueca adorable.

—¿Lo ves? Kowalski tiene la misma edad gustativa que tú.

—Eso no existe.

—Claro que sí. Es cuando tus gustos se quedan anclados en los doce años.

—Y el *sushi* es muy sofisticado.

—Evidentemente, Susie.

—Vale, olvida la comida. Grupo favorito.

Hacemos juntos la cuenta atrás. Y luego hablamos de nuevo a la vez:

—Queen.

—The Killers.

Me lanzo sobre él y me apoyo en su pecho para clavar las pupilas en las suyas. Ya tiene un gesto algo condescendiente asomando a esa bonita cara.

—¿The Killers? ¿En serio, tío?

—Soy un romántico —suspira con exagerada afectación y una sonrisa de falso aire tímido.

—¡Ni siquiera se pueden considerar *rock* clásico de verdad!

—«Queen», dijo la señora mayor mientras repetía aquello de que nunca existirá otro Freddie Mercury.

Le señalo con un dedo amenazante.

—Nunca existirá otro Freddie.

Suelta una carcajada más comedida que las mías y me muerde el dedo con delicadeza cuando se da cuenta de que no pienso dejar de blandirlo contra él.

Me retiene apoyada en su pecho cuando empiezo a apartarme.

—Libro favorito —dice en apenas un susurro—. Un..., dos... y tres.

—*La historia interminable*.

Me contempla con una sonrisa cuando doy la respuesta, pero él no dice nada.

—Eh, tramposo, hay que responder a la vez —le recuerdo.

—No tengo un libro favorito. Solo quería oír el tuyo. ¿De qué va? ¿Es por..., perdón, *erótico*?

Entorno los ojos y una sonrisa traviesa brilla en los suyos.

—Cretino. Hasta tú tienes que haber leído *La historia interminable*. ¿Visto la peli? —Dos negaciones seguidas, aunque puede que solo me esté vacilando—. Eres lo peor, otro día te cuento todos los detalles. Ahora, sin tener en cuenta a Disney, película. Un, dos, tres...

—*El club de la lucha*.

—*Kill Bill*.

Nos miramos.

—Vale, *Kill Bill* es buena —admite.

—No he visto *El club de la lucha*.

Se incorpora de golpe, como si acabara de sufrir el mayor *shock* de su vida.

—¡¿No has visto *El club de la lucha*?! ¿De qué planeta vienes, Sue Morrison?

Hago una mueca de disculpa.

—¿Lo siento? —pruebo, irónica.

—¿Que lo sientes? ¿Y eso te parece suficiente? Ah, no. No, no, vamos.

Se pone de pie sobre el colchón. Me tiende la mano y tiene que mantenerse un poco encorvado, porque su cabeza roza el techo.

—¿Adónde vamos?

Chasquea la lengua, impaciente. Se agacha para agarrarme la mano y tirar de mí hasta que también me pongo de pie. Y entonces me agarra firmemente por la cintura y me levanta en el aire para llevarme con él. Pataleo un poco, pero aun así logra mantener el equilibro mientras baja de un salto de la cama y carga conmigo hasta el salón. Nos reímos bajito todo el camino. Me deja sobre el sofá y se mueve completamente desnudo por el espacio hasta encontrar el mando del televisor.

—Vamos a ver *El club de la lucha*, Susie. Ya me lo agradecerás.

Y su piel vibra en contacto con la mía cuando pone la película y nos refugiamos juntos bajo una manta en su sofá.

13

Read My Mind



Tyler

—¿Te apetece ir?

Levanto la mirada de los platos que estoy fregando para poder cruzarla con la suya. Parece insegura, como si dudara de que vaya a gustarme ese plan que ella se muere por hacer.

—¿Contigo? Por supuesto que no, eres mi peor enemiga.

Hace una mueca.

—¿Sabes cómo acaba eso en los libros?

Alzo una ceja.

—¿En los que lees tú? Con sexo guarro, seguro.

—Entonces, ¿te apetece ir a esa exposición con tu peor enemiga?

Ah, qué juego más sucio.

—Te dormiste viendo *El club de la lucha*, Susie. Ni el sexo más guarro del mundo compensaría tal afrenta.

—¡Eran las cuatro de la madrugada!

Se acerca a toda prisa y me salta sobre la espalda. Intento seguir con mi tarea como si nada y, sobre todo, mantener mi pose de tío duro, pero se me escapa la risa con demasiada facilidad. Me cuesta aclarar la sartén con sus brazos aplastándome la tráquea.

—Venga, TyTy —sigue con sus intentos de engatusarme.

Suelto un resoplido ante el dichoso apodo burlón y me vuelvo hacia ella con las manos llenas de jabón. Grita cuando le rozo la mejilla y sale huyendo cuando intento pasarle los dedos por el pelo. La persigo por toda la casa hasta que se encierra en el baño. Apoyo la frente al otro lado de la puerta con una sonrisa.

—Vale, tú ganas, iré a esa exposición. —Su exclamación triunfal amortiguada por la madera que nos separa me hace sacudir la cabeza, divertido—. ¡Y luego acuérdate de todo el sexo guarro que me has prometido!

Oigo cómo empieza a caer el agua de la ducha. Y me doy prisa en volver al fregadero para poder abrir el grifo del agua caliente cuando menos se lo espere.

Ayer fue un día... raro. Y hoy apunta a ser exactamente igual. Sé que mañana seré muy consciente de la locura transitoria que están suponiendo para los dos este par de días. Pero, eh, ya lo pensaré mañana. Ya me arrepentiré de haberme portado como un jodido peluche con una desconocida, que, por lo que yo sé, podría estar metida en muchos más líos de los que ya han salido a la superficie. La sesión de terapia de esta semana va a ser interesante, eso seguro. No sé, a lo mejor hace falta relajarse de vez en cuando, salir de tu piel, creer que puedes ser otra persona, que puedes bajar todas las malditas defensas y dejar que alguien te haga sentir como si pudieras ser de ese modo que siempre le has envidiado a los demás. Mañana volveremos a ser los niños perdidos que se esfuerzan por aparentar que no les pesan los errores a la espalda.

De momento, voy a quedarme unas horas más refugiado en la ilusión.

Giro el mando del grifo, espero hasta que me imagino que está con la cabeza metida bajo el agua caliente y entonces lo abro al máximo. Uno, dos, tres, cuatro... Al quinto segundo la oigo gritar. Y yo me río a carcajadas mientras me insulta a todo volumen con palabras muy feas.

Aún tiene el ceño fruncido cuando sale del baño envuelta en una toalla y con el pelo mojado. Está muy sexi con esa cara de malas pulgas.

—¿Sabes qué? Debería haber mangado un vestido en Walmart para ir acorde al evento.

La sigo hasta la puerta de mi cuarto, donde ella se pone a dar vueltas y mover de un lado a otro esas escasas prendas de ropa que aún guardaba en la bolsa. Me apoyo con el hombro en el marco para observarla con detenimiento cuando deja caer la toalla y se pone con calma la ropa interior. Como cada vez que la tengo desnuda ante mí, no puedo evitar recorrer con la mirada los trazos de sus tatuajes, sobre todo, ese dragón de la pierna y las ramas quemadas y resecas que le trepan por la espalda. Gira la cara para mirarme y tengo que abandonar su piel para centrarme en sus ojos grises.

—¿Hay que ir elegante? ¿Tengo que ponerme un traje para que me dejen entrar a una sala con fotos colgando de las paredes?

Hace una mueca ante mi ironía.

—No creo que la elegancia case contigo, rubito. Pero yo soy mucho más sofisticada. ¿Puedo echar un vistazo a tu armario a ver si algo me hace el apaño?

Me cruzo de brazos. No puedo negar que siento curiosidad por cómo acabará esto.

—Adelante.

Rebusca entre las prendas de ropa desordenadas por unos minutos. No dice en voz alta que se nota que quien viene a limpiarme la casa no me organiza el armario, pero sé que lo está pensando. Finalmente, saca un jersey que cuelga de una percha, aún con la etiqueta puesta, y se lo coloca delante del torso para enseñármelo.

—No te pega en absoluto.

Sonrío de medio lado. Tiene razón. Y por eso esa prenda a rayas negras y grises de fino algodón lleva dos meses ahí sin que me haya molestado en mirarla. Ahora la miro... demasiado. Y no paro de imaginarme cómo le quedará a ella.

—Es tuyo, si lo quieres —digo con una fingida desgana que estoy seguro de que no llega a ocultar el brillo curioso de mis ojos—. Mi madre me lo regaló por mi cumpleaños. Cree que es mejor que vaya a trabajar con algo así y no con camisetas negras y cazadoras de cuero.

Lo separa de su cuerpo y vuelve a mirarlo por unos segundos.

—Al menos no se pasó con el color.

—Hace tiempo que sabe que perdió esa batalla.

Ella sonríe. Y yo me separo de la puerta y anuncio que me voy a la ducha cuando me doy cuenta de que estoy sonriendo también.

Seguro que mi jersey le queda enorme. No paro de imaginármelo mientras me ducho. Meto la cabeza bajo el agua e intento sacarme la imagen de su sonrisa de dentro. Aún debería alargar un poco más mi falso enfado por haberse quedado dormida viendo *El club de la lucha*. Es algo así como herejía, ¿verdad que sí? Pero recuerdo el clima de intimidad de anoche, las risas, la comodidad, la agradable sensación que me recorrió por entero cuando la vi dormida en mi sofá y pensé que al menos había conseguido ayudarla a vencer el insomnio. La llevé a la cama envuelta en la manta con la que

estábamos tapados. Y terminé por dormirme arrullado por el sonido suave y rítmico de su respiración, así que supongo que ella también me ayudó con esos problemas de sueño que arrastro. No nos hemos levantado hasta que ya había pasado de largo la hora de comer.

Oigo cómo se abre la puerta del baño y me vuelvo a mirarla. Solo percibo su silueta a través del vaho que impregna la mampara de la ducha.

—Vengo a coger el rímel, me lo dejé sobre el lavabo ayer.

—Vale. ¿Ya estás vestida?

—Sí.

—Qué pena. Entonces no puedes entrar a la ducha.

—No. Y no hace falta. Te veo desde aquí y tienes el culo muy blancucho, Ty.

Suelto una carcajada indignada y meto la cabeza de nuevo bajo la cascada de agua. La oigo trastear entre mis cosas y luego sale y cierra la puerta de nuevo.

Cuando abro la mampara al terminar de ducharme veo lo que ha hecho. Se ha llevado todas las toallas. Miro en el armarito que hay bajo el lavabo, pero también ha encontrado esas. Será...

Salgo desnudo y mojado, dejando huellas de humedad y gotas de agua en el suelo a mi paso. Vuelvo la cabeza cuando capto su movimiento en el salón. Sonríe con inocencia cuando ve mi expresión enfadada. Se ha puesto mi jersey, sí, y le queda enorme, pero se lo ha ajustado con un cinturón que yo ni recordaba que tenía y se ha enrollado las mangas para que no le cubran las manos, y el borde inferior, que a mí me caería poco más abajo de la cintura, a ella le llega hasta encima de la rodilla. Las botas negras con cordones le dan un toque mucho más punk y desenfadado y no puedo dejar de admirar toda la piel desnuda de sus piernas que queda al descubierto entre ambas prendas. Se ha pintado los ojos

de negro y los labios de color borgoña. Y sostiene un montoncito con mis toallas en la mano derecha, mostrándomelo con burla.

—¿Has perdido algo, rubito?

Me abalanzo sobre ella, que suelta un gritito seguido de una risa, y me las lanza todas encima antes de huir. Ni me molesto en taparme. Dejo las toallas en el suelo y la persigo desnudo hasta la habitación. Se ríe mucho más alto y protesta cuando atrapo su cintura y caigo sobre ella en la cama.

—¡Quita! ¡Vas a empaparme y estropearme el *outfit*! —bromea, forzando un burlón acento californiano.

—Haberlo pensado antes, nena —imito su forma de hablar.

—Será mejor que no pruebes a llamarme «nena» si quieres sobrevivir a este día, nene.

Le muerdo el cuello y se revuelve mientras intenta sofocar una risita. Me aparto para mirarla a la cara, y se queda seria al instante. Me pone las manos en los hombros y una de las mías se ajusta a la curva de su muslo bajo el jersey.

—Debería vestirme si quieres que lleguemos a tiempo a esa ridícula exposición.

No protesta por mi burla. Se muerde el labio y asiente.

Una parte de mi cuerpo no está en absoluto de acuerdo con dejar esto así, pero creo que es mejor que me aleje un poco de ella. Necesito algo de aire.

No se mueve cuando yo voy a por una toalla y luego vuelvo y termino de secarme mientras busco qué ponerme. Permanece en silencio, mirándome desde la cama, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo y sin preocuparse de si sus botas me estropean las sábanas. Se pone en pie, recoge su casco y me sigue cuando estoy listo y sugiero que vayamos hasta allí con mi moto.

Y me alegro de que esto solo vaya a durar hasta mañana, porque me cuesta reconocerme y a la vez nunca me había gustado tanto ser yo.

—Es impresionante.

No sé si está hablando conmigo. Creo que más bien lo está comentando consigo misma. Me fijo en la fotografía de la pared. Supongo que no está mal. Me revuelve un poco el estómago y por eso sé que es buena. Siempre había creído que la pintura era arte y la fotografía era como hacer trampas, simplemente captar algo que ya está ahí y vanagloriarte como si fuera tuyo, pero con cada una que contemplo en esta exposición me voy dando cuenta de que lo que las convierte en arte es que consiguen captar justo eso que no se ve a simple vista, aunque lo tengas delante de las narices.

—¿Te gustaría hacer esto? —pregunto, y la observo solo de reojo.

Aprieta los labios y cuando me mira tiene una ceja enarcada.

—Yo *ya hago* esto. O lo intento, al menos.

Creo que me ha interpretado mal. No sé si aclarárselo o dejar que me desprecie con la mirada un ratito más.

—No quería decir que no tengas talento, o que tengas que envidiar a quienes hicieron estas fotos... Quería decir si te gustaría poder dedicarte a exponer, así, y no a trabajar haciéndoles fotos a los demás en un estudio.

—Estás muy bien informado acerca de mi trabajo.

—Tuve que acompañarte hasta la puerta con tus cosas una vez —le recuerdo.

Aparta la mirada y camina despacio hasta pararse delante de la siguiente fotografía. La sigo y me quedo de pie a su lado, sin atreverme a rozarla.

—Esto es lo que quiero hacer de verdad, sí —responde por fin, aunque tengo dudas de que hable conmigo por el volumen y el tono de su voz.

—¿Has estudiado fotografía?

Me mira brevemente y enseguida devuelve la vista al frente.

—Tuve que dejar el último curso. Pero lo terminaré en algún momento.

Suena a promesa.

—Me encantaría ver algunas de tus fotos.

Ni siquiera sé de dónde ha salido ese deseo. Y lo peor es que es verdad. A un nivel subconsciente y primario que me golpea en el pecho y me provoca un malestar instantáneo.

Sue chasquea la lengua, ajena a lo tonto que me siento ahora mismo.

—Qué lástima que no cogiera la cámara antes de salir de casa el viernes. Nada indicaba que acabaría todo el fin de semana atrapada contigo.

Atrapada.

No puedo ofenderme, supongo que es así como los dos estamos. Ella porque no puede volver a casa y yo porque..., por ser hoy el día que es y haberme aislado por voluntad propia en un rincón lo bastante escondido del mundo real.

Estoy a punto de decirle que ya me las enseñará otro día, y entonces me acuerdo de que se supone que no vamos a volver a vernos después de mañana. También tengo que recordarme, otra vez, por qué eso es lo mejor.

—Mira esto.

La sigo hasta plantarme delante de la imagen enmarcada que señala. Es una fotografía de un dibujo de una mujer en una pose bastante sensual. Imagino que tiene algún sentido superartístico

como plasmar la realidad de la fantasía, o algo parecido y rimbombante con lo que a los artistas les gusta ensalzar el simbolismo de sus obras. Pero Sue no está fascinada por el concepto, porque se apoya en mi hombro y se pone de puntillas para hablarme al oído:

—¿Te la follarías, Tyler?

Miro la imagen de nuevo. A ver es un dibujo, pero...

—Sin duda.

Suelta una risita divertida y, cuando busco sus ojos, veo el brillo pícaro dando vida a las pupilas.

—Yo también.

Sonrío. Y ella se da media vuelta y agarra la manga de mi cazadora para llevarme al siguiente pasillo. Se vuelve a mirarme y camina hacia atrás, con ese jersey que me ha robado y ya es suyo para siempre y una sonrisa traviesa que me muero por morder.

—Pero si me preguntas a quién me follaría ahora mismo en los baños, Tyler Sparks, tu nombre siempre estaría antes que el de cualquier dibujo sexi en la lista.

La agarro por la cintura, la pego a mi cuerpo y bajo la cabeza hasta que nuestros labios casi se rozan.

—¿Cuántos nombres hay en esa lista?

Hay fuego chisporroteando en su mirada.

—Ahora mismo solo hay uno. ¿Quieres leerla?

Y lo siguiente que sé es que nos colamos tropezando impacientes en el baño de hombres y que, por esta vez, estoy dispuesto a cederle todo el control.

Debe de ser en torno a la una de la madrugada y no tengo ni idea de cómo he acabado en esta situación. Ni idea, de verdad. Hay un

cenicero con unas cuantas colillas en la mesilla, pero la habitación ahora no huele a humo, sino a esmalte. Estoy desnudo sobre la cama, Sue está igualmente desnuda sentada sobre el colchón a mi lado y se está dedicando a pintarme las uñas de negro mientras no paramos de hablar y enlazamos un tema con otro.

Observo su gesto concentrado mientras da color a mi dedo pulgar.

—Nunca había hecho esto, ¿sabes? —digo, casi sin ser consciente de lo que implica soltar eso, porque es que no recuerdo haber estado tan a gusto en mucho tiempo y mi prudencia se ha tomado unas vacaciones en consecuencia.

Se le eleva un poco la comisura de los labios, pero no aparta la mirada de mi mano y su autoimpuesto cometido de hacerme mucho más irresistible de lo que ya soy.

—¿Pintarte las uñas?

—No me refería a eso. —Me dedica solo media mirada desinteresada de reojo—. Quiero decir estar así con alguien.

Deja el pincel suspendido sobre mi dedo índice y me observa con mucha más atención. Soy consciente de que no hace falta que me explique más, ella ha entendido perfectamente lo que eso implica.

Tuve muchas novias en el instituto, esa es la verdad, pero nunca... La mayoría de esas chicas salían conmigo porque era el chico malo popular y eso es exactamente lo que yo les daba: un tipo duro que no abraza, ni se ríe a carcajadas jugando al pilla-pilla, ni se deja pintar las uñas hablando de todo y de nada desnudos en la cama... Justo todo eso que ellas querían, pero querían solo para ellas, y por eso buscaban a alguien que nunca lo hiciera con la esperanza de que con ellas sería diferente. Nunca lo fui. Luego, en la universidad, no tuve ninguna relación que se alargara más allá de un par de polvos. Así que lo de quedarse hablando en susurros en plena madrugada y disfrutar de juegos tontos y de caricias en la espalda

es algo totalmente nuevo —y me temo que único e irrepetible— para mí.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera con... *ella*?

Esa pregunta es un repentino jarro de agua helada directo a mi cara. Clavo la vista en el techo y me quedo inmóvil, porque siento que no tengo mucha libertad de movimientos con las uñas pintadas de negro mate. Y el modo en que el corazón ha amenazado con parárseme y ha protestado bien alto no ha sido por todo eso que con Ashley jamás tuve ni tendré, sino porque la pregunta me acaba de hacer plenamente consciente de que llevo todo el día sin pensar en ella. De que anoche, mientras Sue y yo compartíamos el juego de los favoritos, cuando nos sentamos a ver una película en el sofá, mientras follábamos y nos picábamos con tonterías y nos hacíamos reír, no pensé en *ella* ni por un solo segundo. Y eso es... No sé lo que significa.

—Con *ella* mucho menos —consigo responder en un murmullo apagado.

No es que esté en el mismo punto que el año pasado, a ver, las cosas empiezan a superarse cuando tienes la certeza de que no existe ni una posibilidad de revivirlas y Ashley me dejó bien claro que, si alguna vez había llegado a sentir algo de verdad por mí, lo que hubiera podido haber entre nosotros ya estaba muerto y enterrado antes de poder llegar a darle ni media oportunidad. Cuando me declaré como un kamikaze y lo primero que a ella se le ocurrió decir fue que si yo no me acordaba de que Cam existía..., bueno, eso lo dejó todo claro. Así que cogí mi amor inútil y lleno de espinas y le hice un funeral. Creo que llevo tanto tiempo acostumbrado a que Ashley sea una constante en mis pensamientos que no había llegado a ser consciente de que ya no la pienso tanto

como antes, aunque cada vez que lo hago duela como aquella noche en el callejón tras nuestras casas.

—Ella se lo perdió.

Sue me trae de vuelta a la realidad cuando dice eso con un tono algo cantarín. Me sonríe cuando la miro y luego me coge la mano y la coloca como mejor le parece para pintarme la siguiente uña. Por un momento, solo por una vez, quiero creerme de verdad esas palabras. Ella se lo perdió, sí. Mañana la historia volverá a ser de otra forma mucho más enredada, pero por ahora me vale con esa respuesta.

Muevo la mano con la que ya ha terminado para acariciar el tatuaje que tiene en el brazo. El búho y el atrapasueños.

—Cuidado con las uñas, Sparks.

—Miau.

—Qué gracioso.

Paso las yemas de los dedos por encima de los trazos de tinta con mucho cuidado para no estropear el color con el que ella acaba de decorarme la mano.

—¿Significa algo especial alguno de tus tatuajes? —pregunto.

A ver, en el antebrazo izquierdo, sobre el borde del hueso, desde la muñeca al codo, la frase que lleva tatuada dice *I can resist everything except temptation*. «Puedo resistir todo excepto la tentación». Y creo que eso ya es toda una declaración de intenciones.

—Todos significan algo.

—Pero ¿no me lo vas a contar?

—Mmm..., demasiado personal. ¿Qué hay de los tuyos?

—Bueno, chorradas de adolescente, ganas de hacerme el guay y un poco de fútbol americano de instituto como todo buen idiota que

tuvo su mejor época entonces siendo el popular y se pasará el resto de su vida mirando hacia atrás.

Hace una mueca. Yo sonrío.

—No cuela, rubito. Y ¿fue de verdad el instituto la mejor época de tu vida?

Dejo escapar el aire de forma especialmente dramática.

—Fue la peor. Por una parte, era como si lo tuviera todo, pero... nunca me he sentido más vacío, más perdido, ni más mierda. Era un gilipollas integral.

—¿Más que ahora?

No deja de pintarme la última uña que falta, pero veo cómo lucha contra la sonrisa cuando se mete así conmigo.

—Oh, sí. Te habría encantado, *nena*.

—Seguro que sí —ironiza—. Pero no desvíes el tema. No puedes decirme que te hiciste los tatuajes porque sí, sin más, cuando tienes un ave fénix en la espalda, *nene*.

—Me gusta mucho cuando me llamas «nene».

—A mí me gusta cuando tienes la lengua ocupada en otra cosa que no sea decir estupideces.

Saco la lengua y me paso la punta por el labio, para provocar. Me pellizca el costado y me aparto de golpe, riendo.

—Cuidado con las uñas —me advierte—. Ahora tienes que dejar las manos quietecitas mientras se secan.

—Qué aburrido.

—¿Por qué te hiciste ese tatuaje?

Me rindo.

—Me gusta pensar que puedo renacer de mis cenizas cada vez que salgo ardiendo. ¿Te gusta? Yo no me lo veo, así que este halago en concreto vas a tener que hacérmelo tú.

—Es impresionante.

—Entonces, me va perfecto, ¿no?

—¿Y el otro?

—¿Cuál?

—El que tienes encima de ese.

Estoy tumbado sobre la espalda, así que esto significa que ya los ha memorizado, como he hecho yo con cada uno de los suyos. Me quedo mucho más serio cuando pienso en ese tatuaje pequeño y lineal que hay entre mis omoplatos, contenido entre los extremos de las alas abiertas del ave. Es un electrocardiograma y en el centro las líneas se curvan para formar las palabras «*just live*». «Solo vive».

Creo que mi voz es apenas un murmullo ronco cuando consigo hablar:

—Ese me lo hice después de morir mi padre. Era cardiólogo.

Sue se recuesta en el colchón a mi lado, sobre el costado, y dobla el brazo y apoya la cabeza en la mano para mirarme desde arriba y más cerca.

—¿Qué le pasó?

—Un infarto. Qué ironía, ¿eh?

Siento las yemas de sus dedos pasearse como hormiguitas por mi pecho. No sé si va a decir algo, pero me adelanto:

—Hoy era su cumpleaños.

Se le ensombrece un poco el gesto, planta la palma de la mano justo sobre el punto donde mi corazón martillea las costillas y baja la cabeza para dejarme un beso suave en la clavícula.

—¿Por eso no querías pensar este fin de semana?

—Sí. Entre otras cosas. —Mis amigos. Ashley en Sacramento. Mi madre pasando el cumpleaños de mi padre en San Francisco con un capullo—. Mi madre está... Bueno, al parecer está follando de forma no seria ni exclusiva con un cabronazo, y este fin de semana, justo

este fin de semana, se ha ido a su casa. Es una chorrada, pero no sabes cómo me jode.

Y sobre todo me jode que sea el puto Robert Parker. Aunque esa inesperada relación no seria ni exclusiva sea lo que ha hecho que Cam vuelva a hablarme.

—¿Hace cuánto que murió tu padre?

—Hizo tres años en diciembre. Pero no es por eso, no es por lo que crees, ojalá mi madre encontrara a alguien, en serio. Lo que me jode es que sea precisamente *ese* gilipollas en concreto. Aunque soy muy consciente de que tanto mi padre como mi madre se acostaban con otras personas durante su matrimonio y, bueno, al principio no lo entendía, pero con el tiempo he aceptado que a ellos les funcionaba y ya está, ¿sabes?

Creo que estoy empezando a divagar. Y seguro que Sue no está entendiendo nada de nada, y yo tampoco me entiendo demasiado bien, así que cuando veo que está a punto de decir algo, me apresuro a hablar yo primero:

—¿Y qué hay de tus padres? Tú ya prácticamente conoces a toda mi familia y yo no sé nada de...

—Él está muerto. Y ella..., bueno, como si lo estuviera. Somos solo Clay y yo.

Lo ha dicho en un tono muy frío y muy cortante. Esquiva mis ojos cuando intento leer algo más allá de lo que dice su expresión.

—¿Qué...?

Se recuesta poco a poco sobre mi pecho, y su mano juguetona desciende por mi abdomen hacia la ingle. Emito un jadeo de sorpresa cuando me rodea la polla y se me olvida cualquier cosa que fuera a decir.

—¿Puedo, Tyler?

—Joder, sí.

Sonríe con los labios pegados a mi boca.

—Recuerda que no puedes estropearte las uñas. Vas a tener que estar muy quieto.

Seguro que busca distraer mi atención de esa conversación de la que era evidente que quería huir y, sinceramente, lo ha conseguido del todo.

—Eso es injusto.

—No hay nada más indefenso que un exjugador de fútbol americano con las uñas recién pintadas —se burla, y a mí me cosquillean los labios con la vibración de su voz y se me escapa un gemido por todo eso que está haciéndome con una mano mientras la otra coge un condón de la mesilla—. Pase lo que pase, Ty, mantén las manos quietas.

Y entonces desciende por mi cuerpo marcando una línea húmeda con la lengua a su paso. Cuando me acoge en su boca, a mí se me olvida cualquier cosa que no sea su nombre.

—Me estás destrozando.

Solo levanta la cabeza para darme una réplica:

—Te avisé de que mis piezas cortan, rubito.

Me dejo hacer. Durante mucho *mucho* rato. Hasta que me cambia el preservativo y se me sube encima, y aún más allá. Hasta que no puedo más y decido que las uñas ya han tenido tiempo de secarse o, si no, que les den. La agarro por las caderas mientras ella se mueve sin descanso sobre mí, con la intención de hacerla girar y ponerme encima, pero mis manos se impacientan y prefieren ir directas a sus tetas primero. Cuando entierra los dedos en mi pelo y ronronea mi nombre de la forma más erótica posible, sé que no voy a poder contenerme mucho más. Así que la hago girar, me coloco encima, salgo de ella y me arrodillo en el colchón para meter la cabeza entre sus piernas y devorarla. Me tomo mi tiempo. Mucho más del que

necesitaría si quisiera acabar con esto rápido. Pero no quiero. Quiero llevarla al límite. Quiero que sienta que se va a morir si no le doy lo que desea de una vez. Quiero que me pida por favor que la haga correrse en mi boca. Y, cuando lo hace, tengo la certeza de que ha sido uno de los mejores orgasmos de toda mi vida... y ni siquiera he sido yo el que se ha corrido.

Me acaricia el costado con un pie y yo paseo la palma de la mano por encima del dragón que lleva en la piel. Pone las manos a los lados de mi cabeza y tira de mí para que suba hasta sus labios. Nos besamos con ganas y jugamos con su sabor en la punta de la lengua. Y entonces cuela una mano entre nuestros cuerpos y me guía de nuevo hasta su entrada. Compruebo que el condón sigue bien puesto antes de penetrarla otra vez. Luego me dejo llevar y los dos gemimos guarradas en el oído del otro hasta que exploto y me desplomo sobre ella.

La oigo reír cuando ruedo al otro lado del colchón, intento llenar los pulmones de aire y tengo que toser al coger demasiado. Es posible que no vuelva a ser funcional en la vida. Creo que dice que va al baño. Para cuando vuelve aún no me acuerdo de cómo me llamo.

—¿Estás bien, nene? —dice en su tonito más burlón al tenderse de nuevo a mi lado.

—Susie, vas a acabar conmigo.

—Si tan agotado te he dejado, abrázame y vamos a dormir.

Apenas puedo abrir los ojos, ya no digamos pensar o coordinar movimientos complejos.

—Yo no abrazo después de follar —consigo decir de forma automática.

Oigo su suspiro exasperado, como si le pareciera un niño demasiado cabezota. Me parece que acaba de apagar la luz.

—Hoy sí.

Me coge el brazo y tira de mí hasta que consigue que me ponga de lado. Pega la espalda a mi pecho y se acurruca encajando perfectamente en todos los recovecos. Descanso el antebrazo en su cintura y pongo la palma de la mano sobre su abdomen para apretarla un poco más contra mí. Se está bien. Sienta bien. Y el pelo le huele de maravilla cuando entierro la nariz en él. Le dejo un beso breve tras la oreja, en ese punto donde una solitaria flor le decora la piel. Y quiero decirle que a lo mejor hemos estado equivocados y que quizá tampoco sería tan grave si no olvidamos todo esto cuando amanezca, pero tengo demasiado sueño para poder hablar.

—Tyler.

—¿Mmm?

—Creo que este fin de semana contigo se ha ganado el primer puesto de lo más surrealista que me ha pasado en Los Ángeles.

Vale, pues quédate.

Y nada más. Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormido.

Cuando me despierto apenas ha amanecido, pero Sue ya no está aquí. Su ropa, su maquillaje, el cepillo de dientes barato que compró en Walmart, su casco, ese jersey que antes era mío..., todo ha desaparecido con ella.

Ni siquiera ha dejado una nota.

Es lunes por la mañana.

Es el momento de olvidar.

14

Nevermore



Sue

Antes de entrar en la comisaría del centro he llamado a mi jefe para decirle que estoy enferma y no voy a poder ir hoy.

Tengo que recordarme que estoy aquí por Clay, que me llamo Sue y es nombre de guerrera, y que ya no soy una niña. Es la única forma de no ponerme a temblar cuando esos uniformes se mueven por todas partes a mi alrededor.

Me planto delante del mostrador de la entrada. Hay un hombre al otro lado que solo levanta la mirada de la pantalla del ordenador cuando he carraspeado tres veces, y me observa con expresión de hastío.

—¿Puedo ayudarte?

No parece que *quiera* ayudarme. Aprieto los dientes y asiento.

—El viernes detuvieron a mi hermano. Está aquí y quiero verlo. Clay Morrison.

Le tiendo mi carnet, porque sé que es lo primero que va a exigir, sin llegar ni siquiera a procesar lo que le estoy pidiendo. Dibuja una sonrisa condescendiente antes de cogerlo y comprobar mis datos con desinterés.

—Así que quieres ver a un detenido.

—Clay Morrison —le repito.

Vuelve a mirar mi identificación y luego mi cara, con toda la calma que a mí me falta. La deja sobre el mostrador y la empuja despacio hacia mí.

—Esto no funciona así, señorita.

Me sienta como una patada en el estómago el tono paternalista con el que me habla y ese «señorita».

—¿Sabe cómo no funciona esto? No funciona de modo que la policía pueda retener a alguien durante más de cuarenta y ocho horas y no se permita a sus familiares verlo. No funciona que mi hermano no haya podido llamarme para decirme si está bien. Y no funciona que usted me trate como si fuera una cría que acaba de presentarse aquí por capricho.

—Todos los detenidos tienen derecho a una llamada, pero no la obligación de hacerla. Si su hermano no la ha llamado, *señorita*, será porque no ha querido.

Me arden los pulmones, cargados de rabia gaseosa.

—Quiero comprobar si está bien y no pienso largarme hasta que lo vea.

Señala un punto por detrás de mí, hacia las sillas de plástico que hay junto a la puerta por la que he entrado.

—Puede sentarse ahí, si no quiere esperar de pie.

Y exploto.

—Pero ¡¿qué mierda le pasa?!

Se levanta para enfrentarse a mí, como si pensara que voy a saltarle encima y arañarle los ojos —cosa que no descarto si vuelve a llamarme «señorita» en ese tono— y se lleva la mano a la cadera, donde tiene la pistola. No llega a tocarla, pero yo ya siento cómo se me paralizan los músculos, cómo me abandona el color y cómo un temblor incontrolable se inicia desde el centro y va extendiendo un terremoto a cada rincón de mi cuerpo. Siento el peso de la culata sobre la palma, el sonido del tambor al girar, la fuerza del retroceso en todo el cuerpo cuando ya no hay marcha atrás.

—¿Qué pasa?

Una mujer uniformada para a mi lado y nos mira a mí y a su compañero alternativamente. Su voz me arrastra de vuelta a la realidad. Puedo notar el sudor frío que me resbala por la espalda. Las piernas apenas me sostienen, pero me repito a mí misma que ya no soy la niña asustada de antes y me esfuerzo por mantenerme en pie.

—Quiere ver a un detenido.

Ella busca mis ojos, prudente.

—¿Quién eres?

—Soy la hermana de Clay Morrison, lo detuvieron el viernes.

—Me temo que no puedes pasar.

¿Ella tampoco va a ser un ser humano con un mínimo de empatía?

—Entonces quiero hablar con su abogado.

El de detrás del mostrador se ríe entre dientes y tengo que contenerme para no lanzarle un puñetazo directo a la nariz.

—Aún no ha necesitado un abogado —dice ella, algo más agradable que el otro—. Se le asignará uno de oficio antes de que pase a disposición del juez esta mañana.

¿Que no ha necesitado...? Estoy segura de que esto es cualquier cosa menos legal y garantista.

—No. Se le va a asignar un abogado *ya* —exijo—. No se puede retener de esta manera a alguien sin darle la posibilidad de defenderse.

—El mecanismo legal...

Intento hurgar en la parte de mi cerebro que aún es capaz de pensar con un mínimo de claridad. Quiero arrasar con todo y abrirme paso a cañonazos hasta llegar a mi hermano. Si fuera una guerrera de verdad, una de esas que vencen al mal en mis libros, podría hacerlo conjurando fuego en las palmas de las manos, pero sigo siendo una chica pequeña que no tiene ni idea de cómo enfrentarse a esto. Rescato la voz de Tyler cuando dijo...

—Quiere a John... Daniels. Queremos que le asignen a John Daniels.

—Claro que sí —ironiza el hombre—. ¿Quiere también una alfombra roja para cuando salga de esta comisaría?

—Don, ya vale —gruñe su compañera. Luego habla conmigo—: Me temo que esto no funciona así. Si no tiene abogado, la asignación de oficio es...

Creo que es capaz de leer la desesperación en mis ojos. Y por eso suaviza la expresión, se mueve para colarse tras el mostrador y en solo un par de segundos me tiende un trozo de papel sujeto entre dos dedos.

—Este es el número de John Daniels. Llámalo, a ver si él puede hacer algo. Suerte.

Me sonríe en cuanto lo cojo, y luego se va. Apenas me da tiempo a dar las gracias en un murmullo.

Me doy mucha prisa en sacar el móvil del bolsillo. La batería está en las últimas. Rebusco en el pequeño bolso atestado de cosas hasta

que doy con el cargador. Miro al policía que aún espera de pie por si tiene que aplacarme.

—¿Hay algún enchufe que pueda usar?

En dos minutos ya tengo el teléfono conectado a la corriente y estoy marcando lo que parece ser el número personal de un abogado que no tiene ni idea de quién soy yo y al que seguramente no le importe para nada mi hermano. Descuelga al segundo tono.

—Dígame.

—Hola. Ah, hola, buenos días. ¿Hablo con John Daniels, el abogado?

—Ese era yo la última vez que lo comprobé, sí, ¿quién eres?

—Verá, no me conoce, me llamo Sue Morrison y acaban de darme su número en la comisaría del centro. El viernes detuvieron a mi hermano y necesito su ayuda.

—Perdona, Sue —me corta antes de que siga explicándome—, ¿quién te ha dado mi número? Trabajo como abogado de oficio, el cauce para la asignación es otro, tendrían que mandarme su caso y...

Sacudo la pierna arriba y abajo con tanta fuerza, sentada en una silla de plástico duro y con el torso inclinado por culpa de la largura del cable del cargador, que es posible que salga volando en cualquier momento o que haga un agujero en el suelo. Suelto la única baza que tengo:

—Me dijeron que le diera el nombre de Henry Sparks.

Y sé que sueno como si estuviera al borde del llanto. ¿Es posible que lo esté? Hace años que no me permito algo así.

Hay un silencio espeso al otro lado de la línea. Aguanto con el corazón en un puño hasta que oigo su respiración, algo más pesada, y luego vuelve a hablar:

—¿Sue?

—¿Sí?

—¿Estás en la comisaría del centro?

—Sí. Sí, estoy aquí.

—Espérame ahí. Llego en cuanto pueda.

Dejo caer el móvil en el regazo y me recuesto por completo contra la pared cuando él cuelga. Eso ha sido raro y un pelín inesperado. Si tuviera a Tyler delante ahora mismo le plantaría un beso que iba a ser incapaz de olvidar por mucho que ya sea lunes por la mañana.

Es casi mediodía cuando un hombre bajito, de pelo cano y cuerpo atlético enfundado en un traje elegante, atraviesa la puerta. Mira alrededor y yo me pongo de pie con el bolso fuertemente agarrado y la triste bolsa con ropa entre mis pies, y dejo el casco olvidado en la silla de al lado. Se acerca despacio, con un maletín bajo el brazo, y me echa un buen vistazo.

—¿Eres Sue Morrison?

—Sí.

Me tiende la mano.

—John Daniels. ¿Cómo se llama tu hermano?

—Clay. Clay Morrison —respondo mientras su apretón a modo de saludo me reconforta de una manera ilógica.

—¿De qué lo acusan?

—Tráfico de drogas, pero tiene que tratarse de un error.

Dibuja una leve sonrisa de medio lado.

—Eso le diremos al juez. Ven conmigo.

Me doy prisa en cargar con todas mis cosas y lo persigo como un cachorrillo de vuelta hasta el mostrador.

—Buenos días. Vengo a ver a mi cliente, Clay Morrison.

El policía me mira solo por un segundo y luego lo mira de nuevo a él.

—Se le ha solicitado un abogado de oficio.

—No necesita un abogado de oficio, su abogado soy yo. —Le tiende una tarjeta, que no alcanzo a ver—. ¿Van a dejarnos pasar?

—¿Abogado gratis? —se burla el otro.

—A veces hay que devolver favores. Y el altruismo viene perfecto para el karma.

—John.

El abogado se vuelve cuando oye la voz de la policía que me ha dado su número esta mañana temprano.

—¿Tú eres la que va regalando mi número por ahí, Carrie?

La mujer hace una mueca.

—Vamos. Pasa conmigo.

—Ella también viene. —El abogado me señala.

La otra suspira.

—Vamos.

No sé ni qué siento cuando nos abre la puerta de una celda en el semisótano y veo a mi hermano ahí, sentado sobre un jergón. Se pone de pie al instante para volverse hacia nosotros. Tiene un aspecto horrible. La ropa arrugada, el gesto desencajado, unas ojeras enormes y los ojos hinchados como si llevara llorando sin parar desde la última vez que lo vi.

Y estoy aliviada, pero a la vez más preocupada que antes.

—Clay.

Me muevo rápido hacia él y lo abrazo. Resiste el empuje de mi cuerpo como puede y luego se aferra a mí con fuerza.

—No, Sue, ¿qué haces aquí? Tienes que irte, no quiero que pases por esto. Vete, lárgate de Los Ángeles de una vez, por favor.

—Eres un idiota, y espero que tengas una muy buena explicación para...

Me callo cuando se echa a llorar y sus hombros se sacuden con violencia y me hacen balancearme a su ritmo.

—Lo siento. Lo siento tanto, pequeña Sue.

—No pasa nada. No pasa nada, ¿vale? Lo vamos a arreglar. He venido con un abogado, ¿ves? —Me aparto y lo miro a la cara. Me sostiene la mirada con los ojos arrasados en lágrimas y sorbe por la nariz—. ¿Por qué has hablado con la policía sin un abogado, Clay?

—Está bien. Es culpa mía. No quiero que te involucres en esto.

—Ya vale.

Deja de lloriquear en cuanto capta mi tono cortante. Ya está bien. Se acabaron las lágrimas. Ahora es el momento de buscar soluciones y no de lamentarse. Se pasa las mangas de la sudadera por la cara. Luego mira al abogado. Me aparto a un lado para dejarlos frente a frente. La policía se ha retirado de forma discreta y ahora estamos los tres solos.

John Daniels hace gala de profesionalidad cuando toma las riendas de la situación, se presenta y le explica a mi hermano todo lo que debe y no debe hacer o decir desde ahora delante de la policía o del juez si no es con su expreso consentimiento. Saca un montón de papeles del maletín y rellena tantos datos que empiezo a aburrirme. Luego firma un documento que le pide a Clay que firme también.

—Ahora vas a contarme lo que ha pasado. No te dejes ni un detalle, son la mejor parte.

Me apoyo en la pared y me cruzo de brazos. A Clay le tiembla la voz cuando empieza a hablar.

Dice que empezó como algo pequeño. Unos conocidos le pasaron un par de gramos y le convencieron de que era fácil moverlos por las zonas de fiesta y sacar algo de dinero. Luego conoció a alguien que llevaba el negocio más en serio y, en consecuencia, también tenía

mayores ganancias. A partir de ahí se fue enredando tan rápido que apenas se dio cuenta de dónde se había metido.

Me mira a mí y baja la vista, avergonzado, cuando ve mi expresión. Todo este tiempo mientras esperaba este momento, poder volver a abrazarlo y estar con él, estaba convencida de que tenía que haber una buena explicación. De que, de algún modo, todo esto era un enorme malentendido del que pronto nos reiríamos juntos. Pero él no tiene ninguna excusa y yo estoy... terriblemente decepcionada. Y odio sentirme así con Clay porque es la única persona del mundo que creí que jamás me decepcionaría.

John Daniels me lanza una mirada de reojo cuando se da cuenta de que mi hermano no quiere descender a los detalles más oscuros mientras yo esté delante. Me hace una seña con la cabeza para que salga de aquí.

—¿Me puedes esperar fuera, Sue?

Sacudo la cabeza.

—Claro que no.

—Tengo que hablar a solas con mi cliente.

Me largo refunfuñando entre dientes y con los puños apretados. ¿Y ahora qué? ¿Qué voy a hacer si mi hermano va a la cárcel? ¿Cómo voy a poder ayudarlo? ¿En qué se convertirán nuestras vidas si lo encierran?

Me muerdo las uñas hasta que he descascarillado por completo el color negro que las cubría. Para cuando el abogado se me planta delante, mucho rato después, ya he repasado mil veces todos los posibles escenarios y he perdido la esperanza.

—¿Eres amiga de Tyler? —Es lo que pregunta el hombre en cuanto levanto la mirada para buscar su rostro.

Frunzo los labios por un segundo.

—Algo así —digo con desgana.

—¿Cómo está?

¿Que cómo está? Por lo que yo sé, perdido, lamiéndose unas heridas que a fuerza de hacerlo nunca se cerrarán y probablemente tan roto como yo. Pero me encojo de hombros y no digo nada de todo eso.

—Bien. Está bien.

Él asiente.

—Voy a ser muy sincero contigo, Sue, tu hermano no va a librarse de esto. No puedo darte los detalles, pero sí que puedo prometerte que vamos a hacer todo lo posible para que la condena sea lo más corta posible. Y, si en algo soy bueno, es en hacer mi trabajo, así que lo vamos a lograr. Puedo conseguirle un buen trato, una condena de tres años y una multa, pero va a tener que colaborar, ¿crees que lo hará?

—Lo hará —prometo por él.

—Muy bien. Vamos, te invito a tomar un café y hablamos.

No digo nada. Lo sigo cargada con todas mis cosas hasta una cafetería elegante y dejo que por esta vez alguien se encargue por mí de todos esos desastres que siempre me quedan demasiado grandes.

Ya ha caído la noche cuando llego al apartamento. Esta tarde han llevado a cabo un nuevo registro y se supone que ya tienen todo lo que necesitaban y que puedo volver, pero la cinta policial sigue colgando del marco de la puerta. La arranco al pasar y hago una bola con ella para tirarla a la basura.

Esto está hecho un desastre. Hay cosas tiradas por todos lados y ni un solo mueble en su lugar. Dejo el casco y el resto de mis bártulos en el único espacio que ha quedado despejado sobre el

sofá, me ato el pelo en una coleta alta y me pongo a recoger. Tampoco puedo hacer mucho más ahora.

Es más de medianoche cuando me doy por vencida y decido dejar el resto de la limpieza para mañana. Al menos el cuarto ya está habitable y podré intentar dormir sobre la cama esta madrugada. Aunque probablemente no pare de dar vueltas y nada más. Paso unos minutos tumbada sobre las sábanas que acabo de cambiar y huelen a limpio. Miro el techo. Y luego cojo el móvil y abro la aplicación de mensajería para mandarle un mensaje a Tyler y darle las gracias.

Me acuerdo de que no tengo su número cuando deslizo el dedo por las conversaciones. Nadie me ha escrito desde hace un montón de tiempo. Nadie llama, tampoco.

Y yo respiro hondo y me recuerdo que no necesito a nadie más, que siempre voy a tener a Clay y voy a tenerme a mí y que no puedo perder ni un gramo de fuerza lamentándome por nada cuando la voy a necesitar toda por la mañana.

No sé cómo lo haré. Pero salvaré a mi hermano.

15

All These Things That I've Done



Tyler

—No tienes buena cara.

Hago una mueca y ella responde con una sonrisa burlona. Sé que lo dice en serio, y no es que lo pueda rebatir. Yo también lo veo cuando me miro al espejo.

—No duermo muy bien últimamente.

Y es cierto, aunque ese últimamente no incluya solo la última semana, sino el último año al completo. Tampoco hace falta que entremos en tantos detalles.

Blair se estira sobre la barra y hace una seña para llamar la atención del camarero que acaba de empezar a prepararnos los cafés.

—El de este tipo que sea doble, que me parece que le hace falta —pide mientras me señala con el pulgar.

—Estoy bien. Es solo...

Se gira para mirarme, con una escéptica ceja trepando por su frente.

—¿Es por una chica?

No debería sorprenderme lo cotilla que es. Hace ya mucho tiempo que nos conocemos.

Sacudo la cabeza para quitarle esa estúpida idea de la mente. Lo de la chica es agua pasada..., ¿no? El problema hoy es el tercero en discordia. El chico. Porque es su cumpleaños y quiero llamarlo, pero estoy nervioso porque desde que vino para decirme que nuestros padres podrían hacernos hermanastros si no tenemos suficiente cuidado solo hemos hablado por mensajes y nada más. Y la conversación podría ser incómoda. Seguramente, demasiado. Además, está la fiesta que mi socio ha organizado para hoy en el club y que amenaza con irse de madre y hacernos la noche complicada. Y también ese chaval del centro de acogida que parece dispuesto a autodestruirse con el mismo ahínco con el que yo estoy empeñado en sacarlo de ahí.

Y fue una chica, precisamente una chica, la única que me hizo sentir por un instante que había una burbuja de aire para respirar entre toda esa agua en la que me ahogo a diario. Pero ya hace cinco días desde que Sue se largó de mi cama antes del amanecer, y el oxígeno ha terminado de consumirse. No había vuelto a pensar apenas en ella, pero ahora Blair me mira con esa expresión de perdonavidas y me la trae a la memoria de forma inevitable. ¿Qué habrá pasado con su hermano? ¿Cómo estará ella? No me conviene saberlo y, cuanto más me aleje de todo ese caos, mejor. Así que doy un sorbo a mi café cuando nos los dejan delante y estudio la expresión de Blair con curiosidad.

—¿Y lo tuyo qué? ¿Es por una chica?

Levanta el labio superior por un solo lado para enseñarme un colmillo. Eso me arranca una sonrisa y la siento extraña en la cara, porque creo que llevo días enteros sin esbozar ninguna.

—Sabes que esa historia ya se acabó. Y lo agradezco, estar soltera me da muchos menos quebraderos de cabeza. No, no es eso. Es mi compañero de piso. Se traslada por trabajo, se va a vivir a Nueva York a finales de mayo. Me estoy quedando sin gente con la que hablar, el resto de mis conocidos no me cae bien.

Me río bajito.

—¿Sabes eso de que cuando todo el mundo está equivocado menos tú es porque los equivocados no son ellos? A lo mejor la que no cae bien...

—No te caigo bien ni a ti. Me la suda, Tyler. Tengo cosas más importantes en las que pensar que en ser una chica agradable que caiga bien a la gente. La gente es basura. Sobre todo tú, con estas pintas.

—No sé por qué dices eso. Eres superagradable como el uno por ciento del tiempo.

Sonríe. Y yo le devuelvo la sonrisa. Es fácil esto que compartimos. No me refiero solo al gimnasio y al café. Las pullas son nuestra manera de comunicarnos y ambos tenemos un cierto punto de humor negro que la mayoría de la gente no entiende ni disfruta. A lo mejor las cosas podrían haber sido diferentes entre nosotros en el instituto si yo no hubiera estado en uno de mis peores momentos cuando empezamos a salir. Podríamos haber encajado y ser la pareja que nadie entiende, pero que funciona. A lo mejor si no hubiera estado siempre *ella* en mis putos pensamientos, mi vida habría sido distinta. Quizá mejor. Pero creo que no elegiría enamorarme de otra persona si pudiera volver atrás.

—Vale, hoy es el día de las bromas y esa es tu clase de humor. Lo pillo. Yo no bromeo: das asco hoy y llevas dando asco desde hace días.

Doy otro sorbo al café para ocultar una sonrisa burlona. Será mejor que no empiece una guerra que no puedo ganar, Blair me da mil vueltas a la hora de las peleas dialécticas.

—¿Qué vas a hacer cuando se vaya tu compañero? ¿Tendrás que buscar a otra persona para ocupar esa habitación?

—No quiero ni pensar en eso. —Se sacude como si un escalofrío acabara de azotar su columna vertebral—. Otra vez a educar a alguien para que no me robe los yogures. Agotador.

Me trago una risita.

—Ya.

—¿Tú qué vas a saber? Vives solo, el piso es tuyo, nadas en la mediocridad de tu acomodada posición social. Yo trabajo en la recepción de un edificio de oficinas y paso el teléfono. Está bien, ¿sabes?, siempre me quedo escuchando un rato cuando a un pez gordo lo llama alguna chica de voz dulce que no es su esposa. Dentro de poco tendré la suficiente información para extorsionar a la mitad del bloque y me compraré una casa en Hollywood Heights con jardín y piscina.

—No lo dudo.

—Es ambición.

—Es ilegal.

—Detalles, detalles... —Sacude la mano de un lado a otro para restarle importancia. Su sonrisa traviesa le eleva las facciones y el *septum* plateado brilla reflejando un rayo de luz que entra por la ventana—. Voy a intentar aguantar sin meter a nadie en el piso hasta después de verano. Es posible que Craig venga en septiembre si lo aceptan en el curso de especialización en etología que quiere

hacer. Dejaré de comprarme caprichos y probablemente de alimentarme y así le reservo la habitación.

—¿Vas a prescindir de tus movidas frikis de *Juego de Tronos* y *El señor de los Anillos*?

—Se llaman objetos de coleccionista, tarado. Y es solo un sacrificio temporal.

—Sí que quieres a ese idiota de Craig.

Admito que él y yo nunca nos llevamos demasiado bien. Supongo que deberíamos habernos dado cuenta de que nuestra relación estaba abocada al fracaso desde el instante en que empezamos a salir y Craig dejó claro que me odiaba al mismo nivel que Cam demostró que la odiaba a ella. En ese momento solo nos pareció más divertido así.

Y Craig, ese Craig que me miraba muy mal cada vez que me veía aparecer por su barrio con la moto para recoger a su vecina y mejor amiga de toda la vida, ahora es veterinario y al parecer me sigue odiando, así que me alegro de no tener mascota para no necesitar asesoramiento por su parte. Intentaré mantenerme en las sombras si al final acaba viviendo con Blair. Solo por si acaso.

—Prefiero vivir con él que con un desconocido. Además, sabes que es la única persona en el mundo a la que quiero lo suficiente como para ayudarlo a deshacerse de un cadáver.

—Es una forma de medir el amor muy interesante.

A pesar de mi respuesta sarcástica, lo pienso: no a quién ayudaría yo, eso lo tengo muy claro, sino ¿quién me ayudaría a mí? Si me viera en una situación desesperada y necesitara a alguien, ¿a quién podría acudir? Hace un año la respuesta habría estado clarísima y ahora... ¿Vendría Cam si realmente lo necesitara? No me lo merezco, ya, vale, pero esa no es la cuestión.

¿Vendría Ash?

Algo me pesa dentro del pecho. Lo siento húmedo, pegajoso y punzante en cada latido.

Creo que estoy solo.

De golpe, me veo a mí mismo a través de otros ojos. Unos ojos desconfiados. Unos ojos perdidos. Unos ojos grises.

Y a lo mejor es la peor idea del mundo, pero ella tampoco tiene a nadie a quien acudir. Ella también está sola. Y no debería implicarme en el caos que arrastra, pero ¿quién responderá a su llamada si no cuando realmente lo necesite?

Llamo la atención del camarero y le pido que me prepare otro café para llevar.

—Tengo que irme —le digo a Blair, apuro lo que queda de mi bebida y me cuelgo la bolsa al hombro—. Te veo mañana.

—No, si yo te veo primero.

Me dedica una mueca cargada de falso desprecio. Le devuelvo una sonrisa tenue. Recojo el café para llevar que acaban de servirme, dejo el dinero exacto sobre la barra y me despido en un murmullo mientras ya camino apretando el paso hacia la salida.

—¡Que tengas un buen día, *cariño*! —me grita Blair, burlona.

Miro el reloj del salpicadero en cuanto me monto en el coche y arranco el motor. Voy con el tiempo bastante justo. Si pillo mucho tráfico por el camino, voy a llegar tarde a trabajar. Claro que llevo ya unos cuantos meses entrando antes de la hora y saliendo más tarde de lo que marca el horario de mi contrato temporal, ahora deberían perdonarme si me entretengo diez minutos.

No hay sitio para aparcar en la calle donde está la tienda, así que dejo el coche en la perpendicular. La verja ya está levantada cuando llego frente a la entrada, y se ve una luz al fondo, que ilumina solo en parte el mostrador y las fotografías que cuelgan de las paredes. No sé si debería entrar. Tal vez aún no esté aquí, ¿verdad? Puede

que hoy ni siquiera tenga que trabajar. Y ha sido una locura presentarme con un café como si ella no hubiera dejado lo suficientemente claro que, desde el lunes por la mañana, tenemos que actuar como desconocidos. ¿Estará dentro? Me pego un poco más al cristal del escaparate para intentar atisbar algo entre la penumbra del local. Una sombra se mueve al fondo, en la trastienda.

—¿Qué haces aquí?

Me vuelvo sobresaltado cuando habla a mi espalda, molesta. Ahí está, vestida de negro y rojo, con el casco colgado del brazo y el ceño muy fruncido. Le ofrezco una sonrisa, pero no suaviza el gesto.

—Eh. Hola, Susie. Solo... pasaba por aquí y se me ha ocurrido parar a ver cómo va todo.

Eso solo hace que su mirada amenace más y su sonrisa irónica me envalentone menos.

—No. No —repite, firme y sin un ápice de calor en la voz—. A ti no te importa cómo va todo y a mí tampoco me importa cómo estás tú. No te confundas, Tyler, por favor. Dejamos muy claro lo que era el fin de semana.

Doy un paso hacia ella, que retrocede a la misma velocidad para que no llegue a rozarla ni por accidente.

—No estoy confundido. He pasado a preguntarte cómo estás y cómo va lo de tu hermano y a traerte un café. No te preocupes, Sue, que no voy a mandarte flores.

—Odio las flores.

Ha relajado los hombros y yo la observo con cuidado al tiempo que suelto una risita incrédula.

—Qué mentirosa —ronroneo.

Le tiendo el café. Agarra el vaso despacio y con precaución, vigilándome todo el tiempo como un gato desconfiado. Abro la mano

para soltarlo y doy un paso atrás, en todo un alarde de autocontrol y seguridad que me sabe bastante falso.

—¿Va todo bien? —insisto.

Suelta una especie de bufido tan bajo que me cuesta entender si ha dicho algo.

—Tú no te quieres implicar. Yo no quiero que te impliques en absoluto. Y el fin de semana ya puedes olvidarlo, si es que aún no lo has hecho, Ty. La primera regla fue que no se hablaba de ello.

Hago una mueca cuando capto la referencia burlona.

—Eso es de *El club de la lucha* y no tienes derecho a parafrasearlo si no viste la película entera.

—No se habla del club de la lucha.

Resoplo.

—No...

—No se habla del fin de semana.

—No quiero hablar de eso.

—No tengo tiempo para esto ahora. Tampoco lo quiero. Estuvo bien y punto, pero, de verdad, yo no soy la chica que crees haber conocido.

Tengo que tragarme un gruñido. No se puede ser más cabezota, ¿se ha parado realmente a escuchar lo que le he preguntado? Porque no quiero hablar del fin de semana, ni de lo que hubo entre ella y yo. Solo quiero saber cómo está ahora. Quién es ahora, o quién cree que tiene que ser.

—¿No lo eres? —lo dudo.

Aparta la mirada, sacude la cabeza y camina hacia la puerta.

—No puedo serlo.

—Sue...

Me dedica una mirada que me hace callar al instante. Lo veo en sus ojos y me doy cuenta de que tiene razón. No debería haber

venido, ya habíamos dejado las cosas muy claras. Además, es evidente que ella no se alegra de verme y eso me convierte en un acosador. Será mejor que me largue y deje que siga su camino. Es su decisión.

—Vale. —Levanto las manos y doy otro paso atrás. Ella me sigue vigilando de reojo, alerta—. Tienes mi número. Si necesitas algo, llámame.

Duda un momento, el destello que cruza sus ojos y parece ir a empujarla a decir algo desaparece tan rápido como llega y se limita a sostenerme la mirada.

Me meto las manos en los bolsillos, encojo los hombros y doy media vuelta para marcharme. He dado solo dos pasos cuando la oigo llamarme a media voz.

—Tyler. —Levanta solo un poco la mano en la que tiene el café cuando vuelvo la cara para mirarla—. Gracias por lo del abogado. Y por el café.

Empuja la puerta de la tienda con la cadera y ha desaparecido en el interior antes de que me dé tiempo a responder.

Será mejor que me vaya a trabajar y, esta vez, me recuerde que se supone que tengo que olvidarme de esa chica.

Sería más fácil si, nada más entrar por la puerta del centro siete minutos tarde, en cuanto me cruzo con mi jefa, no me ganara una mirada dura, medio reproche y un:

—Hoy te toca encargarte del papeleo.

Odio el papeleo. Es la peor parte de mi trabajo, pero sé que es necesario y que nada funcionará si no llevamos las cosas por el cauce adecuado, así que voy directo al despacho, me siento y me enfrento a toda esa montaña de papeles y expedientes que abarrotan la mesa.

El ordenador tarda en encenderse y ni siquiera he llegado a empezar cuando alguien se asoma al umbral. Levanto la vista, le sostengo la mirada y esbozo una sonrisa leve que no me devuelve.

—¿Cómo estás, Finn?

Me sigue estudiando con esos ojos oscuros e insondables. Ojalá pudiera ver a través de ellos lo que está pensando, pero creo que hace mucho tiempo que aprendió a esconderlo. Yo no puedo saber lo que piensa él, pero me da la sensación de que él es capaz de meterse en mi cabeza cuando me observa así. Y desde que tuve que ir a recoger a su compañero de cuarto a la comisaría de Santa Mónica y fue testigo de la charla posterior, lo hace todo el tiempo.

—¿No estarás con nosotros hoy?

Me sorprende oírlo hablar. No lo hace demasiado. Yo ya sé lo que es ser un adolescente en pleno acto de defensa contra el mundo, pero nunca tuve tantos motivos como tiene él.

—Hoy me toca papeleo. ¿No te suena divertido?

—Vaya mierda.

Abro la boca, pero se ha largado sin despedirse antes de que pueda rebatirlo. Mejor, porque tiene toda la razón. El papeleo es un asco. Y es la segunda vez que me dejan con la palabra en la boca sin que hayan dado aún las nueve y media de la mañana.

Hoy va a ser un día muy largo.

Me pongo más y más nervioso con cada tono de la conexión de Skype en el ordenador que tengo enfrente. Me retuerzo en el sofá y no termino de estar cómodo mientras espero a que conteste. Me ha pedido que hablemos por aquí cuando le he mandado un mensaje para ver si podía llamarlo. Puede que esté esperando una llamada más importante que la mía. Me pregunto si él estará pensando en

ella, si tendrá dudas sobre si va a felicitarlo hoy o no, a pesar de haberle dejado muy claro que no quería que lo hiciera nunca más. Yo sé que no, que Ashley no va a llamarlo porque siente que es lo único que puede hacer por él ya, para que le duela menos, y que va a ceñirse estrictamente a lo que él le exigió la última vez que hablaron, aunque eso la desgarre de lado a lado.

Estiro la espalda y me obligo a apartarla a ella del todo de mi mente cuando un sonido me avisa de que Cam ha aceptado la conexión. En solo un segundo lo veo al otro lado de la pantalla.

—Eh, tío —saluda.

Normal. Como si nada. Relajado. Está en una cocina, preparando algo sobre la encimera. Lleva una sudadera de los Giants de San Francisco y se me escapa media sonrisa al pensar que saldrá así a la calle y no le importará en absoluto que todos los hinchas de los Red Sox quieran darle una paliza.

—Felicidades, colega. Te veo más...

—¿Maduro?

Suelto una risita y el nudo de nervios que me aprieta el estómago se destensa solo un poco cuando lo veo sonreír en respuesta.

—Iba a decir «mayor y desmejorado», pero supongo que maduro es un sinónimo que también sirve.

Hace una mueca.

—Estoy genial. Maduro, tal vez, pero solo en el buen sentido. Como...

Un ladrido lastimero lo interrumpe y él baja la mirada y alza las cejas.

—Te lo estoy preparando, ¿vale, impaciente? —habla en un tono que, sin duda, no es para mí.

—¿Cómo está *Vodka*?

Sonríe y mueve la pantalla para poder mostrármela. La perra está a su lado, sentada, moviendo la cola de un lado a otro despacio y mirándolo como si no existiera nada más en el mundo. Ni siquiera despega la vista de él cuando digo su nombre para poder saludarla. Pronto Cam me deja de nuevo sobre la encimera.

—Hoy tiene cena especial, para celebrar. Por eso está babeando tanto. Anda, toma.

Le deja el plato en el suelo y luego la imagen se mueve detrás de él mientras deja atrás la cocina y termina por acomodarse en un sofá.

—¿Qué tal? ¿Cómo va el cumpleaños?

Se encoge de hombros.

—Como siempre, supongo —dice de forma vaga—. En un rato me voy por ahí a tomar algo con unos amigos.

—Pensaba que a lo mejor irías este fin de semana a Sacramento.

Sacude la cabeza.

—No quiero estar en Sacramento.

No hace falta que diga más para que las implicaciones de eso nos pesen demasiado a los dos. Yo tampoco quiero estar en Sacramento, aunque solo sea porque siento que ya no me queda apenas nada allí. Él, sin embargo, tiene mucho aún en su ciudad natal, empezando por todos esos amigos que están de su parte y no de la mía.

—Cam...

Estoy a punto de disculparme otra vez, pero él levanta una mano como forma de pedirme que no lo haga, así que me callo.

—Estoy bien aquí. Me gusta la vida en Boston.

Ya. Tal vez. Pero esa no es ni de lejos toda la verdad.

—¿Por qué no hablas con ella?

—Si has llamado para esto, mejor cuelgo ya, Tyler.

—¡No! —Me abalanzo hacia la pantalla, como si así fuera a conseguir atravesarla y retenerlo. Luego recupero la compostura y creo que hasta carraspeo mientras él observa mi imagen con las cejas levemente alzadas—. No. Quiero hablar contigo. En serio. No de eso, ni de nada, solo... De lo que quieras. De lo que tú quieras.

Lanza un suspiro y se recuesta en el sofá sin dejar de sostenerme la mirada. Supongo que he sonado un poco patético, pero, sinceramente, a estas alturas eso ya me da igual. El orgullo no sirve y menos cuando él se va a aferrar al suyo a la menor ocasión.

—Eso excluye hablar de mi padre y de tu madre, también.

Intento sonreír, igual que él ha intentado darle un tono burlón a lo que acaba de decir. Ninguno de los dos ha conseguido lo que pretendía, creo.

—Perfecto. Tema vetado.

—Vale. ¿Qué tal tú? ¿Y esa chica que conocí cuando estuve allí? ¿Cómo se llamaba?

Aprieto los labios y me froto las palmas de las manos contra la tela del pantalón sobre las rodillas antes de contestar en un murmullo:

—Ya. La chica.

—Ah, la chica... —dice él, pícaro.

—Sue.

—Sue —repite—. ¿Qué pasa con ella?

—Te va a encantar oír esto, Cam.

Y así, procedo a explicarle cómo Sue me ha dicho que será mejor que «no me confunda» con lo que hay entre nosotros. Claro que a él le hago creer que entre nosotros ha habido bastante más de lo que hubo en realidad.

Hablamos de eso, de mi trabajo y de su vida en Boston. Le hablo de Finn y de Ethan (ese *mini yo* que me saca de quicio) y él me

cuenta cómo fue la temporada con los Patriots, y casi me da la impresión de que podemos entendernos, de que tal vez solucionemos esto, de que volveremos a ser amigos en algún momento, tarde o temprano.

Luego le suena el móvil y silencia la llamada antes de dirigirse de nuevo a mí.

—Tengo que irme.

—Sí, claro. Sí, yo también. Debería pasar por el club si quiero que las paredes sigan en pie mañana.

Suelta una risita. Yo lo decía completamente en serio. Y no me apetece, para nada, pasarme la noche en el club controlando que una fiesta loca no se nos vaya de las manos, pero me parece que ese es mi mejor plan este viernes por la noche.

Cam sigue trasteando con su teléfono y lanza un suspiro molesto antes de lanzarlo a un lado en el sofá. Oigo las patas de *Vodka* resonando contra la madera del suelo.

—¿Qué pasa?

Espero que no sea Ashley. Por el bien de los dos. Por el bien de los tres.

—Nada. Es esa periodista, lleva meses persiguiéndome para que le dé una entrevista. No sé cómo ha conseguido mi *email* personal.

Alzo las cejas.

—¿Es guapa?

Suelta un resoplido.

—Eres idiota.

—Las entrevistas forman parte de ser famoso, amigo, lo siento. Piensa que, si se la concedes de una vez, te dejará en paz.

—Eso manda un mensaje al resto de periodistas pesados, y no quiero más entrevistas.

—Pero ¿es guapa?

—Que te den, Tyler.

Sí, pero se está riendo entre dientes y eso ya es bastante. Su móvil emite un pitido.

—Te reclaman —le recuerdo—. Lárgate. Y haz esa entrevista de una vez.

Aprieta los labios.

—Me lo pensaré —dice al final.

—Genial. Pásalo bien esta noche.

Asiente.

—Suerte con el club.

Sonrío.

—¿Hablamos otro día?

Parece dudar por un par de segundos y, finalmente, vuelve a asentir y suaviza la expresión. Sé que debe de estar luchando a muerte consigo mismo por dentro. Y espero que sea el Cam que aún me quiere un poco el que gane la batalla y no ese que me odia y tiene mil razones para hacerlo.

—Sí, hablamos otro día.

La tensión de mis músculos se evapora en cuanto cortamos la llamada. Me tumbo en el sofá y me concentro en respirar. Supongo que ha ido bien. Mucho mejor de lo que esperaba. Y debería estar la hostia de contento, porque hablar así con Cam era algo que llevaba deseando los últimos nueve meses, pero es que sé que nunca volverá a ser lo que fue. Todo por mi culpa. Y eso sigue siendo difícil de gestionar.

Me alegro de no tener tiempo para quedarme aquí a solas con mis pensamientos. Me obligo a ponerme de pie, cojo el casco y la llave de la moto y me voy al club.

Cuando llego, me encuentro a Kowalski sujetando una escalera, y ahí, en lo alto, Bree está enganchando unos adornos bastante

horteras a la parte alta de la barra.

—¿Qué es esto?

—Harvey dice que lo quiere así de bonito —bromea nuestra mejor camarera desde una altura a la que no debería estar según lo que estipula Riesgos Laborales para su tipo de contrato.

Puto Andrews. De verdad. No sé qué más me queda por discutir con él.

—Harvey se puede ir a la mierda.

—Eh, ven aquí y me lo dices a la cara —responde él, burlón, cuando aparece por sorpresa desde el interior de su despacho.

—Te puedes ir a la mierda, Andrews —repito, y lo miro a los ojos para que vea que el mensaje va en serio—. No puedes pedirle a Bree que se suba ahí.

—Yo puedo subirme si lo considero, jefe —protesta ella al instante.

—Y yo me ocupo de que no se caiga —aporta Kowalski, orgulloso de ser de ayuda.

Tenemos que subirles el sueldo a los dos. En serio.

—Ellos colaboran para que este negocio funcione; tú, no —me acusa Andrews.

—El adorno es feo de cojones.

—El adorno es un chiste privado que tengo con alguien mucho más agradable que tú. No me lo vas a estropear. Si no vas a ayudar, vuélvete a casa, Sparks.

—Eso, Sparks —aporta Bree desde arriba con una risita—. ¿No ves que viene Joe *el bombero* a la fiesta y Harvey lo quiere impresionar?

—No me digas.

—Le he dejado una lista de reproducción al DJ de esta noche para cuando toque bailar lento —susurra Kowalski como si así mi socio no

fuera a oírlo.

Suelto una carcajada. Andrews se está poniendo rojo.

—Haberlo dicho antes, hombre. —Le doy una palmada en el hombro y él se aparta y me dedica una mirada molesta—. Si es por una buena causa, pondremos todo de nuestra parte para asegurarte la conquista.

Me empuja para poder pasar, mientras me río bajito por su reacción. Luego señala a los otros dos.

—Vosotros, estáis despedidos.

Se ríen a carcajadas, sin tomarlo para nada en serio.

—No te preocupes, esta noche vamos a triunfar —le asegura Bree.

Baja unos cuantos peldaños y salta el resto hasta el suelo. Coge la cara de Andrews con una mano y le aprieta las mejillas hasta hacerlo protestar.

—Hablando de eso..., ¿dónde está Sue?

Levanto la vista, con el corazón a la carrera, en cuanto oigo su nombre. Kowalski espera una respuesta y los tres me están mirando *muy* interesados. Venga ya, ¿es que todo el mundo va a preguntarme por ella precisamente hoy, después de que me mande a paseo?

—¿Qué Sue?

Bree resopla, Andrews chasquea la lengua con desaprobación y Kowalski se lleva la mano al pecho como si acabara de clavarle un dardo envenenado en el corazón.

—Venga ya, Tyler. Era supermaja. Y *la química*... En serio.

Pongo los ojos en blanco. Bree tiende a ponerse muy melodramática con los rollos amorosos de los demás.

—¿Estamos hablando de la misma chica? —bromeo solo a medias —. ¿Es que tú también lees novelas románticas?

—¿Te ha plantado? —pregunta Andrews casi sin dejarme terminar de hablar.

Me aparto a un lado y camino hacia mi despacho. Será mejor que les quede claro que este tipo de conversaciones no son precisamente las que estoy dispuesto a tener con ellos. Malditos cotillas.

—¿Cómo iba a plantarme, cuando no teníamos nada? A estas alturas ya deberíais saber que yo no tengo relaciones.

—El atormentado chico malo —se burla Bree, parapetada tras la barra.

—Voy en serio.

—Claro, aunque recuerdo que el año pasado te hacías escapadas a Chicago y...

Lo señalo con un dedo y Andrews no tiene más remedio que callarse de inmediato. Hasta da un paso a un lado para esconderse detrás de la espalda de Kowalski.

—Cerrad la boca de una vez y a trabajar.

El silencio solo dura lo que me cuesta entrar y cerrar la puerta del despacho, luego los oigo hablar atropelladamente y cada vez más alto. Apoyo la espalda contra la pared y me doy un cabezazo suave para obligarme a centrarme solo en lo que tengo por delante. Una fiesta que no me apetece. Solo eso. Nada de Ash. Nada de Sue.

Desde luego que nada de Sue. Eso ya ha quedado claro.

Lo que no sé es por qué me escuece.

16

Who Needs You



Sue

Tengo que dejar todas mis cosas en admisión y también contener las ganas de darle un mordisco que deje una muesca a la oreja de la funcionaria de prisiones cuando me cachea y comprueba los bolsillos de mi pantalón. El código de vestimenta es muy estricto, así que siento que voy disfrazada, en parte.

Esto es un asco.

En realidad, es mucho peor que eso, pero me da miedo pensarlo demasiado alto y que alguno de los que vigilan la entrada saque a pasear su táser para dejarme claro quién manda aquí.

Hace tres semanas que trasladaron a Clay al Centro de Detención Metropolitano de Los Ángeles. Estará aquí hasta que se celebre el juicio. John, su abogado, dice que lo más probable es que le envíen a la Prisión Estatal de Folsom, si colabora. Y lo de que vaya a colaborar aún no está claro del todo. Seguimos esperando la fecha del juicio y aprovechando el retraso de la justicia para tratar de

convencerlo de que le cuente a la policía todo lo que sabe. De momento no ha dicho nada acerca de quién lo metió en todo esto.

Como en mi visita de la semana pasada, y la de la anterior, la funcionaria me guía por un pasillo estrecho que da un par de giros antes de dejarnos ante la doble puerta de la sala de visitas. Hay una mujer y un niño sentados en una mesa con un preso. La funcionaria me sujeta la puerta y me hace un gesto para que pase.

Veo a Clay en cuanto doy un paso dentro. Él también me ve y se pone de pie para recibirme. Hoy no está esposado, al menos. Me impresiona muchísimo, como cada vez, verlo en ese mono grisáceo que le apaga todo el color de la piel del rostro. Hace más de veintiún días desde que lo detuvieron, ¿debería haberme acostumbrado a esto ya?

Solo dos pasos más, bajo la atenta mirada de los funcionarios que vigilan la sala, y puedo fijarme bien en su cara. Y está...

—Joder, ¿qué te ha pasado?

Niega con la cabeza. Intenta esbozar una sonrisa que termina en un quejido y una mueca de dolor. Apenas puede abrir el ojo derecho, tiene la nariz hinchada y amoratada y un corte muy feo en el labio.

—Estoy bien. Estoy bien, te lo prometo.

Le echo los brazos al cuello y, aunque intento tener cuidado para no hacerle daño, cierro los ojos y aprieto un poco más cuando siento cómo me envuelve y se aferra a mí. Tengo la impresión de que hacía una eternidad que él no podía abrazarme así.

Un carraspeo a un lado nos advierte que ya es suficiente y que estamos excediendo lo que se permite como abrazo de bienvenida. Eso es todo lo que podemos tener. Un abrazo breve al llegar y un abrazo aún más breve al marcharme. Nada de contacto físico el resto del tiempo.

Clay me aparta con delicadeza y hace un gesto con la cabeza para pedirme que me siente frente a él. Lo hago y me muerdo el labio con fuerza cuando tengo ocasión de estudiar su cara a esta distancia.

—¿Quién te ha hecho eso?

Mira hacia los lados, como si temiera que las paredes estuvieran escuchando.

—No pasa nada.

—Clay...

Pone las manos sobre la mesa. Me fijo en sus nudillos. Aunque tiene algunos cortes, no hay nada que dé a entender que se defendiera.

—Le debo dinero a alguien. Solo quieren asustarme.

—¿Asustarte? Te han dado una paliza, eso es más que asustarte. ¿Cómo es posible que te hagan eso estando aquí dentro? ¿Por qué no lo denuncias?

Vuelve a mirar alrededor, inquieto.

—No levantes la voz —me pide en apenas un murmullo—. No sabes cómo es esto. No sabes cómo funcionan estas cosas. Esos tíos tienen gente en todas partes. Por eso no paro de pedirte que te vayas. Vete de Los Ángeles. Lárgate. No puedes hacer nada por mí. No puedes ayudarme, ¿vale? Solo tengo que esperar al juicio y cumplir condena. Y tú tienes que mantenerte muy lejos hasta entonces, porque si se enteran de que existes y de que me importas tanto, entonces esto te lo van a hacer a ti, Sue, y eso no me lo perdonaría jamás. Por favor. Por favor. Tienes que dejar el apartamento. Lo siento, sé que no... Está pagado hasta final de junio, pero me da miedo que aparezcan por allí buscando...

Siento el corazón golpearme las costillas con furia. Sé que quiere meterme miedo. Lleva mucho tiempo intentando espantarme para

que me vaya de esta maldita ciudad. Pero es que le han hecho esto... Alguien le ha dado una paliza de verdad. ¿Y si tiene razón? ¿Y si vienen a casa y yo estoy allí sola? Respiro hondo y me repito quién soy. Qué soy. Y ya no soy la niña que se esconde debajo de una mesa y llora.

—¿Qué pueden buscar? ¿El dinero?

Se acerca un poco más y habla todavía más bajito.

—Saben que la droga que encontraron no era toda la droga que les robé.

—¡Joder, Clay!

—Ssh. No grites. No hables. Escúchame, pequeña Sue, no quiero que te pase nada. Así que, por favor, recoge tus cosas y vete lejos. Ni siquiera me digas adónde. Solo vete. Aléjate. Esto es solo problema mío, no tienes que ayudarme. No puedes salvarme.

Y una mierda. Él me ayudó a mí durante tantos años... *Él me salvó*. Y no pienso acobardarme ahora que me necesita.

—No voy a quedarme de brazos cruzados esperando a que te den otra paliza. No seas absurdo. Sabes que no lo haré. Tienes que hablar con la policía y decirles lo que quieren saber. Daniels te conseguirá un trato, te pondrán a salvo.

Sacude la cabeza con pesar.

—No puedo fiarme de la policía.

Cada partícula diminuta de todas esas desordenadas y caóticas que me componen grita que tiene razón. No puedes fiarte de la policía. No cuando has visto ese uniforme manchado con la sangre de alguien a quien quieres. Pero me trago la bilis que me trepa por la garganta y estiro un brazo para poner la mano sobre la suya.

—No todos son...

—¡Sin tocar! —me interrumpe una voz autoritaria desde la otra esquina de la sala.

Clay se echa hacia atrás para librarse de mi contacto. Me llevo la mano al regazo y la siento helada y temblorosa.

—Ese es el problema: que sí que lo son. —Me clava la mirada con intensidad y yo siento un escalofrío bajándome por la espalda—. Si me han hecho esto por el dinero, imagínate qué podrían hacerme si hablo más de la cuenta. No es tan fácil. Y me he metido en esto yo solo, así que te pido por favor que no dejes que te enrede a ti también.

Lo observo detenidamente. Cada una de las marcas sobre su piel. Todo lo que hay debajo. Es injusto que me pida esto cuando él no se apartaría a un lado, de estar en mi lugar. No puede pedirme que abandone a la única persona en el mundo que de verdad me importa, a quien más quiero. Es mi hermano y es todo lo que tengo.

—Hay que devolverles el dinero. —Suelta un gruñido tan alto que el funcionario que no nos quita ojo de encima da dos pasos hacia aquí con la mano sobre ese cinturón que lleva a la cadera. Preparado para cualquier cosa. Aun así, sigo—: Si les devuelves el dinero te dejarán en paz, ¿no?

—No lo sé. Y no importa, porque no lo tengo, ¿vale? No hay dinero. Pagué el alquiler, guardé solo una parte pequeña y lo que no gasté del resto se lo envié a mamá.

Un puño invisible me golpea el estómago con la fuerza suficiente para cortarme la respiración. «A mamá». Odio que la siga llamando así. Casi tanto como la odio a ella. No es justo que Clay la siga cuidando cuando ella jamás cuidó de nosotros. Me echo hacia atrás, abro la boca para recuperar el aire que me falta en una bocanada y trato de pensar fríamente.

—Vale. Lo conseguiré. ¿Cuánto guardaste? ¿Cuánto les debes?

Pone las palmas sobre la mesa y está a punto de levantarse. Por suerte, parece recordar a tiempo dónde estamos y cuadra los

hombros y se mantiene muy quieto cuando me responde:

—No. Ni hablar. Tú no vas a hacer nada. No vas a tocar ese dinero. Y no vas a gastar ni un centavo del tuyo en mí, ¿me oyes?

Aprieto los labios hasta que me duelen y le dedico mi mirada más desafiante. Que se atreva a intentar detenerme.

—¿Cuánto, Clay? ¿Cuánto debes?

—No te creas que puedes con esto, Sue, porque, aunque eres la guerrera de la familia, te queda muy grande. A ti y a cualquiera. Es imposible y tienes que dejarlo ya.

—¿Cuánto?

—Sesenta de los grandes —sisea entre dientes.

Compone una especie de sonrisa torcida cuando me ve la cara. Estoy segura de que me he quedado pálida. Siento el sudor resbalando por la nuca y recorriéndome la espalda. Esa cantidad de dinero... Es imposible que consiga esa cantidad de dinero antes del juicio, sea cuando sea. Me costaría *años* ahorrar esa cantidad por muchos trabajos de mierda que me buscara.

—Sesenta mil dólares —murmuro, derrotada.

—Lárgate, Sue. Voy en serio. Daniels me conseguirá una condena lo menos mala posible. Iré a la cárcel. Y te prometo que volveré a buscarte cuando salga, pero hasta entonces no quiero verte.

—Clay.

—No vuelvas a visitarme, no voy a venir más a esta sala.

—¡Clay!

Se pone de pie y le hace una seña al funcionario.

—Ya hemos acabado —le informa.

Me levanto de un salto.

—¡No, no hemos acabado! Claro que no hemos acabado.

Mi hermano da un paso firme hacia mí y me envuelve entre sus brazos, apretando fuerte, por el escaso tiempo que nos permiten

hacerlo. Me besa la frente al apartarse justo antes de que tengan que llamarle la atención.

—Te quiero, pequeña Sue.

—No —digo mientras se aparta y mira al funcionario, que le hace una seña para que camine hacia la puerta lateral—. No. No, no, no... ¡Clay!

Lo sigo cuando camina hacia allí, con ese hombretón como escolta. Ni siquiera se vuelve. El otro trabajador del centro se planta en mi camino.

—Señorita, por favor, tiene que salir. La acompañaré a la puerta.

—No... Pero...

No puedo seguir protestando porque me empuja de malas maneras hacia la salida y, al mismo tiempo, veo a mi hermano desaparecer por el pasillo que lleva al interior de esta cárcel.

Levanto las manos para que me suelte y él lo hace de inmediato. Abre la puerta para mí. Y en menos de un minuto ya estoy firmando la salida y recogiendo las cosas que me han obligado a dejar en la zona de admisión antes de entrar.

El sol está bajo cuando salgo al aparcamiento y lo paso de largo hasta la calle principal. Hasta que me subo a la moto no siento todo el peso de la situación aplastándome los hombros. Me doblo sobre el casco, que se me clava en el abdomen, y apoyo la frente en el depósito de gasolina.

No puedo...

Siento que no puedo respirar. Tengo en la garganta todas esas lágrimas que hace años que no lloro, pero mantengo los ojos secos. Me obligo a seguir tomando aire despacio, me recuerdo que la ansiedad no ahoga del todo, solo para que tengas que seguir sufriéndola. Inhalo y exhalo. Una y otra vez.

Hay gente caminando a mi alrededor, pero nadie se molesta en mirarme. Igual que yo no miro a todos esos que andan como zombis por mi barrio, bajo los efectos de una droga que cada vez gana más terreno y pierde más vidas. No culpo a los demás, igual que intento no culparme a mí. Al fin y al cabo, cada uno tenemos que ocuparnos de nuestra propia carga.

Y yo tengo que conseguir sesenta mil dólares.

Y no tengo tiempo que perder.

—Es una belleza.

Me paseo alrededor de mi vieja moto con el chico del taller, los dos admirándola con el mismo fervor. Me da un pinchazo en el corazón al pensar en deshacerme de ella. No llevamos mucho tiempo juntas, pero me ha servido y el motor suena de maravilla. El dinero invertido no me había dolido en ningún momento tanto como ahora.

—Una capa de pintura y como nueva.

Me dedica una mirada algo escéptica.

—¿La puedo probar?

Le tiendo las llaves.

—Claro que sí. Le cambié el embrague hace nada, va muy suave. Disfruta.

Sé que va a disfrutar. Y sé que puedo sacar mucho más por ella que ese pobre tonto que me la vendió. Sí, claro, había que invertir para solucionar algunos problemillas... Ahora solo espero que se comporte mientras el posible comprador da una vuelta a la manzana y la acelera a tope. Hace falta un tubo de escape nuevo, sin duda, y puede que cambiarle los frenos, también. Pero, cuando él le haga una revisión completa, yo ya pienso estar lejos de aquí. Y quiero

recuperar los cinco mil que me costó y cubrir los otros dos mil que me he ido gastando en reparaciones. Quizá no fue lo más inteligente gastarme la mayor parte de mis ahorros en una moto bonita, pero, por favor, merecía cada centavo y necesitaba un vehículo para moverme por la ciudad. Y, en mi defensa, puedo alegar que nunca pensé que el resto del dinero se me iría tan rápido y que con dos malditos trabajos no tendría suficiente para seguir el ritmo de gastos en Los Ángeles.

Lo recibo con una sonrisa de suficiencia y el casco colgando del brazo cuando vuelve a aparecer. Parece satisfecho y acaricia el depósito de gasolina tras parar el motor.

—¿Los cilindros?

—Los cambié hace cuatro meses.

—¿Los frenos?

—Nuevos, aún se están ajustando, ¿verdad? —miento.

No parece tragárselo ni por un segundo, pero no me lleva la contraria en voz alta. Se baja y vuelve a pasearse alrededor, pensativo.

—Solo tienes que cambiarle algunas piezas viejas y pintarla, puedes sacar mucho más dinero del que me vas a ofrecer —sigo, sin quitarle ojo de encima.

Se vuelve para enfrentarse a mí.

—Nueve mil.

Sacudo la cabeza con una sonrisa de medio lado.

—No cubre todo lo que he gastado en ella —miento de nuevo, parece que es lo que mejor se me da—. Doce mil, y no cuento lo de ese coche de ahí detrás al que le has borrado el número de bastidor.

No es tan difícil usar malas técnicas y chantaje cuando llevas dos días rondando el taller para ver si puedes enterarte de algo que usar a tu favor.

Esboza una sonrisa que, de alguna extraña manera, no termina de ser irónica y sí levemente divertida.

—Diez mil quinientos y te los llevas en metálico ahora mismo.

Le tiendo la mano.

—Hecho.

Suelta una risita, como si le pareciera graciosísimo que una chica como yo negocie para vender una moto como esa. Apuesto a que a un tío le hubiera regateado mucho más. No voy a soltarle el discurso feminista que me quema en la punta de la lengua, es mejor que esta vez me lo guarde para más tarde. Me estrecha la mano por un segundo más de lo necesario y me la limpio en el pantalón cuando por fin me suelta y se va a por mi dinero.

Lo cuento dos veces. Compruebo que no hay nada raro en los billetes. Todo parece normal. Así que meto los dos fajos de cien y cincuenta al fondo del bolso y echo un último vistazo a mi moto antes de largarme de aquí.

Me siento desnuda sin ella, de verdad. Caminar por la calle en Los Ángeles es un asco, y ya no digamos coger el autobús. Además, sigo con el casco colgado del brazo y es tan triste como tener las llaves de una casa reducida a escombros.

Diez mil quinientos. Pero no es suficiente. No es suficiente ni de lejos.

Siento el peso en el bolso y sé que debo hacerlo. Que quizá no sea mucho, pero es lo único que tengo. Y luego... luego tendré que pararme a pensar cómo conseguir más, cómo multiplicar lo que ya he ganado.

Me bajo del autobús dos paradas antes de la más cercana a mi barrio. Agradezco el cambio de ambiente, aunque en esta calle también abunde la suciedad y la gente con la mirada perdida. Me

aferro al bolso, pongo mi expresión más intimidante y camino hasta la tienda de empeños.

Saco las fotografías del bolsillo de la funda mientras hago la cola y espero mi turno. Acaricio el rostro de Sam, respiro hondo y las guardo entre las páginas del viejo libro de poesía que he metido esta mañana en el bolso para que me acompañara y me diera suerte. Putas supersticiones. No sirven para nada.

—¡Siguiente!

Dejo la cámara sobre el mostrador. Luego añado también dos objetivos de distinta funcionalidad que rescato de la funda.

—¿Cuánto por esto?

Y juro que, si alguna vez llorara, lloraría ahora. Y serían unas lágrimas muy amargas.

La mujer que atiende al otro lado me pide que espere un momento y va a preguntarle algo a un compañero. Tal vez sea el jefe, no lo sé. Se acercan los dos y él examina la cámara desde todos los ángulos. La compré de segunda mano, pero estaba prácticamente nueva y no hay nadie en el mundo que trate tan bien su cámara como yo, así que está en perfecto estado. El hombre me mira por un fugaz segundo.

—Mil.

—¡¿Mil?! ¡Me costó cinco mil cuando la compré! —Inflo un poco el precio porque sé perfectamente cuánto vale nueva en el mercado.

—Hace dos o tres años, claro. Está usada y este modelo ya no es el que la gente demanda ahora.

—Ese objetivo ya vale más que eso. ¿Qué tal tres mil?

—Mil quinientos.

—Dos mil y os quedáis la funda.

—Mil ochocientos.

Me tiende la mano. Y sé que estoy sacando un mejor precio de lo que seguramente pueda conseguir en ningún otro sitio, así que se la estrecho. *Mil ochocientos*. Tendré que apañarme con eso.

—Muy bien, señorita. Mi compañera le dará el vale, se cobra en caja al salir.

—Gracias.

Y siento que me estoy rebajando, que estoy dando las gracias por que me despojen de las cosas más importantes para mí. Mientras voy a la caja y espero mi turno para cobrar, me devano los sesos intentando encontrar algo más de lo que pueda deshacerme para no seguir tan lejos de la cantidad que necesito para ayudar a mi hermano. Pero es que no hay nada más.

La moto y, sobre todo, la cámara eran lo único mío. Lo único que tenía valor, y no solo económico.

El camino hasta el apartamento se me hace largo y pesado. Siento que las piernas ya no pueden con el resto de mi cuerpo. Echo un vistazo en todas direcciones antes de entrar al portal por si veo a alguien sospechoso. Solo porque las advertencias de Clay me han vuelto un poco paranoica.

En cuanto estoy encerrada entre las cuatro paredes de la casa, saco el dinero y lo cuento de nuevo. Separo trescientos dólares y los escondo en un hueco de la estantería, detrás de una lámina horrible de un perro fumando en pipa. A lo mejor, si voy a quedarme aquí, debería redecorar. Mi hermano y yo nunca hemos tenido el mismo gusto en cuanto a interiores.

Meto los doce mil restantes en una bolsa de deporte que Clay tenía en lo alto del armario de su habitación y la escondo en el doble fondo donde, presuntamente, la policía encontró toda esa droga. La tabla encaja perfectamente y no es fácil de mover una vez que está

bien colocada. No es un mal escondite y supongo que es lo mejor que tengo al alcance ahora.

Vale, doce mil. Aún me faltan cuarenta y ocho mil dólares por conseguir. Pero por algo se empieza, ¿no? A lo mejor...

No. No, no, no. No podría hacerlo. Creo que no sería capaz. Pero a lo mejor estaría bien si me paseo por Sunset e investigo un poco, ¿no? Solo por si al final es mi única opción.

Voy de nuevo hasta el salón, recojo el bolso del suelo, donde lo había dejado, saco el libro y paso las páginas hasta que encuentro las fotografías entre los poemas.

—No te lo creerías si te contara todo esto, Sam. Es una locura. Como siempre, ¿no? —susurro.

Me siento en el sofá y me doy unos segundos para mirarnos. Para mirarme a mí en esas imágenes. Cuando aún no se había acabado el infierno, pero me sentía en el cielo. Antes de que unas llamas se apagaran solo para dar paso a la oscuridad y al silencio. Con apenas diecisiete años y una vida que tan solo empezaba y ya necesitaba cambiar.

Vuelvo a guardar las fotografías entre las páginas marcadas con *post-it* de color morado, dejo el libro sobre la mesa, rescato la cazadora del respaldo del sofá y me llevo tan solo las llaves del apartamento y algo de calderilla para el autobús.

Voy a decidir cuál debería ser el próximo paso.

17

Miss Atomic Bomb



Tyler

Ha llegado mayo y necesito unas vacaciones. Eso es lo único en lo que puedo pensar cuando estoy a punto de salir del centro —dos horas más tarde de la hora que se establece en mi contrato— y la jefa me llama por mi apellido mientras corre hacia mí escaleras abajo.

—Perdona —dice, y se toma un par de segundos para recuperar el aliento—. Sé que ya tenías que haberte ido, pero tenemos un problema arriba y me parece que tú eres el único que puede hacer algo.

Frunzo el ceño, intrigado.

—¿Qué pasa?

Espero que no sea que Kristen no alcanza los paquetes de papel de encima del armario, como la última vez. Ser el alto del curro es una responsabilidad enorme.

—Es Finn. Ha tenido una llamada de su madre. Ha destrozado el cuarto, se ha encerrado en los baños de la primera planta y dice que, como se nos ocurra intentar entrar, va a lanzarse por la ventana.

Vaya.

—No va a lanzarse por la ventana. Es un dramático.

—No es muy profesional burlarse así de los niños, trabajador a prueba.

Hago una mueca. Ella sonríe de medio lado.

—Lo digo con cariño y para nada como un sobrenombre despectivo.

—¿Puedes intentar hablar con él?

Asiento.

—Sí. Sí, claro.

Echo a andar por el pasillo que queda a la derecha y ella me sigue apresurada.

—¿Adónde vas? Está en...

—Voy a por una escalera.

—¿Qué dices, Tyler?

Pero no protesta más. Me vigila, como si tuviera que ponerme nota al final del día en virtud de mi desempeño, y viene conmigo hasta que apoyo la escalera en el lateral del edificio. Llega justo hasta el borde de la ventana abierta de los baños de los chicos de la primera planta.

Lo veo en cuanto subo lo suficiente para poder asomarme. Está sentado contra la pared lateral, con la cabeza vuelta hacia el lado contrario a la ventana, sin perder de vista la puerta. Si fuera un gato, apuesto a que tendría todo el pelo erizado mientras se agazapa en su escondite. No está tan cabreado como ha dado a

entender a mis compañeros; está muy asustado. Eso es lo que le pasa.

Me encaramo al marco de la ventana y paso una pierna por el hueco para sentarme en el alfeizar, con medio cuerpo dentro y medio fuera.

—Hola, Finn.

Se levanta de un salto, como uno de esos muñecos que aguantan a presión en una caja diminuta hasta que desbloqueas la tapa. Me lanza una mirada llena de amenazas punzantes. Tal vez me lleve algún arañazo, como esos que me lanzaba el viejo gato de Cam cuando empecé a ir a su casa a menudo y aún no se fiaba de mí. Finn tiene exactamente la misma actitud y la misma mirada desconfiada.

Quizá debería proponer que pongamos rejas también en las ventanas del primer piso, igual que tienen las de la planta baja y las de los pisos más altos. Se suponía que esta planta iba a ser solo para oficinas, pero se quedaron sin espacio para los niños muy pronto. Si lo hacemos, así al menos nadie podrá amenazar en serio con lanzarse por ellas.

—No entres.

Levanto las manos, para que pueda ver que vengo de buen rollo. Luego señalo mi postura, acomodado en el alféizar.

—No voy a entrar. Me gusta estar aquí. Tampoco voy a obligarte a salir. Solo he subido por si te apetecía hablar.

—No.

—Vale.

Se cruza de brazos y retrocede hasta apoyar la espalda en la puerta. Me observa en silencio, creo que intentando decidir si le molesta o le intriga que me haya plantado en la ventana y me dé igual si quiere hablar conmigo o no.

Saco el paquete de tabaco del bolsillo y me pongo un cigarrillo entre los labios. Espero que Minerva Russell no me vea fumar desde abajo delante del crío o me quitará un par de puntos en la balanza final para decidir si me contrata de forma indefinida o me da la patada.

—Voy a fumar, si no te importa. Tú no, ¿eh? Ni se te ocurra fumar ahora ni nunca. Es un vicio asqueroso —repito las palabras que tantas veces he oído decir a Cam.

Esconde las manos bajo las axilas y me mira con los ojos entornados hasta que he encendido el pitillo.

—¿Y por qué lo haces?

Me sorprende que esté dispuesto a hablar, aunque no sea de sí mismo ni de lo que lo ha llevado a encerrarse aquí.

Me encojo de hombros.

—Soy un poco asqueroso —digo mientras expulso el humo de la primera calada.

Lo oigo soltar una risita entre dientes.

—Eso es verdad.

Enarco una ceja al devolverle la mirada.

—Eh, sin ofender.

Relaja los hombros y deja resbalar la espalda por la superficie de la puerta hasta sentarse de nuevo en el suelo. Estira las piernas y me sostiene la mirada sin dejarse amedrentar.

—No me engañas haciéndote el enrollado, ¿sabes? Sé que has venido a intentar convencerme de que salga de aquí y me porte bien.

—No me hago el enrollado, soy así, chaval. —Está intentando hacerse el duro, pero se le escapa una sonrisilla—. Y, ya que lo tienes tan claro, ¿sales y te portas bien y nos ahorramos la charla?

—No voy a volver a esa casa.

Está claro que con «esa casa» se refiere a la casa de su madre de donde hubo que sacarlos a él y a su hermana pequeña tras la denuncia de una vecina. Cuando mis compañeros llegaron al domicilio con la policía, la madre estaba tan drogada que no era ni siquiera capaz de hablar. Y el adolescente se estaba encargando de cuidar de su hermana a su manera, no le había hecho nada muy nutritivo, pero al menos le había dado de comer. La niña, que tiene tan solo seis años, está de forma temporal con su abuela, la madre del padrastro de Finn. No quiso hacerse cargo también de él alegando que es conflictivo, aunque también pude entender, al leer el expediente, que no lo quiere porque no es su nieto *de verdad*. El viernes llegó la solicitud... La madre acaba de salir del centro de desintoxicación después de tres meses y quiere recuperar la custodia. Del padrastro no se ha sabido nada desde que sacaron a los niños de la casa.

Asiento y hago un gesto vago con la mano.

—¿Has hablado con tu madre?

—Dice que me va a llevar a casa.

—Ha estado luchando mucho para ponerse bien. ¿No te alegras de que ya lo esté?

Aprieta la mandíbula y sacude la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque la semana que viene volverá a no estar bien. En cuanto él vuelva. Y nos gritarán y nos encerrarán para que no molestemos y a mí me da igual porque ya soy mayor, pero Kelly se asusta mucho y quiero que se quede con su abuela y tenga una familia de verdad.

—¿Y tú? ¿Dónde irás tú?

Se encoge de hombros.

—Me da igual. Me quedaré aquí. O Minerva me mandará a un hogar en el que me obliguen a trabajar gratis para ganar dinero a costa de los catorce niños de acogida que tengan. Lo prefiero. No me mandéis allí otra vez.

Apago el cigarrillo en el ladrillo que recubre la fachada y guardo la colilla en el paquete de tabaco para tirarla más tarde. Esta es la única parte (sí, incluso con el papeleo y todo) que de verdad odio a muerte de mi trabajo. Cuando crees saber muy bien lo que es mejor para uno de los chicos, pero tienes las manos atadas y no hay nada que puedas hacer para evitar que vuelva de cabeza al desastre.

—¿Puedo pasar? —Señalo el interior de los baños.

Se encoge de hombros de nuevo y me lo tomo como el permiso que en realidad no me ha dado. Camino hacia él despacio y cuando llego a su altura le tiendo la mano para ayudarle a ponerse de pie.

—Es la jueza quien decidirá si tu madre está en condiciones de cuidar de vosotros. —Hace una mueca y rechaza mi mano tendida a la hora de levantarse—. Pero tú tienes mucho que decir y deberías hacerlo. Ya eres mayor, como tú dices, la jueza te va a preguntar y tú tienes que contarle todo lo que necesites que sepa.

Niega con la cabeza.

—No es tan fácil.

—¿Sabes lo que te puede ayudar? Charlar con Kristen —respondo sin darle tiempo a intentar adivinarlo—. Ella te echará una mano para ordenar las ideas.

Me sostiene la mirada, con los ojos apagados y sin resquicios de esperanza.

—La terapia es una mierda.

—La terapia es necesaria y funciona, pero tienes que darle una oportunidad.

—Tú no tienes ni idea —masculla con desprecio.

—¿Cómo que no? Yo voy a terapia dos veces al mes desde hace unos años y mírame: imponente, ¿eh?

Alza una ceja escéptica.

—¿Tú? ¿Vas a terapia?

—Sí, yo. No con Kristen, claro, no podría permitírmelo, ella es demasiado guay para mí.

Suelta una risita ronca.

—Eso sin duda.

Le hago burla y él casi *casi* sonríe de verdad.

—Si quieres que te tomen en serio, Finn, es mejor que aproveches este tiempo aquí y que hables con nosotros. Estamos para ayudarte, ¿lo sabes?

Me da la impresión de que no sabe muy bien cómo responder a eso. Supongo que, si no ha podido confiar en ningún adulto durante sus catorce años de vida, ahora le es difícil creer que aquí sí que queremos lo mejor para él. Abre la puerta y sale, creo que solo porque está deseando huir de esta conversación que se le está complicando.

Minerva y Kristen están al otro lado del pasillo, esperando, pero él pasa de largo sin ni siquiera mirarlas.

—Y no te olvides de recoger la habitación.

Levanta la mano y me hace un corte de mangas sin molestarse en volverse.

—La recogerá Ethan —elige delegar en su compañero de cuarto, ese crío de dieciséis que es igualito que yo cuando tenía su edad y por eso no para de sacarme de quicio.

Tendremos tiempo de hartarnos el uno del otro, porque Ethan es uno de esos que muy probablemente no saldrá de aquí hasta los dieciocho.

—¡De eso nada! ¡Lo harás tú!

Me ignora. Resoplo.

Minerva me da las gracias, me dice que me largue ya porque la subvención estatal no le da para pagarme las horas extras y sale disparada detrás de él. La psicóloga, por su parte, permanece en el mismo sitio y me mira con una sonrisa burlona. A veces me recuerda demasiado a mi madre cuando está de buen humor.

—Te he oído decir que soy más guay que tú, Tyler.

Hago amago de poner los ojos en blanco.

—Para tu rango de edad, claro está.

—¡Con qué facilidad lo estropeas todo! —exclama, divertida—. Venga, lárgate, ya has oído a la jefa. Ya ha sido suficiente para un lunes, ¿no?

—Desde luego.

—¿Crees que Finn querrá hablar un rato conmigo?

Sacudo la cabeza al tiempo que le ofrezco una mueca de disculpa.

—Quizá sea mejor intentarlo mañana.

Se encoge de hombros.

—Sí. Mejor mañana. Y por la mañana es la mediación con los padres de Stella..., ¿te encargas tú? —Asiento—. Descansa, anda.

—Hasta mañana.

Esta vez nadie me detiene cuando bajo las escaleras y voy hasta la puerta de salida. Ya ha anochecido. La temperatura ha bajado desde que se ha escondido el sol, así que me meto las manos en los bolsillos en cuanto piso la calle y me doy prisa en caminar hacia el aparcamiento.

No miro el móvil hasta que me he sentado tras el volante y ya tengo la llave en el contacto. No llego a arrancar, porque la pantalla me muestra unas cuantas notificaciones, entre ellas, cuatro llamadas perdidas de Andrews y un par de mensajes pidiendo que lo llame en cuanto pueda. Me golpeo la cabeza contra el respaldo del asiento y

pulso sobre su contacto para devolverle la llamada. ¿Qué puede pasar ahora? Es lunes, esta noche el club no abre y, según me dijeron, el fin de semana ha ido genial. Ayer saltó el sistema contra incendios porque algún idiota fumó en el baño, pero esta mañana me ha dicho que no había habido daños mayores y que lo solucionaron enseguida. ¿Qué cagada ha hecho ahora mi socio?

—Sparks —responde a la llamada, demasiado serio.

—¿Qué pasa?

—¿Estás sentado?

¿Me está vacilando?

—Sí. En el coche. Con muchas ganas de irme a mi casa. ¿Qué ha pasado?

—Está en el coche —le dice a alguien al otro lado—. Pues pon ese deportivo en marcha y ven aquí a toda leche.

—Andrews...

—Nos han robado.

—¿Qué?

—La recaudación del fin de semana y parte de lo de anoche.

—¿Habéis llamado a la policía?

—Aún no.

—¿No? ¿Y por qué no, si puede saberse? Tiene que estar todo grabado en las cámaras de seguridad, ¿las habéis revisado?

—Sí, Kowalski está disfrutando del espectáculo.

—¿Y?

—Que será mejor que vengas a ver esto, Tyler.

Desde luego, será mejor que vaya a verlo yo mismo y a encargarme de este marrón porque está visto que no se puede confiar del todo en él para que lo resuelva. Me muerdo la lengua para no recordarle que era muy mala idea dejar la recaudación de la noche anterior en esa endeble caja fuerte que tiene tan mal

escondida. Cuelgo el teléfono en cuanto le digo que voy para allá, sin esperar su respuesta.

Aparco frente a la puerta, detrás del coche de Andrews. Entro por la principal. La sala está en penumbra y huele a desinfectante. Los lunes son días de curro intenso después de todo el fin de semana de fiesta, pero parece que todo está ya en su sitio y como nuevo, excepto... Avanzo hasta el despacho de mi socio, desde donde se filtra la luz de la lámpara del techo. Allí me los encuentro a los tres, como siempre.

Bree se muerde el labio en cuanto me ve, como si ya se estuviera temiendo cómo me voy a tomar yo lo que sea que me están ocultando. Kowalski da un paso atrás, alejándose de la pantalla del ordenador donde miraban algo con mucha atención. Andrews se pone de pie y hace un gesto para invitarme a sentarme en su silla.

—¿Por qué siempre estáis aquí, en plan trío?

—Somos un cuarteto, pero tú vienes poco —me acusa Kowalski.

—Vivo para trabajar, a mis gatas no les gusta que pase mucho tiempo en *su* casa —bromea Bree.

—Mira esto porque estoy deseando verte la cara cuando lo hagas, tío.

A veces me acuerdo de cuando me presentaron a Harvey Andrews en una carrera ilegal de coches en Long Beach y me arrepiento de no haberlo atropellado. Hacernos casi amigos no me ha traído tantas cosas buenas como para compensar los dolores de cabeza que me provoca. Pero obedezco. Me acerco y me siento en su silla. Él le hace gestos impacientes a Kowalski para que me muestre las imágenes.

Al principio, solo veo a Torrance, el otro portero, controlando la entrada; la sala abarrotada de gente desde tres ángulos diferentes; a Kowalski encargándose de un borracho en la barra mientras las

camareras intentan llegar a todo; la puerta de mi despacho, cerrada a cal y canto como cada vez; y el interior del despacho en el que estamos, vacío, solitario y con la maldita puerta abierta. Le lanzo una mirada de reproche a mi socio y él mueve la mano repetidamente para apremiarme a seguir mirando la pantalla. Estoy a punto de protestar cuando la veo. En medio de la pista de baile, apartándose a toda prisa de la pelea que empieza a formarse entre dos tíos enormes.

Es Sue.

La mentirosa.

La lianta.

La maldita reina del caos.

Es una puta bomba de destrucción masiva.

Y hace un mes entero desde la última vez que la vi, pero, joder, la reconocería en cualquier parte.

—Retrocede —le pido a Kowalski.

—Pero si ahora viene lo mejor —se impacienta Andrews.

Por suerte, el segurata me hace caso. Vemos las imágenes al revés hasta que le pido que pare y le dé a reproducir.

Ahí está, y parece estar ligando con uno de los dos implicados en la pelea posterior. El lenguaje corporal de ambos no deja mucho lugar a las dudas. Y luego... luego se aleja de este y procede a hacer exactamente lo mismo con el otro.

—¿Qué está haciendo? —pregunto más para mí mismo que para los demás.

Aun así, Bree me responde:

—Está haciendo subir la testosterona y provocando un conflicto territorial entre orangutanes.

—¿Qué culpa tienen los orangutanes? —protesta Kowalski en tono lastimero.

—Perdona, tienes razón, los orangutanes son más inteligentes y civilizados que esos tíos.

—Sí. Y más graciosos. Tienen los brazos larguísimos —añade él.

Dejo de prestarles atención, y me centro en las imágenes de nuevo. La veo escabullirse de la pelea, en ese punto en el que nos habíamos quedado antes. Se ha perdido entre la gente antes de que Kowalski llegue a intervenir en el conflicto. Y va directa al baño. Andrews me señala la imagen de la cámara que apunta al pasillo y las puertas de los servicios. Sue entra. Pasan treinta segundos. Y entonces se activa la alarma de incendios y los rociadores empiezan a expulsar agua nebulizada sobre los clientes. El caos no tarda nada en expandirse y la gente corre de un lado a otro mientras las camareras que trabajaban anoche (Bree entre ellas), Kowalski y Torrance tratan de ordenar la evacuación y señalan las salidas de emergencia, y Andrews corre hacia los baños mientras consulta en la pantalla del móvil los datos del sistema. Sue ya ha salido de allí y cruza la sala con su cazadora roja de cuero como protección frente al agua... o más bien como protección para que no la reconozcan. Es muy rápida y nadie le presta atención. Se cuela en el despacho de Andrews. Paso la vista a la otra imagen, la de la habitación en la que nosotros estamos ahora.

—¿Qué...? —La pregunta se queda colgando en el aire, porque no hace falta que nadie me explique lo que está haciendo.

Va directa al cuadro de Warhol, lo descuelga de la pared, mueve la ruleta a toda velocidad marcando la combinación, se llena el enorme bolso con todo lo que hay allí y luego vuelve a dejar todo tal y como lo ha encontrado. Ha tardado menos de un minuto. Vuelve a ponerse la cazadora sobre la cabeza cuando regresa a la sala, se mezcla con la multitud, a la que mis empleados ya están

tranquilizando tras comprobar la falsa alarma, y sale por la puerta de atrás como si nada hubiera pasado.

El silencio a mi alrededor me resuena en los oídos. Andrews me pone una mano sobre el hombro, poco a poco, prudente.

—¿Llamo a la policía?

La silla emite un chirrido cuando me impulso hacia atrás para levantarme.

—Yo me encargo.

—Tyler...

—Yo me encargo —insisto, más firme esta vez. Me vuelvo cuando ya estoy saliendo por la puerta del despacho—. ¿Cuánto dinero había?

Andrews se encoge de hombros.

—Unos doce o trece mil. He visto que no estaba cuando he ido a cogerlo a última hora de la mañana para llevarlo al banco.

Me largo sin despedirme. La cabeza me echa humo. No me puedo creer que... ¿De verdad es una ladrona? ¿Esa chica con la que me reí a carcajadas? ¿La que me llevó a una exposición de fotografía y me folló en los baños? ¿La que me pintó las uñas y me pidió que la abrazara para dormir? Y la culpa de que no pueda creérmelo del todo y las dos imágenes de ella no terminen de cuadrar en mi mente es solo mía, porque se supone que ya debería haberme olvidado de la Sue de aquel fin de semana.

Ni siquiera estoy pensando cuando me monto en el coche y conduzco hasta el barrio donde está el apartamento de su hermano. No sé si sigue allí, pero es el único sitio donde se me ocurre empezar a buscarla a esta hora. Porque me imagino que si la llamo no va a tener la deferencia de cogerme el teléfono.

Aparco de cualquier manera frente al edificio. No he visto su moto por los alrededores, pero, a pesar de ello, empujo la puerta del

portal, que se abre sin oponer resistencia, y subo las escaleras a toda velocidad sin pararme a contemplar los grafitis de las paredes —aunque me da la impresión de que hay alguno nuevo—. Me planto en su rellano. Estoy a punto de llamar cuando me acuerdo de algo y decido probar suerte con las baldosas. Hay una suelta, sí, pero ninguna llave debajo. Chica lista. Me acerco a la puerta e intento oír algo a través de ella. Nada. Los vecinos de arriba hacen muchísimo más ruido y sus voces inundan toda la escalera.

Llamo con los nudillos, flojo al principio y un poco más fuerte después. No la oigo, pero siento la presencia de alguien al otro lado. Apoyo una mano en el marco de la puerta, con el brazo en alto, y clavo la vista directamente en la mirilla, con el gesto serio e impaciente. Dos décimas de segundo después oigo el ruido que hace al salir corriendo hacia el cuarto. Va a...

—Ah, no. No, no —murmuro para mí mismo mientras me lanzo hacia las escaleras—. Ni de broma.

Bajo tan rápido que salto la mitad de los escalones. Casi derrapo al doblar la esquina. Y entonces la veo. Nos miramos a los ojos, a unos metros de distancia, por un segundo eterno. Ella, que acaba de desplegar el último tramo de la escalera de incendios, tira de nuevo de la estructura hacia arriba para que yo no pueda subir. No he corrido más rápido en mi vida, ni siquiera en mis mejores partidos de la universidad. Salto y un latigazo de dolor me sacude el brazo derecho cuando lo estiro para alcanzar el último peldaño. Sue sabe que no puede luchar contra mí usando la fuerza, así que lo suelta y cambia de dirección, esprintando escaleras arriba. Aguanto el dolor del codo con los dientes apretados, extiendo el tramo final de la escalera y subo a toda velocidad. Ella ya ha pasado de largo la ventana abierta de su apartamento cuando yo alcanzo el primer

piso. Va a toda hostia y, por un momento, temo no llegar a alcanzarla. Me esfuerzo un poco más.

La agarro por el tobillo cuando se está encaramando a la azotea. Se libra de mí con una patada en el hombro que casi me hace perder el equilibrio y me arranca una palabrota muy malsonante en voz baja. Me impulso hacia arriba y me lanzo detrás de ella de nuevo. No sé qué idea tiene de hacer después de esto, si tal vez tiene intención de empezar a saltar de tejado en tejado hasta que se estampe contra el suelo, y tampoco me apetece descubrirlo. Salto hacia delante y engancho un brazo alrededor de sus piernas en la caída. Tropieza y cae de bruces contra el suelo con un grito y una ristra de maldiciones que incluso me ofenden un poco. Tiro de su cadera para darle la vuelta, me arrastro sobre su cuerpo y le sujeto las manos a los lados de la cabeza en cuanto estoy sobre ella, inmovilizándola, y quedamos frente a frente.

Me mira como si quisiera asesinarme muy lentamente y con varios métodos de tortura encadenados para luego cortarme en trocitos muy pequeños y alimentar con mis restos a su ejército de pirañas. Le pega muchísimo tener pirañas como mascotas, de verdad. Está furiosa y, si no tengo cuidado, me pegará una buena patada en las pelotas.

Así que le sonrío de medio lado.

—Hola, mentirosa —ronroneo, con los ojos clavados en los suyos.

Gruñe y se revuelve. Aparto la cabeza hacia atrás cuando levanta la suya de golpe con toda la intención de partirme la nariz con la frente.

—Tan pequeña y tan peleona.

—Vete a la mierda.

Suelto una risita irónica.

—¿Yo? Creo que tienes algo que es mío. Y, si dejas de comportarte como una suricata cabreada, te daré una sola oportunidad para que me lo expliques antes de llamar a la policía.

—¿De qué coño hablas?

—¿No sabes lo que son los suricatas? Una vez los vi en el zoo y, ¿sabes?, son unos bichos pequeñitos y parecen inofensivos, pero al lado tenían un cartel que decía: «Cuidado, somos muy monos, pero mordemos». Así es exactamente como te describiré cuando los agentes que acudan a mi llamada me pidan detalles.

—Sé lo que es un puto suricata —masculla entre dientes.

—Y también sabes que me has robado un montón de dinero y que te tengo grabada en las cámaras de seguridad del club... Oh, espera, ¿eso no lo sabías? Bueno, ya ves, puedes correr, puedes esconderte, pero la policía no será tan amable como yo. ¿Te apetece invitarme a tomar algo y hablamos? ¿O prefieres irte saltando por los tejados a la luz de la luna? No voy a perseguirte más, esta es la última oportunidad.

Se retuerce bajo mi cuerpo y me empuja con las caderas para que me quite de encima. Y, vale, esto no debería estar poniéndome cachondo. Me aparto con mucho cuidado de no dejar mis partes más vulnerables al alcance de su rodilla y le suelto las muñecas cuando ya estoy en condiciones de ponerme de pie lo más rápido posible. La miro, ahí tumbada, con unos *leggins*, las botas abrochadas a toda prisa y una camiseta de tirantes ancha. Parece que no esperaba visita. Le tiendo la mano para ayudarla a levantarse. Me suelta un bufido, me pega en el dorso con muy mala leche y se pone de pie ella solita.

—Vale. Vamos a hablar.

Da la impresión de que le duele ceder y decir esas palabras. Asiento y le señalo el camino de vuelta a la escalera de incendios.

—Las señoritas primero.

Me enseña los dientes. Lo juro. Como un animal acorralado.

La sigo en la bajada sin perderla de vista ni una sola décima de segundo. Es muy capaz de desaparecer si me atrevo tan solo a pestañear.

Tira de la ventana entreabierta para dejar el hueco suficiente para colarse por ella. En su favor, debo decir que no intenta cerrármela en las narices. Atravesamos esa habitación donde me echó uno de los mejores polvos de mi vida y luego me obligó a huir a toda prisa y me guía hasta el salón. Se vuelve a mirarme con esa actitud de perdonavidas que odio admitir que me encanta.

—¿Quieres una limonada? Creo que es lo único que tengo.

—Sí, y todo el dinero que me robaste anoche también.

Hace una mueca.

—No tengo el dinero.

Enarco una ceja.

—Ah, ¿no? ¿Y dónde está?

No responde. Camina tan tranquila hasta lo que creo que es la cocina y la oigo trastear en la nevera.

—Tráela cerrada, si no te importa.

—¿En serio? —responde, muy molesta, desde la otra sala—. ¿Crees que te voy a envenenar?

—Más vale prevenir con una chica como tú.

Miro alrededor mientras ella farfulla, seguramente una serie de insultos que me alegro de que no suelte más alto. Mi orgullo no podría aguantar intacto ciertas cosas. Hay dos libros sobre la mesa de centro. Uno lleva adherida al lomo la pegatina de una biblioteca pública. El otro está viejo, con las esquinas arrugadas, las hojas amarillentas y *post-it* de colores sobresaliendo de varias de ellas. Lo cojo y le doy un par de vueltas entre las manos.

—Suelta eso, por favor.

Uy, qué educada. Me vuelvo para mirarla y jugueteo un poco más con el libro, solo para molestar.

—*Poemas selectos* de Oscar Wilde. No sabía que te gustaba la poesía, suricata.

Se acerca, me lo arrebata de las manos y vuelve a dejarlo donde estaba. Me estampa una lata contra el pecho. La examino antes de abrirla y ella tensa la mandíbula. Se sienta en el borde del sofá y me señala una butaca que hay detrás de mí.

—Siéntate. Como si estuvieras en tu casa.

—Gracias. Supongo que lo es, si mi dinero paga el alquiler.

Aprieta los labios, pero no dice nada mientras tomo asiento y me enfrento a su mirada. Pasamos unos segundos en silencio. Estoy esperando su explicación y no pienso irme sin ella. Me fijo en el jersey que hay sobre el brazo del sofá. *Mi* jersey. Ese que se puso para ir a la exposición y se llevó con ella cuando se escabulló a la mañana siguiente. Se da cuenta de que me he fijado, lo coge y lo lanza hacia atrás para que cuelgue del respaldo.

—Muy bonito, ladrona.

Entorna los ojos.

—Me llamo Sue. No mentirosa, ni ladrona, ni suricata.

—Ah, pero esos te definen mucho mejor. Sue Morrison —digo su nombre como si lo paladeara—. Quedará precioso en la ficha policial.

—No sé por qué no los has llamado ya, si tantas ganas tienes de verme detenida.

Le sostengo la mirada. Hay algo más detrás de esa fachada y el hielo en sus pupilas en el que se refugia para parecer una chica dura. Relajo los hombros y respiro antes de hablar:

—Porque, por alguna razón que no sé, ni me vas a querer contar, les tienes pánico a los policías. Porque hace un mes me convenciste

de que no eras tan mala persona como tú te crees. Y porque espero que tengas una explicación que me deje satisfecho y que me prometas que me vas a devolver hasta el último centavo. ¿Dónde está mi explicación, nena?

Si las miradas matasen, ya serían dos los delitos que añadir a su ficha policial.

—No me llames nena.

—Sigo esperando.

—No puedo explicártelo, ¿vale? —se desespera. Se levanta y se pasea de un lado a otro del salón—. No quieres implicarte en nada y, si te lo cuento, vas a estar implicado, lo quieras o no. Así que solo puedo decirte que, de verdad, de verdad, *de verdad* necesito ese dinero, y que prometo devolverte todo, te lo juro, en cuanto pueda.

Quiero creerla, pero no sé si *puedo*.

—¿En qué lío te has metido?

—No quieres saberlo.

—¿Es por tu hermano?

No hace falta que conteste. Está muy claro que sí. Apenas la conozco y debería haberla denunciado y no venir aquí a enfrentarme a ella así. Pero es que la miro y veo a la chica de ese fin de semana. A la que está tan perdida como yo. A la que está rota en piezas pequeñas y afiladas que cortan como un bisturí.

—Lo siento, Tyler —dice en un tono atormentado que parece sincero. Mi nombre desprendiéndose de sus labios se me clava entre las cejas—. Lo siento, en serio. No sabía... No podía... No habría hecho esto si no estuviera desesperada.

Sí que parece desesperada. Pero es que no sé si esta Sue es real o es solo una muy buena actriz.

Me termino la limonada de un sorbo largo y dejo la lata con un golpe seco sobre la mesa, tan cerca de su libro hecho pedazos, que

lanza una mirada rápida y alarmada en esa dirección para asegurarse de que no voy a estropearlo más. Luego me pongo de pie.

—Esto es lo que vamos a hacer —empiezo—: Voy a largarme de aquí y no voy a denunciarte..., de momento. Voy a hacer como si nunca te hubieras cruzado en mi camino y me voy a olvidar de tu existencia. Pero me voy a poner una alarma en el calendario, Sue Morrison, el último día del año. Y, si para ese día no has devuelto todo lo que has robado, te aseguro que no vas a librarte de esto. Porque voy a saber dónde encontrarte, no lo dudes, haré guardia delante de la cárcel en la que hayan metido a tu hermano hasta que aparezcas, si hace falta. Así que, cuando tengas mi dinero, te acercarás hasta la puerta del club y se lo darás a Kowalski y solo a él, ¿lo has entendido? No vuelvas a poner un pie dentro ni una sola vez más en tu vida, porque te juro que, como te vea aparecer por allí, lo primero que haré será llamar a la policía. ¿Estamos de acuerdo?

No deja de sostenerme la mirada, aún a la defensiva, aún en pie frente a la batalla, aunque la derrota esté anunciada desde el principio. Asiente una sola vez. Me estiro para coger el jersey que se llevó de mi casa y aprieto la tela en el puño mientras retrocedo hasta la puerta.

—Adiós, Susie, que tengas suerte.

Ella ni siquiera se despide antes de que pegue un portazo al salir.

Hay un par de adolescentes con botellas de alcohol entre las manos admirando mi coche. Les lanzo una mirada de advertencia al acercarme y retroceden entre risitas burlonas. Tiro el jersey al asiento de atrás, arranco y me largo de aquí por última vez en la vida.

En este barrio no hay nada que merezca la pena.

18

Killer Queen



Sue

Llevo dos semanas enteras buscando en cada rincón de la casa, pero no he encontrado nada. Ni el dinero que Clay me dijo que había guardado, ni rastro de drogas que la policía no encontrara.

Ese maldito cabezota de mi hermano... Por poco dinero que hubiera guardado, sería mejor que nada. He hecho todo lo que se me ocurría, *todo*, y apenas he conseguido veinticinco mil. Y no es suficiente.

Además, ya es la segunda vez que voy al Centro de Detención y Clay se niega a verme. Y la visita del maldito Tyler Sparks la semana pasada tampoco ayuda. No es que él tenga la culpa, claro, en realidad fue un ángel al darme margen y no denunciarme directamente. Pero el caso es que aún me faltan más de treinta mil y que, a no ser que me busque un buen cómplice para atracar un banco, no se me ocurre nada más que pueda hacer para conseguirlos.

Hay una cosa, en realidad.

Sacudo la cabeza para que ese pensamiento se esfume de mi mente. No puedo... No podría... No voy a ser capaz de hacerlo. Eso sí que no.

Pero... ¿y si no hay otra forma? ¿Cómo voy a conseguir treinta y cinco mil dólares más?

Piensa, Sue, piensa.

Me paseo por la casa a oscuras, descalza y vestida solo con la camiseta larga de Green Day. El calor ha llegado de repente con los primeros días de mayo y se ha colado en el apartamento sin molestarse en llamar. Intento pasar desapercibida, así que procuro salir temprano por la mañana y volver cuando ya ha caído la noche, refugiada en la oscuridad y atenta a cualquier coche o persona que no sea habitual en el barrio. Últimamente incluso entro y salgo por la escalera de incendios, por si esa gente a la que mi hermano debe dinero se pasea por aquí para comprobar si hay alguien ocupando su lugar. También por eso no enciendo la luz si no es totalmente imprescindible y me muevo por la casa como un fantasma. Es casi como si no existiera. Y, si no fuera por ese trabajo en la tienda de fotografía que es lo único que me ancla a la realidad, nadie me echaría de menos si un día desapareciera. Creo que ni siquiera yo lo haría. Total, ya solo me siento yo misma cuando estoy trabajando y tengo una cámara entre las manos, y eso que hace meses que lo único que puedo retratar son primeros planos para insulsas fotos de carnet.

Vale, piensa.

Estiro los brazos por encima de la cabeza y camino de puntillas, intentando imprimir a mis movimientos gracia y feminidad. A Sam le encantaba cada vez que me movía así. Se reía tanto que terminaba por contagiarme y estropear mi perfecto equilibrio.

Unos toques suaves y rítmicos en la puerta me llevan a apoyar los talones de golpe en el suelo y girar la cabeza hacia allí de una forma brusca que hace que se me resienta el cuello y me obliga a masajeármelo con delicadeza.

Guardo completo silencio. Me quedo tan quieta como una estatua.

A lo mejor me lo he imaginado.

Pero la llamada se repite y me acerco muy despacio y con sigilo hacia la puerta.

—¿Sue? Sue, ¿estás aquí?

Suelto el aire que estaba conteniendo y me doy prisa en abrir cuando reconozco la voz del abogado de mi hermano hablando en un tono discreto y pegado a la madera, casi como si él también temiera que alguien pueda encontrarme.

—John, ¿qué pasa?

Mira hacia atrás y se asegura de que no hay nadie antes de pedirme permiso en un gesto y pasar al interior en cuanto me aparto y se lo concedo.

—¿Tienes un minuto?

—Sí. Sí, claro. Ven, pasa por aquí.

Lo guío hacia la cocina, donde puedo encender la luz sin que se vea desde la calle. Pego la espalda a la puerta de la nevera cuando él deja el maletín sobre la encimera y se apoya en el borde para mirarme.

—Tranquila, he estado un rato dando vueltas por los alrededores para asegurarme de que no me seguía nadie y de que no había nada sospechoso por aquí. No han venido a molestarte, ¿no?

Niego con la cabeza.

—No. ¿Clay aún cree que van a venir a por mí?

—No necesariamente a por ti, pero quizá sí a destrozar el apartamento si aún creen que quedó algo de droga en algún rincón.

Y creo que tiene razón, ¿sabes?, harías bien en irte lejos.

Aprieto los dientes y me trago la bola de ira que me trepa por la garganta. ¿Cómo es posible que no lo entiendan? ¿Cómo es posible que no lo entienda nadie?

—¿Por qué has venido, John? ¿Qué pasa?

Cruza los brazos, coge aire y lo suelta en una espiración larga y ruidosa por la nariz. Está muy serio cuando me sostiene la mirada.

—Tenemos que convencer a Clay de que colabore con la policía. Ya no es solo por la reducción de la pena, ahora mismo eso es lo que menos me preocupa. Que colabore con ellos es la única forma de que le pongan protección.

—Protección —repito, mientras las palabras rebotan de un lado a otro de mi cerebro y no me siento capaz de terminar de entenderlas —. ¿Qué ha pasado?

—Le han dado una paliza.

Separo la espalda de la nevera y doy un paso ansioso hacia él.

—¡¿Otra vez?! ¿Cómo está? ¿Qué ha...?

—Está en la enfermería, va a tener que pasar unos días allí. Le han dado varios puntos en la cabeza, tiene roto el húmero izquierdo. Está hasta arriba de analgésicos.

Me tiemblan las piernas. Me pesan los brazos. John Daniels da dos pasos rápidos hasta mí y me sostiene por los codos antes de que me tambalee.

—Sue, si sabes por qué está pasando esto, tienes que decírmelo. No puedo protegerlo si no sé de qué. Y no puedo pedir que lo reubiquen si él no les da algo de lo que quieren. La policía necesita la información que él tiene. Y él necesita que lo saquemos de la planta en la que está y lo llevemos al módulo para presos que precisan de protección. Esto no puede seguir así hasta el juicio.

—El juicio...

—Veintiocho de junio.

—¿Qué?

—Nos han mandado la notificación esta mañana.

Mes y medio. Solo mes y medio. *Aún* mes y medio.

—¿Qué va a pasar si no colabora?

—Si las cosas siguen el curso actual y el caso no se nos complica... unos ocho años. Tienes que insistirle en que hable, Sue, eres la única que puede convencerlo.

Suelto una risita irónica que resuena triste contra las paredes.

—No quiere verme. Lleva dos semanas sin querer pisar la sala de visitas cuando voy allí. Es imposible que me escuche si ni siquiera puede oírme por mucho que grite.

John me observa con cautela, pasando las pupilas de una a otra de las mías como si esperara leer algo más esperanzador en mi interior. Siento mucho que se encuentre con este pozo vacío, de verdad que sí.

—¿Qué está pasando, Sue?

Estoy a punto de decirlo. Tengo la explicación en la boca del estómago y me quema tanto que la vomitaré en cualquier momento. Pero entonces pienso que si le digo al abogado todo esto...: lo del dinero, lo de la droga, las deudas y mi reciente actividad delictiva, no voy a poder seguir con ello hasta el final. Va a encontrar la manera de evitar que yo pueda conseguir lo que necesito para salvar a mi hermano. Va a intentarlo por unos cauces legales que está demostrado que no funcionan.

No. Él que se encargue de la defensa. Yo me encargaré de esto.

—No lo sé —murmuro, y sacudo la cabeza con pesar—. Tú lo ves todas las semanas, yo no.

Emite un sonido frustrado algo gutural. Coge su maletín de la encimera y asiente con resignación.

—Si te enteras de algo, ¿me lo dirás?

—Claro.

Mentirosa.

—Si consigues hablar con tu hermano, ¿intentarás convencerlo de que hablar es su mejor opción?

—Sí, por supuesto.

No quiere verme.

—Y, si tú necesitas algo, ¿me llamarás?

—Lo haré.

No lo haré.

—Bien. —Deja caer los hombros y parece derrotado mientras camina hacia la salida—. Cuídate, por favor.

Asiento un par de veces cuando se vuelve a mirarme.

Murmura una despedida a la que no respondo antes de salir por la puerta. Lo oigo bajar las escaleras a buen ritmo.

Esto también es culpa mía. Haber metido a ese pobre abogado en este caso imposible de defender, con un Clay que no quiere que le ayuden si hay la mínima posibilidad de que ayudarlo me ponga en peligro a mí. Yo lo llamé, yo le di el nombre del padre de Tyler para cobrar un favor que no me había ganado ni me correspondía. Y, si esto está haciendo que le duela horrores la cabeza, entonces yo soy la migraña.

Pero ahora no puedo preocuparme por el abogado ni por nadie más. Ni siquiera por mí. Mucho menos por mí. Tengo algo que hacer. Porque han vuelto a agredir a mi hermano por un dinero que yo ya debería haber conseguido. El brazo, la cabeza..., ¿qué será lo próximo? ¿Qué más le pueden hacer? Bueno, no voy a quedarme sentada a averiguarlo. Es hora de que entierre a la niña que siempre tiene miedo de una maldita vez.

Voy a la habitación y me visto con lo primero que encuentro en la penumbra del armario. No pasa nada, casi todo es negro, blanco o gris, excepto la cazadora de cuero, así que todo combina.

Hoy es jueves y los jueves por la noche hay movimiento en Sunset. Voy a tantear el terreno una última vez. Luego me prepararé. Y el jueves que viene...

Voy a conseguir todo ese dinero que le hace falta a mi hermano.

Y me temo que para ello voy a tener que comprarme un vestido bonito y ser una niña pija más. La más rebelde y ansiosa por fundirse el dinero de papá a cambio de un poco de emoción que se haya visto por allí.

El vestido es precioso, negro, con brillo sobre la zona del pecho y en el lateral de la falda larga hasta el suelo. El escote es palabra de honor, bien ajustado y fruncido entre los pechos. No tiene mangas, solo una tira fina de tela a un lado, que se me enreda en el brazo cubriendo a medias el tatuaje del búho. Una franja de gasa semitransparente cubre la zona del abdomen y la falda tiene una abertura lateral hasta la cadera en el lado izquierdo que deja ver el dragón de mi pierna cada vez que doy un paso. Es espectacular. Y espectacularmente caro, también, por eso no le he quitado la etiqueta. Lo devolveré en un par de días y aquí no habrá pasado nada. No creo que vaya a tener tanta suerte con los zapatos, sé que voy a querer partir en dos esos tacones en algún momento de la noche y, basándome en el estado de mi autocontrol últimamente, terminaré por hacerlo. Da igual, solo tengo que concentrarme en una cosa. Una única cosa, y mañana esto habrá terminado.

Termino de repasarme la raya del ojo y me contemplo en el espejo del baño. No es la mejor luz, pero sé que todo en el *look* de

esta noche juega a mi favor.

Veo el casco de la moto sobre la mesa del comedor cuando salgo del baño y hago una mueca. La echo de menos. La llegada de esta noche sería mucho más impresionante encima de una Ducati, pero así son las cosas. Me acerco a la estantería para pescar un pellizco del dinero, cada vez más escaso, que tengo ahí escondido, para pagar los taxis de ida y vuelta. Luego paso a la habitación. Me pongo la cazadora roja, me cuelgo del hombro un bolso pequeño lleno de billetes y enredo los dedos en las finas tiras de los tacones para llevarlos en la mano al bajar por la escalera de incendios.

El taxi que he llamado hace diez minutos ya me está esperando en la calle. Me ha costado que me mandaran uno porque, al parecer, no les gusta venir a este barrio. Me subo al asiento trasero sin perder el tiempo y recito la dirección en la que quiero que me deje y no la de mi destino final. Que me vean llegar en taxi podría ser contraproducente con esos niños que nadan en dinero. Me pongo los tacones por el camino.

Es una tortura caminar con eso en los pies, pero ya casi estoy, ha sido solo dar la vuelta a la manzana desde donde me he bajado del taxi. Una vez que me cuelo por la puerta entreabierta del local, encuentro a un tío enorme, con gafas de sol en el interior en plena noche cerrada, custodiando el paso a una enorme sala. Se da un aire a Kowalski, aunque parece menos simpático, no tiene pinta de ir a ofrecerme *pizza* y, si me llama cariño, voy a tener que meterle uno de los tacones por el culo.

—¿Qué buscas? —Es lo que pregunta, de forma brusca.

—Vengo a jugar.

Se levanta las gafas de sol, me mira de arriba abajo y da un paso a un lado para interponerse del todo en mi camino.

—¿Y quién te crees que eres?

Le sonrío con mi mejor expresión inocente. Hoy el disfraz es de chica rebelde, pero ingenua, que no tiene ni idea de dónde se está metiendo. Muevo la pierna para que le eche un buen vistazo al tatuaje.

—Soy una chica que tiene dinero y viene a jugar. ¿No es lo que hace falta aquí?

—Para entrar aquí hace falta un padrino.

Me muerdo el labio, pintado de rojo intenso, y luego me paso la lengua despacio por la marca de los dientes.

—Él me dijo que se podía venir a jugar —le digo en voz baja, con una mueca traviesa.

Vuelve a observarme con mucho más detenimiento que antes.

—¿Cómo te llamas?

—Morgan.

Lo digo sin temblar, aunque sienta el estómago revuelto. Me repito que tengo que hacerlo por Clay y que los malos recuerdos no van a detenerme. Que ni siquiera los buenos van a detenerme esta vez.

—Morgan.

—Puedes llamarme Mor.

—Hay una cantidad mínima, Mor.

Suelto una risita coqueta, le guiño un ojo, me acerco un poco más y abro el bolso para mostrarle el contenido.

—Cambio de veinte mil en fichas, lo sé.

Hay que ver lo que los niños pijos son capaces de llegar a hablar en voz muy alta y con total impunidad en la puerta de un sitio como este. Y yo he pasado ya unas cuantas noches rondando la zona cuando salían de aquí borrachos y con veinte mil pavos menos.

—¿Quién dices que te ha hablado de este sitio?

Levanto la mirada y lo observo entre las pestañas. Me aseguro de que tanto él como el chico que apenas ha dejado atrás la adolescencia y nos observa creyéndose muy discreto desde detrás de la cortina que nos separa de la sala echen un buen vistazo a mi escote.

Y entonces suelto el nombre de la carta blanca.

—Tyler. Tyler Sparks.

19

Caution



Tyler

He lavado el maldito jersey cuatro veces, pero sigue oliendo a ella. O a lo mejor es que tengo ese olor de su pelo tan metido en el cerebro que será imposible sacarlo de ahí ya.

Lanzo la prenda de ropa al fondo del armario con un gruñido y vuelvo hacia el salón a grandes zancadas cuando oigo el tono de llamada del móvil.

De un tiempo a esta parte, cada vez que suena el teléfono, o es mi madre o son malas noticias. Y no sé qué es lo que me da más miedo últimamente. Si tengo que aguantar otra conversación con mi madre diciéndome que se vuelve a ir a San Francisco el fin de semana, voy a vomitar.

No es ella.

Es un número que tengo agendado con el nombre de Lee y que hacía por lo menos dos años que no me llamaba. Aún más tiempo desde la última vez que yo lo llamé a él. Sé que no debería cogerlo y

que es mejor mantenerme lejos de ese tipo y de ese ambiente, pero me crea mucha curiosidad el motivo de su llamada después de tanto tiempo.

Descuelgo cuando ya han pasado al menos seis tonos.

—¿Lee?

—Sparks. Tío, no sabía si tenías el mismo número. Oye, ¿cómo estás? Hace mucho que no nos vemos.

Sí, claro, desde que sus colegas me partieron el brazo cuando les gané la última mano.

—Bien. Estoy bien. Genial. —Un poco de optimismo de más, para que vea que no los echo de menos, ni a ellos ni la vida que llevaba entonces—. ¿Y tú? ¿Qué pasa? ¿A qué debo el honor de esta llamada?

—Mira, hay aquí una preciosidad con veinte mil en fichas vigilando una partida hasta que se constituya la otra mesa y pueda empezar a apostarlas, ¿sabes? Joder, tío, está... Uf. Crayton se va a cabrear mucho como pierda esta partida por estar empalmado y sin quitarle la vista de encima a sus tetas. —Se ríe bajito—. Pero, bueno, supongo que no hay muchos que puedan decir que les queda sangre en el cerebro, así que no hay ventajas.

—¿Y esto me importa por...?

—Ah, pensé que te importaría porque la chica, Morgan, ha dado tu nombre en la entrada. Dice que viene de tu parte.

Su puta madre. Morgan... Solo puede ser una persona y da igual el nombre que se ponga, no engaña a nadie.

—¿Sparks?

—Voy para allá.

—¿En serio?

—Que no empiece esa partida sin mí.

Lo oigo gritar «¡Veinte mil en fichas!» cuando ya estoy colgando el teléfono.

Me cambio de ropa a toda velocidad, cojo las llaves del deportivo y bajo al garaje por las escaleras, sin paciencia para esperar al ascensor.

Tengo que pasar por el club para conseguir el dinero en metálico que me falta. Y luego... luego, cuando llegue allí, esa mentirosa va a verme cabreado de verdad.

—Vaya, Sparks, ¿cuánto hace que no venías por aquí?

Choco la mano con Kenneth, el tío enorme que se encarga de «la seguridad», pero no se me olvida que él estaba delante el día que me dieron una paliza en la calle justo enfrente de la salida. No me da tiempo a decir que hace tres años y que ojalá no hubiera tenido que volver nunca, porque entonces Lee se asoma a la cortina y me hace un gesto para que entre.

Paseo la vista por el local mientras el cabecilla de esta panda de niñatos me habla y su chica me cambia el dinero por fichas. No me cuesta encontrarla.

Madre. Mía.

Está... Es... Parece...

No hay palabras que la describan, en serio. ¿Es siquiera legal ese vestido? Tiene una copa en la mano, pequeña y con forma triangular, que se lleva a los labios en un gesto muy estudiado para dejar fuera de juego al pijo con polo, mocasines y el pelo engominado que le dice cosas al oído y se la come con los ojos.

Y entonces levanta la mirada y me ve. Parece sorprendida por solo un segundo y luego mantiene su pose y me sonríe. Si no los llevara tan ajustados hoy, se me caerían los pantalones al suelo.

¿Qué...? Recorro su figura con la mirada, despacio. El escote, las transparencias... Adelanta la pierna izquierda cuando mis ojos bajan por ella para dejarme recorrer los trazos de su tatuaje.

Y creo que ahora estoy aún más cabreado.

—Tenemos mesa de seis. Caballeros..., *señorita* —dice Lee, y avanza para apartar una silla de la mesa redonda que hay al fondo. Le hace un gesto para que se siente y ella lo hace, con elegancia y sin perder la sonrisa coqueta—. La apuesta mínima son mil dólares. Yo pongo la pequeña.

Me adelanto a un crío enclenque que tenía la intención de sentarse a su lado. Intenta decir algo, pero escoge otra silla y no protesta cuando le lanzo una mirada de clara advertencia. El pijo engominado se ha sentado a su derecha y se inclina hacia ella para decirle algo que la hace reír.

Me hierve la sangre en las venas.

Lee se sienta a mi lado y me lanza una ficha grande y plateada. Eso significa que yo doy la mano.

—Creía que no apostabas.

Me vuelvo y me encuentro sus ojos grises asomando entre las largas pestañas. Niego con la cabeza.

—Creía que ya te habías olvidado de mi maldito nombre, *Morgan*. —Tuerce el gesto—. ¿No te gusta? Ya ves que no engañas cambiando de identidad.

—Al menos esta no es falsa del todo —susurra, burlona.

Tomo aire y lo dejo salir en un gruñido que estoy seguro de que al menos la mitad de la mesa puede oír.

—Me estás tocando mucho los cojones.

Se acerca un poco más.

—No en el sentido literal. Qué pena.

Una sonrisa traviesa. Una mano paseándose descarada por mi hombro. No sé si quiero gritarle o besarla hasta borrar todo el color que le cubre los labios.

Pero ella deja de prestarme atención cuando Lee me pasa la baraja para que empiece a repartir las cartas.

—Oh, un momento —dice, con el mejor falso tono inocente que he oído en la vida—, ¿cuántas cartas necesito?

La vigilo de reojo. Y no me creo que no sepa poner cara de póker porque yo la he visto hacerlo en muchas situaciones ya, así que está claro que está actuando. Que se está haciendo la niña rica tonta e inexperta. Lo que no sé es hasta qué punto *sí* que sabe jugar.

Y las primeras partidas dan a entender que no mucho. Apuesta el mínimo, se retira pronto, gana una de pura chiripa con una mano de color que al parecer ni siquiera sabía que tenía. Y no para de contar sus fichas como si temiera quedarse sin ellas antes de poder seguir jugando, pero, por pura suerte, ha acabado consiguiendo alguna más de las que ya tenía.

En la siguiente mano, ya he puesto cinco mil pavos encima de la mesa, y es su turno de ver los mil más que ha subido Lee hace un momento o dejarlo pasar.

El engominado, que acaba de retirarse de la partida al igual que el que se ha sentado al otro lado de Lee, se acerca para hablarle en voz baja y ella esconde sus cartas contra el pecho.

—Te toca, Mor —le dice, y a mí se me retuerce el estómago cuando oigo el modo en que le dedica ese diminutivo cariñoso que no se corresponde en absoluto con ella—. Tienes que ver la apuesta o...

—Ya la estoy viendo —rebate, con una ceja alzada.

El idiota se ríe como si fuera encantadora y quisiera cuidarla toda la vida solo hasta que se la pueda follar muy duro contra la pared.

—Tienes que poner mil más si vas, o retirarte si no tienes buenas cartas.

—No puedo decirte si mis cartas son buenas o no, Timmy.

—No, no debes. Tienes que decidirlo tú.

Ella sonríe. Luego se echa hacia atrás para volver a mirarlas y asiente.

—Bueno, solo son mil más, ¿no? No pierdo mucho.

Lanza la ficha al centro de la mesa como si no valiera nada. Ya van seis mil en fichas sobre el tapete y parece que ni los ha contado. Todos la contemplan, aunque intenten disimular. Y los tiene del todo engañados, creo, pero no puede engañarme a mí.

No me engaña, para nada, pero la vista se me escapa cada dos segundos exactos para acariciar la curva de sus labios. El problema es más grave de lo que mi terapeuta cree si mi nueva adicción es una morena tramposa; si todo esto: el ambiente, ella, el juego, ella, el riesgo, *ella*, los malos recuerdos, *ella*, y ese puto vestido me ponen tan cachondo.

Estoy excitado y muy muy cabreado. Y eso no es una buena combinación.

—Sparks —me llama la atención Lee—. ¿Vas?

Miro las cartas que hay sobre la mesa y vuelvo a estudiar las mías. Ya solo falta una por descubrir y con la última a la que acabamos de dar la vuelta la partida no pinta demasiado bien para mí. Cinco mil dólares a la basura, supongo.

—No voy.

—No va —repite Lee—. Muy bien. Cody, la señorita y yo.

—Me llamo Morgan —replica ella con media sonrisa que esconde rápido en su copa.

—Dos mil más —apuesta el anfitrión, y lanza las fichas sobre la mesa.

Cody niega con la cabeza. Tira las cartas y se recuesta sobre el asiento.

—No voy, tío.

Todas las miradas se clavan en ella. Creo que se me va a salir el maldito corazón por la boca. ¿Está actuando? ¿O de verdad tiene tan poca idea de jugar al póker como aparenta? Lo tenía claro hace unos segundos, pero ahora, mientras se muerde el labio y parece pensar, ya no estoy tan seguro. Finalmente pone sus dos cartas boca abajo sobre la mesa y niega.

—No voy. —Me lanza una mirada cándida de medio lado—. ¿Se dice así?

Suelto una risita queda por la nariz. No hay quien se trague su teatrillo. O quizá sí, porque mientras Lee se estira sobre la mesa para recoger todas esas fichas que ha ganado, ese tal Timmy ya le está respondiendo con voz dulce e intentando llamar su atención.

Yo sostengo la mirada del imbécil de Bedford. La última vez que lo vi acababa de partirme el cúbito y el radio con la suela de su bota. Me dedica una sonrisa algo sádica, que respondo con otra parecida.

—¿Has venido a jugarte el otro brazo, Sparks? Qué pena no haber vuelto a verte en el campo, el nuevo *quarterback* no valía para nada.

No me molesto en responder. Siento que Sue me estudia, pero no desvío la vista hacia ella ni por un segundo.

—A ver, ¿qué tenías? —Oigo a Timmy, como si la chica que está sentada a su lado necesitara que un tío le explique *algo*. Qué perdido está, el muy tonto.

Pero todos le prestan atención, porque no hay nada que le guste más a una panda de niños mimados que una chica guapa que necesita que le enseñen lo que ellos saben. Y ya llevan unas cuantas manos explicándole si podía haber ganado o no con las cartas que le tocan.

Lee muestra las cartas primero. Sobre la mesa ya había dos sietes y él tiene otro. Un trío y nada más. Sue las mira y se encoge de hombros antes de enseñar las suyas: un siete y una reina que hace una pareja perfecta con la otra que hay sobre la mesa.

Los chicos resoplan.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta ella.

—Tienes un trío y una pareja. Eso es *full* —explica Timmy con una risita.

—¿Gana?

—Ya no, pequeña.

Ojalá Sue se pusiera de pie ahora mismo y le clavara uno de esos enormes tacones en las pelotas por llamarla «pequeña». Estoy seguro de que a mí me lo haría. Pero ni siquiera le tiembla la sonrisa.

—Vale. Ya lo veo —se lamenta—. Me ha dado miedo. Lee tenía cara de tener póker o lo que sea.

Se ríe suavemente cuando el resto de los chicos lo hacen.

—¿Estás segura de que quieres seguir jugando? —le pregunta el anfitrión.

—Sí. Sí, segura. Creo que ya lo tengo controlado.

—Vale, vamos allá. Yo doy la mano —sigue él—. Bedford, pones la mínima. Una ficha a la mesa. Cody, dos más. Y no seáis tan gallinas esta vez. Aquí se viene a apostar.

Sue pasa. Yo también. Nadie se atreve a empezar fuerte. E incluso Lee se achanta cuando empiezan a aparecer las cartas. No hay nada encima de la mesa. O alguien tiene muy buena mano o me temo que como la cosa no cambie nos la jugaremos a la más alta. Ella apuesta. Yo también. Y, mientras la atención se centra en el juego, me recuesto contra el respaldo y noto su mano trepando despacio por mi rodilla. Desvío la vista solo un momento, con el

corazón latiendo a toda velocidad y un cosquilleo impaciente recorriéndome el muslo hasta llegarme a la polla. Entonces veo la carta. Me la ha dejado entre las piernas.

Tramposa.

Pero, si no quiero que se meta en un lío, tengo que darle algo a cambio. Elijo la reina, mi carta más alta, y se la cuelo con disimulo por la raja del vestido. Suelta una risita tan baja que nadie nos presta atención.

Me dedica una mirada de ojos que brillan en diversión cuando la tiene en la mano y ve lo que le he pasado. A mí se me suben las pelotas a la garganta cuando veo lo que me ha pasado ella. Un as. ¿Qué está haciendo?

Vuelve a apostar. Sobre la mesa hay un abanico de cartas inconexas que no sirve para nada. Cody y Timmy acaban de rajarse. Ella ya ha puesto cuatro mil en el centro y yo tengo que igualar la apuesta. ¿Por qué está haciendo esto? Se muestra la última carta. Lee se retira. Bedford también, con un gruñido disconforme.

Sue me sostiene la mirada mientras toda la mesa está pendiente de nosotros dos. Y, a no ser que tenga otra reina entre las manos o una pareja con alguna de las del centro, no tiene sentido que se la juegue.

—Tú y yo, rubito —dice en un ronroneo coqueto.

¿Y si tiro las cartas y la subo a ella a mi regazo? Esa raja de la falda me daría un acceso perfecto justo al sitio al que quiero llegar. Podría enterrar la boca en su cuello, porque, joder, huele mucho mejor que solo ese rastro que queda en mi jersey.

—Vamos, suricata, apuesta o retírate.

Sonríe. Y tira mil más sobre el montón de fichas que ya hay en el centro.

Lanzo una ficha también.

Enseñamos las cartas a la vez.

Una reina y un dos. Nada que hacer con las cinco cartas dispares que hay boca arriba en el centro. Nada que hacer contra el as que ella misma me ha pasado.

—¿Gano yo? —pregunta, casi ilusionada, cuando echa un buen vistazo a mis cartas.

—No, pequeña, gana el as —suspira Timmy.

—¡Pero si tengo una reina!

—El as es más alto.

—¿Cómo va a ser más alto? ¡Si es solo un uno!

Los chicos se ríen. Yo recojo mis ganancias. Más de veinte mil. Mi montón de fichas crece. El suyo empieza a escasear. Lo cuento en un rápido vistazo. Le quedan nueve fichas: nueve mil dólares, seguramente de esos que robó del club.

Me guiña un ojo cuando Bedford empieza a repartir cartas y yo la miro con disimulo. Espero que no piense que las trampas compensan el dinero que me debe.

Tengo una pareja. Así que la cosa no empieza mal. Las fichas empiezan a volar por encima de la mesa. A Sue solo le quedan cuatro cuando en el centro hay un cinco, un ocho y un nueve de corazones y un ocho de picas. Yo tengo dos nueves, así que puedo seguir apostando. Entonces se destapa el *river*: un nueve de tréboles. Tengo póker.

Sue mira sus cartas y las que hay al descubierto. Hay que igualar los dos mil de la apuesta de Timmy. Hace una mueca y atrapa en el puño todas las fichas que le quedan.

—Me estoy aburriendo, pensaba que este juego iba a ser más emocionante... —Las lanza sobre el montón y sonríe con resignación —. Todo o nada, señores.

Cody resopla. Bedford se ríe entre dientes. Yo igualo la apuesta.

Lee sonríe ampliamente.

—Es una jugada muy tonta o un enorme farol, así que los veo.

Sue se recuesta contra el respaldo y sonríe con falsa inocencia. Uno a uno, todos completan su apuesta. Ya solo queda mostrar las cartas.

Hay cincuenta y cuatro mil dólares en fichas sobre la mesa.

Y cuando todos están pendientes de las cartas que deben empezarse a mostrar, mientras bullen los nervios y flota la tensión en el aire, capto con el rabillo del ojo cómo Sue le manga una ficha a Timmy de su montón sin que nadie más se dé cuenta.

Aprieto los labios y no digo nada.

Bedford tiene un ocho y un cinco: *full*.

Cody, un seis de picas y un siete de rombos: escalera.

Timmy tiene un dos y una reina de corazones: color.

Sue sigue con las cartas atrapadas en el puño cuando Lee y yo enseñamos las nuestras a la vez.

Él tiene un póker de ochos; yo, uno de nueves. Hay una serie de gruñidos encadenados alrededor de la mesa. Lee le da una patada a mi silla y hace un gesto para darme permiso para recoger mis ganancias. Y entonces Sue carraspea muy suave a mi lado, solo al volumen mínimo para asegurarse de que la oímos.

Timmy se ríe.

—Vale. ¿Qué tiene la princesa?

Ella amplía su sonrisa dulce. Se estira y pone sus dos cartas en el centro, junto a las ya desplegadas, donde todo el mundo pueda verlas.

Un seis y un siete de corazones.

Una escalera de color.

Su sonrisa se vuelve más afilada cuando un silencio espeso se cierne alrededor de la mesa.

—Escalera de color —canturrea, se pone de pie y se inclina, dando una maravillosa vista de su escote a quienes están enfrente, para recoger todas esas fichas que acaba de ganar—. Gracias por jugar, chicos.

Bedford se pone de pie, y yo hago lo mismo para enfrentarme a él si es necesario.

—Un momento.

Sue alza una ceja y compone una expresión inocente, pero no deja de amontonar sus fichas.

—Escalera de color gana a póker de nueves, ¿no? —Esta vez su voz deja claro que esa ingenuidad de la que lleva haciendo gala toda la noche es falsa.

—La suerte del principiante —interviene Timmy para calmar los ánimos—. Seguro que en la próxima mano no tiene tanta.

Sue hace una especie de reverencia torpe sujetándose la falda del vestido.

—Yo tendría que retirarme ya, caballeros, la carroza se transforma en calabaza si una no tiene el suficiente cuidado.

—No puedes largarte, tienes que seguir jugando —advierte Bedford, cabreado.

Lee le hace una seña para que se calme y se siente. Si hay algo que reconocerle a Lee es que Kenneth y él jamás han dejado que la cosa se líe dentro de la sala. No, estás seguro solo hasta que atraviesas la puerta de salida.

—¿Las normas del club no dicen que puedes retirarte al quedarte sin dinero o en el momento en que decidas, siempre que no sea durante una mano?

Parece que se ha estudiado el cartel que el anfitrión colgó en la entrada y eso que lo puso en el rincón más oscuro y detrás del grandullón de Kenneth.

—Por supuesto. La señorita Morgan ha ganado limpiamente y puede retirarse con su ganancia si así lo desea —deja claro Lee, que mira a Sue, pero mantiene vigilado a Bedford con el rabillo del ojo.

Ella sonríe satisfecha y altanera.

—Gracias. Y buenas noches, caballeros.

Abre el bolso para meter todas esas fichas dentro, junto a la que antes ya le había robado al pobre tonto que babea a su lado.

—¿Puedo acompañarte? —se ofrece él.

Ella sacude la cabeza.

—La próxima vez.

—Yo también me voy —anuncio.

Las protestas vienen de uno y otro lado de la mesa, pero recojo mis fichas con las dos manos y le hago un gesto a Sue para que camine por delante de mí.

—Christine os cambiará las fichas. —Lee señala el camino hacia el mostrador de la entrada.

Sue se pone la cazadora mientras esperamos allí. Está demasiado sosegada y con una actitud inquietantemente indiferente para haber ganado tanta pasta en solo un par de horas.

Le deslizo la llave de mi coche en el bolsillo y ella me mira de reojo al notarlo.

—Sal delante de mí —le digo en un susurro—. No te pares, ve lo más rápido que puedas. Hacia la izquierda al salir, en cuanto dobles la esquina verás mi coche aparcado unos metros más adelante junto a la acera. Ve allí a toda hostia, ponte al volante y arranca el motor, ¿me has oído?

Me dedica una mirada lánguida, casi burlona, como si le estuviera pareciendo excesivamente dramático.

—¿Me has oído, Sue?

Devuelve la mirada al mostrador cuando Christine se acerca con todos esos billetes que va a llevarse de aquí esta noche.

—Que sí —dice entre dientes. Luego se ríe tontamente y señala su pequeño bolso—. Creo que no me van a caber aquí, Christie.

La otra sonríe, algo tensa.

—Te daré una bolsa.

Sue empieza a llenar el bolso mientras la busca. Mete fajos de dinero a presión hasta que ya es imposible cerrarlo del todo.

Se ríe de nuevo, alto y de forma despreocupada, cuando la chica le da una bolsa de papel.

—Llevar un montón de dinero como si acabara de hacer la compra.

—Es lo único que tengo.

—Es genial. Es ecológico —suelta ella tan tranquila, al tiempo que va metiendo montoncitos una vez que los cuenta.

Si fuera ella, yo saldría de aquí cuanto antes y sin contar uno a uno los billetes que me dan, pero parece mucho más calmada que cualquiera de los presentes. Desde la mesa, la siguen observando con atención.

—Ha sido un placer, chicos —se despide, y camina con elegancia sobre los tacones hacia la salida—. Que paséis una bonita noche.

Christine ya está poniendo mi dinero sobre el mostrador cuando ella desaparece. Lee empuja a Bedford contra el asiento cuando hace amago de ir tras Sue.

Yo no cuento el dinero. Meto todo el que puedo en los bolsillos de la chupa y en los del pantalón. El resto lo cojo con la mano.

Doy las buenas noches. Me despido de Kenneth al pasar y, en cuanto pongo un solo pie en la calle, echo a correr como alma que lleva el diablo.

Los oigo venir detrás de mí. No me molesto en mirar para ver quiénes son. Tengo claro que uno es Bedford, el otro podría ser cualquiera. Y como la mentirosa haya decidido largarse con mi coche sin esperarme voy a tener muchos problemas. Aunque me los tendría bien merecidos.

Lo veo al doblar la esquina. El motor ruge con impaciencia y Sue ya ha dejado el sitio de aparcamiento y el deportivo espera en medio de la calzada. Esprinto hasta allí, cruzo por detrás prácticamente volando y me cuelo en el lugar del copiloto cuando la puerta se abre de golpe para mí.

—¡Vamos, vamos, vamos! —exijo.

Ella pisa el acelerador al mismo tiempo que alguien golpea el cristal de la parte de atrás, y el coche protesta antes de salir disparado. Me pongo el cinturón como puedo y tengo que mover las piernas para no pisar los zapatos que Sue ha dejado tirados en el suelo delante de mi asiento.

Va a toda velocidad. Yo intento recuperar el aliento y calmar la taquicardia.

Y estoy muy cabreado, más de lo que he estado en mucho tiempo, más de lo que recuerdo haberlo estado con nadie en concreto. Pero también estoy intrigado.

La miro mientras conduce con gesto de concentración, aunque también de estar disfrutando mucho. En fin, ha ganado un montón de pasta. Suelta una carcajada y le pisa aún más en la recta cuando aprieto un botón en los controles y bajo las ventanillas. El pelo, tan negro que brilla, vuela enmarcándole la cara. Respira muy hondo antes de soltar un grito de júbilo y golpear el volante.

Creo que la odio. En este momento sí.

Y, a la vez, la deseo tanto que ni siquiera puedo pensar.

Fascinado, quizá esa sea la palabra.

Esta chica desastre, ladrona y mentirosa me fascina como nada lo ha hecho jamás.

20

Keep Yourself Alive



Sue

El corazón estaba a punto de salírseme por la boca mientras esperaba al volante a que el rubito apareciera de una vez. Y cuando he visto a esos dos tíos corriendo detrás de él... pensaba que iba a darme un maldito infarto.

Ahora, mientras conduzco su coche, descalza, disfrutando de la brisa de la noche y con él en el asiento de al lado, siento cómo la euforia se abre paso y me bulle por dentro con ganas de gritar, ganas de reír y ganas de vivir.

Lo he hecho. Lo. He. Hecho.

Tengo el dinero.

Cincuenta y cinco mil bajo el asiento. Cinco mil más en casa, escondidos en el hueco del armario.

Sesenta mil putos dólares.

Vuelvo a gritar.

Tyler lanza un suspiro a mi lado. Y sé que no va a reír conmigo, por mucho que me esfuerce, porque esta noche lo he visto más cabreado que nunca. Y supongo que mi vestido le ha puesto las cosas un poquito más difíciles. La ira y el deseo son solo complementarios.

—Lo siento, de verdad. Muy muy *muy* en serio. Pero, ¡joder!, no me digas que no ha sido una pasada, *nene*.

Lo observo de reojo y me dedica una mirada que pretende intimidar, pero brilla como brasas encendidas.

—Échate a un lado y métete en ese aparcamiento, como me llegue una multa ya sabes a quién se la voy a pasar.

Se me escapa una sonrisa.

—¿A Timmy?

Resopla.

—¿Por qué has dicho mi nombre?

Vale. Ahora sí que está cabreado. Muy cabreado. Cabreado del todo. Y acaba de fastidiarme el único momento de euforia que he tenido en *años*, así que estoy empezando a cabrearme yo también.

—Necesitaba entrar. Y tú no tenías que haber venido. ¿Por qué has venido, Tyler? No me hacías ninguna falta allí.

Casi oigo rechinar sus dientes cuando aprieta tanto la mandíbula que temo que le estalle algún músculo.

—Evidentemente. Ya hablaremos de dónde has aprendido a jugar así, porque es flipante. Pero mejor dejamos esa conversación para cuando no tenga tantas ganas de echarte del coche de una patada.

Paro el motor en medio del aparcamiento desierto, me suelto el cinturón y me giro a mirarlo con el ceño fruncido. Él sube las ventanillas antes de devolverme la mirada.

Por un momento los recuerdos me arañan la mente, me clavan las uñas y me desgarran el pensamiento. Las cartas, sus rodillas, las

risas y el olor a tabaco de los viernes por la noche. Aparto todo eso tan rápido como puedo y lo vuelvo a enterrar bajo toneladas de rabia pegajosa.

—Morgan juega al póker. Yo no.

—Vale, si es un trastorno, conozco un centro de tratamiento que...

No voy a dar ni una sola explicación. Me doy mucha prisa en cortarlo:

—No te he llamado yo. No te he pedido ayuda —le recuerdo—. No necesito tu ayuda, tío, entérate de una vez.

—No es eso lo que parece.

—¡Es exactamente lo que parece! He dicho un nombre para que me dejaran pasar, nadie tenía que haberte llamado y tú no tenías que presentarte allí con ese complejo de salvador que llevas a la espalda. Podía hacerlo sola. Lo he hecho sola. Te has implicado tú solito y eso que te pasas media vida diciendo que no te lo puedes permitir. ¡Muy bien! Si no quieres meterte en un lío de verdad, apártate, Tyler, lárgate. Vete tan lejos de mí como puedas y olvídate de verdad de que existo.

Soy muy consciente de que sueno igual que mi hermano y eso me aprieta un nudo atravesado en las tripas.

—No me lo pones nada fácil —gruñe.

—Claro que sí. No tenías que venir. Sé apañármelas sola.

Sacude la cabeza y los brazos se le tensan cuando aprieta los puños con rabia.

—No estás más cabreada que yo. Ni de broma. No te hagas la ofendida, porque veo tu ceño fruncido y le sumo una evidente mueca de disgusto y un gruñido de mala leche. A esto no me vas a ganar esta noche.

—¿Estás seguro? Porque llevaba mucho tiempo preparándome para lo de hoy y podrías haberlo jodido todo en un segundo. Eres un gallito con complejo de héroe y solo complicas las cosas. No vuelvas a meterte en mis asuntos.

—¡Deja de meterme tú en tus asuntos! —grita—. Te cuelas en mi club, te presentas en mi casa, me pides favores que luego dices que no necesitas y usas mi nombre siempre que te conviene. ¿Te olvidas de mí o no te olvidas de mí? Aclárate de una vez.

No sé si me jode que insinúe que pienso en él más de lo que debería porque es una sucia mentira o porque en el fondo puede que tenga razón. Pero me saca de quicio que me diga a la cara que soy yo la que no se decide a dejarlo atrás como no paramos de prometer.

—Eres un cretino.

—Y tú eres una malísima mentirosa.

—No te acerques más a mí.

Estoy a punto de abrir la puerta, pero su voz resuena tan alta contra la carrocería del vehículo que me frena en seco.

—¡Joder, nena! ¡¿Vas en serio?! ¿De verdad vas a seguir echándome a mí toda la mierda que no paras de generar a tu alrededor? Eres venenosa. Y estoy harto de dejarme morder.

Levanto la mirada hasta sus ojos. Dibujo una sonrisa de medio lado que es mucho más venenosa que cualquiera de mis acciones anteriores.

—¿Ah, sí? Creía que te gustaba —insinúo—. Te lo advertí, Ty. Te dije que corto y que desgarro y que era mejor que no te pusieras en medio. Así que, si ahora te ha salpicado la sangre, lo siento, pero te lo has buscado tú solito. Y, si no quieres que la próxima vez la sangre sea tuya, será mejor que te mantengas al margen.

—¡Deja de hacer eso! ¡No eres la víctima aquí!

—¡No me grites! —chillo al mismo volumen—. No soy la víctima. Nunca seré la víctima. Y, como no tengas un poco de cuidado, voy a destrozarte.

Estira un brazo, entierra la mano entre mi pelo y tira con fuerza de los mechones mientras me arrastra hasta su boca. Le muerdo el labio cuando me besa y siento un millón de explosiones en cada rincón del cuerpo que lo ponen en marcha y me encienden en cascada.

Es un beso rudo, húmedo y furioso. Visceral. Hay algo más allá de la rabia en sus ojos cuando se aparta solo lo suficiente para clavarme la mirada. Un toque de vulnerabilidad. Un pellizco de desesperación. Un fuego en el que los dos nos quemamos porque solo deseamos poder huir de nuestra propia piel.

—Destrózame, Sue.

Es apenas un susurro, pero me abre en canal.

Me lanzo de nuevo contra su boca, con las emociones desbordadas, caóticas y enredadas. Girando y gritando muy fuerte, todas al mismo tiempo. Nos besamos con tanta furia que siento un sabor metálico sobre la lengua. Pone las manos en mi cintura y me ayuda a subirme a su regazo. Luego las mete bajo la falda del vestido. Me arde la piel a medida que su contacto avanza.

—Te he puesto cachondo esta noche —murmuro contra su oído mientras me muerde el cuello sin molestarse en ser delicado.

Me lame el hombro y siento un escalofrío demasiado agradable.

—Joder, es este puto vestido.

Sus manos están en el borde de mi ropa interior. Me aparto para mirarlo a los ojos, levanto las caderas para invitarlo a bajar esa prenda diminuta. Lo hace despacio, acariciando cada centímetro de piel del muslo, desde dentro hacia fuera y luego un poco más abajo para repetir la maniobra. No despega la mirada de la mía ni un solo

segundo y lo único que se oye es el ritmo acelerado de nuestras respiraciones. Me impulso para pasarme de vuelta al asiento del conductor y dejo las piernas en su regazo. Las levanto despacio, insinuante, mientras él termina de deshacerse del tanga y lo deja caer al suelo, junto a los tacones de los que me he librado hace un rato.

Le dedico una sonrisa traviesa, provocativa.

—¿Cuánto me odias ahora del uno al diez, TyTy?

Recorre todo mi cuerpo muy lentamente con la mirada.

—Un nueve y medio.

Me muevo para volver a sentarme sobre él. Sus manos se pasean descaradas por mi torso, y las puntas de sus dedos se cuelan por el borde del escote.

—¿Cuánto me odias tú, suricata?

Adelanto las caderas para rozarme con la evidente erección que ya amenaza con reventarle el botón de los vaqueros ajustados. Los dos gemimos bajito al mismo tiempo.

—Cerca de un doce, creo.

Me pone una mano en la nuca. Me muerde la boca. Suelto sus pantalones y él levanta la cadera para dejarme bajárselos solo hasta liberar su erección y poder acunarla entre mis manos. Un siseo escapa de sus labios y se cuela entre los míos, entreabiertos en un amago de sonrisa. Su otra mano lucha con el escote del vestido.

—Ten cuidado —murmuro—. Es carísimo y tengo que devolverlo.

Gruñe, impaciente.

—Yo te lo pago.

Me da el tiempo justo para llevarme la mano a la espalda y soltar un poco la cremallera antes de que tire hacia abajo sin ninguna delicadeza.

—Te atormentaré toda la vida como lo rompas.

Tiene la vista clavada en mis tetas, que ahora asoman por encima de la tela. Me acaricia un pezón con entrega y creo que apenas es consciente cuando responde entre dientes.

—Lo estoy deseando, Susie.

Luego baja la cabeza para lamerme y yo me retuerzo de placer sobre su cuerpo. Lo masturbo despacio, alargando el momento y haciendo crecer la impaciencia. Sus dientes se ensañan con mis pezones erectos y cuela la mano entre mis piernas para acariciarme. Gimo su nombre tan alto que puede que todos los Tyler de la ciudad se hayan dado por aludidos.

Levanta la vista para mirarme a los ojos.

—¿Un dedo o dos, nena?

Aprieto su polla y él abre la boca en un gesto de placer, para luego cerrarla y morderse el labio con fuerza. Mis dientes sustituyen a los suyos cuando lo beso.

—Dos —elijo, fundida con él.

Obedece y mi cuerpo se mueve sin control y sin remedio para adaptarse a los movimientos de esos dedos entrando y saliendo de mí.

—¿Y ahora? —pregunta, en un tono ronco y sensual, mientras da toquecitos muy ligeros sobre el clítoris con el pulgar.

—Otro más.

—Mierda.

Añade un tercer dedo y yo me follo su mano sin ninguna vergüenza mientras intento mantener el ritmo al que lo masturbo.

—Voy a correrme —le digo al oído.

Gime y acelera sus movimientos.

—Quiero follarte.

Muevo la mano más deprisa. Jadea y su polla palpita pegada a mi piel. Echa el brazo izquierdo hacia atrás, buscando algo en el

asiento, y solo espero que no sea mi cazadora lo que encuentre. Pesca una sudadera gris que no sé muy bien de dónde ha salido y que lleva el logo de la universidad y la pone sobre el punto donde sigo masturbándolo sin dar tregua. Se corre con un jadeo ronco y la mano que me estimula pierde un poco el ritmo, pero eso es aún mejor. Exploto en un orgasmo que arrasa con todo solo dos segundos después. Relajo el cuerpo sobre el suyo y escondo la cara en su hombro mientras me mezo con el vaivén de su respiración agitada.

Le doy un beso en el cuello, me incorporo despacio, me acomodo el vestido, utilizo el lado seco de la sudadera para limpiarme bien entre las piernas y luego lo miro a los ojos.

—La próxima vez, nene.

Me estiro para coger mi cazadora del asiento de atrás. Me la pongo como puedo, aún en su regazo. Él solo me observa sin decir nada. Me inclino a un lado para recuperar el bolso y la bolsa de papel llena de dinero de debajo del asiento del conductor. Luego abro la puerta de su lado, me pongo en pie sobre el duro suelo del aparcamiento y engancho dos dedos de una mano en las tiras de las sandalias para llevarlas conmigo. El tanga se ha enredado en uno de los tacones. Lo sacudo para lanzárselo al regazo.

—Quédatelo.

Me mira como si de verdad acabara de destrozarlo. Como si hubiera acabado con él y no le quedara nada por lo que intentar volver a ponerse en pie.

Doy media vuelta y me alejo caminando hacia la calle principal.

—¡Sue! —No me vuelvo, pero, por lo que oigo, seguramente está abrochándose los pantalones y saliendo del coche—. ¡Sue, espera, te acerco a casa!

Levanto la mano como despedida sin dejar de caminar y los tacones se bambolean de un lado a otro. Estoy ya en la acera, lejos, cuando oigo el motor.

Pero, para cuando su deportivo se acerca, yo ya he parado un taxi y estoy subiendo a la parte de atrás.

La calle estaba desierta y, aun así, he pedido al taxista que me dejara cerca de la entrada del callejón. He extendido la parte más baja de la escalera de incendios, con el gancho de fabricación casera que preparé para esto y dejo escondido entre la basura cada vez que entro por aquí, y he subido a duras penas porque iba demasiado cargada.

Una vez estoy en el apartamento —y me he quitado el vestido y lo he dejado muy cuidadosamente en una percha tras comprobar que el cretino de Tyler no lo ha estropeado ni un poquito—, me siento desnuda en el suelo junto al armario y abro la bolsa de deporte donde voy a poner el dinero. Ahí están los cinco mil que me quedaban. Vuelvo a contar lo que he ganado esta noche, billete a billete, y cuando ya está todo dentro, la cantidad exacta, cierro la cremallera y el nudo del pecho, que debería deshacerse y dar paso al alivio, se me agarra aún más fuerte y trata de ahogarme.

Tengo que ir corriendo al baño y caigo de rodillas delante de la taza del váter antes de empezar a vomitar. No sé cuánto tiempo paso ahí, doblada sobre el retrete, incluso después de haber vaciado del todo el estómago.

Ahora que estoy aquí, que ya ha pasado, que lo he conseguido y que he sido muy capaz de lo de esta noche, la adrenalina cae en picado y empiezan a dolerme todos los músculos del cuerpo.

Voy a la habitación y escondo la bolsa en el doble fondo del armario, lo cierro muy cuidadosamente y me caigo de vuelta al frío suelo cuando todo está hecho. El temblor empieza por los brazos, pero muy pronto se ha extendido a todas partes. Me castañean los dientes. Me abrazo las rodillas, me acurruco en posición fetal, con el costado pegado a las baldosas y la espalda contra la pared, y espero a que acabe. No hay nada más que pueda hacer. Sé que volveré a estar bien. Solo tengo que dejarlo pasar.

Me juré no volver a jugar al póker nunca más, y hoy he traicionado el juramento. Pero no podía hacer otra cosa, ¿verdad? No podía. Y he sobrevivido. Porque me llamo Sue y no Morgan. Porque tengo nombre de guerrera. Porque puedo serlo. *Tengo* que serlo. Y el miedo tiene que quedarse atrás.

La chica que he tenido que ser esta noche está tan peligrosamente cerca de *él* que puedo sentir su aliento en la nuca.

«Te llamas Sue y es nombre de guerrera», dice la voz infantil de mi hermano en mi cabeza.

«Te llamas Sue».

¿Dónde está Morgan?

Eres mi niña buena, ¿verdad que sí, Morgan? ¿Verdad que vas a portarte bien esta noche?

Tiemblo tanto que el roce con la pared me erosiona la piel de la espalda. Quiero rascarla. Quiero arrancármela. Quiero borrar ese rosal seco y quemado y que nazca piel nueva sobre la que puedan crecer las rosas.

Y, para cuando consigo dejar de temblar, estoy tan agotada que no soy capaz de ponerme de pie y termino por quedarme dormida desnuda y hecha un ovillo en el suelo.

Despierto de madrugada, helada, con todo el cuerpo dolorido y un zumbido ensordecedor en los oídos. Me arrastro como puedo

hasta el borde de la cama y trepo al colchón. Me cubro con la manta, pero el frío no me abandona. Tampoco el dolor. Tampoco el ruido del silencio. Paso toda la noche en un duermevela incómodo y agitado que no me permite descansar.

Y me lo repito, una y otra vez, en el mismo tono que siempre usaba Clay:

Te llamas Sue, y es nombre de guerrera.

El viernes por la mañana llamé a mi jefe para decirle que estaba enferma y no podía ir a trabajar. Esta vez no era del todo mentira. No parecía muy contento, pero solo he faltado dos días en medio año, tampoco es para tanto, ¿no?

He pasado todo el fin de semana encerrada en casa. Escondida. Tal vez habría servido de algo si eso de lo que necesitaba tan desesperadamente esconderme no lo llevara burdamente cosido por dentro. He pasado horas contemplando el techo, en silencio, sin moverme. He mirado las fotos de Sam. He intentado leer, pero los párrafos dejaban de tener sentido con demasiada facilidad. El poco tiempo que he dormido ha estado plagado de pesadillas. Y me he recordado a cada minuto que tengo que volver a ponerme en pie y seguir.

No lo consigo hasta el lunes.

Salgo de casa muy temprano, con la bolsa del dinero llena de ropa de deporte en la que he envuelto los fajos de billetes. Me he puesto unos *leggins* y una camiseta ancha, con un logo de una marca deportiva en la parte frontal, que Clay tenía en una balda del armario. Llevo zapatillas. Mi jefe no me va a reconocer cuando me presente con este aspecto en el trabajo, pero hay algo que tengo que hacer y así todo el mundo pensará que tan solo llevo ropa para

cambiarme en el gimnasio en esa bolsa que cargo colgada al hombro.

La zona financiera está llena de gente trajeada que corre de un lado a otro. Por suerte, también los hay que, como yo, parecen dispuestos a hacer ejercicio antes de empezar su horario de oficina.

Me quito las gafas de sol cuando entro a la recepción del gimnasio pijo del que he estado cotilleando las instalaciones por internet. Sonrío al chico moreno y musculoso que hay al otro lado.

—Hola. Acabo de empezar a trabajar por aquí cerca y estoy interesada en hacerme socia. He visto que tenéis una oferta para los primeros dos meses, ¿verdad?

En solo unos minutos ya me lo está enseñando todo y explicándome las condiciones. Me muestra la puerta del vestuario femenino y me espera en el pasillo mientras entro a echar un vistazo. Veo la hilera de taquillas enseguida, hay un montón y no son tan endebles como la que me asignaron en el campus de Columbia. Me aseguro de que no hay nadie por los alrededores e intento forzar una de las que están cerradas. Tiene un candado con combinación y parece bastante resistente. Perfecto.

Vuelvo al pasillo y sonrío al chico que me espera.

—¿He visto en la página web que cada cliente tiene asignada su propia taquilla?

Me devuelve la sonrisa con excesiva simpatía. Qué pelota. Seguro que se lleva comisión por cada matrícula.

—Así es. Es mucho más cómodo si los clientes pueden dejar aquí algunas cosas de uso diario, como el gel de ducha, zapatillas o ropa de recambio por si un día la necesitan. La taquilla será solo tuya durante el tiempo que dure tu matrícula, siempre que no pases más de cuatro semanas sin venir. El torno de recepción registra las entradas y manda un aviso si no ha habido ninguna con una tarjeta

en ese tiempo. En ese caso nos pondríamos en contacto contigo para ver si hay algún problema o si no vas a volver y podemos reasignarla.

—Genial. Creo que ya he visto bastante. Y me has convencido. ¿Dónde me apunto?

Su sonrisa se amplía y me señala el camino de vuelta hacia la recepción.

En el papel que me da para que lo rellene con mis datos, para hacerme la tarjeta de entrada para la prueba de dos meses, no se exige nada demasiado comprometido, pero, aun así, miento. Pongo un nombre falso, Lisa, y el primer apellido que se me ocurre: Sparks. A ver si el cretino de Tyler va a tener razón y pienso demasiado en él últimamente... Me obligo a centrarme en lo que estoy haciendo. Si después de la prueba quiero hacerme socia de forma definitiva, me dice el chico, tendré que facilitar una cuenta bancaria para el pago de la cuota; por ahora solo tengo que pagar el precio que marca la oferta y puedo hacerlo en metálico, si quiero. Claro que quiero. No me pide la huella, ni una foto, ni nada que realmente acredite mi identidad cuando quiera acceder. Vale con llevar la tarjeta con mi nombre falso impreso en ella que va a facilitarme ahora. Estos pijos de la zona buena son la leche, ni se les pasa por la cabeza que un grupo de amigos al completo podría utilizar sus instalaciones pagando solo una cuota. Supongo que aquí no hacen eso, porque si algo les sobra es dinero y todos quieren enseñar la tarjeta de un gimnasio exclusivo para demostrar cuánto se cuidan. Ahí van mis últimos billetes de cincuenta.

De vuelta a la pobreza, Sue.

No importa, porque esta tarde devolveré el vestido y recuperaré todo ese dinero de mi sueldo del mes pasado que destiné a comprarlo.

Anota todos mis datos (falsos) en el ordenador y manda la orden para imprimir la tarjeta. Es muy rápido. Me pide que firme en un documento que indica que me la ha entregado. La firma me la invento sobre la marcha, claro, igual que hice hace tiempo en una biblioteca de mi antiguo barrio. El número de teléfono que le facilito como contacto, también.

—Ya debería funcionar, así que puedes empezar a entrenar cuando quieras. Y, si necesitas cualquier cosa, puedes acudir a mí o a cualquiera de mis compañeros. Ten, estas son las instrucciones para configurar el candado de la taquilla con la combinación que quieras ponerle. La tuya es la número ciento cincuenta y tres, desde ahora y mientras sigas siendo socia.

—Muchísimas gracias —le digo, con mi mejor actitud de chica buena de familia acomodada—. ¿Puedo empezar ya mismo?

—Por supuesto. Así comprobaremos que la tarjeta funciona.

Me acomodo la correa de la bolsa al hombro, empieza a pesar un poco. Luego voy hasta el torno y paso la tarjeta por el lector. Aparece una luz verde en la pantalla y paso sin problemas.

Le doy las gracias de nuevo y voy directa a los vestuarios. Busco el número de taquilla que me ha indicado y meto la bolsa dentro. Tardo más de lo que esperaba en descifrar cómo narices configurar el candado, pero pronto he establecido la fecha de cumpleaños de mi hermano como combinación. La cierro. Me aseguro de que el código funciona y puedo abrirla. Luego la vuelvo a cerrar.

Perfecto.

Ya que estoy aquí me doy una vuelta por las distintas salas y me entretengo consultando el horario de clases. Cuando salgo, el chico de antes no está en la recepción, así que me escabullo sin que nadie me preste atención.

Me toca correr para pillar el autobús y no llegar tarde a trabajar y, mientras me lleva hacia la otra punta de la ciudad, llamo al abogado de mi hermano para pedirle un favor.

—Dile a Clay que necesito hablar con él. Dile que lo he solucionado y que iré el próximo día de visita. Y dile también que, como esta vez no me reciba, me cabrearé de verdad.

21

My Own Soul's Warning



Tyler

—Te está sonando el móvil —dice Ethan, en su irritante tono de adolescente, mientras se pasea de un lado a otro de la sala en vez de sentarse y hacer el ejercicio con el resto de sus compañeros y conmigo.

—Ya lo oigo —le respondo de mala gana—. Me están llamando porque yo ya no debería estar aquí.

Un día tras otro saliendo tarde, espero que Minerva me lo tenga en cuenta.

—Cógelo.

—No voy a cogerlo, estoy aquí con vosotros.

—A mí no me importa que lo cojas —dice Finn.

—A mí tampoco —se une Lola, una chica de quince años que es peor que esos otros dos juntos.

—Estamos en medio de algo, no voy a cogerlo.

Ethan canturrea mientras se mueve en largas zancadas de un lado a otro y se toma la libertad de hurgar entre mis cosas.

—Es Ashley, y no parece tener intención de colgar, aunque la estés ignorando. ¿Es tu novia?

Me da un vuelco el corazón. Ashley. ¿Quién si no? Tampoco es que me llame nadie más, aparte de mi madre y el tocapelotas de Andrews. Me esfuerzo porque no se me noten por fuera las emociones encontradas que me bullen por dentro, porque no puedo darles a estos chicos nada que usar en mi contra en un momento dado.

—No. No es mi novia, es una amiga. Y tú no deberías ser tan cotilla. Ven aquí y siéntate con tus compañeros, por favor.

La melodía del móvil por fin deja de molestar y él se acerca con pocas ganas y le revuelve el pelo a Finn con el impulso suficiente para que este tenga que rotar el cuello para que no le haga daño.

—No son mis compañeros —rebate cuando se sienta por fin entre el chico con el que comparte cuarto y Lola, a la que mira con mucho interés desde hace un par de semanas—. Solo vivimos en el mismo sitio de forma temporal por culpa de nuestro asco de padres. Somos *convivientes circunstanciales*.

—Muy bonito. Me lo grabaré en un collar —murmura Lola, que mastica chicle con la boca abierta y se mira las uñas con apatía.

Doy una palmada.

—Pues mientras conviváis *circunstancialmente*, vamos a seguir trabajando en este ejercicio, ¿os parece?

A mí tampoco me apetece. Entiendo la finalidad del taller que me han encasquetado esta tarde en sustitución de un compañero que está enfermo, pero es aburrido incluso para mí.

—Finn se irá pronto. Podría librarse.

Maldito Ethan, voy a tener que hablar seriamente con él. Su compañero se queda pálido cuando lo oye decir eso.

—No me voy a ir —masculla para sí mismo.

—¡Eh! ¡Se acabó! Vamos a hacer esto sí o sí, así que vosotros elegís si terminamos pronto o si nos quedamos encerrados en esta sala hasta medianoche.

—No, por favor, Ashley se disgustará si no le devuelves la llamada. —Ethan alza una ceja al mirarme, se lleva la mano a la boca y simula estar haciendo una mamada.

Así era yo a su edad. En el fondo, sí que es verdad que el karma funciona, y también eso de que es un hijo de puta. Mi karma se llama Ethan García, tiene dieciséis años y, si no me echan a patadas de este trabajo, aún nos quedan dos bonitos años de convivencia por delante.

Estoy agotado cuando por fin logramos acabar el taller. Y aún tengo que quedarme un rato más para hablar con Finn. El juicio de su madre por la custodia es la semana que viene y seguimos gestionando eso de que se atreva a decirle a la jueza todo lo que necesite decir. Es una situación complicada y me preocupa que se desborde en cualquier momento.

Se nota que los días ya son largos pasado el ecuador del mes de mayo, de modo que todavía hay luz cuando salgo a la calle y cojo la moto para volver a casa.

Una vez allí, me doy una ducha para desentumecer los músculos, me pongo ropa cómoda, me hago una infusión y me siento en el sofá. Entonces me preparo para llamar a Ashley. Antes de que pueda hacerlo, veo que tengo un mensaje nuevo. Me siento incómodo, casi sucio, cuando veo que es de Cam. No le he dicho a Ash que hablo con él, y tampoco le digo a él que hablo con ella. Abro el chat para

poder leerlo. Me ha enviado un enlace a una entrevista. Así que ha caído en las redes de esa periodista, al final.

Cam: La he hecho. Todo lo que pase a partir de ahora será tu culpa. Será tu culpa si me llaman para hacerme entrevistas a todas horas. Y también será tu culpa si invito a esa periodista a cenar cualquier día de estos con la clara intención de pasar de la cena. Es MUY guapa.

Se me escapa una sonrisa, aunque el sentimiento sea extraño. Hacía muchísimo tiempo que Cam no me hablaba así de una chica. Demasiado tiempo, quizá. Respondo:

Yo: De nada.

Luego respiro hondo, doy un trago a mi taza, como si un sorbo fuera suficiente para envalentonarme, y llamo a Ash.

—Eh, desaparecido —dice nada más descolgar—. ¿Cómo estás?

Sonrío casi sin querer.

—Bien. Me has pillado aún en el trabajo cuando has llamado. ¿Qué tal tú?

Suelta un gemido lastimero que me hace sonreír un poco más.

—Me han rechazado mi primer artículo para una revista, se supone que es jueves de *pizza* y todos mis amigos me han abandonado, porque, escucha esto: los tres tienen una cita. Una cada uno, quiero decir, no todos juntos. Y, bueno, la de Les es con su novio desde hace mil años, así que cuenta solo a medias, supongo. Ha sido un mal día y mi único plan es acurrucarme en el sofá y ver un programa de famosos cocinando. ¿Qué haces tú?

Me gustaría estar allí. Me gustaría estar más cerca. Poder pasarme por su casa y llevarle helado, para que lo malo que haya sido el día pese menos. Sentarme a su lado, escucharla contarme

todo esto mientras me mira con ojos lastimeros y no puedo evitar sonreír. Acariciarle el labio para que deje de mordérselo cuando ese gesto me consuma en ganas de besarla.

—Lo siento. —Es lo que digo, en el tono más empático posible—. Lo del artículo, digo, que maldigas la vida amorosa de tus amigos es muy rastrero por tu parte.

Suelta una carcajada, y yo cierro los ojos y me recuesto en el sofá.

—Bueno, se lo merecen un poco —bromea—. Y lo del artículo es normal, es casi imposible que acepten uno a la primera. Pero me voy a dar el día de hoy para lamerme las heridas del orgullo y ya seré optimista mañana.

—Vale. Un día de autocompasión, pero solo uno.

—Solo uno —repite—. Oye, ¿qué tal el trabajo? ¿Ya te han hecho fijo?

Recupero la taza y me relajo hablando con ella mientras le cuento lo que ha estado pasando en mi vida últimamente. El trabajo, el club... El resto no lo cuento, pero lo pienso. Lo pienso demasiado y me siento culpable al hacerlo porque sigo notando esas cosquillas cada vez que oigo a Ash reír, pero últimamente es Sue la que ocupa la mayor parte de mis pensamientos, aunque haya jurado olvidarme de ella. No sé si me estoy traicionando a mí mismo. O si traiciono lo que siento por ella. O si todo esto es una gilipollez y tengo que entender de una vez que Ashley y yo nunca tendremos nada, y que con Sue no puedo quererlo, tampoco.

—Tyler, ¿qué pasa?

Odio que parezca conocerme tan bien. Y también odio que la manera en que se preocupa por mí, por si algo va mal, me dé ganas de contarle cualquier cosa.

—Nada, es una tontería.

Varias tonterías, en realidad. Debería darle a elegir cuál quiere que le cuente primero.

—Bueno, pues cuéntamela, soy multitarea, puedo ver la prueba de los postres y escucharte al mismo tiempo.

—Las chicas tenéis las mejores cualidades.

—Desde luego. Venga, dime, ¿qué pasa?

—Es... —Jugueteo con la bolsita de la infusión mientras decido cómo decirlo. Al final, sale todo de golpe—: Es una chica, me está volviendo loco.

Se ríe de una forma tierna y tan entusiasmada que me duele como una patada en las pelotas.

—¡Eso es bueno, Tyler! Es genial. Es justo el cotilleo que necesitaba para una noche como esta. Emily está todo el día contemplando a su bebé, está perdiendo facultades para darme salseo, y creo que lo necesito casi tanto como ella. Por favor, cuéntamelo todo y no te dejes ningún detalle.

—¿Los guarros también?

—Soy la nueva Emily, pero no tanto, lo guarro solo si es estrictamente necesario para contextualizar.

—Ya te digo que contextualiza.

—Tyler, voy a colgarte.

Me río a carcajadas y la oigo reír conmigo al otro lado. Y es agradable poder hablar así con ella. Poder hablar de esto con ella. Ser *amigos*.

—Vale, es que... A ver, lo primero que tienes que saber es que ella pasa de mí y que se supone que yo también paso de ella.

—Así empieza en las novelas.

Suelto un gruñido un pelín lastimero.

—Eso es justo lo que diría ella.

—Ya me cae bien.

—Pasa de mí —le recuerdo.

—Otro punto positivo, ¿ves?

—Muy graciosa. —Pero sonrío porque la estoy oyendo reír y también porque soy un poco tonto y las pullas siempre me hacen gracia, incluso cuando soy el blanco—. El caso es que es un desastre, te lo juro, es problemática y todo a su alrededor es caos y me saca de quicio y sé que si me acerco solo voy a meterme en problemas, pero también me parece que no me importa demasiado porque termino por acercarme una y otra vez y me...

—Te gusta —completa ella, con un tonito pícaro que me hace lanzar un resoplido.

—No sé si me gusta. Solo que creo que pienso *mucho* en ella.

—Para, que ya estoy *shippeando* como loca.

—No digas *shippear*, ¿qué narices significa?

—¿Ella piensa en ti?

—No lo sé.

—¿Y si se lo preguntas?

—No creo que estés entendiendo la magnitud del problema, Ashley. Esa chica está... loca de remate, en serio. Del todo y sin exagerar.

—Está feísimo que digas eso de una mujer. Es misógino y fuera de lugar y totalmente desfasado, Tyler Sparks.

—No es eso. Lo digo en serio. No es en plan «todas están locas menos tú», Ash. Te lo digo de verdad.

—Mmm, yo estoy un poco más loca que la media.

—En serio.

—Vale —suspira—. ¿Loca peligrosa? ¿O loca encantadora?

—Loca creo que cualquier día podría clavarme un sacacorchos en el corazón y le daría las gracias por arrancármelo del pecho de una maldita vez.

—Entonces el que no está bien de la cabeza eres tú.

Suelto una carcajada. Me parece que tiene razón.

—Debería olvidarme de ella, pero me atrae como la luz a una polilla estúpida.

—Tú eres la polilla.

—Sí. Una polilla estúpida —repito.

—No eres estúpido, Tyler, estás encaprichado.

—*Encaprichado*. ¿Qué significa eso, Ashley? —me burlo por su eufemismo.

—Es mi sinónimo para decir «encoñado» porque me parece una palabra horrorosa.

Suelto un resoplido molesto.

—No puedo estar encoñado, la última vez que la vi me dijo, literalmente, que, si volvía a acercarme, la sangre que me salpicaría sería la mía. Está un poco sacado de contexto, no es que vaya a asesinarme, creo, pero ya entiendes por dónde voy.

—Estoy a punto de lanzarte todo mi dinero para que escribas esa historia, Sparks.

—Apenas sé escribir.

—¿Qué pasó después de que te dijera eso? ¿Te agredió?

—Podría decirse que sí. Me hizo una paja brutal y ella se corrió en mi mano, casi gestionaría mejor que me hubiera dado una paliza.

—¡Eh! ¡Te he dicho que sin detalles guarros!

—Era importante para contextualizar, Ash. Y, además, tú has preguntado.

—Te da caña. El sexo con ella es «brutal» —me imita—. Nunca termina de ser un sí, pero tampoco un no. Es fácil engancharse a algo así.

Suelto un gruñido bajo.

—¿Ahora me estás hablando como psicóloga?

—No. Te hablo como amiga. Pregúntale si ella también piensa en ti. Si lo hace, genial. Si no lo hace, al menos lo sabrás antes de implicarte más. Y, si no contesta, entonces mantén las distancias. Irá a buscarte si tú también le interesas.

—¿Tú crees?

¿Debería haberme aplicado esos consejos contigo?

—Claro que sí. Pero lo más importante, Tyler, lo absolutamente fundamental en todo esto: no te olvides de mantenerme al día. Me muero por saber más.

—Te odio.

Se ríe.

—No, qué va.

¿Te quiero?

—Vale.

—Oye —dice, más seria—, ¿cómo se llama?

Mentirosa. Ladrona. Suricata. Susie.

—Sue.

—Tyler y Sue —entona al otro lado—. Os encargaré unas tazas a juego con vuestros nombres para el desayuno.

—Que te den.

Solo consigo que se ría a carcajadas una vez más. Y se me borra la sonrisa cuando pienso que ella está ahí para mí, para hablar, para escuchar, para aconsejar. Y yo sigo ocultándole algo que siento que es casi una traición.

—Ash —la llamo, y ella hace un sonido al otro lado de la línea para hacerme saber que me escucha—. Tengo otra cosa que contarte y..., eh..., esta no va a gustarte tanto.

Un segundo de silencio y luego:

—Vale. —Una pausa prudente—. ¿Qué pasa?

—He..., hum..., he hablado con Cam.

No dice nada. Pero no hace falta para que yo me imagine lo que esas palabras acaban de provocarle. Me duele físicamente saber lo que a ella acaba de hacerle solo oír su nombre. Han pasado casi once meses, pero hay cosas que nunca cambiarán.

—Ah.

Casi espero que diga que no quiere hablar de Cam, como tantas veces en el pasado, pero no añade nada más.

—Vino a Los Ángeles a finales de febrero y me mandó un mensaje. No es que... No es que le apeteciera hablar conmigo, supongo, solo que..., esto le va a encantar a la Emily que hay en ti, resulta que su padre y mi madre están follando por San Francisco los fines de semana. Ya sabes cómo es su padre, y quería avisarme por el bien del corazón de la doctora Sparks, pero mi madre es, bueno, ya sabes, así que no le he echado la charlita ni nada. Total, que quedamos para tomar una cerveza, hablamos un poco y... ahora nos mandamos mensajes de vez en cuando. Lo llamé por su cumpleaños el mes pasado. No es, para nada, lo que era, pero es algo. No sé.

El silencio continúa y me araña con fuerza el corazón. Tomo aire para decir algo más y entonces habla:

—¿Te llamó él?

—Sí.

—Bien.

No hace falta que lo diga para saber lo que está pensando: que es como tiene que ser, que la única que tiene que sufrir por lo que pasó es ella y que se alegra de que hayamos retomado el contacto. Pero también sé todo eso que no diría nunca en voz alta: que no le parece justo que Cam la odie a ella más que a mí, que se muere de celos porque me llamara a mí y ella siga sin saber nada de él y también que le duele tanto como aquel primer día cuando la llevé en mi coche de vuelta desde el lago Tahoe y no podía parar de llorar.

Se me llenan los ojos de lágrimas, y sé que los suyos están igual.

—Ash...

—¿Cómo está? —pregunta en un hilo de voz que tiembla como si estuviera sujeto de un solo extremo en un maldito huracán.

Cierro los ojos con fuerza y me trago el nudo de la garganta.

—Bien. Ya sabes, ha ganado la *Super Bowl* y está harto de que se lo recuerden. Le sigue cayendo un poco mal su padre, aunque lo quiera y no pueda evitarlo. Creo que le gusta Boston. Celebró su cumpleaños con unos amigos. Y vi a *Vodka* por videollamada —añado, porque sé cuánto adora a la perra—. Está muy bien, igual de blanca e igual de babosa.

Entonces oigo el sollozo contenido al otro lado.

—Ashley...

—Estoy bien —miente—. Lo siento.

—*Yo* lo siento. Si pudiera hacerle cambiar de opinión...

—No, Tyler —suplica—. No hagas nada, por favor, déjalo. Él necesita que sea así, y yo estoy bien. De verdad.

Es tan mentira que ni ella se lo cree.

—Vale —murmuro.

—Has tardado en contármelo.

—Sí, es que no estaba muy seguro de si seguiría queriendo hablar conmigo o me pegaría un buen puñetazo. Me alegro de que no lo hiciera, tiene fuerte el gancho de izquierda.

Ella suelta una risita triste.

—Ya. Oye, se hace tarde, yo... ¿Qué tal si te llamo otro día y me cuentas cómo va la cosa con Sue *la caótica*?

Y sé que se acabó hablar de Cam. Que no va a volver a preguntar. Y yo tampoco sacaré el tema porque no quiero volver a oírla así.

—Qué sobrenombre más adecuado.

—Le contaré que has dicho eso el día que te cases con ella.

—No seas tonta.

—Anda, demuéstrale a esa chica por qué vales la pena, Tyler Sparks.

Eso me pesa en medio del pecho. Me despido cuando me da las buenas noches, aunque aquí aún no sea hora de acostarse, y cuelga.

¿Por qué merezco la pena? ¿La merezco? Ashley es la única que diría algo así, pero, a la hora de la verdad, tampoco la merecí tanto como para que ella nos diera una oportunidad. Porque lo hice todo mal, porque destrocé tres corazones, porque el mío fue el que menos me importó y por eso ahora no queda nada de él para dar.

Contemplo la pantalla apagada del teléfono. No tengo notificaciones nuevas. Y tampoco tengo nada que perder, ¿no? Así que lo desbloqueo y busco esa conversación con ella que solo duró un día. Escribo: *¿Piensas en mí?*

Tardo cerca de un minuto entero en obligarme a pulsar para enviarlo.

Estoy arriba, en la azotea, fumando un cigarrillo y mirando las luces de la ciudad, cuando me llega un mensaje.

Sue: ¿Quién eres?

Eso escuece.

Así que presiono sobre el mensaje que he enviado y lo elimino de la conversación. Luego elimino la respuesta también.

Y, según Ashley, solo me queda esperar por si vuelve a buscarme. Pero las chicas que me arañan el pecho por dentro nunca lo hacen.

Doy otra calada al cigarrillo y me trago el humo junto con ese regusto amargo que tengo en la boca.

22

Sleeping On The Sidewalk



Sue

Estoy nerviosa cuando avanzo por el pasillo del Centro de Detención Metropolitano. Como una tonta. Pero es que hace casi un mes que no veo a mi hermano y no sé con qué aspecto lo voy a encontrar después de que acabara en la enfermería hace menos de dos semanas.

Se pone de pie en cuanto me ve entrar a la sala de visitas, pero continúa con el gesto serio. Me acerco a toda prisa y me lanzo a abrazarlo. Tiene un brazo escayolado y suelta un pequeño quejido cuando impacto contra él, pero enseguida me rodea con el otro y me estruja contra su pecho. Como en cada una de mis visitas anteriores, no me separo de él hasta que la funcionaria nos llama la atención.

Me siento y espero a que haga lo mismo frente a mí para poder estudiar su cara con detenimiento.

—¿Cómo estás?

Niega despacio con la cabeza.

—Bien. Ya te dije que iba a estarlo.

—Es obvio que no era del todo verdad.

—¿Qué es lo que has hecho, Sue?

Miro alrededor, me aseguro de que nadie nos escucha y me inclino un poco hacia él sobre la mesa. Vamos a ir al grano, entonces. Me parece bien.

—He conseguido el dinero.

—¿Cómo...?

Le chisto para que baje la voz y endurece la mirada mientras sostiene la mía. Puedo ver que está molesto, no hace falta que se esfuerce tanto en demostrarlo.

—Cállate y escúchame. Están los sesenta mil. Debería ser suficiente para que dejen de hacerte esto. Los he dejado en un gimnasio, en el distrito financiero, enfrente del edificio de las oficinas del Banco Nacional. La taquilla es la ciento cincuenta y tres, en el vestuario femenino, la combinación son seis dígitos, tu fecha de cumpleaños. Ni siquiera se acercarán a saber quién lo ha dejado, he sido cuidadosa, en serio. Solo tienes que decirles dónde está, que lo cojan y se acabará esto.

Sacude la cabeza con tristeza.

—Sue, te dije que no te implicaras. Te dije que te fueras lejos. ¿Cómo lo has conseguido? ¿Cuántas cosas ilegales has tenido que hacer para...?

—He hecho lo que tenía que hacer. Lo tengo. Lo he conseguido. Lo demás ya da igual.

—¿Lo has robado? —pregunta en un susurro.

Parte de él sí...

—Lo he ganado jugando al póker.

No sé por qué pensaba que decir eso iba a ser menos devastador para mi hermano que si me inventara una historia rocambolesca de

un atraco armado a un banco con rehenes incluidos. Veo el dolor que le cruza el rostro y se le clava en la frente. Los ojos se le oscurecen y las sombras bailan en sus pupilas.

—No.

—Clay, por favor, diles dónde está, que se lo lleven y acabemos de una vez.

—Sue, no. Eres mi hermanita pequeña. Se supone que yo tengo que protegerte a ti. Toda mi vida, todo lo que hice estando en casa, todo lo que pasó con papá... Todo eso lo hice para que no tuvieras que sufrir nunca, para que a ti no te doliera. Y aquí estás, jugando al póker.

El dolor me azota como látigos por todas partes cuando lo oigo decir «papá». Aprieto los dientes.

—Estoy bien —aseguro, firme y con el ceño fruncido—. Ya no soy una niña, Clay. No tienes que hacer de escudo. Ya no. Puedo hacerlo yo, y también puedo cuidar de ti cuando tú lo necesites.

—Odio que me cuides.

—Yo también odio que me cuiden.

—Aún estás a tiempo de salir corriendo. Hazlo.

—Deja de ser tan cabezota —siseo—. Devuélveles el dinero.

Da un golpe brusco en la mesa con el puño y me sobresalto. Levanto una mano para indicarle a la funcionaria que nos vigila hoy que no pasa nada y que no tiene que acercarse a controlar ni reducir a nadie.

—No lo entiendes, Sue. No terminas de pillar cómo va esto. Los sesenta mil son solo el principio, ¿qué crees que harán en cuanto se den cuenta de que hay alguien fuera dispuesto a darles lo que sea por mantenerme seguro? Luego van a querer la droga de vuelta. Después querrán más dinero. Después, ¿quién sabe lo que exigirán? Esto no se acaba nunca, no seas ingenua.

—Claro que sí —hablo en voz baja—. Porque falta poco más de un mes para el juicio y, si colaboras, Daniels te conseguirá un buen trato. Te trasladarán a otra prisión y ya no estarás a su alcance.

—Tú no sabes hasta dónde llega su alcance. —Me mira con lástima y vuelve a sacudir la cabeza con pesar—. Van a ir a por ti, Sue. Y acabarás como yo si te encuentran.

Se abre una puerta al fondo de la sala y, cuando levanta la vista y ve a quien sea que está entrando por ella, se queda blanco como una hoja de papel. Se levanta de golpe, con el pánico desbordándole el gris de los ojos.

—Vete. Ya. Sal de aquí, Sue. Ahora mismo. Vamos —sisea, muy nervioso—. Y no vuelvas, esta vez voy muy en serio, no te acerques por aquí. Si sigues en el apartamento, recoge tus cosas y lárgate tan lejos como puedas. Y no hagas ni una sola tontería más, ¿me oyes? Ni una más.

—El dinero...

—Me encargaré del dinero.

—Clay, me estás asustando.

—Pues ya era hora.

Da un paso al frente y me abraza con fuerza, como puede con un solo brazo.

—Voy a estar bien.

—Lo sé. Sabes cuidar de ti misma, pero hazme caso, por favor —me susurra al oído—. Te quiero.

—Y yo. Clay...

Se aparta bruscamente y le hace señas a la funcionaria para que me abra la puerta y me saque de aquí.

Hago amago de girarme a mirar lo que le ha perturbado tanto, pero su murmullo de advertencia, firme y apremiante, me detiene en seco.

—Ni se te ocurra darte la vuelta. Sal.

Y, antes de que me dé cuenta, un funcionario me escolta hacia la salida por el pasillo. Arrastro conmigo la horrible sensación de que no voy a volver a ver a mi hermano y no consigo deshacerme de ella.

Ojalá alguien te avisara de cuándo es el momento de despedirse.

Un veintiocho de mayo encontré el dinero y las drogas que Clay había escondido en casa. Fue de la manera más tonta, después de haber estado buscando y rebuscando durante semanas por todos los posibles escondrijos del apartamento. Tal vez si la policía hubiera hecho el registro con perros entrenados no lo habrían pasado por alto. Supongo que no los usaron. Estaba en la cocina cuando la jarra de agua que acababa de rellenar se me escurrió de las manos al sobresaltarme por un estruendo arriba, en la casa de los vecinos. Y, cuando iba a recoger el desastre, me di cuenta de que el agua se acumulaba entre dos baldosas y se colaba poquito a poco por la junta. Utilicé tres cuchillos para levantarla porque los dos primeros terminaron por partirse. Y, al final, pude desprenderla y encontré el hueco debajo. Tanto el dinero como la pequeña bolsa llena de pastillas estaban envueltos en capas y capas de papel de burbujas y sellados después en varias bolsas impermeables, cada una envolviendo a la otra. Había casi seis mil dólares. Y, según el valor que la policía había dado para la cantidad que incautaron, calculé que también habría unos seiscientos o setecientos más en pastillas. *Pastillas*. Todo lo que encontraron en el otro hueco era en forma de cristales, así que no sé muy bien si acerté con la valoración. Pero eso era lo de menos, supongo. Tampoco es que tuviera intención de venderlas. Lo saqué todo de allí, lo metí en una mochila, junto con

un par de mudas de ropa interior, unos *leggins* y dos camisetas, un pequeño neceser y algunas otras cosas básicas, y lo escondí en el doble fondo del armario, como bolsa de emergencia, por si tuviera que salir corriendo. Me repetía constantemente: «¿Qué es lo que salvarías de un incendio?», mientras seleccionaba lo que era imprescindible y lo que no. No podía sacarme la voz de Clay de la cabeza, advirtiéndome de que vendrían a por mí. Luego coloqué la baldosa de nuevo lo mejor que pude.

Era uno de junio cuando recibí la buena noticia en una llamada de John Daniels: Clay había accedido a colaborar con la investigación, y su abogado ya estaba negociando el trato a cambio de la información que pudiera darles. Mi hermano seguía sin querer verme, pero me dije que las cosas cambiarían en cuanto llegara el día del juicio y saliera de ese antro por fin. Pasé por el gimnasio solo para comprobar si ya había solucionado lo del dinero: la bolsa aún seguía allí.

Es la noche del tres de junio cuando vienen.

Estoy tumbada sobre la cama, mirando el techo y pensando en lo que haré cuando a finales de mes tenga que largarme sí o sí del apartamento. Supongo que tampoco hay que darle muchas vueltas, recogeré lo poco que tengo y me iré detrás de mi hermano, lo más cerca posible de la prisión en la que tenga que pasar los próximos años. Mudarme no me preocupa. Estoy acostumbrada a empezar de cero.

Es entonces cuando oigo el leve sonido metálico de algo encajando en la cerradura. Si quien sea tiene una mínima idea de lo que está haciendo, no le va a costar demasiado abrirla. Me levanto de un salto, camino de puntillas hasta el armario, abro el doble fondo, recupero la mochila para colgármela al hombro y pesco las botas en el camino hacia la ventana abierta. Una idea me cruza la

mente cuando estoy a punto de salir, y en un impulso absurdo y estúpido, vuelvo atrás a toda prisa para recuperar mi casco de encima de la mesa del salón. La puerta cede cuando acabo de agarrarlo. Salgo como una exhalación, sigilosa como nunca antes en mi vida, y salto a través de la ventana hacia la escalera de incendios cuando ya los oigo entrar en el apartamento.

Bajo a toda velocidad, cargada con un casco que no necesito, con una mochila llena de droga y dinero negro a la espalda, con la cazadora roja de cuero enganchada al asa, y unas botas con cordones en la mano. En cuanto me descuelgo hasta el callejón, sin desplegar el último tramo de escalera, me muevo hacia el fondo, me refugio entre las sombras y salto dentro de un contenedor de escombros que hace una semana alguien dejo allí para una obra que aún no ha comenzado. No huele demasiado bien, pero me pego a la parte más baja y aguanto, porque puedo oír sus voces desde la ventana, y el sonido metálico de la escalera de incendios bajo las pisadas de alguien grande.

Cierro los ojos y espero.

Ha refrescado esta noche, así que cuando han pasado cerca de dos horas y me atrevo a moverme, estoy destemplada. Los días son pegajosamente cálidos a principios de junio, pero por las noches aún baja la temperatura lo suficiente para necesitar una chaqueta y yo estoy en pantalón corto y camiseta de tirantes. Me pongo la cazadora y pienso que voy a estar ridícula cuando me calce las botas. Aun así, lo hago.

Me asomo por encima del borde del contenedor para echar un vistazo al callejón. Todo parece desierto y tranquilo. Me impulso para saltar hasta la calle, con la mochila bien sujeta a la espalda y el casco enganchado al antebrazo, y las suelas de mis botas hacen un ruido sordo al chocar con el pavimento. Me quedo quieta. Espero.

Nada.

Y entonces echo a andar hacia la calle principal, escondiéndome todo el tiempo detrás de las esquinas y vigilando con ansia, y ni siquiera me planteo qué dirección debería tomar.

Hay solo un sitio en el mundo al que pueda ir ahora mismo.

El camino es largo, pero me obligo a seguir andando cada vez que siento que me fallan las fuerzas. Son más de las dos de la madrugada cuando pulso el botón del piso ante la puerta del portal. Llamo solo una vez, como si así fuera menos real, menos intrusivo. Puede que no esté aquí, sino en el club. Puede que este fin de semana haya salido de la ciudad, puede que... Las posibilidades danzan por mi mente a toda velocidad mientras espero. Y entonces oigo su voz y me siento más frágil que en toda la noche.

—¿Sí?

Hincho el pecho y me preparo para arrastrarme, si hiciera falta.

—Soy Sue.

No pide explicaciones. Desbloquea la puerta y yo entro y empiezo a subir las escaleras, sin molestarme en llamar el ascensor.

Me está esperando con la puerta abierta, con un hombro apoyado en el marco y los brazos cruzados. No tiene cara de alegrarse de verme, precisamente. Viste un pantalón de deporte ancho hasta la rodilla y una camiseta algo vieja, y está descalzo. Su cuerpo ocupa todo el umbral, así que me veo obligada a plantarme frente a él y levantar la barbilla para poder mirarlo a los ojos. Es demasiado alto y lo odio. Odio que sea alto. Odio que sea guapo. Odio ese estúpido amago de hoyuelo de su mejilla. Y, sobre todo, odio que sea la única persona en el mundo a la que puedo acudir.

—Lo siento —murmuro, y me esfuerzo en sostenerle la mirada, aunque la suya ahora sea un pelín hostil.

—Creo que te he oído decir eso un millón de veces. Y es raro, ¿sabes?, porque no te has dignado a hablar conmigo en tantas ocasiones.

Me muerdo el labio para evitar que tiemble. No quiero que me vea así de vulnerable, pero supongo que ya es tarde para eso y que mis ojos le están contando mucho más de lo que quiero contarle yo.

—Te juro que no estaría aquí si tuviera cualquier otro sitio al que ir.

Hace una mueca y reacomoda la postura, sin apartarse y protegiendo la entrada a su piso.

—Eso no ha sonado tan halagador como piensas. De hecho, me atrevería a decir que me ha ofendido un poquito.

Me muevo para que una de las asas de la mochila no se me resbale por el hombro.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Niega con la cabeza.

—No, no lo sé. —Me mira de arriba abajo y chasquea la lengua—. Tienes un aspecto horrible.

Aprieto los labios.

—Gracias.

—Hueles fatal.

Suelto un gruñido bajito. Se le eleva la comisura de la boca solo un poquito, pero se controla enseguida para evitar sonreír. Busca mis ojos de nuevo y, cuando por fin indaga en ellos, descruza los brazos, se aparta a un lado y me hace un gesto con la cabeza que señala el interior de la vivienda.

—Anda, pasa.

No espero a que me lo repita. Entro y avanzo hasta el salón. Tiene el televisor encendido y la música de una película en blanco y negro sale tenue por los altavoces. Miro alrededor. Todo está limpio

y recogido. Hay una manta doblada en dos sobre el respaldo del sofá. Esa manta que nos echamos por encima cuando nos acurrucamos desnudos aquella madrugada.

—¿Has venido en moto?

Doy un pequeño bote cuando me sobresalta el sonido de su voz detrás de mí. Me giro de forma brusca para mirarlo. Tiene el ceño fruncido y me observa con aire prudente.

—Eh, ¿estás bien, Sue? ¿Qué pasa?

Sacudo la cabeza.

—Es mejor para ti que no te dé los detalles.

—Ya. Lo pillo. Eres Viuda Negra y tienes que salvar el mundo tú sola y bla, bla, bla. —Hace gestos impacientes con la mano al tiempo que habla—. Pero aquí estás.

—No intentes usar Marvel a tu favor si no has leído los cómics.

Tuerce la boca hacia un lado y extiende los brazos para exponer su total disponibilidad, dando a entender que puedo contarle lo que quiera. Y supongo que, lo que no quiera, podré guardármelo para mí.

—Tuve que vender la moto, así que ahora solo paseo un casco por ahí. —Lo dejo sobre la mesa de comedor, y luego me descuelgo la mochila y la dejo en el suelo junto al sofá—. También tuve que vender la cámara, así que, en realidad, lo que ves es todo lo que tengo ahora mismo.

—¿Aparte de mi dinero?

Le sostengo la mirada.

—Me diste un margen, Tyler, y te lo devolveré antes de que venza el plazo.

O al menos eso creo.

Ladea la cabeza como un perro, y me estudia como si desde esa perspectiva fuera más fácil entenderme. Me parece que le frustra

que nada funcione para llegar al fondo de lo que soy.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo que desaparecer. No puedo volver al apartamento de mi hermano.

Unos segundos de silencio, mientras nos observamos con cuidado y medimos las distancias con tiento.

—¿Estás en peligro?

—No lo sé. Clay cree que sí. Solo... solo necesito quedarme aquí hasta por la mañana.

No digo que no me he atrevido a buscar un motel para que mi nombre no quedara registrado en ningún sitio, por si me buscaban. Tampoco digo que —tal vez sea por la paranoia— el lunes voy a tener que despedirme del trabajo porque el contrato es el único sitio donde aparece mi nombre y sería fácil encontrarme por ahí. Eso no importa, solo necesito un refugio para hoy. Me las arreglaré yo sola mañana.

Tyler suspira. Asiente una sola vez con la cabeza.

—Date una ducha, si quieres. Ya sabes dónde está todo. ¿Necesitas que te deje algo de ropa?

Estoy helada, aunque aquí dentro la temperatura es agradable. Pienso en lo que he traído en la mochila, apenas nada. Solo unos *leggins*, algunas camisetas y ropa interior. Me quito la cazadora y me froto los brazos.

—¿Una sudadera?

No dice nada. Sale del salón y enseguida vuelve con una sudadera gris entre las manos que me tiende estirando al máximo el brazo para no acercarse demasiado. No sé si es porque de verdad huelo tan mal o si es porque está harto de mí y no quiere que nuestros cuerpos vuelvan a traicionar todas esas promesas de olvidarnos.

Extiendo la prenda ante mí. La reconozco. Lo miro con una ceja alzada. Creo que se pone un poco rojo y una voz en mi cabeza me recuerda lo mono que es.

—La he lavado —promete a media voz.

Se me escapa una risita y siento que rebota contra todo el vacío que llevo dentro desde hace demasiado tiempo ya. El eco es infinito.

—Gracias —le digo en apenas un susurro.

Me preocupo de darle la espalda para que la mochila quede fuera de su vista cuando la abro para buscar algunas cosas. Saco el neceser y algo de ropa y luego la cierro de nuevo antes de enfrentarme a él.

Me lo encuentro junto a la puerta, con un brazo extendido y un tanga negro de encaje colgando de su dedo índice, justo en el camino que tengo que seguir para ir al baño.

—Esto también es tuyo.

Odio que su sonrisa traviesa haga que me cosquillee la tripa.

—¿Lo has guardado, pervertido?

Lo aparta de mi alcance justo cuando voy a cogerlo.

—Dijiste que era para mí, ¿querías que lo tirara?

—No me digas que lo has usado para pajearte.

—¿Quieres que mienta o que diga la verdad? —Se le amplía la sonrisa ante mi mueca de disgusto—. También está limpio, si quieres usarlo.

Paso de largo sin intentar cogerlo otra vez.

—Es tuyo, Ty. Úsalo tú.

Noto sus ojos clavados en la nuca hasta que entro al baño y cierro la puerta.

La ducha me sienta bien. Me lavo el pelo con el botecito de champú que metí en el neceser de emergencia, pero me enjabono

con su gel porque me gusta cómo huele su piel y quiero llevarlo en la mía.

Aprovecho para lavar con jabón de manos la ropa que llevaba y cuelgo las cuatro prendas de la mampara de la ducha para que se sequen de aquí a la mañana. Me visto con lo que he encontrado en la mochila: unas braguitas (negras, por supuesto), los *leggins* oscuros y una camiseta básica de tirantes de color blanco sin sujetador. Luego me pongo encima la sudadera de la Universidad de Los Ángeles que Tyler me ha prestado y me paso la mano por el pelo mojado para que no quede atrapado en el cuello. Me queda enorme y me siento arropada y protegida dentro de la tela, como si fuera un caparazón. Sí que huele a limpio, y también un poco a él.

Me peino con los dedos, me lavo los dientes y luego salgo de vuelta al salón dispuesta a enfrentar una conversación que sé que se me puede complicar.

Pero cuando llego lo encuentro sentado en el sofá, con mi mochila abierta delante, apoyada sobre la mesita de centro, y cara de no estar para conversaciones y mucho menos para bromas. Abro la boca para decir algo, pero levanta la mano, con la pequeña bolsa cargada de pastillas sujeta entre dos dedos, y me quedo muda.

—¿De verdad has traído esto a mi casa?

Vale, tiene razón, pero no es lo que parece, en el fondo.

—Es una larga hist...

—¡No! —Se levanta y avanza hacia mí con una decisión que me hace encogerme y apartarme a un lado para no interponerme en su camino—. No quiero oír más de tus historias. No quiero saber nada de tus movidas surrealistas. No quiero ni que intentes explicármelo.

Va hacia el baño, con la bolsa en la mano, y yo lo persigo porque... ¿Qué va a hacer? ¿Y si lo próximo que le exigen a mi

hermano son esas pastillas? ¿Y si las necesito para poder ponerlo a salvo cualquier día de estos?

—¡¿Qué haces?! —chillo a su espalda, y no me importa si esta vez me regaña por molestar a los vecinos—. Espera. ¡Tyler! No. No, no, no. Espera un momento. Escucha...

Pero él ya ha abierto la bolsa y está vertiendo todo el contenido por el retrete mientras yo hago lances a los lados de su cuerpo tratando de alcanzarlas. Me bloquea con toda su envergadura, me lleva con su empuje hacia atrás y tira de la cadena.

—Espero que no tengas más mierda, aparte de todo ese dinero ilegal.

Le pego en el hombro con el puño cerrado y salgo del baño más que alterada.

—¿De qué vas? ¡Has estado hurgando entre mis cosas! ¡No tenías derecho a abrir mi mochila!

—¿No? —rebate él, al mismo volumen que yo—. ¿Te parece que podía simplemente fiarme de ti, nena?

Ese tono irónico me molesta mucho más que el apodo y, aun así, lo primero que digo es:

—¡Deja de llamarme nena!

—¿Consumes?

—¡No! —Me voy al salón a grandes zancadas, pero él me sigue y las suyas son bastante más largas—. No eran mías. No he probado una de esas en mi vida, ni siquiera sé qué son. Pero lo que sí que sé es que eso valía por lo menos seiscientos pavos y que acabas de tirarlos por el retrete.

Tampoco sé si tirar droga por el retrete para que contamine las aguas puede considerarse un delito contra la salud pública, pero eso no lo digo porque no forma parte del debate actual.

—No entra droga en mi casa, me da igual lo que valga. Ni un miligramo. Ni en mi casa, ni en mi club. Y, ya que te he dejado entrar, lo mínimo que esperaba era que no me hicieras cómplice de tráfico de estupefacientes.

—No he traficado con nada y tú tampoco.

—No, yo no.

Lo miro echando chispas por los ojos, pero él no se queda atrás.

—No tenías derecho a revisar mi mochila —insisto—. Y tal vez tú puedas permitirte ver las cosas blancas o negras desde tu clase acomodada, Tyler Sparks, pero no todos tenemos ese privilegio, ¿sabes? «Las drogas son malas». Claro que sí. Pero, ¿sabes qué?, algunos estamos lo suficientemente desesperados para contemplar todas las opciones.

—¿Has consumido alguna vez?

El nudo de rabia se me resbala de la garganta cuando me pregunta eso en un tono mucho más suave y con el gesto tan serio que cuesta no pararse a escucharlo.

—Solo marihuana, en la universidad.

Asiente.

—Si lo hubieras hecho, si hubieras visto lo que hace con la gente, con las familias, con los niños, entonces ni siquiera te plantearías vendérsela a nadie por mucho dinero que pudieras ganar.

Le sostengo la mirada. Hay un montón de emociones mal contenidas en sus pupilas. Me acuerdo de lo que me contó, de que los Sparks lo adoptaron siendo muy pequeño. ¿Consumirían sus padres biológicos? ¿Consumía él en esa época oscura del instituto? ¿Cuántos casos demasiado duros habrá visto ya entre esos niños con los que trabaja?

Trago saliva y me encojo dentro de la sudadera. No sé qué más puedo decir.

Me da la espalda para buscar algo en la estantería que tiene sobre el televisor. En la pantalla, la película ya ha acabado y ahora hay un par de personas contando las bondades de las aspiradoras sin cable mientras intentan vender una. Tyler se gira, tira un pequeño fajo de billetes a la mesita que queda entre nosotros y levanta la vista hasta mi cara.

—Ochocientos, por si habías calculado mal —dice, en un tono de voz tan frío y cortante que ni su sudadera es suficiente para protegerme de él—. Te vas en cuanto salga el sol.

Y luego da media vuelta y va a encerrarse en el baño.

Me siento en el borde del sofá y me froto la cara con las palmas de las manos. Aparto los ochocientos y los dejo en el borde de la mesita. No tengo intención de llevármelos. No es eso lo que necesito ahora.

A lo mejor Clay tenía razón. A lo mejor tendría que haberme estado quietecita, haberme largado. Lejos, muy lejos. Al menos, lo suficientemente lejos para no implicar una y otra vez a la única persona que me ha echado una mano a pesar de que «no podía permitirse» hacerlo. A ver, sigo molesta porque ha abierto mi mochila y eso no ha estado bien. Pero sí que tiene razón en algo: no puede fiarse de mí.

Y me doy cuenta de lo que tiene en común todo lo que ha sucedido a mi alrededor, a lo largo de toda mi vida: yo he sido el detonante del desastre. Ese dragón que explota y escupe fuego y destroza todas las cosas bonitas que brotaban entre las espinas. Yo le jodí la vida a esa mujer que me engendró sin quererlo. Yo le arrebaté el futuro a Sam. Yo fui la razón por la que Clay llevó la peor vida posible hasta que huyó solo para darse cuenta de que el dolor seguía con él y empezó a meterse en problemas gordos de verdad.

Yo le he mentido a Tyler Sparks todas y cada una de las veces en que me he cruzado con él.

Yo odié con todas mis fuerzas a Jack Morrison.

Porque era un monstruo.

Y ahora el monstruo soy yo.

23

For Reasons Unknown



Tyler

Sue no está en el piso cuando salgo del baño. Sus cosas siguen aquí: el casco, la cazadora, la mochila llena de dinero y ropa interior, y el libro de poemas de Oscar Wilde marcado con *post-it* que guarda en el bolsillo delantero. También ha dejado su ropa mojada en la ducha. Ahora ya huele bien.

No ha podido ir muy lejos.

Cojo las llaves y salgo de casa para subir a la azotea.

Está sentada sobre el muro con los pies encima, calzados en esas botas de macarra, las rodillas flexionadas y la espalda apoyada en la pared que separa la parte exterior del último tramo de la escalera interior. Vuelve la cara para mirarme cuando salgo y paro a su lado. Juguetea con un paquete de tabaco entre las manos.

—¿También me has robado los cigarrillos? —pregunto, en un tono a medio camino entre la burla y la suavidad de alguien a quien se le acaba de pasar el cabreo.

—No. Estos son míos, pero sí que te he mangado el mechero.

Levanta la mano y me lo muestra. Suelto una risita baja y ella forma un amago de sonrisa que se esfuma demasiado pronto.

—Ladrona.

Apoyo una mano en el muro, a unos pocos centímetros de sus botas y salto encima para quedar sentado con los pies sobre la caída. Ha refrescado, aunque no esperaba necesitar nada más que la camiseta. Da igual, no voy a pedirle a Sue *la caótica* que me devuelva la sudadera. Le sienta tan bien que me dan ganas de regalársela.

—He perdido el mío —se justifica—. ¿Quieres uno?

—Sí. Enciéndelo tú.

La observo mientras lo hace. Vuelve a llevar las uñas pintadas de negro, aunque eran rojas la última vez que la vi. Me pasa el cigarrillo después de la primera calada.

—Vas a tener que contármelo, Sue —digo en cuanto he tragado el humo—. Cuéntame qué pasa, porque creo que, aun sin quererlo, ya me he implicado lo suficiente para merecer una explicación.

Se encoge de hombros y estira el brazo para que le devuelva el tabaco.

—Ahora entiendes por qué me reí de ti cuando dijiste que eras la peor persona del mundo por acostarte con la ex de tu amigo. Incluso teniendo en cuenta que tu amigo es, ya sabes, Cameron Parker, la estrella de la temporada e ídolo de masas.

—Tampoco es para tanto, ¿no? —Hago una mueca—. Yo tengo una moto, soy más guay que él.

Se ríe por la nariz, como si le pareciera muy tonto. Y me gusta el modo en que me mira. No sé lo que significa, pero me dan ganas de decírselo. ¿Y si ponemos de una vez las cartas sobre la mesa?

—Estoy haciendo esto por mi hermano —habla, y me sorprende que esté dispuesta a hacerlo—. Le dieron una paliza en la cárcel porque debía mucho dinero. Iba a ir a peor si no pagaba, así que reuní la cantidad que querían.

—Lo robaste y lo apostaste.

—Y luego les gané un montón de pasta a unos niños pijos.

—Algunos de esos pijos tienen la mecha muy corta y no les gusta perder contra recién llegados.

—¿Eso fue lo que te pasó?

Estira el brazo y me toca el codo derecho cuando cojo el cigarrillo de entre sus dedos. Esbozo una sonrisa leve.

—No lo sabe nadie, solo Cam. A los demás les dije que me había lesionado entrenando. ¿Dónde aprendiste a jugar así al póker? —Cambio de tema—. Fue increíble.

—El espectáculo te puso cachondo, ¿eh? —se burla, y me da una patadita suave en el muslo.

La miro mucho más serio que ella.

—Creo que fue más que evidente que sí.

Se ríe. Luego deja de hacerlo y se le ensombrece el rostro, de golpe, como si un mal recuerdo acabara de clavarle las uñas en la mente.

—Aprendí en casa.

—¿Tu padre o tu madre?

Tuerce el gesto de forma casi imperceptible, pero responde:

—Él. Todos los viernes los chicos de la comisaría jugaban en nuestra casa. Clay odiaba que vinieran, pero a mí me gustaban los viernes.

Tiene la mirada perdida entre las luces de los edificios del centro, donde incluso en plena madrugada la ciudad sigue despierta.

Insomne, como nosotros. Solo parece volver a la realidad cuando le devuelvo el cigarrillo para que dé las últimas caladas.

—Entiendo que Clay es tu hermano, Sue —digo en el tono más dulce posible, para que no se lo tome como un reproche—, pero *él* la cagó. Él se metió donde no debía y con quien no debía. La condena es suya y no deberías pagarla tú.

Niega con la cabeza. Me sostiene la mirada con el gesto solemne.

—Clay ha parado todos los golpes por mí durante toda mi vida. Ha sufrido su dolor y el mío. Tiene dentro toda la rabia, incluso la que no era suya, solo para que no la cargara yo. Y entonces solo era una niña asustada que se escondía. Una niñita que los viernes por la noche se olvidaba de todo lo que tenía que agradecerle a su hermano mayor. Pero ahora ya no soy una niña y si hay algo que deberías tener claro sobre mí es que haría cualquier cosa por mi hermano. Cualquier cosa. No hay límite. No voy a parar.

Apaga el cigarrillo contra la fachada y guarda la colilla en la caja, creo que solo porque me ha visto a mí hacer lo mismo en alguna ocasión y le parece feo tirarla a la calle si estoy delante.

Ha dicho todo eso de una manera muy aséptica, sin apenas emoción en la voz, pero, incluso solo con la escasa luz bajo la que estamos, he podido leer en sus ojos mucho de lo que hay detrás. Dolor. Amor. Culpa. *Miedo*.

—Siento que fuera así —consigo murmurar.

Apoya la cabeza contra la fachada y mira hacia arriba, hacia el cielo.

—¿Sabes qué es lo peor de los monstruos? —No espera a que intente dar una opinión para ofrecerme la respuesta—: Que no te demuestran que lo son todo el tiempo. Sería más fácil odiarlos. Y también sería más fácil no tenerles miedo si es imposible no verlos venir.

—¿Tu padre?

Baja la mirada despacio hasta encontrarse con mis ojos.

—Era un santo de puertas para fuera. Le pusieron un montón de medallas, todo el mundo lo quería. El poli bueno. Cuando llegaba a casa se quitaba el disfraz. Pensé durante muchísimo tiempo que mi padre era el de los viernes, el que se reía con sus compañeros y me sentaba en sus rodillas para enseñarme las mejores jugadas, y que el resto del tiempo un hombre malo ocupaba su lugar; se parecía a él, pero no lo era. Luego me di cuenta de que todo era lo mismo y que la parte mala siempre estaba acechando dentro, dispuesta a explotar en cualquier momento. A mí nunca me tocó. Porque Clay se puso en medio todas y cada una de las veces que vino a por mí. Así que no me digas que la condena es suya cuando cada una de sus cicatrices lleva mi nombre.

No sé qué decir. Siento su dolor haciendo eco en la noche. Clavándose en mi piel y pidiendo permiso para entrar y poder compartirlo. Y me abro y le dejo paso porque su vulnerabilidad me hace querer estar aún más cerca. ¿Cómo te marca algo así? ¿Es posible no arrastrar ese pasado toda la vida? Entiendo que se sienta responsable, aunque ella no tenga la culpa de nada, porque sé lo que una infancia así puede hacer con alguien: lo veo todos los días en el trabajo. Y su hermano ha jugado con todas las papeletas para acabar tomando decisiones de mierda como las de ahora. No puedo juzgarlo. Y tampoco puedo juzgarla a ella por estar dispuesta a hacer arder el mundo por alguien a quien quiere, si fuera necesario.

Yo también lo haría.

Pongo una mano con la palma hacia arriba sobre su rodilla. Espero. Tarda cinco segundos en poner la suya encima y permitir que la piel nos conecte.

Siento el cosquilleo. La electricidad. La calidez y la intimidad.

Y, a pesar de todo, no quiero que se acabe.

—Dime cómo puedo ayudarte.

Hace amago de retirar la mano, pero cierro la mía a su alrededor un solo segundo para retenerla y, cuando aflojo el agarre para permitirle dejar de tocarme si es lo que necesita, reacomoda la forma en que encajan y me acaricia el canto con suavidad con las yemas de los dedos.

—No quieres ni puedes implicarte, Ty.

—*Ya* estoy implicado —rebato, con los ojos clavados en los suyos —. ¿Qué necesitas?

Aprieta los labios.

—Ya has hecho bastante.

—Eso lo decido yo.

—Odio que intenten cuidar de mí.

—Pues te jodes. No haber venido a buscarme.

Creo que intenta emitir una especie de gruñido disconforme, pero la comisura de los labios la traiciona y se eleva apenas un milímetro, dibujando una sonrisa levísima de medio lado.

—Eres un poco cretino.

—Y tú eres muy mentirosa, por eso vamos a llevarnos bien.

La sonrisa es más irónica, pero también más amplia, esta vez.

—¿Eso hacemos? ¿Llevarnos bien?

—Estás en mi territorio, suricata, sé más humilde.

—Eso nunca.

Me encanta el desafío en sus ojos. La promesa en sus labios. Quiero morderla y devorarla, aunque me queme por dentro cuando me la beba a tragos.

Me esfuerzo por mantener la cabeza fría y no dejar que nos perdamos en el tonteo y en la tensión creciente una vez más. Tengo que ofrecer soluciones, eso es lo que ella necesita ahora. Aunque

nunca vaya a admitir en voz alta que necesita algo de alguien, y mucho menos de mí.

—Sé de un sitio donde puedes quedarte un tiempo.

—Aquí no —dice, firme, y retira la mano en un movimiento rápido y brusco, rompiendo así nuestro clima de intimidad.

Hago una mueca molesta.

—No, no es aquí. Conozco a alguien que acaba de quedarse con una habitación libre en su piso. Le vendría bien un inquilino para un par de meses o tres, siempre que pagues el alquiler, lo que imagino que no te parecerá un problema si llevas la mochila llena de dinero. Está en un buen barrio, no creo que nadie vaya a buscarte allí, teniendo en cuenta que es probable que piensen que vives en el piso de tu hermano porque no puedes permitirte otra cosa. Creo que ella y tú intentaréis mataros, pero eso solo lo hará más divertido.

Se me escapa una sonrisa cuando pienso en Blair y Sue conviviendo y enfrentándose como dos tigresas cabreadas. Pagaría por ver eso y no estoy del todo seguro de por quién apostaría, si pudiera hacerlo, pero tengo la corazonada de que Sue se proclamaría vencedora, a pesar de ser bastante más pequeña que mi amiga. Mala suerte para Blair, porque vivir con ella es una buena opción y no se me ocurre ningún lugar más donde pueda esconderse y estar segura.

No parece muy convencida, pero termina por asentir.

—Vale. Tengo que deshacerme de mi móvil, supongo, ¿no? ¿O estoy demasiado paranoica?

Sacudo levemente la cabeza para tranquilizarla.

—Más vale prevenir. Le pediré a Kowalski que consiga uno con tarjeta de prepago, suelen comprar alguno de vez en cuando para los seguratas, a nadie le parecerá raro.

Asiente.

—Gracias. Creo que eso es todo, no es que haya dejado mucho rastro desde que estoy en la ciudad. Serán solo unas semanas, hasta el juicio de mi hermano. Luego me encargaré de devolverte tu dinero y me largaré allí donde lo condenen a pasar los próximos tres años, si todo va como Daniels promete.

Solo unas semanas y no volveré a saber nada de ella nunca más. Por una parte, sé que es lo mejor. Lo mejor para ella y también lo mejor para mí. Lo que más me conviene. Que es la única forma de volver a mi vida ordenada y sin líos ni sobresaltos. Mi terapeuta tiene claro que eso es lo que necesito. Y yo tampoco tengo dudas si lo pienso de forma racional, pero estoy plagado de ellas cuando esos ojos grises me devuelven la mirada.

Sue Morrison es adictiva. Tanto como las drogas, el juego o la adrenalina. Y yo tengo un problema con las adicciones que me esfuerzo cada día por mantener amordazado y relegado a un rincón oscuro.

—Todo irá bien —aseguro a media voz.

Asiente de nuevo e intenta forzar una sonrisa que no llega a formarse del todo.

—Eres una buena persona, Tyler, aunque tú no te lo creas. No todo el mundo haría esto por alguien como yo.

«De hecho, no tengo a nadie más», parecen gritar sus ojos. Pero eso no lo dice en voz alta.

—Mantenerte a salvo es la única manera de asegurarme de que me devuelves mi dinero, ¿no?

Sonríe.

—Exacto.

—Pues que así sea, Susie.

El silencio se tensa entre los dos mientras nos sostenemos la mirada. Quiero besarla, pero no voy a hacerlo. No esta noche. No

cuando ha acudido a mí porque no tenía otro sitio a donde ir y cuando está más vulnerable de lo que nunca creí posible en ella.

Lo que no puedo contener es la curiosidad. Necesito saber. Quiero conocer lo que hay detrás de la fachada, de la mandíbula apretada y la barbilla alta, del continuo desafío en sus ojos y su actitud defensiva. Esta noche me ha dejado ver una pequeña parte. Su padre... Solo uno más de los muchos monstruos que caminan por el mundo, pero el único que importa para ella. El que se le cuela en las pesadillas y le hizo construirse todo ese escudo que viste alrededor. Pero faltan más piezas del puzle, de esas que ella dice estar compuesta por dentro. Rotas. Condenadas.

—¿Qué hay de tu madre?

Se echa hacia atrás, pero ya tiene la espalda pegada a la pared, así que solo consigue encogerse y parece fundirse con ella.

—¿Qué?

—Has hablado de tu padre y también de tu hermano. ¿Qué papel tenía tu madre entonces?

Sacude la cabeza y entorna los ojos. No quiere hablar de esto. Y, aun así, por solo una vez más esta noche, lo hace:

—Ella debería habernos protegido y nunca lo hizo.

Ha vuelto ese tono ronco, punzante, frío y distante, como si toda esa historia de su infancia le hubiera ocurrido a otra persona y no a ella.

—Las mujeres en esa situación no lo tienen sencillo, Sue. Es fácil juzgar, pero es mucho más complejo que solo pensar en que una madre tiene el instinto de proteger a sus hijos. Cuando alguien está anulado, ha desarrollado indefensión aprendida y...

—El día en que yo tenga hijos, voy a dejarme la vida en protegerlos, me da igual de qué. Lo haré con las uñas rotas y sangrando y con mis propios dientes, si hace falta. —Su voz está

cargada de sentimiento al volver a hablar y sus ojos refulgen con determinación—. Ella, sin embargo, no quería tenernos. Nunca estuvo hecha para ser madre y él debería haber respetado eso, pero ella no debería haber cedido y traído dos vidas al mundo solo para contentarlo, sabiendo que nunca podría querernos. Nunca nos quiso, y supongo que toleraba a Clay, porque no molestaba, porque intentaba protegerla, como a mí, y porque, mientras le pegaba a él, ella podía quedarse mirando desde las sombras y recibía menos golpes. ¿Cómo puede una madre ver cómo le dan una paliza a su hijo y no sentir el impulso de hacer nada? ¿No gritar? ¿No llorar? A Clay lo toleraba por eso. A mí me odió desde el momento en que nací. Porque su marido siempre había querido una hijita y me puso su nombre, el de ella, *Morgan*, aunque era el único que me llamaba así. Eso también se lo robé. Le robé el nombre y, en su cabeza, le robé la atención de un marido al que necesitaba complacer de forma compulsiva. Eso es todo lo que ella vio en mí siempre. Que él me llamaba *a mí* Morgan con el tono que nunca le dedicó a ella y me sentaba en sus rodillas en las noches de póker. No era consciente de que solo se portaba así cuando había gente delante. Creo que no supo ver que si a mí nunca me rompió una costilla fue solo porque las costillas de Clay siempre formaban un escudo alrededor de las mías. Un niño de nueve años luchaba cuando una adulta no quería hacerlo. Así que puedo aceptar que el mundo la justifique y que ella era una víctima más del mismo verdugo, pero no puedo entenderla y tampoco perdonarla.

—Siento muchísimo que tuvieras que pasar por todo eso —murmuro, con una mezcla de furia y compasión atascada en la garganta.

Sé que hay muchas cosas que no me cuenta. Sé que hay más. Que solo ha rascado la superficie de todo lo que la asfixia y se le

agarra con fuerza al pecho y le grita al oído por la noche para no dejarla dormir.

No va a contármelo, y tampoco necesito que lo haga a no ser que sienta que quiere compartirlo conmigo. Tal vez algún día.

Y con esto ya entiendo mucho. Ya empiezo a entenderla a ella, a componer el mosaico, aunque las piezas estén quebradas por los bordes y no terminen de encajar. Porque esto es lo que ella es: una chica que quizá nunca encaje del todo porque la rompieron antes de que pudiera siquiera empezar a florecer. Entiendo el miedo antiguo y enraizado que encontré en sus ojos aquel día frente a la comisaría; el modo en que me pidió que no volviera a utilizar su segundo nombre jamás; la manera en que ahora se empeña en no esconderse detrás de nadie porque quiere ser la mujer que lucha y no la que permite que otros libren las batallas, nunca más la niña que se esconde; y también entiendo la enorme deuda que siente que tiene con su hermano, y la relación que debe de existir entre ellos cuando solo se tuvieron el uno al otro desde siempre.

Ella chasquea la lengua. Luego se encoge de hombros. Vuelve a componer la careta de tipa dura que lleva puesta a todas horas y mueve el pie para darme un toquecito en el muslo.

—Suficiente sobre mí. ¿Cuál es tu historia, nene?

Me siento como el privilegiado que ella no para de insistir en que soy. Porque mi historia no fue fácil como las de mis amigos. Y aún lucho muy duro para aceptarme, para quererme y entenderme. Pero es que al lado de lo que acaba de contarme he sido el más afortunado del mundo. Me pregunto qué habría pasado si mis padres biológicos hubieran sido ejemplares de puertas para fuera y exactamente lo que eran solo en la intimidad del hogar, como los suyos. Qué habría sido de mí si los servicios sociales no hubieran intervenido, como me esfuerzo por que sea ahora en tantos y tantos

casos de otros niños como el que yo fui. Dónde estaría yo sin los Sparks. Cuánto les debo y qué poco pude demostrarle a él lo importante que era para mí. Cierro los ojos y reprimo las lágrimas que amenazan con nublarme la vista.

Lo justo es que ahora hable yo. Así que eso es lo que hago.

—Te lo cuento mientras compartimos otro cigarrillo.

Sonríe levemente y se hace enseguida con uno.

—Estaba deseando que me lo pidieras, rubito.

Se lo pone en la boca y espera para encenderlo a que yo empiece a hablar.

—Durante toda mi vida, desde que tengo recuerdos, siempre he sentido que no encajaba. Veía cuánto se esforzaban mis padres en quererme y ese amor no me llegaba. No lo dejaba entrar. Algo dentro de mí no paraba de gritarme que no me lo merecía. No tenía ni tres años cuando me adoptaron, debería haber sido un niño feliz con todo lo que me daban, con la vida que llevaba, con el modo en que se esforzaban por que estuviera bien. Pero nunca lo estaba. Siempre estaba enfadado y me sentía atacado a cada paso y creía que tenía que defenderme. Que alejar a la gente de mí era protegerme. Que, si no luchaba contra el mundo, el mundo me iba a comer. No fui un niño nada fácil, me metía en líos y en peleas todo el tiempo, tuvieron que cambiarme de colegio tres veces entre los siete y los once años. Y al final se vieron obligados a mudarse de costa, porque alguien les aconsejó «cambiarme de ambiente». Lo intentaron todo y yo nunca lo agradecí. Me sentía más solo cuanto más se esforzaban por estar a mi lado. Luego llegué a Sacramento, conocí a una chica que me gustaba y me daba paz. Menuda historia, ¿eh? El chico malo y la chica que lo salvará. No dejé que lo hiciera. Luego conocí a Cam. A él sí que le dejé intentarlo, eso de salvarme. Y al final lo acabé destrozando, también. Vaya sorpresa. Si lo piensas

bien, dentro de todo, he tenido una vida fácil. Muy fácil. Pero cuando llegué a ella ya estaba roto por dentro. Y eso era muy difícil de arreglar. Era muy difícil de aceptar para mis padres y también era complicado para mí admitirlo. Como una de esas frutas que abres y te encuentras que bajo la piel los gusanos no han dejado nada, que solo hay un montón de pequeños insectos que se han alimentado de lo podrido y salen a volar en cuanto rasgas la superficie.

»No sabía lo que me pasaba. No podía luchar contra ello porque no sabía dónde estaba el origen del problema. No hace tanto tiempo que por fin pude llegar a verlo. Ashley me dijo una vez que los primeros años de vida son cruciales para forjar la personalidad y el modo en que te relacionas con el mundo. Y es absurdo, porque ni siquiera eres realmente consciente de las cosas que te rodean cuando eres un bebé. No recuerdas lo que te pasó cuando tenías un año y empezabas a andar. Pero es ahí donde se decide todo.

Sue se abraza las rodillas, inclinándose hacia delante, y eso deja su cuerpo más cerca de mí. Siento su calor combatiendo el frío de la noche sobre la piel de mi brazo. Me pasa el cigarrillo empezado.

—¿Ashley es psicóloga? Suena como una psicóloga.

Sonrío de medio lado. Ashley es muchas *muchas* cosas.

—Lo es.

—Claro que sí —resopla ella, irónica.

La miro de reojo mientras doy una calada.

—¿Estás celosa?

Se ríe entre dientes.

—Bueno, ella no está aquí esta noche, ¿no?

Me encuentro con sus ojos. Sonrío solo un poco y Sue me devuelve una sonrisa de la misma magnitud.

—Claro que no.

Y, por primera vez en mucho tiempo, creo que no querría que *ella* estuviera aquí esta noche. No, si Sue no va a estarlo a cambio.

—¿Qué más? Sigue hablando —me pide, y me arrebata el cigarrillo de la mano.

Tomo aire para recuperar el tema de mi monólogo anterior.

—Bueno, no tengo apenas recuerdos del tiempo que estuve con mis padres biológicos, como es obvio, y tampoco del centro de acogida. Pero sí que recuerdo la sensación de tener miedo continuamente, de estar solo. Cuando era pequeño soñaba muchas noches que un hombre me miraba de pie al lado de mi cama y, cuando yo gritaba, me cogía del cuello y me lanzaba contra la pared. También que intentaba llorar muy alto, pero mi llanto no se escuchaba, y que una mujer no paraba de gritarme que me callara y el brazo me ardía cuando lo rodeaba con su mano para zarandearme. Una vez, en terapia familiar, mis padres contaron que cuando me adoptaron no hablaba, que no lloraba y jamás los llamaba si me hacía pis en la cama, lo que pasaba casi todas las noches. Tampoco si me caía y me hacía daño. En el centro de acogida les dijeron que había aprendido que llorar y llamar no servía de nada porque nunca nadie venía a ayudarme cuando lo hacía, así que simplemente dejé de hacerlo. Vieron el informe de urgencias del día en que los servicios sociales se hicieron cargo de mí, un vecino entró a la fuerza en la casa, porque se oían muchos gritos y ruidos de pelea, y me sacó de allí para llevarme al hospital. Al parecer, mi padre biológico me había lanzado contra la pared en mitad de la paliza que le estaba dando a mi madre biológica. Me dislocó el hombro y me rompió dos costillas, no paraba de sangrar de un golpe en la cabeza, aún tengo la cicatriz. —Me toco el pelo en el lateral, justo encima—. Tenía las marcas de sus dedos en el cuello. No volví nunca a esa casa. A él no le pasó nada, porque ella no lo denunció y

la fiscalía contempló como atenuante que estaba bajo el efecto de las drogas, así que lo enviaron a un centro de desintoxicación, pero, por lo que supe tiempo después, cuando empecé a investigar un poco más por mi cuenta, se escapó de allí a las dos semanas.

—¿Los has vuelto a ver? —pregunta en apenas un susurro.

—A él, una vez. Se puso en contacto con mis padres poco después de que nos mudáramos a Sacramento, no sé cómo lo consiguió. Ellos nunca me habían ocultado que era adoptado, y me lo contaron y me preguntaron si quería verlo. Decía que estaba limpio. —Hago una mueca—. Mi madre llevaba tiempo murmurando que me parecía mucho a *mi padre de verdad* cuando creía que yo no la oía, y se ponía a llorar. Ellos no querían dejar que se acercara a mí, pero yo quería conocerlo. Cuando lo vi... Sí que me parezco a él, ¿sabes? Físicamente, al menos. Me impactó mucho su aspecto. Tuve la certeza, en ese momento, de que hiciera lo que hiciese con mi vida era inevitable que acabara siendo exactamente igual que él. Y creo que empecé a buscar el modo de destruirme para no llegar a serlo. Es irónico que la única manera que encontré fuera haciendo exactamente lo mismo que hacía él: metiéndome mierda. Aún lo pienso algunas veces. Cada vez menos, supongo que la terapia ayuda.

Sue emite un quejido lastimero. El cigarrillo ha quedado olvidado en su mano y se va consumiendo solo, poco a poco.

—Sí que ayuda. Yo necesité tres años de terapia en Columbia para dejar de intentar autodestruirme y, aun así, mírame ahora.

—A lo mejor necesitas tres años de terapia más —respondo, con una sonrisita cómplice. Le robo la colilla para dar las últimas caladas.

Suspira.

—A lo mejor. Invertiré en ello tu dinero.

Le aprieto la rodilla a modo de venganza para hacerla protestar. Pero ella pone la mano en torno a mi brazo derecho, encima del tatuaje de la cruz, y acaricia los trazos de tinta con cuidado.

—¿Era este brazo el que te quemaba?

—Tengo una marca cerca del hombro. Me hice el tatuaje para taparla, como si eso borrara el pasado. Y quise una cruz porque a los dieciséis no paraba de pensar que eso es lo que hacemos las personas con quien intenta salvarnos: lo destruimos. Era lo que yo estaba haciendo con mis padres, solo porque eligieron quererme.

—Eres muy duro contigo mismo.

Suelto una risita por la nariz. Apago lo que queda del pitillo y se lo doy para que lo meta en la cajetilla y tirarlo más tarde.

—Mira quién fue a hablar.

—Yo tan rota y tú tan perdido, rubito.

Estudio sus ojos, que no se apartan de los míos. Ha repetido eso que le dije aquel día, en este mismo lugar, y el corazón me da un vuelco y trae de vuelta sus palabras.

—Mala combinación, Susie.

Se acerca un poco más y sus labios quedan al alcance de los míos. Me obligo a permanecer en mi sitio y no ceder a la atracción.

—¿Tú crees?

Tengo tantas ganas de dejarme llevar que me duele el pecho cuando no me permito hacerlo.

—Será mejor que vayamos a dormir —consigo murmurar.

Vuelve a abrazarse las rodillas y se encoge sobre sí misma. Parece más pequeña que nunca envuelta en mi enorme sudadera.

—No creo que pueda.

—¿Tienes miedo?

Mueve la cabeza.

—Tuve miedo durante mucho tiempo, no sé si me queda algo ya.

Se hace la valiente, pero yo sé que sí. Que aún lo tiene. Al menos, por su hermano.

Bajo del muro y le tiendo la mano.

—Vamos.

Me sorprende muchísimo que la coja y deje que tire de ella para hacerla volver a tierra firme, pero no lo demuestro porque, si lo hago, sé que se pondrá de nuevo a la defensiva y volverá a levantar todas las barreras.

No nos soltamos la mano hasta que abro la puerta de casa y nos colamos dentro. Ella se va al salón y, cuando me asomo, veo que ya se está acurrucando de medio lado en el sofá.

—Me iré cuando salga el sol —murmura.

—Esperarás a que te acompañe a casa de mi amiga —corrijo.

—Tienes muchas amigas, Tyler —dice con retintín.

Sonrío antes de apagar la luz.

—Buenas noches, suricata.

Me voy a la cama, pero no puedo dormir. Eso no es una novedad, pero el hecho de que ella esté tan cerca y pasando uno de sus peores momentos sí que lo es. Y yo nunca abrazo, pero quiero abrazarla.

Ha pasado media hora desde que nos hemos dado las buenas noches cuando me levanto y me acerco hasta el salón. Solo quiero comprobar si ya duerme, si está tranquila, si no hay rastro de pesadillas esta noche.

Me doy cuenta desde el quicio de la puerta. Está temblando. Está encogida en posición fetal, e incluso ha escondido las rodillas bajo la protección de mi sudadera, pero tiembla y no es de frío.

—Sue —susurro.

No contesta. Sus ojos grises, enormes y asustados, se clavan en mí en la penumbra. Intenta decir algo, pero no le sale la voz.

Tiembla con más fuerza.

Me acerco hasta ella, le acaricio el pelo y le repito una y otra vez que todo va bien, que aquí está a salvo y que la ansiedad es solo pasajera. Ni siquiera parece oírme. Y yo, en un impulso, paso los brazos por debajo de su cuerpo, la levanto pegada a mi torso y la abrazo mientras camino con ella de vuelta a la cama.

Amoldo su espalda a mi pecho en cuanto estamos tumbados sobre el colchón y acomodo la postura para envolverla casi por completo con mi cuerpo. Le pongo una mano en el abdomen, para que sienta esa ligera presión cada vez que inspire. Luego le hablo al oído.

—Respira conmigo, nena.

Le cuesta unos minutos acompasarse al ritmo lento y profundo de mi respiración. Cuando por fin lo hace, y siento cómo se va relajando en mi abrazo, el agotamiento consigue hacerla dormir.

Y yo sigo despierto, respirando con ella.

Su pelo me hace cosquillas en la nariz y, en vez de apartarme, escondo más la cara entre los mechones. Huele a melocotón. ¿Por qué huele *tan* bien?

Apenas he dormido cuando se cuelan en la casa los primeros rayos de luz del día, pero ella sigue descansando entre mis brazos y me parece un precio justo a pagar por ello.

Y, si estuviera en mi mano, volvería a esconder el sol y pararía el tiempo, solo para que Sue pueda seguir estando a salvo.

24

Good Company



Sue

Tyler no está en la cama cuando me despierto. Me duele todo el cuerpo, como si tuviera agujetas después de haberme dado una buena paliza en el gimnasio. Tengo calor y, aun así, escondo la mitad inferior de la cara en el cuello de su sudadera e inspiro.

Recuerdo muy bien lo que pasó anoche. La conversación que tuvimos en la azotea, el modo en que me abrí a él, sin entender muy bien por qué *quería* hacerlo. Lo que él me contó. El instante en que me di cuenta de que los dos hemos crecido en las mismas arenas movedizas, esas que llevamos por dentro, y de que, siendo lo mismo, no sé por qué la atracción actúa más que entre dos polos opuestos. Esa especie de esperanza titilante que me inundó cuando vi la fuerza en su mirada, la decisión, la determinación de ser mejor, de no dejar que su pasado lo condicione nunca más; porque, si él puede hacerlo, entonces yo puedo también, ¿verdad? Y también me acuerdo de cómo todo el peso de la noche y de los recuerdos que

refloté para ofrecérselos me aplastó cuando me acurruqué en su sofá y me quedé sola. Siempre me ataca de la misma forma: agarrada al pecho y clavando las uñas en las tripas, para que no pueda arrancarla sin desangrarme, y con el temblor que se esfuerza en intentar sacudirla sin lograrlo hasta que me agota y acaba conmigo. Tyler luchó contra ella por mí anoche. Sentí que encajaba en su abrazo, como si ese fuera mi lugar, me llevó a la calma con el vaivén de su respiración y el latido de su corazón palpitando en mi espalda. Y no he tenido pesadillas mientras dormía. Diría que es un milagro si yo creyera que esas mierdas son reales.

Me levanto despacio, sintiendo todos y cada uno de los músculos doloridos. Necesito ir al baño. No sé dónde está el rubito, pero ya lo buscaré después.

La ropa que dejé tendida aún no está seca. Tendré que pedirle una bolsa para poder meterla en la mochila sin humedecer también todo lo demás.

Cuando salgo y me asomo al salón, lo veo. Está sentado en el sofá, con los pies sobre la mesa de centro y mi libro de poemas entre las manos. Levanta la vista y, cuando nuestros ojos se encuentran, ni siquiera queda rastro de la molestia que debería producirme verlo tocando de nuevo mis cosas sin permiso y metiéndose en todos esos rincones que son tan íntimos como dolorosos.

—¿Qué haces? —Apenas logro un susurro donde anoche había gritos.

Levanta un poco el libro para enseñarme la cubierta, aunque sé que tiene claro que no necesito verla para reconocerlo.

—Me intrigaba ver qué es tan bueno para que lo lleves contigo cuando huyes. Aunque ya me he dado cuenta de que no es la poesía, sino lo otro que hay dentro.

Me acerco paso a paso, ignorando el cansancio y lo mucho que me pesan las extremidades. Sé que ha visto las fotos, porque asoman por encima de las páginas unas cuantas por detrás del punto en el que lo sostiene abierto. Vuelve a la portadilla para leerme lo que hay allí escrito con la letra de otra persona, como si yo no conociera la dedicatoria de memoria. Me impacta, no del todo de mala manera, oírla en la voz de Tyler y no en el tono en que yo siempre la repetía en mi mente, en el tono de *su* voz.

—«Para mi fruta del dragón, la única capaz de florecer en la oscuridad, poesía para recitar contra las sombras, solo hasta que pueda prometerte los días más luminosos. Te quiero, S. Ahora y siempre». Es muy bonito, aunque no son poemas de amor.

Quiero gruñir contra su tono levemente burlón. Quiero gritarle por contaminar, con esa más grave, la voz dulce que aún vivía en mi interior. Y quiero llorar, pero eso ya no sé hacerlo.

Me siento en el suelo, cerca de su pierna, pegada al borde del sofá.

—Deja de tocar mis cosas —consigo murmurar con desgana.

—Lo siento.

Se mueve, arrastra el cuerpo hacia delante y termina por sentarse a mi lado en la alfombra. Saca las fotos y me muestra una. La del mayor contraste. Una figura en colores oscuros, la otra con ropa de *ballet*.

—¿Es ella?

Levanto la vista para enfrentarme a sus ojos avellana, que me observan con curiosidad mal disimulada. No creo que el disimulo le preocupe mucho, y tampoco que la disculpa anterior fuera sincera cuando sigue hurgando en las heridas sin ofrecerme siquiera un analgésico para evitar que ruja de dolor cuando me desgarre para poder verme bien por dentro.

—¿Quién?

—La persona de la que estás enamorada.

No hace falta que me clave la mano en el pecho y apriete con saña para que yo pueda sentir cómo me estruja el corazón. Duele, quema y, sobre todo, ahoga. Cierro los ojos por un segundo para desterrar los recuerdos. Cuando los abro, él sigue igual de atento a mí, con la fotografía sujeta entre dos dedos. Encojo un hombro e intento esbozar una sonrisa irónica que no sé la emoción que transmite al final.

—*Ella* era punk y *ella* hacía *ballet* —recito, y señalo cada una de las figuras retratadas en la instantánea, primero la mía, después la de Sam—. ¿Qué más puedo decir?

Veo su sonrisa de medio lado y me hace cosquillas en el mismo sitio que aún escuece con la misma intensidad de siempre.

—¿Te dijo «te veo luego, *chica*»? —parafrasea la canción de Avril Lavigne igual que acabo de hacer yo.

El nudo me aprieta fuerte la garganta.

—No tuvo la oportunidad.

La curiosidad relampaguea en los ojos del rubito.

—¿Qué pasó?

En un solo segundo las secuencias pasan por mi mente a toda velocidad. La huida en medio de la noche, los nervios en la boca del estómago, las sirenas, la sensación de aceleración, la figura apareciendo ante los faros, el volantazo, el chapoteo, la humedad, el frío..., *el silencio*.

El puto silencio.

—Es demasiado personal. A pesar de todo, no me has conocido en el peor momento de mi vida —consigo murmurar.

Me sobresalto cuando siento las yemas de sus dedos rozando con delicadeza los trazos del tatuaje de mi tobillo derecho. Las zapatillas

de *ballet*. Sam. Aparta la mano enseguida al ver mi reacción. Susurra una disculpa y yo tiro con fuerza del bajo de los *leggins* para tapar la tinta.

Tyler guarda de nuevo las fotografías y me tiende el libro. Lo cojo y lo aprieto contra mi pecho casi en un acto reflejo.

—Perdona, en serio, no quería... Solo quería saber más de ti.

Sigo escondiendo la mirada, a pesar de que la dulzura con la que ha hablado funde como fuego al hielo una parte de mi escudo. Me muevo de forma brusca y apresurada para apartarme de él y guardar el libro de nuevo en el bolsillo pequeño de la mochila.

—No necesitas saber más de mí —dejo claro, en tono áspero.

—Ya.

Se levanta y camina hacia la zona de la cocina. Observo su espalda mientras enciende la cafetera.

—¿Quieres un café?

Como si no pasara nada. Como si no acabáramos de mantener esta conversación. Como si él y su estúpido empeño en conocerme no me estuviera poniendo una y otra vez en un precario equilibrio al borde de un precipicio.

—Por favor —acepto con un hilo de voz.

Prepara dos tazas en silencio. Me acerca la mía después de preguntarme por la cantidad de leche exacta que deseo y ponerle media cucharada de azúcar.

—Kowalski ha dicho que me dará el teléfono de prepago esta noche. Y le he enviado un mensaje a Blair —dice mientras se pasea de un lado a otro con su café en la mano. No me da tiempo a preguntar, porque sigue sin dejarme meter baza—: Dice que te tendrá a prueba el fin de semana y que el lunes decide si te puedes quedar con la habitación o te tienes que buscar la vida. ¿Te parece bien?

A él parece que le divierte mucho su «amiga» Blair. No sé muy bien qué voy a encontrarme, pero yo tampoco ofrecería mi casa a una desconocida así como así.

—Me parece justo —acepto.

—Muy bien. Os vais a encantar.

Ojalá no hubiera usado ese tono tan irónico y divertido para soltar la última frase.

Como apenas llevo equipaje y tenía el casco a mano, Tyler ha propuesto que fuéramos en la moto a mi nuevo hogar provisional. Disfruto del camino, lo admito. Echaba de menos la sensación de tener una moto entre las piernas, aunque esta vez no la conduzca yo.

Le doy un toque en el hombro y le hago señas para que se desvíe hacia la costa cuando circulamos paralelos a la playa de Venice. Me obedece sin protestar ni un poquito y para en el punto donde ya no puede ir más allá, pegado al paseo marítimo, y se quita el casco cuando se vuelve a mirarme.

—¿Qué pasa?

—Tengo que hacer una cosa.

Hay un viejo muelle para pescadores. Ahora la gente lo utiliza para pasear al perro, y a mí me viene perfecto para avanzar otro paso más en la desaparición de Sue Morrison. ¿Debería utilizar un nombre falso también durante el tiempo que dure esta locura? Me trago una sonrisa cuando pienso que a Tyler no le sorprendería en absoluto que lo hiciera. Y que él seguiría llamándome «mentirosa» de todas maneras.

Se da prisa en seguirme cuando me bajo de la moto y echo a andar hacia el muelle, con el casco colgado del brazo. Vuelvo la

cabeza para dedicarle una mirada de soslayo.

—No me haces falta para esto.

—Pero estoy intrigado, Susie, así que te seguiré de todas formas.

Pongo los ojos en blanco y sigo mi camino sin esperarle. En solo un par de zancadas se planta a mi lado. Camina tranquilo, despreocupado, mirando alrededor como si le interesara todo y nada al mismo tiempo. Lleva el casco en una mano y la otra metida en el bolsillo de los pantalones. Está muy guapo hoy, aunque no consigo descifrar qué es lo que hace que me lo parezca más que en otras ocasiones, y me burbujea el estómago cuando gira la cara para mirarme y me pilla con los ojos fijos en él. Escondo la mirada tan rápido como puedo y apresuro el paso para caminar por delante. Me parece oírlo soltar una risita, espero que haya sido solo mi imaginación.

El muelle es muy largo, pero no paro hasta que llego al final.

—Hace un bonito día para venir a avistar ballenas.

Suspiro.

—Cállate, Taylor.

Se ríe entre dientes cuando lo llamo así. Se acerca hasta la barandilla del final y apoya los brazos sobre la parte más alta mientras contempla el océano. Luego, cuando capta el movimiento que hago para descolgarme la mochila de un hombro, me mira a mí. No dice nada, solo observa.

Saco el móvil, que lleva apagado desde que salí de ese contenedor de obra anoche. Le quito la tapa, extraigo la tarjeta y la doblo, clavando las uñas en el centro, hasta que consigo partirla en dos. Doy un paso adelante y dejo caer los pedazos al agua. Luego uno atrás, para coger impulso, me lanzo hacia la barandilla y lanzo los restos del teléfono tan lejos como puedo.

Tyler suelta un silbido a medio camino entre admirado y burlón.

—Creo que con la tarjeta valía. Eso no era necesario y sí ciertamente contaminante para el medio marino. Las ballenas ya no rondarán estas costas por tu culpa, suricata.

Me encojo de hombros, doy un paso atrás y giro sobre los talones para empezar a desandar el camino.

—Las ballenas habrán encontrado cosas peores, seguro. Y, además, no pueden acercarse tanto a la costa, se quedarían varadas.

—Cualquier criatura marina corre peligro si estás cerca.

Me sigue de cerca y yo sonrío para mí y le hablo por encima del hombro.

—Tú también.

Suelta una carcajada.

—Eso es verdad. —Se pone a mi lado en una zancada larguísima y luego se mantiene a mi ritmo. Puedo notar cómo me mira de reojo —. Podrías al menos haber anotado los teléfonos que necesites antes de lanzar al mar tu agenda de contactos.

—Me sé de memoria todos los que necesito: el de mi hermano y el de su abogado. El resto los puedo buscar si me hacen falta.

Me ahorro explicarle que tampoco llamo a nadie. Y que nadie nunca me llama a mí.

—Tendré que volver a darte el mío, supongo —suelta, despreocupado, con un deje algo travieso.

Hago una mueca cuando noto que me observa de reojo de tanto en tanto.

—No lo tenía, de todas formas.

—¿Qué?

—Borré tus mensajes y nunca lo guardé.

Se lleva las manos al pecho, emite un quejido exagerado y se pone en cuclillas a mitad del muelle, fingiendo que el dolor lo

incapacita.

—Joder, nena, rémátame ya, estoy sufriendo mucho.

Me vuelvo a mirarlo. Intento darle una patadita en el hombro, para desequilibrarlo, que se caiga de culo al suelo y haga el ridículo delante de todo el mundo. Pero sus reflejos son buenísimos, así que atrapa mi bota entre las manos y tira de mí para que sea yo la que se tambalee. Se mueve tan rápido que apenas soy consciente del modo en que se incorpora solo un poco, me agarra por la cintura y me arrastra con él hasta que caigo sentada en su rodilla.

—Dime, Susie, ¿has sido buena este año? —dice junto a mi oído en un tono tan pervertido que tendrían que detenerlo si fuera disfrazado de Santa Claus.

Noto un escalofrío, seguido de una ola de calor que me trepa por el pecho y echa humo alrededor de mi cuello y mi cara.

Lo empujo para apartarme lo más rápido posible. Seguro que cualquiera de las personas que pasean a nuestro alrededor nos tomará por una pareja que ha salido a dar un paseo romántico por la playa y desayunar juntos en alguna cafetería con encanto. Quiero..., no, *necesito* que esto se aleje del todo de esa realidad alternativa, así que me pongo de pie enseguida y sigo andando para dejarlo atrás.

Esta vez Tyler me sigue en silencio y un par de pasos por detrás. Puede que esté un poco decepcionado, quizá, pero no dice nada. Anoche los dos dejamos que el otro entrara demasiado en nuestra oscuridad y no puedo permitirme que eso nos lleve a un sitio en el que no quiero acabar por nada del mundo. Estamos enamorados de otras personas, ¿no? Aunque no quieran o ya no puedan correspondernos. Al final, no van a ser las complicaciones y tampoco la buena voluntad de no involucrarlo ni dañarlo con mis aristas y mis

demonios lo que va a alejarme de Tyler Sparks, sino las cosquillas en la tripa que empieza a provocarme cuando me roza.

Y me parece una razón poderosísima para huir.

—Vamos —dice como si nada cuando llega hasta la moto justo detrás de mí—, el apartamento no está lejos de aquí.

Me muerdo el labio y él alza una ceja al ver mi indecisión. Está a punto de preguntar cuando me adelanto:

—¿Puedo hacer una llamada desde tu móvil?

Alza las cejas.

—¿Acabas de lanzar un teléfono al mar y ahora necesitas llamar?

—Técnicamente, es un océano. Y, sí, necesito llamar con un número que no sea el mío, evidentemente.

—Vaya, te superas a cada minuto, ¿sabes?

—¿Puedo? —insisto, impaciente.

Se saca el móvil del bolsillo y me lo tiende, aunque no parece muy contento. Me alejo solo unos pasos y luego tengo que volver y ponérselo delante.

—¿Me lo desbloqueas?

—¿Qué necesitas? ¿Mi huella, mi cara o la sangre de mis venas? Porque la vas a tomar de todas maneras, ladrona.

Cojo aire y lo suelto en un resoplido impaciente. Le planto la pantalla delante de la cara y el teléfono se desbloquea con el sonido de una página pasando.

—Gracias.

—¿Por esta carita? Me las han dado bastantes veces —alardea.

—Engreído —mascullo entre dientes.

—Me sorprende que no hayas elegido amputarme el pulgar y conservar mis huellas para el futuro, por si vuelves a necesitarlo.

Sacudo la cabeza.

—Servirá con tu bonita y admirada cara.

—Por supuesto.

Estoy a punto de pulsar para desplegar el teclado cuando me fijo en la foto de su fondo de pantalla. Está más joven, con el pelo más corto y puede que más rubio, junto al puto Cameron Parker y una chica morena en un bonito vestido veraniego. Los tres con fingidas y exageradas poses engreídas frente a la cámara.

—¿Es Ashley?

Frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No, es mi amiga Vanessa.

No añade nada más, y yo no tengo tiempo para ponerme a indagar el porqué de ese tono tan nostálgico cuando pronuncia el nombre de su amiga «Miss Sacramento dos mil todos los malditos años desde que nació hasta ahora», así que marco los dígitos que necesito y me llevo el aparato a la oreja.

Hablo con el abogado de mi hermano solo unos segundos, le explico de la manera más rápida y convincente que puedo que he tenido un problema con mi teléfono y que, si pasa cualquier cosa urgente, puede llamar a este número y Tyler me dará el recado, y luego prometo que lo llamaré con mi nuevo número en cuanto lo consiga. Me dice que no hay novedades, que mi hermano está bien y que todo va según lo previsto. Luego cuelgo y le devuelvo el aparato a su dueño.

—Gracias.

—De nada.

—Tienes que enseñarme una foto de Ashley, por cierto, tú has visto las de Sam, así que es lo justo.

Enarca una ceja.

—¿Justo? Ni siquiera sabía que se llamaba Sam hasta ahora mismo.

—Pues ya lo sabes.

—¿Por qué te interesa ver a Ash?

Me encojo de hombros con despreocupación.

—Curiosidad.

«Celos», replica una vocecita dentro de mi cabeza. La hago callar enseguida, claro está.

Pero Tyler ya está buscando y pronto me muestra una imagen a pantalla completa. Hay dos chicas en ella, una castaña y una rubia (pequeña, de aspecto dulce e indiscutiblemente preciosa). Si esa última es Ashley, el problema va a ser mío si tengo que competir con ella, o de Tyler como descubra que puedo intentar ligármela yo. Que le den a Cameron Parker, cualquiera intentaría casarse con su ex en estas circunstancias.

—Es esta. —Señala a la otra y siento una mezcla extraña de alivio y desilusión.

Me fijo en esa chica. No es fea, pero tampoco me llama la atención, y menos junto a su amiga la belleza nórdica. Está sonriendo, lleva una sudadera verde de la Universidad de Chicago y tiene a su amiga la guapa abrazada por los hombros.

No nos parecemos en nada, ella y yo. Apenas lleva maquillaje y yo me he pintado los ojos con una raya kilométrica esta mañana con el lápiz que metí en el neceser de emergencia, porque ¿hay algo más importante que pintarte una cara bonita y que intimide al mismo tiempo? Su ropa tiene color más allá de mis básicos; su sonrisa es dulce y agradable y no cortante como la mía; los ojos, vivos, con una tenue luz en vez de desbordados de sombras... Si ese es el tipo de chica que le gusta a Tyler Sparks, entonces nunca se habría fijado en alguien como yo si no llego a abordarlo para robarle un beso (aunque pregunté primero, de verdad) en medio de un club una noche cualquiera. Y no me siento insegura sobre mi aspecto, mi nivel de atractivo o lo interesante que resulto, nunca lo he hecho, es

solo que una absurda necesidad de que el rubito me vea y le guste más que ella me araña las tripas. Por eso tengo que obligar a mi cerebro a pensar en otra cosa.

—¿Quién es su amiga?

Tyler sonríe con aire travieso.

—¿Te gusta? Se llama Mia, y está pasando unos días con Ash en Chicago porque acaba de volver de Italia después de que su novia, que es la prima de Vanessa, la dejara por una lugareña. Ha sido un escándalo en el grupo de mensajería.

—Sois muy endogámicos en Sacramento —observo, y él suelta una carcajada, pero no intenta defender a su grupo de amigos—. ¿Le gustan las chicas? ¿Cuándo me la presentas?

—Eh, suricata, deja de machacarme el ego. Soy guapísimo. Al nivel de Mia en la liga masculina.

Me muerdo la lengua para que no se me escape la sonrisa.

—Tal vez, pero yo no salgo con tíos.

Aprieta los labios.

—Y yo no salgo con nadie.

Chasqueo la lengua.

—Qué pena.

Se encoge de hombros y guarda el teléfono.

—Sí. Qué pena. Y, por cierto, cuando llegues a tu nuevo apartamento no te olvides de comentar con Blair lo que piensas de Mia, a lo mejor tenéis más cosas en común de lo que esperáis. —El hoyuelo le delata, aunque intente no mostrar esa expresión traviesa que empieza a gustarme más de lo que estoy dispuesta a admitir—. ¿Vamos?

No digo nada más antes de ponerme el casco, volver a sentarme detrás de él en la moto y aferrarme a su cintura.

El apartamento hasta el que me conduce Tyler está en el primer piso de un edificio de tres plantas no muy lejos de la playa de Venice. Me mantengo un paso por detrás de él cuando llama fuerte a la puerta con los nudillos, siguiendo algún tipo de melodía que no consigo identificar. La puerta se abre en unos segundos, de golpe y con brusquedad, como si quien está al otro lado no soportara ni un solo toquecito más. Una chica bastante más alta y más intimidante que yo (aunque me joda reconocerlo) se enfrenta a Tyler con cara de pocos amigos.

—Eres un pesado.

Tyler sonríe ampliamente y con exagerada emoción.

—Estoy tan feliz de ir a conocer tu casa por fin, muñeca, ¿me dejas pasar? —Da un paso adelante sin ser invitado y la chica se aparta para dejarle sitio—. Ah, esa de ahí es Sue, si también la quieres dejar entrar estaría genial, así te paso a ti la patata caliente, ¿sabes?

Estoy a punto de replicar por ser llamada «patata caliente» con esa impunidad, pero Blair cruza la mirada conmigo, me echa un buen vistazo de arriba abajo, evaluándome, y luego pone los ojos en blanco y me hace un gesto con la mano para que entre de una vez.

Me fijo en los tatuajes mientras paso a su lado. Va vestida con lo que parece un pantalón corto de pijama y una camiseta negra con una calavera enorme en el centro. Y toda la piel al descubierto es el lienzo para varias obras de arte. Tiene casi toda la superficie de los brazos llena de tinta y también la pierna derecha. En la izquierda solo un tribal en el muslo y nada de rodilla para abajo. Pelo moreno, ojos oscuros, un *septum* en la nariz y el brillo de una bola plateada en la lengua que alcanzo a ver cuando abre la boca para volver a hablar.

—Sparks, tienes dos segundos para dejar de cotillear mi apartamento.

Tyler asoma la cabeza desde el otro lado de una puerta. No ha llegado muy lejos, desde el recibidor ya se puede explorar la casa al completo, parece que esto es todo lo que hay.

—¿Apartamento? Esto es un zulo, cariño.

Esa forma de pronunciar el apelativo cariñoso me recuerda a Kowalski, y veo claro en el brillo asesino en los ojos de Blair que a ella parece gustarle tan poco como a mí.

—Ya has traído el paquete. ¿Te largas?

Se sostienen la mirada, dura la de ella, brillando en diversión la de él.

—Uy, sí, os dejo para que os conozcáis, ya que ahora sois compis —se burla, y pasa a mi lado para acercarse a la salida. Se inclina para hablarme en voz más baja—. Será mejor que enseñes los dientes con esta tipa, suricata.

—Te estoy oyendo —protesta ella—. Estoy a un metro de distancia. Y, por cierto, eres tan predecible, Tyler, de verdad... Ya sabía que todo era por una chica.

Estoy a punto de replicar, pero él se me adelanta:

—Ah, tú, siempre tan intuitiva, Wells. Bueno, como decía, tenéis unas cuantas cosas en común, las dos me habéis encontrado irresistible en más de una ocasión.

Lo fulmino con la mirada cuando sus ojos avellana, refulgiendo en picardía, evalúan mi reacción a lo que acaba de decir.

Cretino.

¿De verdad me ha traído a vivir con otra tía con la que se acuesta?

—Enajenación mental transitoria, atenuante en cualquier juicio —responde Blair enseguida, aunque se nota que está disfrutando el

intercambio de pullas.

—Gracias por tus servicios, Taylor, pero ya no serán necesarios más. Puedes irte —digo yo casi a la vez.

Él solo me mira a mí. Sonríe de medio lado. Luego hace una especie de reverencia torpe.

—Le daré el teléfono a Blair el lunes por la mañana en el gimnasio, ella te lo traerá.

—¿Voy a cobrar por toda esta cadena de favores? —protesta ella, pero nosotros seguimos sosteniéndonos la mirada y no le prestamos atención.

—Blair sí que tiene mi número, si necesitas algo, ¿vale? Sé que no me vas a llamar, pero, en fin, eso, ya lo sabes. Ten cuidado. Y... —Se nota que tiene algo en la punta de la lengua que no se atreve a soltar. Finalmente, sacude la cabeza y me dedica una sonrisa más comedida, más pequeña y algo nostálgica—. Suerte, mentirosa.

Asiento.

Hay un hilo invisible tironeando de mi pecho cuando me doy cuenta de que esto es una despedida. Él lo sabe. Y yo también. No puedo volver a buscarlo, y menos después de todo lo que compartimos anoche. Y él no puede fiarse de mí. No debe hacerlo.

—Gracias por todo, Ty —digo, mucho más seria, sincera como pocas veces—. Siento...

Hace un gesto con la mano sin dejarme terminar.

Todo. *Lo siento todo*. Las mentiras, el robo, los líos, y colarme en su vida una y otra vez. Ya lo sabe, así que no hace falta que lo diga en voz alta.

Será mejor que se aparte y se aleje, él que puede.

Mira a Blair y estira el brazo para darle un toque juguetón con el dedo en el *septum*. Ella lo aparta al instante de un manotazo.

—Te veo el lunes en el gimnasio. Pórtate bien con Sue, y vigila tus espaldas, por si acaso. Si vais a pelear, avisad con tiempo, por favor, me flipa la lucha libre. —Las dos gruñimos a la vez y él sonríe—. Me encanta esto, en serio. —Hace gestos con las manos que nos abarcan a las dos compartiendo el mismo espacio—. Sed buenas, chicas.

Luego tuerce la boca y niega con la cabeza como si dudara de que podamos serlo. La última mirada, antes de que Blair le cierre la puerta en las narices, me la dedica a mí.

Y yo me siento sola de nuevo cuando desaparece.

Mi nueva compañera de piso señala una de las puertas.

—Ese es tu cuarto. Ese es el mío —sigue con la puerta de al lado —. El baño, tienes dos baldas libres en el armarito. El salón. Y la cocina. No traes muchas cosas, si te apetece que te enseñe el barrio más tarde por si necesitas comprar algo, no tienes más que decirlo. Ya hablaremos del alquiler el lunes, si todo va bien. Y, ¿qué más?, mi compañero de piso de antes dejó un par de toallas y ropa de cama y todas esas cosas que no se podía llevar, está todo limpio y puedes quedártelo. Te dejo que te instales. Avísame si necesitas algo.

Parece simpática, pero su reticencia asoma por debajo de cada una de sus palabras amables. Mejor que así sea, no sé si me conviene llevarme bien con ella. Ser una maldita bomba de relojería no te molesta tanto cuando sabes que no vas a salpicar a nadie que te importe cuando estalles. Y, además, según Tyler, Blair y yo deberíamos querer matarnos. Iré de puntillas por el momento.

—Gracias.

—¿Te acuestas con Tyler?

¿De verdad acaba de preguntarme eso? ¿Y por qué yo siento la necesidad de hacer la misma pregunta y que su respuesta sea distinta a la mía?

—No exactamente —elijo responder, prudente—. ¿Tienes algo con él?

Suelta una carcajada.

—Uf, no —masculla como si eso fuera la peor idea del mundo, y tal vez un poco asqueroso, también—. Salimos como tres meses en el instituto, hace un millón de años. Y creo que ninguno de los dos repetiría ni de broma. Tranquila, todo tuyo.

Me dedica una mueca, con los ojos llenos de pícara burla, y me da la espalda para caminar hacia el salón, dando por terminada la charla.

Lo que yo decía: Sacramento es un pueblo endogámico. Y Tyler Sparks tiene bastante probabilidad de haberse acostado con cualquier chica que me presente. Tampoco es que me importe.

Entro al que será mi cuarto durante el próximo mes. No será más. Luego me largaré.

Lo primero que hago es esconder el dinero. Saco las cuatro cosas que tengo y las reparto lo mejor que puedo. Cojo las llaves que Blair ha dejado sobre mi mesilla y me voy a dar una vuelta por el barrio sin avisarla. Hay mucha vida en los alrededores, locales de ocio y bastantes tiendas en las que encontrar cualquier cosa que necesite. Me compro ropa, productos básicos de higiene y también algo de comida para no ser una gorrona. Blair no está en casa cuando vuelvo. Aprovecho para familiarizarme con cada rincón. Es pequeña, pero suficiente. Y un buen refugio, ahora que lo necesito. Dudo que nadie vaya a buscarme aquí.

Estoy en mi cuarto cuando vuelve. No saluda. No me molesta. La oigo ir de un lado para otro y luego trastear en la cocina.

Ya ha anochecido cuando llama suavemente con los nudillos a mi puerta.

—¿Sue? —Abre solo un poco cuando respondo y asoma la cabeza —. He preparado unos tacos, ¿tienes hambre?

Un olor delicioso llega hasta aquí desde la cocina. El estómago me ruge.

Así que me esfuerzo por mostrar la imagen más normal posible y trato de sonreírle.

—Me muero de hambre.

Y este es el momento en que Blair Wells y yo empezamos a convivir... y a vigilarnos como halcones.

25

Just Another Girl



Tyler

Blair me está esperando apoyada en la pared junto a la puerta a la salida del gimnasio el lunes por la mañana. Me señala con el dedo en cuanto me acerco revolviéndome el pelo mojado con una mano.

—Me debes todos los cafés de aquí hasta que me muera.

—¿Por exceso de cafeína?

—Por una daga en la espalda de tu amante la siniestra.

—Qué curioso, así te llamaban mis amigos en el instituto.

—Piérdete.

—¿Quieres un café o no?

Eleva el labio, me enseña un colmillo y echa a andar hacia la cafetería a la que solemos ir. La sigo, divertido. Ya sabía yo que Blair y Sue compartiendo espacio iban a convertir la convivencia en un espectáculo digno de ver. Qué mal que tenga que perdérmelo. Pero vi la advertencia muy clara en los ojos de la mentirosa... Ese «no te acerques más», eso de «no voy a dejarte entrar por mucho que te

haya permitido echar un vistazo por una pequeña rendija». Y creo que sí que necesito alejarme si el hecho de que así sea me jode tanto y me ha tenido las últimas dos noches dando vueltas en la cama intentando entenderme. *Entendernos*.

—Entonces, ¿qué? ¿Te la quedas? —pregunto con sorna en cuanto estamos acomodados delante de la barra y Blair ya ha pedido dos cafés.

Pone los ojos en blanco.

—Claro que sí. Es monísima. Es como un gatito asustado.

Enarco una ceja.

—¿Estamos hablando de la misma chica? Porque conmigo es mucho más como una suricata cabreada —bromeo solo a medias, y la imagen en mi mente de su mirada asesina y su nariz arrugada cuando la llamo así amenaza con hacerme sonreír.

Blair me observa con curiosidad y las comisuras de su boca se elevan.

—Sí que te gusta, ¿eh? —Sacude la cabeza—. No te conviene.

—¿No? No es lo que te crees. Es solo... Tenemos un tira y afloja que es muy interesante. Nada más. Ninguno de los dos buscamos otra cosa y, además, ya no voy a verla más. Ahora es tu problema.

—Pues bien. Mejor. Aunque no parece que sea solo una chica más, pero como quieras. Está jodida, ya lo sabes, ¿no? No es tan difícil verlo en cuanto rascas un poco la superficie.

—Creía que era solo un gato asustado.

—No te enfrentes a un gato asustado o te sacará los ojos, Tyler. Deberías ver las heridas de guerra con las que sale Craig de la consulta. Tu chica es exactamente igual. Se pasa los días escondida en un rincón, sin hacer ruido, pero vigilando todo a su alrededor. Y se eriza y se pone en plan intimidante en cuanto te acercas.

Sonrío.

—¿También bufa?

Blair imita el bufido de un gato cabreado y se me escapa una risita.

—Es el único sonido que sale de su habitación cada vez que me acerco a la puerta. Quiero adoptarla. Limarle las uñas. Ponerle un cascabel.

—No es una mascota, es una persona.

—Venga, Tyler, es tan pequeña, tan bonita y tan potencialmente letal. —Se ríe—. Vaya, te juro que si tuviera una gata querría que fuera exactamente como ella. Seguro que tú la has oído ronronear... ¿Le has hecho eso que haces con la lengua? Ya sabes. Me parece que sí y por eso se tensa como una cuerda cada vez que oye tu nombre, lista para que la toques.

Me guiña un ojo. Yo niego con la cabeza. Pero sí que le he hecho *eso* con la lengua y puedo afirmar con un noventa por ciento de seguridad que le encantó. Y sé cómo reacciona su cuerpo cerca del mío... igual que me pasa a mí con ella.

Como dice Ashley, solo estoy *encaprichado*. No pasa nada. Eso es fácil de gestionar. Es solo una chica más.

«Cretino», responde una vocecita en mi mente ante ese mero pensamiento, «una mierda, una chica más».

Saco de mi bolsa el móvil que me consiguió Kowalski el sábado y se lo tiendo.

—¿Puedes llevarle esto?

Blair lo coge y lo guarda en su mochila sin apenas mirarlo.

—¿En qué lío está metida? ¿Está huyendo de algo? ¿O somos los demás los que deberíamos huir?

Me encojo de hombros.

—Supongo que las dos cosas.

—No me lo vas a contar, y eso que la has metido en mi casa —protesta.

—Es ella la que decide lo que quiere contar y lo que no, no yo.

—¿No me has oído decir que solo me bufa? Aún no he descifrado su idioma. El sábado le ofrecí tacos y habló poco y mintió mucho.

Sonrío. Eso me suena.

Miro el reloj y apuro el café.

—Tengo que irme. Prueba con *pizza* la próxima vez.

Me pongo en pie de un salto y camino hacia la salida.

—¡Tyler! Dice que se largará en poco más de tres semanas, ¿es eso verdad? ¿Es mejor que no le ponga un apodo como *Kitty miautty* y que no me encariñe?

La señalo con un dedo desde la puerta.

—No al cariño, pero definitivamente sí al apodo.

Blair hace una mueca, y se le escapa una risita. Me encantaría ver cómo Sue le tira de los pelos si en algún momento se le ocurre soltar algo así.

—¿Quieres que te avise si resulta que se va *de verdad*?

Sacudo la cabeza, pero no contesto porque no estoy muy seguro de lo que quiero.

—¡Te debo una, Blair!

—¡Una enorme, Sparks!

Me señalo la bragueta, le guiño un ojo y me largo con el sonido de sus carcajadas inundándome los oídos.

Y no sé por qué no puedo parar de pensar en todo el camino que, si es verdad que Sue deja el apartamento de Blair en tres semanas, debería ser para venirse al mío.

Más vale que me espabile de una maldita vez.

El trío del club me está esperando cuando entro en el local el viernes por la noche, una hora antes de la apertura. Me reciben con silbidos e increpándome, y yo levanto la mano derecha para que vean las bolsas que traigo y bajen esos humos.

—¡Por fin! Me muero de hambre —asegura Bree mientras ya se cuela tras la barra—. ¿Qué queréis beber?

Kowalski me arrebata las bolsas en cuanto quedan a su alcance, y empieza a sacar los cuatro menús de su hamburguesería favorita, que ha encargado esta tarde y me ha obligado a pasar a recoger antes de reunirme con ellos. Ya los está repartiendo cuando me dejo caer en un taburete junto a Andrews.

—¿Cómo va? —le pregunto al tiempo que le palmeo el hombro.

—Como el culo, así que espero que te quedes esta noche y me eches una mano.

—Ayer estuvo bien.

—Ayer estuvo casi vacío, hoy va a haber más movimiento —replica.

Estoy cansado. Llevo toda la semana peleando con adolescentes cabreados y durmiendo muy poco mientras me paso las noches pensando en cierta morena, y el hecho de no poder quitármela de la cabeza cada vez me molesta más. Pero mi socio tiene razón, hace ya demasiado que no paso a menudo por el club y cuando lo hago estoy menos de una hora antes de largarme otra vez. Creo que se lo debo.

Además, últimamente he pensado mucho en la gente que tengo a mi alrededor, en quién se preocupa por mí y quién es solo un amigo circunstancial. Siempre he creído que sin Cam y sin Ash estaba solo del todo. Y acabo de darme cuenta de que este trío de payasos me incluye en cada plan que hacen juntos (cada vez más) y soy yo el

que siempre tiene una excusa para no unirse. Por eso hoy he venido a cenar con ellos. Por eso voy a quedarme esta noche.

No quiero estar así de solo nunca más.

—Hoy va a haber más movimiento y puede que Joe se deje caer por aquí —insinúa Bree en un tono de lo más burlón.

Alzo una ceja cuando vuelvo a mirar a Andrews.

—Se está poniendo seria la cosa.

—Odia el club —se lamenta.

—Odia que el club consuma tu tiempo y te aparte de su cama las noches del fin de semana —matiza la camarera.

—Si va a venir a vigilar, yo le paso un pinganillo y nos echa una mano mientras se asegura de que no le pones los cuernos —bromea Kowalski.

—¡No le pongo los cuernos!

Le doy un par de golpecitos en la espalda para calmarlo y le paso su hamburguesa. Andrews enamorado es la peor versión de Andrews que existe, pero supongo que tenemos que cargar con él igualmente.

—Tus asuntos amorosos están afectando al buen funcionamiento del club y eso es algo que no podemos permitirnos —digo solo para molestarlo.

Suelta un resoplido y se aparta. Incluso mueve el taburete para alejarse más de mí. Me lanza una mirada contrariada y sé que acabo de meterme en una pelea que no puedo ganar. Ni siquiera voy a intentarlo.

—Mira quién fue a hablar. Te recuerdo, Sparks, por si se te ha olvidado, que tú metiste en este club a una tía que nos robó trece mil pavos una noche.

Miro a Bree en busca de ayuda, pero está dando un bocado enorme a su hamburguesa y sus ojos saltan de Andrews a mí y

vuelta a empezar como si esperara un espectáculo mientras cena. Me giro entonces hacia Kowalski, que sonríe de medio lado, encantado con que haya salido este tema. Hablar de mis cagadas es su actividad favorita. Hablar de Sue también puntúa alto en su *ranking*.

—Sí, vale —suspiro—. Aunque, para ser fiel a la verdad, yo no la metí en el club, entró ella solita y por decisión propia. De otra forma, me habría ganado una buena patada en las pelotas.

—Eso seguro —confirma Kowalski con una risita divertida.

—Ya da igual. Yo he repuesto el dinero y ahora que ella lo devuelva o no es mi problema y no el del club, ¿verdad? Así que vamos a olvidarlo de una vez. —Miro a mi socio con el gesto serio. No pienso suplicar.

Hace un movimiento airado con la mano, como si se desentendiera de mis movidas.

—Pero, jefe —me llama Kowalski, que me da un solo toque con la punta del dedo sobre el hombro—, ¿qué hacemos si vuelve a aparecer por aquí? ¿Llamamos a la policía? ¿O la pasamos directamente a tu despacho?

Bree suelta una risita. Se esconde detrás de su comida cuando la fulmino con la mirada.

—Si vuelve a aparecer por aquí, cosa que no hará, me llamáis a mí, ¿vale?

—Sí, jefe —se burla Bree.

—Claro, jefe —dice también Kowalski.

Andrews deja escapar un gruñidito disconforme.

—Tu polla va a llevarnos a la ruina, Sparks.

—Suelen decírmelo con otro tonito de voz —alardeo, y ellos me abuchean, todos a la vez—. Venga, dejaos de gilipolleces y vamos a

cenar, que aún queda mucho por hacer antes de abrir si queremos impresionar a Joe *el bombero*.

Mi socio protesta a media voz, pero Bree y Kowalski vuelven a reír y a meterse con él y a imaginar todos los posibles escenarios catastróficos de esta noche si el novio de Andrews malinterpreta cualquier movimiento suyo.

Y me lo paso bien y me olvido de un montón de movidas que me atormentan cuando estoy solo y en silencio mientras paso el rato con ellos.

A lo mejor no es que Sue se me haya metido en la cabeza y no pueda sacarla de ahí. A lo mejor es que ni siquiera lo he intentado porque todo lo que quedaba si lo hacía era el vacío... y Ashley.

Ahora voy a probar a llenar ese espacio con otras cosas menos nocivas. Sue Morrison debería ser el primer punto de la lista de sustancias a eliminar de mi organismo.

Luego recibo un mensaje.

> **Blair:** Hoy la gatita se ha portado como una auténtica tigresa y me parece que voy a necesitar una correa más resistente para manejarla. La he invitado a *pizza*. Voy a comprarle un rascador de esos enormes, con cojines de terciopelo para que duerma y cuevas para que se esconda, a ver si así se quiere quedar conmigo para siempre.

Respondo asegurándome de que la pantalla queda fuera de la vista de cualquiera de estos tres, para que no puedan burlarse de mí sin piedad como seguro que estarían más que dispuestos a hacer.

Yo: Cuidado con las uñas.

Y, no sé por qué, pienso en las marcas que me dejaron en el pecho aquel fin de semana, cuando ella y yo nos follamos tan

salvajemente que parecía que un huracán había atravesado mi piso.

Sacudo la cabeza.

Guardo el móvil.

Le pido a Bree que me pase un refresco. Tal vez sea hora de buscar momentos nuevos que borren el recuerdo de los anteriores.

Esto es un club. Y esta noche estará lleno de chicas preciosas.

26

Another One Bites The Dust



Sue

Hace una semana que tuve que dejar el apartamento de mi hermano en mitad de la noche. Casi una semana desde que vivo aquí. El lunes me acerqué al trabajo solo para despedirme, así que la he pasado con poco que hacer y demasiado tiempo para pensar.

Le di a Blair el dinero del alquiler de un mes cuando ella vino con el teléfono de prepago que Tyler me había conseguido y me dijo que podía quedarme, siempre que no molestara y las dos respetáramos el espacio de la otra. Me pareció bien, tampoco es que vaya a estar mucho tiempo por aquí.

Anoche se trajo a un tío. Así es como descubrí que las paredes son de papel. Me puse los auriculares, para escuchar música un poco más alto de lo que aconsejan los aparatos electrónicos cuando les pides que suban el volumen, e intenté con todas mis fuerzas no pensar en el rubito.

Es complicado. Sobre todo, porque la chica con la que vivo es su exnovia, lo ve casi a diario y me suelta insinuaciones sobre él cada vez que tiene ocasión. Me parece que se está divirtiendo mucho, como si se creyera que soy su nueva mascota y que estoy aquí para hacerle la vida más entretenida.

Y también está el hecho de que cuando el teléfono llegó a mis manos había un solo número guardado en la agenda. Y lo había grabado precisamente con ese nombre: Rubito.

Ojalá pudiera decir sin mentir que lo que sentí por dentro fue un cosquilleo incómodo y no uno agradable. Ojalá lo que escapó por mi boca hubiera sido un gruñido molesto y no una risita. Y ojalá pudiera dejar de contemplar el nombre de ese contacto en la pantalla de una maldita vez. No voy a llamar. Sé que no puedo. Que no debo. Y que no quiero, tampoco.

Abro los mensajes del abogado de mi hermano, otra vez. La conversación es corta, porque lo más importante lo hablamos por teléfono de viva voz, pero me ha mandado un par de documentos que reviso de nuevo sin entender demasiado. Clay no quiere verme, y le ha pedido a Daniels que me diga específicamente que ni se me ocurra pasarme por allí. No lo he hecho porque se supone que ahora es mejor que esté escondida, pero me muero de ganas de abrazar a mi hermano, de decirle que está haciendo lo correcto al colaborar con la policía, de mirarlo a los ojos y prometer que todo va a ir bien, como él hacía conmigo cuando éramos unos niños.

Dejo el teléfono a un lado, sobre la mesita baja del salón, cuando oigo jaleo en la calle. Por lo general, este es un barrio muy tranquilo, así que me sorprenden los gritos. Y aún me sorprendo más cuando me asomo a la ventana y veo que la que está organizando tanto escándalo no es otra que mi compañera de piso.

Blair está plantada en la acera, junto a su coche recién aparcado, y hay un tío enorme increpándola. Parece una discusión de tráfico, porque él tiene toda la pinta de haber salido de la *pick-up* que hay en medio de la calzada con la puerta abierta. Se está acercando demasiado y, aunque Blair no se deja intimidar y levanta aún más la voz, un impulso me obliga a calzarme y pescar las llaves de la pequeña estantería que hay en la entrada para bajar a mediar en la pelea.

Camino con seguridad, con el movimiento de un felino acechante. Sam me enseñó a hacerlo, eso de usar el movimiento a mi favor. Puedes parecer más grande, más fuerte y más intimidante solo con moverte de la manera adecuada. Los animales lo hacen todo el tiempo. Me doy cuenta enseguida de que he captado la atención del tipo, que estaba a punto de poner su manaza en torno al brazo de Blair. Apuesto a que ella lo habría abofeteado antes de que tuviera la ocasión, pero no llega a hacerlo porque se percata de que algo ha distraído a su adversario y vuelve la cabeza para mirarme. Yo no la miro a ella. Sostengo la mirada de ese imbécil y me planto junto a mi compañera.

—¿Algún problema? —pregunto, en voz baja y con cara de mala leche, para que no piense que estoy aquí solo por casualidad.

—¿Y de dónde sales tú?

Blair cuadra los hombros y ladea la cabeza para mirarlo con condescendencia.

—La pregunta es de dónde has salido tú —corrige—. Ni siquiera vives en el barrio.

—Me importa una mierda el barrio. Ese era mi sitio, así que mueve el coche si no quieres que...

—¿Qué? —desafía ella, con una risita burlona—. ¿Qué me vas a hacer?

Él da un paso adelante. Blair también. Yo me tenso y me preparo para saltarle al cuello, si hace falta. Esta chica me ha acogido en su casa, si alguna vez he tenido este sentido de pertenencia es precisamente ahora. Como una manada, como una familia, tal vez. Y ni siquiera la conozco apenas. Pero es que hacía mucho tiempo que no me importaba estar sola y ahora... Ahora quiero que me importe.

Él me mira de reojo. Creo que calcula sus posibilidades. Blair no es pequeña. Yo sí lo soy, pero un animalillo cabreado es más rápido y peligroso que uno grande sin ganas de luchar. Sacude la cabeza. Escupe al suelo justo delante de la bota de Blair. Y luego se marcha enfadadísimo hacia su coche, sube tras el volante y cierra de un portazo antes de acelerar y largarse.

—Qué incívico —protesta mi compañera de piso con una mueca asqueada mientras comprueba que el escupitajo no le ha salpicado el calzado.

—Qué gilipollas —añado.

Me mira de arriba abajo y luego esboza una sonrisa de brillo peligroso.

—Joder, Sue, ¿cómo has hecho eso? —Hace amago de poner los ojos en blanco cuando la miro como si no entendiera a qué se refiere—. Vaya, era como si hubiera una señal de peligro saliéndote por los poros, hasta yo casi me cago en los pantalones. —Suelta una risotada, da un paso adelante y engancha su brazo con el mío—. Podía defenderme solita, por cierto, ni se te ocurra volver a quitarme autoridad así delante de los niños malos del barrio, pero ha molado un montón. Creo que me he puesto un poco cachonda. Ya entiendo muy bien por qué Tyler está tan obsesionado contigo.

Tengo que moverme cuando ella lo hace, directa hacia el portal, porque su brazo sigue entrelazado con el mío y me arrastra. Se me aprieta con fuerza el nudo del estómago cuando oigo el nombre de

Tyler y, sobre todo, eso de que está... *obsesionado*. ¿Es eso lo que me pasa a mí? ¿Estoy obsesionada con él como una maldita cría de instituto que se ha colado por el chico malo del curso superior? Esto es la peor mierda que podía pasarme en este momento. Y, no, no me estoy olvidando de que mi hermano está en la cárcel; es que esto es mucho peor.

—A lo mejor la que está obsesionada con Tyler eres tú —mascullo entre dientes. Me aparto de forma brusca para que me suelte de una vez cuando ya estamos dentro del portal—. No paras de nombrarlo.

—Me intriga lo que hay..., ya sabes, entre vosotros dos. Es como un rollo de tensión sexual no resuelta incluso cuando no estáis cerca y a pesar de que estoy convencida de que la habéis resuelto *mucho* en alguna ocasión. Es fascinante.

Sacudo la cabeza y la adelanto en la subida por las escaleras.

—Déjalo.

Me sigue rápidamente.

—Me encantaría ver qué pasa cuando lo amenaces en silencio igual que has hecho con ese tío. Se la tienes que poner durísima.

Hago una mueca molesta, aunque no pueda verme la cara. No quiero pensar en Tyler y en eso que le pongo durísimo, porque sé bien hasta qué punto soy capaz de conseguirlo y el cosquilleo entre las piernas empieza a molestar.

Me vuelvo para lanzarle una mirada de advertencia. Se ríe entre dientes.

—No puedo follar contigo por muy cachonda que intentes ponerme, Sue, son las normas del piso, nada de sexo entre compañeros.

—Por favor, para de una vez.

—Seguro que el tío del escupitajo se pajea pensando en someter toda nuestra arrogancia en cuanto llegue a casa.

—Blair —suspiro cuando ya estoy abriendo la puerta del apartamento.

—Habrá sido una de las mejores experiencias de su vida. Piénsalo, tú y yo juntas podríamos dominar el mundo.

Me vuelvo a mirarla, ya en el recibidor. Ella y yo juntas podríamos *destruir* el mundo. Y sería muy divertido. Nunca he tenido tantas ganas de tener una amiga y cómplice como las siento en este preciso instante.

—¿Él tenía razón? ¿Le has robado el sitio de aparcamiento?

Pone cara de inocente. Enarco una ceja. Emite una risita traviesa.

—Ya te digo, le he hecho una pirula que te cagas.

Suelto una carcajada. Blair se ríe conmigo. Y, de repente, aquí estamos las dos, sin poder parar de reír como un par de tontas. Me relajo cuando nos miramos y ella hace una leve inclinación de cabeza, aún con la sonrisa en la boca, que da a entender que me ve, que me acepta y que me respeta. Yo también veo algo en ella. Un poco de lo que fui una vez. Dura, a la defensiva, pero mucho más libre de lo que soy ahora. Cuando aún no me había condenado a mí misma.

—Para agradecerte tu ayuda, aunque repito: no vuelvas a hacerlo o vas a poner en riesgo mi mala fama, voy a invitarte a cenar. ¿Qué te parece si pedimos una *pizza*?

Me trago la sonrisa. Asiento.

—Perfecto.

—Perfecto.

La noche se convierte en lo que supongo que es un viernes por la noche para mucha gente: comida basura, risas, buena conversación... y *amigas*.

He acabado mi tercera porción de *pizza* cuando Blair lanza a mi plato otra más. Rellena los vasos de agua y se bebe el suyo de una

sola vez.

—Por cierto, siento haber traído a ese tío anoche sin avisar —dice después, recostada en un lado del sofá—. Iba a irme a su casa, pero me di cuenta de que no estaba del todo segura de que no tuviera un bidón lleno de cloroformo allí, no quise jugármela, hay mucho pirado suelto.

Sacudo la cabeza con desaprobación.

—Claro, mejor que nos matara a las dos.

Chasquea la lengua.

—Poco tío para enfrentarse a las dos juntas. —Me guiña un ojo—. En fin, lo siento, aunque tengo que avisarte de que podría volver a pasar. Puede que me traiga un tío. O puede que me traiga una tía, depende.

La miro de reojo. No es que no hubiera quedado claro antes, pero supongo que quiere que yo también le dé algo más de información sobre mí.

—¿Eres bisexual?

—Sí.

—Yo también.

Sonríe y hace una especie de bailecito sin moverse del sofá para golpearme suavemente con los pies. Me aparto un poco, pero eso solo parece hacerle más gracia.

—Lo sabía.

—Ah, ¿sí? —Alzo una ceja, escéptica.

—El radar.

—Claro.

—Las *vibes* —sigue, y mueve los dedos de las manos como si rozara esas vibraciones en el ambiente.

—Bueno, me alegro de ser tan transparente.

Se ríe entre dientes.

—No lo eres en absoluto. Pero, en fin, para que lo sepas, me mantengo en lo que he dicho: nada de sexo entre compañeras de piso. Lo siento. Sé que soy una gran tentación. A cambio, tú también tienes luz verde para traer a quien te dé la gana...

—No voy a quedarme mucho —insisto.

—... incluso si es Tyler Sparks.

—¿Qué?

Amplía su sonrisa.

—No voy a ponerme celosa. Ni siquiera me gustaba tanto en el instituto, en serio.

—No quiero tener esta conversación, Blair.

Pero estoy muy a gusto en el sofá y su compañía es la más agradable que he tenido desde hace tiempo..., demasiado tiempo. Sin contar al rubito, claro.

—Vale, si vamos a ser amigas, tienes que saber algo sobre mí: soy muy cotilla. Lo soy, no pienso esconderme.

—No sé si vamos a ser amigas —murmuro.

Hace un puchero y no le pega nada con toda esa imagen de tía chunga que lleva por fuera.

—En el fondo, te mueres de ganas de saber todo lo que puedo contarte sobre él, no te hagas tanto la dura. Vamos, pregunta.

Niego con la cabeza.

—No quiero saber nada de Tyler.

Mentirosa.

Odio tener su voz en la cabeza tan a menudo. Cuando me voy a dormir y no puedo hacerlo. Cuando me despierto tras un sueño que no me permite descansar. Cuando doy vueltas en la cama y algo me arde por dentro y me toco entre las piernas. Su maldita voz está ahí, siempre está ahí. Y dice «nena» y quiero morderle la boca para que no vuelva a llamarme así; dice «ahora mando yo» y quiero dar la

vuelta y luchar por el poder y al mismo tiempo ser sumisa y suplicarle que me dé lo que necesito; dice «mentirosa» y quiero volver a mentirle cuando le diga que lo voy a olvidar.

Aquel lunes por la mañana debería haber sido el momento de hacerlo. El momento de olvidarnos. Pero lo dejé pasar de largo y aún tengo retazos de aquel fin de semana agarrados al pecho. No quieren irse. No sé si quiero que se vayan. Porque quiero olvidarlo, pero no quiero que se borre la imagen de su hoyuelo cuando sonríe de verdad. Quiero no volver a pensar en él, pero no quiero perder el rastro de su olor que aún queda en esa sudadera que me llevé de su casa el día que me trajo hasta aquí. Y no quiero sentirlo, pero no puedo desprenderme de esa sensación de *encajar* que tuve entre sus brazos.

Yo nunca encajo en ningún sitio.

—Vale... Aunque te juro que no se lo voy a decir... —Blair sigue presionando, y se hace la distraída mientras juguetea con el anillo que lleva en el dedo índice.

¿Y si me rindo?

Solo por hoy.

—¿Por qué salías con él si no te «gustaba tanto»? —la imito.

Sonríe satisfecha. Se incorpora y cruza las piernas bajo el cuerpo para acercarse más a mí y centrar toda la atención en esta conversación.

—Era el *quarterback*, el tipo de desastre que me atrae, y me encantaba, de verdad, la cara avinagrada que ponían las animadoras cada vez que me veían cerca de él. —Suelta una risita—. Por no hablar de que tenía fama de follar muy duro y muy bien. Quería comprobarlo. Y vaya si lo comprobé. Los tres meses que siguieron fueron cortesía de ese primer polvo, te lo aseguro.

Sonrío de medio lado.

—Sé de lo que me hablas.

Se ríe mucho más alto y yo dejo las defensas a un lado, me olvido de la Sue que me obligo a vestir para esconderme cada día, y me dejo ser, solo un poco, solo por esta noche.

—Pero era un gilipollas —añade, un poco más seria—. Mucho, de verdad. El Tyler del instituto no tiene mucho que ver con el de ahora, creo. Mantiene la esencia, pero, por suerte, ha crecido. Ya no es un chico perdido.

Sin embargo, Blair está equivocada. Sí que lo es. Tal vez ya no un gilipollas. No ese adolescente rebelde que se revolvía furioso contra el mundo. Sí un chico perdido. Eso no ha dejado de serlo. No quiero decirlo en voz alta. Quizá eso es solo cosa suya. Y mía. Porque me ha dejado verlo, igual que yo bajé el escudo para permitirle echar un vistazo a lo que esconde. A las piezas. A los rotos. A las ruinas. Y él también las tiene. Aunque haya convencido a todo el mundo de lo contrario. Puede que, en el fondo, sea tan mentiroso como yo.

Creo que es mejor que cambie de tema. Así que me aguanto la sonrisa y pregunto:

—Oye, ¿y quién es Mia?

La cara de Blair me deja muy claro que la noche va a ponerse interesante... y que solo acaba de empezar.

—¿Puedo cogerte prestado el rímel?

Sonrío desde el recibidor y me apoyo en la pared, lista para la espera.

—Sí, pero date prisa.

Blair resopla desde el baño.

—El mercadillo no se irá a ninguna parte.

—Pero las gangas, sí.

—Te doy cincuenta pavos para que los gastes en la horterada que quieras si dejas de meterme prisa. Voy a sacarme un ojo como no me dejes hacerme el *eyeliner* tranquila.

—Que sean cien —bromeo.

—Sucia rata.

—¿Cuánto vale tu ojo?

—Mucho más que tu lengua, así que ten cuidado no vaya a ser que te la corte una noche.

—No, por favor, mi lengua es mi mayor tesoro.

Se ríe muy alto y yo dejo que la sonrisa me decore la cara, sin necesidad de censurarme ni esconderme.

—¿Eso te lo ha dicho un tío o una tía?

—Ambos.

—No me hagas romper la regla de la casa para comprobarlo, Sue.

La carcajada sale de mí esta vez.

Me gusta el ambiente que Blair y yo hemos creado en el piso la última semana. Ya no siento la necesidad de esconderme en mi cuarto a todas horas. Los primeros días de esta nueva relación entre ella y yo fueron raros y un poco tensos, mientras tanteábamos hasta dónde podíamos llegar y nos protegíamos de los excesos de confianza de la otra. Marcamos los límites poco a poco, y poco a poco fue también como empezaron a difuminarse. No sé muy bien lo que es tener una amiga, porque nunca he tenido una de verdad, pero apuesto a que se acerca bastante a lo que ella y yo estamos empezando a ser.

Cenamos juntas, bromeamos, cocinamos, nos reímos, y hablamos un montón sobre cosas vergonzosas. Y creo que me gusta. Aunque sé que no puedo acostumbrarme, porque el juicio de mi hermano empieza dentro de diez días y John dice que va a ser rápido y que seguramente lo trasladarán a principios del próximo mes. Estoy

deseando que se acabe esta pesadilla, y sé que es solo para que empiece otra después, pero al menos los años de prisión tendrán una fecha que marque el final. Y creo que puedo amoldar mi vida a ello hasta entonces.

Blair está insinuando algo sobre preguntarle a Tyler cómo me manejo con la lengua, pero la ignoro porque he oído un ruido en el rellano y eso acaba de ponerme alerta. No creo que tenga nada que temer aquí, y ni siquiera mi hermano sabría dónde encontrarme. Solo su abogado lo sabe. También Tyler, claro, pero eso ni siquiera cuenta, ¿verdad? Sin embargo, mi organismo se pone en tensión cada vez que algo se sale de lo normal.

No he vuelto a ver a Tyler y procuro no pensar en él, aunque Blair saque el dichoso tema todo el tiempo. De verdad que es una cotilla, pero supongo que tengo que aceptarlo como parte de ella. A lo mejor incluso la echo de menos cuando me largue de Los Ángeles en un par de semanas.

Me sobresalto cuando suena el timbre. El corazón me aporrea las costillas a toda velocidad y me muevo despacio hacia la puerta, sigilosa.

—¿Quién es?

Blair es mucho menos discreta, claro, porque no sabe que tengo los nervios a flor de piel todo el maldito día por culpa de los líos en los que está metido mi hermano. Le conté que está en la cárcel y a espera de juicio, pero no di todos los detalles y mucho menos los que me implicaban a mí en el asunto.

Me asomo a la mirilla.

Se me cae el alma a los pies cuando veo al abogado de mi hermano al otro lado, esperando con expresión adusta. Me tiemblan las manos cuando me doy prisa en abrir. Me enfrento a su mirada.

Y no hace falta que lo diga.

Lo sé.

Simplemente lo sé.

Lo veo en sus ojos. Lo siento en el centro del pecho, como una flecha envuelta en llamas.

Clay.

—Sue... —empieza Daniels, con los hombros caídos.

Niego con la cabeza.

—No. —Es lo único que digo.

Siento la presencia de Blair acercándose por mi espalda, pero no soy capaz de volverme. Sigo mirando a John Daniels, su expresión, la forma en que se mueven sus labios cuando lo dice.

Me pitan los oídos.

Lo han matado, Sue.

Tu hermano ha muerto.

El cuerpo... en su celda... anoche... represalias... «Chivato», escrito en la pared...

Lo siento.

Lo siento.

Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento.

Tengo ganas de gritar. Abro la boca, pero el sonido no sale. Tengo ganas de salir corriendo, pero me fallan las rodillas, y Blair me sostiene por la espalda cuando me tambaleo.

No es verdad.

No puede ser.

No es verdad.

Seguro que ha habido un error.

Levanto la mirada. Aprieto los dientes. Doy un paso tembloroso hacia el abogado.

—Llévame allí.

—Sue, es mejor que no...

—Quiero verlo.

Blair no pide permiso. Me sigue en silencio. Sube en el asiento trasero del coche del abogado y me acompaña sin hacer preguntas.

A lo mejor esto es tener una amiga.

Pero ojalá no necesitara tenerla.

No puedo parar.

Mi cabeza va a mil por hora.

No voy a parar.

Cada vez que la imagen del cuerpo de mi hermano vuelve, la destierro con otro millón de pensamientos que bullen con fuerza en mi mente. Porque no puedo parar hasta que paguen por lo que hicieron. Todos ellos.

Me visto completamente de negro, cojo solo algo de dinero y el móvil de prepago que llevo apagado desde la última vez que Tyler llamó anoche. No he respondido. Sé que Blair se lo ha contado. Y que lo ha hecho porque no paro de repetir que estoy bien cada vez que me mira con todo ese tiento y los ojos inundados de preocupación. Cree que con Tyler será diferente.

Pero Tyler ya no importa.

Nada importa.

Estoy sola.

Aprieto los dientes y salgo del cuarto. Voy a ir hasta el edificio donde se refugian esos hijos de puta de la policía judicial y voy a descubrir quién de ellos ha sido. Cuál de todos esos cabrones le dijo a ese tipo que Clay estaba hablando, que iba a dar su nombre. El abogado me ha dicho que la fiscalía cree que hay alguien colaborando con ellos, que uno de esos policías en los que mi hermano decidió confiar les dijo que tenían que callarlo.

Bloqueo el recuerdo de John diciéndome que Clay quiso hablar con ellos por mí, para que no me buscaran, para que no me encontraran, para que los detuvieran antes de que pudieran mirar en mi dirección y hacerme daño para castigarlo por robarles ese dinero y la droga.

Ha sido por mi culpa.

Ha sido para protegerme.

Como siempre.

Niña estúpida. Niña cobarde. Niña llorona.

Soy tu hermano y voy a cuidar de ti. No va a tocarte. No puede hacerte daño. Porque no eres suya. No eres Morgan. Te llamas Sue, y es nombre de guerrera.

No soy la princesa.

Soy el dragón.

Voy a prenderle fuego al mundo.

Blair sale de la cocina cuando oye abrirse la puerta de mi cuarto. Nos miramos. Da un paso hacia mí y me tenso. Dejo aflorar la advertencia a mis ojos. La amenaza. «No te acerques». Porque la bomba que soy está a punto de explotar, y a ella no quiero hacerla saltar por los aires. Se mantiene quieta, a la espera.

—Sue... —murmura por fin cuando la tensión es demasiada.

Aparto la mirada.

—Tengo que irme.

Unos toques en la puerta de entrada hacen que las dos nos volvamos hacia la fuente de sonido.

Blair se acerca. Yo doy un paso atrás.

El mundo se tambalea y gira a toda velocidad cuando lo veo al otro lado. Ni siquiera la mira a ella, aunque sea quien lo recibe. Clava los ojos avellana directamente en mí. Le sostengo la mirada. No quiero esto. No ahora. Tampoco en ningún otro momento. No lo

quiero nunca. La lástima que supura su piel me revuelve el estómago.

Avanzo decidida y trato de pasar por su lado sin ni siquiera mirarlo.

—Sue.

Hace amago de tocarme el brazo, pero una sola mirada, fría y dura, lo detiene. Sus pupilas se hacen más pequeñas cuando las mías las abrasan.

—No tengo tiempo, Tyler. Tengo cosas que hacer.

No me sigue cuando paso de largo y troto escaleras abajo hasta el portal.

No necesito a nadie. No puedo cargar con más vidas destrozadas a la espalda. Por mi culpa. Siempre por mi culpa.

Porque corto, arraso y ahogo. Porque hago daño.

Porque la culpa es mía. Pero sé quién va a pagar por ello, y no seré yo.

27

Bones



Tyler

Me retiro el pelo hacia atrás y dejo el bolígrafo con un golpe sordo encima de la mesa. ¿Cómo voy a concentrarme? Es imposible.

Fuera, la música está altísima.

A lo mejor es lo que necesito. Que algo suene mucho más alto que este silencio dentro de mi cabeza. Me levanto y cojo el tabaco para salir a fumar a la puerta. Kowalski está en la sala hoy, paseándose entre los clientes y asegurándose de que todo va bien. Mejor, porque no quiero encontrármelo. Me muevo esquivando los cuerpos sudorosos, dando un rodeo para no pasar cerca de la barra. No quiero hablar con Bree, tampoco. Esta noche no.

Han pasado cuatro días desde que fui a buscar a Sue a casa de Blair. No quiso verme. Se largó sin darme la oportunidad de decirle cuánto lo siento. No responde a las llamadas. Y Blair dice que solo pasa por casa para dormir. Tampoco habla con ella. Y hay una voz

que me repite constantemente que no es mi problema, pero ¿cómo no va a serlo?

No sé qué hacer.

Le doy una palmada en el hombro a Torrance cuando paso por su lado al salir. Me dedica una sonrisa escueta y sigue controlando a la gente que entra. Me apoyo en la pared, a unos metros de la puerta del local y me enciendo un cigarrillo. Nadie me presta atención y me parece bien. Últimamente me cuesta relacionarme. Y el fin de semana pasado, cuando una chica intentó ligar conmigo, hasta acabé cabreado porque no logré que llegara a interesarme ni un poquito. Me prometí que olvidaría a la mentirosa entre otras piernas. Un clavo saca a otro clavo. Y lo único que he conseguido es no follar y clavarme ese clavo aún más profundo. Me taladra los pensamientos a cada minuto.

Saco el móvil y reviso mis mensajes. Nada nuevo después del último intercambio con Cam, en el que me ha informado de que no va a pasar el puente del Cuatro de Julio en Sacramento porque «tiene planes». Supongo que esos planes son follar con Lynn *la periodista*, como siempre desde que accedió a aquella entrevista. Entro en el chat que comparto con la pandilla de casa. Ashley ha dicho que estará el puente por allí, pero que la acompañarán sus amigos de Chicago e irá a ver los fuegos artificiales con ellos. Vanessa ha preguntado hace mucho rato si yo voy. Aún no he contestado. Sé que debería ir. Son mis amigos y tengo que normalizar las cosas de una vez. Por otro lado, me da pánico enfrentarme a sus miradas críticas y a las insinuaciones sobre cuánto echan de menos a los dos que no están allí por mi culpa.

Dejo escapar un gruñido y vuelvo a guardar el móvil. Blair no me ha dicho nada sobre Sue esta noche. ¿Habrá vuelto ya a casa? ¿Seguirá por ahí encargándose de esos «asuntos» que le dice a mi

amiga que está solucionando, pero que no quiere explicar en qué consisten?

¿Debería intentar ir a verla otra vez?

El teléfono, que acababa de meterme en el bolsillo, se pone a vibrar. Al mirarlo, veo que es Bree. Vuelvo la cabeza hacia la puerta, todo parece tranquilo. Descuelgo enseguida, pero el ruido al otro lado es tan atronador que es imposible entender nada de lo que dice. Me cuelga y en menos de diez segundos tengo un mensaje nuevo.

Bree: ¿Dónde estás?

Respondo que entro enseguida. Apuro el cigarrillo y me acerco a tirar la colilla en el cubo de basura que tenemos junto a la entrada, para todas esas cosas que es necesario confiscar. Me abro paso entre la gente hasta la barra principal.

La camarera sale en cuanto me ve acercarme. Se me planta delante con los brazos en jarras y yo alzo una ceja, a la espera. ¿Qué he hecho ahora?

—Nos pediste que te llamáramos a ti si aparecía, ¿no?

Frunzo el ceño.

—Si aparecía, ¿qué?

Me coge del brazo y tira de mí para abrirse paso entre un grupo de gente que abarrota la pista de baile. Me señala las mesas que hay al fondo, pegadas a la pared.

Se me disparan los latidos cuando la veo.

Sue.

Sentada, con los codos apoyados en la mesa, la cabeza entre las manos y un vaso lleno hasta el borde delante.

—¿Le has servido tú?

Bree sacude la cabeza.

—Ha sido Leo. La he visto cuando se alejaba de la barra. ¿Qué quieres hacer?

Tomo aire.

—Yo me encargo.

Ella asiente. Da un paso atrás.

—Como tú digas, jefe —cede, con un tonito algo burlón.

Le lanzo una mirada contrariada.

—A trabajar.

Suelta una risita entre dientes, que se pierde en el estruendo de la música. Luego se va de vuelta a la barra.

Me tomo un par de segundos para reunir el coraje que me hace falta y luego me encamino hacia la mesa en la que está sentada esa chica en la que no paro de pensar desde hace demasiado tiempo ya. Cada vez que creo que estoy a punto de borrarla para siempre, pasa algo. Y ahora..... ahora está aquí. Y en los siete segundos que me cuesta llegar hasta su mesa, ya se ha bebido medio vaso de lo que sea que le ha servido el camarero.

Me clava la mirada cuando paro ante ella. No digo nada porque sus ojos me están suplicando que no lo haga. Sé que se pondrá a la defensiva si doy un solo paso en falso. Y también sé que en este momento sí que tiene una buena razón para estar cabreada con el mundo.

Cuando se cansa de intimidarme con la mirada, se echa hacia atrás en el asiento y sonríe de medio lado, de un modo que no me deja lugar a dudas sobre que este no es el primer garito que visita esta noche. Ya está borracha.

—¿Vas a llamar a la policía? —me reta.

Sacudo la cabeza. Doy un paso adelante.

—No deberías seguir bebiendo. La solución no está en el fondo de una botella.

Enarca una ceja. Luego se ríe entre dientes.

—¿Eso les dices a los chicos del centro de acogida? —Chasquea la lengua—. Qué manido, TyTy, esperaba algo más de ti.

—Sue...

Su mirada me frena de nuevo en el sitio cuando intento acercarme más.

—La solución no está, Tyler —dice, supurando rabia por cada poro —. No hay solución. No existe. Así que, si quiero borrar esta noche con alcohol, cierra la boca y déjame hacerlo, porque nadie ha pedido tu opinión.

Me cruzo de brazos.

—¿Y qué haces aquí? ¿Por qué has venido a mi club si no quieres ni verme?

Cierra los ojos. Cuando los abre, la ira ha dejado paso a un velo de tristeza que lo inunda todo. La música suena más lejos, su desesperación me taladra los oídos.

—No tenía ningún otro sitio adonde ir.

Tengo que leerlo en sus labios porque no habla tan alto como para que pueda entenderlo de otro modo.

Me agacho delante de su asiento. Baja la cabeza para poder seguir evaluándome con esa mirada desconfiada.

—¿Qué puedo hacer por ti, suricata?

Sonríe de medio lado cuando oye el apodo, pero ese gesto leve y teñido de nostalgia se transforma veloz en una mueca.

—Desaparece. Que desaparezca todo. Que suban la música y se calle mi cabeza. Que el alcohol me queme por dentro hasta que ya no duela nada. Que se pare el tiempo. Páralo, Tyler. Para el tiempo por mí, ¿puedes?

Se me llenan los ojos de todas esas lágrimas que nunca he visto en los suyos, tampoco ahora. ¿Habrá llorado por su hermano

siquiera? Blair dice que no la ha visto hacerlo y eso me preocupa aún más. Sé cómo es eso. Tenerlo dentro inundándote, intoxicándote, y no poder sacarlo. Que las lágrimas te ahoguen, pero no fluyan. Yo también me he sentido así.

Y me gustaría no entenderla tanto, pero lo hago.

Su dolor se me cuela dentro, por todas esas grietas que una vez le mostré.

—Creo que no puedo —respondo, con los ojos clavados en ese color gris que parece más oscuro y vacío que nunca—, pero lo intentaré, ¿vale?

No sé si me oye. Vuelve a llevarse el vaso a la boca y bebe a grandes tragos, como si fuera agua y no algo que estoy seguro de que le abrasa la garganta.

—Vete —dice, sin volver a mirarme—. Vete, por favor.

Y no sé qué más puedo hacer aparte de obedecer, así que eso es lo que hago. Me incorporo y me alejo de vuelta hacia la barra.

Bree se acerca en cuanto me ve hacerle un gesto con la mano.

—Sírvele todo lo que pida. Y apúntamelo a mí.

—¿Estás seguro? Tyler...

—Bree —la corto—. Tú hazlo y ya está.

Aprieta los labios, para nada de acuerdo con mi decisión, pero termina por asentir.

Y luego hago lo único que puedo hacer esta noche por Sue Morrison. Busco a Kowalski y le pido que esté pendiente de que ella esté bien. Me acerco al DJ y le pido música mucho más ruidosa y a más volumen. Y, por último, vuelvo a mi despacho y desaparezco. Porque a pesar de haber venido hasta aquí, ella no quiere verme.

Es inútil sentarme a revisar facturas y también es inútil que trate de hacer cualquier otra cosa diferente a esa. Le escribo un mensaje a Blair para hacerle saber que su compañera de piso está aquí, así

no se pasará la noche preocupada esperando a que vuelva. Nunca creí que mi ex fuera así, ni siquiera cuando salíamos juntos, pero con toda esa fachada de chica dura, independiente y perdonavidas que viste, en el fondo es una mamá gallina con la gente a la que quiere. Me responde solo para pedirme que cuide de Sue. Me gustaría saber exactamente cómo se supone que puedo hacer eso.

Me recuesto contra el respaldo de la silla y me balanceo de lado a lado, con la vista clavada en el techo. Ojalá pudiera... Ojalá fuera... Cam sabría hacerlo, eso de conseguir hacer sentir mejor a una chica que le importa. Ash también lo haría. Y yo no tengo ni idea de por dónde empezar. Y me revienta que incluso Sue se haya dado cuenta de eso y no vaya a permitir que me acerque, pero tampoco supondría ninguna diferencia si me siento a su lado y la cojo de la mano, así que no importa.

Abro el primer cajón del escritorio. Aparto los papeles y recupero la caja pequeña que guardé allí cuando empezamos esta locura del club. Lo traje para que me diera suerte. Para que me acompañara. Para mostrarle que estaba haciendo algo con mi vida, que a lo mejor podía hacerlo bien, que estaba asumiendo responsabilidades y que iba a tomarme esto en serio. Que, con un poco de suerte, allí donde estuviera, quizá podría empezar a estar un poco orgulloso de mí. Contemplo el reloj de pulsera de mi padre y acaricio la esfera. No había vuelto a sacarlo desde después de su cumpleaños, tras aquel fin de semana con Sue, cuando lo llevé a que le cambiaran la pila y lo pusieran a punto. Lo hago a menudo, más de lo necesario, seguramente, porque algo dentro de mí tiene la absurda convicción de que, si lo mantengo siempre en marcha, sin dejar que llegue a pararse, será como mantener a mi padre conmigo, al menos un poquito.

«Páralo, Tyler. Para el tiempo por mí».

No sé cómo, si lo que yo siempre he querido es que el tiempo corriera más deprisa, más y más, hasta que pase de largo y me deje atrás.

Jugueteo con la correa de cuero mientras observo cómo el segundero da la vuelta a la esfera. Una vez. Luego, otra. Luego, otra más.

Llaman a la puerta y Andrews entra en cuanto le doy permiso. Pregunta por Sue, claro, pero abandona muy rápido el tema en cuanto le suelto un gruñido, y pasa a hablar de asuntos relacionados con el negocio. Intento concentrarme. Acaba por darme por imposible y largarse sin las respuestas que buscaba.

Estamos ya cerca de la hora del cierre cuando vuelven a llamar a mi puerta. Me froto los ojos, me pellizco el puente de la nariz y me levanto para abrir. He tenido que cerrar por dentro la segunda vez que alguien se ha asomado por aquí buscando el baño. El alcohol vuelve a la gente idiota, de verdad que sí.

Me encuentro a Bree al otro lado, con cara de pocos amigos y una ceja trepando por su frente.

—No puedo más, Tyler. No voy a seguir sirviéndole, y esta chica no acepta un no por respuesta.

Se aparta a un lado y, entonces, Kowalski aparece entre la gente. Sue parece mucho más pequeña colgada del hombro del portero, que la arrastra sujeta por la cintura. Ella va riendo tontamente, llamándole «cariño» en tono burlón y arrastrando las palabras de un modo que no permite entender nada más de lo que dice.

—¿Te encargas, jefe? —pregunta él.

Lanzo un suspiro y asiento.

Sue levanta la cabeza, me ve y esboza una sonrisa torcida.

—Ty, Ty, Ty... Deberías echar a la camarera. No sirve a los... —Suelta un hipido y cierra los ojos—. Cli... *clintes*.

Bree la mira por encima del hombro y hace una mueca.

—Tienes que dejar de beber o esta noche va a acabar en coma etílico para ti, chica.

Pero Sue sonríe un poco más, y no es una sonrisa bonita, sino una de esas que provocan escalofríos y podrían aparecerse en las pesadillas de alguien.

—El coma suena genial... —murmura como puede.

Doy un paso adelante y bajo la cabeza para mirarla a los ojos. Me devuelve una mirada vidriosa y estira la mano para tocarme la cara, pero está a punto de meterme un dedo en el ojo, así que atrapo su puño en el mío.

—Vamos, será mejor que te eches un rato.

Tiro suavemente de ella. Kowalski la suelta y Sue trastabilla hasta que choca contra mi pecho. La sostengo por la cintura y la estabilizo.

—¿Estás bien?

Sus ojos me recorren las facciones con atención.

—Eres guapo, ¿sabes? Es asqueroso.

Bree se ríe. Kowalski se inclina hacia ella para que se lo repita y poder reírse también, porque no ha podido oírla. Levanto la vista para mirarlos a los dos.

—Gracias. Ya me ocupo yo.

Kowalski asiente.

—A mandar, Sparks.

Bree me dedica una sonrisa con cierto aire compasivo.

—Suerte.

Luego se van. Y yo ayudo a Sue a dar un par de pasos más para adentrarse en mi despacho y cierro la puerta a nuestra espalda.

—Venga, será mejor que te sientes un poco en el sofá, ¿te parece?

Gruñe, aparentemente disconforme. Se gira hacia mí con brusquedad y la tosca cremallera que lleva su vestido negro por la parte delantera se me clava en el pecho cuando se pega a mi cuerpo.

—Puedes hacer algo por mí, ¿sabes?

Estudio sus ojos con atención.

—¿Qué? ¿Qué puedo hacer por ti, nena?

Una sonrisa pícara le trepa por las comisuras. Intenta agarrarse a mi cuello y tengo que rodear su cintura con fuerza para que no se escurra entre mis brazos y termine por caer al suelo.

—Hazme olvidar.

Empiezo a negar con la cabeza, pero habla otra vez antes de que pueda hacerlo yo:

—Vamos a follar, rubito.

Le sujeto la muñeca con una mano cuando intenta colar los dedos por la cintura de mi pantalón.

—No.

Frunce el ceño. Hace pucheros. Quiero meterla en una cajita forrada de terciopelo y protegerla, joder. Eso es lo que quiero hacer.

—¿Por qué? ¿No? ¿Por qué... *no*?

No la separo de mi cuerpo cuando la miro a los ojos y le respondo, aunque sé que ni siquiera me escucha. Ha bebido demasiado.

—Porque estás borracha, Sue. Porque estás triste. Porque no sabes lo que quieres ahora y tampoco lo que necesitas. Porque ya ayudé a alguien a olvidar una vez y no quiero que tú acabes así de destrozada. Así que pídeme cualquier otra cosa esta noche, pero esto no.

Me empuja. Se aparta y camina dando tumbos hacia el sofá. No sé si está enfadada conmigo, con ella o con el mundo entero.

Probablemente está muy cabreada con su hermano por morirse y dejarla sola. Yo me he sentido así. Y muy culpable por sentirlo, también.

Se da la vuelta para enfrentarme y hago amago de lanzarme a sujetarla cuando está a punto de caer de espaldas, pero consigue mantener el equilibrio y yo me freno a dos pasos de su cuerpo.

—Vamos. Vamos —dice, mientras contonea las caderas—. Sé que te pongo...

No sé qué sigue, porque es imposible entenderla con esa lengua pastosa que le ha dejado la bebida, pero veo perfectamente cómo se baja la cremallera de un tirón y se desprende del vestido. Lleva ropa interior negra. Aparto la vista como si la imagen quemara.

Ella suelta una risita.

—Quiero follar.

Sacudo la cabeza.

—Ya vale, Sue.

Se acaricia con la punta de los dedos el tatuaje que lleva en el muslo izquierdo.

—Te gusta el dragón. —Me parece entender que dice—. Soy yo. Es lo que soy.

Suspiro.

—Desde luego.

—Y mira lo que hago... —Da la vuelta sobre sí misma para enseñarme todas esas ramas quemadas y quebradas.

Es un auténtico milagro que no se estampe de bruces contra el suelo.

Se acerca muy despacio, se quita una zapatilla con el pie contrario y, cuando está intentando hacer lo mismo con la otra, tropieza y cae hacia delante, directa a mis brazos. La sostengo. Se ríe tontamente y farfulla algo. Se ha librado de la zapatilla, no sé cómo.

Le sujeto la barbilla suavemente para obligarla a alzar la vista hacia mí. No abre los ojos, aunque sigue murmurando incoherencias.

—Sue.

No responde. Se agarra sin fuerza a mi brazo y siento cómo su cuerpo empieza a pesar un poco más.

—Eh, Sue, no te duermas, ¿vale? Oye, nena...

Vuelve a decir algo sobre follar, entre dientes. Pongo los ojos en blanco. Y luego me da un vuelco el corazón cuando deja caer la cabeza hacia atrás y su cuerpo se torna flácido en mi abrazo.

—Joder —mascullo—. ¡Sue!

—Tengo sueño... —La oigo murmurar sin ganas.

—No. Ni de broma.

—Quiero... cerveza...

—De eso nada.

La sacudo suavemente, para espabilarla. Abre los ojos despacio, con el ceño fruncido y me clava una mirada contrariada.

—Eres un rollazo. Quie...

—Se acabó.

La levanto en el aire y cargo con ella hasta el baño. Se va riendo muy bajito, como si no le quedaran fuerzas. La meto en la ducha, dejo su espalda apoyada en la pared, doy un paso atrás y me quito la camiseta y las zapatillas tan rápido como puedo.

—Uuuuuhhh —entona, con voz ronca—. Quítate...

Voy hasta ella, la sostengo por la cintura, coloco su cuerpo debajo de la alcachofa y abro el grifo del agua fría al máximo.

Suelta un jadeo impresionado ante el impacto. En solo dos segundos está empapada. Esperaba escuchar una ristra de insultos muy malsonantes, pero no dice nada. Nos clavamos los ojos mientras sigo sujetando su cintura. Empieza a temblar y, cuando

abre la boca, lo que escapa de ella es un sollozo amargo y desgarrador que debe de dejarle la garganta en carne viva.

Y luego se pone a llorar.

Llora tan alto y tan fuerte, que temo que los sollozos no la dejen respirar.

La sostengo cuando se le doblan las rodillas y se desploma. Se aferra a mis brazos con tanta fuerza que seguro que me quedará la marca de sus uñas durante una buena temporada, pero no me quejo. La acerco más. Me agacho con ella hasta que me siento en el plato de ducha y la acuno en mi regazo. Dejo que se aferre a mí con desesperación. Y la abrazo mientras lo deja salir todo.

—Lo siento. Lo siento muchísimo, Sue —murmuro con los labios pegados a su oreja.

Temblamos los dos y tengo que arrastrar el culo por el suelo mojado hasta ponernos fuera del alcance del agua helada que aún sigue cayendo.

Ella llora más fuerte.

—Está bien —sigo en susurros, al tiempo que beso su pelo con ternura—. Déjalo salir. Está bien.

Esconde la cara en mi cuello. Todo su cuerpo se sacude con violencia mientras se rompe en sollozos amargos. La mezo muy suavemente, en silencio. Me da la impresión de que nunca la había sentido tan pequeña. Esta noche está muy pequeña. Muy frágil. Muy indefensa.

Quiero decirle que todo irá bien, pero me trago las palabras porque eso es algo que no puedo prometer. También quiero decirle que no está sola. Que yo estoy aquí y que voy a seguir estándolo, pero no me atrevo a pronunciar esa frase en voz alta.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que empieza a calmarse. Ha sido una eternidad. Como si necesitara sacarse de dentro todas las

lágrimas que no ha llorado en *años*. La música apenas se oye ya. Seguro que fuera de este despacho ya han empezado a recoger. No importa, porque los chicos cerrarán y se irán a casa y dejarán que yo decida más tarde si vuelvo a mi apartamento o me quedo a pasar la noche. No sería la primera vez.

Sue se queda sentada en el plato de ducha, hecha un ovillo, con las rodillas abrazadas contra el pecho y temblando como una hoja, cuando la dejo ahí, cierro el grifo y me estiro a un lado para coger una toalla. No se mueve cuando la envuelvo con ella y froto con mimo su espalda. Me siento enfrente y utilizo parte de la toalla para secarle un poco el pelo. Levanta la cabeza y me mira. Tiene los ojos rojos e hinchados, pero también enormes y con un brillo húmedo que los hace refulgir. No sé por qué me inclino hacia delante y le dejo un beso en la frente, solo lo hago, sin pensar. Tiene los ojos cerrados cuando me aparto. Paso los pulgares bajo ellos para limpiar los restos de rímel que han dejado marcas negras por encima de sus pómulos.

—Vamos —la animo en voz baja y con el tono más tierno que he usado jamás—. Te dejaré ropa seca.

Hace calor esta noche de finales de junio, pero su piel está helada y ella sigue temblando, así que escojo una sudadera y también unos calzoncillos que le sirvan como pantalón corto. No dice nada y apenas se mueve para colaborar cuando la seco un poco más, le quito el sujetador mojado y le paso la sudadera por la cabeza. Parece encogerse dentro de ella en cuanto la cubre por completo. Luego se desprende de las bragas y yo la ayudo a pasar las piernas por la prenda que le ofrezco hasta que la acomodo en sus caderas. Todo le queda enorme, pero al menos está seca y calentita.

Yo también tengo que desprenderme de la ropa mojada y secarme un poco con la toalla ya empapada. Me pongo un pantalón

de deporte y una camiseta que tenía en el armario para cuando decido quedarme a dormir.

Está sentada en el suelo, con la espalda contra el borde del sofá y las piernas dobladas y pegadas al pecho, cuando me vuelvo a mirarla. Sus ojos miran en mi dirección, pero es como si vieran mucho más allá de mí. Enormes. Insondables. Perdidos. Me acerco despacio y me agacho delante de ella. Solo vuelve a clavarme esos ojos grises cuando le pongo las manos sobre las rodillas. Le paso los nudillos con ternura por la mejilla y entreabre los labios como si quisiera dejar escapar una palabra que termina por guardarse dentro de nuevo.

—Voy a prepararte un café bien cargado, ¿vale?

No dice nada. Tampoco hace ningún gesto que me dé a entender que me ha oído.

Me levanto, voy hasta la cafetera de cápsulas que Andrews jubiló de su casa cuando se compró una nueva y maravillosa y la pongo en marcha. Le preparo una taza mientras la vigilo continuamente de reojo para asegurarme de que está bien. No reacciona. Sigue ahí, con las rodillas abrazadas y la mirada perdida.

Rota.

Sí que está rota y nunca lo había visto tan claro como puedo verlo esta noche.

Esta vez no le echo ni leche ni azúcar al café. Es la única forma de que termine de cortar de golpe esa borrachera. Me sorprende que me quite la taza de las manos y se la lleve ella misma a los labios cuando se la acerco. Arruga el gesto tras el primer sorbo, pero se lo traga y deja que le abrase la garganta y que el sabor amargo se le acumule en la base de la lengua.

—Más —le indico, y empujo la taza de nuevo hacia su boca.

Bebe otro sorbo. Luego, otro más.

Y luego tiende la taza hacia mí, me aparta y se levanta a toda prisa.

—Tengo que vomitar.

Es lo primero que dice desde hace por lo menos una maldita hora, y me suena maravilloso. Dejo el café sobre la mesita y la sigo de vuelta al baño. Me hace un gesto con la mano para que me largue, pero lo que yo hago es acercarme y sujetarle el pelo con mimo en la nuca mientras ella se dobla sobre la taza y vuelca dentro el contenido de su estómago. Le acaricio la espalda despacio con la otra mano. Abajo y arriba. Una y otra vez, hasta que se calman las arcadas. Luego le paso un trozo de papel.

Se limpia la boca, se suena la nariz y me lanza una mirada por encima del hombro.

—Gracias —dice con voz ronca.

Esta vez se sienta en el sofá. Vuelve a encogerse y estira la sudadera para esconder las piernas dentro, también.

—¿Tienes frío? —pregunto.

Niega con la cabeza.

Le paso la taza.

—Tienes que acabártelo.

Hace una mueca asqueada.

—No quiero.

—Te irá bien, te lo prometo. Vamos. Confía en mí, sé bastante sobre borracheras.

Me mira desconfiada, pero finalmente coge la taza, con las manos cubiertas por las mangas de la sudadera, y la abraza contra su pecho.

—Siento haber venido aquí —dice en apenas un hilo de voz.

Sacudo la cabeza con suavidad.

—Yo no. Venga, bebe. —Sonrío satisfecho cuando lo hace y sus ojos recorren la forma de mis labios hasta que empiezo a ponerme nervioso—. Sé que no hay nada que pueda decir para que te sientas mejor, Sue, pero puedo estar aquí en silencio si tú quieres.

No responde. Se lleva la taza a los labios y sigue bebiendo. Y yo permanezco a su lado hasta que termina el café. Estoy a punto de levantarme para dejar la taza en la estantería cuando habla:

—Estoy sola. Me he quedado sola —dice, tan bajito, que no estoy del todo seguro de que esté hablando conmigo—. Mi hermano era lo único que tenía. Era el único que...

Se le quiebra la voz. Abandono la taza a un lado y me muevo para acercarme más. Paso una pierna por detrás de su cuerpo y tiro de ella hasta que consigo que se siente delante de mí y se acurruque con la espalda pegada a mi pecho. La envuelvo no solo con los brazos, sino con todo lo que soy. Amoldo la mejilla a su pelo mojado.

—Ahora sí que me has conocido en el peor momento de mi vida —murmura.

—No estás sola. No tienes que estarlo y no vas a estarlo. Yo estoy aquí. Estaré aquí, si tú me dejas.

Se encoge un poco más y se hunde en mi abrazo como si quisiera fundirse conmigo. Permanece en silencio, y yo me quedo en silencio con ella.

Luego me estiro a un lado, cojo el reloj que antes he dejado al borde del escritorio y manejo su brazo hasta ponérselo. Por supuesto, la correa no se le ajusta y le resbala por la muñeca, pero no importa.

—Este reloj era de mi padre. Y, antes, fue de su padre —digo en un susurro en su oído—. Mira.

Doy un par de toquecitos sobre la esfera y, cuando sé que está prestando atención, tiro de la ruedecilla que tiene a un lado y

detengo las agujas. Sue mueve la otra mano, hasta que sus dedos terminan sobre los míos, cerca del reloj, pero sin tocarlo.

—Hemos parado el tiempo, suricata. Y puedes quedarte en este instante mientras lo necesites. No hay límite. Y luego, cuando quieras que el tiempo vuelva a correr, solo ponlo en marcha otra vez. Quédate el reloj hasta que sientas que ya no hace falta parar el tiempo, ¿vale? Así podrás ponerlo todo en pausa cada vez que lo necesites.

No deja de mirar el reloj fijamente, con las agujas congeladas, mientras se mueve y hace que me mueva con ella para tendernos de medio lado en el sofá. Se aprieta contra mí y yo la mantengo en este abrazo hasta que noto en su respiración que se ha quedado dormida. Y, aun entonces, la sigo abrazando durante mucho tiempo más. Hasta que yo también me quedo dormido con el olor a melocotón de su pelo invadiendo mis sueños.

Estoy solo cuando despierto. Mi sudadera y la ropa interior que le presté están sobre el brazo del sofá y se ha llevado sus cosas.

También se ha llevado el reloj.

Me incorporo. Me duele todo. Me froto la cara con las manos y, cuando vuelvo a levantar la vista, veo que ha dejado un trozo de papel recortado de mi cuaderno de cuentas sobre la mesa:

Gracias por congelar un instante.

Acaricio los trazos de su letra y asiento. Luego me pongo en pie y empiezo el día. Sé que ahora va a necesitar alejarse y tomarse un tiempo. Me parece bien. No voy a agobiarla, pero tampoco voy a apartarme a un lado como si nada.

Esta vez no pienso dejarla desaparecer.

28

The Show Must Go On



Sue

No estás sola.

No tienes que estarlo.

Esas palabras se repiten una y otra vez en mi cabeza mientras avanzo por las calles del barrio de mi hermano y me acerco hasta el portal. Aprieto la llave con tanta fuerza en el puño dentro del bolsillo que se me clava en la piel y la desgarra.

No debería estar aquí.

Pero es que la bolsa con sus cosas que me dieron en esa cárcel era ridícula. Unas prendas de ropa, la cartera, un móvil sin apenas contenido que ya he dado de baja. Necesito *más*. Algo suyo de verdad.

El rellano está en silencio. Y es con sigilo como encajo la llave en la cerradura y la hago girar. Por fuera nada ha cambiado, pero el interior está hecho un desastre. Supongo que no dejaron ni un rincón sin saquear la noche que tuve que huir de aquí. Me muevo

rápido por el pequeño espacio, buscando algo de mi hermano que pueda rescatar.

No queda nada.

Lo han destrozado todo.

Se me acumula la rabia en la garganta y luego, de golpe, desaparece solo para dejar paso a ese norme nudo de ansiedad que me acompaña siempre últimamente. Se me llenan los ojos de lágrimas. No puedo respirar. Me apoyo en la pared y la espalda resbala por la superficie hasta que acabo sentada en el suelo. Escondo la cabeza entre las rodillas e intento llenar los pulmones de aire. Es imposible.

Las lágrimas se deslizan liberadas y salvajes por mis mejillas, como si desde la otra noche, cuando las compuertas reventaron entre los brazos de Tyler, ya no pudiera frenarlas más cuando amenazan con surgir. No me molesto en intentarlo. Me palpo la ropa y meto la mano en el bolsillo para agarrar con fuerza el objeto que llevo ahí. Lo saco, miro las agujas de ese reloj avanzar segundo a segundo por los números. Tiro de la ruedecilla, como él hizo, y detengo el tiempo.

Me abrazo a mí misma y me quedo en este instante. Flotando. Lejos del mundo. Con todo congelado alrededor. Solo respirando, hasta que siento que ya no cuesta tanto.

Tengo que seguir.

Sé que puedo hacerlo.

Clay siempre se puso delante para despejarme el camino, y ahora tengo que seguir ese camino sin él. Porque es lo que habría querido. Porque no puedo dejar que todo lo que hizo para mantenerme a salvo fuera en vano. Porque la mejor manera de mantener a mi hermano conmigo es apretar los dientes y hacer honor a mi nombre de guerrera. Tengo que hacerlo por él. Ahora tengo que seguir sola.

No estás sola.

¿Y si es verdad? ¿Y si no estoy sola? ¿Y si no tengo que hacerlo sola?

Miro la esfera del reloj. Vuelvo a apretar la ruedecilla para que el segundero comience de nuevo su avance. Y luego busco el móvil y llamo a uno de los únicos cuatro números que hay en la agenda.

Contesta enseguida:

—¿Sue? ¿Dónde estás?

—Blair, necesito que pases a buscarme.

No hace falta nada más que un «por supuesto» para que yo me sienta mejor y le recite la dirección.

El coche de Blair es blanco, pequeño y algo destartalado, pero está en la calle frente al portal en menos de veinte minutos. Mi amiga no parece tener prisa por arrancar cuando abro la portezuela y subo a su lado, ocupando el asiento del copiloto.

—¿Estás bien? —pregunta.

Bajo la ventanilla, me miro en el retrovisor y me paso los dedos cuidadosamente bajo los ojos para adecentar mi aspecto.

—No. No estoy bien. Pero lo estaré —prometo, y cuando me giro a mirarla veo en sus labios una sonrisilla orgullosa—. Aquí vivía mi hermano... y yo, durante un tiempo. Pero me temo que ya no queda nada que rescatar. ¿Puedes... acercarme a un sitio?

—Claro. Donde quieras, amiga.

Se me forma una pequeña sonrisa y casi me duele esbozarla.

—Yo te indico.

Dejo la ventanilla bajada para que el aire me acaricie las mejillas, tirantes por los restos de lágrimas incluso cuando estas ya han desaparecido, y le voy señalando a Blair cada una de las calles en las que tiene que girar hasta que para el coche frente a la puerta de ese gimnasio de pijos en la zona financiera.

—¿Te espero con el motor en marcha? —medio bromea ella.

Le dedico una mueca antes de bajarme.

—Vuelvo enseguida.

Nadie me presta atención cuando paso con mi tarjeta de prueba por el torno y recorro las instalaciones hasta el vestuario femenino. La taquilla que me asignaron sigue exactamente igual que la última vez que la vi. Miro alrededor, hay una chica que va hacia las duchas y nadie más rondando por aquí. Pruebo con la combinación que puse y el candado se abre suavemente y sin problemas con un chasquido.

Cierro los ojos y una mano invisible me aprieta con fuerza el pecho cuando veo que la bolsa con el dinero aún está aquí. Nadie la ha tocado. Abro solo un poco la cremallera y compruebo que los fajos de billetes siguen envueltos en algunas prendas de ropa.

—Joder, Clay —mascullo entre dientes.

Recuerdo lo que dijo cuando le conté lo del dinero. Que, si sabían que alguien estaba haciendo esto por él fuera, intentarían encontrarme y pedirme más. Siempre más. Debería haberme imaginado que no les dijo que tenía el dinero. Que no les pagó lo que les debía, aunque estuviera a su alcance, aunque yo lo hubiera hecho posible. Y no lo hizo porque pensó que así me seguía protegiendo. Maldito cabezota. Nunca entendió eso de cuidarnos el uno al otro. Nunca se dejó ayudar. Y, al final, mira cómo ha acabado todo.

¿Va a pasarme lo mismo? ¿Voy a terminar como él si sigo empeñándome en hacerlo todo sin ayuda? ¿En ser tan jodidamente autosuficiente?

La verdad es que preferiría no averiguarlo.

Cojo la bolsa, me la cuelgo al hombro, dejo la taquilla abierta, con el candado colgando, y salgo de aquí para no volver.

Tiro la bolsa al asiento de atrás cuando me monto de nuevo en el coche de Blair. Ella enarca una ceja al mirar en mi dirección.

—¿Qué...?

—Eso es una bolsa llena de dinero —digo, despreocupada—. No preguntes de dónde viene. Solo piensa qué vamos a hacer con él.

Suelta una carcajada.

—¿Vas en serio? ¡Estás loquísima, Sue! Ahora me da igual de dónde haya salido la pasta, ya me lo contarás más adelante, vas a utilizarla para hacer lo que *tú* quieras hacer. Dime, ¿qué será?

—Arranca y te lo cuento por el camino.

Sonríe. Obedece y enseguida estamos rumbo a casa.

El miércoles compro un ordenador portátil y una cámara. Una cara, buena y último modelo. También un par de objetivos, uno de ellos de largo alcance.

El jueves por la noche me acerco hasta la puerta del club con una mochila y se la entrego a Kowalski para que se la dé a Tyler, justo como él me pidió que hiciera cuando fuera a devolverle su dinero. No me quedo a charlar, me voy muy rápido de allí.

El viernes al atardecer me visto de negro, como siempre, me cuelgo la cámara al hombro, preparo los objetivos, y salgo de mi cuarto para buscar a Blair. Está en su habitación, preparando el equipaje para irse mañana de viaje con unos colegas, a pasar el puente del Cuatro de Julio en una casa perdida no sé dónde. Me ha invitado a acompañarlos, pero he rechazado la propuesta y no ha podido insistir porque ni siquiera había sitio para mí allí.

—Oye, ¿me prestas el coche?

Se vuelve a mirarme y alza una ceja.

—No. Voy contigo.

No intento protestar. Empiezo a conocerla lo suficiente para saber que es inútil. Ni siquiera pregunta qué es lo que quiero hacer hasta que ya está conduciendo rumbo a la dirección que le he dado.

—No sé por qué haces esto. Podría meterte en un lío.

Se ríe con descaro.

—Bueno, he visto que llevas una cámara y no un arma. Aunque, si fuera una pistola, también te acompañaría. Seguro que se lo merece y hacen falta dos personas para deshacerse en condiciones de un cadáver.

Le lanzo una mirada entre divertida e intimidada.

—¿Bromeas?

Me dedica una sonrisa torcida.

—Lo sabrás el día que me necesites para cargarte a alguien.

Se me escapa una risita que me tironea del pecho y genera una sensación cálida que ya empezaba a olvidar.

—Espero que ese día no llegue.

—Yo tengo unos cuantos en la lista, espero que el favor sea recíproco.

—Odio las pistolas —advierto.

—No te preocupes, lo haremos con los dientes.

Me enseña un colmillo, elevando la comisura del labio como si fuera un perro rabioso, y yo sonrío.

Blair me echa un buen vistazo cuando llega a nuestro destino y aparca a un lado.

—Vale. Ahora cuéntame qué hemos venido a hacer aquí.

Me recuesto en el asiento para esconderme de miradas indiscretas desde la calle. Mi amiga me mira como si me hubiera vuelto loca, pero se da mucha prisa en imitarme.

—Ya sé quién es ese tipo, el de la judicial que Daniels dice que colabora con los que mandaron matar a Clay.

—¿En serio?

—He estado indagando un poco.

—Ya veo.

—La semana pasada lo seguí cuando salió del trabajo y se encontró con un par de hombres con mala pinta en un callejón. Lo oí decir que se reuniría con su jefe el viernes.

—Hoy es viernes.

—Sí, ya lo sé.

—¿A esto te has estado dedicando? ¿A jugar a los detectives siguiendo a la policía, Sue? ¿Tienes idea de la de cosas que podrían haberte pasado?

—¿Sí? Bueno...

—Venga ya, ¿por qué no me trajiste contigo? Me has privado de toda la diversión. Ya te vale. Y yo que pensaba que empezábamos a ser amigas.

Alzo una ceja y tengo que aguantarme una risita.

—¿Lo siento?

—Solo te perdonaré si prometes no volver a hacer nada ilegal, amoral o potencialmente peligroso sin mí.

—Vale.

Me tiende la mano y emito un bufido cuando veo que me está ofreciendo el meñique para que le haga un estúpido juramento infantil.

—Venga.

—¿En serio?

—Meñique, Sue, ahora.

Engancho el dedo al suyo mientras me trago la sonrisa. Ella asiente, con expresión satisfecha.

—No voy a parar hasta que encierren a los que le hicieron esto a mi hermano —añado a la promesa.

—Y yo voy a ayudarte. Vamos a cazar a esa rata.

—Sí.

Nos escondemos un poco más tras el salpicadero. Según todos mis cálculos, ese tío debería de estar a punto de salir. Blair suelta un pequeño gruñido de disgusto.

—Podrías haberme avisado de que iba a ser una misión de vigilancia para concienciarme de ser paciente.

—Tú te has apuntado sin hacer ni una sola pregunta.

—Porque eres mi nueva mejor amiga en el mundo entero y eso es lo que hacemos las amigas. ¿Puedo fumarme un cigarrillo?

—Solo si me das otro.

—Te encanta fumarte el tabaco de los demás, ¿eh? —acusa, socarrona, pero me da uno en cuanto lo saca del paquete.

Eso me hace pensar en Tyler y en las conversaciones en esa azotea compartiendo cigarrillos. En los que nos fumamos entre sus sábanas aquel fin de semana. ¿Qué pensaría cuando Kowalski le dio el dinero? Me extraña que no haya intentado llamarme. Supongo que tampoco se puede decir que yo haya mantenido abiertas las líneas de comunicación.

Me olvido de cualquier cosa que estuviera pensando cuando veo al objetivo salir por la puerta principal del edificio.

—Ahí está —le susurro a Blair—. Vamos, hay que seguirlo.

—Ay, ni medio *piti* me ha dejado fumar —farfulla al tiempo que lanza la colilla por la ventana.

Uh, Tyler jamás haría eso. Pero yo sí, así que la imito, subimos las ventanillas y arranca el motor. Señalo el coche cuando sale del aparcamiento.

—Ahí va.

Ella sonríe.

—Pues ahí vamos.

Estoy casi segura de que Blair ha hecho esto antes. Se le da muy bien lo de seguir a otro coche dejando dos de distancia y mantener la calma en los cruces para no perderlo. Tomo nota mental de preguntarle por ello cuando hayamos conseguido las fotos que he venido a hacer esta noche.

Reduce la velocidad cuando el coche al que seguimos se mete por una zona de naves industriales poco transitada. Apaga las luces y rueda muy despacio para no delatarnos. En serio, ¿quién es esta chica? ¿Trabaja para la CIA?

—Para aquí —le ordeno cuando veo cómo el tipo se detiene y baja del coche frente a una nave de la que sale una tenue luz.

Nos agachamos a la vez, escondiéndonos tras el salpicadero, cuando alguien se asoma para recibirlo y echa un vistazo alrededor.

—Muy bien —murmuro mientras ajusto el objetivo de largo alcance y apunto con la cámara hacia donde están.

—Hola, ratitas —dice Blair, al mismo volumen y con un tono levemente burlón.

Me encantaría, de verdad, tener un momento para disfrutar de la maravilla que es esta cámara, porque las imágenes son increíbles. Pero me parece que no tengo tiempo para eso. Sigo enfocando y disparando, asegurándome de que se les ven muy bien las caras.

—Te tengo —ronroneo con el último disparo.

Blair finge un gemido bajito.

—Eso ha sido supersexi, tía.

Se me escapa una risita que ella responde con otra igual.

Le doy un golpe suave en el brazo cuando los dos hombres entran en la nave y desaparecen de nuestra vista.

—Vamos.

Abrimos las puertas con mucho cuidado para no hacer ruido y, por el mismo motivo, no las cerramos. Caminamos hacia la entrada,

ella solo un paso por detrás de mí, escondiéndonos entre las sombras. Han cerrado la puerta, claro. Un perro se pone a ladrar detrás de una valla unos metros más adelante. Levanto la vista y localizo la ventana, con los cristales sucios y agrietados. Se la señalo a mi acompañante. Intento saltar para agarrarme al alféizar, pero no es lo bastante ancho para permitirme encaramarme a él. A veces odio ser bajita... Vale, lo odio casi siempre.

Ahogo un grito de sorpresa cuando noto que algo se me mete entre las piernas y tengo que hacer equilibrios, para que no nos caigamos las dos, cuando Blair se incorpora conmigo sobre los hombros.

—¿Qué haces? —siseo—. Vas a hacerte daño y me vas a tirar.

—Venga ya. He subido a Craig a hombros en mil conciertos y pesa el doble que tú. No sé si te has dado cuenta de que eres pequeñísima —se mete conmigo sin apenas levantar la voz.

—Cállate.

—Cállate tú. —Me pellizca la pierna y se mueve para acercarme más a la ventana—. ¿Los ves?

Los veo. Vaya que si los veo. Levanto la cámara y miro a través del visor al tiempo que ajusto el *zoom*.

—Los tengo.

—¿Qué hacen?

—Están bailando tango —ironizo—. ¿Tú qué crees? Les está pasando unos documentos. —La cámara no deja de emitir el ruido que acompaña al trabajo del obturador mientras disparo una y otra vez.

—Eres divertidísima.

—Ssh.

Sigo haciendo fotos en ráfaga cuando le dan el dinero. Perfecto, que se vean bien las caras estampadas en los billetes.

—Quiero casarme contigo, Sue.

—No creo en el matrimonio.

—Te compraré un pedrusco enorme con el dinero que tienes en la bolsa secreta.

—¡Mierda! —exclamo cuando veo que uno de los hombres que hay dentro se dirige hacia la puerta—. ¡Bájame, bájame, bájame! Tenemos que irnos.

Blair se agacha de golpe, perdemos el equilibrio y las dos nos caemos al suelo. Me quejo bajito, pero ella se da mucha prisa en cogerme del brazo y tirar de mí de vuelta hacia el coche.

Nos movemos tan rápido como podemos, agazapadas y entre las sombras. Luego nos metemos en la cabina del vehículo y me asomo a mirar por el parabrisas. Hay un tipo fumando al lado de la puerta que acabamos de dejar atrás. Vuelve la cabeza hacia aquí cuando Blair cierra su puerta.

—Oh.

—Oh —repite ella.

—Arranca y vámonos de aquí.

—No me lo digas dos veces.

Oímos un grito, pero el ruido del motor apaga todo lo que pueda venir después de eso. Blair da la vuelta al coche como si fuera una especialista de escenas de acción y salimos quemando rueda.

Suelta un grito triunfal cuando nos incorporamos a la carretera y nos mezclamos con el tráfico, y yo solo consigo emitir una risita nerviosa.

—¡Ha sido una pasada! —exclama, sin parar de reír—. ¿Tienes todo lo que necesitas? ¿O doy media vuelta?

Me río a carcajadas y ella me acompaña.

—Creo que lo tengo todo. —Reviso las imágenes en la pantalla—. Esta cámara es una preciosidad.

—Vaya, vaya, sí que tienes fetiches raros —se burla. Noto cómo me mira de reojo durante un minuto entero antes de volver a hablar —: Deberías retomarlo, ¿sabes?

Le dedico una mirada desinteresada mientras sigo pasando fotografías.

—¿El qué?

—Lo que te quede para que te den un título o lo que sea y llamarte a ti misma fotógrafa de verdad. Es evidente que te encanta.

—A ti te encanta ser cotilla.

—Te lo dije.

—Sí, ya. No te tomé en serio.

—Ese será siempre tu error —se burla—. ¿Y ahora adónde, querida cómplice?

—Llévame a casa del abogado.

Allí nos presentamos las dos, delante de él, su mujer y dos críos pequeños que gritan porque no se quieren ir a la cama. El pobre, resignado, nos hace pasar a su despacho. No parece tan serio ni tan profesional con la ropa de estar por casa.

Pasamos las fotografías a su ordenador y me promete que las hará llegar a la fiscal. Luego me hace prometer a mí que no voy a meterme en más líos.

Cruzo los dedos cuando lo hago y, a mi lado, Blair hace lo mismo con expresión traviesa.

No le pregunto al abogado si alguien de la cárcel ya ha podido contactar con Morgan Morrison para darle la noticia de la muerte de su hijo. Delegué esa responsabilidad porque no quiero hablar con ella, para nada, y mucho menos para esto.

Blair me coge de la mano para salir juntas de la casa y me parece bien. Es agradable, familiar y reconfortante.

—No sé tú, pero yo ahora necesito soltar toda esta adrenalina —dice mi amiga, una vez en la calle—. ¿Y si vamos a bailar?

Ni siquiera pasamos por casa. Aparcamos el coche en el barrio, nos vamos directas a un garito que conoce, y bailamos para celebrar que hemos conseguido el objetivo de esta noche... y también que seguimos vivas. Y puede que hace una semana no pensara lo mismo, pero aquí y ahora soy muy consciente de que quiero hacerlo. De que *necesito* hacerlo. Celebrar la vida. Cada día.

Bromeamos, tonteamos con chicos y chicas por igual, aunque siempre volvemos la una a la otra, y nos reímos tanto que creo que mañana me dolerá horrores la mandíbula.

El amanecer nos encuentra en la playa de Venice, compartiendo un cigarrillo tumbadas en la arena, y hablando sin parar.

Blair se gira para mirarme, apoyada en un codo.

—Quédate, Sue.

—¿Qué?

—Que te quedes. No has parado de decir que te irías en unas semanas. ¿Qué vas a hacer ahora?

Me mordisqueo el labio y lanzo un suspiro.

—No lo sé. Solo vine aquí por mi hermano y ahora...

Se me empiezan a llenar los ojos de lágrimas y Blair me coge la cara con una mano para obligarme a girarla y clavarnos las pupilas. Está muy seria.

—¿Tienes algún sitio al que volver?

Algo me pesa en el pecho tras la pregunta. Niego con la cabeza lentamente.

—No. Ningún sitio al que volver.

Ningún sitio al que ir.

—Este es tu sitio al que volver cuando te pierdas —dice, con una dulzura que no parece encajar mucho con ella—. Quédate. La

habitación es tuya, yo haré los ingresos del alquiler y tú puedes pagarme con ese dinero negro que tienes bajo el colchón, lo gastaré sabiamente, créeme —añade, pícara—. Si al final viene Craig en septiembre, nos apañaremos. Sí que tienes un sitio. Aquí estoy yo. Y aquí está Tyler, también.

Aparto la mirada cuando dice su nombre. Sí, aquí está Tyler, también, aunque no sé muy bien lo que significa eso ni por qué me nace dentro esta calidez cuando lo oigo.

Me encojo de hombros.

—Me lo pensaré.

—Voy a comprarte un collarcito con tu nombre.

—¿Qué?

—No te vas a ir, Sue. Eres mi nueva mascota.

—Que te jodan.

Se ríe y consigue pintarme una sonrisa en la cara. Luego se lanza sobre mí y me abraza mientras yo me quejo entre risas por el ímpetu y su forma de aplastarme.

Y la certeza nace en mí igual que ese sol que se hace grande a nuestra espalda e ilumina el cielo de colores rojizos. No quiero estar sola. Ya no.

29

Here With Me



Tyler

Llamo a la puerta con los nudillos. Tengo el corazón en la garganta. Es una tontería, lo sé. Pero no he vuelto a verla desde aquella noche y me estoy presentando en su casa un domingo para proponerle lo que le va a parecer una locura y la peor idea del mundo. Y sé que no se va a cortar en decírmelo.

A pesar de todo, disimulo los nervios, pongo una mano en el marco para que se tensen de la manera más adecuada los músculos del brazo, bajo la cabeza y la vuelvo a subir solo lo justo hasta encontrar el mejor ángulo para una mirada seductora y clavo los ojos en la mirilla, listo para cuando se asome por ella. Espero que esté en casa, montar todo el teatrillo es agotador.

Sonrío con aire canalla cuando la oigo al otro lado. Suelta un bufido molesto que traspasa la madera y consigue hacerme sonreír de verdad. Abre la puerta y le guiño un ojo cuando nos encontramos frente a frente.

—¿Qué tal, Susie?

Levanta un dedo en el aire para frenarme.

—No.

—No..., ¿qué?

—Lo que sea que quieras ahora. No —repite alto y claro—. Si Blair te ha dicho que vinieras a sacarme de casa, ve olvidándote de tu buena acción del día. No necesito caridad.

—Caridad —repito, con una sonrisa torcida.

—Sí, eso. Te he devuelto tu dinero, ¿no? Si faltaba algo, reclámaselo a Kowalski, le brillaban los ojos cuando le di el paquete.

—Eso es porque le gustas.

Resopla.

—Estoy bien. No necesito...

Hago un gesto con la mano para señalar el interior de la vivienda. Si es que a este espacio claustrofóbico se le puede llamar vivienda, claro.

—¿Puedo entrar?

—¿Qué parte de «no» no entiendes, Taylor?

Le dedico un puchero y, aunque intente esconderse, puedo ver cómo lucha contra la sonrisa. Esto está bien. Eso está mucho mejor que la mirada perdida de la chica destrozada que lo lloró todo entre mis brazos en el club la semana pasada.

—¿Puedo hacerte una proposición?

—Eso suena incluso peor que las declaraciones de amor de Blair.

Tuerzo el gesto.

—No es una declaración de amor. —Luego proceso del todo sus palabras y frunzo el ceño—. ¿Blair está intentando ligar contigo? Voy a ponerme celoso, suricata.

Chasquea la lengua.

—Venga, ¿qué quieres? Suéltalo y vete.

—Me voy, pero si vienes conmigo.

Alza una ceja y veo la curiosidad abriéndose paso entre el gris de su mirada.

—¿Adónde?

—Mañana es Cuatro de Julio.

—Enhorabuena por saber mirar el calendario.

Suelto una risita.

—Voy a Sacramento. Vuelvo el martes. ¿Quieres venir?

Se mordisquea el labio mientras me estudia con interés. Bien, por lo menos se lo está pensando.

—¿A Sacramento?

—¿Has estado alguna vez?

—No.

—Es la capital del estado, debería darte vergüenza, Susie. Yo te la puedo enseñar, si quieres.

Se cruza de brazos, desconfiada de nuevo.

—¿Por qué querrías que vaya contigo?

Pienso en el millón de razones que se me ocurren sin darle demasiadas vueltas, así, a bote pronto. Me pone muy nervioso ir y enfrentarme a mis amigos después de lo que pasó hace un año; mi madre tiene planes con el único Parker que no me cae bien de esa familia; Ashley va a estar en la casa vecina; un viaje largo por carretera será infinitamente mejor con ella en el asiento de al lado; no soporto pensar que está triste y que está sola... Creo que la echo de menos, también, a la Sue borde, a la mordaz, a la que me pone cachondo con una sola mirada y también a todo eso que fuimos juntos un fin de semana. Me apetece estar con ella. Es lo único que no paro de pensar desde que Blair me envió un mensaje ayer para decirme que Sue se quedaba sola, que me ocupara de cuidarla y que me esforzara por convencerla de que se quede a vivir con nosotros

para siempre (palabras textuales). Creo que no puedo decirle nada de eso. ¿O sí?

—Porque será divertido. —Enarca una ceja y yo hago una mueca —. Vale, tal vez «divertido» no sea la palabra que estaba buscando. Blair me dijo que se iba a pasar el puente fuera y que te quedabas sola. Y creo que a lo mejor no te apetece estar sola en la misma medida en que a mí me apetece que me acompañes.

Da un paso adelante y se apoya en el marco de la puerta, con lo que queda ridículamente cerca de mi cuerpo.

—¿Estará Cameron Parker?

Suelto un gruñido bajito y ella esboza una sonrisa fugaz.

—Estará Ashley en la ciudad, así que no.

Me observa tan atentamente que tengo que carraspear para sacudir las cosquillas que los nervios me producen bajo la piel.

—¿Y Mia?

—Mia también estará, con drama del que hablar incluido, lo que siempre lo hace interesante.

Chasquea la lengua otra vez.

—¿Sabes?, Cameron Parker era tu mejor baza para convencerme. Qué pena.

—Puedo contarte lo de Mia y Blair por el camino, seguro que ella te ha dado una versión censurada de la historia.

Sus ojos se encuentran con los míos y veo en ellos... Veo *vida*. Y eso es un soplo de aire directo a los pulmones y un latido perdido de entre todos los que debería haber contado en el espacio de tiempo en que nos sostenemos la mirada.

—Vale.

Me yergo y creo que hasta abro un poco la boca cuando cede, así, sin más. Con tanta naturalidad como me ha dicho antes que me largue de su puerta.

—¿Vale? ¿Vienes?

—No te emociones demasiado, rubito, es solo porque tengo curiosidad.

—¿Por mí? —pruebo, con mi mejor pose engreída.

—Por Ashley —corrige.

Es como si un puño me atravesara las entrañas de un solo golpe. A lo mejor es lo que aún me merecía por esa hostia que Cam dejó a deber.

—Si vas a intentar ligar con ella, te aviso: si no eres el nuevo receptor estrella de los New England Patriots no va a mirarte dos veces.

Sonríe de medio lado, una sonrisa compasiva que me escuece mucho más que cualquier pulla que pudiera soltarme.

—¿Hace mucho calor en Sacramento?

—Sí.

—¿Qué ropa debería llevarme?

—Cualquier cosa que deje ver ese tatuaje de tu pierna.

—Tengo que devolverte la sudadera, por cierto. Conseguiré una propia cuando me matricule en la uni.

Se mete en su cuarto y yo me tomo la puerta abierta del piso como una invitación para seguirla. Entro, cierro tras de mí y me acerco para asomarme a su habitación.

—Quédatela, yo no me la pongo apenas, de todas maneras.

Me mira por encima del hombro.

—Vale.

Me sorprende que no discuta más.

—¿Vas a matricularte? ¿En Fotografía?

Se encoge de hombros mientras mete algunas prendas de ropa en esa mochila que un día trajo a mi casa llena de dinero y drogas.

—Quiero acabar, solo me quedaba el último curso. Y supongo que me da igual dónde hacerlo, no tengo motivos para volver a Columbia, no pienso volver a Austin... Puedo cursarlo aquí, creo. Me he comprado una cámara.

—Genial. Eso es genial, Sue.

Se vuelve. Nos sostenemos la mirada durante dos segundos enteros y luego vuelve a su tarea de escoger lo que va a llevarse. Yo no puedo parar de imaginar las posibilidades porque, si se matricula para el próximo curso, eso significa que se queda en Los Ángeles durante al menos un año más y, aun así, me da por pensar que es un tiempo insuficiente. No creo que se pueda llegar a conocer a Sue Morrison en un solo año. Necesitaría una vida entera.

Doy un paso atrás y dejo de mirarla cuando soy consciente de lo que estoy pensando. ¿Qué me pasa?

Me aparto de su camino cuando sale para ir al baño. Permanezco en silencio mientras recoge. También cuando se cambia sin cerrar la puerta y sin ninguna vergüenza y me deja ver su figura en ropa interior. Se pone unos vaqueros cortos y oscuros y una camiseta gris de Nirvana. Casi todos los tatuajes a la vista. No sé cómo voy a poder mantener los ojos en la carretera durante seis horas teniéndola a ella al lado. A lo mejor no había pensado esto bien.

—¿Nos vamos?

Casi me sobresalto cuando se planta frente a mí con la mochila al hombro. Asiento. Le hago un gesto para que salga primero. Y luego la sigo, con la mirada clavada en sus piernas.

Le dejo mi móvil sobre el regazo cuando me siento tras el volante y ella se acomoda al lado.

—La copiloto se encarga de la música.

—¿Vas a dejarme conducir luego?

—Claro, son seis horas, ¿para qué crees que te he traído?

Hace una mueca y yo me trago la sonrisa. Me pone el móvil delante de la cara para desbloquearlo antes de que yo me coloque las gafas de sol y arranque.

La dejo navegar por todas mis listas de reproducción, cotilleando, hasta que ya hemos dejado atrás la ciudad.

—¿Aerosmith? ¿Bon Jovi? ¿De verdad, Tyler?

Me bajo las gafas lo justo para poder dedicarle un guiño de ojo y que no se lo pierda. Sonrío satisfecho cuando suelta una risita. Creo que necesita esto. Salir de la ciudad, desconectar por unos días, no hablar del tema que la atormenta..., solo un poco de normalidad durante el instante en que podamos parar el tiempo.

—Ya te dije que soy un romántico. Bon Jovi es mi placer culpable. ¿Cuál es el tuyo?

Se muerde el labio y yo tengo que esforzarme un montón para poder devolver la vista a la carretera y no estrellarme en esas curvas perfectas de su rostro.

—Katy Perry.

Se me escapa una carcajada incrédula.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—He dicho Katy Perry, ¿vale? —repite, aguantándose la risa—. ¿Qué pasa? Me gusta. Sonaba *I kissed a girl* en la fiesta en la que yo besé a una chica *y me gustó*. Creo que eso forja una conexión imposible de romper.

Me río.

—No te pega nada.

La veo sonreír cuando la observo de reojo.

—Lo sé.

—Es fascinante.

—¿El qué?

—Tu cabeza. Tu... *Tú.*

Se recuesta en el asiento, incómoda, y yo me muerdo la lengua demasiado tarde.

—No te declares, Ty —dice, burlona.

Chasqueo la lengua con desaprobación y recupera la sonrisa. Noto sus ojos recorriendo con atención mis facciones mientras me esfuerzo por mantener la mirada en la carretera.

—Será una decepción para mi madre enterarse de que no me dejas hacerlo. Está deseando conocerte.

Se pone rígida al instante.

—¿Sabe tu madre que voy contigo?

—Claro, se lo dije anoche. Menos mal que estás aquí, se pondría tristísima si aparezco sin ti. Nunca he llevado a una chica a casa, así que es todo un acontecimiento. Tranquila, Susie, se va mañana a San Francisco a pasar el festivo con su amante, no tendrá mucho tiempo para interrogarte. Y, por supuesto, le he dejado muy claro que solo somos amigos.

Tarda unos segundos en hablar, a media voz:

—¿Solo somos amigos?

No sé si es un reproche por presuponer una relación de amistad que para ella no existe ni existirá, o si realmente está cuestionando si somos algo más. Respiro para normalizar mis latidos, las taquicardias no vienen bien cuando estás al volante.

—Somos amigos, si tú quieres —propongo.

Se lo tiene que pensar durante tanto tiempo que empieza a molestarme su reticencia. Luego pierde la vista por la ventanilla y lanza un suspiro.

—Vale, lo pillo. Tienes vocación de ayudar al prójimo, ¿no? Devuelves lo que la vida te ha dado y esas cosas. Tú tuviste a Cam y ahora quieres ser eso para mí, ¿es así? Déjame decirte que no paras

de repetir que Cam no acabó bien, y tú puedes acabar aún peor si soy yo quien tiene que destrozar al supuesto salvador.

—Sue...

—¿Soy una niña perdida como las de tu centro de acogida para ti?

Resoplo.

—Por supuesto que no. Esto es diferente.

—¿Diferente?

—Me gustas.

La actitud defensiva que había aflorado con fuerza en ella se queda en nada. Se hace el silencio. Luego suelta un gruñido.

—No en plan romántico —dice, firme, como si preguntarlo fuera demasiado arriesgado y quisiera darme de antemano la respuesta correcta.

Sonrío de medio lado, tratando de mostrarme tan pagado de mí mismo como soy capaz.

—Ya sabes, como ser humano.

—Mmm..., ¿vale?

—No te emociones, nena.

—Cállate.

Cambia la lista de reproducción. Pone The Offspring y sube el volumen lo bastante para que me quede claro que no quiere hablar más.

Puedo sentir sus ojos espiándome durante todo el camino y, cuando paramos a repostar y a comer algo y cambiamos el sitio, soy yo quien no para de observarla con disimulo mientras conduce mi coche.

Y me gusta como ser humano, sí. Creo que me encanta como amiga circunstancial con la que lanzarme pullas que nos muevan y nos impulsen y nos saquen, aunque sea por un solo segundo, de los

rincones oscuros de nuestras mentes. Y también está el hecho, claro, de que *me fascina* como mujer.

Creo que se me está yendo de las manos. Y lo que me inquieta de verdad es que no quiero pararlo.

Echo un vistazo de reojo a la casa de al lado cuando aparco el coche en el caminito de entrada de la de mi madre. Todo está tranquilo, no hay señales de que haya nadie.

Sue se estira en cuanto se apea y coge su mochila al vuelo cuando se la lanzo tras recuperarla del asiento de atrás. Hemos vuelto a cambiar de sitio cuando ya casi estábamos llegando a Sacramento y hemos parado a que ella hiciera pis (otra vez) y comprara un detalle para mi madre. He insistido en que eso último no era necesario, pero me ha soltado un rollo sobre protocolos sociales que no parece que en realidad le importen en absoluto y he terminado por decir que hiciera lo que quisiera para no tener que seguir escuchando la disertación.

Estoy a punto de soltarle una advertencia burlona acerca de la doctora Sparks y las normas de la casa, cuando la puerta principal se abre. Miro a mi madre y se me forma la sonrisa sola en cuanto nuestras miradas conectan. Me olvido del equipaje y me acerco a ella. Me abre los brazos y me siento como si tuviera siete malditos años cuando me envuelve con su olor y se me remueven unos cuantos engranajes por dentro.

¿Le he dicho lo suficiente lo mucho que la quiero?

Me acaricia las mejillas cuando me separo y me observa bien, como si tuviera que asegurarse de que sigo de una sola pieza después de unos cuantos meses sin verme.

—¿Cómo estás? —pregunta—. ¿Qué tal el viaje?

Sonrío.

—Bien. —Doy un paso atrás y señalo a Sue con la cabeza—. He traído visita.

Mi madre la mira bien de arriba abajo. El escrutinio me pone un poco incómodo incluso a mí, pero Sue se acerca despacio, con la mochila al hombro y sin dejarse intimidar. Le tiende el paquete lleno de pastelitos que ha comprado en la tienda de una gasolinera.

—Gracias por dejarme venir, señora Sparks.

Ella me mira de reojo antes de volver a centrarse en mi acompañante.

—Sue, ¿verdad?

Habría sido divertidísimo decirle a mi madre que se llama Susie, pero no he querido tirar demasiado de esa cuerda por si me rebotaba y terminaba por llevarme un par de hostias, una de cada mujer con mal genio que tengo delante ahora mismo.

—Sí. Encantada. He traído algo. Es una tontería.

Mi madre sonríe con cierta ternura.

—Me encantan los dulces, alguien se ha chivado bien. —Me lanza una miradita cargada de cariño—. No hacía falta que trajeras nada, estoy encantada de tener visita. Pensaba que Tyler ya no vendría a casa nunca más. —Ignora mi mueca y sigue—: Y llámame Ellie, por favor. Vamos, pasad, no os quedéis ahí.

Me doy prisa en coger mi bolsa del maletero del coche para poder entrar. Mi madre me cede el honor de ser yo quien le enseñe la casa a Sue y luego le indico dónde está la habitación de invitados, que ya está preparada para ella. Aunque no se me ha pasado por alto su interés cuando le he mostrado la mía.

La dejo instalándose y bajo a buscar a mamá. Me sonríe en cuanto me ve y da unas palmaditas a su lado en el sofá para que me siente con ella.

—Es muy mona. —Es lo primero que dice en voz baja.

—Mamá, está llena de tatuajes...

—Tú también.

—... y podría asesinarte con la mirada en un milisegundo si no tienes cuidado. No sé si «mona» es la palabra.

Suelta una risita.

—¿Te gusta?

—Somos amigos.

—No es eso lo que te he preguntado.

Escondo la mirada.

—Creo que sí —murmuro entre dientes.

—Bien.

—¿Bien? ¿Y qué pasa contigo y tu escapada a San Francisco?

Levanta las manos como si eso la hiciera inocente.

—Es la última vez, Tyler, te lo aseguro. Ya me estoy aburriendo. El martes le diré que es mejor que dejemos de vernos. Puedes decirle a Cam que no refunfuñe más.

Me río.

—¿Refunfuña?

—Cada vez que habla con su padre por teléfono y él le dice que está conmigo.

—Es un cascarrabias.

—Me alegro de que hayáis arreglado lo que sea que pasaba entre vosotros.

No pide detalles. Y es mucho mejor así. Hay cosas que seguro que sospecha, pero que prefiero no tener que confirmarle.

—¡Oh! —exclama, como si acabara de darse cuenta de algo importantísimo—, anoche me acordé de una cosa después de que me dijeras que Sue es fotógrafa. Hay una vieja cámara de fotos de tu padre en algún lugar del sótano, no sé si los carretes estarán

caducados... ¿Esas cosas caducan? Es buena, profesional. Él ni siquiera sabía usarla y yo no la quiero para nada aparte de para que acumule polvo ahí abajo. ¿Crees que ella la querrá?

Por supuesto, Sue insiste mucho en que no puede quedarse la cámara, pero le brillan los ojos cuando los tres bajamos al sótano y mi madre se la enseña. Al final, no le queda más remedio que prometer que va a darle uso, porque mi madre actúa como si eso fuera hacerle un favor enorme a ella y al recuerdo de su difunto marido. Veo sus malas artes muy claras y no puedo evitar preguntarme cuántas veces habrá hecho esto conmigo.

Lo siguiente que hago es enseñarle a la invitada la moto que tengo en el garaje. Mi madre nos grita desde dentro que tenemos que estar aquí a la hora de la cena, y yo sonrío, con picardía, y señalo los dos cascos que hay sobre la estantería.

—¿Damos una vuelta?

No puedo dormir.

No he visto a Ash y, cuando ese fugaz pensamiento cruza por mi mente, me doy cuenta, de golpe, de que tampoco he pensado apenas en ella en todo el tiempo que Sue y yo llevamos en la ciudad.

Hemos ido en moto. Le he enseñado el barrio y mi antiguo instituto. Nos hemos acercado al centro comercial a comprar un par de carretes de fotos, de esos que ya deben de considerarse *vintage*, para la vieja cámara que ahora es suya. La primera vez que ha disparado con ella me estaba enfocando a mí, subido en la moto y con el casco en la mano mientras esperaba a que se decidiera a volver a casa.

No he echado de menos el protagonismo en la cena con mi madre, aunque ella se la haya pasado centrando la atención en Sue. Por supuesto, nuestra invitada no ha dado muchos detalles personales. Me ha sorprendido que no pareciera tan incómoda como me temía.

Y luego hemos dado las buenas noches y llevo desde entonces dando vueltas en la cama.

Me vuelvo para mirar la puerta cuando oigo cómo se abre despacio, como si quien la empuja temiera que el sonido despierte a todos los vecinos. Capto su silueta en el marco. Me incorporo solo un poco, para que sepa que estoy despierto. Está claro que tampoco puede dormir. No digo nada. Levanto la fina sábana cuando ya ha cerrado detrás de ella y se acerca. Se tiende a mi lado en el colchón.

El corazón me va a reventar y sé que puede notarlo sin problema cuando se abraza a mi torso y apoya la mejilla en mi pecho.

—Gracias por no dejarme sola.

Le acaricio el pelo en apenas un roce delicado.

Qué bien huele.

—No tienes que darlas —consigo murmurar a través del absurdo nudo que se me ha atascado en la garganta.

Levanta una mano, para que yo pueda ver lo que lleva bien sujeto en el puño. Es el reloj de mi padre. Se separa de mí tan solo lo necesario para poder tirar de la ruedecilla y pararlo.

Algo me cosquillea en el estómago.

Y sí que parece que hemos parado el tiempo.

—Me acuerdo de ese fin de semana, Ty.

Su susurro me provoca una arritmia casi dolorosa. Entiendo lo que está haciendo. Lo que pase mientras el instante esté congelado no importa. No cuenta. Así que me dejo ser libre para decirlo:

—Yo también me acuerdo. —Muevo la cabeza hasta rozar su nariz con la mía y hablo cerca de su boca—: Me acuerdo de todo.

Las yemas de sus dedos se pasean como hormiguitas por mi brazo y siento cómo se me pone la piel de gallina en cada punto en que me roza. Cuelo la mano bajo el borde de la camiseta de pijama que viste y acaricio la piel de su cintura. Noto cómo se estremece bajo mi contacto.

—¿Piensas en ello? —murmura, y sus caderas se adelantan para pegarse a las mías.

Me matan las ganas.

—Pienso en ti.

Mucho.

Demasiado.

Todo el puto tiempo.

Sus labios rozan los míos al responder:

—Yo también pienso en ti.

La beso, cauto, contenido, pidiendo permiso en el primer roce. Sus dedos se enredan entre los mechones de mi pelo y tira de mí para intensificar el contacto. Mis manos descienden hasta amoldarse a la curva de la parte más baja de su espalda. Puedo sentir su corazón, acelerado y errático como el mío.

La única neurona que aún me funciona me recuerda el momento en el que está la chica que tengo entre los brazos y me obligo a apartarme con cuidado.

—Sue...

—¿Qué pasa?

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Cuela las manos bajo mi camiseta para acariciarme los abdominales de forma ascendente, luego baja de nuevo, rozándome con las uñas, y cada músculo de mi cuerpo se tensa y se endurece.

—Muy segura —murmura en mi oído.

Me besa de nuevo y me arrastra con ella hacia ese punto de no retorno en el que ya no nos permitimos pensar más.

Solo sentir.

Esta vez ninguno de los dos lucha por el control. Las caricias son suaves y tiernas. Los besos largos e intensos. Y, cuando encajamos y nos completamos, nos miramos a los ojos en la penumbra del cuarto y gemimos muy bajito, contenidos, a la misma vez.

Es el sexo más vainilla que he tenido en mi vida.

Y quizá por eso me desordena y me desestabiliza y me deja flotando a la deriva.

La aferro a mi cuerpo cuando me desplomo a su lado. Su cabeza encaja en el hueco de mi hombro de una forma tan perfecta y natural que no hay duda de que el tiempo está parado, congelado, dándonos un espacio fuera de la realidad.

—Ty.

—¿Mmm?

—¿Te acuerdas de eso de que tú no abrazas después del sexo? —pregunta, y solo puedo responder con un sonido afirmativo a un volumen bajísimo—. Pues olvídalo. A mí sí.

No respondo.

Solo acomodo los brazos en torno a su cuerpo y la acerco un poco más a mí.

No importa, porque el tiempo sigue parado y, mientras lo esté, no tenemos que pensar en lo que significa nada de esto.

30

Jealousy



Sue

Me siento a desayunar con la madre de Tyler mientras él aún sigue durmiendo. Al menos, creo que lo está. No lo sé muy bien porque yo me he escabullido de su cama cuando me he despertado de madrugada, he vuelto a poner el tiempo en marcha y he pasado el resto de la noche en la habitación de invitados, mirando el techo y sin poder volver a conciliar el sueño.

La señora Sparks... *Ellie* se queja de que a su hijo siempre le cuesta levantarse por las mañanas y de que se pasa el día durmiendo. No digo que, en realidad, hace tiempo que tiene insomnio, igual que yo. Supongo que él no quiere preocupar a su madre con eso.

Ya estamos terminando de tomar el café cuando él aparece por la cocina. Esquivo su mirada y me ofrezco a fregar las tazas. Puedo notar sus ojos fijos en mí durante mucho, muchísimo rato. No me permito echarle un vistazo ni de reojo, porque me temo que se me

van a colorear las mejillas como a una cría de instituto en cuanto nuestros ojos se encuentren.

Anoche...

Lo de anoche no puede ser, ¿verdad? Es solo un espejismo. Una realidad paralela a la que viajar cuando el tiempo se congela, ¿no es así? Como aquel fin de semana que debería haber olvidado. No puedo admitir que a lo mejor es *de verdad*. No lo es. No puede serlo. Porque yo no puedo estar sintiendo mariposas que no lleven el nombre de Sam, eso se lo prometí una vez. Y tampoco puedo estar *sintiendo* cuando hace solo dos semanas que he perdido a la persona más importante de mi vida. Esto no está bien. No debería estar colándome en la cama de Tyler en medio de la noche, debería estar llorando por Clay. No es el momento para nada de esto. No quiero que nunca lo sea.

Solo que *esto* ya había empezado a germinar antes de que Clay... Mierda. Claro que no.

Un espejismo.

Solo eso.

Desaparecerá en cuanto volvamos a Los Ángeles, la fiscalía resuelva el caso del asesinato de mi hermano y me devuelvan su cuerpo..., *sus cenizas*, para que pueda llevarlo a un sitio donde por fin pueda ser libre, donde pueda descansar. Cuando acabe la pesadilla y yo tenga que enfrentarme a un nuevo día, ponga en orden los restos destrozados de mi vida anterior y empiece a construirme una nueva.

Y, además, no puedo estar pensando en si siento algo por Tyler Sparks cuando su madre acaba de abrir la puerta principal y oigo la voz de la chica de la que él está enamorado dando los buenos días desde el jardín de al lado.

Me vuelvo a mirarlo y sus ojos siguen fijos en mí y solo en mí. Alza una ceja desde detrás de su taza.

—Bueno —dice cuando el silencio se tensa entre los dos—, ¿no querías conocer a Ashley?

Se me revuelve el café que acabo de tomar en el estómago cuando oigo el modo en que dice su nombre. Aprieto los dientes y asiento.

—Sí, me muero de curiosidad.

Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga y camina hacia la salida. Nos cruzamos con Ellie, que vuelve a entrar para prepararse para el viaje. Me quedo parada en el marco de la puerta cuando él se pasea por el jardín con una falsa actitud segura que roza lo chulesco. Así que esta es la capa con la que Tyler Sparks se cubre cuando se enfrenta al mundo, para protegerse, para esconderse. Me pregunto cuántas veces se la habrá quitado con ella.

La miro cuando capto su movimiento atravesando la valla para acercarse hasta él, saltarle encima y envolverlo en un abrazo, sin necesidad de palabras. Parece que sobran entre ellos, y a mí no debería importarme tanto. Y Tyler también la abraza con un brazo, la levanta en el aire, y estira el otro para poner a salvo su café mientras se ríe con suavidad.

—Eh, muñeca, ¿te morías de ganas de verme o qué?

Aparto la vista cuando la baja al suelo, ella le golpea el hombro y le llama «engreído» y bromean en voz baja. Entonces veo a la otra chica que Ashley ha dejado atrás al salir de su jardín. Es rubia, aunque no es Mia, por desgracia, sino *otra* rubia. Tiene al lado el carrito de un bebé y me está observando con curiosidad.

—Hola, Sue.

Me vuelvo hacia Ashley y doy un paso adelante cuando se acerca para tenderme la mano con una sonrisa cálida. Me siento como un

bicho raro al pensar en el modo en que mi estilo punk debe de estar contrastando con su naturalidad, con los vaqueros cortos y la camiseta colorida, con su aspecto de chica buena y su sonrisa sincera. No puedo devolverle nada más que una curvatura de labios bastante tensa.

—Soy Ashley. He oído hablar de ti.

No se me pasa por alto el tono pícaro, ni el carraspeo de Tyler a su espalda que aún la hace sonreír un poco más. Me recompongo y le estrecho la mano, con mi fachada de chica dura bien colocada.

—Ya. Yo también he oído hablar de ti.

Su sonrisa titubea un poquito. Ya. Claro. Todo eso del triángulo amoroso y romper corazones. No parece orgullosa.

—Fíjate, Dylan, ¡pero si es tu tío Tyler! Ese tío al que debería darle vergüenza no haber venido a conocerte en persona en estos meses.

La voz de la *otra* rubia corta el momento tenso del saludo con la *exloquesea* de Tyler y nos hace volvernos a las dos para prestarle atención. El bebé es una monada, y mueve los bracitos y emite una especie de balbuceo. Ella se lo planta al rubito en los brazos sin andarse con rodeos y Tyler lo acuna y le sonríe mucho y le habla con esa voz tierna de hablar con bebés que nadie sabe bien de dónde nos sale cuando estamos delante de uno.

—Estás enorme, ¿ya sabes jugar al fútbol?

—Eh, nada de fútbol —advierte la madre de la criatura.

Él le dedica una sonrisa inocente.

—Me alegro de verte, Em.

—Alégrate menos y ayúdame más. Tenemos que convencer a Ashley de que venga a cenar esta noche.

Ashley pone los ojos en blanco. Tyler se encoge de hombros. La *otra* rubia me saluda con la mano.

—Hola, yo soy Emily y espero que también hayas oído hablar mucho de mí. ¿Te gustan los niños? ¿Puedes soportar el llanto de un bebé durante unos quince minutos? Porque tengo que hablar muy seriamente con esa que se hace llamar mi mejor amiga y no quiero que mi hijo escuche todos los improperios que van a salir por la boca de su madre, ¿me lo vigiláis un ratito?

—Eh..., claro —digo.

—Traidora —me bufa Ashley en voz baja, con un deje divertido.

Se me escapa una sonrisa.

—Ashley Bennet —la llama Emily con los brazos en jarras.

—Emily Davis, olvídame, ¿quieres? —replica ella en el mismo tono —. Tengo planes, y ya te lo he dicho mil veces.

—¡¿Planes?! ¡Planes! ¿Sin tus mejores amigas en el mundo? ¿Con esa pelirroja y el empollón de tu departamento? Tu ahijado te ve tan poco que cada vez que apareces eres una persona nueva para él. ¡Mia está atravesando una crisis sin precedentes!

—*Yo* estoy atravesando una crisis sin precedentes —responde la otra, burlona—. Y es esta estúpida discusión.

—No digas «estúpida» delante de mi hijo, como sea su primera palabra no te lo perdonaré jamás.

—¿En serio? Ni siquiera es una palabrota.

—Es una palabra fea. —Le tapa los oídos al bebé, que sigue entre los brazos de Tyler, quien observa a una y otra, divertido—. ¿Podemos hablar en privado, Ashley, por favor? Tengo que irme a casa de mis suegros en un rato. —Luego se vuelve hacia mí—. Tú sí que vienes a la cena esta noche, ¿verdad, Sue?

Cruzo la mirada con Tyler. No parece muy convencido, pero termina diciendo que sí por los dos.

Y luego Emily arrastra a Ashley con ella para ponerse a discutir en voz baja en un rincón del jardín de al lado y Tyler se acerca a mí con

el niño entre los brazos, haciendo equilibrios con la taza de café que aún tiene en una mano.

—¿Se te dan bien estas cosas? Porque es probable que se ponga a berrear de un momento a otro y yo no voy a saber qué hacer con él.

Sonrío. Le hago un par de carantoñas al bebé hasta que logro que esboce una sonrisa de lo más tierna.

—Sí que se te da bien —murmura Tyler con la mirada clavada en mi boca.

Doy un paso atrás y trato de sofocar el estúpido cosquilleo que me recorre la piel.

—Voy a por la cámara. La luz está perfecta ahora.

Me escabullo dentro de la casa. Me cruzo con Ellie cuando ella ya se dirige al garaje. Dice que no sabe si llegará mañana antes de que nos hayamos ido, pero que espera que vuelva pronto por aquí.

Para cuando salgo, con la cámara preparada, la discusión del jardín de al lado parece haber terminado y Tyler está sentado en el suelo jugueteando con el niño mientras ellas se acercan de nuevo hacia aquí. No les presto mucha atención, porque solo lo miro a él. Exagerando expresiones para entretener al hijo de su amiga, con una sonrisa radiante todo el tiempo y el hoyuelo presente. Miro por el visor, ajusto la imagen y la capturo. Ashley dice algo, Tyler levanta la cabeza, Emily se ríe con unas carcajadas de lo más estridentes. Yo hago otra foto más. Luego abro el encuadre, y vuelvo a disparar.

Me acerco a ellos cuando la rubia ya está levantando a su hijo en brazos de nuevo y anuncia que tiene que irse.

—Yo también me voy —dice Ashley—. Syd y Jayce han ido a hacer turismo y debería ir a buscarlos ya, antes de que destrocen Old Sac.

Emily resopla.

—Eres la peor amiga del mundo.

—Lo sé —suelta la otra, despreocupada. Centra su atención en Tyler—. ¿Estaréis por aquí esta tarde? ¿A qué hora os vais mañana?

Me despido del bebé y de Emily, que se muestra más tranquila conmigo que con su amiga. Y, cuando vuelvo a prestar atención a esos dos, Ashley ya está caminando de vuelta a su jardín.

—Encantada de conocerte, Sue. Nos vemos más tarde.

Asiento.

—Sí, claro. Lo mismo digo.

Tyler se ríe bajito cuando ella ya no puede oírnos y le dedico una mirada curiosa. ¿Qué le hace tanta gracia ahora?

—No la soportas.

—¿Qué dices?

—¿Es que estás celosa, Susie?

—Piérdete.

Me dedica una sonrisa torcida y señala alrededor.

—Mi madre se ha largado. Estamos solos. Tenemos toda la ciudad para nosotros. ¿Qué quieres hacer hoy?

Estoy un poco nerviosa cuando avanzo junto a Tyler para adentrarnos en el jardín de la casa de sus amigos. Creo que llegamos los últimos. Se oye el llanto de un bebé en el interior. Hay un montón de gente y reconozco a ese jugador de los Dolphins entre ellos. Es el primero que se acerca para abrazar al chico que me acompaña.

Luego veo a la rubia. A la de Blair. Sonrío para mí misma y me preparo para ser agradable y charlar, espero saber mucho de ella al final de la noche para poder contárselo a mi amiga. Yo nunca he intimado demasiado con la gente, pero se me da como a nadie

socializar en las fiestas, así que sonrío cada vez que Tyler me presenta a alguien y todos esos ojos me estudian con curiosidad.

Jeff, Grace, Scott... Retengo algunos de los nombres solo unos segundos antes de volver a olvidarlos, pero no importa, ya me los volverá a chivar Tyler al oído si los necesito.

Estoy hablando con Mia sobre tatuajes (que al parecer ella no tiene) mientras admira los míos y Emily revolotea a nuestro alrededor, cuando Tyler se acerca para tenderme la limonada que he escogido cuando me han ofrecido algo de beber. Se la pago con una sonrisa que me devuelve en casi un acto reflejo, y se inclina para hablarme al oído:

—Luego puedes pasarte al alcohol, si quieres, yo llevaré la moto a la vuelta, tengo una regla de las dos cervezas, ¿te lo había dicho? No paso de ahí, ya sabes, tengo tendencia a que se me vaya de las manos.

—¿El alcohol?

—Todos los vicios —corrige, y sus ojos recorren mi cuerpo con descaro.

—No voy a beber.

Voy a añadir que no me importa conducir la moto si hace falta. De hecho, estoy deseando hacerlo. Pero la chica del fondo de pantalla de Tyler aparece desde el interior de la casa con el hijo de Emily y ese chico —del que tengo el nombre en la punta de la lengua, pero no logro recordar del todo— y corta cualquier cosa que fuera a decir.

—Pañal limpio y seco. Dylan feliz —dice al pasarlo a brazos de su madre.

—Gracias, Vanessa, por eso eres mi favorita —bromea ella.

—Estoy indignada —protesta Mia.

—Tú no le has cambiado los pañales a mi hijo.

No presto atención a su discusión porque Vanessa está abrazando a Tyler un montón y lanzándome miraditas curiosas a mí, todo al mismo tiempo.

—Pensaba que no iba a volver a verte jamás. ¿Ya solo vienes a casa dos veces al año? Ni siquiera viniste a mi cumpleaños —regaña a su amigo.

—No me invitaste. —Tyler exagera su tono lastimero.

—Claro que te invité. Además, sabes que a ti no te hace falta invitación.

Él tuerce el gesto.

—Depende.

Vanessa se vuelve y clava los ojos en mí.

—¿Me presentas? —le pide.

No me dejo amedrentar por esa actitud de abeja reina con la que parece moverse por la vida. Me mantengo firme y le sostengo la mirada sin dudar mientras Tyler hace las presentaciones. Ella me evalúa con cuidado, como si necesitara catalogarme dentro de un esquema mental rígido.

Y entonces el anfitrión, ese chico... *Scott*. Eso es. Scott da una palmada y pide a todo el mundo que se siente a cenar y las conversaciones y las risas fluyen y se cruzan y se entrelazan.

Tengo que admitir que me hacen sentirme a gusto. Es obvio que no pillo muchas de las bromas internas, aunque de vez en cuando Tyler se inclina para explicarme alguna al oído, pero Ryan y Mia, sentados frente a mí, se esfuerzan por incluirme en la conversación y hacerme sentir parte del grupo. Y, sí, yo estoy a gusto... Tyler, no del todo. Lo noto tenso a mi lado todo el tiempo. Como si tuviera una piedra en la zapatilla de la que no se puede desprender. Como si no encajara con sus propios amigos. Es entonces cuando empiezo a

prestar atención a los comentarios inocentes que esconden mucho detrás.

Como cuando alguien pregunta por Ashley, y Vanessa dice que seguro que evita el Cuatro de Julio porque ya fue suficiente con «lo del año pasado». Como cuando alguien menciona a Cam, y Emily dice que «hay gente con la que ya no se quiere juntar ahora que es famoso». Como cuando surgen algunas anécdotas del instituto al que acudieron, y Ryan dice que ya saben todos «cómo era *y es* Tyler».

Cada comentario sin mala intención y cada pulla tirada en broma hacen que aumente la tensión en sus hombros... y también en los míos. Me muerdo la lengua la segunda vez que alguien dice que este año quieren una celebración tranquila y que es mejor que, si tiene alguna noticia bomba, Tyler la suelte ya. ¿Es que no lo ven? ¿Es que de verdad no se dan cuenta de que eso le afecta, aunque dibuje una sonrisa o fuerce una carcajada? ¿Es que no lo conocen?

¿Y por qué él no lo dice? ¿Por qué no les explica que aún está destrozado por todo eso «del año pasado»? ¿Por qué se calla y se hace el duro e intenta demostrar que sí que es el cretino que ellos dicen en broma que es?

Quiero sacarlo de aquí.

Me estiro hacia él y le hablo al oído.

—Vámonos.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

Y justo entonces, cuando ya estamos con el postre, Emily se pone de pie y da unos golpecitos con una cucharilla a su copa. Le da una patadita a su novio para que se ponga de pie a su lado y carraspea.

—Tenemos algo que anunciar.

—¡¿Otro crío?! —exclama esa chica castaña de la que ahora mismo no recuerdo el nombre.

—¿Sabéis que hay una cosa que se llama cuarentena postparto y que...? —Vanessa calla a su novio, el de la pinta de friki, con un codazo suave que lo hace reír y acercarla un poco más a él con la mano en su cadera.

—Que no es eso, idiota —gruñe Scott.

—¡Nos casamos el año que viene! —anuncia Emily, entusiasmada. Y luego pone la mano a la vista de todos para enseñar el anillo—. Mirad qué pedrusco me ha regalado Scott.

Mia suelta una carcajada.

—Porque dijiste que si no te compraba un pedrusco no te casabas con él.

—¡Qué menos! ¡Soy la madre de su hijo!

—Espera —dice la castaña tras abrazarla como forma de dar la enhorabuena—, ¿ya se lo has dicho a Ashley?

Scott se ríe y contesta por su prometida:

—Si casi la llamó para consultárselo antes de decir que sí.

Emily pone los ojos en blanco.

—Claro que no. Si lo hubiera hecho, no tendría el anillo puesto en el dedo. Ahora va por ahí de alérgica al matrimonio.

La gente se ríe. Ryan pregunta si se lo han dicho a Cam. La respuesta es que sí, que también lo sabe ya. Se alzan algunas protestas sobre ser los últimos en enterarse.

—¡Estáis todos invitados! —exclama Emily, con una sonrisa radiante.

—Cam no viene ni de broma —dice Mia entre dientes.

—Claro que sí —lo defiende Scott.

—Claro que no —apoya Ryan a la rubia en una risotada—. Venga, hagamos una porra, ¿irá o no irá?

—Yo apuesto a que sí —empieza Vanessa. Luego tuerce el gesto y añade—: Siempre que no vaya Ashley.

—¡Venga ya! —se lamenta Emily—. Vendrán los dos y se comportarán como adultos y ya está.

Vanessa se mordisquea el labio y ladea la cabeza, como si estuviera imaginando ese hipotético encuentro.

—No. Ya te digo yo que no —decide al final—. ¿Y tú, Tyler? ¿Vas a ir o no vas a ir?

Él alza una ceja y se remueve un poco en el asiento. Yo me pongo alerta y vigilo a esa chica que también me mira de reojo desde el otro lado de la mesa al notar mi cambio de actitud. Creo que ya es suficiente. Si va a seguir machacándolo, pienso saltarle a la yugular y me va a dar lo mismo a quién le salpique la sangre.

—Sí, claro —responde a media voz—. ¿O es que estoy castigado sin ir, muñeca?

Vanessa se encoge de hombros con un gesto despreocupado.

—No, claro, si tú prendiste la mecha y te largaste silbando, la cosa no va contigo.

Tyler se encoge en el asiento y esboza una sonrisa torcida.

—No te importaba tanto cuando la mecha eras tú.

El silencio sepulcral que sigue a eso me hace sentir bastante incómoda, pero no hace falta que nadie me lo explique para entender de qué va esto exactamente.

—¿En serio? —responde Vanessa, irónica—. Sabes que no es lo mismo. No entiendo cómo puedes estar aquí tan tranquilo, si ni siquiera has hablado con Cam.

—Tú no sabes lo que he hablado con Cam —rebate él.

—Sí, sí que lo sé, porque yo *sí que hablo* con él. De verdad, y no ignorando las capas de mierda que tenéis los dos por encima.

Lo siento en el pecho como si fuera el suyo, cada golpe, cada arañazo, cada dardo envenenado de los que se han ido acumulando en esta cena. Y Tyler no dice nada, así que me inclino sobre la mesa y respondo yo:

—Me parece que lo que sea que Tyler y Cam tengan que hablar es asunto de Tyler y de Cam, ¿no? No de todos los presentes. Así que, en todo caso, lo hablará con Cam y no contigo.

—Vale, mejor dejamos el tema —sugiere Ryan.

Vanessa me fulmina con la mirada, altiva y condescendiente.

—Perdona, ¿tú quién eres?

Levanto la barbilla.

—No, ¿quién coño eres *tú*?

—Vale —interviene Tyler, y me pone una mano en el brazo.

Lo sacudo para librarme de su agarre.

—No te metas en esto, si no sabes nada —advierte Vanessa.

—¿Cuánto sabes tú? ¿La versión de Cam? ¿Te has molestado siquiera en escuchar alguna más?

—Sue... —me llama Tyler.

—No —advierto, y le lanzo una mirada que lo silencia al instante —. Llevo toda la cena callada, y me está reventando que tú también te calles. Ya vale.

Vanessa se recuesta en su silla y me hace un gesto algo burlón con la mano.

—Habla, por favor, estamos deseando conocer tu opinión.

—Mi opinión es que deberías cerrar la boca de una vez.

Sus ojos echan chispas cuando da un golpe sobre la mesa y se pone de pie.

—¿Vas a venir tú a decirme lo que puedo o no puedo hablar con *mis* amigos? ¿Vas a aparecer y a hablar por él solo porque hayáis

follado un par de veces? Porque déjame decirte que no serías la única que puede hacerlo, ni mucho menos.

Me dan tantas ganas de borrarle esa sonrisa burlona de un bofetón que me hormiguean con furia las yemas de los dedos. Me pongo de pie yo también, porque esa tía no va a ser más chula que yo. Eso ni de broma.

—Si fuera tan amigo tuyo le preguntarías si está bien, no le tirarías mierda encima cada vez que tienes ocasión.

—¿Eres su perrita guardiana ahora? Sabe hablar solito, ¿sabes?

—Él no va a decirte que eres una entrometida y un asco de amiga, pero yo sí.

Tyler se pone de pie y me coge de la mano para darme un tirón.

—Ya vale, Sue.

¿Ya vale, Sue? ¿Encima voy a ser yo la que se coma la bronca? A la mierda. Suelto un gruñido y me giro para mirarlo a los ojos.

—Vámonos —insisto.

Lo veo dudar. Echa un vistazo a sus amigos, que permanecen expectantes, y luego a Vanessa. Finalmente, sus ojos vuelven a los míos. Asiente.

—Vámonos.

—¡Tyler! —exclama Vanessa, en un tono mucho más dulce y conciliador del que se ha dignado a utilizar conmigo—. Vamos...

Le aprieto la mano. Recupero los cascos de la moto cuando pasamos por la mesita pequeña de jardín que hay detrás.

—Que disfrutéis los fuegos —les deseo, sin rastro de cordialidad en la voz—. Panda de gilipollas —añado luego entre dientes.

Le doy su casco a Tyler cuando llegamos a la calle y nos plantamos ante la moto aparcada.

—Oye, Sue...

Lo callo con una mirada firme.

—Llévame a ver los fuegos artificiales a un sitio donde no haya nadie. Solo tú y yo.

Suspira. Luego sonríe muy levemente.

—Vamos, suricata.

Me monto en la moto detrás de él y me aferro firme a su cintura antes de que salga haciendo mucho ruido.

Dejo el casco colgado en el manillar de la moto, me paso la mano por el pelo para ahuecarlo y me acerco al borde del mirador. Hay mucho silencio alrededor. Solo lo rompe el estridular de algunos pequeños insectos, cerca, entre las hierbas.

Siento la presencia de Tyler aproximándose prudente por mi espalda y me vuelvo a mirarlo.

—Se ve todo desde aquí.

Asiente.

—Los fuegos los lanzan por allí.

—¿Y por qué no hay nadie más?

Sonríe.

—Este es el sitio donde los adolescentes vienen a enrollarse. En la noche del Cuatro de Julio hay mil fiestas y como un millón de sitios mejores para hacerlo, así que no suele venir nadie.

—¿Habías venido antes?

—¿A enrollarme con alguien? Claro.

Suelto un bufido y su sonrisa se ensancha hacia un lado.

—A estar solo —puntualizo.

Asiente.

—Sí. A eso también.

—Tyler...

Doy un paso hacia él, pero entonces el móvil empieza a vibrarle en el bolsillo y me muerdo el labio y pierdo todo el valor. Me doy la vuelta para mirar de nuevo las luces de la ciudad.

—Es Ryan —dice en apenas un murmullo—. Da igual, ya hablaré con él mañana.

Avanzo un poco más y me siento sobre el pequeño muro que rodea la caída. No tarda demasiado en hacer lo mismo a mi lado. Deja un espacio entre los dos que no pasa de unos centímetros, pero que ahora mismo me parece un maldito océano.

—Vanessa me ha mandado un mensaje —añade, antes de pulsar un botón y apagar la luz de la pantalla—. Dice que lo siente.

Me trago el gruñido que me trepa por la garganta.

—¿De qué sirve que te diga que lo siente después de machacarte así?

—No, no me ha dicho *a mí* que lo siente. Me pide que te diga *a ti* que lo siente.

Vuelvo la cabeza para mirarlo de forma brusca, y el cuello me protesta un poco con un tirón.

—Dile que se vaya a la mierda.

Tyler deja escapar una risita y se mueve para acercarse a mí. Solo unos escasos centímetros más.

—No tenías que defenderme, ¿sabes? Aunque supongo que te agradezco que hayas sacado la cara por mí.

—Estaban siendo unos gilipollas.

—Me has puesto un poco cachondo.

—Cierra la boca, cretino.

Vuelve a reírse, más abiertamente esta vez, y a mí se me forma una pequeña sonrisa en los labios contra la que es inútil luchar.

Luego lo observo. Me bebo con los ojos cada uno de los detalles de ese perfil iluminado por la luz de la luna. Intenta parecer

despreocupado, pero sé que por dentro está erosionado, que las palabras y las insinuaciones arañan y dejan marca, aunque se cubra con un escudo.

—Creo que es en gran parte culpa tuya, ¿sabes? —me atrevo a decir a media voz.

Gira la cara para mirarme y sus ojos escrutan los míos por un periodo de tiempo que se me hace eterno.

—¿El qué?

A lo mejor soy más entrometida que esa estúpida de Vanessa por decirle esto, pero no me puedo callar:

—Que tus amigos crean que eres un cabrón y que no te afectan las cosas que dicen. Creo que, si les dejaras verte de verdad, no bromearían con ciertos temas porque entenderían que pueden hacerte daño. Me parece que no lo saben, porque tú no se lo has dicho.

Se encoge de hombros, no parece que esté molesto por mis palabras, y tampoco parece ir a decirme que me meta en mis asuntos.

—No lo sé —murmura al final—. Ya ves que todos adoran a Cam, y es normal. Tienen mucha razón al pensar que merece la pena más que yo. Mis razones, por mucho que las tenga, no bastan para todo lo que he hecho. Para todo lo que *soy*.

—Eso no es...

—Hay cosas que son solo mías. De Ash. No voy a mostrárselas a nadie más.

Eso me escuece. Me muerdo la mejilla para soportar el impacto. Vuelvo a clavar la vista al frente.

—Contigo es diferente —vuelve a hablar en un susurro.

Está claro que no soy tan disimulada como pensaba, que ha visto que me ha dolido lo que acaba de decir sin darse cuenta. Sacudo la

cabeza.

—No. No vayas por ahí —advierto.

—¿Qué?

Tengo que cambiar de tema, alejarme de esto.

—Siento mucho lo que pasó la noche que me presenté en tu club. No lo recuerdo todo exactamente, pero no estoy orgullosa de las cosas que hace mi yo borracha, así que...

—No quiero que lo sientas.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse y me arden las mejillas. No sé si es de vergüenza, de impotencia o de... No lo sé.

—Tenías razón en una cosa —sigue. Mueve la mano y me roza la pierna con las yemas de los dedos, recorriendo muy despacio los trazos del tatuaje—. Sí que eres este dragón, Sue. Es fuerte, es valiente y decidido, es un superviviente, y podría haber reducido a cenizas a Vanessa o a cualquiera que se ponga por delante.

—También a ti —advierto, con la voz levemente temblorosa.

—¿Sabes lo que pasa también con este dragón?

Trago saliva y me pierdo en sus ojos.

—¿Qué?

—Que no puedo dejar de mirarlo.

Se me desboca el corazón, que me palpita furioso en plena garganta. Siento que no hay suficiente aire para respirar. Que voy a ahogarme y que ni siquiera importa. Está cerca, con los labios a mi alcance como una manzana roja, tentadora y símbolo de todos los pecados. Cierro los ojos cuando su aliento se mezcla con el mío.

Y entonces un estruendo nos sobresalta a los dos y llevamos la mirada al frente a la vez para contemplar los colores que explotan en el cielo. No me atrevo a volver a cruzar los ojos con los suyos. No sé por qué. Me da miedo que esto entre los dos estalle y luego sea... A lo mejor lo que me da miedo es que *no sea*. Quiero avanzar hacia

él con tantas ganas que me aterroriza quedarme vacía después, como cuando consigues algo que llevas mucho tiempo esperando y luego ya no sabes qué más queda por esperar. O cuando lo pierdes, claro.

—Me han dado el trabajo, ¿sabes? El viernes firmé el contrato. Indefinido.

Lo dice entre explosión y explosión de las que resuenan en el cielo y tienen un eco parecido en mi pecho. Me vuelvo de golpe hacia él.

—¡Eh! ¡Enhorabuena!

Esboza solo media sonrisa insegura.

—Gracias.

Creo que necesita un abrazo. No lo pienso, solo se lo doy. Me pone una mano sobre el brazo que le rodea el cuello y me abrasa el contacto mientras los mechones más largos de su pelo me hacen cosquillas en la mejilla.

—¿Por qué no estás contento? —pregunto cuando me aparto y puedo mirarlo bien.

—Sí que estoy muy contento.

—Uy, sí, tu alegría se me está contagiando. Mira. —Me señalo la cara, y fuerzo la expresión más apática posible.

Eso sí que consigue arrancarle una sonrisa.

—Me deben como un mes de vacaciones, sí que estoy contento por eso, créeme.

Ignoro su esfuerzo por desviar los temas sensibles; conozco bien todos esos trucos porque yo los uso mucho. Muchísimo. Desde que era tan pequeña que apenas recuerdo un tiempo en que no me hiciera falta esconderme.

—¿Por qué no se lo has dicho a tus amigos?

Se encoge de hombros.

—Porque apenas es una noticia. Nada que hacer contra una boda, ¿no? Y, por cierto, les hemos jodido el anuncio del compromiso.

No tan impresionante como una Super Bowl. Eso es lo que no dice, pero yo lo oigo igual en sus silencios.

—Se lo ha jodido esa víbora de Vanessa.

Intenta dedicarme una mirada de reproche, pero se le escapa una pequeñísima sonrisa traviesa.

—Vanessa no es tan mala, en serio. Es solo que es como una mamá osa con Cam y destrozaría a cualquiera que le haga daño. No suele medir sus palabras y siempre lo piensa todo después de haberlo soltado. También ha sido todo eso por mí muchas veces, y entiendo que ahora no esté de mi parte.

—No sabe cuál es tu parte —insisto.

—No le saques los ojos, suricata.

—¿También te has acostado con ella? —Podría afirmarlo, después de algunas de las cosas que he oído esta noche, pero lo pregunto, aunque me arrepienta al instante.

Más motivos para que me acuse burlonamente de estar celosa.

—Solo una vez, y ni siquiera me corrí —confiesa, en un tono que se torna divertido al final.

Enarco una ceja.

—¿Y ella?

—Ella sí, soy un amante entregado, como tú ya sabes.

—¿Qué pasó?

—Cam nos pilló y Vanessa aún era técnicamente su novia en ese momento, así que no me pareció buena idea terminar con él mirando.

—Joder, Tyler.

—¿Lo ves? Un cretino —imita mi forma de decir la última palabra.

—Pero ¿por qué hiciste eso?

Se encoge de hombros. También parece hacerse más pequeño. Vuelve a mirar los fuegos artificiales a los que ya no estamos prestando atención.

—¿Sabes cuando te sientes tan mierda por dentro que no paras de buscar motivos para, al menos, sentirte así por alguna maldita razón?

Directo al pecho, entre las costillas.

—Sí que lo sé.

Vuelve a mirarme y nuestros ojos se encuentran y se reconocen sumidos en la misma oscuridad.

—Ya te dije cómo me sentía todo el tiempo cuando estaba en el instituto.

—Podemos aprender a canalizarlo mejor.

Sonríe y su hoyuelo capta toda mi atención.

—Lo intento —murmura. Luego vuelve a apartar la mirada—. No sé si es suficiente.

«No sé si soy suficiente», es lo que gritan ahora sus silencios.

Quiero decirle que lo es, que yo veo todo lo que él no puede o no quiere ver, pero se me atascan las palabras en la garganta.

Yo tampoco sé si soy suficiente. Pero sé que corto, que desgarro y que destruyo. Y me ahogan las ganas de que él mire más allá de eso y me vea de una forma distinta a la que me veo yo. Que me vea como lo veo yo a él.

Nos quedamos en silencio. Sus pensamientos me taladran los oídos. Lo siento en cada poro de mi piel. La inseguridad. Los miedos. Las dudas. Y esa sensación de que no queda nada por salvar ahí dentro. Me ahoga su autoexigencia, me da vértigo el listón tan alto que marca para sí mismo pero nunca para los demás. Yo *lo veo*. Veo que sus logros nunca le parecen suficientes, y por eso no los celebra. Que se siente débil, aunque sea el chico más fuerte que he

conocido. Que se compara con todo el mundo con la certeza de que nunca se va a permitir ganar.

Y no es justo.

Estoy a punto de decir algo cuando Tyler se levanta y me tiende la mano.

—Deberíamos volver ya.

Hasta que dice eso no soy plenamente consciente de que hace un buen rato que los colores en el cielo se han apagado y las explosiones ya no estaban fuera, solo dentro, en él y en mí. Somos como inestables cargas de dinamita y... ¿qué podría pasarle al mundo si nos acercamos demasiado y entramos en combustión?

Que le den al mundo. Quiero descubrirlo. Quiero desdibujar los límites. Quiero hacer saltar en pedazos todo lo que no seamos él y yo.

Pero Tyler arranca la moto antes de que me dé tiempo a decir o hacer nada, y no me queda más remedio que ponerme ese casco que me ha prestado, subir con él y dejarme llevar.

Hay risas en el jardín de al lado cuando llegamos, pero Tyler no se detiene a saludar. Mete la moto al garaje y pasamos a la casa por la puerta que los comunica. Parece dudar cuando estamos al pie de la escalera y finalmente retrocede un paso.

—Voy a fumar un cigarrillo en el callejón de atrás antes de irme a la cama.

No deja que sus ojos tropiecen con los míos y lo dice prácticamente entre dientes, por lo que entiendo que es mera información por cortesía y no una invitación a acompañarlo. Me muerdo el labio mientras intento decidir qué hacer. ¿Insisto? Sé que ahora, después de todo lo de la cena con sus amigos, se siente peor consigo mismo que nunca en todo este tiempo desde que lo conozco. Entiendo lo que es necesitar un rato a solas cuando te

sientes así, de modo que asiento y subo el primer escalón antes de responder.

—Vale.

Da media vuelta.

—Buenas noches, Sue.

Lo veo alejarse hacia la puerta de atrás. Soporto el peso que me comprime el pecho y subo la escalera para ir al baño y luego entro en la habitación de invitados donde, obviamente, tengo que pasar la noche.

Cambio de idea en cuanto salgo del aseo.

Bajo a toda prisa, salgo por la puerta entreabierta de la parte trasera de la casa y cruzo el patio. Camino insegura, porque no sé muy bien dónde está, pero entonces veo el punto incandescente del cigarrillo y me acerco decidida.

Levanta la vista cuando estoy a unos metros y me sostiene la mirada. Sus ojos brillan con curiosidad mal contenida, aunque tampoco parece demasiado sorprendido al verme aparecer.

—Perdona —digo, a media voz—. A lo mejor necesitas un momento a solas, y te lo voy a dar, de verdad. Pero es que creo que algo no ha quedado claro antes, cuando hemos hablado en el mirador, y necesito decirlo sin rodeos: creo que tienes que dejar que te vean... tus amigos, tu madre... Creo que deberías dejar de tener miedo y mostrar lo que eres de verdad, con las luces, con las sombras, con la mierda y con todas las cosas brillantes y preciosas. Que merecen poder verte como te veo yo. Que *mereces* que te vean como yo lo hago.

No dice nada, pero veo cómo traga saliva y sus ojos relampaguean en la penumbra. El cigarrillo está olvidado entre sus dedos, consumiéndose poco a poco. Igual que yo. Doy un paso más. Puedo notar cómo se le tensan los músculos. Otro paso. Más cerca.

Él sigue sentado en el escalón de una vieja escalera de incendios, pero la tensión de su cuerpo me da a entender que se está conteniendo para no acercarse también.

Paro muy cerca de él, de pie entre sus piernas, y tiene que elevar solo un poco la cara para poder mirarme. Pongo las manos en sus mejillas. Nuestras pupilas se enganchan y se enredan.

—Mereces la pena, Tyler Sparks.

Tira el cigarrillo y se incorpora. Doy un paso atrás para dejarle el espacio necesario para hacerlo. Una sonrisa juguetona se me pasea por los labios cuando se acerca y yo retrocedo marcando el ritmo en esta partida del gato y el ratón. Lo intenta otra vez y mi sonrisa vacila cuando me abrasa con la mirada y veo su gesto decidido, anhelante y casi depredador.

No había tenido tantas ganas de besar a alguien en toda mi vida.

Y entonces oímos un ruido al otro lado, en la entrada al callejón. Los dos miramos hacia allí a la vez. La silueta de Ashley se materializa al doblar la esquina y yo siento cómo la burbuja me revienta dentro del pecho al ser consciente de que la mirada de Tyler acaba de clavarse en ella y ya no en mí.

—Ay, perdón —dice—. Lo siento. Estaba... He oído tu puerta y... Os dejo. Me voy. Buenas no...

—No —la freno. Sacudo la cabeza, aprieto los dientes y me construyo la máscara de hielo que nunca me ha fallado—. Yo ya me iba. Tranquila. Quédate.

Ella titubea, insegura.

Miro a Tyler. Me encuentro sus ojos recorriendo mis facciones y creo que se me suben los colores a las mejillas, y agradezco la escasa luz del callejón. Separa los labios como si tuviera la intención de decir algo, pero no le doy tiempo:

—Buenas noches.

Y luego doy media vuelta y me voy, dejándolos atrás.

Entro en casa de los Sparks y me apoyo en la pared al lado de la puerta trasera. Hace falta un jadeo para poder llenarme los pulmones de aire y cierro los ojos con fuerza para contener el tsunami de emociones que me aturde.

Estúpida, estúpida, estúpida.

Recojo los pedazos de mis piezas rotas y me voy a la cama en la que no podré dormir esta noche.

31

Quiet Town



Tyler

—Mierda.

Ashley da un paso adelante y me mira, prudente, mientras yo me toco el pelo y doy paseos nerviosos a uno y otro lado.

—Ay, de verdad, lo siento. He oído salir a alguien y pensaba que estabas solo. Soy de lo más oportuna. —Suelta una risita entre dientes—. Ve, Tyler. Anda, ve con ella.

Sacudo la cabeza. Vuelvo a la escalera de incendios y recupero mi sitio en el escalón. Ashley se acerca despacio, como si estuviera tanteando mi estado emocional, y termina por sentarse a mi lado.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, es que... —Dejo la frase a medias porque no sé muy bien cómo expresarme ahora mismo.

Mereces la pena, Tyler Sparks.

Ojalá fuera verdad. Ojalá pudiera quedarme en ese espacio en el que el tiempo no corre, solo estando a su lado. Pero ese beso que

me estaba muriendo por dar, y que aún me cosquillea en los labios insatisfechos, habría sido un error, igual que lo fue lo que pasó anoche entre las sábanas.

—Eh —me llama Ash, y sonríe cuando levanto la vista y encuentro su cara—. Voy en serio, deberías ir detrás de ella. Parecía que estaba pasando algo importante aquí, no puedes dejarlo a medias.

Niego con la cabeza.

—Sí, ya. ¿Sabes lo que pasa, Ashley?: que no estoy muy seguro de que eso que estaba pasando aquí, o lo que ha pasado antes o lo que pueda pasar después, no sea una muy mala idea.

Ella sonríe aún más, burlona.

—¿Y no son esas tus ideas favoritas?

Dejo escapar el aire de golpe, vaciándome los pulmones, como si la falta de aire fuera a ayudarme a ser más racional.

—Claro. Y mira adónde me ha llevado eso.

—Estabas a punto de enrollarte con una tía guapísima en un callejón, yo creo que te ha llevado superlejos.

—Cállate.

Se ríe.

—No voy a callarme. ¿Por qué estás pensando tantísimo? Deja de darle vueltas y ve a por ella. Creo que te conozco un poco, Tyler, ¿no es verdad? Y parece que Sue te gusta mucho. Eso es lo que me parece a mí.

Saco otro cigarrillo del paquete y lo enciendo, para sustituir el que he tirado antes a medio fumar. Se lo acerco a Ash en cuanto he dado la primera calada.

—¿Quieres?

—No.

—Mejor.

—Quiero salseo, no nicotina —dice, burlona—. ¿A qué le está dando tantas vueltas esa cabecita tuya?

—No es que Sue no me guste. Me gusta. Claro que me gusta.

Capto su sonrisa, aunque no la mire directamente.

—Obvio.

—Es que... Ella está pasando un momento complicado. No sé si sabe de verdad lo que quiere... o lo que necesita. No sé si está en condiciones de decidirlo, tampoco. Si va a pasar algo entre nosotros, *algo más*, me parece que este no es el mejor momento.

Ashley se queda en silencio por un rato que se me hace demasiado largo, así que tengo que mirarla para averiguar qué es lo que le pasa. Creo que está valorando mis palabras y pensando bien qué decir.

—Vale —cede al final—. Me ha parecido una razón válida. Y, entonces, ya que tenemos un rato, dime: ¿qué ha pasado en la cena? Emily me ha mandado un audio de cuatro minutos para contarme que Vanessa y Sue casi se tiran de los pelos.

—A Emily le encanta adornar las malas historias —gruño.

Ella se ríe, y al final consigue hacerme sonreír de medio lado.

—Sue está de mi lado solo porque no conoce el resto de las versiones —digo de mala gana—. Y tiene la mecha muy corta, eso también. Creo que no me ha escuchado las veces en que le he dicho que soy el malo de la película.

Ash lanza un bufido.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí.

—Claro que no. Tú dijiste que todos nos equivocamos y la liamos y hacemos daño sin querer, ¿no? Y creo recordar que también dijiste que no era culpa de nadie.

Hago amago de poner los ojos en blanco, solo para molestarla. Me pega con el puño cerrado en el brazo y yo me río entre dientes.

—Eso solo lo dije para que no te sintieras tan mal, ¿sabes? No iba para nada en serio.

—¿Sí? Pues no funcionó ni un poquito, me seguí sintiendo como una mierda durante meses.

Doy una calada larga al cigarrillo y elevo la vista al cielo para soltar el humo hacia arriba.

—¿Y cómo te sientes ahora?

—Menos como una mierda y más como un chicle en la suela de una zapatilla.

—Vaya, Ash, la terapia te está yendo genial.

Suelta una carcajada, y se me escapa una risita queda.

—¿Cómo te sientes tú? —pregunta a continuación.

Lo pienso. Lo pienso de verdad. Intento expresarlo, pero no sé muy bien cómo. Me pregunto qué sería de mí sin la terapeuta si, aun con todo, sigo sintiéndome hueco y perdido la mayor parte del tiempo.

—No lo tengo muy claro —suspiro al final—. Un chicle en la suela de una zapatilla es molesto, pero no apesta, ¿sabes? Yo creo que me siento más como unos restos de pescado podrido en una nevera..., contaminan todo lo de alrededor.

—¿Pescado podrido? No hueles tan mal.

—Vaya, gracias —ironizo—. Creo que a Vanessa no le ha parecido lo mismo antes.

Ashley exagera el gesto exasperado, poniendo los ojos en blanco y soltando un gemido de desesperación.

—Ya sabes cómo es Vanessa. Se pone *gallita*, suelta un par de gilipolleces y luego no duerme por la noche porque tiene mala conciencia. Seguro que ahora está preocupada por ti.

—Debería estar preocupada por ella y no por mí. Si dejo suelta a Sue podría desgarrarle la yugular. Es mona, pero no te engañes, Ash, esa chica es peligrosa —bromeo solo a medias, y se me escapa una sonrisa al pensar que lo de suricata le va como anillo al dedo.

Mi amiga se ríe.

—No lo dudo. Me parece que es totalmente tu tipo.

La miro de medio lado y alzo una ceja curiosa, mientras se me escapa la sonrisa.

—¿Tengo un tipo?

—Desde luego —confirma ella—. Es una chica mala.

Hay tanta nostalgia en su voz cuando pronuncia las últimas palabras que no tengo ninguna duda en absoluto sobre lo que está pensando. O, más bien, en *quién* está pensando. Tengo que sacarla de ahí, así que me doy prisa en hablar:

—Bueno, está claro que tiene todo el aspecto de chica mala por fuera.

El interés es evidente en sus pupilas cuando escrutan las mías.

—¿Y por dentro?

Se me encoge algo palpitante en el pecho cuando susurro la respuesta, rescatando lo que me queda de voz:

—Por dentro es mucho más. Me ha dejado ver como... esto. —Hago un círculo pequeñísimo con el índice y el pulgar y me lo llevo al ojo para mirar por el hueco—. No puedo ni imaginarme cuánto más me quedará por descubrir.

La sonrisa de Ash está cargada de ternura cuando me la dedica.

—Más te vale decirle que te mueres porque te lo muestre, entonces.

Sacudo la cabeza y me río bajito.

—Me sacará los ojos si le digo eso.

—Qué romántico.

—El romanticismo no es... Me temo que no hay romanticismo aquí.

Chasquea la lengua.

—Eso lo dirás tú. ¿Sabes lo que me parece a mí?

Suspiro.

—Vas a decírmelo de todas formas.

—Sí. Voy a decírtelo de todas formas —confirma, burlona—. Me parece que antes estabas encaprichado y ahora... Ahora me parece que te estás enamorando, Tyler Sparks.

Que diga eso es como si me lanzara un proyectil al pecho. Se me incrusta en el corazón, cuenta hasta tres y luego estalla. Y la miro. La miro a *ella*. Me acuerdo de cada momento, de cada emoción y de cada espina clavada bajo la piel. ¿Cómo podría ser esto verdad? ¿Cómo va a serlo? Me busco, todo lo que pensé que siempre sería, y no me encuentro del todo. Hay piezas que ya no están en su sitio. La miro y hay algo que no termina de encajar, que falla, se escurre y se desvanece. Yo no sé nada del amor, tal vez, es verdad. Pero sí que sé que lo que tengo con Sue no se parece a nada que haya experimentado antes y que la etiqueta de «amor» ya se la asigné a otra cosa hace tiempo.

Frunzo el ceño.

—Claro que no. No es... No sé muy bien qué es esto con ella, pero sé que no se parece.

A lo que sentí contigo. A lo que sentía por ti.

El pasado de la afirmación en mi cabeza rebota, vuelve a mí y se repite en forma de eco. Me duele el pecho. Me tiemblan las manos.

Ella se limita a sonreír de nuevo, más comedida esta vez, con mucha dulzura.

—Cada vez es distinto, Tyler. Es diferente con cada persona, creo. Cada historia tiene unos tiempos, unos espacios propios y una

manera de sentir.

Me abruma la perspectiva y no puedo pensar.

—¿Ha cambiado tu manera de sentir?

No hace falta que diga su nombre para que su sombra nos cubra del todo a los dos. Lo veo en sus ojos, lo siento en las tripas. Intenta esbozar una sonrisa, triste, y le tiembla en los labios.

—No —dice en un susurro—. No ha cambiado, pero eso no quiere decir que lo que sentí antes no existiera, ¿verdad?

Lo que una vez sintió por mí, entiendo. Supongo que no deja de existir, que *existió*, pero, en el fondo, nunca fue una realidad.

—Ha pasado un año, Ash.

Hace una mueca, cuadra los hombros y se traga la pena.

—Ya.

—¿Por qué no has venido a la cena? Todo el mundo prefería verte a ti antes que a mí, ¿sabes?

Arruga la nariz, no del todo de acuerdo.

—Creo que lo justo es que deje ese espacio para otra persona, quiera venir o no.

—Ash...

—¿Podemos hablar de cosas más banales? Voy a confesar que no he dormido mucho el fin de semana y no puedo procesar emociones complicadas ahora. ¿Qué tal el trabajo?

Vale, aparcaremos las emociones complicadas, entonces.

—Me han hecho indefinido.

Asiente y me mira de reojo con expresión altiva.

—Ah, espera, ¿quieres que me haga la sorprendida? —Se ríe cuando suelto un bufido bajito. Me empuja suavemente con el hombro y deja el brazo pegado al mío. Sienta bien—. Felicidades, señor Trabajador Social. Aunque, bueno, no es que tuviera ninguna duda.

—Yo sí.

—Tú eres un auténtico *bully* emocional contigo mismo —me regaña—. Eres muy bueno en tu trabajo, Tyler. Has currado como nadie durante este año, has echado horas, te has implicado con los chicos. Se te dan bien, ¿sabes?, te entiendes con ellos. Eso no es tan fácil, aunque no te lo creas. —Busca mis ojos y me sonríe con ternura—. Estoy orgullosa de ti.

El soplo cálido que me sacude el pecho trepa por mi garganta y me llega hasta los ojos. Respiro hondo para reprimir las lágrimas.

—Gracias —digo en un susurro.

Ash se estira y me abraza por el cuello. Tengo que tirar la colilla ya casi consumida del todo —aunque luego me toque recogerlas— para poder envolverla con los brazos y pegarla a mi pecho. Es lo más parecido a estar en casa que he sentido en... creo que en toda mi vida entera.

—Te quiero, ¿sabes? —murmura contra mi hombro.

Y ya no me duele el modo en que lo dice. Supongo que su forma de quererme es justo la que tiene sentido entre nosotros dos. Y empiezo a sentirme exactamente igual.

—Yo también te quiero.

Y creo que es la primera vez que esas palabras no escuecen al salir.

Nos quedamos un buen rato más charlando en el callejón. Y me siento más entero, más valioso y, de alguna manera, más yo. Ella me cuenta cómo ha ido su noche con esos dos amigos de Chicago que aún deben de estar de fiesta en el sótano de la casa de los Bennet. Yo le doy detalles sobre la cena y el encontronazo entre Vanessa y mi mentirosa. Conseguimos hacernos reír y eso, ahora mismo, me parece lo más importante.

Es tarde cuando vuelvo a casa, subo la escalera y abro con sigilo la puerta de la habitación de invitados. Sue está tendida sobre el costado, de espaldas a mí, y no mueve ni un músculo cuando me asomo.

—Sue —susurro en la penumbra.

Permanece totalmente inmóvil. Pero sé que está despierta. Finge. Miente. Se esconde. Y yo vuelvo a cerrar y me voy a mi cuarto, haciendo ver que me lo he creído... porque eso es lo que no paramos de hacer nosotros dos.

Ha hecho café cuando me levanto por la mañana. Y no está por ninguna parte. Me sirvo un vaso y luego salgo de casa para buscarla. La encuentro sentada al borde de la piscina, con una taza al lado y la cámara de fotos que mi padre compró en un arrebato y nunca aprendió a usar entre las manos.

—Buenos días.

Se sobresalta al oír mi voz. Entorna los ojos a causa del sol cuando levanta la cara para mirarme. Pero aparta la mirada muy rápido, vuelve a esconderla y se centra en seguir estudiando todos los botones y ruedecillas que tiene su nuevo juguete.

—Buenos días —responde en voz baja.

—¿Puedo sentarme?

—Es tu piscina.

—Es tu espacio personal.

—No lo invadas demasiado y no te escupiré en el ojo.

Sonrío.

—Eso me deja mucho más tranquilo.

Me descalzo, me siento a su lado y meto los pies en el agua. Vigila de reojo todos mis movimientos, pero no dice nada.

—¿Has dormido bien? —pregunto para romper el hielo.

Se encoge de hombros.

—Como siempre.

Eso significa que ha visto pasar todas las malditas horas de la madrugada, igual que yo.

—Sue...

Se gira para mirarme y corta cualquier cosa que fuera a decir. Sus ojos grises advierten, como siempre; su lenguaje corporal marca la distancia a la que necesita mantenerse. No la física, sino la emocional.

—¿Podemos ser amigos, Tyler?

Esa va directa a la frente y me atraviesa el cráneo de lado a lado.

¿Amigos?

—¿Es lo que necesitas?

No se lo piensa. Asiente. Así que yo asiento también. Le tiendo la mano y hago una mueca burlona cuando ella la mira con desprecio y vuelve a levantar la vista hasta encontrarse con mis ojos.

Suelta el aire por la nariz, como si le pareciera tontísimo, pero al final me la estrecha en un apretón firme y breve.

—¿Cuándo quieres volver a casa? Tú mandas.

Veo perfectamente en sus ojos lo que esa palabra le hace sentir. *Casa*. Me imagino que es difícil para ella llamar así a la ciudad que no le ha dado nada y en la que ha perdido tanto. Pero, por lo que sé, tampoco tiene ningún otro lugar al que pueda aplicar el concepto.

—A lo mejor podemos comer de camino —sugiere.

—Claro. Perfecto.

La observo con atención. Cada curva, cada peca, cada detalle. No olvido cómo sonó su voz cuando me dijo que merecía la pena. No puedo evitar sentirme todo el tiempo justo como eso me hizo sentir

anoche. Y quiero decirle que ella también la merece. Quiero pedirle que dejemos de frenarnos y que veamos lo que pasa con nosotros cuando solo nos dejamos ser, igual que hicimos aquel fin de semana. Que quiero que me pinte las uñas y se burle de mi acento, que estoy deseando que se ría a carcajadas entre mis brazos y me robe las toallas. Pero Sue necesita que seamos amigos. Y, si no quiero ser el cretino que todos dicen que soy, debo estar para ella de la única forma que necesita ahora.

¿Y si Ash tiene razón? ¿Y si me estoy enamorando? ¿Y si esto que siento es mucho más que solo lo loco que me vuelve su cuerpo y el modo en que me flipan sus tatuajes?

Hablando de eso...

—¿Quién es el búho?

Estudia mis ojos y, cuando habla, lo hace apenas con un hilo de voz:

—¿Cómo?

—Tú eres el dragón. Sam, las zapatillas de *ballet*. ¿Qué hay del búho?

Deja la cámara junto a la taza olvidada de su café y se pasa la mano por el brazo, acariciando el dibujo.

—Es mi hermano —dice en un murmullo—. Se pasaba las noches en vela, vigilando, y atrapaba las pesadillas para que no pudieran alcanzarme.

Sé que con pesadillas también se refiere a los monstruos de verdad. A uno en concreto, que aún sigue vivo dentro de su cabeza, aunque ya lo hayan enterrado.

—¿Y la frase?

Se mira el antebrazo, casi como si ya no recordara que está ahí.

—Es de Oscar Wilde.

—Vaya, pensaba que era tuya. Te pega muchísimo eso de no poder resistir la tentación.

Me señalo a mí mismo. Ella suelta un resoplido, pero veo cómo se le escapa la sonrisa cuando me clava un dedo en el costado y me hace saltar.

—Tienes un libro de poemas suyos y una frase tatuada... ¿Debería ponerme celoso de ese tal Wilde? —bromeo.

Se encoge de hombros y esconde una sonrisa pícara.

—Algunos dicen que es el mejor poeta de todos los tiempos.

—¿Qué dices tú?

—Yo digo que me gusta porque fue así como conocí al amor de mi vida.

Ahora sí que creo que estoy un poco celoso, y no precisamente del escritor. Disimulo como puedo e indago un poco más.

—¿Sam era la fan número uno de ese tipo?

Ella suelta una carcajada y yo frunzo el ceño.

—No. Para nada. De hecho, la conocí porque fui a la biblioteca a buscar *El retrato de Dorian Gray*, por eso de que explora la decadencia humana, y ella estaba sacando el único ejemplar que quedaba para préstamo. Me oyó preguntar y se acercó a decirme que tenía que leerlo para clase, pero no quería hacerlo ni loca, y que me lo cedía si a cambio le hacía un resumen. Y después de eso nos hicimos amigas y al final... Supongo que las parejas normales tienen una canción y nosotras teníamos un escritor. Leí todas sus obras después de eso. Ella nunca leyó ninguna, pero me regaló los poemas.

Me quedo colgado de su sonrisa nostálgica, perdiéndome en ella, sintiendo cómo me araña las tripas. Nunca será mía. Nunca llevará mi nombre. Nunca sonreirá así pensando en mí.

Tampoco debería querer que lo haga.

—¿Qué os pasó al final?

Tuerce el gesto y niega con la cabeza. Vale, demasiada información personal por el momento. Lo entiendo.

—Es una historia muy larga, rubito.

—Tenemos seis horas de carretera hasta casa, ¿me la contarás entonces?

Parece dudar. Al menos, no dice que no enseguida. Y cuando abre la boca para darme esa negativa por respuesta, fija la mirada en un punto a mi espalda, la cierra de nuevo y entorna los ojos con cara de muy pocos amigos. A lo mejor Blair tiene razón y sí que es un poco como una gata; creo que, si ahora mismo pudiera erizar el pelo y lanzar un bufido de advertencia, lo haría.

Me giro para mirar y veo a Vanessa, que se acerca a nosotros. Me pongo de pie enseguida.

—Hola —saluda mi amiga.

—Eh, ¿qué haces aquí?

Extiende los brazos a los lados y se muerde el labio.

—He venido a hablar.

Asiento.

—Vale, ¿quieres un café?

Me mira. Mira a Sue. Vuelve a mirarme a mí.

—Eh, sí, estaría genial. Aunque, en realidad, quería hablar con ella primero.

Alzo las cejas, sorprendido. Sue, a mi espalda, emite un siseo que doy gracias por no llegar a entender.

—Luego me gustaría hablar contigo —sigue Vanessa, centrada en mí—. Y luego debería ir a la casa de al lado a hablar con Ashley, he venido a hacer la ronda completa.

—Qué bien —dice Sue entre dientes, irónica.

Me trago una sonrisa. Vanessa no sabe bien a lo que se está enfrentando. Espero no perdérmelo cuando la coja de los pelos y la lance a la piscina.

—Vale. Iré a prepararte el café. Estaré dentro cuando acabéis —decido quitarme de en medio y dejar que se entiendan ellas solas.

«Si sobrevives». Eso no lo digo en voz alta, tampoco soy tan cizañero..., no siempre.

Entro en casa sin molestarme en secarme los pies, uno tiene que ser rápido cuando no quiere que le salpique la sangre. Voy a la cocina a hacer café al gusto de Vanessa. Admito que vuelvo sobre mis pasos y miro por la ventana unas cuantas veces, para ver cómo va la movida. Me decepciona un poco que la cuarta vez que me asomo aún no se estén intentando meter los dedos en los ojos.

Me sobresalto cuando oigo la puerta y vuelvo rápidamente a la entrada, con un café para Vanessa en una mano y el segundo de la mañana para mí en la otra. Mi amiga avanza hasta donde estoy y me quita una de las tazas para dar un sorbo, como si no pudiera seguir ni un segundo más sin un chute de energía.

—Estás... viva.

Expulsa el aire en un resoplido. Se me escapa una risita y termina por sonreír de medio lado al oírla.

—Vaya pitbull has adoptado, Tyler.

Suelto una carcajada.

—Es más bien una chihuahua con mal genio, ¿no crees?

Sacude la cabeza.

—No te creas. Oye —dice después en un tono mucho más suave —, ¿podemos hablar tú y yo?

—Si aún tienes fuerzas...

Señala el sofá.

—¿Nos sentamos?

Lo hago yo primero. Ella ocupa el sitio libre a mi lado, cerca, y toma aire antes de volver a hablar:

—Siento lo que pasó anoche.

Asiento.

—Ya lo sé.

—No. No lo sabes. Sue tenía razón, creo que ni siquiera te he preguntado cómo estás tú de verdad en el último año.

Me encojo de hombros.

—Estoy bien.

—¿Puedes dejar de mentirme, por favor? Te conozco, Tyler. Y, vale, estaba muy enfadada porque Cam ha estado... Tú no lo has visto, no sabes cómo estaba.

Aprieto los dientes.

—Me hago una idea.

Me mira con los ojos inundados de lástima. Una lástima que no quiero ni necesito. Una que me da ganas de vomitar.

—Siento no haberme parado a escuchar tu versión de la historia. Lo que hicisteis fue una guarrada y no vais a convencerme de lo contrario. Pero supongo que todas las historias tienen más de una cara y he sido una mala amiga por no querer ver la tuya.

Cuadro la mandíbula y me hago el duro.

—Lo entiendo.

Suelta un gruñido bajito.

—No tienes que entenderlo, Tyler. Ponte de tu propio lado y ódiame un poco, ¿quieres? Así sería más fácil disculparme.

—No te lo voy a poner fácil.

—Idiota.

Se me dibuja una sonrisa y ella la imita al instante.

—¿Aún te duele?

Pienso en lo que me dijo Sue anoche. En que mis amigos merecían conocerme, en que no les he dicho que me duele y es normal que se crean que nada lo hace porque actúo como si tuviera el corazón de hojalata. Y a lo mejor es el momento de cambiar eso.

—Me duele —confirmo, con la vista clavada en el café—. Me duele Ashley. Me duele haberlo jodido todo. Y, sobre todo, me duele haber perdido a Cam. Me lo merezco, ¿vale?, eso es verdad. Y me gustaría poder decirte, como estoy seguro de que te ha dicho Ash, que daría lo que fuera por volver el tiempo atrás y hacerlo todo de otra manera, pero no estoy seguro de poder actuar diferente si volviera a estar en la misma situación, así que eso me hace sentirme aún peor.

Vanessa asiente, se recuesta contra el respaldo y pone las dos manos en torno a su taza.

—Vale. ¿Me lo cuentas todo?

La miro a los ojos. Me clava el azul que rodea sus pupilas y veo lo que hay detrás. El cariño, aún punzante. La culpabilidad, porque ahora ella también la siente. Y me dice solo con la mirada que es posible que nunca me entienda del todo, pero que se esforzará por hacerlo y estará a mi lado, aunque haya cosas que no comprenda ni comparta. Y yo nunca creí que me mereciera ni la mitad de eso.

Así que tomo aire y empiezo a hablar.

Para cuando acabamos de desgranar todo eso que estaba enquistado entre los dos, el café se ha enfriado sin que terminara de tomarlo. Tampoco importa porque las tazas han quedado abandonadas a un lado cuando Vanessa me ha abrazado. Y aquí estamos, respirando juntos. Intentando encontrarnos a mitad de camino.

Se seca unas lágrimas rebeldes cuando se aparta y me sonríe muy levemente cuando volvemos a mirarnos a los ojos.

—¿Sabes qué, rey del baile?

Sonrío de medio lado.

—¿Qué, reina?

—Me gusta mucho Sue.

—¿Estás de broma?

Se ríe y niega con la cabeza.

—No. Voy en serio. Anoche me pareció una asquerosa prepotente, y muy problemática. No le preguntes nunca a Jeff todas las cosas que solté sobre ella en el coche, ¿vale?, me dijo que iba a tener que lavarse los oídos treinta veces para borrar toda la suciedad que salió de mi boca. Aunque, ya sabes, no le importa lo sucia que tenga la boca cuando me meto dentro su...

—Al grano, Vanessa.

Se ríe un poco más.

—Ah, ¿tú puedes hacer comentarios inapropiados y yo no?

—Nunca te cortas.

—Y nunca me cortaré —promete—. El caso es que no tenía muy buena impresión de ella, pero aun así era capaz de admitir que se me había ido de las manos la discusión, punto para mí y no para ella. Esta mañana me he levantado pensando que seguro que la habías sacado de la jaula de unos perros rabiosos. Y, cuando he llegado aquí, te juro que he pensado que iba a tener que ponerme en plan Cam y trazar toda una estrategia maquiavélica para que te libres de ella.

—Me encantaría verlo.

—Ahora creo que me gusta —repite.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Ah, bueno, hemos hablado, me ha dicho de muy malas formas que debo de tener los ojos en el culo si no soy capaz de ver que tú lo pasas mal, aunque vayas de duro, y... me he dado cuenta de que tenía razón, así que punto para ella y no para mí. Y he visto que le

importas y que se preocupa por ti, eso también es un punto para ella. Pero lo que me ha conquistado de verdad ha sido el modo en que me ha dejado claro que, si te hago daño, te falto al respeto o me porto mal contigo de cualquier manera mientras ella esté delante, no va a dudar ni una décima de segundo en clavarme las uñas en el pecho y arrancarme el corazón con sus propias manos.

—Qué bonita imagen.

Pero Vanessa me mira a los ojos, mucho más seria.

—Te mereces a alguien que esté dispuesta a hacer arder el mundo hasta los cimientos por ti sin que le importen las consecuencias, Tyler.

«Es lo que harías tú», dicen sus ojos y no su boca.

—No...

—Y creo que Sue sería muy capaz de reducirlo todo a cenizas por alguien a quien quiera.

De eso no tengo dudas.

—Y, ahora, tengo que ir a echarle la bronca a Ashley por no quedar conmigo en todo el puente y darme largas cada vez que he intentado hablar con ella. —Me echa un último vistazo y sonríe de medio lado al tiempo que estira la mano para acariciarme la mejilla —. ¿Me prometes que hablaremos más a partir de ahora?

Asiento.

—Claro.

—Vale. —Se pone de pie y da un paso hacia la puerta, dispuesta a irse. Se vuelve solo para guiñarme un ojo y decir—: Suerte con la pitbull.

Me río mientras la sigo. Me apoyo en el marco para despedirla y también para mirar a Sue, que se levanta al vernos y empieza a acercarse. Se despide de Vanessa sin mucho entusiasmo y luego se planta delante de mí.

—¿Todo bien?

Sonrío.

—Sí. Todo bien. Hemos hablado..., por fin.

Escruta mis ojos y luego asiente, conforme.

—Me alegro. ¿Recogemos y nos vamos?

Permanece callada hasta que salimos de la ciudad y nos incorporamos a la interestatal cinco. Entonces se descalza, sube los pies al asiento, se acomoda las gafas de sol y cambia la lista de reproducción para que suenen los mejores éxitos de Queen.

La miro de reojo. La postura, relajada; la boca, levemente entreabierta mientras tararea bajito la melodía de una canción; las uñas, pintadas de negro marcando los ritmos sobre su rodilla.

Quiero parar el coche y besarla.

Pero, una vez más, me trago las ganas y sigo conduciendo.

—¿Qué pasó anoche con Ashley? —pregunta de pronto, como quien no quiere la cosa—. ¿Te declaraste?

Dejo escapar un bufido seguido de una risita.

—Claro que no. Ya me declaré una vez en ese callejón y no me quedaron ganas de repetir.

Chasquea la lengua con desaprobación.

—Claro. Porque seguro que lo hiciste mal. ¿Le dijiste «estoy colado por ti, muñeca» o alguna variante de esa construcción gramatical?

Sonrío de medio lado.

—Supongo. ¿Cómo debería haberlo hecho, según tú?

Mueve las piernas para doblarlas hacia un lado y acomodarse girada hacia mí. Intento mantener la expresión relajada, aun con sus ojos fijos en mi cara.

—Todo el mundo sabe que una buena declaración de amor épica debe ser escrita en letras enormes con sangre de sus enemigos o,

en su defecto, con la tuya, aunque es un poco menos espectacular.

Suelto una carcajada.

—¿Qué clase de libros lees?

Pone los ojos en blanco y se hunde en el asiento.

—El romanticismo ha muerto.

—Que descanse en paz.

Sonríe y tengo que obligarme a devolver la vista a la carretera. Vale, será mejor que, después de este fin de semana de hurgar en mi mierda, sea ella quien hable ahora.

—Susie.

—Dime, Taylor.

Me trago la sonrisa y le pido:

—Háblame de Sam.

Y, esta vez, ella abre la boca y empieza a hablar. Supongo que porque hemos definido lo que seremos y, a partir de este momento, tenemos que comportarnos como amigos.

32



Sue

Tiro de la manecilla.

Paro el tiempo.

Julio se difumina. El sol sale y se esconde en el horizonte, pero no cuento cuántas veces.

Duermo a golpes.

Sueño con Clay.

33



Sue

Me levanto.

Camino.

Hablo y me hablan, pero no recuerdo nada cuando el sol desaparece de nuevo.

Me he comprado un teléfono *de verdad*; la factura irá a mi nombre. Eso significa que aún existo.

No importa que me puedan encontrar. Nadie me está buscando.

Blair me pide que coma. Yo le pido que me deje en paz.

34



Sue

Tyler ha estado aquí otra vez.

Ha preguntado si podía quedarse un rato a hacerme compañía. He dicho que sí, o eso creo.

Se ha tendido en la cama a mi lado cuando ya estaba oscuro al otro lado de la ventana.

Hemos respirado juntos. Ha sido más fácil. Ha pesado menos.

Ha hablado también, durante mucho rato. Le he contestado cada vez que tenía que hacerlo, aunque no me acuerdo de lo que he dicho.

He hecho la matrícula para el último curso de Fotografía. ¿Le he contado eso?

Antes de irse, ha dejado una tarjeta sobre la mesilla.

35



Sue

Salgo a la calle cada día.

Me muevo entre la gente como si aún estuviera viva, y ellos no se dan cuenta de nada.

Blair me ha comprado un par de libros. Ya los he terminado, y no recuerdo de qué iban, así que puedo leerlos de nuevo.

Tyler me ha dicho que necesitan a alguien que haga fotos de vez en cuando en el club. Es por algo de la página web que no tenían. ¿He dicho que sí?

Daniels ha llamado otra vez, aunque ya este no sea su caso. Sigo sin entender por qué no ha servido de nada, por qué no han detenido a nadie, por qué «tienen que completar la investigación».

No sé dónde está mi hermano.

Hace un mes era Clay, ahora es una prueba.

Ahora no queda nada.

36



Sue

Blair me ha llevado a una fiesta.

Sonrío.

Bailo.

Me río por fuera, pero no por dentro.

Una chica guapa me susurra al oído. Me besa en el baño. Me pregunta si quiero ir a su casa.

Quiero ser como el ave fénix que Tyler tiene en la espalda. Llena de colores.

Vomito y salgo corriendo a la calle.

Blair no volverá a llevarme nunca a una fiesta, pero creo que me da igual.

37



Sue

Hay una tarjeta en la mesilla.

Me duele la cabeza.

Un nombre en negrita, un número de teléfono y el título de médico psiquiatra.

La letra de Tyler decora el borde superior.

Por si necesitas hablar.

Cojo el teléfono y marco los dígitos.

38

Shadowplay



Tyler

Se está riendo, pero los ojos no le brillan. La sigo con la mirada cuando deja atrás a Kowalski, se encarama a una de las plataformas donde la gente sube a bailar para lucirse, y levanta la cámara para enfocar a la multitud que abarrota la pista de baile.

Me giro hacia Andrews cuando me da una palmada en el hombro.

—¿Está bien? —pregunta.

Vuelvo a mirarla. Me pesa el corazón dentro del pecho y ni siquiera sé por qué demonios sigue latiendo aquí dentro.

—No lo sé.

—Creo que te preocupas demasiado —suspira él—. Es normal que esté triste, tío, han matado a su hermano.

La propia Sue se lo contó a todo el mundo la primera vez que vino a hacer fotos para nosotros. Estábamos solo los cuatro cuando llegó, el local aún seguía vacío. Hizo unas cuantas instantáneas de las instalaciones. Bree le sirvió un refresco, Kowalski le preguntó si le

apetecía *pizza*. Ella se sentó con nosotros y compartimos la cena. Preguntó qué necesitábamos para la web, bromeó con Kowalski, le pidió que no volviera a llamarla «cariño» y le dijo a Bree que deberíamos subirle el sueldo por aguantarnos. «¿Cuánto gana una camarera en este antro? —preguntó—, seguro que más que una pobre fotógrafa». Y luego Bree se interesó por el trabajo de fotógrafa y ella habló y habló y habló. Sobre matricularse en el último curso; sobre quedarse en la ciudad, aunque Los Ángeles sea decadente (en sus propias palabras), porque tampoco tiene ningún otro sitio adonde ir; sobre que vino por su hermano y ahora su hermano ya no está.

Y era ella, pero al mismo tiempo no lo era.

Mis pullas se quedaron en el aire, porque no me devolvió ninguna réplica mordaz. Su sonrisa se desvanecía al llegar a los pómulos cada vez que esbozaba una en el momento exacto en que se suponía que tenía que hacerlo. Y los ojos... No he visto unos ojos tan perdidos jamás, ni siquiera en el espejo.

Es normal que esté triste.

Claro que sí. Lo es. Pero no se trata de eso. No paro de pensar en el fin de semana en Sacramento. En la vida en sus ojos, en sus ganas, en su curiosidad, en el modo en que podría haber hecho arder el mundo en un segundo solo con desearlo. Y ahora...

Algo se apagó en su cabeza cuando volvimos a Los Ángeles. No sé en qué momento exacto, porque por fuera todo parecía normal, pero, por dentro, Sue había desaparecido. Kristen, la psicóloga del centro de acogida, dice que no puede diagnosticar a distancia, pero que, por lo que le he contado, podría ser estrés postraumático. A veces aparece así, de golpe, incluso cuando crees que ya has dejado la peor parte atrás. Podría ser depresión, quizá. Podrían ser ambas cosas.

Quiero ayudarla y no sé cómo.

Quiero que vuelva a ser ella. La mentirosa, la ladrona, la que me responde con bufidos y, a veces, me deja asomarme a esa parte que esconde de los demás.

—No es solo eso —respondo a mi socio.

—Las fotografías que hizo el otro día eran increíbles. Mírala. Si estuviera deprimida estaría tirada en la cama, Sparks. Se le pasará.

Me aparto de él y niego con la cabeza.

—Cómo se nota que no tienes ni idea de lo que hablas.

Levanta las manos en son de paz.

—Eh, dime qué necesitas. Sabes que nosotros estamos aquí para ayudarte a ayudarla —se ofrece, mucho más empático.

Asiento.

—Ya te lo diré si se me ocurre algo.

Luego avanzo entre la gente y me acerco hasta ella cuando la veo bajar de la plataforma y meterse en la pista.

—Eh —saluda con una sonrisa mecánica cuando le pongo una mano en la cintura—. ¿Bailas, Ty?

Me acerco a su oído.

—¿Estás bien?

Frunce el ceño.

—Claro.

—¿Qué puedo hacer, Sue?

Me mira a los ojos.

—Estoy bien —dice con convicción.

Y luego da media vuelta y se pierde entre la gente.

39



Sue

No estoy bien.

Debería comprarme una moto, eso me haría estar mejor. Sí, me la compraré. Tal vez mañana.

He hecho una entrevista para un trabajo en un estudio. Media jornada, para poder compaginarlo con la carrera cuando empiecen las clases. ¿Le he dicho ya a Blair que estoy buscando trabajo? Creo que se alegrará.

Me han recetado unas pastillas. Había olvidado la cita con un psiquiatra que no sé muy bien por qué concerté. He llegado tarde porque estaba lejos cuando me han llamado para recordármela. Aun así, me ha recetado unas pastillas.

No he ido a la farmacia a por ellas.

En la receta pone mi nombre y una fecha de principios de agosto.

Agosto.

¿Qué noche es hoy?

40



Sue

Me he despertado y el reloj del padre de Tyler reflejaba un rayo de sol y lo enviaba directo a mi ojo derecho.

No sé qué hora es, porque sigue parado.

A lo mejor debería volver a ponerlo en marcha.

41

Dying Breed



Tyler

—¿Cómo está?

Blair se aparta de la puerta para dejarme pasar y me hace un gesto con la mano para que baje la voz.

—Esas pastillas para dormir la dejan noqueada. Se supone que eso es bueno, ¿no?

No tengo ni idea.

—He traído algo para cenar. —Levanto la mano donde llevo la bolsa de comida china que he recogido por el camino—. ¿Te apetece?

—Claro, aunque a lo mejor tenemos que montar el festín en la cocina. Sue está en el sofá. Se ha quedado dormida viendo una peli que ella misma me había obligado a poner.

—Ah, ¿sí? ¿Qué peli?

—*El club de la lucha*. Me ha dicho que te la debía.

Me río bajito. No me sorprende del todo que haya vuelto a quedarse dormida viéndola, solo para ofenderme un poco más.

—Y me la sigue debiendo, por lo que parece.

—Vamos, pasa, hablaremos bajito y nos sentaremos en el suelo.

Entro en el salón detrás de ella. Sue está en el sofá, tumbada sobre el costado, vestida solo con esa camiseta demasiado grande de una gira en la que no estuvo nunca que se puso en mi casa la primera noche que pasó allí. Blair le ha echado una manta fina sobre el abdomen, aunque hace calor. Parece buena, así, dormida. Parece inocente. Nada peligrosa. No lleva maquillaje y tiene el pelo recogido en un moño ya medio deshecho sobre la coronilla. Me parece que está guapa.

Empezó a tomar unas pastillas que le recetó el psiquiatra y, aunque está cansada a todas horas, un día se levantó y parecía ella otra vez.

Kristen dice que es algo que puede suceder, que a veces los episodios vienen y van. Que dormir bien ayuda a estabilizarse. Que es posible que se recupere del todo y no vuelva a pasar. Que podría pasar de nuevo en cualquier momento. Todo incertidumbres. Ninguna respuesta concreta y segura. Ash me ha regañado cuando le he dicho que la psicología es un auténtico asco. Pero empiezo a creerlo de verdad.

La mentirosa se sigue pasando por el club al menos una noche cada fin de semana. A veces es porque tiene que hacer fotos. A veces solo viene para pasar el rato con Bree o con Kowalski. El portero la adora como si fuera su hermana pequeña. Creo que a ella le viene bien tener un hermano mayor postizo. Las noches que está, yo también voy. Me gusta verla trabajar. También me gusta verla reír con mis amigos. Y verla bailar, cuando le da por hacerlo. No sé, a lo mejor solo me gusta verla.

Blair la obligó a apuntarse a clases de yoga con ella hace un par de semanas. Me hace muchísima gracia imaginármelas allí a las dos a última hora de la tarde, rodeadas de chicas pijas y estiradas de Venice, luciendo tatuajes y con sus aires de perdonavidas. El ejercicio le viene bien, seguramente.

La rutina le viene aún mejor.

Creo que todo este nuevo equilibrio empezará a ser menos inestable cuando comiencen las clases y se centre en la fotografía. El otro día me estuvo contando sus ideas para el trabajo final, cómo quiere montar un portafolio digital y otro analógico, con fotografías de la vieja cámara de mi padre. Los estilos serán muy diferentes, claro, el digital va a ser moderno, con aire fresco, colores limpios y objetos inanimados. El analógico tiene que ser un reflejo de lo tradicional, en blanco y negro, contrastes y gente de verdad en las imágenes. Me gustó escucharla hablar con ese entusiasmo.

—¿Cuándo viene Craig? —le pregunto a Blair en voz baja tras pasarle uno de los cartones de fideos.

Es tan chula que dice que se los va a comer con palillos. Y yo, por no ser menos, no he querido pedirle un tenedor.

—A finales de mes —responde con la boca llena. Qué poco decoro —. Vas a tener que dejar de aparecer por aquí. Ya sabes que te odia.

—A lo mejor deja de odiarme cuando me conozca. Me hago querer.

—No creas.

Hago una mueca y ella encoge un solo hombro.

—¿Y cómo os vais a apañar? No hay tanto espacio.

—Saldrás por esa puerta y no volverás a entrar, Sparks —me amenaza, y me señala con un dedo. Le lanzo una sonrisa torcida—. Craig dice que solo piensa pasar por aquí a dormir, así que le sobra

con el sofá. Sue ha sugerido que podemos comprar uno que se haga cama con el dinero sucio del póker.

—Eso suena tan mal como pensáis.

—No te metas. Ese dinero ha pagado la cámara, la matrícula de la universidad y la moto, en el fondo no le ha venido tan mal.

—No le digas eso a ella.

—No me oye, está en coma profundo —se burla de su amiga y, para demostrarlo, le pasa una mano por delante de los ojos cerrados —. ¿Ves?

—¿Quieres un rollito?

—Por supuesto. Y, hablando de rollitos... —empieza, pícara, y yo pongo los ojos en blanco, pero solo consigo que se ría entre dientes mientras sigue hablando—, ¿qué pasa con... esto? —Hace gestos con las manos para abarcarnos a los dos.

—No es el momento, ¿no crees?

—Os veis todos los días, Tyler.

—Somos amigos.

—Eso dice ella, pero pone ojitos cuando le mandas un mensaje.

Suspiro.

—¿Qué ojitos?

—Los mismos que pones tú cada vez que entras en esta casa y la ves.

Intento frenar la taquicardia. No hay quien pueda con ella últimamente. ¿Quiero sentir esto?: no. ¿Es el momento adecuado para no poder parar de mirarle la boca cada vez que me habla?: no. ¿Ha impedido alguna vez el no quererlo o el que no fuera el momento que yo terminara siendo un cretino?: por supuesto que no, señoría.

—Déjate de chorradas y cuéntame qué ha pasado con el infiel de tu curro, el de la tercera planta.

Sonríe. Le pierde el cotilleo, claro.

Hablamos en un tono moderado. Nos reímos bajito. Y los dos nos volvemos a mirar a Sue a la vez cuando ella se remueve en el sofá.

—¿Ty? —murmura, con la voz adormilada.

Abre los ojos apenas una fina línea y luego, cuando me encuentra enfrente, los abre un poco más, clava ese color gris en los míos y esboza una sonrisa demasiado leve para el caos que me provoca por dentro.

—Eh —la saludo, tierno. Me acerco un poco más a ella, aún sentado en el suelo—. ¿Te has dormido viendo *El club de la lucha*? No tienes vergüenza, Susie.

Cierra los ojos, pero agranda la sonrisa.

—Es la peor película que he visto en la vida. Una bandera roja enorme.

—Me caes muy mal esta noche.

Suelta una risita a un volumen mínimo. Levanto el brazo para acariciarle el pelo, pero me lo pienso mejor antes de llegar a hacerlo y lo dejo caer de nuevo sobre mi regazo. No se me pasa por alto la mirada que me dedica Blair, una que dice: «¿Lo ves? Te lo dije». La ignoro.

—¿Tienes hambre? —le pregunto a Sue.

Niega con la cabeza.

—Tengo sueño —dice, con los ojos entrecerrados.

Me pongo en cuclillas junto a ella.

—¿Quieres que...? —Dudo. Me lo pienso otra vez. Me decido—. ¿Te... te llevo a la cama? ¿Quieres?

—Pervertido.

Se me escapa una carcajada bajita.

—A dormir.

—Aburrido.

Consigue una sonrisa burlona a la par que adormilada y se incorpora despacio.

—Creo que puedo ir yo sola.

—Vale.

Vuelve a recostarse.

—Voy a dormir aquí.

Blair se ríe. Yo sonrío. Me levanto y me inclino sobre ella.

—¿Te ayudo?

Desliza los brazos hasta aferrarse a mi cuello y apoya la cabeza en mi hombro. La levanto pegada al pecho y cargo con ella hasta su habitación. Me coge la mano cuando la dejo sobre la cama y doy un paso atrás.

—Odio estas pastillas —murmura—. Quería cenar contigo.

—No pasa nada. Ya cenaremos mañana, ¿quieres?

Asiente con los ojos cerrados.

—Sí.

—Vale.

—Y pasado mañana también.

Sonrío.

—Trato hecho. Duerme, anda.

Asiente y hunde más la cabeza en la almohada.

—Ty —me llama antes de que pueda irme.

—Dime.

—Gracias por cuidarme, pero odio que me cuiden.

Me río, y ella eleva la comisura del labio solo un poquito.

—No te estoy cuidando. Somos amigos, ¿te acuerdas? Esto es lo que hacen los amigos.

—Mañana voy a cuidarte yo a ti.

Le acaricio el pelo y suelto la goma que ya apenas lo sujeta, para que no se enrede más.

—Buenas noches, suricata —le deseo en un susurro.

Ya no contesta.

Y yo me obligo a dejar de mirarla y salir de aquí para que pueda descansar.

42

Spread Your Wings



Sue

El aire trae el olor del salitre. La brisa es ligera y me revuelve el pelo muy suavemente, como en una caricia. La arena está caliente entre los dedos de los pies, aunque ya hace un rato que no recibe directamente los rayos de ese sol que está casi en el punto más bajo de su recorrido.

Me siento bien.

El romper de las olas amortigua el sonido de las agujas del reloj de pulsera que llevo en el bolsillo. El tiempo avanza y yo avanzo con él.

Tengo la sensación de haber dormido una siesta larguísima y estar todavía ubicándome en el nuevo espacio que he encontrado al despertar. Las pastillas no me dejan soñar. No hay pesadillas, pero tampoco hay Sam. Tampoco hay Clay. Y los quiero de vuelta porque el dolor y la angustia de revivir que los pierdo una y otra vez es preferible al vacío que me queda dentro cuando no están.

La última vez que soñé con aquella noche fue en casa de Tyler. Temo que su manera de abrazarme y devolverme a suelo firme cuando sentía que me ahogaba haya terminado con ese hilo invisible en forma de pesadilla que aún me unía a ella. A lo mejor el recuerdo recurrente, el sueño vívido, desapareció cuando lo puse en palabras y se lo conté a él en aquel viaje por carretera volviendo de Sacramento.

Sam y su sonrisa cuando me dijo que le habían dado la beca completa para esa escuela de *ballet* de Arizona, la promesa de llevarme con ella, los planes de huida, con mi hermano siempre de cómplice, feliz por mí, porque mi libertad iba inevitablemente entrelazada con la suya. Y aquella noche... me escapé por la ventana, Sam y yo nos encontramos a mitad de camino, subimos a su coche y nos besamos. Nos besamos tanto rato que se nos durmieron los labios y la ciudad empezó a despertar. La música sonaba a todo volumen cuando dejamos las casas atrás. Y entonces nos sorprendieron las sirenas. Ella aceleró al enfilar el puente. Tengo la imagen de los coches policiales cruzados al fondo, y la figura del monstruo en su uniforme de pie en medio de la calzada, tan clara como si aún siguiera allí, congelada para siempre en ese instante. Entonces vino el volantazo, el golpe, el chirriar de las ruedas. Y caímos al río. El impacto me hizo desaparecer un instante. Un parpadeo. El agua estaba helada, es lo único que consigo recordar. Creo que fue ella quien me soltó el cinturón, pero cuando llegué a la superficie y boqueé con los pulmones ardiendo, Sam no estaba a mi lado. Esperé. No apareció. Bajé a por ella y luché con todas mis fuerzas contra los brazos que me atraparon y me llevaron de vuelta a la vida. No volví a ver su sonrisa nunca más.

Clay asumió los golpes por la ira que *yo* había provocado.

Y ahora tampoco volveré a ver su sonrisa nunca más.

Ya solo viven en mis pesadillas y necesito recuperarlas para no perder esa parte de mí para siempre.

Voy a recuperar los sueños, sí. Y la decisión me ancla un poco más a la realidad y me da paz. Se está bien aquí. En este punto, en este lugar. En el momento en que tomas impulso al clavar los talones en el fondo y sales disparada hacia la superficie.

Siento su presencia y me muerdo el labio cuando las comisuras de mi boca se estiran perezosamente. Me cosquillea la piel de la nuca y sé que son sus ojos los que me observan y ponen alerta mi organismo. El estómago me da un saltito, como cuando vas demasiado rápido con el coche en una zona de desnivel.

Vuelvo la cabeza para mirar.

Ahí está, avanzando hacia mí por la arena, vestido de negro, con gafas de sol y las manos en los bolsillos. Su sonrisa responde a la mía tan rápido que lo que se dicen resuena en un mismo eco.

—Eh —saluda al sentarse a mi lado—. ¿Qué tal? ¿Ya has terminado la sesión?

Asiento. Enciendo la cámara y se la paso, para que pueda echar un vistazo a las imágenes en la pantalla. El muelle, la moto de agua solitaria flotando a la deriva, la bandera sobre la torre de vigilancia, las velas de quienes aún hacen *windsurf* en el agua. Se quita las gafas para mirarlas.

—Están genial.

Frunzo el ceño. Me inclino hacia delante para poder verlo desde otro ángulo y observar bien su rostro.

—¿Qué pasa, Ty?

Me dedica una mirada de reojo. Me devuelve la cámara y hunde los hombros antes de hablar.

—Hoy han mandado a Finn de vuelta a su casa.

Su melancolía se cuela por cada poro de mi piel y se incorpora a mi torrente sanguíneo. Lleva mucho tiempo preocupado por ese chico y, aunque no me ha contado mucho, entiendo la rabia y la impotencia que debe de estar sintiendo ahora.

—Lo siento. —Le acaricio el brazo, cubierto de tinta, y sus ojos buscan los míos—. Tal vez las cosas sean diferentes esta vez.

Hace una mueca. Sacude la cabeza con tristeza.

—Es un asco. No poder hacer más. Debería poder hacer más, y tengo las manos atadas. Su madre tal vez se esfuerce, sí, pero pasa algo con su padrastro y no sé qué es, porque él no lo ha querido contar. Debería haber algún modo de protegerlo de verdad. A él. A su hermana pequeña. Siento que las mismas historias no paran de repetirse una y otra vez. La tuya y la mía. Y, si no podemos cambiar las cosas, ¿para qué estamos aquí?

Me acerco más. Apoyo la cabeza en su hombro. Le froto la espalda suavemente y él se tensa bajo mis caricias antes de relajarse y dejar que su cuerpo gravite hacia el mío.

—Haces todo lo que puedes y lo haces bien —lo animo—. Marcas la diferencia para muchos de esos chicos, Tyler, no te olvides de eso.

—Ojalá.

—¿Y qué ha dicho Ethan?

—Ese cabroncete —resopla, y yo sonrío y, aunque no puedo verle la cara, sé que sonríe levemente también—. Se ha hecho el duro y el indiferente, pero va a echarlo de menos. Habían conectado muy bien, en el fondo.

Le dejo un beso breve en el hombro, sobre la camiseta.

—Todo irá bien, ya verás.

Se aparta solo para poder buscar mis ojos hasta que nuestras pupilas conectan y se quedan enganchadas.

—¿Eso es lo que piensas de verdad?

Sonrío de medio lado. Entiendo el doble sentido de la cuestión. ¿Todo va a ir bien? ¿Lo irá para mí? Supongo que nadie lo sabe, pero es el momento de tener esperanza.

—Sí, sí que lo creo —confirmo, y sus ojos bajan veloces a mis labios para atrapar la sonrisa que le dedico—. Daniels me ha llamado. Han detenido a esos tipos, por fin. Dice que me entregarán las cenizas pronto.

«En cuanto lo incineren», esas han sido las palabras. Me ha jodido un poco la sensación de inmediatez que transmitían. Han pasado dos meses desde la muerte de Clay. Recuperar a mi hermano ha resultado ser cualquier cosa menos *inmediato*.

—¿Estás bien?

Asiento.

—Estoy bien. Voy a dejar de tomar esas pastillas, me tienen atontada todo el día.

—Sue...

—No me sermonees, rubito. Sé que hay que hacer caso a los profesionales; el psiquiatra ha dicho que va a pautarme la retirada de la medicación. Además, ya me han derivado al psicólogo y estoy haciendo todo lo que me aconseja. Con las pastillas no puedo coger la moto y sabes que ahora tengo una mejor que la tuya.

—Quiero verte bien.

—¿Es que no estoy guapa? —bromeo.

Hace una mueca y me observa con un cuidado que termina por colorearme las mejillas.

—No quieres que conteste a eso.

Escondo la mirada y me mordisqueo el labio compulsivamente.

—Me ofendes.

—Todo lo contrario.

Carraspeo y me levanto, con la cámara colgada del hombro, para sacudirme la arena de los pantalones cortos.

—Anda, vamos, he reservado una mesa para cenar.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde?

Echo a andar sin esperarlo y sonrío para mí misma cuando lo oigo venir apresurado detrás de mí.

—Es una sorpresa —le digo sin volverme a mirarlo.

Me alcanza y me pasa un brazo por los hombros.

—Me encantan las sorpresas, suricata.

Le doy un golpecito con la cadera. La sonrisa lucha contra mi pose indiferente cuando lo oigo reír.

Y pienso que es fácil. Que la ansiedad pesa menos cuando la compartimos. Que los rotos y los descosidos son singularidades y no imperfecciones cuando es él quien los está mirando. Y que, durante este tiempo en que he sobrevivido a duras penas en modo automático, lo único que no he hecho por mera inercia ha sido pensar en él.

Me paso la cena observándolo mientras disfruta como un crío con cada tipo de *sushi* diferente que nos dan a probar, y su sonrisa se burla de mí cada una de las veces en que pongo cara de no estar muy convencida de comerme los bocados que me ofrece.

No paramos de hablar.

De lanzarnos pullas.

De hacernos insinuaciones.

De reírnos juntos.

Me gusta esto. Me gusta *él* mucho más de lo que me puedo permitir. Y no sé si tiene sentido despertar de un letargo y descubrir que lo único que queda del último año son las cosquillas que él consigue despertarme en la piel, pero es exactamente así como lo siento.

—Vamos a tomarnos una cerveza —sugiere cuando salimos del restaurante—. La tuya, sin alcohol.

—O dos.

—No más.

—No. No más.

Me guiña un ojo. Se me tensa la parte baja del abdomen.

Acabamos en un local del paseo marítimo. He dejado mis cosas en su coche y no me importa separarme de la cámara esta vez, porque sé que con él estará segura. Tyler pide los botellines en la barra. Yo lo observo todo el tiempo. Soy consciente de que no soy la única, pero, cuando él se vuelve y camina hacia mí, no parece percatarse de que haya nadie más alrededor. Brindamos antes de dar el primer trago.

Yo me encargo de la segunda ronda. El bar está empezando a llenarse de gente y tengo que sortear cuerpos para poder llegar de nuevo a su lado y darle su botellín. La chica que se había acercado a hablar con él desaparece cuando llego a su altura y él me sonríe. Les dedico a ella y a sus amigas una mirada de firme advertencia en cuanto Tyler está despistado, solo para marcar claramente el territorio de cada cual en este garito.

—¿Me voy un segundo y ya estabas ligando? —pregunto burlona.

Él sonríe de medio lado y su sonrisa activa algo profundo y primitivo dentro de mí. Quiero...

—¿Otra vez con tus celos enfermizos, suricata? —bromea. Se inclina hacia delante y me habla al oído—. Tranquila, no tengo ojos para nadie más que para ti.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral. Le miro la boca al echarme hacia atrás para ganar distancia.

«Ellas tampoco tendrán ojos como vuelvan a acercarse».

—Ojalá fueras tan guapo como piensas que eres, rubito.

Suelta una risita. Me pone una mano en la parte baja de la espalda para acercarme hacia él cuando un par de tíos enormes pasan por detrás de mí y me empujan sin querer. Nos clavamos las pupilas a una distancia tan ridícula que siento su corazón saltando entre su pecho y el mío.

—Te echaba de menos, Susie.

Entreabro los labios para poder coger aire. Sus ojos me abrasan justo en ese punto, y mi corazón se acelera. No solo por la cercanía o por la tensión, sino por el modo en que ha dicho eso. Por todo lo que significa.

—No voy a volver a irme —aseguro firme.

Su mano aún sigue quemándome la espalda a través de la camiseta y no parece tener ninguna prisa por apartarla. Sus ojos refulgen en algo parecido al orgullo cuando oye mi tono decidido.

—Sabes que sigues siendo la persona más fuerte que conozco, ¿no? Un dragón es incluso un poco patético a tu lado.

Me aprieto un poco más contra su cuerpo cuando un grupo pasa por detrás camino de la barra.

—Lo sé —confirmo—. No me siento débil por eso, Tyler, igual que no me sentiría menos fuerte si hubiera pasado una gripe.

—La última gripe que pasé me dejó hecho polvo —me cuenta, divertido. Su sonrisa ladeada consigue contagiarme. Luego la pierde de golpe—. Cuando murió mi padre tuve una época muy jodida, ¿sabes? Un día al salir de un entrenamiento me quedé el último en el vestuario, me senté en un banco y, de repente, no podía moverme. Me quedé paralizado. Del todo. Los músculos no me respondían. No sé cuánto tiempo estuve allí. Luego oí a lo lejos el carrito de la limpieza y me puse de pie, así, sin más. Empecé a tener ataques de ansiedad cada vez que tenía que salir de casa para ir a entrenar. Descubrí que era más fácil si planeaba hacer cosas que me

dieran un chute de adrenalina: jugar, apostar, poner mi deportivo al límite en las carreras... Sé lo que es.

Levanto una mano para acariciarle la mejilla. Cierra los ojos bajo el contacto y, cuando los abre, algo arde y palpita en el centro de sus pupilas. Baja la cabeza, pone la frente sobre la mía. Dejo que la música nos meza juntos, al mismo ritmo. Pongo una mano en su pecho; el culo de su botellín de cerveza me enfría el muslo cuando apoya la suya en mi cadera.

Desaparece todo el resto del bar.

El sonido de la música se difumina para ser sustituido por el de nuestros latidos, fuertes, ensordecedores y en la misma sintonía.

—Sue...

Me aparto bruscamente.

—Tengo que ir al baño.

Salgo huyendo y me escondo en el lavabo hasta que siento que puedo respirar con normalidad y la piel ya no me arde.

Suspiro cuando me miro al espejo. Tengo el pelo algo revuelto y enredado por el tiempo que he pasado antes en la playa, se me ha borrado el color del pintalabios y la raya del ojo es apenas un borrón después de todo el día. Desaliñado sexi, puede ser, pero desaliñado, al fin y al cabo.

Tyler me está esperando en la puerta cuando salgo. Da un paso adelante con actitud intimidante cuando un tío pasa por mi lado y me dice alguna gilipollez que no me molesto en escuchar y me da un apretón en la cintura. Levanta las manos y pide perdón ante la amenaza silenciosa en los ojos de Tyler y no como consecuencia de lo altísimo que lo mando a tomar por saco. Putos tíos, qué asco dan a veces.

—Ni se te ocurra marcar territorio conmigo —advierto al rubito, molesta.

Soy muy consciente de que yo he hecho exactamente lo mismo hace un rato, pero es que...

—¿Qué territorio, suricata? —Da otro paso adelante y mi espalda choca contra la pared al retroceder.

—Tyler...

Apoya una mano en el tabique a mi lado y agacha la cabeza para poner nuestros ojos a la misma altura.

—¿Tienes idea del modo en el que dices mi nombre?

—¿No?

—Me irrita.

—Genial.

—Me inquieta.

—Justo lo que buscaba.

Se acerca un poco más y mis latidos se descompensan. El cosquilleo de mi estómago se desliza hasta colarse entre mis piernas. Me mira con ese gesto hambriento y predador y yo me altero.

Me enciendo.

Me pongo *muy* cachonda.

¿Hace cuánto que no follamos? ¿Y por qué exactamente decidí que no era una buena idea volver a hacerlo? Ya, somos amigos. Es complicado. Él está... Él no está...

—Me pone... nervioso —sigue.

—No eres tan gallito cuando te enfrentas a alguien de la mitad de tu tamaño, ¿eh? —me burlo, con la voz tan firme como puedo.

Levanto la barbilla, el pecho se me agita al coger aire a trompicones. Sus ojos descienden por mi cuello y luego vuelven a subir hasta mis labios.

—Me rindo, nena —murmura—. Puedes hacer lo que quieras conmigo.

Quiero pegarlo a mí, sentirlo entre las piernas, gemirle al oído y que entierre los labios en mi cuello mientras me folla muy duro contra esta pared.

Me muerdo la lengua con fuerza para no decirlo en voz alta. Porque esto es... ¿Por qué *no* era una buena idea? Algo dentro de mí me grita que necesito recordarlo.

Me pego más a la pared, como si pudiera fundirme con ella hasta desaparecer.

—Estoy hecha un desastre. —Es lo único que me sale decir, no sé por qué.

Tyler me observa, como si me estuviera evaluando. Y luego me clava los ojos y me deja sin aliento cuando lo dice:

—Eres preciosa.

Necesito salir de aquí.

Lo aparto de un empujón y paso por su lado para abrirme camino hacia la salida. Abandono el botellín casi vacío en la repisa de una ventana.

Me detengo debajo del toldo extendido de la puerta del local cuando pongo un pie en la calle y me percato de que está lloviendo con fuerza. Con rabia. Estoy muy de acuerdo con el cielo. Yo también quiero gritar.

Miro cuando siento que se para a mi lado. Parece más relajado que yo, como si lo que acaba de pasar ahí dentro hubiera sido solo un espejismo. Como nosotros. Como aquel fin de semana.

—Deberíamos esperar a que pare un poco.

Alzo la mirada hasta encontrar sus ojos. No quiero esperar, no quiero seguir en pausa, no quiero refugiarme, ni esconderme. Quiero vivir. Y no puedo hacerlo en sus labios, así que lo haré en la tormenta.

Salgo decidida y avanzo bajo la lluvia hasta pisar la arena de la playa. Ya estoy empapada cuando oigo sus pasos a mi espalda. Extiendo los brazos, echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y abro la boca.

Su risa se me cuela en los pulmones y los hincha y siento que el pecho me va a explotar. No me hace falta verlo para notar perfectamente cómo se planta a mi lado. Espera un segundo, solo uno, y me coge la mano. Lo miro. Nos miramos. Y luego él cierra los ojos, levanta la cara hacia la lluvia y sonríe. Mis ojos recorren ansiosos cada punto de su rostro, para grabarlo a fuego, para hacer la mejor fotografía que vaya a ser capaz de capturar jamás. Las gotas pendiendo de sus pestañas, la humedad sobre sus labios, el fino arroyo que discurre por su garganta.

Le aprieto la mano. La mueve sobre la mía hasta entrelazar nuestros dedos.

Encajamos.

Imito su postura y dejo que las gotas de lluvia se fundan conmigo y me laman la piel.

Y, cuando suena un trueno sobre nuestras cabezas, los dos reímos en un mismo eco.

43

Run For Cover



Tyler

—Era un reencuentro demasiado intenso para mí.

—Vaya, iba a preguntarte si querías venir mañana al partido de Cam, pero supongo que eso sí que va a ser intenso para ti.

Hace una mueca y me pasa el último vaso. Luego se impulsa con las manos para sentarse en la encimera y observarme mientras termino de fregar lo que hemos ensuciado en la cena.

—No soporto a los jugadores de fútbol.

—Le pediré que se quite el casco cuando vayamos a cenar.

—No me acordaba de que era mañana cuando venía.

—Ha llegado hoy, pero tiene asuntos más importantes que verme la cara, ya sabes, es famoso y todo eso.

La miro de reojo e intento tragarme la sonrisa sin mucho éxito cuando veo esa mueca que estaba seguro de que iba a hacer. ¿Cómo puede ser tan absurdamente hilarante? Me hace reír todo el tiempo y con demasiada facilidad. Empieza a preocuparme.

También me irrita, claro, pero eso es más normal teniendo en cuenta que sigue siendo la misma mentirosa y lianta que conocí hace ya seis meses... ¿En qué momento ha pasado todo ese tiempo? ¿Cómo es posible que esta chica lleve medio año viviendo en mis pensamientos sin pedir permiso ni pagar el alquiler?

Esta noche no íbamos a vernos, porque Craig ha llegado a la ciudad y se ha instalado en el piso de Blair con ellas y se suponía que iban a cenar los tres juntos. Yo he estado esperando por si Cam tenía un rato libre y le daba por llamarme para tomar algo, pero no lo ha hecho. Debe de estar liado, mañana tiene partido. Y hoy habrá llegado cansado después del viaje con parada en Oregón incluida.

—¿Por qué vas a ir a verlo jugar, si te cae mal?

Le hago burla, imitándola con un tono de voz agudo mientras aclaro la vajilla. Me pega una patadita en la rodilla y el vestido se le sube un poco como consecuencia del movimiento. Se me escapan los ojos a esas llamas que le trepan por la pierna. Me obligo a dejar de mirar, porque no quiero ser así de cretino con ella.

—¿Me lo vas a presentar? ¿En plan oficial? ¿Voy a ser la afortunada que se sienta a cenar con el más codiciado de la NFL? —bromea.

—Solo si a él le parece bien —advierto para molestarla—. Y, además, no te hagas ilusiones, tiene un rollo que no sé muy bien de qué va con una periodista deportiva, ¿no has visto las fotos?

Todo el mundo ha visto las fotos. No me he atrevido a preguntarle a Ash por ello, pero, en fin, estoy seguro de que no ha podido perdérselas tampoco. Nada demasiado comprometido, solo él saliendo de un restaurante con esa rubia espectacular. Hacen buena pareja, supongo. También está esa en la que se los ve entrando en el portal de la casa de Cam en Boston. Y, bueno, esa otra..., la que

más le habrá dolido a Ashley con diferencia: una de ellos dos paseando a *Vodka* por un parque y riendo juntos.

—¿La ha traído? Si no está aquí, no será un impedimento para mi estrategia de caza del soltero de oro.

Me río entre dientes, aunque la verdad es que sí empieza a molestarme un poco la bromita.

—¿Tienes un plan? —me obligo a seguirle el juego.

—Al detalle.

—¿Y qué vas a hacer?

Me seco las manos con un trapo mientras la observo en espera de su respuesta burlona. Pero no responde con palabras. Se mueve sobre la encimera para acomodarse el vestido, no para bajarlo, sino para subirlo aún un poco más.

No sé si el plan es infalible para cazar al puto Cameron Parker, pero, desde luego, está funcionando demasiado bien conmigo. Sobre todo, cuando alzo la mirada hasta su cara y la encuentro con los ojos fijos en mí, brillando en picardía, y con el labio inferior atrapado entre los dientes, que muestra en una sonrisa algo lasciva.

Me sobra el pantalón. Me falta el maldito sentido común. Y tengo el autocontrol justo para no ceder al impulso de morderle la boca.

He perdido la batalla desde el mismo instante en que la he visto aparecer por mi casa para pedirme que le diera de cenar y le hiciera compañía hasta que Blair y su mejor amigo superaran la emoción de volver a estar juntos. Venía con el casco de la moto en el brazo, ese vestido negro, corto y roquero, y una sonrisa que me ha desarmado en menos de un segundo. Pero es que ahora estoy dispuesto a darle la victoria en toda la maldita guerra solo a cambio de que me deje besarla una única vez.

Me estoy volviendo loco.

¿Qué está haciendo conmigo?

—Muy sutil —consigo decir a media voz.

Ella sonríe un poco más.

—¿Funcionaría?

—¿Con Cam? No lo sé, es un poco mojigato.

Echa el torso hacia atrás y levanta las caderas lo justo para que me sea imposible no clavar la mirada en la insinuación de su ropa interior.

—¿Y contigo, rubito?

Tengo el corazón entre las piernas. Ni una gota de sangre en el cerebro. Se echa hacia atrás cuando me lanzo hacia su boca. Me coge la cara con una mano, apretando con las yemas de los dedos en mis mejillas, y me mantiene a unos torturadores centímetros de sus labios.

—Nena...

—¿Dónde crees que vas? —pregunta en un susurro burlón.

—Joder, Susie, me estás volviendo loco.

Me mira los labios. Sé que ella también lo siente. Sé que la tentación es demasiada para los dos y no solo para mí. Es imposible no ser consciente de este calor, de la tensión, de los impulsos eléctricos y la química entre nosotros.

Veo las dudas cruzando sus ojos grises una y otra vez. El sí y el no alternándose en su mirada.

Y lo sé. Sé que no es el momento. Que ella aún necesita cerrar un capítulo y estar mejor antes de lanzarse a cualquier cosa conmigo. Debería ser un buen chico y ser racional y alejarme y darle espacio y dejar que sea ella quien vuelva a acercarse cuando decida que podemos explorar qué es esto que no para de crecer entre los dos. Pero todo el mundo sabe que no soy el chico bueno, y también que nunca pienso en las consecuencias antes de tomar decisiones. Así que pongo las manos sobre sus muslos y disfruto del modo en el

que el aire se le escapa por los labios entreabiertos cuando las subo y las cuelo bajo su falda.

—No puedes llamarme nena —advierte, con los ojos clavados en los míos.

La observo, cada gesto y cada cambio en sus pupilas, mientras acaricio muy despacio el borde de su ropa interior con los pulgares.

—¿No puedo?

Niega con la cabeza. Se humedece los labios y traga saliva. Clavo los ojos en su cuello, justo en el punto donde lo que realmente quiero clavar son los dientes.

—Somos amigos, nene.

Asiento.

—¿Es eso lo que somos, mentirosa? —ronroneo.

Su respiración se agita aún un poco más.

—A lo mejor.

—A lo mejor...

Sus manos trepan acariciando mis brazos, cada trazo de tinta y cada músculo en tensión, hasta colarse bajo las mangas de mi camiseta y clavarme las uñas en los hombros.

Hundo los dedos en la carne de sus caderas, la agarro con firmeza y doy un tirón para acercarla al borde de la encimera y pegarla más a mí. Suelta un jadeo de sorpresa que termina en un gemido al mínimo volumen. Voy a explotar. Y lo único que quiero es que gima más fuerte.

Su aliento se me cuela entre los labios cuando están a punto de rozar los míos. Solo dos ridículos milímetros y...

Suena el timbre. Sue se aparta de forma brusca, con las mejillas teñidas de un irresistible tono carmesí, se baja la falda del vestido de golpe y me empuja hacia atrás.

Mierda.

Voy a matar al gilipollas que esté en mi puerta.

—No te muevas —le susurro, antes de alejarme para ir a ver quién es el futuro difunto.

Pero sé que el momento ya ha pasado. Que ahora está pensándolo mejor. Que se ha dado cuenta del lío enorme en el que estábamos a punto de meternos... otra vez. Porque recuerdo muy bien el día siguiente a aquella última noche en la misma cama en Sacramento. Y no tengo muy claro qué es lo que estaba pensando ella, pero sí que se repetía a sí misma una y otra vez que no deberíamos volver a hacerlo.

Piso con fuerza en mi camino a la puerta, cabreado. Pero es que es mejor así. Si esto pasa... necesito que Sue esté segura al cien por cien y no solo al noventa por ciento con probabilidad de arrepentirse después del calentón. Ya no es eso lo que quiero tener con ella. Abro de un tirón y el cuerpo se me tensa por la sorpresa y las cejas trepan por mi frente sin permiso cuando me encuentro los ojos verdes de Cam fijos en mí. Oscuros. Decididos. No espera a que lo invite a pasar antes de dar dos pasos dentro de mi casa y dejarme atrás.

—¿Sabes qué? *Sí* que vamos a hablarlo.

Oh.

Vale.

A lo mejor el difunto voy a ser yo esta noche.

No sé si estoy preparado para esto. Pero vale. Llevamos demasiado tiempo retrasando esta conversación pendiente.

Lo sigo. Casi choco con su espalda cuando se queda parado de golpe al encontrarse a Sue en mi salón. La oigo carraspear. Cuando puedo dar un paso más y ponerme a la altura de Cam, veo que ella, aún con las mejillas encendidas, ya ha recuperado su casco y su bolso y parece dispuesta a marcharse.

—Hola —saluda él—. Perdona, no sabía que estabais...

—Yo ya me iba —se apresura a decir Sue—. Mejor os dejo para que habléis.

Me mira a mí, indaga en mis ojos, y me pregunta sin palabras si estoy bien con esto o tiene que intervenir. Asiento muy levemente, para que Cam no se dé cuenta de nuestra comunicación no verbal. Ella da un paso adelante y mi amigo se aparta a un lado para dejarle vía libre, pero la muy chunga para delante de él y lo evalúa con una mirada intimidante de arriba abajo, antes de volver a centrar la atención en mí.

—Hablamos luego, ¿vale, Ty?

Una sonrisa amenaza la comisura de mis labios. Se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla y me susurra al oído:

—Llámame si necesitas refuerzos.

La sigo con la mirada cuando camina hacia la puerta. Me desmonta. Me fascina. Me tiene *muy* cachondo todavía, y esto solo lo empeora. Se vuelve antes de salir.

—Ah, por cierto, *Cam* —dice el diminutivo de una forma algo burlona. Sigue hablando cuando él se vuelve a mirarla—: ¿Todo eso que te habrá contado Vanessa sobre mí?: es verdad. Así que sé bueno, ¿quieres?

Le dedica una sonrisa afilada, peligrosa. Mis ganas de ir hasta ella y mordérsela aumentan exponencialmente.

Cam alza una ceja. No dice nada.

Y en un segundo Sue se ha ido y nos hemos quedado solos.

Vale, vamos allá.

O no. Creo que necesito enfriarme un poco si quiero poder mantener esta conversación en las condiciones que merece.

Mi amigo suelta un silbido bajo, impresionado.

—Vaya.

—Pilla lo que quieras de la nevera. —Aunque no es que tenga mucho—. Voy un segundo al baño.

El muy tonto suelta una risita a mi espalda cuando me oye decir eso. Lo ignoro. Lo oigo abrir la nevera antes de encerrarme en el baño. Suspiro largamente. Me miro al espejo. Creo que, entre mi aspecto y el evidente rubor de Sue, a Cam ya ha debido de quedarle bastante claro lo que estaba pasando aquí antes de que nos interrumpiera. Me lavo la cara con agua helada y luego me echo un poco también por la nuca.

Venga, Tyler, que tú puedes.

Observo mi reflejo solo por un instante más, respiro hondo y salgo para enfrentarme a la mayor cagada de mi pasado.

Cam ya se ha empezado una naranjada en botellita de cristal, como si estuviera en su casa, y tiene otra en la mano sin abrir, preparada para mí, si la quiero.

—¿Te apetece? —pregunta.

Asiento, más por tener algo entre las manos que llevarme a la boca cuando tenga que tragarme algunas palabras que porque realmente la quiera. La abre para mí, me la tiende y luego hace una seña para sugerir que nos sentemos en el sofá.

—Siento haberme presentado en el peor momento posible, no pensaba que Sue fuera a estar aquí, como me has dicho antes que te diera un toque si tenía un rato... Parece que no pierdes el tiempo, *Ty*.

Hago una mueca y él se ríe entre dientes. Disculpo con un gesto de la mano su don de la maldita oportunidad.

—Al final ha venido a cenar porque... Bueno, da igual. No importa. ¿Cómo estás? ¿Qué tal tu sobrina?

Se le ilumina la cara con una sonrisa dulce en cuanto oye la pregunta. Ha pasado unos días en Eugene antes de volar hasta aquí

para lo de ese partido que tiene mañana, porque su hermano y su cuñado acaban de adoptar a una niña.

—Bien. Adaptándose poco a poco todavía. Es muy pequeña y es muy miedosa y se asusta cada vez que me muevo, pero creo que nos vamos a llevar bien. En solo cuatro días ya es mi favorita de los Parker.

Me contagia la sonrisa.

—Me alegro. Los primeros meses no son fáciles, pero se irá haciendo a su nueva vida. Ha tenido mucha suerte con su familia definitiva.

Cam asiente. Luego da un trago a su naranjada, cambia la expresión y me mira a los ojos.

—¿Podemos hablar?

—Para eso has venido, ¿no?

Apoya los antebrazos en las rodillas y se inclina hacia delante para contemplar su bebida pensativo.

—Pensaba que no lo necesitaba, pero no paro de darle vueltas últimamente. Y quiero que me lo expliques, Tyler, de verdad necesito intentar entenderte. Y también necesito decirte unas cuantas cosas que me quedaron por decir entonces.

Asiento. Cuadro la mandíbula, preparándome para la tormenta.

—Vale. Empieza.

Vuelve a mirarme a los ojos, muy serio y con los dientes apretados.

—Eres un hijo de puta.

—Me lo merezco —suspiro.

—Eres una mierda de amigo. No como una mierda de amigo cualquiera, sino como la peor mierda de amigo del mundo. Y un cabronazo. Y, además, sabías de sobra lo que estabas haciendo..., lo

que *me* estabas haciendo, así que no tienes ninguna excusa que pueda valerme. Ni una sola.

Me recuesto contra el respaldo del sofá, sin dejar de sostenerle la mirada. Asiento otra vez.

—Sí —digo a media voz—. Sí, tienes razón. Solo déjame hacer una puntualización: no te sienta bien tanto egoísmo al decir eso. ¿Lo que *te* estaba haciendo? No eres el ombligo del mundo, lo siento, superestrella. Y obviamente estabas en el centro de todo, pero *no eras el centro* de todo. ¿Qué hay de lo que me hacía a mí? ¿De lo que se hacía *ella*? Es bastante obvio que no estaba pensando en ti y en lo que te estaba haciendo cuando lo hice, Cam, habría sucedido de otro modo de haber sido así. No lo hice para hacerte daño.

Deja la botella en la mesita con un golpe sordo y luego se pasa las manos por la cara y se retira el pelo hacia atrás, tirando de los mechones que le caen sobre la frente.

—No puedes decir que no pensaste en lo que significaría para mí, que no te diste cuenta o que no fuiste realmente consciente hasta después. Porque eso es imposible y es mentira.

—¡Joder, claro que sabía lo que significaría para ti, Cam! ¿Y tú? ¿Tienes idea de lo que significaba *para mí*? Después pensaba en ti y me mataba la conciencia, pero también pensaba en mí y en ella. Pensaba en los tres, no solo en uno.

Gruñe, tan alto que no me sorprendería en absoluto que se abalanzara sobre mí para arrancarme la maldita cabeza.

—Ah, tú pensabas en todo el mundo —dice entre dientes, con rabia—. Pero es que resulta que el último, el que sobraba en toda aquella ecuación, eras tú, Tyler. Eras tú el que no pintaba nada y deberías haber sido el último en el que pensabas cuando sabías lo hechos polvo que estábamos. Y será egoísta, muy bien, me da lo

mismo, porque en esa situación sí que deberías haberme puesto a mí primero.

Me incorporo, con las manos temblando y la culpa, la vergüenza y la rabia girando a toda velocidad en la boca del estómago.

—No seas injusto. Te puse a ti primero mucho tiempo, Cam. Mucho. Cuatro malditos años me pasé poniéndote por delante de lo que *yo* sentía. Yo también podría haberme cabreado, ¿sabes? Podría haberme hecho el ofendido y podría haberme dejado llevar por la ira y por la envidia y por todo el daño que me hacía verte cada día con ella y haberme alejado para protegerme. Pero, ¿sabes qué?, que te puse a ti primero. Porque no podía perderte y no podía vivir sin ti, y entre ella y tú te habría elegido a ti mil veces en aquel momento. Pero lo que sentía por ella no se fue, no se evaporó, solo creció y creció y siguió creciendo hasta que me ahogaba. Y te juro que no quería sentirlo y que me odiaba a mí mismo por ello, pero no lo podía controlar. No lo controlaba. Llegó un momento en que ya no era tan fácil elegirte solo a ti. Y luego... Créeme cuando te digo que prefería morirme a hacerte daño, pero lo que tenía dentro y era solo suyo ya llevaba tiempo matándome.

—No puedes ir de mártir en esto —me corta, seco y con una mirada de clara advertencia.

Me muerdo la mejilla hasta hacerme daño y me seco una lágrima que escapa sin permiso por la comisura del ojo derecho.

—Tú tampoco —me atrevo a decir—. Nos equivocamos los tres. Todos hicimos cosas mal en algún momento. Y acepto la culpa y entiendo que pienses lo peor de mí, pero no me creo, ni por un segundo, que tú lo hubieras hecho mucho mejor de haber estado en mi lugar.

Me asesina con la mirada. Pero veo por detrás de sus pupilas. Sé que lo está pensando, que está esperando a tener algo muy bueno

con lo que poder rebatirme y no lo encuentra.

—No lo sé —dice al final, y deja caer los hombros—. No lo sé, Tyler.

—No puedo hacer nada más que repetir que lo siento. Que me arrepiento de haberte hecho tanto daño más que de ninguna otra cosa en mi vida. Y sé que piensas que, para mí, para nosotros, era fácil y que nos estuvimos riendo de ti, pero eso no es para nada lo que pasó, Cam, te lo aseguro. Fuimos tres los que acabamos destrozados y no creo que la situación de ninguno fuera sencilla. Tal vez yo me lo merecía y tú no, eso no te lo discuto. Pero no quiero que pienses que yo estaba brindando con champán mientras tú sangrabas, porque no fue así. Ni de lejos.

Se está mordisqueando el dedo pulgar y vuelve a recuperar la botella y da un sorbo largo. Sacude la pierna de arriba abajo en un movimiento compulsivo que empieza a ponerme nervioso.

—Cuéntamelo —pide a media voz.

Se me encoge el corazón tan fuerte que duele y me corta el aliento.

—¿Qué?

—Cuéntame todo lo que pasó entonces. Porque necesito intentar entender qué se te pasaba por la cabeza.

Respiro hondo.

—Lo que se me pasaba por la cabeza era que tenía que elegir entre mi mejor amigo y el amor de mi vida y no fui capaz.

Hace una mueca cuando me oye referirme así a Ash, pero que se joda. No es el único que lo sentía así y no puedo ignorar mi corazón solo por tener en cuenta el suyo.

—Sí que elegiste.

—No, no lo hice. No supe cómo. Solo sentía que iba a terminar de perderme y a morirme, aunque siguiera viviendo, si no intentaba

estar con ella de una vez; y sentía que iba a desgarrarme y desangrarme si te lo decía y lo hacía real y te perdía a ti. Así que lo hice todo de la peor manera posible, solo porque tenía miedo. De perderte a ti y de perderme a mí.

Aprieta los dientes y también los puños. Por un segundo tengo miedo de que reviente el cristal de la botella y se corte la mano, pero la tensión sube rápido a sus hombros y parece hacerse más grande, más intimidante.

Un más que digno rival para mí; tan solo un bocadito para la suricata. ¿Cómo puedo estar pensando en ella en un momento como este?

—Cuéntamelo —insiste.

¿Cómo...?

—Joder, vale. Empezó porque ella vino aquí a un congreso y fui a buscarla para estar con ella, para animarla, porque lo estaba pasando mal y todos lo sabíamos. Estábamos... Fue un segundo, un instante en que la miré y sentí que de verdad iba a desintegrarme y desaparecer si no la besaba. Así que lo hice. No me di cuenta de que ella solo respondió por razones equivocadas. Por todas las peores razones del mundo. Pero eran las suyas, era lo que tenía, lo que estaba pasando y...

—No.

Cam se levanta de golpe, sobresaltándome, y camina de un lado a otro del salón.

—Cam...

—No me hables de lo que sentía ella o de lo que pensaba ella, Tyler, me da igual si son conjeturas o si es su declaración jurada, no quiero saberlo. No hables de ella. Solo tú. Dime qué pensabas tú.

—¡Ojalá hubiera podido pensar, Cam! —exclamo, y me levanto también, para enfrentarme a él—. ¿No lo ves? ¿De verdad no puedes

imaginarte lo que era estar en mi lugar? Porque yo llevo mucho más de un año imaginando lo que era estar en el tuyo y ya me he machacado bastante.

Vuelve hacia el sofá hasta llegar a mi lado, se deja caer sentado en el cojín, esconde la cara entre las manos y se pone a llorar.

Caigo de rodillas al suelo, junto a sus piernas, y lloro yo también.

—Lo siento. Cam, lo siento muchísimo —repito—. Te juro que si pudiera me lo quedaría yo todo. Todo el dolor. El de los tres. Ojalá pudiera sentirlo solo yo. Ojalá me doliera solo a mí, aunque fuera insoportable. La cagué del todo contigo y me siento horrible por ello.

Cam se seca las lágrimas con furia. Me asesina con la mirada. Y luego habla de nuevo:

—Empieza desde el principio.

Así que ignoro el nudo que me retuerce las tripas y obedezco. Hablo. Él se abre otra naranjada. Yo me abro en canal. Y le cuento todo: lo que sentía, lo que no era capaz de pensar, lo que me dolía... Y también todo lo de después, todo eso que Sue dice que tengo que contarles a mis amigos porque merecen verme. Porque *yo merezco* que me vean.

Ni siquiera sé qué hora es cuando Cam se apoya en la encimera, dándome la espalda, hunde la cabeza entre los hombros y habla a media voz:

—No sé si puedo perdonarte y tampoco sé si puedo dejar de sentir lo que siento con respecto a ti. Pero a lo mejor sí que puedo intentar entenderte.

Es la mejor persona que conozco. Y yo soy...

Mereces la pena, Tyler Sparks.

Quiero llorar. Quiero oírla a ella decirlo otra vez porque, si lo hace, voy a morirme de ganas de poder creerla.

Doy un paso más hacia Cam. Los dos estamos cansados y apagados. Hemos gritado, hemos llorado y también hemos pasado minutos enteros en silencio, oyéndonos pensar.

—Dame una hostia.

Se vuelve a mirarme con el ceño fruncido.

—¿Qué dices?

—Dame una hostia —insisto, y estiro los brazos a los lados, exponiéndome—. Vamos, los dos nos sentiremos mejor. Dejaremos de tener la maldita sensación de que aún me la debes. Dame. Venga. Con todas tus fuerzas.

Resopla y sacude la cabeza.

—No voy a darte una hostia, Tyler, ¿eres imbécil?

—¿Voy a tener que suplicártelo?

—Eres gilipollas, de verdad.

—Mira, parece que ya no vamos a ser hermanastros y yo necesito tenerte en mi vida de alguna manera, así que, si no es esa, tengo que conseguir que al menos intentes ser mi amigo. Es jodido, y entiendo que no puedas o no quieras hacerlo, ¿vale? Pero será más fácil que te lo plantees si te sacas de dentro esa rabia. Pégame.

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

—Vamos, solo una vez. Aquí, este es mi lado bueno. —Me señalo la mejilla izquierda y tenso los músculos de la mandíbula—. Venga, tío, lo estás deseando.

Tiene los puños apretados a los lados del cuerpo, así que creo que sí que lo está deseando de verdad.

—Mejor me voy.

—Nos sentiremos mejor.

—Claro que no.

—No seas cabezota, Cam. Vaya, como si no me hubieras pegado nunca antes... Vamos, mira qué preciosa carita.

—Vete a la mierda.

—Me la debes y llevo demasiado tiempo esperándola.

—Apártate.

Ni siquiera me mira cuando da un paso adelante para dirigirse a la puerta. Y yo no puedo dejar que se vaya así y sentir que dejamos inconcluso este punto de inflexión entre nosotros dos. Así que suelto la artillería pesada y me atengo a las consecuencias.

—Cam. —Me mira, y nos desafiamos con los ojos durante unas décimas de segundo eternas—: Hazlo por Ashley.

El puñetazo me cae tan rápido que no lo veo venir. Y, por supuesto, no va a mi magnífico lado izquierdo, sino al derecho porque me lo da con su mano dominante. Qué cabrón. El dolor me estalla en la mandíbula al mismo tiempo que en el costado, donde me golpeo con la esquina de la mesita al caer al suelo.

—¡Ah! ¡Joder!

Me llevo la mano a la cara al notar el sabor de la sangre en la boca. Me tumbo de espaldas y me paso la lengua por el labio para recoger el líquido viscoso que escurre hacia mi barbilla. Escuece un montón.

—Mierda. Mierda, Tyler, lo siento. ¿Estás bien?

No puedo abrir los ojos. Aún me retumba el golpe dentro del cráneo. Levanto el brazo izquierdo y le enseño el pulgar para que no se preocupe tanto.

—Estamos en paz —medio bromeo.

—Una mierda —bufa cabreado.

Suelto una risita que me atraviesa la cabeza en forma de latigazo. Y lo oigo responder con una parecida. Eso es bueno. Eso me alivia un poco el sufrimiento.

Lo oigo trastear por la cocina y luego se acerca. Se agacha y me tira del brazo para obligarme a incorporarme.

—Anda, ten.

Me pone un trapo que envuelve unos cubitos de hielo contra la mejilla. Me quejo y lo sujeto yo mismo mientras me siento con las piernas estiradas. Él se sienta a mi lado. Veo que tiene otro trapo con hielo contra los nudillos.

—Tengo la cara dura, ¿eh? —alardeo.

—Como el puto cemento, cabrón.

La primera carcajada es solo mía. El resto ya no.

—¿Te sientes mejor? —pregunto en voz baja poco después.

—No. Pero tú te sientes peor y con eso me vale de momento.

—Qué sádico.

—¿Te duele?

—Sabes que sí, no te regodees.

Se vuelve a reír y yo sonrío. El escozor del labio merece la pena, sin duda. Se pone de pie y me tiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo. Esta vez, cuando quedamos frente a frente y nos miramos a los ojos, hay más entendimiento que rabia en sus pupilas. Y sé que quizá nunca lo solucionemos todo, pero podemos empezar a reconstruirlo.

—¿Lo podemos intentar? —propongo esperanzado.

Me mira. El pómulo, el labio..., los ojos.

—Lo intentaremos —murmura al final.

Asiento.

—Gracias.

—¿Por la hostia?

—Sabes que me gusta jugar duro.

—Cierra la boca de una vez. Eres un tremendo idiota.

Voy a decir algo, pero justo entonces mi móvil empieza a sonar en algún lugar del mueble. Me acerco a mirar quién es, porque ya hace rato que ha entrado la madrugada.

Kowalski.

Miro a Cam extrañado, y él alza las cejas en una pregunta silenciosa. Se acerca antes de que yo descuelgue, y no tengo dudas de que puede oír casi perfectamente lo que se dice al otro lado de la línea.

—¿Kowalski?

—Jefe, tenemos un problema.

—¿Un problema? ¿Y dónde está Andrews?

—No. Es un problema para el que tú nos pediste expresamente que te avisáramos a ti y a nadie más.

Oh, oh. ¿Qué ha hecho la suricata ahora?

—¿Qué ha pasado?

—Tu chica de bolsillo y su amiga la matona han montado una pelea en la sala.

Puedo oír a Sue de fondo, protestando por el modo de referirse a ella y llamándolo «cretino».

—¿Que han hecho qué?

—Las tengo retenidas en el despacho de Harvey. ¿Qué quieres que haga con ellas?

—Solo una cosa, Kowalski.

—Dime.

—Que no te maten, ¿vale? —bromeo.

Me ríe la gracia con pocas ganas.

—Ven y ocúpate tú de *tu* problema.

Cam me mira con una ceja alzada y media sonrisa divertida cuando cuelgo.

—Debería ir —digo mientras me dirijo hacia el baño y él me sigue solo un paso por detrás—. Parece que ahora soy tutor legal y no me había enterado.

Él suelta una risita; yo, un respingo cuando me desinfecto la herida del labio con lo que tengo a mano en el botiquín.

—Voy contigo. Ya es hora de que me enseñes tu club.

44

You Take My Breath Away



Sue

Creo que es el alcohol lo que me hace seguir soltando risitas tontas a pesar de la mirada de pocos amigos de Kowalski, que ha vuelto hace solo unos segundos y nos vigila como un halcón. Andrews tampoco está muy contento, aunque no sé si es por nuestro numerito de antes en plena pista de baile o porque Joe *el bombero* ha cortado con él hace un par de horas. La noche es trágica, como se puede ver. Bueno, no para Craig, claro, que no para de repetir que ha llegado justo a tiempo y de lanzarle al socio de Tyler miraditas coquetas que el otro parece no pillar.

A Blair le hace muchísima gracia que nos tengan aquí castigadas como si nos hubieran pillado robando un jersey en el centro comercial y es por eso (y solo por eso) por lo que aún no he mandado a todo el mundo a la mierda y me he largado. Tal vez las discusiones reiteradas para defender nuestra inocencia con todos los miembros de la plantilla también me estén manteniendo entretenida.

Y entonces entran ellos.

Me imagino lo que sería para las adolescentes de hormonas revolucionadas verlos pasearse juntos por los pasillos del instituto. Sin duda, son todo un espectáculo. Pero yo no le dedico al jugador de la NFL ni media mirada, si tengo que ser sincera conmigo misma. Clavo los ojos en los de Tyler y me muerdo el labio —aunque me duele horrores— cuando su expresión dura y de reproche me humedece la ropa interior. Todas las cosas interesantes que podríamos hacer con ese cabreo... Me incorporo, levemente alarmada, cuando se acerca un poco más y veo el corte de su labio, a juego con el mío, y la marca del golpe en su pómulo.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —gruñe—. ¿Es que hay que atarte con una correa y ponerte un bozal, Sue?

Suelto un gemido burlón y le dedico una sonrisa pícara que duele.

—Me encantaría probarlo.

Estiro las manos y las junto, para incitarlo a atarme las muñecas. Blair se ríe a carcajadas, sentada a mi lado en una silla igual a la mía. Tyler resopla.

—No tiene gracia. ¿Qué ha pasado?

Pongo cara de buena.

—Han empezado ellas.

Es toda la verdad, aunque no lo parezca y nuestra mala fama no ayude. He llamado a Blair cuando he salido de casa de Tyler y me he ido hasta nuestro barrio para unirme a ellos, que estaban tomando algo en un bar. Craig es superdivertido y todo lo contrario a nosotras en apariencia, pero quizá precisamente eso nos ha hecho encajar desde el principio. La cerveza estaba barata y nosotros teníamos ganas de divertirnos. Ya habíamos bebido lo suficiente cuando yo he propuesto que fuéramos a bailar. Y sé, sin ninguna duda, que había bebido ya bastante porque cuando Blair ha sugerido que viniéramos

aquí me ha parecido una buenísima idea. Kowalski nos ha colado, Bree nos ha servido gratis y Andrews ha llorado en mi hombro cuando Joe *el bombero* ha salido enfadadísimo del local. Le he dicho que es mucho mejor un ex resentido que un novio celoso y controlador, pero me parece que aún no está en el punto de poder apreciarlo, la verdad. Y, luego, Blair, Craig y yo estábamos dándolo todo en la pista de baile cuando han aparecido ellas. La ex de mi compañera y su panda de amigas. Ahí me he arrepentido un poco de subestimar a los exes resentidos. La chica (pijita, mona, para nada del rollo de Blair) la ha acusado de haberla tratado mal, ha insinuado que ya la ha sustituido por mí y me ha mirado con desprecio. Luego, una de sus amiguitas le ha levantado la mano a Blair. No ha tenido tiempo de bajarla porque, para cuando ha querido hacerlo, yo ya le había saltado al cuello y se lo estaba apretando con el brazo. Y ahí ha sido cuando todo se ha descontrolado. Craig ha dado dos pasos atrás como un cobarde y ha seguido bebiendo su cóctel con pajita mientras contemplaba el espectáculo. Blair y yo, por otro lado... Kowalski ha tenido que pedir refuerzos para disolver el conflicto. A ellas las ha echado..., a nosotras nos ha «arrestado».

Tyler se acerca un poco más y se inclina hasta poner la cara frente a la mía.

—Susie... —dice en un tono de advertencia supersexi.

Mierda, el alcohol.

—Taylor... —respondo, con el ceño fruncido igual que él, burlona.

Veo con el rabillo del ojo cómo ese tal Cam nos observa, muy interesado en nuestras interacciones. Hasta me parece oírlo soltar una risita.

Tyler niega con la cabeza. Acerca la mano y suelto un respingo cuando me toca el corte del labio.

—¿Qué ha pasado? —vuelve a preguntar.

—Han empezado a tirarse de los pelos con cuatro chicas en medio de la pista —se chiva Kowalski.

—Nosotras no nos tiramos de los pelos, *cariño* —replica Blair, que ya ha pillado el lenguaje del amor del grandullón, y yo me trago una risita porque Tyler sigue mirándome muy serio y muy fijamente—. Les hemos dado con los puños. Y tampoco eran «chicas», eran la resentida de mi ex y su pandilla de pijas de barrio. Han empezado ellas. Las hemos acabado nosotras.

Estira el brazo y yo no despego la mirada de Tyler cuando hago lo mismo hacia ella y le choco el puño. Él aprieta los labios con desaprobación y yo me aguanto la sonrisa.

—¿Qué dije de mi club?

Hago pucheros, aunque me tire la herida.

—¿Que no volviera? —pruebo—. Soy la fotógrafa. Andrews me paga.

Andrews, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, chasquea la lengua.

—Despedida.

Kowalski y yo nos reímos a la vez. Se pasa el día despidiendo a gente cada vez que alguien le lleva la contraria, pero creo que nunca ha echado a nadie de verdad.

—En serio, han sido ellas. Solo nos hemos defendido.

—Confirmo —nos apoya Craig.

El rubito le lanza una mirada contrariada.

—El que faltaba.

—No sabes lo contentísimo que estoy de volver a verte, Sparks.

Gruñe y vuelve a centrarse en mí.

—Tú tenías ganas de bronca hoy, ¿no?

Le pego una patadita suave y dejo el pie pegado a su pantorrilla, para ascender lentamente hacia el muslo. Se aparta bruscamente y

se agacha a mi lado para mirarme a la cara más de cerca.

—Tenía ganas de otra cosa, pero he tenido que canalizar la energía, ¿sabes? ¿Tú también? Porque no puedes venir a hacerte el maduro y responsable con ese labio. —Se lo toco y él se aparta con un quejido—. ¿Qué ha pasado?

Lanzo una mirada envenenada al puto Cameron Parker, porque tampoco hace falta ser muy lista para saberlo, y no necesito esperar la respuesta.

—Nada —lo defiende Tyler, en un tono firme y de clara advertencia.

Su amigo y yo nos seguimos sosteniendo la mirada. No parece intimidado, pero no pasa nada porque aún ni he empezado con él.

—Has tenido suerte de que ya haya terminado por hoy, Parker.

Blair suelta una carcajada que resuena en el despacho, compitiendo con la música que se cuela desde la sala.

—Sí, Parker. Una suerte para ti. Ya hemos repartido bastante justicia por esta noche.

Intento aguantarme la risa, pero ella se contagia y terminamos riendo las dos como un par de tontas.

—¿Era justicia eso que he visto? Porque *yo* he pasado miedo —exagera Kowalski, que parece divertido, y se señala a sí mismo y su envergadura.

—Bisexuales contra lesbianas, era la batalla de una guerra ya anunciada —sigue Blair.

—No volverán a decir que sois demasiado cobardes para admitir que sois lesbianas y por eso salís con tíos —se une Craig, apoyando la causa ahora que ya ha pasado toda la movida.

—Ni que lo que pasa es que somos unas promiscuas —añade Blair.

—Ni que no somos del colectivo si estamos saliendo con un hombre —aporto.

—Exacto. —Mi amiga me señala con un dedo—. Las hemos machacado.

—Ha sido superdivertido —digo en una risita.

—Vuestro concepto de la diversión deja bastante que desear —protesta Andrews desde la puerta.

Le dedico un puchero y él me hace un corte de mangas.

—Harvey, no estés triste, ese tío era un gilipollas y podemos ir y pegarle también a él, si quieres.

Me mira con desaprobación. Tyler se vuelve hacia su socio.

—¿Qué ha pasado?

—El bombero se ha largado —le pone al día Kowalski.

—Joder. ¿No puedo faltar ni una noche? Venga, vamos, se acabó. Vosotras dos. —Tyler nos señala a Blair y a mí—. A mi despacho.

—Uuuuuuuh —entonamos las dos a la vez.

Me tiende la mano. La cojo y dejo que tire de mí para ponerme de pie. Me retiene con una mano en mi cintura cuando voy a pasar por su lado y los demás ya están abandonando el almacén.

—¿Estás bien?

Lo miro a los ojos.

—Sí. ¿Y tú? ¿Estás bien? —Le acaricio el pómulo con los nudillos y hace una pequeña mueca—. Voy a destrozar a ese imbécil.

Me rodea la cintura con el brazo y pega mi espalda a su pecho para retenerme cuando intento avanzar. Baja la cabeza y me habla al oído.

—No, tú no vas a destrozar a nadie, suricata. Esta me la merecía, así que sé una buena chica e intenta llevarte mejor con Cam que con Vanessa, ¿vale?

Suelto un resoplido cuando oigo eso de «buena chica» y él se ríe. Le pego un codazo para que me suelte. Me vuelvo a mirarlo y siento el alcohol de mis venas darme impulso para decir cosas que me había convencido de que era mejor no dejar salir en forma de palabras.

—No estamos muy de acuerdo en cuanto a lo que mereces, rubito. Y, si ese tío, jugador de la NFL o no, vuelve a tocarte, no voy a ser una «buena chica».

Sonríe de medio lado mientras me observa, aunque el labio le moleste, y se inclina para hablarme al oído.

—¿Puedes dejar de ponerme cachondo esta noche, nena?

Me aparto, algo turbada, y salgo del despacho de Andrews y adelanto a los demás camino del de Tyler. Espero hasta que él abre con la llave, me cuelo dentro y me siento sobre el escritorio. Me inclino para abrir el cajón y pescar el paquete de tabaco que siempre tiene ahí. Le lanzo un cigarrillo a Blair, que ya se ha sentado en el sofá con Craig a su lado, y luego le paso el mechero. El rubito hace una mueca, pero no dice nada ni nos prohíbe fumar aquí. Bree entra enseguida con cinco cervezas. Las deja a mi lado y nos sonríe.

—Por si la discusión os da sed.

Blair, Craig y yo damos las gracias al unísono, con voz alegre. Cam se hace con una enseguida, como si quisiera disfrutar del espectáculo al «modo Craig». Tyler frunce el ceño.

—¿Tú les has dado bebida a estos tres? ¿Se la has cobrado siquiera?

Ella sonríe inocente.

—Claro que no. Tú me dijiste que le sirviera a Sue todo lo que ella quisiera y te lo apuntara a ti. No has dado ninguna orden contraria después de eso, así que...

Me guiña un ojo cuando él gruñe y luego se marcha del despacho riendo y cierra la puerta tras ella para darnos intimidad.

—¿Cómo te va la vida, Cam? —pregunta Blair, que cruza una pierna sobre otra, da una calada al cigarrillo y se lame el labio superior despacio, en una especie de amenaza velada.

—Me alegro tanto de volver a verte, Blair —responde él en el mismo tono irónico—. No me ha sorprendido nada de nada que sea en estas circunstancias.

La sonrisa de ella crece y se afila.

—¿Recuerdas vuestra pequeña caza de brujas? Os conjuré mal de amores a los dos... ¿Cómo os ha ido?

Uh, esa ha dolido, según parece. Cam aprieta los labios en una línea fina y la tensión en sus hombros se vuelve más que evidente. Tyler da un paso a un lado y fulmina a Blair con la mirada. Sé de qué va esto en parte, pero me muero por que mi amiga me cuente el chisme completo.

—Sí que eres una bruja, amor, en eso tenían razón —canturrea Craig.

Blair suelta una carcajada.

Venga ya, yo también quiero ser parte de eso. Hablo con el cigarrillo entre los labios:

—Eh, yo también quiero ser una bruja.

Craig se ríe.

—Tú ya formas parte del aquelarre, chica. Solo necesitamos un símbolo para hacerlo oficial. ¡Oh!, he tenido una idea.

Tyler carraspea, nos mira a los tres y sacude la cabeza con desaprobación.

—¿Puedo dejaros aquí y confiar en que no vais a quemarme el club?

—Claro —dice Craig.

—Bueno... —dice Blair.

—¿Por qué no te la juegas, rubito?

Él me clava la mirada y se relame la herida del labio. No dice nada. Y yo vuelvo a mirar ese labio. El pómulo. Y quiero curarlo. Quiero evitar el dolor. Quiero borrar las marcas y hacerlo sentir bien.

A lo mejor estoy...

Cam le da una palmada en el hombro y corta nuestra conexión de miradas. Menudo idiota. Me encargaré de que le quede claro lo que pienso de él más adelante. En cuanto tenga oportunidad.

—Venga, te enseño el club —le dice el rubito.

Y luego los dos salen del despacho hablando entre ellos.

Miro a mi nuevo aquelarre. Me echo a reír cuando Blair farfulla unas palabras sobre lo estirado que es el puto Cameron Parker. Y luego Craig nos cuenta esa idea maravillosa que acaba de tener.

Están ya cerrando cuando Tyler se asoma a decirnos que es hora de irse. Viene solo. Mis amigos se levantan de un salto y se dan prisa en ir hasta la puerta del despacho.

—Te esperamos fuera, Sue —me dice Blair.

Craig me guiña un ojo.

Y Tyler cierra la puerta en cuanto han salido, cruza hasta el baño y está de vuelta enseguida con un pequeño botiquín entre las manos.

—¿Dónde está el puto Cameron Parker?

Sonríe de medio lado, muy levemente, cuando me oye llamarlo así. Intenta dedicarme a la vez una mirada de reproche, pero parece más cansado que molesto.

—Se ha ido hace unos diez minutos. Mañana tiene partido y al final se ha alargado la noche. Ha sido intensa, además.

Me aparto hacia atrás cuando me acerca al labio un algodón empapado en algo que seguro que escuece.

—¿Estás bien? —le pregunto, sin medir la cantidad de dulzura que imprimo a mi voz.

Me mira a los ojos. Sonríe de verdad.

—Sí. Estoy bien. Ha sido bueno. Ha ido bien.

—Te ha dado una hostia, Tyler —observo.

Me coge la cara con una mano para obligarme a estar quieta y pasa el algodón con cuidado sobre el corte. Me quejo con un respingo y sus comisuras se elevan en una burla silenciosa. Retira el algodón y sopla con mimo. Mis pupilas se pierden en sus labios.

—Vaya, la suricata malota se queja por un poquito de escozor.

—Cállate, cretino.

Sus ojos vuelven a los míos y me sonríe.

—Casi le he tenido que suplicar que me pegara.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

Se encoge de hombros.

—Porque me la merecía. Y porque la tensión entre los dos lo requería. No puedes querer matar a todos mis amigos, nena, eso no nos viene bien.

—No me llames nena.

—¿Qué pasa si quiero hacerlo?

Se me corta la respiración cuando se acerca un poco más tras plantear eso con voz ronca. Su mirada me abrasa los labios y me quema en las pupilas de forma alterna. Una vez. Y otra. Y, luego, otra más.

No digo nada. Cojo el algodón que él ha utilizado conmigo y lo presiono contra ese punto herido de su labio, solo para evitar la tentación.

—Debería irme, me están esperando.

Asiente. Se echa hacia atrás para dejarme algo más de espacio y yo me bajo de la mesa y recojo mi bolso.

—¿Me prometes que no vas a meterte en más líos, nena?

Vuelvo la cara para mirarlo por encima del hombro y sonrío.

—Sabes que no puedo.

Sus ojos me recorren por entero y niega con la cabeza muy despacio, como si me diera por imposible. Camino hasta abrir la puerta del despacho. Fuera, la música que suena es mucho más baja y tranquila, y ya apenas quedan unas cuantas personas abandonando el local.

Pienso algo. Viene de pronto, como un rayo, una certeza, algo que sé que tengo que decir y no puedo callarme, aunque sea la mayor tontería del mundo.

Me giro hacia él desde el marco. Todavía está ahí plantado, sin apartar los ojos de mí.

—¿Sabes? A mí me pareces mucho más guapo que tu amigo el receptor.

Sus ojos relampaguean, sonríen, y me persiguen hasta que ya estoy tan lejos que empiezo a echarlo de menos.

45

I Feel It In My Bones



Tyler

—¿Qué tengo que hacer?

Sue se mueve por el espacio como si fuera suyo, me señala un punto en medio de la habitación y empieza a encender un montón de luces montadas en unos palos gigantes y con una absurda sombrilla detrás.

—Ponte ahí.

Me sitúo donde ha indicado, en el centro de todo, y tengo que entornar los ojos para evitar que la iluminación me haga daño en las pupilas.

—Vale, necesito menos luz...

—¿Tú crees? —ironizo.

Vuelve la cabeza y me dedica una pequeña sonrisa de disculpa que me roba el aliento. Luego sigue preparando el escenario de la sesión fotográfica como si nada. Como si no se diera cuenta de lo que despierta en mí sin proponérselo.

He venido hasta el campus de la universidad para posar para ella. No tengo ni idea de cómo se supone que se hace esto, pero me lo ha pedido como un favor y no he podido negarme. Además, ya les ha hecho retratos a todos los demás, incluso a Andrews y a ese idiota de Craig, empezaba a indignarme un poco que a mí no me tuviera en cuenta. Lleva la cámara de fotos que le regaló mi madre colgada del cuello y tiene la otra, la nuevísima y buenísima, sobre un trípode delante de donde estoy. Es casi la hora de cenar, porque, a pesar de que aún estamos a principios de septiembre y el curso no ha hecho más que empezar, las salas de su facultad están muy solicitadas y no es fácil reservarlas, y menos a una hora decente.

—Vale —dice, y se acerca a mí, evaluando mi posición—. Puedes sentarte, ponte cómodo, no seas un palo, Ty, vas a salir feísimo.

—Imposible.

Suelta una risita.

—Engreído.

La miro a los ojos y sonrío. No paro de pensar en eso que dijo de que, para ella, soy más guapo que ese amigo mío con el que llevo toda la vida comparándome. Y me da igual que nadie más lo piense; el resto del mundo hace ya tiempo que ha dejado de existir.

Me empuja los hombros, para que me agache, y yo obedezco a sus exigencias y me muevo con ella hasta sentarme en el suelo. Echa la cabeza hacia atrás y me evalúa. Está muy concentrada, con el gesto muy serio y valorando todo con profesionalidad. Me gusta. ¿Hay *algo* que no me guste?

Debería dar un paso atrás. Me despeina y yo disfruto de las cosquillas en el cuero cabelludo mientras coloca cada mechón en el lugar que ha decidido asignarle hoy. Me acaricia la mejilla derecha con los nudillos al colocar el último y nos quedamos un poco colgados de los ojos del otro por un segundo. El color oscuro del

puñetazo que Cam ya no me debe ha desaparecido, aunque aún se nota un poco la marca si observas la piel de cerca. El labio se ha curado, al igual que el de Sue. Ojalá fuera tan fácil borrar las cicatrices que van por dentro, también.

—Mmm, fuera la camiseta, rubito —decide de pronto, y se levanta y se aparta para mirarme desde otra perspectiva.

Alzo una ceja traviesa.

—¿Es eso necesario?

—Claro que sí. Y no te emociones, esto es solo arte.

Me muerdo el labio con la sonrisa. Y luego obedezco y me quito la camiseta de un tirón. Vuelve a acercarse para recolocar el pelo y luego asiente satisfecha. Da un paso atrás y se queda parada al mirarme bien. Se le frunce el ceño, aprieta los labios.

—Tyler...

Ah, vale. Ya. El moratón que aún tengo en el costado. Eso todavía no se ha borrado del todo.

—No es nada.

—¿Qué dices? ¿Fue el imbécil de Cam?

Parece dispuesta a salir de aquí, ir directa al aeropuerto y volar hasta Boston para hacerlo cagarse en los pantalones como se me ocurra decir que sí. Hago una mueca para quitarle importancia.

—Me di con la mesita cuando me noqueó. Fue culpa mía, no calculé bien el lugar en el que lo provocaba.

Casi oigo chirriar sus dientes.

—Eres un idiota —espeta.

Uy. Eso no me lo esperaba para nada. Me trago la sonrisa y solo la dejo salir cuando da media vuelta para dirigirse hacia la cámara buena.

—Venga, retrata de una vez este cuerpo escultural.

Suelta un gruñido bajito. Luego empieza a tocar botones, a buscar el mejor plano y a ajustar el objetivo.

—Voy a hacer unas cuantas con esta cámara, ¿vale? Y, cuando tenga exactamente lo que quiero, usaremos la otra.

—¿Necesitas que me quite los pantalones?

—Cállate.

—Sí, jefa.

Me mira. Pone los ojos en blanco y yo le guiño un ojo. Me da la espalda para que no la vea sonreír, pero yo ya tengo la imagen de esa sonrisa grabada a fuego en la mente, así que puedo contemplarla igual.

—¿Preparado? Solo relájate, sé natural y haz todo lo que yo te diga.

—Las mismas normas que en la cama, creo que sabré hacerlo.

Deja escapar un resoplido. Yo me río. Y ella dispara una foto detrás de otra, alternando la cámara entre el trípode y sus manos y moviéndose a mi alrededor.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando da un paso atrás, me evalúa de nuevo y sugiere:

—Enciende un cigarrillo.

—¿Qué?

—Sí, venga, vamos a hacer algunas fumando.

—¿Se puede fumar aquí?

Ella examina cada esquina de la habitación.

—Yo no veo ningún detector, ¿tú? No coartes la creatividad, rubito. Además, si salta la alarma de incendios también podría hacer algunas fotos interesantes.

No la cuestiono más. De todas maneras, me muero por un poco de nicotina. Hace solo tres fotografías más antes de acercarse con la cámara en la mano.

—Mírame —me pide, como si yo hubiera sido capaz de no hacerlo en algún momento de esta sesión.

Es... Definirla como atractiva cuando está con una cámara entre las manos es demasiado escaso e insuficiente. Es mucho más. Magnética. Como si se perdiera en otro mundo, uno en el que es ella misma y no necesita filtros. Y los filtros le sobran, sí, pero la falta de ellos amenaza con dejarme ciego. En este momento es ella y solo ella, y creo que nunca me había gustado tanto.

Estoy a medio cigarrillo cuando cambia de cámara.

—Creo que la tengo —murmura tras disparar. Camina hacia atrás, me sigue mirando—. Un par más y estamos, ¿vale?

El improvisado cenicero de barro en el que apago la colilla tal vez sea una obra de arte de algún alumno talentoso, pero no tengo tiempo que perder en apreciarlo. Si lo hiciera, no podría capturar todos y cada uno de sus instantes. Y son los suyos los únicos que me importan ahora.

La cámara digital empieza a disparar sola cada pocos segundos mientras ella se acerca a recolocar mi postura. Miro hacia arriba cuando tengo sus manos en los hombros.

—¿Sabes qué? —pregunta—, creo que no hemos acabado. Voy a pintarte las uñas.

—¿Por qué sigues haciendo fotos?

—Estas son las del *making of*. Quedan muy chulas.

No digo nada. Me incorporo a toda velocidad para atrapar su cintura entre los brazos y la hago caer en mi regazo. Se ríe y yo dejo que me contagie la risa mientras no puedo parar de mirarla. Nuestros ojos se encuentran. La cámara dispara.

—Déjame, cretino —dice ella, cerca de mi boca—. Tengo que ponerte más aspecto de chico malo.

La suelto cuando intenta levantarse. La cámara dispara cuando ya se aleja de mí y seguro que me pilla mirándole el culo.

La sesión se alarga más de lo esperado porque Sue se entretiene en pintarme las uñas de ese color negro que siempre lleva en el bolso y luego tiene que hacer como un millón de fotos más.

No queda nadie en el edificio cuando salimos y caminamos juntos hacia el aparcamiento. Ella lleva el casco en la mano, así que no puedo ofrecerme a acercarla en coche adonde quiera ir.

—¿Te apetece que vayamos a cenar algo?

Se aleja unos cuantos pasos más hasta su moto nueva, que no es mejor que la mía —por mucho que ella lo diga—, pero, aun así, es una belleza. Supongo que combinan bien. Vuelve la cabeza para dedicarme una mirada de disculpa.

—He quedado con Blair y con Craig para cenar por el barrio.

Me encojo de hombros.

—Otro día.

—Sí, otro día —repite.

—Oye, Susie —la llamo. Alza una ceja en mi dirección desde el otro lado del aparcamiento, a punto de ponerse el casco—. Vendréis mañana al club a celebrar el cumpleaños de Andrews, ¿no?

Sonríe.

—Craig no se lo perdería por nada del mundo —asegura pícara.

Sonrío.

—Vale. Te veo allí.

—Te veo allí, rubito.

Se pone el casco, sube a la moto y yo me quedo aquí, plantado como un tonto, contemplándola mientras arranca. Los vaqueros rotos y ajustados, la camiseta de tirantes suelta de Motörhead con un nudo a la cintura... Y haciendo mucho ruido con esa moto cuando le mete gas y sale disparada.

Quiero para mí el espectáculo que es Sue Morrison. Todos los días del resto de mi vida.

—Tienes que estarte quieto si no quieres que te deje tuerto.

Sue tiene un lápiz de ojos peligrosamente cerca del mío.

—¿No estaría irresistible con un parche?

Resopla y consigue hacerme sonreír.

—¿Sabes cómo estarías irresistible?

—¿Cómo?

—Callado.

Aprieto los labios para contener una risita, y ella sí que sonríe, demasiado cerca de mi boca para evitar que me cosquilleen los labios y se me suban las ganas a la garganta.

Han llegado pronto a la fiesta que hemos preparado para mi socio. Lleva un par de semanas algo desanimado por eso de su relación fracasada con el bombero, así que Bree sugirió montarle una fiestecita de cumpleaños en el club este miércoles por la noche. No pude decir que no. Y luego Kowalski y ella dijeron que se encargarían de todo y ahora hay muchos más invitados de los que me gustaría.

No pienso preocuparme por nada. Da igual. Ya lo haré mañana si resulta que al final esto se desmadra. Y, como muestra de mi despreocupación esta noche, le he pedido a Sue que me ayudara a conseguir un *look* arrollador de estrella del *rock*. Ya llevaba las uñas negras, así que se está currando el delineado de los ojos mientras su cara se mantiene tan cerca de la mía que el calor es insoportable.

Se echa hacia atrás y me evalúa.

—Necesitamos un poco de purpurina.

—¿Qué?

Se ríe mientras guarda el lápiz y rebusca un poco más en su bolso.

Se abre la puerta del despacho y Blair entra sin pedir permiso.

—Vaya, esperaba pillaros con menos ropa —bromea pícara—. Ha llegado el DJ. Y Andrews debe de estar a punto de aparecer.

—Ya vamos. Un minuto —pide Sue.

—Pero bueno, Sparks, había potencial debajo de todo ese aspecto anodino tuyo —se mete mi amiga conmigo—. ¿Quién lo iba a decir?

—Tú misma lo dijiste muchas veces el último año de instituto —me burlo.

Chasquea la lengua.

—Yo no lo recuerdo para nada así. En fin, mucho mejor, Sue sabe sacarte más partido.

Me guiña un ojo y desaparece.

—Ignórala —me pide la chica que está metiendo el dedo en un pequeño frasco de algo plateado y brillante con toda la intención de extendérmelo por el párpado.

—¿Estás segura de que eso es necesario?

Me mira a los ojos, frunce los labios en un gesto adorable y luego asiente.

—Al cien por cien.

Y yo cierro los ojos y me dejo hacer.

Tengo que poner toda mi fuerza de voluntad en no dejarme llevar por el instinto de agarrar su cintura y sentarla en mi regazo. Está muy *muy* cerca y, a la vez, dolorosamente lejos. Quiero...

—Me han llamado del juzgado esta tarde. Ya hay sentencia para el tío que mató a mi hermano en la cárcel, lo van a trasladar a una prisión de máxima seguridad y le han aumentado la pena. Veinte años. Eso serán muchos años.

Me cuenta todo eso mientras sigue toqueteándome los párpados, aunque seguro que ya no hace falta, solo porque así se libra de que la pueda mirar a los ojos y ver que toda esa frialdad no es para nada real.

—Bien —murmuro, sin saber qué más decir.

—No van a poder culpar a los demás por su muerte, porque no hay pruebas de que dieran la orden, pero ya los han encerrado y los juzgarán por tráfico de drogas y pertenencia a banda criminal.

—Eso también serán unos cuantos años.

—Sí.

Me echo hacia atrás para poder abrir los ojos y mirarla. Me sostiene la mirada, limpia, serena y con un nuevo brillo que sepulta el dolor.

—¿Estás bien, suricata?

Me pasa el pulgar por el pómulo para borrar algún resto invisible de maquillaje.

—Sí —responde firme—. Sí, estoy bien. No voy a... Quiero sentirme bien y recoger los pedazos y seguir hacia delante. Quiero reírme. Y quiero *vivir*, Tyler.

Levanto la mano para acariciarle la barbilla y sus ojos se agrandan un pelín mientras indagan en los míos.

—Nos encargaremos de arreglar los pedazos. De juntar las piezas rotas y que corten mucho menos, ¿vale?

Niega muy levemente con la cabeza, sin deshacerse de mi contacto.

—Creo que no se puede —murmura.

—Juntos sí que podremos.

Se acerca un poco más. Entreabro los labios para seguir respirando. Su nariz roza la mía y nos mantenemos quietos, solo flotando unidos en la burbuja que nos da refugio por unos segundos.

—Quiero...

No termina la frase, porque el jaleo que se forma en la sala nos indica que Andrews está a punto de aparecer. Se levanta muy rápido, apartándose, esconde la mirada de mí y me hace una seña para que la siga.

—Vamos.

Se pierde entre la gente en cuanto abandonamos el despacho. Y luego empieza la fiesta.

Andrews nos regaña por montar todo esto para él. Bree me suelta un piropo. Kowalski dice que él también quiere que Sue lo «tunee». Busco a la mentirosa con la vista por toda la sala. Está en la otra punta de la barra, brindando con sus amigos y riéndose a carcajadas.

El repentino soplo cálido en el pecho me desestabiliza un poco.

—¿Quieres tomar algo, jefe? —pregunta Bree.

Me vuelvo a mirarla, sorprendido de que siga existiendo algo más que nosotros dos.

—Sí. Creo que sí.

Blair y Craig encajan bien con mis amigos. No sé cómo ha pasado, pero aquí estamos. El mejor amigo de mi ex coquetea descaradamente con Andrews todo el tiempo y creo que la noche va a terminar bien para ellos a juzgar por las miradas que empiezan a lanzarse el uno al otro. Blair y Bree han congeniado bastante, y Sue ha tenido que guardar su cámara a buen recaudo en mi despacho cuando todo el mundo ha empezado a pedírsela para hacer fotos absurdas. Nosotros nos hemos sacado unas cuantas. Con todos nuestros amigos. Por separado. Y también los dos juntos y solos.

Se acerca a mí y yo sigo con la vista cada una de las curvas de su cuerpo enfundado en ese vestido punk con falda de tul. Sonríe cuando mis ojos vuelven a los suyos.

—Estás increíble con el maquillaje, Ty —piropea, con los ojos brillantes y vivos.

—*Tú* estás increíble. Eres...

Su cuerpo choca con el mío y la sujeto por la cintura cuando eleva la cara para poder seguir mirándome.

Alguien grita su nombre, reclamándola, creo que ha sido Craig. No le hacemos caso.

Luego algo explota sobre nuestras cabezas y nos llueve confeti encima. ¿A quién se le ha ocurrido esto? Vamos a pasarnos limpiando confeti hasta el fin de nuestra existencia. Pero Sue se ríe y a mí se me olvida todo lo demás. Cierra los ojos, echa el cuerpo hacia atrás, segura de que yo voy a sostenerla, y extiende los brazos para recibir los diminutos puntos de papel.

Se incorpora de golpe cuando cambia la canción. Me coge por el cuello de la camiseta y me mira a los ojos, emocionada.

—Vamos a bailar.

Me arrastra hasta el centro de la pista de baile, donde están todos nuestros amigos, y nos cuela en el círculo que forman. Me río cuando nos vitorean. Y me dedico a verla disfrutar. Blair le rodea los hombros con un brazo y saltan juntas. Cantan a todo volumen. Bree se les une. Me acuerdo de cuando se rompió en mi despacho, del modo en que me dijo que se había quedado sola, del dolor y el vacío en su voz. Pero no lo está. No está sola. Y no va a estarlo nunca más.

Acabo de coger un refresco de detrás de la barra cuando me vuelvo a mirarla y la veo con Kowalski. Están cantando. Riendo. Y luego el portero se agacha y, cuando vuelve a incorporarse, la lleva subida a los hombros. No deja de cantar. Y tampoco deja de sonreír. Y yo me siento mejor de lo que me he sentido en *años*. En

muchísimos años. Tal vez no me haya sentido así nunca. No de verdad. Menos solo. Menos cretino. Menos perdido.

Alguien me coge del brazo y vuelvo la cabeza para encontrarme a Blair a mi lado con una sonrisa traviesa pegada a los labios.

—Te has dado cuenta, ¿verdad, Sparks?

—¿De qué?

La sonrisa le crece de forma desigual.

—De lo muchísimo que te estás enamorando de ella.

Abro la boca para intentar decir algo que al final no sale. Pero Blair vuelve a hablar antes de dejarme aún más en evidencia:

—No pasa nada. Ella también se está enamorando muchísimo de ti.

Y luego se larga y me deja aquí plantado con cara de tonto. Levanto la vista. Mis ojos se encuentran con los de Sue. Sonríe. Y a mí me explota el pecho con tal violencia que me temo que costará mucho más recoger todos esos pedacitos de mí que lo que cuesta limpiar el confeti.

46

Rain Must Fall



Sue

No sé cómo he acabado aquí. A lo mejor me estoy volviendo un poco acosadora y esto solo lo demuestra. Ha pasado de largo su hora de salir del trabajo, pero el deportivo sigue aparcado en la puerta. Me apoyo contra la carrocería y espero, descascarillando el negro de mis uñas mientras me las muerdo, y tratando de huir del vacío y la sensación de ahogo.

Levanto la vista cuando siento que alguien me observa. Hay un adolescente algo desgarbado, con el pelo castaño revuelto sobre la frente, parado en la entrada del centro de acogida. Me mira con mucha curiosidad. Y, en cuanto nuestros ojos se cruzan, Tyler aparece a su lado y le da un toque en el hombro.

—¿No tienes nada que hacer?

—No.

—¿En serio? ¿De verdad?

—Te lo juro.

Tyler resopla.

Ese debe de ser Ethan.

—¿Es tu novia? —pregunta, y me señala con la cabeza.

Me revuelvo incómoda. El rubito mira en mi dirección. Frunce un poco el ceño al verme aquí. Me interroga con la mirada, pero yo la aparto de sus ojos tan rápido como puedo. Le pone una mano en la nuca al crío y lo empuja suavemente hacia el interior del edificio.

—Vamos. Lárgate. Adentro.

—Pero...

—Te veo mañana, Ethan.

—Eso será si sigo aquí.

—Seguirás aquí. Y, si no, iré a buscarte allí donde estés y te traeré de la maldita oreja, así que entra de una vez, pesado.

El adolescente se ríe entre dientes.

—Lo que tú digas. ¡Pásalo bien con tu novia!

Tyler cierra la puerta en cuanto consigue meterlo dentro, luego me mira y hace una mueca de disculpa. Se acerca despacio, como si estuviera tanteando el terreno.

—Eh, hola, mentirosa. Siento que hayas tenido que ver y oír a ese crío. ¿Qué haces aquí?

Abro la boca, no me salen las palabras. Da un paso más y me pone las manos en la cintura para acercarme a su cuerpo. Me reconforta la cercanía.

—¿Qué pasa, nena?

Me inclino hacia delante y apoyo la frente en su pecho. Me acaricia el pelo con mimo y me siento un poco mejor.

—Me han llamado. Ya puedo ir a recoger las cenizas —le cuento, hablando contra su camiseta—. Llevo todo el día intentando ir y no...

Me separa con mucho cuidado y me pone las manos en las mejillas para elevarme la cara y conectar nuestras pupilas.

—¿Quieres que vaya contigo? —ofrece enseguida, sincero, dispuesto y con el tono más dulce que le he oído nunca.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Me muerdo el labio para retenerlas. Y luego asiento con la cabeza.

—¿Puedes?

—Claro que sí. Vamos. ¿Has venido andando?

Me guía hasta la puerta del copiloto del deportivo cuando vuelvo a asentir levemente. La abre para mí y espera a que esté acomodada en el asiento para cerrarla con cuidado y rodear el vehículo para montarse a mi lado. Debería decirle que soy perfectamente capaz de abrirme la puerta yo solita, pero hoy no me sale.

—Dime adónde tengo que ir.

Abro la boca para dar explicaciones, pero, antes de que pueda decir nada, tira suavemente de mi muñeca y me acerca a él hasta que me estrello contra su pecho. Me envuelve en un abrazo cómodo, cálido y seguro. Cierro los ojos y escondo la cara en su cuello hasta que consigo sentirme un poco más entera. Luego me aparto y le doy la dirección.

Está a mi lado todo el tiempo. Me coge la mano desde el momento en que bajamos del coche. Mantiene nuestros dedos entrelazados durante la espera. Y no me suelta hasta que tengo que coger la urna con las cenizas de mi hermano. Me mantengo firme por fuera, pero algo se me derrumba dentro y arrastra consigo todo lo que soy. Esto es lo que hay ahora. Esto es lo único que queda del que fue mi héroe cuando era una niña, de la única persona que me ha conocido de verdad y por entero, sin ninguna capa de protección ni ningún pequeño secreto. Antes estaba a mi lado y ahora... Ahora está...

—Sue... —me llama Tyler cuando volvemos al coche. Lo miro, no tengo muy claro cómo me he montado aquí y me he puesto el cinturón—. ¿Quieres que te lleve a tu casa?

Me pierdo en sus ojos hasta que me vuelvo a encontrar. Pequeña, frágil y temblorosa, pero ahí estoy. Sacudo la cabeza en una negativa.

—Vale. ¿Quieres venir a la mía?

Asiento y abrazo la urna con más fuerza contra el pecho.

Tyler me acaricia el pelo, se inclina para dejarme un beso breve en la sien y luego arranca y pone rumbo a su barrio.

No sé muy bien cuánto tardamos en llegar, o si nos encontramos algún atasco por el camino. Me siento como si estuviera fuera de la realidad, flotando en una niebla espesa que me mantiene atontada. No quiero que me pase esto. No quiero que me vuelva a pasar esto. Quiero aferrarme a mí misma y quedarme aquí, consciente, aunque duela.

Creo que soy yo quien pulsa el botón de su piso cuando entramos en el ascensor. Me cuelo dentro del apartamento en cuanto abre la puerta y voy al salón. Dejo la urna en la estantería del mueble del televisor y me siento en el sofá, frente a ella, observando los reflejos plateados de la superficie.

Tyler me pone una taza humeante delante, sobre la mesita de centro. Pasa a mi lado y se sienta junto a mí.

—Es una infusión, no un buen *whisky*, pero a mí me funciona a veces —murmura.

Vuelvo la cabeza para mirarlo.

—Gracias —consigo decir en un susurro, y espero que entienda que no lo digo solo por la infusión.

Me mira a los ojos e indaga en mis pupilas.

—¿Qué necesitas?

Y lo veo, así, en ese color avellana y en el brillo que lo envuelve. Sé que podría decir cualquier locura, pedirle cualquier imposible, y él se dejaría la piel en el intento de conseguirlo para mí. Me siento quebrada, perdida e inestable. Y necesito aferrarme a mí misma, así que me abrazo a su cuello para no perderme. Me muevo para acercarme más y sus brazos me rodean y me ayudan a subirme a su regazo. Me estrecha firme, pero con muchísima delicadeza. Siento sus manos, grandes y fuertes, cubriéndome la espalda. Y yo aprieto tanto que seguro que le pongo más difícil esa cosa sin importancia que es respirar, pero no se queja. Solo me sostiene con más dedicación. Me envuelve con todo su cuerpo y me da refugio en silencio mientras yo me rompo en sollozos.

No sé cuánto tiempo pasamos así, pero él no flaquea ni por un solo segundo. Aún permanezco con la cabeza apoyada en su hombro, la tela de su camiseta pegada a la mejilla, la nariz contra ese punto de su cuello que late en pulsos de vida.

Sigo aquí. Él no me ha dejado desaparecer.

Me acaricia la espalda y el costado muy suavemente con toda la palma de la mano, mientras la otra sigue dando calor a ese hueco entre mis omoplatos que lleva directo al corazón. Pongo la mía sobre su pecho, y siento los latidos colándose entre mis dedos. Pienso en lo que encierra. En los desgarros y los arañazos. En cada cicatriz y cada herida abierta que aún sigue llevando por dentro. En el modo en que ahí, en su pecho, hay algo valioso, único y precioso que ha relegado a un rincón y se ha obligado a ignorar a base de cubrirlo con capas de culpa, de rabia y de falta de amor propio. Y quiero sacarlo, quiero acunarlo y darle calor hasta que vuelva a coger fuerza, hasta que pueda crecer y volver a ocupar el lugar que le corresponde. Quiero que Tyler Sparks sienta lo que estoy sintiendo yo bajo la palma de la mano y entienda de una vez que es el chico

más increíble que ha existido jamás. Que es bueno. Que merece la pena. Que no tiene que seguir perdido porque yo ya lo he encontrado.

Me aparto muy despacio para mirarlo y ni siquiera me importa tener los ojos rojos e hinchados, el maquillaje destrozado y peor aspecto que nunca. Da igual, porque él me sigue mirando como si fuera preciosa. Como si le fascinara. Como si no quisiera dejar de mirarme jamás. Tiene los ojos húmedos y las mejillas resecas porque, mientras yo me desmoronaba, él lloraba en silencio conmigo. Subo la mano para acariciarlo, para borrar esas marcas y recoger los restos de lágrimas. Él hace exactamente lo mismo conmigo mientras no dejamos de observarnos. Vuelvo a abrazarlo y él me aprieta un poco más fuerte.

—Tengo que ir a Austin —digo con la voz ronca al aflojar mi agarre. Me acaricia la espalda arriba y abajo de nuevo—. Tengo que ir a llevarlo allí. Sé exactamente dónde le gustaría estar. Tengo que llevarlo.

—Lo haremos —me dice al oído.

Jugueteo con los mechones de pelo de su nuca entre los dedos.

—Creo que hace falta un montón de papeleo para llevar la urna en avión. Blair y Craig necesitan el coche. No puedo ir con la moto hasta allí. Sé que ya te he pedido demasiado, pero... ¿me dejas el tuyo?

Se echa hacia atrás y yo solo me descuelgo de su cuello para poder mirarlo.

—¿Piensas ir en coche hasta Texas?

Me muerdo el labio.

—¿Sí? ¿Me lo prestas?

Me mira con atención. Cada punto de mi rostro. Luego asiente.

—Sí. Pero voy contigo.

Frunzo el ceño levemente.

—No puedes.

—Sí que puedo. Me siguen debiendo las vacaciones. Si puedes esperar a que llegue el fin de semana, me cogeré unos días a partir del lunes. Tengo que preguntarle a mi jefa, pero no va a ponerme problemas.

—Tyler, no... No hace falta. Puedo ir sola.

No quiero ir sola. Sería mucho más fácil con él a mi lado. Todo será más fácil si él está conmigo: el viaje, los recuerdos, la despedida, esa mujer que me dio a luz... Por primera vez en mi vida no me siento débil por querer tener a alguien a mi lado cuando tengo que enfrentarme a cosas que duelen. Y sé que podría hacerlo sola. Pero, joder, *no quiero*.

—No tienes que ir sola —dice tierno—. Déjame ir contigo. Déjame estar ahí para ti. Solo déjame ser esa persona hasta que duela un poco menos, ¿quieres, Sue?

Asiento muy despacio con la cabeza. Sus ojos me acarician el rostro. Me da un beso en la frente y yo siento cómo algunas piezas encajan de golpe y me desgarran sin piedad al hacerlo. Me bajo de su regazo, me abrazo las piernas y me hago diminuta a su lado en el sofá mientras aguanto el dolor con los dientes apretados.

Él se mueve con pereza, como si tuviera los músculos agarrotados después de estar tanto tiempo sosteniendo el peso de los dos.

—La infusión se ha quedado fría —comenta—. Voy a prepararte otra.

Levanto la mirada para buscar sus ojos.

—Mejor más tarde —lo freno—. Creo que necesito... ¿Puedo darme una ducha?

De repente siento que estoy helada y me muero por un poco de agua caliente y ese gel que huele mejor en su piel.

—Claro. Ya sabes dónde está todo. Pediré algo para cenar. ¿Tienes hambre?

Lo cierto es que no. Pero me encojo de hombros y no digo nada porque sé que tengo que comer. Que eso es lo que va a decir él también si me niego. Me descalzo y voy hasta el baño.

Me siento mejor después de la ducha. Me envuelvo en una toalla y me miro al espejo. Al menos he borrado los restos de lágrimas y maquillaje y tengo mejor cara. Abro varios cajones hasta que encuentro un peine y me desenredo el pelo mojado. Cuando voy a salir, veo que Tyler ha dejado algo de ropa doblada en el suelo del pasillo, justo delante de la puerta. Casi se me escapa la sonrisa al ver ese tanga negro que le regalé después de lo que pasó en su coche la noche del póker. También ha dejado una camiseta enorme. Es del equipo de fútbol americano de la universidad y lleva a la espalda su nombre y el número cuatro. Vuelvo a encerrarme en el baño y me visto con eso. Está todo limpio y huele muy bien, al suavizante que perfuma toda su ropa y al que ya he empezado a acostumbrarme.

Levanta la vista para mirarme cuando entro en el salón con su camiseta puesta y la ropa que llevaba antes en la mano. Dejo las prendas en una esquina de la mesa de comedor y me acerco hasta él. Se pone de pie y parece un poco nervioso cuando da un paso hacia mí.

—¿Mejor?

Asiento.

—Gracias.

Sonríe.

—No hay de qué, suricata. Ya he encargado algo para cenar, la web dice que tarda veinte minutos. ¿Te parece bien si me ducho yo ahora?

Sé que la verdadera pregunta es: «¿Vas a estar bien si te dejo un rato sola aquí?».

—Sí. Sí, tranquilo, yo abro si llega la cena antes de que salgas.

Me mira otra vez de arriba abajo. En sus ojos hay un deje de nostalgia, quizá, y también algo más. Algo más oscuro y espeso que se parece bastante al deseo. Pasa por mi lado y siento su mirada en la nuca cuando se vuelve desde el marco de la puerta. Sé lo que quiere ver, así que aparto el pelo mojado a un lado, en un gesto en apariencia inocente y descuidado, y dejo que me vea lucir su apellido a la espalda.

Solo me atrevo a girarme cuando oigo que ha cerrado la puerta del baño. Los latidos me retumban con fuerza contra las costillas. Acaricio la tela de la camiseta sobre mi abdomen. Algo tan importante para él como el fútbol... y algo tan desastroso como yo. Siento como si acabara de sacarse el corazón del pecho y ponerlo en mis manos, confiando mucho más que yo en que no lo destrozaré.

Me dejo caer en el sofá. Hay un ordenador portátil abierto sobre la mesa. Echo un vistazo a la pantalla y veo que está en la página de seguimiento de pedidos de la pizzería de su barrio. Lo acerco a mí y cotilleo lo que está viniendo de camino. Ha encargado mi favorita, esa por la que siempre me peleo con Kowalski cuando cenamos algo rápido en el club.

No me da tiempo a procesar lo que eso supone para mí, porque entonces una pantalla emergente aparece a un lado y empieza a sonar la musiquita de una videollamada.

Cam.

Muy bien. Pasé de su partido y de ir a cenar con él para que pudieran terminar de arreglar sus movidas (o terminar de partirse la cara), pero se me quedaron algunas cosas que decir, así que ¿por

qué no? Paso el dedo sobre el ratón táctil y hago *clic* en el icono verde.

Su imagen aparece enseguida. Está sentado en un sofá, tiene el pelo algo revuelto y lleva lo que parece una camiseta vieja para estar por casa. Veo el cambio en su gesto cuando me ve. Alza una ceja. Se le eleva solo un pelín la comisura de los labios.

—Hola —dice algo confuso, en tono prudente—. ¿No está Tyler por ahí?

—Hola, Cam —ronroneo, con mi mejor mirada intimidante. Me acomodo, doblando las piernas bajo el cuerpo—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Cómo estás tú, Sue?

Sonrío. Me gusta el juego que estamos jugando. Sé que puedo machacarlo, porque nunca he perdido una partida.

—Tyler está en la ducha —informo, sin responder a su última pregunta—. ¿Te importa charlar un rato conmigo?

Sonríe con cierto aire irónico. No se traga para nada mi falsa inocencia. No se me pasa por alto el modo en que me estudia, y veo muy claramente cómo frunce un poco el ceño y un latigazo de algo que duele le contrae las facciones. Creo que ha sido por verme con la camiseta de fútbol de Tyler, quizá. Se recupera enseguida y hace una mueca burlona.

—Me temo que no empezamos con muy buen pie cuando estuve allí.

Enarco una ceja.

—¿Tú crees? Yo creo que me comporté —opino despreocupada mientras me miro las uñas—. Aunque, ya que estamos charlando ahora, te lo diré: Tyler agacha la cabeza y te lo aguanta todo porque piensa que te lo debe y que se merece que lo trates como una mierda, pero yo no soy Tyler, así que, si vuelves a ponerle un solo

dedo encima, no voy a comportarme y no me va a importar quién seas para él o para el resto del mundo que te idolatra.

Se cruza de brazos y me evalúa con una sonrisita que me irrita.

—Lo que ha pasado entre Tyler y yo es complicado, Sue. No pretendo que entiendas mi versión de la historia, ni que te importe siquiera. Pero no te metas, porque esto es algo que solo nos afecta a él y a mí.

—Me parece muy bien que lo veas así. ¿Sabes lo que veo yo?: veo que él está hecho polvo, veo que no duerme por las noches y que no deja de torturarse y que se siente como si fuera la peor persona del mundo, cuando no he conocido jamás a nadie que se esfuerce tanto como él para no serlo. Y veo que lo último que necesita es que lo machaques más, porque tiene bastante consigo mismo, créeme. Así que, si lo que vas a hacer es echarle más tierra encima, me pondré en medio y te la haré tragar. No defiendo lo que hizo, aunque yo sí que entiendo sus razones, pero te aseguro que voy a defenderlo a él, de ti o de lo que haga falta. Solo quiero que eso quede claro.

Cam cambia la postura, se inclina hacia delante y me mira muy fijamente a través de la pantalla. Se mordisquea el labio inferior mientras parece estar librando una batalla contra sí mismo.

—¿Vas a cuidar de él?

Me sorprende que sea eso lo que pregunta a media voz, con una actitud mucho más relajada y algo parecido al alivio flotando sobre sus facciones.

—Sí —respondo, con mayor firmeza de la que yo misma esperaba transmitir.

Él esboza una sonrisa minúscula y asiente.

—Gracias.

Se me retuerce algo incómodo en las tripas cuando veo a un Cameron Parker que no se parece en nada a la imagen que me había formado de él. Veo... *Lo veo.* El cariño que, a pesar de todo, siente por su amigo; la preocupación; todo ese tiempo luchando por rescatarlo de sí mismo que le pesa sobre los hombros; la batalla en su interior entre esa parte que lo quiere y la parte que grita que lo odia, igual que le pasa a Tyler con él. También veo que le alivia compartir la inquietud por el rubito con alguien más. Como si salvarlo de sí mismo fuera una tarea que necesita ser solidaria. Creo que le gustará saber que Tyler Sparks ya lucha por hacerlo cada día y lo tiene casi conseguido, pero supongo que aún no han podido hablar de todo eso y que lo harán poco a poco, del mismo modo en que van a recuperar su amistad.

—Está bien, ¿sabes? Creo que cada vez menos perdido.

Asiente.

—Me alegra saberlo.

Suena tan sincero que toda esa rabia que había ido acumulando contra él en este tiempo desaparece de golpe.

—Y te echa de menos —me atrevo a decir—. No solo hablar contigo, sé que eso empezáis a hacerlo cada vez más; echa de menos lo que erais.

Aprieta los labios y aparta la mirada. Entiendo que sea difícil para él hacer borrón y cuenta nueva. No puedo culparlo por eso.

—Paso a paso —dice entre dientes.

—Paso a paso —repito—. Y no tendré que pegarte.

Suelta una carcajada. Echa la cabeza hacia atrás y todo, riéndose con ganas y con toda la boca, como un crío pequeño. Se me contagia una sonrisa pequeña pero divertida.

—Es todo un alivio —bromea.

Veo aparecer la cabezota de un perro blanco sobre su pierna, buscando mimos. Él acaricia el espacio entre sus orejas distraídamente.

—Hola, ¿quién eres tú? —hablo con el animal con la voz mucho más dulce de lo que he venido utilizando con su humano.

Cam se ríe con suavidad.

—Vale, así que con perros se puede aplacar tu furia.

Le suelto un gruñido.

—Prefiero los gatos.

Vuelve a reírse y le hace un gesto a su mascota para que suba a su lado al sofá y poder mostrármela completa en la pantalla.

—Esta es *Vodka* —me la presenta—. Y, como Tyler y tú, parece una tipa dura por fuera, pero es una buenaza.

Resoplo y él se ríe aún más.

—No me subestimes, Parker.

Hace una mueca.

—Me alegro de verdad, ¿sabes? De que Tyler y tú os hayáis encontrado, sea lo que sea lo que hay o no hay entre vosotros —se apresura a decir para no meterse en un lío—. Y, oye, creo que no podrías ser más su tipo ni aunque lo intentaras.

Enarco una ceja y frunzo los labios.

—¿Se supone que eso es un piropo?

—Creo que sí.

—Se te dará fatal ligar, entonces.

Vuelve a reírse y no me queda más remedio que reírme un poco con él.

—¿Empezamos de cero, Sue? —propone.

Lanzo un suspiro cargado de impaciencia.

—No te daré más oportunidades.

—Me parece justo.

—Vale. ¿Cuántos años tiene *Vodka*?

Tyler nos encuentra hablando cuando vuelve a aparecer en el salón con un pantalón corto y ancho de deporte y una camiseta negra ya descolorida. Tiene el pelo mojado de la ducha y frunce el ceño y se da prisa en asomarse a la pantalla cuando oye la voz de su amigo y me ve hablando con él.

—Eh —lo saluda al asomarse—, ¿qué está pasando aquí?

El sonido estridente del portero automático corta cualquier intento de explicación. Me levanto de un salto y le hago una seña para que ocupe mi lugar en el sofá.

—Ya abro yo.

Así les dejo hablar unos minutos.

Cam se da prisa en despedirse de los dos y dejarnos cenar cuando regreso con las *pizzas* y las planto encima de la mesa.

Tyler me observa con insistencia en cuanto ha apagado el portátil y le paso la primera porción.

—¿Has amenazado a Cam?

Me río entre dientes.

—Solo un poquito, es un blandengue.

Sonríe de medio lado.

—Claro, no todo el mundo puede ser tan duro como tú, suricata.

El modo en que lo dice, bajito, con un tono cargado de cariño y salpicado de admiración, hace que mi corazón salte y dé una vuelta de campana.

—Me alegro de que por fin empieces a darte cuenta, rubito.

Me mira a los ojos y yo me siento tentada a apartar la mirada, solo para que no vea que debajo de mis capas de protección sigo siendo tan blanda y vulnerable como cuando era una niña, como hace tan solo una hora mientras lloraba aferrada a él. Pero sé que no puedo esconderme porque, igual que yo, él ya me ha encontrado.

—¿Quieres que veamos una peli?

Relajo los hombros y asiento.

—Que no sea *El club de la lucha*.

Me pasa el mando mientras intenta tragarse una sonrisa que se escapa y le desborda las comisuras.

—Elige tú, nena.

—Es posible que acabe dormida en tu sofá —bromeo.

—Puedes quedarte —responde al instante—. La cama es más cómoda y es lo suficientemente grande, pero puedes dormir donde tú quieras.

No quiero decir en voz alta que su pecho sería un lugar mejor, así que me muerdo la lengua y me callo.

Elijo una película y la vemos mientras compartimos la cena. Esto es agradable. Es cómodo y natural. Y siento que podría hacerlo cada noche durante el resto de mi vida y seguiría queriendo más.

Le envío un mensaje a Blair para decirle que me quedo a dormir en casa de Tyler. Y también es bonito y reconfortante tener a alguien a quien avisar de cosas como esta; tener gente que se preocupa por ti y que te espera.

La *pizza* se acaba y Tyler me echa una manta fina sobre las piernas cuando me acurruco contra su costado. Estoy ya medio dormida cuando aparecen los títulos de crédito en la pantalla. Siento que él me besa el pelo en la parte más alta de la cabeza, con mimo.

—¿Dónde quieres dormir, suricata? —pregunta en un susurro.

Lo cojo de la mano y me muevo perezosa.

—Contigo.

Y no tardo ni dos minutos en dormirme cuando me tiendo a su lado en la cama y me abraza.

47

Smile Like You Mean It



Tyler

Echa la bolsa al maletero, cierra de golpe, sin medir el impacto para mi coche, y luego mete medio cuerpo en el asiento de atrás para colocar ahí la urna de las cenizas de su hermano y ponerle el cinturón de seguridad. ¿Qué...? Sacudo la cabeza, con resignación, porque no pienso decir ni media palabra ante ninguna de las locuras que quiera hacer en este viaje. Al fin y al cabo, es su proceso y yo solo voy a acompañarla en ello. No intervendré de ninguna manera si no me lo pide expresamente.

Le lanzo las llaves por encima del coche y ella las coge al vuelo. Alza una ceja interrogante y parece sorprendida.

—Conduces tú el primer tramo —delego la responsabilidad.

No protesta. Se monta al volante, adelanta el asiento —mucho— para poder llegar a los pedales y me mira desde detrás de sus gafas de sol mientras me acomodo al lado. Estoy a punto de hablar cuando unos toques en mi ventanilla me sobresaltan. Sue suelta una

risita. Y yo giro la cara para ver a Blair plantada en la acera, con los brazos en jarras y el ceño un poco fruncido. Craig está unos pasos por detrás, observando con aire divertido.

—¿Qué pasa? —pregunto tras bajar la luna.

Blair se agacha para mirar a Sue y no a mí. Suaviza la expresión enseguida.

—Ten cuidado, ¿vale? —le pide, ignorando deliberadamente el hecho de que yo también voy en el coche—. Cuéntame cómo vas y llámame si necesitas algo.

—Claro —responde la otra, todo suavidad y buenas formas de esas que conmigo no suele mantener.

Alzo una ceja cuando la mirada de Blair encuentra la mía.

—¿Y yo qué, muñeca? —pregunto burlón.

Me señala con un dedo amenazante.

—Tú cuida de ella o tendrás que vértelas conmigo.

Esbozo una sonrisa irónica de medio lado.

—Odia que la cuiden.

Sue, a mi lado, suelta una risita breve. Blair sacude la cabeza.

—Hazlo de todas maneras.

Le hago un saludo militar y ella emite un bufido antes de dar dos pasos atrás como forma de indicar que ya tenemos permiso para irnos.

Trasteo con el móvil mientras Sue conduce sacándonos de la ciudad. Hay muchas cosas que ver y hacer en el largo camino hacia Austin, aunque ya sospecho que Sue no quiere entretenerse con nada. No, claro. Tal vez lo mejor sea viajar hasta allí lo más rápido posible y terminar con este duelo de una vez.

—¿Qué ruta quieres seguir?

Me dedica una mirada brevísima de soslayo antes de devolver toda su atención a la carretera.

—La más corta.

—Vale. Vamos a ver qué tenemos en nuestro camino: bosque, desierto, bosque, desierto, desierto, desierto, bosque... Podemos comer en Phoenix, tienen vacas buenísimas en Arizona. Ah, no, espera, está demasiado lejos, me desmayaría de hambre. ¿Qué tal...?

—¿Qué tal comida de gasolinera, música *rock* y un poquito de boca cerrada mientras yo conduzco?

Suelto un silbido burlón, como si me hubiera intimidado, y, aunque lo intenta, no puede evitar que se le escape una sonrisa. Levanto las manos y sonrío yo también.

—La comida de gasolinera se me indigesta, Susie, no creo que quieras tener que parar cada hora para que vaya al baño. Nos conocemos desde hace ya un tiempo, así que me sorprende que aún sigas teniendo fe en eso de que me calle cuando me lo pides. Pero sí que puedo darte buena música, he hecho una lista de reproducción para el viaje.

Me mira de reojo, abre un poco la boca y luego sacude la cabeza con desaprobación.

—¿Que has hecho qué?

—Una lista de reproducción especial para nosotros, nena, ya verás, de aquí podría salir nuestra canción, ¿no te parece emocionante? Ethan y Lola me estuvieron haciendo muchas sugerencias musicales ayer cuando se enteraron de que la semana que viene no voy por allí porque estaré de viaje. No te preocupes, no he incluido ninguna de sus propuestas. Dame solo un segundo.

Trasteo con el móvil y toco un botón de la pantalla del coche para conectarlo y que la radio dé paso a la música a través de los altavoces. La primera canción es de Queen y ella relaja los hombros, mueve los dedos sobre el volante y sonríe.

—¿Pretendes conquistarme con *Crazy Little Thing Called Love*, nene?

—Tendrás que conquistarme tú a mí, ve pensando en la lista de reproducción para la vuelta.

Suelta una carcajada. Bien. Eso está mejor.

Me recuesto en el asiento y miro por la ventanilla. Voy a darle un poquito de boca cerrada para que pueda disfrutar de las canciones que he seleccionado. Ella no dice nada, ni siquiera cuando la miro de reojo de tanto en tanto y sé que se da cuenta perfectamente. Sigue centrada en la conducción, dejando atrás los kilómetros. Y yo... Yo no puedo concentrarme en nada en absoluto que no sea su perfil, así que creo que es bueno que no lleve el volante.

Ya hemos dejado atrás Palm Springs y el paisaje es desolador, pero ella parece cómoda y acelera un poco más con el desierto rodeándonos al otro lado de las ventanillas.

—A Clay le habría encantado ir en este coche —murmura, un poco para sí misma, y creo que solo mínimamente para mí.

Echo un vistazo al asiento de atrás, donde la urna va firmemente sujeta con el cinturón de seguridad, y luego observo la carretera recta y vacía de tráfico que tenemos por delante.

—Entonces acelera un poco más, suricata.

Me mira solo un segundo.

—¿En serio?

Suelto una risita.

—Ya te digo que sí, písale todo lo que necesites.

Me rio cuando la aceleración me pega al asiento de golpe. Ella va más y más rápido y, luego, aún un poco más. Suelta un grito y después una carcajada que se funde con las mías.

—¡Creo que podemos llegar a Austin para comer! —bromeo, y ella se ríe.

Después levanta el pie del acelerador y deja que la velocidad se vaya regulando hasta volver a quedar un poco por encima de lo que marca el límite.

Me mira solo un segundo y hace una mueca.

—Te encanta tu coche —me acusa.

Me encantas tú.

Me muerdo la lengua tan fuerte que me hago daño.

—Claro que sí, por eso me lo compré.

—¿No fue porque podías y te encanta alardear de tener un deportivo?

—Eso también.

Se ríe mucho más suave ahora. Más comedida. Y luego se muerde el labio y la melancolía va envolviéndola poco a poco otra vez mientras *Play The Game* suena a través de los altavoces.

Así que cuando la siguiente canción empieza y su aire taciturno ya me araña demasiado el corazón, me pongo a cantar y a hacer aspavientos, molestándola mientras conduce, con el propósito de hacerla sonreír.

I was a timid, Rockwellian boy,
she was tattooed and ready to deploy.
Gave me reservation and the like,
but she could be the dangerous type.
But I threw caution 'cause something about that
yin and the yang was pushing my boundaries out.
Beyond my imagining...

Es mi canción favorita de The Killers. Y ahora, mientras la canto muy mal a propósito solo para distraerla y traerla de vuelta a mí, creo que nunca la había entendido tanto como desde que somos ella y yo.

Me aparta de un manotazo cuando pongo el brazo delante de su cara al entonar con emoción:

—*I was imploding the mirage...*

Me río a carcajadas, ella sacude la cabeza. Se le escapa una sonrisa. Una de verdad. Y el corazón sí que me implosiona y me sacude el cuerpo entero y me despierta y me rompe en pedazos y me vuelve a recomponer.

—Eres absurdo —dice, aun con esa increíble sonrisa en los labios.

Me gusta. Quiero ser esto para ella. Poder ser absurdo, sí, y que ella no pueda dejar de sonreír en consecuencia. Quiero cada una de sus carcajadas y el brillo de sus ojos grises. Quiero sus silencios y sus gritos, aunque los utilice contra mí. Quiero recoger cada lágrima con las yemas de los dedos, y dejar las mías en las palmas de sus manos. Todas mis sombras y mis descosidos a cambio de sus piezas rotas.

Oigo la voz de Blair en mi cabeza: «Lo muchísimo que te estás enamorando de ella». Primero Ashley con eso de: «Ahora te estás enamorando», y luego también Blair. ¿Qué dijo después? Eso de: «Ella también se está enamorando muchísimo de ti». ¿Y si...? ¿Y si es verdad? ¿Y si me estoy enamorando, aunque no se parezca nada a como me enamoré en el pasado?

—Deja de mirarme, tío rarito —me advierte, con un deje divertido en la voz.

Aparto la vista a toda velocidad, con el corazón retumbándome con demasiada fuerza contra las costillas. Cualquier cosa que yo sienta tiene que quedarse en un segundo plano ahora. Por lo menos hasta que volvamos de este viaje. Al menos, hasta que ella pueda descubrir también por sí misma si siente algo parecido por mí.

Carraspeo y señalo el desvío que lleva a una gasolinera.

—Vamos a parar a tomar un café, ¿vale? Y luego conduzco yo un rato.

Me sorprende que no proteste. Solo asiente, pone el intermitente y se desvía hacia allí.

Y, cuando volvemos a la carretera, tengo que esforzarme para no apartar la vista del camino por mucho que prefiera mirar sus piernas en el asiento de al lado.

Ya ha caído la noche cuando llegamos a El Paso y los dos llevamos la última hora en completo silencio, agotados. Hemos pasado más de doce horas en la carretera con unas paradas mínimas para repostar, comer, ir al baño o tomar café, porque Sue quiere llegar cuanto antes y esto es lo que requiere hacerlo de esa manera. Me ha asesinado con la mirada cuando la he obligado a parar en Tucson solo para bajarnos del coche y comprobar si es verdad que es la ciudad más cálida de todo nuestro recorrido, ha gruñido: «Hace un calor del demonio, Tyler, ¿contento?», y ha vuelto al coche intentando no dejarse contagiar por mis carcajadas. La verdad es que sí que hacía un calor del demonio, pero nuestra localización actual no se queda atrás.

Estoy sudando cuando entro en la recepción del segundo hotel en el que probamos suerte, para preguntar si tienen habitaciones disponibles. Sue se yergue cuando vuelvo a su lado y le muestro la llave que he conseguido. Ya está frunciendo un poco el ceño, disconforme, cuando saco la segunda llave y se la lanzo.

—Dos habitaciones, nena, es nuestro día de suerte.

Lanza un suspiro aliviado.

—Menos mal, necesito una ducha.

Recoge su bolsa del maletero y se la cuelga al hombro antes de recuperar la urna del asiento de atrás y abrazarla contra su pecho.

Su habitación está un piso por encima de la mía. Y tengo que subir a buscarla cuando yo ya me he duchado y cambiado de ropa y ella sigue sin contestar a mi mensaje de que me avise cuando esté lista para salir a cenar algo.

Llamo a la puerta con los nudillos y espero. Cuando me abre ya está vestida, con unos vaqueros cortos y una camiseta ajustada, negra y lisa que lleva metida por dentro de la cinturilla del pantalón. Se sacude el pelo mojado por última vez con una toalla que luego deja tirada en el suelo y coge su bolso.

—Vale, vamos.

No parece tener muchas ganas de hablar. Ni siquiera de cenar. Consulto los restaurantes que hay cerca de nuestra ubicación cuando ya caminamos juntos por la calle.

—Bueno, estamos en Texas, esto ya es tu territorio, *cowgirl*, ¿qué me recomiendas?

Me dedica una mirada despectiva.

—Que no vuelvas a llamarme así.

Suelto una carcajada y ella se acerca un poco más a mi cuerpo solo para poder darme un empujoncito con la cadera.

—¿Debería comprarme un sombrero y unas botas? Quiero encajar en tu ambiente —sigo, a pesar de todo.

—Eres insoportable.

—Ah, ¿sí?

—Y un payaso.

—Me lo dicen mucho.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes un ojo mucho más grande que otro y que la asimetría te hace objetivamente feo?

Doy un paso largo para plantarme delante de ella y obligarla a parar frente a mí.

—Por supuesto que no. Es una mentira gordísima que no me sorprende nada viniendo de ti.

Sonríe de medio lado y se encoge de hombros.

—¿Tú crees? Bueno, está bien que te gustes, Ty, al menos así siempre te quedará tu equivocada opinión.

—¿Sabes lo que me queda también?: el modo en que me miras cuando crees que no me doy cuenta, deseando aburrirte de mi objetiva belleza y poder creerte tus propias mentiras.

—Yo no te miro.

—¿Estás segura de eso, mentirosa?

Aparta la mirada al instante y señala un punto a mi espalda.

—Ese sitio podría estar bien.

Me giro para ver a qué lugar se refiere y hago una mueca.

—Estamos en El Paso, quiero comida mexicana. Vamos, aquí dice que hay uno a diez minutos con buenas reseñas.

La cena es espectacular. Sue no parecía estar disfrutando tanto como yo hasta que la he retado a una competición de tolerancia al picante. Me ha ganado de calle y he acabado llorando y con la cara ardiendo y sin sentir los labios, pero su sonrisa, sus pullas y su actitud orgullosa durante el camino de vuelta al hotel lo han compensado todo.

Aún me pica levemente la lengua cuando sigo despierto, con la vista clavada en el techo y ella ocupando todos mis pensamientos, ya llegada la madrugada. Hace calor, tengo el estómago demasiado lleno y algo dolorido tras la cena y estoy tan cansado que empieza a cabrearme no poder dormir. Así que poco después salgo de la habitación y bajo hasta la puerta de la calle para fumarme un cigarrillo.

La veo enseguida. Está bajo los soportales, con el hombro apoyado en una columna, la mirada perdida y un hilo de humo abandonando sus labios. Me mira sin sobresaltarse cuando me planto a su lado. No dice nada. Me tiende el cigarrillo y yo lo acepto y doy una calada larga antes de devolvérselo.

—¿Tampoco puedes dormir?

Niega con la cabeza.

—Estoy demasiado cansada.

—Ya. Yo también.

Y con la mente a mil por hora, eso también es algo que nos pasa a los dos, pero no lo decimos en voz alta. Tira la colilla al suelo cuando ya casi se quema los dedos al aspirar la última calada y la aplasta con la punta de la zapatilla.

—Sería más impresionante con unas buenas botas texanas, chica de Austin.

Sonríe sin separar los labios. Me mira a los ojos y luego me deja una caricia leve en el dorso de la mano cuando pasa a mi lado para volver hacia la puerta.

—Buenas noches, Ty.

—Oye —la llamo antes de que se aleje—. Todo va a ir bien, ¿vale? Estás haciendo esto por él y los malos recuerdos son solo eso ya. Nada va a hacerte daño. No lo pienso permitir.

Se pierde en mis ojos por un segundo entero. Luego, sin decir ni una palabra, se aleja y vuelve a entrar en el hotel.

Me fumo un cigarrillo más antes de hacer lo mismo. Mañana nos espera otro día largo de carretera y debería descansar.

Son las tres de la madrugada cuando llama a mi puerta. Me la encuentro en el pasillo, con un pantalón corto de pijama y una camiseta vieja desteñida. Lleva bajo el brazo la urna, pegada a su costado.

—¿Puedo dormir aquí? —pide con un hilo mínimo de voz.

Me aparto y abro un poco más la puerta para dejarla pasar. Deja la urna sobre la mesita que hay a un lado. Y, cuando se tumba conmigo en la cama, la rodeo con un brazo y apoya la cabeza en mi pecho. Le acaricio el pelo con suavidad, jugando con los mechones y dejando que se me enreden entre los dedos.

—Mañana solo una habitación, ¿vale, suricata?

Responde a mi susurro poniendo la palma de la mano sobre mi corazón. Y, así, juntos, es la única forma en que conseguimos dormir esta noche.

Mi último pensamiento antes de no pensar más es que mañana tendré que elaborar una muy buena estrategia para conseguir hacerla sonreír más que hoy.

48

Bohemian Rhapsody



Sue

Estoy harta de esa carretera. Eso es lo que llevo pensando toda la tarde, pero, cuando pongo el intermitente y tomo la salida hacia el sur de Austin, se me cierran los pulmones y deseo poder volver a ella y pasar de largo. Tyler me observa desde el asiento del copiloto, con cuidado y con mucha atención, como si temiera tener que lanzarse a coger el volante en cualquier momento si yo no puedo con la ansiedad y pierdo el control.

—Estoy bien —digo entre dientes, molesta.

No responde. Me meto en el aparcamiento del primer hotel que encuentro en mi camino en cuanto estamos dentro de la ciudad y apoyo la cabeza en el respaldo del asiento y cierro los ojos tras apagar el motor. Noto la mano de Tyler planeando sobre la mía, pero finalmente parece decidir que no es buena idea tocarme sin consentimiento y se aparta otra vez sin llegar a hacerlo. Mejor. Creo que podría morderle.

—Voy a ver si tienen habitaciones libres.

—Una —consigo decir a media voz.

—Sí, una.

Aunque no abro los ojos puedo ver su sonrisa en mi mente, solo porque la lleva implícita el tono de voz.

Sale del coche y yo pienso que ojalá fuera diferente. Que ojalá estuviéramos viajando juntos en otras circunstancias, a otro maldito lugar. Ojalá fuera volviendo a Sacramento, donde él tiene también buenos recuerdos y los malos no lo contaminan todo, como me sucede a mí aquí. No quería volver a la ciudad donde nací; una vez, al dejarla atrás, me prometí no volver a pisarla jamás. Pero aquí estoy, y esta vez Clay no puede cogerme de la mano y amortiguar los golpes. Y no quiero que Tyler tenga que asumir ese rol. En esto no.

Respiro hondo cuando abro los ojos y lo veo volver, caminando despreocupado, con ese aire de chico californiano que él niega poseer. Tan alto, tan rubio, tan guapo, tan... *él*. Ojalá las circunstancias fueran diferentes, de verdad que sí. Me gustaría estar entera para poder ofrecerle todo eso que cree que no se merece. Pero somos lo que somos y me duele ser incapaz de responderle con nada más que gruñidos y evasivas y malas contestaciones. Es lo que lleva pasando todo el día cada vez que intenta acercarse. Y sé que se está esforzando por animarme y no me lo merezco. Debería agradecérselo muchísimo más, pero los nervios, los miedos y toda la ansiedad no me permiten hacer nada que no sea mantenerme a la defensiva todo el tiempo, incluso cuando nadie me ataca.

Tyler entra en el coche y vuelve a sentarse a mi lado.

—Vale, la buena noticia es que les queda una habitación —dice, mientras da vueltas a una tarjeta con el logo del hotel entre dos dedos—. La mala es que... hay una sola cama.

Resoplo cuando veo su sonrisa traviesa. Lleva haciendo esto todo el día. Me ha pedido que le hablara de libros cuando hemos salido de El Paso y luego me ha obligado a explicarle muy detalladamente en qué consiste cada cliché favorito de quienes leen romántica y erótica mientras visitábamos las cavernas de Sonora porque «Google dice que no te las puedes perder si pasas por aquí». Lleva horas comparando nuestra situación con alguno cada vez que tiene ocasión.

—Vale, no es verdad. Me han dicho que hay dos camas, aunque tú decides si usamos las dos o solo una. En plan totalmente platónico, ya sabes. ¿Quieres que vayamos a echarle un vistazo? Y luego me llevas a cenar a algún sitio chulo, solo como amigos.

Me bajo del coche y recupero las cosas que tengo que llevar conmigo. Pongo especial cuidado al acunar la urna entre los brazos.

—De amigos a amantes, Susie, ¿crees que esa sería nuestra historia en un universo paralelo? Solo de forma hipotética.

Sacudo la cabeza.

—Debería haberte tirado del coche en marcha en medio del desierto en la interestatal.

Su sonrisa se afila, aún más traviesa, cuando se cuelga su bolsa del hombro, coge la llave del coche de mi mano y lo cierra.

—De enemigos a amantes, me encanta.

—Cállate de una vez, cretino.

—¿Lo ves? Vamos imparables hacia ello, nena.

Lo empujo con la cadera para que se aparte de mi camino. La sonrisa amenaza con aflorar a mis labios cuando oigo su risa, pero no termina de dibujarse. Me adelanta en el trayecto hacia las habitaciones, para buscar la nuestra.

—¿Qué más seríamos? Oh, ya sé. Chico malo por... —sigue, un paso por delante, y se vuelve a mirarme para echarme un buen

vistazo y analizarme— chica malísima.

Se me escapa una risita, no lo puedo evitar más. Y el nudo de ansiedad que me aprieta la garganta se deshace solo un poquito y deja pasar un soplo de aire.

Sí que hay dos camas y yo dejo mi bolsa a los pies de una cuando veo que Tyler deja la suya sobre la otra. Hace una mueca de exagerada decepción al ver que no he elegido la misma, pero lo ignoro. Dejo la urna con mucho cuidado sobre la mesa. Y luego me vuelvo hacia el rubito.

—¿Te duchas o me ducho?

Alza una ceja.

—Podemos ducharnos juntos.

Le hago un corte de mangas y él se ríe.

—Dúchate tú —elijo yo el orden.

—Vale, tú te lo pierdes. —Coge algo de ropa de su maleta y va al baño. Se vuelve antes de entrar—. ¿Segura?

Le lanzo una almohada y él cierra la puerta de golpe, entre carcajadas, como si se tratara de una piedra y le fuera la vida en evitar el impacto. Lo oigo canturrear desde dentro, mientras yo saco ropa para ponerme más tarde y dejo el pijama sobre el colchón de la cama que he elegido.

—¡Oye, Susie! ¡Última oportunidad para unirte! ¡Te aviso de que en esta ducha va a empezar a subir una de tus cosas favoritas!

Pongo los ojos en blanco. Será... Y, entonces, lo que empieza a subir en esa ducha es la música de una canción. El agua cayendo no consigue amortiguar del todo el modo en que Tyler desafina burlonamente.

—*You change your mind, like a girl changes clothes...*

¿Katy Perry? Menudo cretino. Pero sonrío. Sí que sonrío, ampliamente y muy de verdad esta vez.

Aún tengo que aguantar un par de grandes éxitos más antes de que salga con una toalla a la cintura (a pesar de haberse llevado la ropa con él cuando ha entrado) y me haga una reverencia para señalarme el camino a la ducha, ya libre para mí. Le pego en el culo con la camiseta que llevo en la mano y se ríe incluso cuando ya he cerrado la puerta del baño.

Es la hora de cenar cuando por fin los dos estamos listos para salir. Me quedo parada en la puerta cuando él ya ha dado un paso fuera y me espera en el pasillo, porque algo amargo que se me agarra fuerte al pecho me pide que no deje a Clay solo. No en esta ciudad. No tan cerca del lugar donde nacieron todas nuestras pesadillas; donde lo hicimos nosotros. Y sé que es una locura, pero vuelvo atrás, vacío el bolso de todo lo que no es estrictamente necesario y coloco la urna dentro con mucho cuidado antes de cerrarlo, acomodarme la largura del asa a modo de bandolera y caminar hacia donde me espera Tyler.

Él no dice nada. Tampoco me mira como si estuviera desequilibrada. Hace un leve asentimiento cuando nuestros ojos se encuentran y extiende un brazo para pedirme sin palabras que camine a su lado. Me gusta que me entienda; odio que me entienda *tan* bien. No sé muy bien qué sentir estando aquí con él al lado. Las emociones opuestas me marean y me desequilibran. Tyler me coge de la mano, tímidamente, como pidiendo permiso. Y yo tenso los dedos ante el roce, pero, cuando va a apartarse, me doy prisa en entrelazarlos con los suyos y aferrarme al ancla que me ofrece.

—¿Dónde vas a llevarme a cenar, nena? Que sea romántico.

Le doy una patadita en la pantorrilla sin dejar de caminar y él se ríe con suavidad. Acabamos en el vegetariano favorito de Sam, y no sé muy bien por qué me he dejado llevar y lo he traído hasta aquí, pero él parece conforme. Nada ha cambiado en el local en los

últimos cinco años, creo que, como mucho, le habrán dado una capa de pintura.

Tyler me observa desde el otro lado de la mesa cuando ya nos han servido las bebidas y estamos esperando los platos que hemos pedido.

—¿Qué no puedo perderme de Austin? —pregunta, y echa un vistazo distraído a las fotografías de algunos lugares de la ciudad que cuelgan de las paredes.

Sacudo la cabeza.

—Puedes perdértelo todo. Nos largaremos de aquí cuanto antes.

Indaga en mis ojos y yo me obligo a mantenerme firme y entera y no apartar la mirada.

—¿Por qué querría estar aquí y no ver nada? Es una parte de ti.

Me trago un gruñido, pero la forma en que ha dicho eso y la calidez en el color avellana de sus ojos mientras se pierden en los míos hacen que algo me tiemble vulnerable por dentro.

—Es la peor parte de mí.

—Me dijiste que te había conocido en el peor momento de tu vida, Sue. ¿Sabes qué es lo bueno de eso? ¿De enseñarnos nuestras peores partes? Que lo que venga será mejor. Va a ser mucho mejor. Y quiero estar ahí cuando tengas el mejor momento de tu vida, porque todavía está por llegar.

Hay un burbujeo inquieto en la boca de mi estómago y no sé cómo enfrentarme a él. Me muerdo el labio y, cuando abro la boca para intentar responder algo, un camarero viene a servirnos un entrante para compartir.

—No voy a volver aquí después de este viaje. No pienso volver a Texas.

Tyler asiente.

—Entonces cuéntamelo todo ahora, antes de que nos larguemos sin mirar atrás. Cuéntame cosas de la Sue de Austin, Texas.

Hago una mueca diminuta y fugaz.

—Son muchos malos recuerdos.

—Pues cuéntame solo los buenos.

Y, de repente, me encuentro hablando. Hablo, hablo y hablo. De la señora Hill, la de la tienda de la esquina, que siempre me daba caramelos a escondidas. De la vez que fuimos de excursión al lago y Clay pescó un pez enorme. De la profesora que me prestaba una cámara para que yo pudiera hacer fotografías. También hablo de Sam y de los encuentros entre clases en la biblioteca. De cuando encontramos la flor de dragón en la floristería de su calle, y nos explicaron que solo florecía una noche al año. De cuando un amigo de Clay montó una fiesta y yo me colé para robarles cervezas, mi hermano salió a perseguirme y acabó compartiendo una conmigo en un tejado. Me cuesta sonreír, pero lo hago, aunque sea solo un poco.

Cuando la comida se ha acabado y dejo de hablar, siento la necesidad de terminar con esto. De cortar de raíz todos los malos recuerdos que aún me anclan a este lugar en forma de pesadillas. Clavo los ojos en los de Tyler y me armo de decisión.

—Tengo que ir a ver a Morgan.

—¿Tu madre?

Creo que se da cuenta de lo que esa palabra me hace. Del modo en que se me clava en la frente y me desgarra y desordena los pensamientos. Me esfuerzo por ser capaz de decir algo más.

—Clay aún tenía contacto con ella, por poco que fuera. Le mandaba algo de dinero a veces. Y odio esto, pero creo que a él le habría gustado despedirse.

Asiente. No lo cuestiona. Tampoco indaga. Se conforma con lo que doy. Sabe mucho, aunque nunca haya querido compartir mi

mierda con nadie. Tyler Sparks sabe más que nadie sobre lo que soy y sobre lo que me ha construido y destruido. Y, aun así, hay algo que todavía no sabe. La parte más oscura, la más afilada y pegajosa. La que puede cambiar del todo el modo en que me ve.

Tal vez debería hacer esto sola y dejar que la peor parte de mi pasado se quede solo aquí, lejos de cualquier otro lugar al que vaya después. Que nunca más me persiga, que hasta yo pueda olvidarla. No quiero que Tyler vea al monstruo y deje de mirarme como lo hace ahora. Si puedo mantener bien escondido todo eso que soy, tal vez él se quede y no salga corriendo. Tal vez no tenga que estar sola de nuevo.

Y él pregunta, como siempre, y, aun con todo, cargada de miedos, no puedo decir que no.

—¿Quieres que vaya contigo?

Me tiembla todo el cuerpo cuando freno en seco en el caminito de entrada, frente a la puerta. Pongo la mano sobre el bolso y me aferro a la urna a través de la tela. Doy un respingo cuando Tyler me pone una mano en la espalda, y él la aparta rápidamente.

—Perdona —murmura—. Sue, no tienes que hacer esto si no quieres. Si quieres que le diga algo puedo llamar yo, no hace falta que la veas.

Sacudo la cabeza y doy dos pasos adelante con toda la firmeza que se me escapa a pulsos sordos por cada poro de la piel.

—No —consigo decir a media voz—, puedo hacerlo.

No sé si puedo hacerlo.

Otro paso más y las sensaciones en forma de *flashbacks* se me agarran a la piel como latigazos. El miedo. La angustia. La culpa. El mundo derrumbándose cada vez que volvíamos del colegio y tenía

que atravesar esa puerta. El sonido chirriante de la del garaje, mal engrasada, cuando él volvía de trabajar. La cadencia de sus pasos. El olor del perfume que ella se ponía para recibirlo porque una vez dijo que le gustaba.

Es asqueroso.

Tengo ganas de vomitar.

Pero subo el escalón desgastado del porche y llamo al timbre. Una sola vez. Rápido, para no arrepentirme. Busco la mano de Tyler a mi lado. Él me encuentra. Él me sostiene.

La puerta se abre y su figura aparece en el marco. Me siento pequeña, muy pequeña. Soy una niña otra vez. Y ella clava los ojos azules en mí y me mira como me miraba entonces. Como si fuera un contratiempo. Una molestia. Como si acabara de interrumpir algo muy importante. Se me acumula un dolor inmenso en la garganta mientras me mira de arriba abajo, con esa expresión de profunda decepción que siempre reservó para mí.

—¿Qué haces aquí? —escupe.

Tyler da un paso al frente, con actitud protectora, y yo le aprieto la mano para que permanezca a mi lado. Morgan lo mira como si acabara de darse cuenta de que está ahí, y chasquea la lengua.

—¿No te gustaban las chicas? —Vuelve a mirarme, sin saludarlo siquiera.

No me molesto en explicarle nada. Dijo que era «una vergüenza» para ella cuando alguien les contó que me habían visto con Sam. Su marido me encerró en casa y Clay se enfrentó a él para llevarse otra paliza más en mi lugar.

—Estoy aquí por Clay —consigo decir con apenas un hilo de voz.

Suelta el aire por la nariz de una forma que suena algo irónica, da un paso atrás y luego se dirige a la cocina, aunque deja la puerta abierta. Avanzo con pasos titubeantes hacia el interior y Tyler me

sigue, aún agarrado a mi mano. No entro en la cocina. Paramos en el marco y la miro desde allí. Está justo en *ese punto* y sé que es a propósito. Que sabe muy bien lo que está haciendo. Suelto la mano de Tyler solo para poder rescatar la urna del bolso y acunarla entre los brazos.

—Era tu hijo —le recuerdo, con la voz rota.

Me mira. Mira el recipiente plateado. Aprieta fuerte el borde de la encimera con los dedos.

—Yo no tengo ningún hijo.

Tyler se tensa a mi lado. Me da la impresión de que es más grande, más intimidante, y de que está esperando el momento de saltar entre las dos y protegerme con su cuerpo si a esa mujer se le ocurre dar un solo paso hacia mí.

Algo se me rompe dentro, a pesar de todo este tiempo, a pesar de tantas cosas. A pesar de que yo tampoco haya tenido jamás una madre.

—Mamá..... —suplico, y esa palabra que hacía tantos años que no pronunciaba me abrasa en llamas la garganta y me llena los ojos de lágrimas.

—Entiérralo tú, así te harás cargo por una vez de lo que provocas. ¿O es que has venido para acabar con todos? Ya solo te falto yo, ¿no es verdad?

Me tiemblan las rodillas. Las imágenes de aquella noche se reproducen en mi cabeza una y otra vez a demasiada velocidad. No puedo...

Doy un paso atrás, aferrada a las cenizas de mi hermano. Tyler da un paso adelante al mismo tiempo.

—Ya basta —dice, firme, autoritario—. ¿Qué cojones...?

Y ella sonríe. Me da un escalofrío. Intento agarrar el brazo de Tyler para tirar de él, para obligarlo a salir, para sacarlo de esta casa

conmigo. Para que no pueda oír lo que ella está a punto de decir.

Pero ni siquiera he llegado a rozarlo cuando *su* voz suena alta y cortante.

—Ah, vienes aquí cogido de su mano... ¿Y la pequeña víbora no te ha contado que fue ella quien mató a su padre?

El mundo se apaga de golpe. Solo hay luces de emergencia, pero ninguna marca la salida. Me veo en esa esquina entre las sombras, con la pistola entre las manos, con la ropa salpicada de rojo, con la espalda contra la pared. Temblando como una hoja, con los sollozos atorados en la garganta. La veo a ella agachada junto al cuerpo, cubierta con su sangre y también con la de él. Llora. Abre la boca y parece que grita con desesperación, pero hay un pitido insoportable en mis oídos que no me deja oírla. Veo entrar a Clay desde la calle, corriendo, acelerado, con el gesto desencajado, en respuesta a mi llamada de un par de minutos atrás. Cierro los ojos con fuerza en la oscuridad. Y vuelvo a oír el disparo, una y otra vez.

Salgo corriendo. No sé cómo me mantengo de pie. No sé adónde voy. Solo corro.

Una voz a mi espalda grita:

—¡No tengo ningún hijo! ¡No lo he tenido nunca!

Y yo corro un poco más. Cruzo la carretera sin mirar. Atravieso el parque del final de la manzana y termino por caer de rodillas en un callejón tras vomitar junto a un cubo de basura.

No sé cuándo o cómo he vuelto a deslizar la urna en el bolso, pero ahí está. Siento su peso en el hombro y eso me mantiene despierta. Jadeo con fuerza para poder respirar.

Puedo notar que está ahí antes de verlo. Se acerca muy despacio y se sienta a mi lado. No me atrevo a mirarlo porque no quiero saber cómo me mira él ahora. No quiero descubrir que ya solo soy monstruo y no más suricata.

—Sue —susurra tierno.

Levanto la mirada. Sus ojos se clavan en los míos, cálidos y dulces. Se inclina levemente hacia mí.

—¿Puedo...? ¿Quieres que te abrace?

Se me parte el pecho en dos. Me abre en canal cuando pregunta eso con cautela y me observa como si fuera algo hermoso que proteger. Dudo. Y luego asiento. Lloro cuando me envuelve en sus brazos con prisa, con necesidad, como si a él le hiciera tanta falta como a mí. Me pega a su pecho. Deja escapar el aire y su aliento se me cuela entre el pelo.

—Lo siento —murmuro.

—No. Tú no tienes que sentir nada, ¿me oyes, nena? Tú no tienes que sentirlo.

Me aferro a su camiseta y arrugo la tela entre los puños. Me busco con desesperación, a esa Sue que prometió no llorar más y no volvió a hacerlo después de esa noche, a la que prometió que no volvería atrás y que no dejaría que nadie volviese a hundirla... y mucho menos *ella*.

Me aparto y me enjugo las lágrimas con rabia. Ya vale. Ya es suficiente.

—Soy lo que soy, Tyler. Una mentirosa, una ladrona..., ¿no? Y también soy una asesina. Ahora que lo sabes, será mejor que te alejes mientras puedas, antes de que te destroce, antes de que te corte muy profundo y no puedas dejar de sangrar.

—¿Sabes lo que haré si sangro, Sue?: escribiré una declaración en la pared para ti. Eso es lo que haré, ¿vale? Así que no intentes apartarme ahora, porque no pienso irme a ninguna parte.

—Ella tiene razón.

—Ella es una hija de puta —me interrumpe. Coge mi cara entre las manos, me pasa los pulgares bajo los ojos y me obliga a mirarlo

—. No vas a tener que volver a verla nunca más. Ojalá pudiera decirte que ni siquiera volverás a pensar en ella. No vamos a volver aquí jamás, si tú no quieres.

Sacudo la cabeza.

—Mi familia... —se me quiebra la voz.

Él llena enseguida mi silencio:

—Tu familia ahora son Blair y Craig. Y Bree y Kowalski y el idiota de Andrews también. Yo quiero ser tu familia ahora, si tú me dejas.

Busco sus ojos. Está aquí frente a mí, fuerte y decidido, dispuesto a recogerme en cuanto termine de caer. Listo para tenderme la mano y ayudarme a trepar de nuevo hacia la superficie. Pero...

—No sabes lo que pasó.

—No me hace falta. Sé suficiente. Me vale con lo que tú quieras contarme, y con todo lo que no me cuentas, pero veo igualmente. Te conozco, mentirosa, no te escondes tan bien como crees.

—Si te lo cuento ya no me mirarás igual —murmuro.

—Ponme a prueba. Te aseguro que en eso estás equivocada.

Consigue que el reto suene atractivo. Porque sí que quiero estar equivocada, necesito que me demuestre que lo estoy. Así que hablo, aunque ya lo haya hecho mucho esta noche.

Le hablo del momento a los quince años en que me di cuenta de que ese hombre que ya no consideraba un padre empezaba a mirarme diferente. Ya no como a una niña. Le cuento cómo el nombre de Morgan que solo él usaba conmigo adquirió otro tono y se volvió sucio. Que Clay empezó a dormir en el suelo de mi cuarto, delante de la puerta, para asegurarse de que él no entrara. Que Morgan, la que llevaba ese nombre antes que yo, me llamaba cosas muy feas y me acusaba de provocarlo. Intenté escaparme a los dieciséis, y Sam murió por mi culpa. Mi hermano se llevó otra paliza que llevaba mi nombre. Y aquella noche, recién cumplidos los

diecisiete cuando... *Él* volvió antes del trabajo. Clay aún no estaba en casa. Mi carta de la universidad acababa de llegar. Recuerdo el alivio por poder escapar de allí, por tener la opción de irme lejos en solo unos meses, porque mi hermano también podría hacerlo. Le cuento a Tyler cómo me acorraló en la cocina, con la carta arrugada en su puño. Que me puso la pistola bajo la barbilla. Cómo me dijo que merecía un castigo y que, si intentaba resistirme, iba a matarme. No llegó a tocarme porque apareció ella. Se volvió loca. Se lanzó contra mí, gritando y llorando, llamándome de todo. Él la apartó de un empujón. Y, luego, empezó a pegarle. Ella tenía sangre por toda la cara. Llamé a mi hermano, intenté pararlo, pensé que... No, no es que lo pensara, es que sus enormes manos estaban alrededor de su cuello y ella no podía respirar y de verdad que *iba* a matarla. La pistola estaba al borde de la mesa, abandonada con prisas, a punto de caer. Así que la cogí, quité el seguro, la levanté con el pulso nada firme y apreté el gatillo.

Sus compañeros de la policía taparon el caso cuando se enteraron de la verdad. No querían manchar su imagen. Dijeron que fue un accidente y lo olvidaron. Yo no lo olvidaré jamás.

Sueño muchas veces con el silencio que sigue a un disparo. El modo en que el ruido tan fuerte del cañón te ensordece durante unos segundos antes de dar paso al pitido.

Eso también se lo cuento a Tyler.

Solo me atrevo a mirarlo cuando siento sus nudillos rozándome suavemente la línea de la mandíbula. Entonces busco sus ojos. No han cambiado. Y sigue aquí, exactamente igual que hace unos minutos.

—Los monstruos no dejan ver que lo son todo el tiempo —murmuro, a media voz, igual que ya le dije una vez—. Yo tampoco he dejado que me vieras.

Sacude la cabeza y sonríe muy levemente de medio lado, con ternura.

—En eso también te equivocas. Te veo. Y te he visto todo el tiempo. Aún quiero verte más. Quiero conocerlo todo.

Aprieto los labios para frenar el temblor.

—Maté a mi padre.

—Bien. Porque, si no lo hubieras hecho, iría a esa casa ahora y lo haría yo mismo.

Sus ojos refulgen con rabia, cargados de dolor, del suyo y del mío, y también de algo más. Una promesa silenciosa que me encoge el corazón y lo llena poco a poco para que pueda volver a latir.

—Tyler...

—Quemaré el puto mundo, si el mundo te hace daño.

Retengo un sollozo mordiéndome el labio. Me escuecen los ojos anegados en lágrimas y tengo las palabras atascadas en la garganta.

—Dime si tú le prenderías fuego por mí, suricata —me pide en un murmullo, con el alma desnuda y vulnerable, suplicando con la mirada.

Lo siento en las tripas y corriendo por las venas.

—Quemaré el mundo, si el puto mundo se atreve a rozarte.

49

A Dustland Fairytale



Tyler

Hay una sensación extraña dentro de mi pecho que crece y lo inunda todo. Que no me ahoga, sino que me llena de aire y me permite respirar bien por primera vez en mucho tiempo. Inclino el torso hacia delante hasta apoyar la frente en su pecho. Sus manos se hunden en mi pelo y quiero guardar para siempre el modo en que me hace sentir.

«Si el puto mundo se atreve a rozarte». Quiero arrancar el dolor que aún le quede dentro con mis propias manos.

Levanto la cara hacia ella y ahí están sus ojos. Sus labios. Me contengo para no acercarme más. Porque este momento ha sido demasiado para los dos y no podemos dar un paso en falso. Creo que necesitamos darnos un poco de espacio, enfriar las emociones difíciles y mirarnos con la nueva luz de la mañana, donde podamos ser solo nosotros encontrándonos y no con todos nuestros demonios danzando alrededor.

Este viaje es complicado para ella y no voy a complicarlo más.

—Necesito... Creo que necesito un poco de normalidad —murmura.

Asiento. Recojo los restos de humedad bajo sus ojos con los pulgares y le sonrío muy levemente. Me devuelve solo una curvatura de labios aún titubeante.

—¿Cuál es la normalidad en Texas? ¿Un rodeo?

Se muerde el labio.

—Eres muy tonto.

Sonrío un poco más.

—Sí que lo soy. ¿Me llevas a algún sitio que te haga sentir bien?

Se pone de pie. Aún le tiemblan las manos, pero me ofrece una para ayudarme a levantarme. Está helada cuando la envuelvo en la mía, así que no la suelto cuando empezamos a andar y dejamos atrás el callejón.

—Creo que necesito una copa —decide, cuando entramos en una calle llena de bares.

Emito un sonido de duda que le hace volver la cabeza al instante para mirarme.

—No, no necesitas una copa. Necesitas otra cosa, Sue.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué necesito?

Le suelto la mano, solo para rodearle los hombros con el brazo y atraerla un poco hacia mí.

—Necesitas reírte. Necesitas algo que te haga sentir mejor y no peor. Y necesitas que ahora, solo por esta noche, te cuiden. Y está bien, no eres menos fuerte por eso.

Me lanza una mirada contrariada.

—Odio que me cuiden —me recuerda.

—No pasa nada. Lo haré sin que te enteres.

Su cuerpo gravita hacia el mío y se me pega al costado. Le beso el pelo y ella me deja hacerlo sin protestar. Luego levanta la mirada hasta mi cara y sonríe de medio lado.

—¿Sabes?, se me acaba de ocurrir que hay un sitio típicamente texano que necesitas ver.

Le guiño un ojo.

—Por fin empezamos a entendernos, suricata.

Me da un pisotón y yo me río.

—Vamos. Si te gusta mucho, te regalaré un sombrero.

Suelto una carcajada, la achucho un poco más contra mí y luego la sigo como un perrito adonde sea que quiera llevarme. Porque el destino da exactamente igual mientras me deje acompañarla.

La música *country* nos recibe cuando entramos en el bar. El sitio es enorme y está bastante lleno para ser un domingo por la noche. Me agacho para decirle a Sue al oído que esto es exactamente lo que esperaba de Texas. Ella se ríe y tira de mi mano hacia la barra que hay a un lado. Vamos esquivando gente vestida al más estereotipado estilo texano. Bailan coreografías que todos parecen conocer sin importar su género o edad y beben unas jarras enormes de cerveza. Ella no pide alcohol, sino un par de refrescos. Bebo poco a poco del mío mientras miro alrededor.

—Eh, ¿qué pasa allí? —Señalo el fondo del enorme local.

—Ah, sí. Por eso te he traído, rubito. Pero antes del plato fuerte, tienes que aprender a bailar esto.

La miro, contrariado. Tiene una sonrisa pícara en los labios y los restos de lágrimas ya no se aprecian con esta luz. Me siento más lleno al verla sonreír. Más entero. Y estoy dispuesto a cualquier cosa para conseguir que siga haciéndolo.

—Vale. Enséñame.

—Yo no sé —dice, entre risas—. Pero esta gente estará encantada de revelarte todos los truquitos, no hay nada que le guste más a un texano que pavonearse delante de un forastero.

—Ya me había dado cuenta. —Hago un gesto hacia ella y se ríe otra vez.

Sé que se está esforzando por hacerlo, pero es solo cuestión de tiempo que se convierta en algo natural.

—Si superas el baile, pasaremos al siguiente nivel.

—Vale. Vamos. Aprenderemos juntos.

—¿Qué? No...

Le quito el vaso sin que lo haya terminado, los abandono en una mesa que hay justo detrás y tiro de su mano para llevarla a la pista de baile.

—¡Esta chica necesita aprender a bailar! ¡Es totalmente inadmisible que sea texana y no sepa!

Varias personas me apoyan con gritos y silbidos. Sue me mira con reproche y me señala con los dedos a los ojos.

—Te la debo, rubito.

Sonrío.

—Me muero de ganas, suricata.

Le guiño un ojo. Hace una mueca. Y luego alguien me pregunta de dónde soy y se monta mucho revuelo cuando respondo que de California. Sue tenía razón, todos quieren mostrarme lo maravillosa que es su forma de bailar canción tras canción de *country* y lo inútil que resulta para ello un chico de tan lejos de Texas. Lo primero que descubro es que me falta un cinturón; no es tan espectacular tener que enganchar los dedos en la cinturilla del pantalón. Luego me doy cuenta de que este baile es mucho más elegante con unas buenas botas. Y, al final, cuando cada uno está bailando con un grupo de gente sin dejar de buscarnos con la mirada todo el tiempo, alguien

me encaja un sombrero en la cabeza. Miro a Sue, se está mordiendo la sonrisa sin dejar de bailar mientras me observa. Lo hace bastante bien para llevar el peso del bolso cruzado a la espalda. Me señalo el sombrero, con una sonrisa orgullosa. Ella se ríe y me guiña un ojo, imitando mi forma de hacerlo antes.

Y seguiría bailando toda la noche.

—Lo has hecho muy bien para ser forastero —me dice cuando nos retiramos agotados a un rincón y nos consigue más bebidas.

Le doy un toque al sombrero y me lo bajo sobre los ojos.

—Tengo un talento natural para el *country*, según parece.

La risa se le escapa entre los dientes y se acerca un poco más para colocarme el sombrero mejor. Nos miramos a los ojos. Me muero por besarla. Pero dejo pasar el momento y ella tampoco da ese paso que nos separa.

—Tienes un talento natural para que no te importe hacer el ridículo. En cuanto te termines ese vaso, veremos si eres tan fuerte, resistente y atlético como tú te crees, señor exjugador de fútbol americano.

Levanto las cejas.

—¿Me estás retando?

—Claro que sí.

—Sabes que no puedo apostar.

—No hace falta, ya te han regalado el sombrero, no te queda nada por ganar.

—No quieres medirte conmigo, Susie, eres muy pequeña para acobardarme.

—Recuerdo que dijiste exactamente lo mismo antes de echarte a llorar por un poquito de salsa picante.

Hago una mueca.

—Si con «un poquito de salsa picante» quieres decir un chile habanero relleno de fuego del infierno, entonces, sí, admito que se me escapó una lagrimita.

Se ríe.

—Vale, de modo que así es como contarás la historia a tus amigos, ¿eh?

—Y tú tienes que respaldarme, nena, somos un equipo.

—¿Desde cuándo?

Le hago una seña con el dedo para que se acerque a escuchar el secreto. Me inclino y hablo con los labios pegados a su oreja:

—Desde que has dejado de protestar e insultarme cuando te llamo nena.

Me clava un dedo en el costado y yo salto hacia atrás, riendo. Veo su sonrisa desbordarle las comisuras y siento el impulso de morderla. No se me ha pasado por alto el estremecimiento que la ha sacudido cuando le he hablado al oído, pero me sigo conteniendo. No quiero que pase nada hoy que pueda confundirse con la necesidad de aferrarte a algo cuando el mundo gira a toda velocidad y sientes que caes a lo más profundo. Quiero que *quiera estar conmigo* y no huir de sí misma entre mis brazos.

—Eres un cretino —dice, alto y claro—. ¿Ves? Aún lo hago, *nene*.

Le dedico una sonrisita de superioridad. Y luego me bebo lo que queda de mi vaso y le pido que me lleve a mi siguiente reto de una vez.

Hay mucha gente congregada alrededor de lo que sea a lo que tengo que enfrentarme para hacerme el guay delante de esta chica que se cree más chula que nadie. Gritan, silban, jalean y abuchean. Todavía no hemos llegado y ya me están intimidando un poquito, aunque, por supuesto, lo disimulo. Entonces Sue me empuja para que dé un último paso y lo veo. Hay un toro mecánico, y una chica

está aferrada como puede a él mientras la sacude de lado a lado del espacio acolchado que lo rodea. Esto me encanta.

Sue suelta una risita cuando la miro con la boca un poco abierta y los ojos centelleando, divertido.

—Voy a apuntarnos.

Se va antes de que me dé tiempo a decir nada, aunque tampoco es que tuviera previsto protestar. Estoy deseando subirme a esa cosa. Observo a la chica que aún aguanta a lomos de la máquina. Ha perdido el sombrero, que está tirado a un lado, y clava los talones de las botas a los lados del toro mecánico cada vez que tiene ocasión. Acaba de caer cuando Sue vuelve a mi lado. Mira a la chica y hace una mueca.

—¿Ya se ha caído?

—¿*Ya*? —repito, casi indignado, porque a mí me ha parecido toda una hazaña.

Se ríe. Se acerca un poco más y se pone de puntillas, con una mano en mi hombro, para hablarme al oído.

—¿Te ha gustado esa chica, Ty? ¿Te ponen las texanas que no tienen miedo?

Bajo la mirada hasta encontrar sus ojos. Hay una texana en concreto que no tiene miedo a nada y me pone... muchísimo.

—¿Y a ti? ¿Te ha gustado?

Echa un vistazo rápido en su dirección.

—Supongo. No está mal.

Me llevo una mano al pecho, exagero mi sorpresa y se me escapa una sonrisita anticipando su reacción.

—¡Triángulo amoroso, nena!

Pone los ojos en blanco, pero al final se le contagia la risa.

—Eres pesadísimo, en serio.

—Tienes que contarme toda la trama de esa saga que estabas leyendo... ¿No sé qué de papel?

Aprieta los labios y me mira como si acabara de insultarla.

—De cristal, cretino.

Sonrío.

—Bueno, era frágil, de cualquier forma.

Me pega un empujón juguetón con la cadera y entonces el tipo que había subido al toro mecánico se cae y alguien grita su nombre en cuanto lo sacan del recinto acolchado.

—¡Sue Morrison!

—Eh —protesto—, ¿por qué vas tú primero?

—Para que veas lo que tienes que superar. Toma, sostén a Clay mientras te dejo flipado.

Me pasa su bolso y va hacia allí decidida. La gente la aclama, como a cada nuevo competidor. Abrazo el bolso con cuidado, porque si se me cae al suelo y esa urna se abre, además de darme muy mal rollo, la suricata no me lo perdonaría en la vida.

—¡Esa chica necesita un sombrero! —grita alguien al fondo.

No sé de dónde lo sacan, pero le han prestado uno y está jodidamente irresistible con él en la cabeza cuando se sube a la máquina de un salto y se coloca en posición.

Y luego empieza. Aguanta. Aguanta. Y sigue aguantando un poco más. Hasta que su sombrero sale volando y las sacudidas alcanzan una brutalidad tan demencial que temo que vaya a hacerse daño.

La gente se vuelve loca. Yo me pongo *muy* cachondo. Es... Necesito que esta chica se quede a mi lado todo el resto de mi maldita existencia.

Me acerco cuando la ayudan a salir después de la caída. Alrededor, le están aplaudiendo. Yo solo pienso en besarla. Me sonríe en cuanto estamos frente a frente.

—¿Te ves capaz de superarme, Ty? —se burla, casi sin aliento.

Niego con la cabeza.

—Ni de broma.

Y lo digo por lo menos en tres o cuatro sentidos totalmente diferentes. Ella se ríe. Coge el bolso con cuidado de entre mis brazos.

—¿Qué? —pregunta cuando vuelve a encontrarse con mis ojos y se percata del modo en que la estoy mirando.

No me puedo contener y las palabras se escapan:

—Eres una mujer increíble, Sue. Me parece que no lo sabes, pero eres mucho más que ese dragón de tu pierna. Eres mucho más fuerte de lo que yo seré jamás. No dejes que nadie te haga creer lo contrario. Porque te levantas cada vez. Sigues luchando. Y no puedo creer la suerte que tengo de que me dejes verte. Yo...

—¡Rubito Sparks! —llaman desde la entrada al recinto de las pesadillas—. ¡¿Dónde está Rubito?!

Sue se muerde el labio. Yo frunzo el ceño y le dedico una mirada reprobatoria. Se le escapa una risita.

—Te odio —le murmuro al oído divertido, al pasar por su lado.

Se vuelve a mirarme cuando avanzo hacia mi próximo ridículo público.

—¡De enemigos a amantes, rubito! —se burla, y a mí se me encoge el estómago y me cosquillea todo el cuerpo—. ¡Eh! No te hagas daño en el brazo, ¿vale?

Giro la cara para mirarla, inclino el sombrero y le guiño un ojo.

Sigo viendo su sonrisa incluso cuando esta cosa empieza a moverse y debería estar centrado en agarrarme como si me fuera la vida en ello. Lo hago, me agarro, aunque no sirve para superar su marca, claro. No es muy justo, creo que llevar sangre texana en las venas es una evidente ventaja.

Nos recuperamos con un par de vasos de agua. Sue ahora se ríe de verdad, me lanza pullas sin parar y me dedica miradas coquetas todo el tiempo. Puede que no sea el mejor del bar en ese toro mecánico, pero desde luego soy el tío con más autocontrol que hay ahora en todo Austin. Puede que en todo Texas. Tal vez incluso puedo subirme de categoría y abarcar el universo al completo cuando ella se pasa la lengua por los labios y me llama cretino una vez más.

Volvemos al hotel cuando ya ha pasado muy de largo la medianoche. Las risas se han quedado en el bar y ahora caminamos juntos envueltos en un ambiente de calma y confianza que es raro y perfectamente natural al mismo tiempo.

Sue ignora su cama y se cuela entre las sábanas de la mía en cuanto sale del baño. Me da la espalda, me coge el brazo y lo pasa por encima de su cintura, para que la abrace. La pego a mi pecho y aspiro el aroma a melocotón de su pelo.

—Gracias por quedarte.

Su murmullo me roba el aire. Solo puedo responder abrazándola con más fuerza. Los minutos pasan en silencio, y acompasamos las respiraciones. Ella es mucho mejor que un ansiolítico o un somnífero, así que ya me estoy quedando dormido cuando la oigo murmurar de nuevo, con voz adormilada:

—Mañana solo una cama, ¿vale, Ty?

Me despierto muy temprano. Tengo la sensación de que lo es, aunque no soy capaz de abrir los ojos aún para confirmarlo. Deslizo la mano sobre la sábana para buscar el cuerpo de Sue a mi lado, pero no está.

Me incorporo lentamente, con los ojos entornados a causa de la luz de primera hora que se cuela por la ventana. Miro alrededor. Ni rastro de ella. La urna de las cenizas de su hermano tampoco está sobre la mesa, donde la dejó al volver al hotel. Me desperezo y me levanto de la cama con la intención de acercarme al baño.

—¿Sue?

No hay respuesta. Echo un vistazo a la mesilla y vuelvo sobre mis pasos al ver algo ahí. Las llaves de mi coche han desaparecido, pero hay un trozo de papel doblado en dos y apoyado en equilibrio delante de la lamparita.

Ty,
he ido a decirle adiós a mi hermano. Volveré pronto.

Acaricio su letra, me trago un suspiro y me siento al borde de la cama. Ojalá me hubiera dejado acompañarla, pero entiendo que esto sea algo que necesita hacer sola.

Me aseo y me dedico a recoger mis cosas. Luego, cuando todo está listo para cuando ella quiera marcharse de Austin para no volver, me siento a esperarla.

Aún no ha vuelto cuando llega la hora de dejar la habitación, así que recojo también su bolsa y cargo con todo para ir a la recepción y hacer el *check-out*. Me siento en la acera, delante de la puerta del hotel, y juego con el móvil para matar el tiempo.

Me pongo de pie casi de un salto cuando el deportivo aparece al final de la calle. Para justo delante de donde estoy, apaga el motor y se baja. Me mira a través de las gafas de sol. Intenta sonreírme, y le sale un poco regular.

—¿Pensabas que te había robado el coche?

Sonrío. Sacudo la cabeza.

—Sabía que volverías a por mí.

Se acerca y me ayuda a meterlo todo en el maletero. Puedo notar que algo en ella ha cambiado. Parece más libre, más ligera... Parece estar más en paz con los demonios de su cabeza. Aun así, lo pregunto:

—¿Todo bien?

La urna ya no está por ninguna parte y no sé muy bien qué es lo que habrá hecho con ella.

Levanta la vista y me sonríe.

—Sí. Todo bien. Solo... Necesitaba llevarlo a su sitio favorito, donde se escapaba con sus amigos a hacer el imbécil, donde podía ser él y ser libre y no tener miedo. Es una zona de senderismo a unos veinte minutos. Puede que esté prohibido esparcir cenizas sobre el arroyo, así que será mejor que nos larguemos antes de que me detengan.

Me inclino hacia ella y le beso la frente. Tiene los ojos cerrados cuando me aparto y los abre poco a poco para encontrar los míos.

—¿Puedes conducir tú?

Me pasa las llaves y se monta en el asiento del copiloto antes de que yo regule el del conductor y me acomode al volante. Se estira hacia el asiento trasero y recoge una bandeja de cartón con un par de vasos.

—Te he traído un café.

—Mmm, genial. Gracias. Creo que me hace falta.

Me sonríe y me lo tiende. Coge el suyo con las dos manos, como si necesitara calentarse a pesar del calor abrasador de Austin en esta mañana de lunes.

—¿Y ahora qué? —pregunta, con los pies sobre el asiento y las piernas encogidas.

Estiro el brazo para acariciarle con dulzura el tatuaje de las zapatillas de *ballet* que tiene en el tobillo. Se deja hacer y ni siquiera

se tensa bajo mi contacto, solo permite que nuestras pieles se encuentren y se fundan.

—Ahora..., ¿qué te parece si cogemos el camino largo, Susie? Son algunas horas más de carretera, pero podemos ir al Gran Cañón. Podemos hacer noche en Las Vegas e ir a ver algún espectáculo. Nada de póker —advierto, y la señalo con un dedo. Lo atrapa en el puño y me lo retuerce un poco mientras se le escapa la sonrisa—. Y luego volvemos a casa. ¿Recuerdas ese fin de semana, cuando paramos el mundo dos días?

—No debería, pero me acuerdo muy bien.

Le sonrío, y la sonrisa vuela de mi boca a la suya.

—¿Qué tal si lo hacemos otra vez?

Asiente.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí. Vamos a tomar el camino largo.

Y, poco después, dejamos atrás Austin y volvemos a la carretera, a la música *rock* y a ser solo ella y yo.

50

Don’t Stop Me Now



Sue

Bajo la ventanilla y cierro los ojos cuando el viento me azota las mejillas y me despeina. Tyler pisa un poco más el acelerador y yo sonrío al notarlo.

Me siento cada vez mejor a medida que recorremos kilómetros y Austin queda atrás. Todo lo que hay allí ya no forma parte de mi vida y a Clay lo llevaré siempre conmigo, esté donde esté. Ahora, por fin, ha llegado el momento de empezar de nuevo, de decidir quién quiero ser y cómo quiero serlo. De decidir a quién quiero tener a mi lado mientras construyo este nuevo mundo.

Miro a Tyler. Me devuelve una mirada de reojo y mantiene una sonrisa relajada en los labios. Y, al menos, hay una cosa que tengo muy clara acerca de mi futuro: quiero que este chico perdido se encuentre en él. Pulsa un botón en la pantalla del coche y la lista de reproducción salta a la siguiente canción. Alzo una ceja incrédula. Él se aguanta la risa; a mí se me escapa.

—¿*Firework*?

Se encoge de hombros con actitud inocente. Jamás debí confesar lo de Katy Perry, en serio.

—La he añadido a la lista cuando has ido al baño en la gasolinera. Me parece que te va bien.

Él me va bien, pero eso no lo digo en voz alta. Solo me pongo a tararear bajito y marco el ritmo con los pies mientras lo oigo reír suavemente a mi lado.

Siento cada palabra, puedo escucharla de su voz, aunque no cante, porque sé que es exactamente ese el modo en el que él piensa en mí. Hay algo cálido que me caldea el cuerpo, que me chisporrotea en las venas, que me estalla en el pecho. Tyler se ríe mucho más, y más alto, cuando me pongo a cantar el estribillo a todo volumen. Creo que protesta un poco cuando saco la cabeza y los hombros por la ventanilla y me enfrento al viento. Y luego... Luego, grito con todas mis fuerzas. Solo para sacarlo de dentro. Solo para vaciarme de lo malo y dejar sitio para todo lo bueno que esté por venir. Solo porque me llamo Sue y es nombre de guerrera y nadie me va a volver a callar jamás.

Tyler acelera. Yo grito otra vez, hasta que me quedo sin voz. Y cuando vuelvo a recostarme en el asiento a su lado y suenan los últimos acordes de mi canción, nos miramos a los ojos por un segundo y el mundo empieza de nuevo.

—Tenemos que parar aquí.

—¿Qué? Aún podemos recorrer un poco más.

—¡Hay una feria, Tyler!

Se ríe. Sale de la carretera principal y se adentra en las calles del pueblo. Hace cerca de media hora que hemos pasado la frontera con

Nuevo México. Y puede que este sea uno de los pueblos más pequeños de la zona, pero hay una feria en el descampado que acabamos de dejar atrás y quiero que el inicio de mi nueva vida tenga luces de colores.

Encontramos una casa algo destartalada con un cartel de «Se alquilan habitaciones» en la ventana. Aparca el coche justo delante y se quita las gafas de sol para mirarme. La tarde ya está empezando a ocultarse allí adelante, en el horizonte.

—¿Probamos suerte? —sugiere.

—Sí, vamos.

Nos recibe una mujer mayor. Lleva una flor en el pelo y no para de anotar cosas en un libro enorme que tiene sobre el improvisado mostrador, que un día debió de ser la barra de una cocina.

—No me quedan habitaciones en la casa. Aunque, si no os importa, podría prepararos la del antiguo granero. Está peor aislada y no tiene televisión, ni wifi, ni ninguna de esas modernidades, pero hay una cama, una mesita y un baño completo.

Tyler me mira, en espera de mi decisión. No sé muy bien si hay algo que pensarse, el granero parece de lejos la mejor *suite* de esta pensión cochambrosa.

Damos una vuelta por el pueblo mientras nos la preparan. Tampoco es que haya mucho que ver. Me temo que el recinto de la feria es más grande que la población. Fumamos un cigarrillo a medias y nos rozamos las manos de forma distraída cada vez que tenemos ocasión. No sé muy bien lo que está pensando. Tal vez que necesito que me dé espacio para recomponerme un poco más antes de enfrentarnos a la evidente realidad de lo que somos ahora. Antes de que demos el paso y nos lancemos de cabeza a encontrarnos y redescubrirnos. Antes de dejar que la magia de aquel fin de semana

que vivimos como un espejismo nos envuelva de nuevo y nos eleve por encima de la realidad.

Yo no sé si quiero esperar. No sé si puedo.

Nos turnamos para la ducha una vez que tenemos la habitación. A mí me parece perfecta. La pequeña edificación de madera apenas puede llamarse «granero», pero está decorado con gusto, el baño es bastante nuevo, y tiene una ventana en el techo, sobre la cama, desde donde se pueden ver los colores rojizos que tiñen el cielo al atardecer.

—¿Quieres que cenemos en la feria? —pregunta Tyler mientras se pone la camiseta y se revuelve el pelo mojado tras la ducha.

Se gira a mirarme y me pilla con los ojos puestos en su cuerpo. En mi defensa, ha sido él quien ha salido del baño sin camiseta con todos esos músculos a plena vista y luego, para colmo, me ha dado la espalda para que pudiera deleitarme con esos trazos de tinta de color vivo que conforman el ave fénix de su espalda. Una no es de piedra, vaya.

Le sonrío con aire inocente.

—Me sorprende que creas que hace falta preguntarlo.

—Anda, vamos. —Me pone una mano en la parte baja de la espalda y me abrasa a través de la tela de la camiseta en ese punto —. ¿A qué planeas ganarme hoy?

—Probablemente a todo —pico traviesa—. Oh, perdona, TyTy, que te gane una chica, ¿hiere tu masculinidad?

—Que me llames «TyTy» es lo que hiere mi puta masculinidad.

Suelto una carcajada tras su gruñido y, aunque intenta esconderse girándose para cerrar la puerta con llave cuando salimos, no me pierdo la sonrisa divertida en sus labios que no es capaz de evitar.

La feria ya ha encendido las luces, y hay música, pitidos y voces a todo volumen dando banda sonora al recinto. Está llenísimo, así que no hay duda de que ha venido gente de los pueblos vecinos, también.

—¿Perritos o hamburguesas?

Miro hacia donde señala y veo la zona de los puestos de comida. Huele bien.

—Hamburguesas. Tengo hambre.

Hace una inclinación de cabeza para darme el visto bueno.

—Sabia elección.

Nos acomodamos en una mesa desde donde podemos ver gran parte de las casetas que hay al otro lado, en las que la gente paga para intentar ganar algo en esos juegos trucados.

—Vale —digo tras dar un bocado enorme a mi hamburguesa—, es el momento de empezar a enseñarte de qué va la vida, Sparks. Veamos... *La historia interminable*. Parece solo un cuento para niños, pero es mucho más. Creo que cada vez que lo lees descubres algo nuevo. Está lleno de metáforas y de grandes enseñanzas sobre la vida y la pérdida de la niñez y la inocencia.

El muy tonto finge un bostezo.

—Jamás atendí en clase de literatura, ¿qué es una metáfora?

—Eres lo peor.

—Ajá.

—No te obligaré a que lo leas, pero sí que tienes que ver la película.

—Muy bien. Y tú le darás una última oportunidad a *El club de la lucha.*

Tuerzo el gesto.

—Vale, pero ya he visto la primera mitad dos veces, la pondremos a partir de ahí.

—¿En tu casa o en la mía, nena?

Es posible que me ruborice un poco, como una cría inexperta, cuando dice eso con un tono algo pervertido que ya me he dado cuenta de sobra que él sabe muy bien cuándo y cómo utilizar.

—En la tuya, así tendremos más intimidad.

Recibe esa respuesta agrandando la sonrisa pícara que tengo ganas de lamer hasta hacerla mía. Hasta que borre cualquier rastro de otros labios y la marque para siempre con los dientes.

—Lo estoy deseando, Susie.

—No vayas a quemar las expectativas, Taylor.

Me guiña un ojo y yo le lanzo una patata frita. La atrapa al vuelo, protesta porque el movimiento le ha hecho un poco de daño en el codo y luego se la come.

—¿Me das otra?

Me río.

—Son patatas fritas, no cacahuetes, no se pueden atrapar así.

—Acepto el reto.

Pongo los ojos en blanco, pero le lanzo otra. Luego me lanza una él a mí. Nos reímos juntos. Le dejo probar un bocado de mi hamburguesa y él me muerde los dedos porque, por supuesto, los pongo sobre el pan para marcar el límite hasta el que le está permitido comer. Pruebo la suya también, aunque la mía está más rica (obviamente).

Cuando terminamos de cenar, damos un paseo. Veo a una niña con un algodón de azúcar enorme y la sigo con la mirada.

—Necesito un algodón de azúcar.

—Te conseguiré uno si prometes no volver a llamarme «TyTy».

Suelto una carcajada.

—Prefiero comprármelo yo misma y seguir llamándote como quiera. Aunque estoy dispuesta a escuchar tu preferencia entre las

alternativas.

—Quiero que me llames «nene» de esa forma en que tú lo haces.

—¿Lo hago de alguna forma en especial?

—Claro que sí. Es guarro.

—Cierra la boca.

Se ríe. Y entonces veo el puesto del algodón de azúcar y agarro su mano para arrastrarlo hacia allí. Compramos uno para compartir, ya que Tyler dice que él solo quiere un bocado y no más, porque es excesivamente empalagoso. Creo que hay algo que no funciona muy bien dentro de su cabeza.

Aún estoy disfrutando de mi postre cuando él señala uno de los puestos y engancha un dedo en la cinturilla de mi pantalón para tirar de mí hacia allí.

—Mira eso, Susie. Voy a conseguirte un peluche.

—¿Qué dices? ¿Qué clase de adolescente hormonal de instituto eres, que pretendes impresionarme cazando para mí?

Me mira con una ceja alzada, pero luego decide ignorarme y llama la atención del hombre que está dentro del puesto para preguntarle algo.

—¿Es eso un suricata?

El hombre mira y luego observa a mi acompañante con el ceño fruncido.

—Es Timón.

Tyler me dedica una mirada de superioridad.

—*El rey león*. Te lo dije. Predestinados, nena.

Suelto una carcajada.

Vuelve a mirar al hombre mientras saca la cartera del bolsillo.

—¿Cuántos puntos para conseguir ese?

Y lo siguiente que sé es que está muy concentrado, apuntando con la pelota que tiene en la mano hacia los objetivos de mayor

puntuación. Lo observo. El algodón de azúcar queda olvidado en mi mano mientras recorro con atención cada línea de su rostro, su gesto decidido, la tensión de su cuerpo y el modo en que los músculos de los brazos se le marcan y se le tensan cuando lanza la pelota con fuerza. Suelta una palabrota en voz baja cuando falla. Veo en la mueca que intenta disimular que el movimiento le ha dolido. Reacomoda el ángulo del codo antes de volver a intentarlo. Acierta con la segunda. La tercera también le suma puntos, pero no los suficientes.

—Otra vez.

—Tyler...

—Una más.

—¿Tengo que recordarte lo que dice tu terapeuta?

Hace una mueca. Gira la cara para mirarme a los ojos.

—Quiero conseguírtelo, ¿vale?

Me callo. Asiento. Lo entiendo sin necesidad de que me lo explique en voz alta. Tyler *el insuficiente*, claro. El que siempre ha pensado que tenía que demostrar algo. El que siempre ha sentido que no daba lo bastante de sí mismo, porque no lo tenía, para merecerse a los demás. Y tal vez no pueda arreglar mis piezas rotas, pero puede conseguirme un peluche. Puede regalarme una canción en el momento en que necesito cantar muy alto y gritar a pleno pulmón. Puede hacerme sonreír con unas cuantas de sus tonterías, aunque intente resistirme.

Me muerdo el labio mientras contemplo sus movimientos. La decisión y el empeño, esta manera tonta de decir que ahora solo es un estúpido peluche, pero que invertirá las mismas ganas para poner al alcance de mi mano cualquier cosa que le pida. Y yo quiero decirle que el peluche da igual, que lo que verdaderamente quiero ahora es tenerlo a él entre mis manos, pegado a las palmas, enredado entre

los dedos. Que quiero sus labios en los míos y su lengua en mi boca. Morderlo, lamerlo, saborearlo y seguir tan sedienta de él que tenga que volver a empezar desde el principio una y otra vez.

Revienta los tres objetivos de mayor puntuación con las tres pelotas que ponen a su disposición. Sonríe orgulloso, como un niño pequeño, cuando el hombre se sube a una banqueta para alcanzar el dichoso peluche, y me mira para buscar la misma emoción en mis ojos. Es como un crío feliz por sus logros, buscando aprobación, y yo sonrío tanto que hasta me duelen los labios, porque es monísimo en todos los planes posibles y ya no puedo justificar más el modo en que me hace sentir cuando me mira como solo él lo hace.

Tiro el resto del algodón de azúcar a la papelera más cercana para poder tener las manos libres y achuchar el peluche como merece cuando me lo acerca y me lo pone entre los brazos.

—Gracias, caballero.

—De nada, señorita. ¿Quieres otro?

Me río y él sonríe sin dejar de mirarme la boca.

Coloco el peluche junto a mi cara e imito su expresión.

—¿Es esto lo que soy para ti? —bromeo.

Me pone una mano en la cintura, me acerca a su cuerpo y baja la cabeza para hablarme al oído en un tono íntimo, solo para mí.

—Tú eres mucho más guapa.

Se aparta muy poco a poco y nos miramos a los ojos a una distancia tan escasa que los latidos se confunden y no sé si martillean su pecho o el mío.

—¿Quieres que... vayamos a la noria o algo así?

Me muerdo el labio con la sonrisa cuando lo oigo titubear. Porque hoy es muy mono en plan me lo follaría durísimo esta noche y repetiría mañana y todos los días siguientes. Niego lentamente con la cabeza.

—No. Vamos a volver a ese granero.

—¿Quieres...?

—Sí —le corto—. Vamos.

Lo cojo de la mano y entrelazo nuestros dedos, sin darle tiempo a que sea él quien inicie el contacto esta vez. Caminamos por las calles desiertas del pueblo, dejando atrás el barullo de la feria. Siento la impaciencia burbujeándome en las tripas, cosquilleando en el pecho y latiendo entre las piernas.

Le quito las llaves para abrir más rápido. Siento el temblor de sus músculos detrás de mí, tirando de él, arrastrándolo, conteniéndose a duras penas. Me precipito dentro del cuarto y el peluche cae al suelo y queda olvidado cuando él cierra la puerta de golpe, me sujeta por la cintura y me gira para pegarme de frente a su cuerpo. Trastabillamos hasta que mi espalda choca contra la pared y sus ojos me abrasan cuando baja la cabeza para poner su boca en línea con la mía. Separo los labios para dejar salir un jadeo impaciente. Pero él lucha, se mantiene muy quieto a pesar de todas esas ganas que se le escapan por cada poro, y tiembla sin que parezca importarle mostrarse así de vulnerable ante mí, mientras alterna las pupilas entre mis ojos y mis labios y muestra la expresión torturada de quien se muere de hambre.

—¿Puedo besarte? —pregunta en un murmullo atropellado.

Una explosión de color tiene lugar por encima de nuestras cabezas, en el cielo nocturno, con una luz que ilumina la estancia a través de la ventana del tejado, y un eco de ella impregnado de mil colores brillantes y cegadores se me repite dentro del pecho.

No contesto. Pongo una mano en su cuello y le empujo la nuca con firmeza para estrellar sus labios contra los míos. Deja salir un gruñido que se transforma rápido en un gemido entregado. Estrecha mi cintura con los dos brazos y me da un mordisquito en el labio

inferior antes de abrirse paso con la lengua. Me abro para él y le permito explorar tanto como quiera. Lo despeino sin cuidado con dedos inquietos que quieren acariciarlo todo con desesperación al mismo tiempo. Dejo que mi lengua juegue con la suya, que mi pecho se pegue a su torso y mis caderas se adelanten para buscar el contacto con su erección. Cogemos aire a la vez, profundo, cuando separamos los labios solo unos milímetros.

—Sue...

—Ty... —respondo en el mismo ronroneo.

Sube una mano hasta acunarme la mejilla, me acaricia delicadamente con el pulgar, con una lentitud que me impacienta aún más y me pone la piel de gallina, hasta que ese dedo termina perfilando la forma de mis labios.

—¿Estás...?

Suelto un gruñido grave, disconforme.

—No hables más.

Me pongo de puntillas para pasar la punta de la lengua a lo largo de su labio inferior y luego me estiro un poco más para fundirme de nuevo con su boca. Baja las manos hasta ponerlas bajo mi culo y yo me cuelgo de su cuello y cojo impulso para separar los pies del suelo y enredar las piernas en torno a sus caderas. Me atrapa más contra la pared. Siento su erección presionando y gimo en su boca. Carga conmigo para moverse por la habitación hasta sentarse a los pies de la cama. Acomodo la postura para ponerme a horcajadas en su regazo y apretarme contra él. Sus palmas se pegan a la piel de mis muslos y va dando pequeños apretones en la carne a medida que ascienden hacia el borde inferior de los pantalones cortos.

—A lo mejor no deberíamos... Es mejor que no sea... No sé si ahora...

Me aparto, con las manos enlazadas en su nuca, para mirarlo a los ojos y dejar muy clara mi postura ante sus absurdas reservas y titubeos. Sé lo que está pensando: no quiere que haga esto solo porque necesito huir. No entiende que huir es lo que he estado haciendo hasta ahora, que por fin estoy en donde quiero estar y no pienso esconderme más.

—No —lo callo, mientras estudio la dulzura avellana de sus ojos—. Va a ser ahora, Tyler. Lo quiero ahora. Y si tú quieres...

No me deja hablar más, se estrella contra mis labios como si le pudiera el ansia y acabara de perder la batalla contra el maldito sentido común. Abro la boca, lo recibo con las mismas ganas. Y luego echo la cabeza hacia atrás cuando sus labios se deslizan por la línea de mi mandíbula y resbalan por mi cuello.

—Eres... perfecta y jodidamente irresistible, Sue. Tengo ganas de follarte a todas horas.

Tiro de su camiseta para quitarla de en medio. Hace lo mismo con la mía aprovechando los escasos centímetros que nos separan ahora. Luego me besa el hombro y sigue bajando hasta trazar un camino de saliva y deseo por mi escote. Sus manos se aferran a mi trasero.

—¿Te gusta mi culo? —pregunto con un deje algo burlón.

Lo aprieta un poco más.

—Me flipa tu culo. Me encanta tu culo. Me encantas *tú*.

Le sujeto la cabeza con las manos para apartarlo de mi piel y que me mire a los ojos.

—Yo también tengo ganas de que me folles. A. Todas. Las. Putas. Horas. —Jadeo mientras muevo las caderas sobre él, que suelta un gemido—. Pero ¿sabes de qué tengo más ganas?: de follarte yo.

Vuelve a besarme y nos mordemos los labios sin cuidado. Sin contención. Dejando que estalle esta tensión que ha ido creciendo

día a día entre los dos. Luego se aparta, brusco y acelerado, como si se le acabara de ocurrir algo que no puede esperar ni un solo segundo.

—Deberíamos salir, suricata.

Alzo una ceja.

—¿Cómo dices?

—Sí. Deberíamos salir juntos. Como... de verdad.

¿He dicho ya que es mono en plan me casaría con él si creyera en toda esa movida del matrimonio?

—¿Y cómo se supone que se hace eso? —pregunto, mientras trazo dibujos abstractos con las yemas de los dedos sobre la piel de su torso desnudo.

—No tengo ni idea. —Sonríe cuando suelto una risita y me observa como si quisiera pasarse el resto de la noche justo así, con sus ojos acariciándome la piel—. Supongo que podríamos ir al cine, cenar por ahí, perdernos en alguna ruta con la moto, pasear por la playa, follar...

—¿En la playa?

—En todas partes.

Me río y él se ríe muy suavemente conmigo.

—Yo no salgo con tíos.

—Yo no salgo con nadie —responde en el mismo tono que he usado yo—. Aunque... lo podemos probar.

—Lo podemos probar —repito a media voz, perdida en sus pupilas.

—Solo si tú...

—Vale.

—¿Quieres?

Su tono es tan esperanzado, tan ilusionado, que me remueve por dentro. Le acaricio las mejillas con mucha ternura y asiento.

—Quiero.

El beso es urgente y muy necesitado. Se mueve para tumbarme sobre el colchón y colarse entre mis piernas. Le clavo las uñas en la espalda y gimo muy alto, superando al ruido de los fuegos artificiales que aún están lanzando en algún lugar del pueblo, cuando aparta la copa del sujetador y me rodea el pezón con los labios.

—Vamos —exijo, y busco el botón de sus pantalones para deshacernos de ellos.

—No seas impaciente, suricata, tenemos toda la noche por delante —susurra sobre mi ombligo.

Me aferro a las sábanas con fuerza cuando cuela una mano bajo la ropa y me acaricia, deslizándose por mi humedad. Elevo las caderas para pedirle sin palabras que haga algo más con esos dedos e intento deshacerme yo misma de las prendas que me sobran. Chasquea la lengua mientras termina de desnudarme.

—Siempre tan mandona. Siempre tan impaciente —ronronea.

—Siempre tan cretino.

Suelta una risita que me hace cosquillas en la parte interna de los muslos. Luego da un toque juguetón con la lengua sobre mi clítoris y yo me tenso y suelto un gemido al mismo tiempo que arqueo la espalda. Entonces abandona la contención y me da lo que quiero. Me lame, me muerde, me besa y me devora. Creo que voy a morirme si para. Creo que voy a explotar y desaparecer si sigue. Se detiene y sus manos trepan por mi abdomen hasta cubrirme los pechos, que yo ya he liberado del sujetador. Suelto una protesta en forma de gimoteo, porque sé que eso va a excitarlo.

—¿Te gusta?

—Me lo han hecho mejor —respondo, y me aferro a las sábanas con tanta fuerza para evitar gritar su nombre que puede que mañana estén hechas jirones.

—Mentirosa.

Su voz me hace cosquillas por todas partes. Luego desliza un dedo en mi interior y me acaricia muy despacio.

—Dime que te gusta esto, Sue.

Me muerdo el labio y pienso en mil cosas cortantes que podría responder, pero ya nos hemos quitado las caretas en tantos aspectos que me parece justo decirle la verdad.

—Sí, *nene*.

Me da un mordisco en la parte más alta del muslo y yo me río, pero una corriente nerviosa parte de ese punto para incendiar todo mi cuerpo a su paso.

—¿Quieres más?

—Tyler... —protesto.

—Dime.

Y elijo justo las palabras que sé que van a volverlo loco.

—*Por favor*.

Suelta un gruñido profundo y primitivo, me agarra con firmeza las nalgas y tira de mi cuerpo para acercarlo de nuevo a su boca en un solo movimiento brusco y ansioso. No necesita más de unos segundos para hacerme estallar contra su lengua.

Sube sobre mi cuerpo y me cubre con el calor del suyo. Su piel roza la mía, especialmente sensible, y me estremezco.

—Eres una fantasía, Sue —me dice al oído antes de dejar un solo beso en la flor del dragón que llevo tatuada tras la oreja.

Paseo los dedos por cada músculo tenso de su abdomen. ¿Alguna vez me parecieron demasiados? Lo retiro. Lo retiro del todo. Es perfecto justo así. Detiene mi mano cuando baja en busca de su polla.

—¿Qué? —protesto—. ¿No puedo...?

—Necesitamos un condón. Porque te juro que, si me tocas ahora, voy a explotar.

Le acaricio los costados de forma ascendente y disfruto de la forma en que la piel se le eriza bajo las palmas de mis manos.

—En mi bolso.

Se levanta de un salto y se mueve por la habitación a toda prisa hasta que lo encuentra. Coge un preservativo, abre el envoltorio con los dientes y se lo pone mientras vuelve hacia la cama. Me incorporo para mirarlo. Es... es una maldita escultura andante y me ataca la repentina certeza de que nunca, en toda mi vida, he deseado a nadie, hombre o mujer, como lo deseo a él ahora mismo. Me giro para quedar tendida bocabajo y su siseo entre dientes me hace sonreír con picardía. Justo eso era lo que yo quería. Lo oigo parar al borde del colchón. Espera un segundo. Y luego me da una palmada en el culo que me arranca una risita.

—Levanta ese culo para mí, nena.

Una nueva oleada de excitación hace que me tiemblen las piernas al obedecer. Siento sus labios recorriendo las ramas quemadas y quebradas que tengo tatuadas en la espalda. Sus manos siguen el camino contrario y suben por mi columna mientras su lengua se desliza hacia abajo. Se enreda mi pelo en el puño y tira hacia atrás para arquearme.

—¿Vas a hacerlo o no? —provoco.

—¿Qué es esto? —pregunta, en un tono de voz completamente diferente al de antes. Con interés, con curiosidad, con un poco de fascinación.

Me pasa el dedo suavemente por la nuca y sonrío. Vuelvo la cabeza para mirarlo.

—Es un tatuaje.

—Antes no estaba ahí.

—No. Me lo hice la semana pasada.

—¿Qué...?

—Es un nudo de bruja —le cuento—. Blair y Craig se lo hicieron también, se supone que tiene el significado de lazos de familia y que fortalece las relaciones. ¿Te gusta?

A la última pregunta le doy una entonación mucho más sensual y muevo las caderas hacia atrás para rozarme con él y provocarlo. Tira de mi pelo un poco más fuerte a modo de represalia y se inclina sobre mí para hablar cerca de mi oído.

—Todo lo que sirva para atarte me vuelve loco.

Suelto una protesta que pierde efecto cuando se mezcla con una risita. Y entonces me penetra y todo lo anterior se pierde en un jadeo. Me muevo para clavarlo más en mi interior. Pone una mano en mi cadera y empieza a moverse, suave al principio, más y más duro con cada embestida.

—Ty... —gimo, juguetona—. ¿Vas a hacérmelo duro de verdad o qué?

Y entonces se desata y los dos nos volvemos salvajes entre jadeos, gemidos y el nombre del otro en los labios.

Me muevo, serpenteando sobre el colchón, para recostarme sobre su pecho cuando se desploma a mi lado tratando de recuperar el aliento. Me rodea con un brazo y me ancla a él, firme y sin dudar.

—Creía que no abrazabas después del sexo —me burlo.

Baja la barbilla para clavar los ojos en los míos y sonríe muy levemente.

—A ti voy a abrazarte siempre, suricata, haya sexo o no.

—Entonces mejor que *sí* haya sexo, rubito.

Me acaricia el pelo con una mano y la otra baja hasta apoyarse en la curva de mi cadera.

—Lo habrá. Esto no ha hecho más que empezar.

Y, con la promesa de que esto es solo un comienzo, volvemos a unir nuestros labios en un beso dulce, entregado y lleno de nuevos matices que aún están por descubrir.

51

Imploding The Mirage



Tyler

La miro en el Gran Cañón.

La deseo en Las Vegas.

La beso en cada alto del camino y cada vez que tengo ocasión.

Se ríe de mis chistes más estúpidos. Me llama cretino y me hace sonreír segundo tras segundo. Extiende los brazos y le grita al vacío. Su voz me trae de vuelta a ella cada vez. *Cada vez*.

Follamos en habitaciones de hotel, en la ducha, en el coche. En la cama mientras nos miramos a los ojos. Duro y contra la pared. Jugando, tentándonos y bordeando los límites.

Las canciones de Katy Perry ponen banda sonora a los kilómetros de carretera que dejamos atrás. Le digo que *Roar* se escribió para ella, y se ríe antes de rugir. Entonces me doy cuenta de que hace ya un tiempo que todas las canciones parecen susurrarme su nombre.

Vuelvo a mi territorio y pongo *Dying Breed* en la lista de reproducción. Se burla cuando la proclamo como nuestra canción,

así que le pregunto si hay alguna que le recuerde a mí. Y ella hace sonar una en la que esa estrella del pop dice que se siente como si estuviera viviendo un sueño adolescente. Tengo que parar el coche para besarla.

Jugamos a los favoritos una parte del camino. Y así descubrimos nuestros helados preferidos, el lugar del mundo que nos gustaría visitar y qué personaje de videojuego odiamos.

Nos reímos juntos. Mucho. Todo el tiempo.

Deseo que esta semana dure para siempre. Se lo pido a una estrella fugaz, tumbados sobre el capó del coche una noche en el desierto.

No me canso. No tengo suficiente de ella. De su sonrisa. De su cuerpo. De su boca. Necesito mirarla mucho más. Tocarla hasta que nos fundamos. Besarla hasta perdernos juntos, y no volver nunca a la realidad.

«Nunca había sentido esto con nadie», susurro en la oscuridad.

«No quiero que se acabe», murmura entre mis labios.

«Me he enamorado de ti». Eso es lo que los dos nos callamos.

52

Friends Will Be Friends



Sue

Entro en el apartamento con la bolsa al hombro y una sonrisa, después de haber pasado más de media hora besando al rubito en su coche cuando me ha acercado a casa.

No puedo creer que, tras una semana con él recorriendo el maldito país por carretera y teniéndolo al lado a todas horas, aún me hiervan las ganas de bajar corriendo las escaleras de nuevo y besarlo mucho más.

—¡Ya ha vuelto la bebé! —chilla Craig en cuanto pongo un solo pie dentro del piso.

Luego oigo el revuelo y Blair aparece desde su cuarto y se me lanza encima para abrazarme antes de que me dé tiempo a cerrar la puerta de entrada.

—Creo que eres la única persona en el mundo que puede llamarla bebé y conservar las pelotas —le advierte. Se ríe en mi oído y a mí se me escapa la sonrisa.

Craig se nos une, envolviéndonos a las dos con los brazos.

—Bienvenida a casa, bebé —dice, cariñoso.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Blair sin aflojar ni un poquito.

—Si me dejáis volver a respirar os lo cuento —bromeo.

Protestan un poco, pero hasta me dejan vaciar mi bolsa de viaje y pasar por el baño y darme una ducha. Me siento... No sé cómo me siento. Vacía y llena del todo. Triste por estar tan feliz. Nostálgica y deseando todos los días del futuro. Querida. Eso también. Me siento muy querida por estas dos personitas que no estaban hace solo unos meses, pero sin las que no sabría cómo vivir ahora. Me parece que, sin Clay, nunca había sentido que pudiera tener un hogar en ninguna parte. Y ahora... Ahora lo tengo. Y no me refiero al apartamento.

—Vamos, vamos, vamos —me mete prisa Blair, cuando aparezco en el salón con mi camiseta favorita de estar por casa como toda indumentaria.

Da unos golpecitos a su lado en el sofá. Craig está sentado en un cojín en el suelo, jugando con una baraja de cartas del Tarot que le regaló un exnovio y que insiste en que puede leer, aunque los tres sabemos que es mentira. Mi amiga me pasa un brazo por los hombros cuando me siento a su lado y pega su cabeza a la mía.

—¿Cómo ha ido? —pregunta, en un tono mucho menos entusiasta y mucho más empático.

—Creo que han sido unos de los peores días de mi vida —murmuro, mientras mi mente trata de procesar todo lo que ha cambiado en mí desde que salí de aquí con una urna con las cenizas de mi hermano entre los brazos hace seis días—. Y también los mejores.

Blair, que me estaba acariciando el pelo con cariño, se separa de golpe para mirarme con la boca un poco abierta. Craig deja caer las

cartas en un ademán superdramático muy típico de él.

—¿Perdona?

—¿Qué has dicho?

—¡Has follado!

—¡Tía! —exclama Blair en una carcajada—. ¿Os habéis dado cuenta ya, de una maldita vez, de que os habéis enamorado?

Se me escapa la sonrisa y escondo la mirada mientras siento cómo se me colorean las mejillas.

—Creo... Creo que sí.

Blair chilla, en una actitud de animadora de instituto muy poco propia de ella. Me tapo el oído para evitar que me perfore el tímpano con tantos decibelios.

—¡Espera, espera, espera! Golosinas y ganchitos, amores, me niego a una charlita de chicas sin algo para picar.

Craig sale disparado hacia la cocina. Vuelve en tiempo récord, con unas cuantas bolsas de *snacks* y chucherías entre los brazos. Lo deja todo sobre la mesa y vuelve a su sitio.

Los señalo a los dos con un dedo amenazante.

—Como esto salga de aquí, os burléis o creáis de forma errónea que esto cambia algo en absoluto de mí, os voy a dar una paliza. No habrá piedad.

Blair sonríe.

—Esa es mi chica —dice, con un tono especialmente orgulloso—. Ahora el cotilleo, por favor, me alimento de chismes.

—Y del terror de tus enemigos, amor —bromea Craig.

Ella suelta una carcajada.

—De eso también.

Sonrío. Me siento bien con ellos. Tan bien que puedo quitarme todas las capas, dejar al aire las partes más vulnerables y, aun así,

sé que ellos me seguirán viendo como la tía más dura de por aquí. Esto me gusta.

—Tengo que decir que odio que ese maldito Sparks, archienemigo donde los tenga, esté con un miembro de mi aquelarre otra vez. Entiendo el morbo, supongo, pero... —suspira Craig. Luego me mira y me guiña un ojo, travieso—. En fin, bebé, si a ti te hace feliz, a mí me hace feliz.

Choco el puño con el suyo cuando me invita a hacerlo.

—Felicidad y morbo, ¿qué más puede desear una chica? —bromea Blair.

—¿Eso era lo que tenías tú? —pregunto con una ceja alzada.

—No, yo solo morbo. —Se pasa la lengua por los labios, lasciva—. Supongo que has encontrado la versión mejorada y ahora sí que se merece a alguien como tú.

—Ya. Yo te preguntaba por Mia, pero gracias.

—¡Uuuuuuuuuuh! —entona Craig, y vuelve a chocar el puño con el mío.

Nuestra amiga suelta una risita irónica.

—Entiendo que te pareciera monísima, pero, en serio, Sue, deja de intentar hacer de casamentera, hace años que superé el instituto.

—Ajá —dice Craig, dejando claro que no se cree ni una palabra.

—Ajá —repite ella, en un tono mucho más firme y cortante—. Y ahora... los detalles, no te dejes ninguno, especialmente los guarros.

—¿Qué sentido tendría contar una historia si no? —bromeo y ellos me vitorean hasta hacerme reír.

Intento evitar algunos de los sucesos más desagradables del viaje, pero, al final, acabo por contarles mucho más de lo que pretendía. Y, pasado cierto punto de mi relato, miro a estas dos personas que me quieren y están aquí para mí y pienso que ha llegado el momento de que me vean de verdad, con todo y no solo

con lo que no me duele mostrar. Así que les hablo de ello también. De Austin. Del encuentro con Morgan. De lo que pasó con el monstruo que vencí una noche y, aun así, se quedó para siempre aferrado a mis pesadillas.

Ellos escuchan. No se alejan. No se espantan. No me miran de un modo diferente. Se acercan más a mí, me protegen por todos los flancos y me dejan claro, sin necesidad de usar palabras, que van a cubrirme la retaguardia en cada batalla y que saben que yo estoy dispuesta a hacer lo mismo por ellos.

Me sorprende darme cuenta de que no he temblado al contarles todo eso y, sin embargo, lo hago por dentro cuando hablo de Tyler. De cómo me sostuvo. De sus bromas tontas para hacerme sonreír. De la promesa de quemar el mundo por mí y hacerme de escudo.

Se meten conmigo en broma cuando me llega un mensaje y tengo que morderme la sonrisa con fuerza al leerlo.

> **Tyler:** Solo para que lo sepas, hay un sitio para ti en mi casa y en mi cama. Siempre. Ven cuando quieras.

Y a lo mejor no hace falta decir en voz alta que estoy loca por él, pero lo hago de todas formas.

—Te espera una nueva vida, Sue —dice Blair dulce. Me hace cosquillas en la nuca cuando pasa los dedos suavemente sobre mi tatuaje—. Y aquí está tu nueva familia. La de los marginales y los incomprendidos. A los que llamaban brujas y maricones por los pasillos. Los malos de todas las buenas historias.

Se señala el tatuaje, idéntico al mío, que ella se hizo detrás de la oreja. Craig estira el brazo para mostrar el mismo símbolo en su muñeca.

—A nosotros no nos han quemado.

Uno la mano a las suyas sobre esas cartas de Tarot esparcidas sobre la mesa. Los tres con las uñas pintadas de negro y los hilos de nuestras propias vidas por fin enredados entre los dedos y no en manos de nadie más.

Sonrío.

—Que lo intenten.

53

Be Still



Tyler

—¿Vas a conducir tú?

Me lanza una mirada de ceja alzada y creo que me convertiría en cenizas si la combustión espontánea respondiera a su voluntad.

—¿Algún problema, rubito?

Que estemos vestidos no deja de serlo, pero soy lo bastante prudente para cerrar la boca y dejar que se suba a mi moto y la arranque.

Me siento detrás, en medio de la ruta de montaña que hemos venido a recorrer hoy.

—¿Vas a poder conmigo? —me burlo a su espalda.

Vuelve la cabeza y esboza una sonrisa irónica.

—¿Contigo y con cuántos más como tú?

Le quito el casco de la mano y lo lanzo a un lado. Para cuando emite el primer sonido de protesta, mis labios ya se han estampado contra los suyos y me bebo sus insultos. Se rinde enseguida al deseo

creciente entre los dos y se da la vuelta para subirse a mi regazo y revolverme el pelo sin ningún cuidado mientras no deja de morderme la boca.

—No podemos hacer esto aquí —murmura, con una mano ya dentro de mi pantalón y acariciándome la polla.

Gruño contra su cuello.

—Entonces, llévame a casa, suricata.

Se mueve rapidísimo para recuperar su casco, pasarme el mío, sentarse bien en la moto y arrancar el motor.

—Agárrate, te advierto de que voy a pisarle.

Me dejo llevar. Como en todo con ella.

Me acaricia con un dedo cada trazo del tatuaje que llevo en el antebrazo derecho, que cubre por completo la piel. Una brújula deformada y derretida en un entorno de sombras y maleza.

—Este no me hace falta preguntar qué significa, chico perdido.

Estamos desnudos en su cama. Hemos acabado en su apartamento porque era el que estaba más cerca y, de haber tardado un poco más, habríamos acabado follando en un callejón.

Le acaricio el pelo y dejo que un dedo de la otra mano resbale por la curva de su pecho hasta rozarle un pezón. Se arquea al instante, y me pregunto cuánto durará esta sed inagotable del otro. Si en algún momento se acabará esta necesidad que me consume.

—Me lo hice el año pasado, después de... Ya sabes, de todo.

Después de que el mundo se fuera a la mierda y perdiera a Cam y le diera mi corazón a una chica que no quiso conservarlo y lo abandonó en el callejón de detrás de nuestras casas. Después de perder el rumbo más que nunca y como siempre.

Ahora no significa lo mismo. Ya no.

—Y después...

—¿Y después? —pregunta ella.

Me muevo para ponerme de medio lado en el colchón y quedar frente a frente, mirándonos a los ojos.

—Después te encontré.

Me acaricia una ceja con mimo, y, luego, esa cicatriz diminuta de un partido de fútbol universitario que tengo en el borde del nacimiento del pelo.

—Voy a ir a tatuarme la semana próxima.

Alzo una ceja, curioso.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te vas a tatuar esta vez?

Sonríe. Se acerca a mis labios y su voz me hace cosquillas por todas partes.

—Un poco de vida.

Voy a seguir preguntando, pero ella se inclina sobre mí para sacar algo del cajón de su mesilla y me lo pone en la mano. Acaricio el cuero de la correa del reloj de mi padre y lo observo por unos segundos que me aprietan el pecho antes de buscar sus ojos.

—Ya no necesito parar el tiempo.

—¿No?

Sonríe y a mí me aletea el estómago.

—No. Quiero avanzar... contigo.

Abro la boca para dejarlo salir cuando se me escapa volando de los pulmones, pero unos golpes en la puerta nos sobresaltan y me interrumpen.

—¿Habéis terminado de follar? —pregunta Blair al otro lado, y nosotros nos sonreímos, muy pegados—. Voy a preparar algo para cenar para cuando vuelva Craig, ¿te quedas, Tyler?

Miro a Sue. Ella parece pensárselo y pone los ojos en blanco cuando hago un puchero.

—¡Se queda! —grita al final.

Y yo meto la cabeza bajo las sábanas, le doy un mordisquito sobre el ombligo y luego me deslizo un poco más al sur, para agradecerle en condiciones el permiso para mezclarme con su querido aquelarre.

Supongo que merece la pena, aunque tenga que aguantar al idiota de Craig preguntando por Andrews con el peor disimulo posible toda la noche.

54

My Baby Does Me



Sue

Me recibe con una sonrisa en el marco de la puerta. Enreda un brazo en mi cintura cuando voy a pasar de largo por su lado y yo suelto una risita y me dejo besar.

—Huele bien —digo al captar el aroma que viene de la cocina.

—Soy yo —bromea él.

—Entonces, ¿qué me has invitado a cenar, exactamente?

Me guiña un ojo, pícaro, y yo le doy una palmada en el culo antes de adentrarme en su piso. Dejo el casco sobre la mesa, me acerco a la cocina y cotilleo lo que tiene al fuego.

—Un chico que cocina, menudo partidazo.

Me aparta de un empujón de cadera juguetón para remover el contenido de la sartén.

—He llamado a tu mejor amigo, Cameron Parker, para pedirle la receta —admite.

—¿Hay algo que ese idiota no haga bien? —protesto, y me impulso para sentarme en la encimera y mirarlo.

Él sonríe.

—Ya. Sí.

—Es asqueroso.

—Repulsivo.

Me río. Me inclino hacia delante y le dejo un beso en el hombro.

—¿Qué te ha contado? ¿Ya ha admitido que está saliendo con esa periodista o sigue diciendo que no es nada serio?

Se encoge de hombros.

—No ha querido tocar el tema. Se ha limitado a decirme que soy un tío muy afortunado por que viniera a mi casa a cenar una chica tan increíble como tú.

Suelto un bufido.

—Puto pelota.

Se ríe.

—Creo que te tiene miedo.

—Bien.

—Susie...

Jugueteo con una cuchara de madera que tiene en el escurreplatos y pongo cara de inocente.

—¿Sabes qué?, he cambiado el turno del trabajo para poder ir a la clase de mediodía.

Frunce un poco el ceño mientras parece estar cuadrando mis nuevos horarios en su mente.

—¿Y cuándo te voy a ver?

—Los lunes y los jueves. Necesitamos más espacio, Ty, ¿no crees? Nos hemos visto todos los días de las últimas tres semanas.

Hace una mueca. Yo me trago la sonrisa porque es tan obvio para él como para mí que espacio es precisamente lo que nos sobra entre

los dos y nos pasamos los días —y, sobre todo, las noches— deseando hacer desaparecer.

—Claro. Bueno, entonces, si hace falta espacio, supongo que no querrás ir el viernes a un musical para el que casualmente tengo entradas. Se llama..., espera..., ¿*La historia interminable*? No sé, algo así.

Le pego en el hombro con el puño cerrado y él se ríe.

—¡¿Qué dices?! Ty..., ¿qué casualidad exactamente ha hecho que tengas entradas?

—Ah. Que las he comprado.

Sonríe con aire inocente y yo tiro del cuello de su camiseta para acercarlo a mi boca, impaciente. Aún sonríe durante todo el beso, sin poder parar. Yo también lo hago. Hundo la nariz en su cuello cuando me abraza. Y algo huele muy bien en la cocina y no es precisamente la cena. Nos miramos a los ojos cuando se aparta. Luego nos miramos los labios. Y luego, como siempre cuando estamos a esta ridícula distancia, todo estalla y nos comemos a besos, impacientes y desatados.

—La cena —murmuro, pegada a sus labios.

Apaga el fuego y aparta la sartén.

—Después —gruñe, y me levanta en el aire para llevarme al sofá mientras yo me río en su boca.

55

Flesh And Bone



Tyler

La miro mientras ella, sentada sobre mi abdomen en el sofá, lee en voz alta algunos de los poemas que contiene ese libro que suele llevar a todas partes.

Oscar Wilde.

Pues que me perdone el tipo ese, porque yo no me estoy enterando de nada de lo que escribió. Toda mi atención está puesta en el movimiento de sus labios, en cómo se pasa la lengua por ellos de vez en cuando, entre verso y verso. Tengo las manos en sus muslos y la acaricio despacio con los pulgares. El fuego del dragón me abrasa, pero no importa. Lleva puesta tan solo mi camiseta del equipo de la universidad y es íntimo y familiar y tan increíble que parece irreal. Estar así, ella y yo. En paz. En calma. Solo estando juntos. Estiro un brazo para acariciarle la espalda, justo sobre ese punto donde hace unos días se tatuó una rosa roja naciendo de entre las espinas de las ramas resecas. Un poco de vida. Un poco de

nosotros. De quemar el mundo solo para que todo lo bueno que está por venir crezca desde las cenizas. Un ave fénix a su propia manera.

Sonríe sin dejar de leer.

¿Ha sentido alguien alguna vez lo que yo siento en el pecho cuando ella sonríe así y la sonrisa lleva tatuado mi nombre?

Frunce un poco los labios cuando se mueve hacia atrás, acomodando la postura, y mi polla, ya demasiado dura, se le clava en el culo.

—¿Me estás escuchando? ¿O solo me estás tocando y teniendo pensamientos impuros?

Hemos follado como animales en cuanto ha aparecido en mi casa y me ha dicho que traía «unos cuantos juguetitos». Los hemos probado todos. Por todas partes. Y, joder, si me ha gustado. Los límites se han difuminado muy rápido entre los dos. No solo en el sexo.

—No puedes pedirme imposibles, Susie.

—Estoy segura de que serías capaz de conseguirlos.

Sonrío.

—Vale. ¿Cuál es tu poema favorito de ese tal Oscar?

—No me gustan tanto los poemas, la verdad —admite, y cierra el libro—. Tiene citas brutales de otras obras. Y tus deberes van a ser encontrarlas por internet y aprenderlas para recitármelas cuando estemos follando, Taylor.

—¿Es esa tu fantasía?

—No, pero pensé que te motivaría.

Pongo las manos en sus caderas y la acaricio sobre la camiseta.

—Me vuelves loco, ¿sabes?

Se mordisquea el labio.

—¿En el buen o en el mal sentido?

—En todos los sentidos posibles.

Deja el libro sobre la mesita y se inclina sobre mí hasta que sus labios me rozan la boca.

—Tú también me vuelves loca en todos los sentidos posibles —susurra sobre mi lengua.

Y hay más, mucho más, de lo que permiten expresar las palabras.

«Nunca me había sentido así antes». «Haces que todo tenga sentido». «Si el mundo se acabara, a mí me gustaría estar contigo en todos los siguientes».

Me trago las palabras. Dejo salir todo lo demás. Ahora es todo suyo, cada pequeña parte de lo que soy.

56

You And I



Sue

Irrumpo en el despacho sin llamar y él levanta la vista de los papeles que estudia sentado en el sofá.

Me apoyo en el marco de la puerta y me esfuerzo en mantener la pose de chica dura incluso cuando su sonrisa amenaza con saltar a mis labios.

—¿Quieres salir a bailar?

Sacude la cabeza.

—No debería.

—Aburrido —canturreo, y meneo las caderas en esta falda cortísima que sé que va a volverlo loco esta noche—. He traído unas pinturitas y ya tienes hechas las uñas. Puedo ponerte guapo.

Apaga el cigarrillo a medio fumar en el cenicero que hay en el brazo del sofá y luego lo deja en la mesa, junto a los papeles. Enarca una ceja al mirarme.

—¿Has traído a tus amiguitos contigo?

Sonrío.

—Oh, sí. Blair está fumando en la puerta y llamando «cariño» a Kowalski para dañar su imagen de tío duro delante de los clientes. Y Craig lleva como diez minutos poniéndole ojitos a Harvey.

Emite un gruñido disconforme que me hace soltar una risita. Luego me mira de arriba abajo una vez más y me hace una seña para que me acerque. Cierro la puerta, avanzo hasta donde está y pongo una pierna a cada lado de su cuerpo para sentarme a horcajadas en su regazo. Cuela las manos bajo la falda para tocarme el culo enseguida. Sonrío sobre su boca.

—Hola, rubito.

—Hola, mentirosa.

Nos besamos despacio, acariciándonos los labios y compartiendo golpes de aliento.

—¿Te pongo guapo?

Sonríe con aire engreído.

—¿Más?

—Sí. Sorprendentemente, más.

Cierra los ojos y me deja hacer. Y yo lo contemplo, totalmente a mi merced, y pienso que nunca he conocido a nadie que consiguiera hacerme sentir así solo con un gesto, con un mohín o con una sonrisa.

Que quiero mucho más.

Pero no lo digo en voz alta. Porque es una locura y solo estamos probando, ¿no? Jugando a estar juntos, a ver qué tal se nos da. No hay promesas, ni entrega desmedida, ni saltos de fe. Solo un camino incierto en el que avanzar paso a paso, hasta descubrir qué hay tras la vuelta de esa curva. Si puede ser algo más que nuestro espejismo de fin de semana estirado en el tiempo.

Salimos del despacho cogidos de la mano. Bree nos sirve bebidas en la barra. Blair aparece enseguida para unirse a la fiesta. Craig viene y va, y Andrews no para de mirarlo cada vez que se aleja.

Yo lo miro a *él*.

Mucho.

Demasiado.

Tanto, que hasta Blair se acerca para burlarse de mí y tengo que negar la evidencia, hacerme la dura y pelearme con ella en broma para que cierre la maldita boca.

Claro que Tyler también me mira a mí. Mucho. ¿Demasiado? No creo que nunca pueda ser suficiente. Y cuando ve que me muerdo el labio y le sonrío, viene directo hacia mí, ignora a Blair y me besa como si llevara días enteros sin verme.

Desaparece el club. Las burlas de Blair también, y eso que ahora las lanza mucho más alto y también más afiladas.

—¿Te he dicho ya que no paro de pensar en ti? —me dice el rubito al oído.

Me da un escalofrío cuando me muerde el lóbulo de la oreja. Me cuelgo de su cuello, mantengo los ojos cerrados y, luego, cuando los abro, veo algo que llama mi atención al otro lado de la pista de baile.

—Eh... ¿Esos no son Andrews y Craig comiéndose la boca?

Tyler se vuelve a mirar.

—Joder —refunfuña.

Me trago la sonrisa cuando pienso en esa enemistad que Craig y él se empeñan en mantener. Me parece que no les va a quedar más remedio que terminar por entenderse.

Blair se ha ido a la barra y está haciendo aspavientos (y seguro que soltando improperios) que hacen reír a Bree mientras la camarera sirve dos vasos para brindar con ella.

—Déjalos, Ty —le pido—. Se tenían muchas ganas desde hace semanas.

—Semanas —repite. Vuelve a mirarme y desliza los ojos por mi cuello y mi escote hasta el borde de la falda—. Hace meses que yo me estoy muriendo por ti, nena.

Esbozo una sonrisa de suficiencia.

—¿Y piensas ponerle remedio?

Engancha un brazo a mi cintura y me levanta en el aire.

—Claro que sí. Ellos en su despacho, y nosotros en el mío.

Me río a carcajadas mientras me lleva en volandas de vuelta hasta allí.

Y creo que estoy estúpidamente enamorada, sí. Pero, a ver, ¿cómo no iba a estarlo?

57

A Matter Of Time



Tyler

Paro la película cuando saltan los títulos de crédito. La miro y alzo una ceja, impaciente por saber el veredicto. Hemos visto solo la segunda mitad de *El club de la lucha* y me alegro de que esta vez no haya tenido tiempo de quedarse dormida.

—¿Y bien?

—¿La verdad? Sobrevalorada.

Me lanzo hacia ella y se ríe a carcajadas, que se me contagian enseguida, cuando la derribo sobre el sofá. Se escapa deslizándose bajo mi cuerpo y sale huyendo hacia la habitación. Grita cuando me oye correr tras ella, y luego se ríe un poco más cuando la atrapo entre los brazos y caemos sobre la cama.

Me estoy acostumbrando a esto. A las noches de peli. A las sesiones de besos. A follar de formas que ni me habría planteado sin ella, siempre dispuesta a jugar y a ir un poco más allá. También me he acostumbrado a su voz. A sus caricias. A la suavidad de su piel

bajo las yemas de los dedos. Y me he acostumbrado a reír. Porque no paramos de hacerlo. A retarnos, a lanzarnos pullas, a provocarnos a todas horas. Quiero que dure. Quiero que siga siendo así. No, quiero que sea *más*.

¿Es posible que esta chica mentirosa, caótica, compuesta por piezas rotas, sea lo mejor que me ha pasado jamás? Incluso teniendo en cuenta que me esconde el café, me cambia el champú por el suyo con ese olor afrutado, y me roba el tabaco cada vez que tiene ocasión. Claro que luego me recuerda que nosotros lo compartimos y no puedo enfadarme, porque algunos de mis momentos favoritos son con ella a mi lado en la azotea, fumando un cigarrillo a medias y charlando con los colores del atardecer de fondo. Siempre descubro algo nuevo. Cada día. Y le he contado cosas tan íntimas que podría destruirme, si quisiera, solo con un chasquido de dedos. Pero esta confianza va en las dos direcciones. Y ella me desvela solo un poco más de lo que la compone y vuelve a fascinarme. Aún más.

Y yo... Yo, con ella, soy alguien que creía que no podía ser. Todo eso que tenía por dentro y mantenía a raya porque no me merecía intentarlo, porque no creía ser capaz de no destrozarlo. Pero cuando Sue me mira como lo hace ahora, con los ojos brillando y la sonrisa en los labios, me hace creer que puedo ser quien soy, y también quien quiero ser. Que no hay barreras. Que el mundo merece verme sin filtros.

Que merezco la pena.

Suelta un gimoteo lastimero cuando se separa de mis labios y se acomoda bajo mi peso en la cama, con la cabeza en la almohada.

—No quiero irme.

—Quédate.

Hace pucheros.

—Es tarde. Mañana trabajo a primera hora. Además, será un día muy largo, tengo cita con el psicólogo después de comer. Una clase por la tarde. Y luego tengo por fin reservado el cuarto de revelado. ¿Quién se iba a imaginar que la gente hacía tantas fotos en analógico todavía?

Sonrío.

—¿Creías que eras la única *hippy* de la universidad?

Suelta un gruñidito encantador.

Le acaricio la mejilla con los nudillos y luego los dejo resbalar por su cuello, muy despacio, erizándole la piel.

—¿Quieres que te acerque a casa?

Se lo piensa por unos segundos.

—¿Y si me quedo?

—Bueno, si te quedas, mañana pasaré de ir al gimnasio a primera hora y a cambio te haré el desayuno, te dejaré que me folles en la ducha y te acercaré al trabajo con cinco minutos de margen.

—Confías mucho en tus habilidades, nene, teniendo en cuenta que las últimas veces que he dormido aquí he tenido que sacarte a rastras de la cama, y no precisamente porque tuvieras la lengua entre mis piernas.

Bajo la cabeza y escondo la cara en su cuello. Suelta una risita cuando le hago cosquillas con la nariz.

—Contigo duermo.

Me acaricia el pelo.

—Yo también duermo cuando estoy contigo.

Me incorporo para buscar sus ojos. Los clava en los míos y sonríen tanto que quiero quedarme a vivir en este instante.

—¿Puedo quedarme? —pregunta.

—Por favor.

Estira el cuello para besarme. Y yo respondo con dulzura. Luego, el mundo desaparece y nos enredamos juntos entre las sábanas hasta que explotamos en brazos del otro.

Me encanta el modo en que su cuerpo, más pequeño, encaja perfectamente con el mío. Su espalda pegada a mi pecho, sus caderas en línea con las mías, las piernas enredadas.

Y, cuando noto que ella se relaja entre mis brazos y sé que está quedándose dormida, siento el impulso de hablar y esta vez no puedo frenarme.

—Sue —susurro en la oscuridad.

—¿Mmm?

—Creo que te quiero.

El corazón amenaza con atravesarme el pecho y dejarme con un agujero y un hueco vacío. Ella se mueve para apretarse un poco más contra mí y ciñe mi brazo a su cintura.

—Vale —dice, en tono somnoliento, muy bajito—, avísame cuando estés seguro.

Beso su hombro, hundo la nariz en su cuello y respiro. Respiro como si no lo hubiera hecho nunca antes.

Solo un minuto más tarde, cuando ella se queda dormida, miro la forma de su cuerpo entre mis brazos y se me encoge el pecho.

Y no he estado más seguro de nada en toda mi vida.

58

The Loser In The End



Sue

Voy con mucho cuidado, extremando la atención en cada paso para no dañar los negativos. Me encanta la tranquilidad de este cuarto, trabajando en penumbras, disfrutando del silencio. Así puedo pensar.

Voy a cambiar de psicólogo. No es por nada profesional, sino totalmente personal. Porque opina que tal vez lo que tengo con Tyler es solo el resultado de mi necesidad desmedida de sentirme valorada y deseada, y yo opino que esa es una opinión de mierda.

Y Tyler... Me muerdo la sonrisa cuando recuerdo lo que dijo anoche. El titubeo, el susurro nervioso, el modo en que su corazón parecía a punto de explotar, palpitando como loco contra la rosa de mi espalda que lo representa.

«Creo que te quiero».

Y yo... Es difícil creer que pueda estar ya más enamorada de él. Tengo ganas de gritarlo alto y claro desde esa azotea donde comparte conmigo cigarrillos y pedazos de su alma. Quiero decirle

que yo lo veo y que es hermoso, que es tan especial que entregaría mi corazón al guardián del infierno solo para que el suyo siguiera latiendo. Que él me hace creer en mí. Que podemos construirnos juntos y seremos mucho mejores, más fuertes... Seremos invencibles, él y yo.

Cuelgo el papel de las fotografías para que se seque. Todos los retratos que he hecho a mis amigos, y a los suyos que ya son míos también. Ese autorretrato de una chica rota que hace pareja con la fotografía que le saqué a él aquella tarde, la del chico perdido.

Mientras espero, salgo de la sala por la doble puerta que impide que se cuele la luz y voy a la entrada de la facultad para fumar.

Tyler me ha escrito para decirme que se le ha complicado el trabajo. Aunque no menciona a Ethan, es obvio por su mensaje, cargado de cariño e irritación, que se trata de algo relacionado con él. Luego tiene que pasarse por el club. Le contesto para decir que yo probablemente también acabaré tarde y que Blair y Craig han montado una fiestecita en casa, así que debería pasar la noche allí con ellos.

Luego vuelvo dentro cuando ha transcurrido el tiempo necesario y puedo por fin recoger mis fotografías.

Han quedado genial. La mía es... descorazonadora. Y la suya... La suya es brutal. Blair es una auténtica bruja en su imagen. Craig, una diva sin ninguna vergüenza.

Descuelgo las últimas, que eran las primeras del carrete, y sonrío al ver a Tyler sentado en su jardín, con el hijo de su amiga con él. Hay tres de ese momento y en una de ellas tiene la mirada puesta más allá de donde están y su expresión es... Es puro amor. Una mirada cargada de promesas. De dolor. De devoción y nostalgia.

Pienso: «Ojalá me mirara así».

Y algo me cruje por dentro.

Me tiemblan las manos cuando estiro los brazos para recuperar la última fotografía, la que hice inmediatamente después de esa abriendo el plano. Un nudo me aprieta con fuerza la garganta porque sé lo que voy a encontrar en ella. Lo que hay al otro lado de esa mirada, de todo ese sentimiento que no se guarda dentro y se expande a todas partes a través de su mirada y los poros de su piel.

Es Ashley.

El dolor de un corazón haciéndose pedazos es algo que no tiene comparación. No se puede explicar con palabras. Cuando se parte uno que ya estaba roto mil veces antes el sonido es parecido al de un hueso que se quiebra: sordo, acallado, viscoso. Puedo oírlo.

Y esta vez la culpa es solo mía, por haberme olvidado de que el suyo nunca me ha pertenecido. Lo sabía desde el principio. Y no puedo perdonarme haberlo olvidado. No queda nada a lo que pedirle perdón.

Aprieto los dientes y amontono las fotos. Las guardo en un sobre que meto en mi bandolera y luego cojo esas dos, las dos últimas, que he dejado aparte, me hago con otro sobre y adjunto un trozo de papel en el que garabateo unas palabras con el pulso errático.

Kowalski está en la puerta, aunque aún no ha empezado a llegar la gente. Me acerco y él me sonríe.

—¡Hola, cariño! No pensaba que te vería hoy. El jefe aún no ha llegado.

Me esfuerzo por devolverle la sonrisa, pero no debe de salirme muy bien, porque frunce el ceño y me observa con más detenimiento.

—¿Estás bien, Sue?

Le tiendo el sobre que llevo todo el camino apretando entre los dedos y espero que no se dé cuenta de que aún sigo temblando.

—No puedo quedarme —digo, sin responder a la pregunta—. ¿Puedes darle esto a Tyler, por favor?

Lo coge, prudente, dudando.

—Claro. Oye, ¿quieres...?

Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias. Tengo que irme.

Y luego me largo de aquí tan rápido como puedo, con la barbilla alta y sin volver la vista atrás.

59

When The Dreams Run Dry



Tyler

—Tu chica ha pasado por aquí y ha dejado algo para ti, jefe, lo he colado por debajo de la puerta de tu despacho.

Miro a Kowalski e intento centrarme en lo que me está diciendo. Tengo la cabeza como un bombo y mil movidas en las que pensar. Ethan se ha escapado del centro esta tarde y me he vuelto loco buscándolo por todas partes. Lo he encontrado en casa de Finn. Y las cosas allí no pintaban muy bien.

—¿Qué? ¿Ha estado aquí? ¿Cuándo?

—No sé, hará una hora. ¿Va todo bien?

Asiento, le doy una palmada en el hombro y me adentro en el club, que ya empieza a llenarse de gente, con la intención de ir directo a mi despacho. Sue no ha respondido cuando la he llamado desde el coche en mi camino hacia aquí. Me he imaginado que en esa fiestecita de su casa habrá demasiado ruido como para oír el teléfono. Por supuesto, no puedo llegar hasta mi despacho tan

rápido como yo quería, porque Andrews —quien al parecer ahora se está viendo de manera totalmente casual con Craig— tiene muchas cosas que contarme y muchos problemas que pedirme que solucione de inmediato.

Cuando por fin puedo refugiarme en mi territorio, cerrar la puerta y amortiguar el sonido machacón de la música de la sala, ya casi me había olvidado de que la suricata me ha traído algo. Frunzo el ceño cuando veo el sobre. Me agacho para cogerlo, lo abro y saco primero el trozo de papel doblado que hay rozando el borde.

No soy yo a quien miras.

¿Qué...? Me doy prisa en sacar las fotografías que acompañan a la nota, con el ceño tan fruncido que casi me mareo. Doy unos pasos y me siento en el extremo del sofá cuando las miro. Cuando lo entiendo. Porque yo también lo veo.

El anhelo en la mirada. El deseo en los labios. El amor... Como si Sue me hubiera enfocado con un objetivo y me hubiera robado el alma al apretar ese botón. Porque la imagen no es solo una imagen, es mucho más. Son mis emociones a plena vista, desbordando las dos dimensiones.

Mierda.

Esto ya no es. No es lo mismo. No es igual. O quizá sí. Es que no lo sé. Pero no me importa. Me da igual lo que haya en una fotografía o lo que quede de ello entre todo el enredo que tengo en mi interior. Porque hay otra parte que ahí no se ve. Hay mucho más que no se refleja en ninguna imagen, pero grita mucho más alto que cualquier otra emoción. Y ella tiene que saberlo. Me ha visto. Me ha oído. Me ha sentido en cada instante en que hemos sido nosotros dos.

Meto las fotos en el sobre, me pongo de pie y salgo corriendo. No me despido de Bree, ignoro a Andrews y no respondo a las

preguntas de Kowalski. Me monto en el coche y conduzco a toda velocidad hasta su casa.

La música se oye desde la calle. Aprieto el botón de su piso con insistencia. Venga ya, tampoco puede ser un fiestón, ¿no es verdad? En ese apartamento apenas hay espacio para una reunión de vecinos. La puerta se abre sin que nadie pregunte quién es. Claro. Supongo que todo el mundo está invitado al desenfreno. Tengo que esquivar a un par de parejitas y a algún borracho por las escaleras y, al llegar al primero, veo que la fiesta no es en el apartamento, sino en todo el maldito rellano. Y hay mucha más gente de la que me imaginaba. Intento abrirme paso de forma educada, pero termino a empujones porque la gente no atiende a razones y yo *necesito* llegar hasta ella.

«Fiestecita», decían. La madre que los parió.

No está en el distribuidor, ni en su cuarto, ni en el salón. Tampoco veo a los dos artífices de esta locura que acabará con los tres de patitas en la calle y el piso de nuevo en alquiler. Cuando intento asomarme a la cocina, ya no pido permiso, aunque pido perdón alguna que otra vez.

La veo. Está al fondo, junto a la ventana, y, a su lado, un tío alto, guaperas y con pinta de malote le habla al oído y se la come con la mirada. Y ella se ríe y él babea un poco. Qué asco.

—¡Eh, Tyler! ¡Has venido a nuestra pequeña fiesta! —grita Craig desde algún lugar entre la gente.

Pequeña fiesta. Son unos impresentables.

Sue levanta la mirada, recorre los rostros de la multitud con esos ojos grises abiertos al máximo y se queda rígida cuando sus pupilas conectan con las mías. Luego, aprieta los labios, me hace un corte de mangas, levantando bien la mano por encima de las cabezas,

para que no me lo pierda, y se vuelve de nuevo hacia el gilipollas que seguro que está pensando que va a follársela esta noche.

Por encima de mi cadáver.

Me abro paso hasta donde están. Tardo más de lo esperado en llegar, teniendo en cuenta lo enana que es la cocina, porque hay gente por todas partes. El imbécil le vuelve a hablar al oído cuando me planto a su lado. Me contengo para no apartarlo de una manera tan sutil que acabe con él estampado contra la encimera. Pongo una mano en la cintura de Sue, para llamar su atención, y ella se aparta como si le diera calambre y me asesina con la mirada.

—¿Podemos hablar? —suplico.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? —respondo del mismo modo tosco que ella—. ¿Podemos hablar un minuto?

Me enseña los dientes y aparta el brazo antes de que pueda llegar a tocarla.

—Oye, tío, ¿tienes algún problema? —interviene el falso caballero andante que tiene al lado.

Venga ya, ¿no podía haber elegido tontear con una tía esta noche? Creo que me resultaría más fácil no arder en ganas de partirle la cara. Le lanzo una mirada de advertencia.

—¿Te importaría meterte en tus asuntos?

Sue lo empuja a un lado para sacarlo de esta conversación que no va con él, y en la que no debería meterse, y se encara conmigo.

—¿Por qué no te vas al maldito Sacramento y hablas ese minuto con ella?

—Vamos, Susie...

—¡No me llames Susie!

Me empuja, pero no me muevo. Me mantengo firme y bajo la cabeza para mirarla a los ojos.

—No está en Sacramento, sería un viaje inútil —digo, y ella frunce el ceño, más y más cabreada al oír que le respondo con ironía—. Tendría que ir hasta Chicago y créeme cuando te digo que, si tuviera un *ranking* de ciudades menos favoritas, Chicago encabezaría la lista. También, claro, sería absurdo irme hasta allí cuando yo no quiero hablar con ella, sino contigo, que resultas estar aquí mismo.

Me empuja con más fuerza y pasa por mi lado, sin que le impresione mi discurso.

—Olvídame.

Me vuelvo y le hablo a su espalda.

—Dime cómo se supone que se hace eso, Sue, porque llevo intentándolo desde febrero.

Se gira para mirarme, con los ojos empañados y el labio pintado de rojo atrapado entre los dientes.

—No seas esa clase de cretino conmigo, Tyler, no me lo merezco.

Ese dardo vuela directo a mi pecho.

—Claro que no.

—Me merezco mucho más.

Asiento.

—Estoy de acuerdo. Dame solo un minuto, Sue, y te juro que después me iré.

Me observa con cuidado. Veo la duda en sus ojos. Y yo, que venía con el pecho lleno de arrojo, con mil cosas que decirle, con un millón de sentimientos solo suyos en la punta de la lengua..., me siento pequeño e insuficiente. Y cualquier explicación ya no vale, cuando sé que ella tiene razón: esta chica increíble se merece mucho más de lo que yo puedo darle.

—Un minuto —cede, con los ojos arrasados en lágrimas. Los cierra y, cuando los abre, las ha hecho desaparecer—. Vamos fuera.

Quiero decirle que fuera también está lleno de gente, pero no me da tiempo. El tipo que estaba con ella se acerca y la agarra de la muñeca.

—Eh, preciosa, ¿adónde vas?

Sue pone los ojos en blanco, sacude el brazo para librarse de él y da media vuelta.

—Lígate a otra, machote.

Le lanzo una mirada de disculpa que pierde bastante sinceridad cuando se me escapa una sonrisa de suficiencia.

—Lo siento, machote.

Le doy una palmada en el hombro y luego voy detrás de ella. Es difícil seguirle el ritmo, porque cualquiera diría que un tío grande como yo debería avanzar con más facilidad entre la multitud, pero ella se cuela por huecos por los que yo no quepo. Al final, cuando salgo al rellano, tengo que parar y mirar en todas direcciones para encontrarla. Está saliendo por una ventana. Me doy prisa en llegar hasta allí y la sigo a una endeble escalera de incendios. La música aún se oye excesivamente alta aquí, pero al menos se puede hablar.

Se vuelve a mirarme, me clava esos ojos grises tan fríos que abrasan y se cruza de brazos en espera de lo que tenga que decir.

Saco el sobre del bolsillo trasero del pantalón y se lo enseño.

—He venido todo el camino pensando en coger estas fotos y hacerlas pedazos delante de tus ojos —confieso—. Pero, ¿sabes qué?, que no voy a romperlas porque solo demuestran el talento que tienes. Que haces una fotografía y no capturas una imagen, sino el alma de las cosas, y puros sentimientos y emociones. Y yo nunca he querido que nadie viera lo que llevo por dentro, pero ahora, contigo, sí. Quiero que lo veas, que lo sientas, que lo captures y te lo quedes para siempre, porque todo lo que soy ahora es tuyo, Sue. No puedo decirte que no tengo un pasado y no puedo prometerte que eres la

única que me ha hecho sentir. No puedo ofrecerte un corazón virgen, ni siquiera uno entero. Pero todo lo que tengo..., roto, jodido, o como quiera que esté, mis defectos y las pocas virtudes que puedas encontrar..., eso te lo ofrezco todo, por completo, sin condiciones ni medias tintas. Si me quieres, seré todo tuyo.

Veo la tensión en su mandíbula y el esfuerzo que hace para no llorar. Sacude la cabeza con vehemencia y cruza más los brazos, como si necesitara protegerse de mí.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Mío? ¡¿Mío?! La culpa la tengo yo, porque sabía lo que había, pero... —Se detiene para respirar hondo, y luego me mira a los ojos—. Estás enamorado de ella, Tyler.

—No lo sé —opto por la sinceridad, aunque sepa que no es lo que ella quiere oír ahora—. Pero sí que sé que estoy enamorado de ti.

Se lleva una mano a la cara y se frota la frente.

—¡¿Cómo puedes decirme eso con esa foto en la mano?!

—Eso fue hace meses.

—Dos meses y medio.

—No importan los días, lo que importa es todo lo que ha pasado desde entonces. Tú también estabas allí. Lo que ha habido entre nosotros ha tenido que superar nuestro propio récord en ese *ranking* de cosas surrealistas que te pasan..., ¿no es verdad?

—Ojalá que sí, porque eso significaría que no ha sido real, y eso es lo único que desearía ahora.

—Nena...

Levanta una mano cuando intento dar un paso hacia ella.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué hago? —me desespero—. Dime qué puedo hacer para que veas lo que siento. No sé cómo se hace.

Da un paso atrás. Y se muerde el labio con fuerza antes de levantar la mirada y clavarla en mis ojos.

—¿No lo entiendes? Da igual lo que sientas. Nunca será suficiente, Tyler. Porque antes no importaba si me mirabas de una forma especial, mientras estuvieras aquí, pero ahora... No quiero ser la chica con la que te conformas porque no pudiste tener a la que de verdad querías. No puedo ser eso para ti. ¡Yo quiero ser el puto amor de tu vida! —solloza sin que las lágrimas desborden sus párpados—. Y ese sitio ya está cogido.

Nunca será suficiente. Nunca será suficiente. Nunca serás suficiente.

—Te quiero —digo, con la voz rota—. Y si lo de entonces era amor y esto no lo es, que le jodan al amor, yo quiero lo que tengo contigo. Por favor. Tienes que verlo. Tienes que *verme*.

Sacude la cabeza. Aparta la mirada. Y va hacia la ventana para volver a la fiesta.

—Me merezco ser la primera opción.

Sus palabras me llegan cuando ya avanza entre la gente. Le grito a su espalda:

—¡Eres la única opción!

Ya no me oye.

Me siento en un escalón metálico, me abrazo las rodillas, escondo la cabeza entre los brazos y me permito llorar.

Porque ella una vez creyó que merezco la pena. Pero no cree que la merezca a ella.

60

Was It All Worth It



Sue

El maldito Timón no para de mirarme. Se regodea. Me señala y se ríe de mí.

Estúpida. Estúpida. Estúpida.

Por eso he salido de mi cuarto, y hasta de casa, y he venido a la playa, para ver si el ruido del oleaje amortigua el de mis pensamientos.

Jugueteo con la arena entre los dedos de la mano derecha mientras la izquierda sujeta unas fotografías mucho más antiguas y de menor calidad que las que Tyler se llevó ayer consigo. Tengo la cámara, la buena, en el regazo, pero por muy llena que esté la luna no he visto nada que merezca ser retratado. Puede que sea yo la que no está de humor para encontrar joyas escondidas hoy, claro.

Vuelvo a mirar las fotos. Y puedo ver algo muy parecido a lo que me desgarró el corazón ayer. Porque yo también miraba a Sam como si fuera la única en el mundo. Pero, por mucho que me esfuerce por

intentar sentirme de otra manera, no puedo. Porque no es lo mismo. Porque Sam ya no está. Sam ya no existe. En cambio, Ashley... Está ahí, demasiado cerca, tan cegada llorando por el puto Cam que no es consciente de que el tío más increíble del mundo lo dejaría todo para ir a su lado, aunque odie su maldita ciudad, y ella ni siquiera tendría que pedírselo... solo mirarlo una única vez como lo miro yo todo el tiempo.

No es justo.

«Te quiero», dijo. «Te quiero». Sin dudas esta vez. Sin nada más que esas palabras. Y ese es el problema, que las palabras tal vez no basten.

Quemaré el puto mundo...

Me sobresalto cuando alguien aparece a mi lado y se sienta sin pedir permiso. Me echa un vistazo, suelta una risita entre dientes al haberme asustado y se pone un cigarrillo en los labios.

—Joder, Blair. ¿Qué haces aquí?

—No, ¿qué haces *tú* aquí? Yo te he oído salir de casa, he ido detrás de ti y me he quedado observándote entre las sombras durante un rato, como haría cualquier buena amiga perfectamente equilibrada, para ver si pasaba algo interesante, pero, chica, eres un rollo. Pensaba que igual caminabas en sueños.

Suelto un gruñido bajito.

—Aún no, pero todo llegará.

Anoche, Blair y Craig estaban demasiado ocupados con todos esos invitados a la fiesta que se les acabó yendo de las manos, así que no pude hablar con ellos de lo que ha pasado. Y hoy no estaba muy segura de querer hablarlo, tampoco.

—Craig ha dicho que anoche te peleaste con Tyler. Os vio discutir en la cocina.

Me encojo de hombros.

—Sí. Bueno, supongo que lo hemos dejado.

Blair se tensa y apaga la llama del mechero que acababa de encender para mirarme con los ojos muy abiertos.

—¿Supones? ¿Lo habéis dejado? Lleváis saliendo tres semanas, es la relación más corta de la historia.

Chasqueo la lengua.

—No creo.

Se enciende el cigarrillo y me lo pasa directamente.

—¿Qué ha pasado?

Doy una calada y pienso muy bien lo que quiero decir. Pero no consigo ordenar mis pensamientos, así que acabo por soltarlo todo de forma caótica y desordenada, saltando de un punto a otro de la historia, y mezclando mis sentimientos hasta que ni yo misma sé lo que siento ya.

—No sé si puedo ser su segundo plato —me lamento al final, con la colilla prácticamente acabada entre los dedos.

—Tía, ¿y él no es eso para ti también? Te estás aferrando a esas fotos que tienes en la mano como si fueran un salvavidas.

—Es diferente.

Blair resopla.

—¿Por qué?

—Porque lo que yo sentía por Sam se quedó en lo que fue. No pudo crecer, no pudo cambiar, ni afianzarse. Pero él sigue viendo a Ashley, habla con ella un montón, ¿cómo se supone que se deja eso atrás si no hay espacio para olvidarla?

Mi amiga se acerca más, me hace apoyar la cabeza en su hombro y amolda la mejilla a mi pelo.

—Mira, la mosquita muerta de Ashley no es santo de mi devoción, pero Tyler no tiene la culpa de haberse enamorado de ella, ¿sabes? Y la gente se enamora y se desenamora todos los días. Craig se ha

llegado a enamorar y desenamorar tres veces al día en su mejor época —bromea, y consigue hacerme sonreír—. Lo que quiero decir es que Tyler tenía que olvidarla en algún momento. Y ahora los dos estáis empezando a sentir todo esto el uno por el otro y, si no dejas que podáis explorar lo que significa, entonces nunca sabrás si ella es solo su primer amor y tú todo lo demás.

«Yo quiero lo que tengo contigo».

Me esfuerzo por aguantarme las lágrimas, porque ayer me prometí no llorar por esto, pero ahora son tantas que se desbordan por encima de las pestañas.

—No me queda corazón que romper, Blair. Y si es él quien termina de destruir los pedazos, no va a quedar nada más. No sé si puedo arriesgarme a eso. No sé si *quiero*.

Me frota la espalda con la palma de la mano, con cariño.

—Si te rompen el corazón, él o quien sea, destruiré sus almas putrefactas y tiraré sus cadáveres al mar.

—Blair...

—No he terminado —me avisa, y sé que se está aguantando una risita—. Siempre va a quedar mucho de ti, porque eres infinitamente más de lo que crees, incluso con lo chula y pagada de ti misma que tú eres.

—Se supone que tienes que animarme.

—¡Eso hago! —Se ríe, y yo sonrío al mismo tiempo que me seco las lágrimas con el dorso de la mano—. Solo una pregunta, bruja del este.

Le doy un codazo, y se ríe un poco más.

—¿Qué?

—¿Has tenido en cuenta cómo Tyler te mira a ti?

—No así —digo entre dientes.

—No igual, vale, pero ¿cómo? Porque a lo mejor ahí hay algo nuevo y solo para ti. Algo que nunca fue de ella. Y ni siquiera lo has buscado para comprobarlo.

—No...

—Déjame la cámara.

Intento resistirme, pero me la quita de las manos igualmente. La enciende y busca imágenes en la galería. Yo miro al mar, porque no quiero ver fotos de gente de fiesta, de mis amigos haciendo el payaso, o de Tyler bajo las estrellas recostado en el capó de su deportivo.

—Sue.

—Blair, en serio, no se trata de eso.

—¿Puedes mirar esto, por favor, cabezota?

Le lanzo un gruñido, pero me acerco más a ella y miro la pantalla. Es la primera foto que existe en la que estamos Tyler y yo juntos. Durante esa sesión con él como modelo, cuando puse la cámara a disparar de forma automática y él me hizo caer sobre su regazo. Estamos muy juntos, riendo a carcajadas. Nos estamos mirando.

—Es una foto bonita de un momento, nada más.

Blair suspira.

—No sé. Parece feliz.

Vuelvo a mirarlo. Me fijo solo en él. En cómo me mira, en la risa en su boca, en que parece brillar mucho más y... parece feliz, sí.

—Lo parece —murmuro.

—¿Parecía feliz en esas fotos en las que miraba a la mosquita muerta?

Sacudo la cabeza.

—Creo que no.

—Entonces, ¿qué más quieres, chica? Cualquier cosa que podáis ser, solo la seréis si lo intentáis.

Me rodeo las rodillas con los brazos y apoyo la barbilla en ellas.

—No sé si puedo.

Me abraza por el cuello y yo me dejo achuchar.

—Vale —cede por fin—. Piénsatelo.

Me enjugo las lágrimas que empiezan a brotar de nuevo antes de darles la oportunidad de mojarme las mejillas.

—¿Qué hay que pensar? Quiero ser la persona que elige por encima de todas las demás. No la segunda en la lista. Por una maldita vez en la vida quiero ser *yo*, quiero ser *esa* persona, quiero serlo *todo*. Con él hay un riesgo casi seguro de no llegar a sentirme así jamás.

Blair se encoge de hombros, coge mi cara entre las manos para obligarme a mirarla y pregunta algo que me araña por dentro y me hace sangrar:

—¿Y merece la pena?

61

In Another Life



Tyler

Vuelvo a no dormir.

Fumo mucho.

Pienso demasiado.

Y lo único que quiero es callar esa voz que sigue repitiendo una y otra vez que no soy suficiente. Mucho más ahora, que suena como la suya.

Sé que me lo merezco. Me lo he ganado a pulso, cagada tras cagada.

A mitad de octubre los días ya se han acortado, así que me pierdo en las sombras de mi apartamento mientras estoy tumbado en el sofá y clavo los ojos en el techo. Es martes. Y la semana se me está haciendo eterna. Finn ha vuelto al centro; su madre, a rehabilitación. Y esta vez ha venido mucho más tocado que la vez anterior, así que está siendo complicado. Mañana no puedo quedarme a hacer horas extras, además, porque Ashley está en la ciudad y se supone que

tengo que entretenerla por la tarde y llevarla a cenar, según sus propias exigencias. No sé por qué ha cambiado el lugar con su compañero para venir ella a un congreso que ni siquiera es de su área de especialización. Creo que habrá sido porque sabe que estoy hecho una mierda y piensa que es su responsabilidad animarme. Ojalá Vanessa y ella me escucharan cada vez que les digo que quiero que me dejen tranquilo.

Suena el portero automático y antes de acercarme a abrir ya sé que es ella. La espero con la puerta abierta y sonríe en cuanto sale del ascensor.

—¿Qué haces aquí?

Me salta encima y me abraza por el cuello.

—Yo también me alegro muchísimo de verte, Tyler —ironiza.

—¿No tenías una cena de no sé qué hostias?

Ash suelta una risita.

—Hostias. Muy científico todo.

—Vanessa y tú no sois mis niñeras.

Hace una mueca.

—No vengo de parte de Vanessa. —Levanta la mano para enseñarme la bolsa que trae en ella—. Seguro que no has cenado. He traído *sushi*.

Me acuerdo de Sue exagerando muecas de disgusto cada vez que le ofrecía un trozo. Y odio que todo me recuerde a ella y a lo jodidamente *insuficiente* que soy para merecérmela.

Me aparto a un lado.

—Vale. Pasa.

—Se te compra con pescado. Eres como una foca.

—Siempre tan halagadora, muñeca.

Entra riéndose y pasa directamente al salón como si la casa fuera suya. Distribuye la comida sobre la mesita de centro y se sienta al

borde del sofá.

—¿Tienes hambre o no?

La verdad es que sí, así que no me molesto en decir lo contrario.

—Eh, ¿qué es esto?

Se levanta y se acerca a cotillear mi estantería. Me protesta el corazón cuando veo que coge el primer libro de los ocho que hay allí para echarle un vistazo. El maldito *lo que sea frágil* del que Sue no paraba de hablarme.

—Los compré por internet porque a Sue le estaban encantando y no conseguía pillar el último en la biblioteca, se ve que tiene mucho éxito. Me llegaron hace unos días. —Cuando Sue ya no quería verme, claro—. Lo he empezado y no está mal, pero ya sabes que leer no es lo mío.

Ash vuelve la cabeza y me dedica una sonrisa casi tierna.

—Pues escúchalos en audiolibro.

Alzo las cejas.

—¿Eso se puede hacer?

Suelta un suspiro divertido y deja el libro antes de volver a mi lado y sentarse.

—Tengo tanto que enseñarte, pequeño Tyler.

Hago una mueca. Al menos me deja comer algo —a duras penas, con unos palillos imposibles— antes de mirarme de reojo y preguntar:

—¿Qué ha pasado con Sue *la caótica*?

—No quiero hablar de Sue.

Mentira. Quiero hablar de ella a todas horas. *Necesito* hablar de ella y me sigo callando porque me duele y tengo que cargar con ello yo solo.

—Vale —cede, demasiado rápido para que me crea que no va a insistir en ello más adelante—. Voy yo, entonces.

—¿Qué...?

—Estoy saliendo con alguien.

Me atraganto y tiene que pasarme un botellín de agua para evitar que me muera. Me da una palmadita en la espalda y me observa con atención para comprobar que voy a sobrevivir. Luego parece quedarse tranquila y sigue cenando como si nada.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Sonríe de medio lado.

—Pensaba que me habías oído y de ahí había venido el *shock* —bromea.

—Te he oído —confirmo—. Pero... ¿qué?

—Bueno, tampoco es algo como superserio, ¿sabes? Solo nos vemos, quedamos, nos acostamos, y esas cosas. Es amigo de un ligue de Syd, pero es majo, al contrario que la mayoría de los ligues de Syd.

Abro la boca, pero la vuelvo a cerrar a tiempo antes de preguntar algo como: «¿Y qué pasa con Cam?». Mejor no meter la pata.

La miro. Parece despreocupada, pero puedo notar la tensión en sus hombros. La conozco bien. Está esperando mi veredicto. Mi reacción. Intento explorar lo que siento y lo que pienso, para poder darle una respuesta a la altura de su repentina confesión, pero donde esperaba encontrar un «¿por qué ese tío sí y yo no?», solo hay un «me alegro por ti». Porque me alegro por ella. Porque se merece encontrar a alguien y que el pasado deje de doler tanto. Igual que se lo merece Cam, ya sea esa periodista con la que sigue diciendo que no tiene nada serio o cualquier otra chica con la que consiga conectar.

—Me alegro por ti —digo en voz alta, y le ofrezco una sonrisa.

Me la devuelve un poco más brillante tras indagar en mis ojos.

—Gracias. A ver, no es que cambie mucho algunas cosas, ¿sabes? Pero creo que es un paso adelante.

Asiento.

—¿Te gusta?

Esconde la mirada y creo que se ruboriza un poco, pero yo centro la atención en los trozos de *sushi* que me esperan para no incomodarla más.

—Sí que me gusta —admite a media voz—. Es un encanto... y es mono.

Joder, lo que me hubiera dolido eso hace tan solo unos meses.

—Genial.

—Vale. Ahora tú.

Hago una mueca. Me levanto del sofá y noto cómo me sigue con la mirada mientras camino hasta la cocina.

—¿Quieres un tenedor?

—Sí, será mejor que sí.

Cojo dos, me acerco de nuevo y le tiendo uno. Lo deja sobre la mesa, se hace con el otro botellín de agua, aún sin empezar, y le da vueltas entre las manos y empieza a juguetear con la etiqueta antes incluso de dar el primer trago.

—¿Qué ha pasado con Sue? —repite.

Me recuesto contra el respaldo del sofá y suelto un gruñido. Ya se me ha quitado el hambre.

—En pocas palabras: piensa que aún estoy enamorado de ti.

Solo dos segundos de silencio y luego:

—¿Y es verdad?

Giro la cara para mirarla. Me encuentro sus ojos marrones muy atentos a mí y hay... Hay *algo*, solo que ya no sé muy bien lo que es.

—No lo sé —respondo en voz baja, intentando ser lo más sincero posible.

Ashley se acerca un poco más y escruta mi expresión hasta que estoy a punto de ponerme histérico.

—Pero sí que sabes lo que sientes por ella.

Suelto una risita irónica.

—Estoy *jodidamente* enamorado de ella —confirmo—. Tampoco es que eso valga para nada, claro. Eso a ella le da igual.

Ash da un pequeño bote a mi lado en el sofá con esa expresión de indignación tan graciosa que suele poner.

—¿Cómo va a darle igual?

Me encojo de hombros. Me bebo casi toda la botellita de agua. Ella abandona la suya sobre la mesa.

—Está bien. No importa. No me la merezco.

Ashley alza las cejas. Escondo la mirada, pero los segundos pasan y el silencio se tensa y tengo que levantar la vista para comprobar que me observa como si fuera un digno objeto de estudio.

—Ah, ya veo lo que pasa —dice, y asiente a la vez con la cabeza —. Hum. Está muy claro, sí.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué?

Estira el brazo y me da un golpe suave en la cabeza que me hace protestar.

—¡Que eres idiota, Tyler! ¿De verdad estás aquí sentado encima de tu culo, mientras la chica a la que quieres piensa que estás enamorado de otra y no de ella, lloriqueando porque *no te la mereces*?

—Eh..., ¿sí? Dicho así suena como si fuera un panoli, pero...

—¡Espabila! —exclama.

Se mueve para apartar lo que hay sobre la mesita y sentarse en el borde, justo delante de mí. Me pone las manos en las rodillas y se

inclina para buscar mis ojos hasta que ya no puedo eludir más su mirada.

—¿Por qué se supone que no te la mereces?

—Es lo que piensa ella —murmuro.

—¿En serio?

—También es lo que pensabas tú —añado, y me encojo contra el respaldo—. También es lo que pienso yo.

Me pone una mano en la mejilla que me hace cosquillas en la piel mucho más allá de ese punto.

—Eso no es verdad y lo sabes, Tyler.

Sacudo la cabeza. Porque los demás merecen verme, ¿no era eso?

—No, no lo sé.

—Entre tú y yo... El problema nunca fuiste tú.

Suelto el aire por la nariz de golpe, para mostrar mi disconformidad.

—Solo que, entre Cam y yo, el que merece la pena es él.

Veo la mueca casi imperceptible que le arruga las facciones cuando digo su nombre.

—Cam es Cam, y tú eres tú, deberías dejar de compararte. No se trataba de elegir quién era mejor o quién merecía más la pena, ¿sabes? Me enamoré de él, nada más que eso. No te enamoras de alguien porque lo merezca. Tampoco puedes elegir no enamorarte porque no lo merece. Esto no funciona así. Y, aunque lo fuera, cualquiera elegiría enamorarse de ti, porque eres mucho más de lo que tú eres capaz de ver, Tyler. Te mereces a alguien que te ponga en primer lugar. Alguien que te quiera por encima de todo. Alguien que esté dispuesta a hacer todas las excepciones por ti.

Cierro los ojos cuando eso me descose un remiendo muy mal ejecutado en el centro del alma. Eso fue lo que le dije a ella, eso era

lo que estaba dispuesto a hacer por Ashley, y ahora... Creo que con Sue no necesito hacer excepciones porque con ella no hay normas que parchear. Todo es nuevo, y lo construimos paso a paso a nuestra propia medida.

—Intenté hablar con ella y no quiso escucharme —me lamento.

—Entonces díselo más alto. O haz algo que cuente. Algo que no pueda dejar de ver.

—¿Y cómo hago eso?

Suelta un gruñido impaciente. Me pega un golpecito en la pierna y luego mira alrededor como si estuviera buscando algo.

—Préstame tu móvil.

—¿Qué? ¿Para qué?

Lo localiza y se levanta rápido para ir a por él. Me lo pone delante de la cara para que se desbloquee —lo que también me hace pensar en Sue, una vez más que suma ochenta y seis mil cuatrocientas en las últimas veinticuatro horas—, y se pone a trastear con él como si no estuviera invadiendo un poquito mi intimidad.

Para colmo, sisea entre dientes, como si la ofendida fuera ella:

—Me parece increíble que me vayas a obligar a hablar con Blair Wells.

62

I Want It All



Sue

Blair tira de mi brazo. Craig me empuja con una mano en mi espalda. El sitio está lleno de pijos y me sorprende que este sea su plan para un miércoles por la noche en que deberíamos estar cenando frente a la tele y no en un maldito concierto que a nadie le importa. Concierto que habrá empezado ya hace al menos media hora, por cierto.

—Esto está lleno de pijos —protesto en voz alta.

—Anda, bonita, grita un poco más, que aquel de allí aún no tiene ganas de darnos una paliza —ironiza Craig detrás de mí.

Blair se vuelve a mirarnos y nos señala.

—Vale. Iré a por algo de beber. Esperadme aquí.

No nos ofrecemos a ir nosotros, seguro que hay rondas suficientes para que cada uno se dé un paseo en busca de bebidas para los tres. Miro alrededor y luego hacia el escenario, donde una banda de aficionados lo da todo como si fueran superestrellas que

han llenado un estadio. Al menos, tienen la actitud. Eso me gusta, aunque esto ni siquiera merezca ser llamado *rock*. Me río cuando Craig me pone las manos en las caderas y me obliga a moverlas al ritmo de la música.

Blair vuelve enseguida y reparte los vasos.

—¡Suenan bien!

Pongo los ojos en blanco.

—Es *pop-rock* de modernitos —discrepo.

—¡Eres una elitista de mierda, bebé! —grita Craig en una carcajada.

Le lanzo una mirada de fingido desprecio mientras salta y se vuelve loco con la nueva canción que empieza.

—Puta diva —me meto con él en broma.

Blair estalla en carcajadas, Craig sonríe y exagera más sus movimientos, sin ofenderse en absoluto, y yo termino por reír también y brindar con ellos por las brujas que el *pop-rock* de modernitos no consiguió domar.

—He visto que hay un hueco más cerca —señala Blair entre el gentío, en dirección al escenario—. Seguro que se está mejor.

Vamos hacia allí y encontramos un buen lugar para los tres. Hay un par de fanáticos del grupo a unos metros, pero es soportable mientras ellos se mantengan en su espacio y nosotros en el nuestro.

Hablamos a gritos, bromeamos, bailamos (a pesar de todo) y nos reímos mucho. Creo que necesitaba algo así después de semana y media cosiendo por el día y descosiendo por la noche todos esos pedacitos de mi pequeño corazón roto. Tal vez el problema haya sido que no estaba segura del todo de querer arreglarlos de la misma forma burda de siempre y seguir adelante con lo que me queda y sin mirar atrás. Miro atrás mucho, muchísimo, más que nunca en mi vida. Y lo que encuentro cuando lo hago, los recuerdos y las

sensaciones, tiran con fuerza de mí para obligarme a volver. A rendirme. A buscarlo. A plantearme de una vez y muy seriamente si, como preguntó Blair, merece la pena arriesgarme a no ser nunca el *todo* de Tyler Sparks.

Y es un asco, porque incluso ahora, cuando estoy aquí con mis amigos, y me siento bien y tengo ganas de bailar y de reírme, y lo estoy pasando mejor que en toda la última semana, aún me parece verlo todo el tiempo entre la gente.

La canción acaba y empiezan a tocar otra y, cuando levanto la vista, ahí está ese fantasma otra vez. Y, venga ya, solo es otro tío rubio, alto, con ese pelo de estrella de *rock* venida a menos, y un hoyuelo en la mejilla cuando se ríe y... *Es él*. Mierda, es él de verdad. Y yo, como si fuera tan alta para que se me pueda llegar a ver entre la gente igual que a él, me agacho de golpe y me escondo detrás de Craig.

—¡Eh, chica! ¡Pide permiso antes de morderme el culo! —se gira, baja la vista y hace un gesto exasperado—. ¿Qué narices haces, Sue?

—Tyler está ahí —siseo.

—¿Qué dices? —me pide que se lo repita, y él grita, claro, porque es la única manera de hacerse oír a esta distancia del amplificador.

—¡Eh, mirad! ¡Ahí está Tyler! —exclama Blair, como si se alegrara muchísimo de verlo, y luego lo señala con un dedo.

Venga ya. Craig también sonríe y se gira para mirar.

—Estaba a punto de escribir a Harvey para ver dónde estaban.

¿Qué...? ¿Perdona?

—¿Qué has dicho? —Me incorporo, me crezco y me planto delante de ellos dos—. ¿Vosotros sabíais que estaban aquí?

Craig se pone a mirar a todas partes, en un pobre intento de disimulo. Blair mueve los labios a los lados, haciendo bailar el

septum que lleva en la nariz, y luego me dedica una falsa sonrisa inocente.

—¡Vamos! ¡Todo esto es por una buena causa!

—¡Sois increíbles!

—¿Verdad que sí? —dice en un tono completamente diferente al mío.

Luego sigue hablando, pero yo ya no la escucho, porque he vuelto a mirar en su dirección y ahí está... El corazón me palpita como si quisiera saltarme del pecho e ir dando botes hasta llegar a sus manos. Algo se me retuerce con fuerza en el estómago y me recuerda que lo he echado de menos, que llevo más de una semana pensando en él muchísimo más de lo que querría y que a lo mejor cómo la mirara a ella antes de que todo esto explotara entre nosotros no es tan importante y no me va a destrozar mucho más después, cuando ni siquiera quede esperanza. ¿Y si...? ¿Y si Blair tiene razón? ¿Y si Ashley es solo su primer amor y yo puedo ser... todo lo demás?

¿Y si hablo con él? ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Entonces el grupo de gente que se interpone entre nosotros se mueve y los veo a todos. A Andrews, que acaba de localizar a Craig y está sonriendo como un tonto; a Bree, bailando como una loca sin preocuparse de quién pueda estar mirando; a Kowalski, que se ríe a carcajadas con algo que le dice la chica que está a su lado. Y la veo. A esa chica. Es Ashley, con los labios pintados de rojo y una sonrisa en ellos, y está... ¿Qué está haciendo ella aquí?

Tyler levanta la vista. Sus ojos encuentran los míos. Se queda parado, sosteniéndome la mirada, y yo siento que me muero, que no puedo respirar.

—Sue —me llama Blair a mi lado.

Me muevo para alejarme de ellos. De todos. De la mirada penetrante del chico que hace solo diez noches me dijo que creía que me quería y al día siguiente me rompió el corazón sin saberlo.

—¡Voy a pedir otra ronda! —les grito a mis amigos por encima de la música, y luego me escabullo hacia la barra.

Intento recuperar la normalidad de mi organismo cuando me apoyo sobre la madera —muy mal material para la higiene— y levanto un brazo para llamar la atención del camarero. Le pido las consumiciones y, mientras espero, me giro hacia el lugar del que he venido y lo veo acercarse.

Se mueve como si fuera el dueño del local y desprende seguridad en sí mismo en cada paso, o eso es lo que parece a simple vista. Ahora veo mucho más allá. Y soy consciente de los nervios que flotan bajo toda esa actitud chulesca, puedo notar el temblor que le debilita las rodillas porque a mí me está sucediendo exactamente lo mismo. Y yo también aprieto la mandíbula y levanto la barbilla y me hago la indiferente. Le doy la espalda y vuelvo a apoyarme en la barra. Tarda solo tres segundos en imitar mi postura justo al lado.

—¿Qué tal, Susie? —pregunta con ese tono seductor, canalla y con un toque travieso.

Y a mí me salta el estómago y se da la vuelta. Maldito sea.

—¿Es esto una encerrona? —pregunto sin mirarlo.

Suelta una risa algo sarcástica.

—No ha sido idea mía.

Me giro hacia él y le sostengo la mirada con entereza.

—Tampoco puedo decir que me haya parecido una mala —admite. Sonríe de medio lado—. Sue...

—¿En serio has quedado con mis amigos a mis espaldas, en un sitio en el que sabías que me encontrarías, y te ha parecido el punto álgido de tu puto sentido retorcido del humor traerla a ella contigo?

Hace una mueca.

—No la he traído conmigo. Ha venido ella sola. Estaba en la ciudad por un congreso y le apetecía dar una vuelta. Es mi amiga, no puedo decirte que voy a dejar de verla solo para que quieras darme una oportunidad. Creo que las cosas no deberían funcionar así.

—Eres un cretino.

Alza una ceja.

—Sí. —Mira al camarero cuando pone los vasos sobre la barra, y pide—: Una tónica.

—¿Qué quieres, Tyler? En serio. Me parece que ahora ya no lo entiendo muy bien.

—En realidad, ha sido idea suya, ¿sabes? De Ashley. De Ashley y de Blair, conspirando juntas en un giro inesperado y algo inquietante de los acontecimientos.

Pongo los ojos en blanco.

—Y a ella, ¿qué le importa?

—Es mi amiga. Sabe que estoy hecho un asco. Sabe que estoy loco por ti.

Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—Basta.

Saca la cartera y paga al camarero cuando pone un vaso más sobre la barra. Me abalanzo hacia delante cuando lo oigo decir que cobre todo.

—¡No! Estas tres cóbramelas a mí —exijo, y le tiendo el dinero yo también.

El pobre chico levanta las manos, coge también mi billete y se va hacia la caja. Tyler pone los ojos en blanco.

—¿No puedo ni invitarte a una ronda?

—No hace falta. —Recojo mis vueltas y las bebidas, dispuesta a largarme—. Pásalo bien, Tyler.

—Sue —me llama, sin intentar interponerse en mi camino—. Por favor.

No sé por qué narices no me voy. No sé por qué vuelvo a dejarlo todo y me enfrento a su mirada.

—Entiendo cómo te sientes, ¿vale?

Enarco una ceja.

—Ah, ¿sí? ¿Tú crees?

Me hace un gesto para que me acerque un poco más. Apoya un codo en la barra y adopta una postura relajada que no termino de creerme. Insiste en el gesto, como si los centímetros que nos separan fueran un maldito océano, y dibuja una sonrisa de medio lado que da a entender que él sabe cosas que yo no y que estará más que encantado de instruirme.

—Verás, tal y como yo lo veo, tú tienes toda la ventaja en esta relación, nena.

—No me llames...

—Vale —sigue como si nada, cortando mi protesta—, admito que he pensado en ella en esos términos alguna vez. «Amor de mi vida», qué grandilocuente. Como si por norma solo existiera un amor. O solo una vida, ¿no?

—¿Quieres llegar a alguna parte con esto, Taylor? Porque se me calientan las bebidas y mis amigos me están esperando.

Hace una mueca.

—Siempre tan impaciente —ronronea, y a mí un cosquilleo me recorre la espalda cuando lo recuerdo diciendo justo eso en otro tipo de situaciones—. Me parece recordar que tú también te referiste así a Sam una vez, ¿no es verdad? Como el amor de tu vida. Chica de Austin, ¿cómo puedo yo luchar contra eso?

Pongo los ojos en blanco y doy un paso atrás.

—Deja de decir gilipolleces, anda.

—Piensa en todas las ventajas. Venga, Susie, está claro que salgo perdiendo en la competición, ¿no crees? Ashley está ahí mismo, puedes conocerla, puedes comprobar todas las cosas en las que sois diferentes y me gustan más de ti, y también que no he tenido, tengo, ni tendré nada con ella que se compare a lo que tenía contigo. Además, no le digas que he dicho esto, pero... también tienes la ventaja de que en algún momento la cagará, y la verás hacerlo, y podrás darte una palmadita en la espalda y anotarte otro tanto, porque, la verdad, así, en confianza... —baja la voz y se acerca un poco más—, Ashley la caga. Mucho. Un montón. Todos los días.

Suelto un gruñido y sacudo la cabeza cuando veo su sonrisita burlona.

—¿Esto es lo que has venido a decirme?

—¿No lo ves? Yo no puedo ganar nunca. Sam no va a cagarla. Y, lo que es peor, llevas años olvidando lo malo, si lo hubo, y atesorando lo bueno. ¿Dónde me deja eso a mí? Yo soy un cretino y, oye, te juro que voy a intentarlo con todas mis fuerzas, pero no puedo prometerte que no vaya a cagarla un poco en algún momento también.

Dejo escapar un resoplido y hago amago de recoger mis vasos para largarme de aquí.

—¿No será esta la declaración más enternecedora que me han hecho jamás? —ironizo.

—Eh, no he acabado —protesta, con una risita—. Hay más. Otra ventaja maravillosa para el equipo de las suricatas: tú puedes odiar a Ash. Venga, puedes odiarla si quieres, Sue. Puedes ponerte celosa, puedes insultarla entre dientes, puedes justificarte pensando que es

la tía más estúpida que has conocido en tu vida y por eso no entiendes qué vi en ella alguna vez. Hasta puedes tirarle de los pelos en un momento dado, aunque, por favor, no lo hagas..., se pondrá a llorar. ¿Yo? —Se señala—. No puedo odiar a Sam. No puedo pensar mal de ella. Sería como la peor persona del mundo.

Me muerdo el labio para evitar que se me escape una sonrisa diminuta cuando oigo la afectación con la que dice eso último. Luego la realidad nos envuelve de nuevo y... No puedo negar que tiene razón en algo: hay cierto paralelismo entre nuestras situaciones. Aunque él está dispuesto a intentarlo y yo no sé si puedo dar un paso más.

—Entonces, el problema es de los dos, Ty, porque conocimos a los amores de nuestras vidas demasiado pronto.

Baja la cabeza para mirarme a los ojos con más intensidad.

—Ni siquiera has cumplido los veintidós, aún nos queda mucha vida. Y ¡vaya, si queda amor! Yo quiero ser el de la tuya, aunque Sam nunca deje de serlo también. Y, si no es en esta, lo intentaremos de nuevo en la siguiente.

—Tyler...

—Sé que es posible que nunca sea suficiente para ti. Es obvio. Pero quiero que me des la oportunidad de intentarlo, porque quiero estar contigo. Solo contigo. Quiero lo que teníamos tú y yo hace solo dos semanas. Y, si puedo prometerte algo, es que voy a dejarme el alma cada día para ser la persona que mereces tener a tu lado. Para merecer que tú quieras quedarte conmigo.

Se me remueve algo por dentro. Choca, lacera y se desplaza imparable hasta formar un nudo en mi garganta. Miro sus ojos y veo tanto... Lo veo todo. A él. Lo que es y lo que no. Lo que quiere ser. Lo que está dispuesto a hacer para conseguirlo. Y, si me quedo aquí un solo segundo más, voy a echarme a llorar y voy a necesitar que

me abrace y no podré pensar nunca más. Así que cojo las bebidas y me voy sin decir nada y sin volverme a mirarlo ni una sola vez.

Ashley está hablando con Blair cuando me acerco, las dos tensas, y levanta la cabeza para mirarme. Clavo los ojos en los suyos, pero no se deja intimidar por mi mirada fría, dura e impenetrable. Solo la aparta para mirar detrás de mí y por eso sé que Tyler me sigue a una distancia prudencial.

—¿Cómo estás, cariño? —Kowalski me intercepta y me envuelve en un abrazo de oso que me atrapa por completo y me levanta del suelo—. Te echamos de menos, ¿cuándo vas a venir por el club?

Protesto por el precario equilibrio al que me obliga para mantener lo que llevo entre las manos. Le prometo que me pasaré a verlos alguna noche, aunque no estoy segura del todo de querer o poder acercarme a ese club nunca más. Luego me escabullo y le pongo un vaso helado en el brazo a Craig, para que deje de besuquearse con su ligue y se haga cargo de su bebida.

Blair me sonríe y coge su vaso cuando me uno a ellas. Bree sigue contoneándose a un lado y veo con el rabillo del ojo cómo coge a Tyler de la mano para incitarlo a bailar con ella.

—¿Qué tal, Sue? —pregunta Ashley, y yo levanto la mirada a toda velocidad y me contengo para no gruñirle.

Supongo que no tiene la culpa de nada de esto. Me lo tengo que recordar un par de veces para ser capaz de devolverle media sonrisa.

—Bien. ¿Y tú? No esperaba verte por aquí.

La cabrona de Blair se ríe entre dientes, consciente de la tensión. No me molesto en lanzarle una mirada reprobatoria, creo que con la telepatía será suficiente por esta vez.

—Ya. He venido a un congreso. Me voy mañana por la tarde. Esperaba que pudiéramos hablar un rato, ¿estarás libre para comer?

Alzo una ceja, sorprendida. ¿Comer con ella? ¿Qué? ¿Para qué? Pero si en algún momento me vence esta certeza de que necesito descubrir si lo que hay entre Tyler y yo es suficiente..., ¿no será mejor no odiar a todos sus amigos, como él ha dicho de broma alguna vez ya? Sé que va a ser complicado con Vanessa, así que tal vez podría intentarlo con Ashley. Puede que Tyler tenga razón y cuando la conozca un poco más no siga teniendo esta sensación de estar muy por debajo de todo lo que ella es.

—Supongo, sí.

Ella me sonríe. Yo aparto la mirada. Bree aparece de pronto, me abraza por el cuello y me lleva con ella mientras repite que tenemos que bailar. Tyler ocupa mi lugar al lado de su amiga. Prefiero no mirarlos demasiado.

La teoría es fácil, la práctica, no tanto. Por eso se me escapan los ojos cada dos minutos y puedo verlos hablando, riendo juntos y hasta bailando. Hay un puño invisible retorciéndome las tripas. También punzadas de algo eléctrico y que duele cuando lo veo sonreír. Odio sentirme así. Pero sí, estoy celosa. *Celosa.* Qué asco.

Y bailo y canto y me río con Bree y con Kowalski, pero, al mismo tiempo, no paro de pensarlo. Lo que me ha dicho antes. La sinceridad en sus ojos. La facilidad con la que puedo leerlo ahora, después de que hayamos pasado por tantas cosas. También pienso que no quiero perderlo. Que esa sonrisa debería ser para mí y que puede serlo. Que todo podría ser tan fácil como acercarme a él y besarlo de una vez, y luego dejar que lo que sentimos juntos crezca o se estanque, pero que vaya donde tenga que ir y no forzar un final que sabe tan amargo. Podría...

Blair se acerca. Ashley y Tyler están al otro lado. Y mi amiga la mira a ella, hace un aspaviento demasiado exagerado para llamar su

atención —o quizá la mía, también—, y pregunta en un tono excesivamente sobreactuado:

—Oye, Ashley, me gusta ese pintalabios que llevas, ¿cómo se llama?

—Ah, ¿te gusta? Es sangre virgen. ¿No era eso lo que usabas en el instituto para los rituales de magia negra?

Blair le dedica una sonrisa torcida y luego saca la lengua entre los dientes como si fuera una serpiente.

—Ah, seguís siendo tal para cual, Cam y tú, ¿verdad que sí, Ashley Bennet? Qué pena lo de ese mal de ojo que ya no se puede deshacer. —Hace una mueca de disculpa falsísima y hasta yo contengo la respiración.

Ashley endurece las facciones, lo que probablemente solo demuestra que eso ha dado justo en la herida que más duele.

—Podríamos haber sido muy buenas amigas, Blair Wells —responde, en el mismo tono venenoso, pero un poco menos natural —. Qué pena que tuviera que decirle a Mia que estabas vetada, ya sabes, las enemigas de mis amigas...

—¿Me dan un morbo inaguantable? —completa Blair, traviesa.

—Ya vale —interviene Tyler, pero me temo que no le escuchan.

—Me jode admitir que al final no eligió bien —dice Ashley después, más suave.

Blair hasta sonríe un poco.

—Ya. Suele pasarnos. —Se encoge de hombros—. Ah, y... siento que Cam sea un llorica. ¿Quieres un chupito?

Señala la barra. Yo alzo las cejas. Tyler descuelga un poco la mandíbula.

—¿Por qué no?

—Eh..., Ash... —llama el rubito cuando ya se muestran dispuestas a alejarse juntas—. ¿Me prestas ese pintalabios?

Ella lo saca del bolso y se lo lanza, como si fuera la petición más normal del mundo. Nos quedamos los dos solos, frente a frente, cuando las otras dos se alejan. Pero él no dice nada. Me guiña un ojo y se aleja camino de los aseos.

Prefiero no darle vueltas a lo raro que está todo el mundo esta noche.

No habrán pasado más de veinte minutos cuando tengo que escabullirme para ir al baño. Blair y Ashley siguen en la barra, riendo a veces, y mirándose como si fueran a matarse, otras. Craig y Andrews han desaparecido hace un ratito. Y Tyler mantiene las distancias conmigo incluso cuando yo no estoy muy segura de poder seguir manteniéndolas con él.

Me cruzo con una chica que sale del lavabo cuando yo entro. Paso directamente a hacer pis y, al salir, cuando voy a lavarme las manos, veo lo que hay escrito en el espejo. En letras enormes y con el color rojo «sangre virgen» que lleva Ashley en los labios esta noche.

SI NO TARDAS MUCHO,
TE ESPERO TODA LA VIDA.

Oscar Wilde. Y es toda una declaración. Escrita bien a la vista, muy grande, y con sangre de mis enemigos, sí. Se me escapa una risita entre dientes al tiempo que se me llenan los ojos de lágrimas. No solo por lo que dice o su significado principal, sino también por todo eso que no se ve. Porque eso mío que era de Sam y eso de Sam que se quedó conmigo ahora forman parte de lo que soy y él lo acepta. Oscar Wilde somos ella y yo, y él *lo acepta*, lo asume como parte de *nosotros* también.

Me explota en el pecho.

Se expande rápido a cada rincón de mi cuerpo.

Y, si no somos el amor de esta vida, vamos a darnos toda una maldita vida nueva.

Voy directa hacia él cuando salgo del baño. Está a un lado, bromeando con sus amigos junto a la barra, pero yo no veo a nadie más. Levanta la vista y clava los ojos en mí cuando me ve acercarme decidida. No le doy tiempo a decir nada. No doy tiempo a nadie ni siquiera a respirar. Me estampo contra su cuerpo, pongo las manos en sus mejillas y me pongo de puntillas para besarlo.

Su boca me recibe entreabierta, anhelante y muy impaciente.

Los demás, alrededor, jalean y se ríen de forma burlona.

Apenas me separo de sus labios para poder decir:

—Creo que te quiero, Ty.

Me mira a los ojos. Puedo notar su sonrisa muy cerca de mi boca.

—¿Me avisarás cuando estés segura?

Me muerdo la sonrisa y asiento.

—Sí. Sí, ya te avisaré.

Planta una mano en mi espalda y enreda la otra en mi pelo antes de besarme de nuevo, con renovada intensidad. Con todas las ganas. Con mucho más que deseo. Con algo que parece amor y a lo que podemos darle la forma que nosotros queramos a partir de ahora.

Luego se agacha, me pone un brazo bajo el culo y me levanta para cargarme sobre su hombro mientras yo protesto y me río a carcajadas al mismo tiempo.

—Nos vamos de aquí.

—Pero...

Levanto la vista para mirar a Blair y a Ashley, que podrían entenderse o acabar por intentar matarse esta noche. Sé muy bien quién ganaría la pelea y no me apetece perder la ventaja que Tyler

insiste en que tengo. Me gustaría poder tener la oportunidad de odiarla, si así tiene que ser.

—Ah, no os preocupéis por nosotras —dice Ashley—. Nos quedamos tomando algo. Vosotros largaos.

—Sí —coincide Blair, y le pasa un brazo por los hombros—. Nosotras nos fumaremos un cigarrito de camino a su hotel, por los viejos tiempos.

Y creo que eso puede salir muy mal. Pero la verdad es que ahora mismo me da igual. Ya son mayorcitas. Que se apañen.

Tyler me lleva en volandas hasta la calle y solo me deja en el suelo cuando ya estamos fuera. Abro la boca, pero sus labios cubren los míos antes de que me dé tiempo a decir nada.

—Te quiero, Sue, como no he querido a nadie nunca —dice en voz baja, hablando contra mi piel—. Es nuevo y es distinto y es mejor y quiero que sea para siempre, si tú quieres.

Me aparto para mirarlo a los ojos.

—Tyler.

—Dime, suricata.

Sonrío. Y digo mucho más que solo palabras:

—Llévame a casa.

63

From Here On Out



Tyler

He intentado comportarme y mantener las manos quietas en el maldito taxi. Lo juro. Pero es que esta chica caótica e impaciente no ha hecho lo mismo por mí, así que, para cuando entramos en mi casa, yo ya tengo marcas de pintalabios en sitios muy inadecuados y una erección que empieza a molestar de verdad.

Tiro las llaves sin importarme dónde caigan en cuanto hemos cerrado la puerta, la vuelvo a levantar en brazos y cargo con ella hasta el cuarto mientras su risa se me cuela bajo la piel y juega con mi sonrisa a su antojo.

Nos descalzamos, ella se suelta el vestido, yo me quito la camiseta a toda velocidad. Se queda parada, arrodillada sobre el colchón, en ropa interior negra, cuando me mira.

—¿Qué...?

Ah, ya.

—¿Qué es eso?

Me señala el costado, en el lado izquierdo, sobre las costillas.

—Es un tatuaje —digo con toda la naturalidad.

—Tyler *rubito* Sparks... ¡¿Te has tatuado una suricata?! ¿Te has vuelto loco? —me regaña, pero se ríe a carcajadas al mismo tiempo.

Sonrío y encojo un solo hombro.

—¿No te gusta? Yo creo que han conseguido plasmar muy bien tu esencia.

Me suelta un manotazo y yo doy un paso atrás, entre risas, para que no pueda atacarme más. A ver, es un tatuaje sencillo, poco más que unas cuantas líneas trazando la silueta.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —sigue—. Ni siquiera estábamos juntos. ¿Cómo...?

—Que tú estuvieras aquí o no era lo de menos, nena. Porque, aunque te fueras ahora mismo y no volviera a verte más, ya te llevo marcada en la piel... y no hablo del estúpido tatuaje.

Se abalanza sobre mí, se me cuelga del cuello y me besa con ganas. Y está bien, porque yo tampoco quiero hablar en este momento.

No separamos los labios mientras nos tumbamos sobre la cama. Tampoco cuando me quito los pantalones. Ni siquiera cuando nos tocamos por todas partes y las manos empiezan a no ser suficiente.

—Te quiero —digo contra su boca—. Te quiero, y estoy seguro al cien por cien. Quédate conmigo, nena, y vamos a encargarnos juntos de pegar todas las piezas.

Asiente, y su nariz roza la mía en el movimiento.

—Vas a conocerme en mi mejor momento, Ty —promete en un susurro.

—Quiero *ser* tu mejor momento. Y sé que tú vas a ser el mío.

—Y si resulta que no soy el amor de tu vida, ¿qué hacemos?

Sonrío y uno nuestros labios de forma breve una vez más.

—Entonces, lo intentamos otra vez, Sue. Y otra. Y otra más. Hasta que lo consigamos.

Se incorpora para besarme con más ganas, con más entrega, con más pasión. Y yo me dejo arrastrar y me pierdo en su cuerpo, donde siempre consigo encontrarme.

64

If You Can't Beat Them



Sue

Ashley está sentada en una mesa de la terraza de la cafetería del campus y levanta una mano para saludarme cuando ve que me acerco hacia ella con la cámara colgando del hombro. No sé si estoy en condiciones de mantener esta conversación ahora y tener que decidir si la catalogo como potencial amiga o como irreconciliable archienemiga. No he dormido mucho, obviamente. Tyler y yo follamos hasta la madrugada y comimos helado, desnudos entre sus sábanas, y hablamos de mil tonterías hasta que empezó a salir el sol.

Estoy feliz. Más que en mucho tiempo. Y un poco nerviosa, pero no sé si es por enfrentarme a esta chica por la que él ha sentido tantísimo o por los tres cafés que llevo ya encima para no dormirme en el trabajo y luego en clase. Me pregunto cómo lo estará llevando él. Apuesto a que Ethan lo estará volviendo loco, y más ahora que Finn vuelve a ser su compañero de cuarto.

—Hola, siento llegar tarde —saludo cuando me siento frente a ella —. Se ha alargado la clase.

—No pasa nada —responde, dulce y relajada—. ¿Qué te apetece? Ya entro yo a pedir.

Elijo un sándwich de la carta y pido también un refresco hiperazucarado para dar alimento a mis pobres neuronas agonizantes.

Enseguida lo tenemos todo en la mesa, entre nosotras, y ella esboza una sonrisa prudente al mirarme de nuevo.

—Bueno, creo que tenemos que hablar.

—Ah, ¿sí?

No es que quiera ponérselo difícil, pero a veces no puedo evitarlo. Hace una mueca en respuesta a mi tono cortante.

—Creo que sí. Porque, verás, resulta que Tyler está muy loco por ti, y es uno de mis mejores amigos, así que me gustaría que no hubiera malentendidos de ninguna clase entre nosotras.

Me cruzo de brazos y frunzo el ceño.

—¿Es un malentendido que lleva toda la vida enamorado de ti?

—Eso debería decírtelo él y no yo.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres decirme tú, Ashley?

—Solo puedo darte mi versión de una historia y dejar clara mi posición. La de ahora, que va a mantenerse así probablemente para toda la vida. Si te interesa oírlo, por supuesto.

Bebo de mi refresco y me preparo. ¿Quiero escuchar todo esto? A lo mejor Blair me ha contagiado esa maldita vena cotilla, porque la verdad es que sí. Me muero por saber qué es lo que tiene que contarme.

—Vale. Empieza cuando quieras. —Doy un bocado a mi sándwich y espero.

Ella asiente. Coge aire, como si necesitara una buena cantidad de oxígeno para todo lo que tiene que decir.

—Conocí a Tyler a los trece años. Me enamoré de él dos minutos después.

Y la historia sigue, a través del tiempo y de los giros del destino. La de la chica buena y el chico malo, una que empieza de verdad cuando ella hace un trato con el chico bueno y perfecto, en la que Blair es la bruja del cuento (y qué bien le sienta el papel), y en la que el amor es algo que te encuentra, que no eliges y que no se puede controlar. Luego también me cuenta lo demás: lo de la chica que pierde el rumbo y no se encuentra y el caos que provoca alrededor. Odio admitir que la entiendo, pero lo hago demasiado, y tengo que abandonar mi comida cuando se me cierra el estómago y me siento tan mal como ella. Y luego aún dice algo más:

—Tyler es uno de mis mejores amigos, pero también es mucho más. Es un chico muy especial, que siempre se juzga a sí mismo de forma injusta. Y, desde que te conoció, creo que ha empezado a verse de otra manera, y por eso sé que eres la persona que realmente se merece y con quien sí encaja y tiene que estar. Creo que los dos os debéis intentarlo, de verdad. Y yo siempre voy a estar aquí para él, para todo lo que necesite y hasta lo que no crea que se ha ganado, pero te aseguro que solo como una amiga, así que bajo mi punto de vista sería mejor si nos llevamos bien, ¿no te parece?

Me recuesto contra el respaldo de la silla. Lo pienso. Asiento.

—Lo entiendo. Te entiendo —digo, y ella parece aliviada y relaja los hombros enseguida—. No tengo nada contra ti, Ashley, y, como dices, el amor no se controla.

—No. Así es. Yo le hice mucho daño a Tyler, eso es verdad, sin querer, claro, pero aun así... Lo hice. Porque no supe verlo, porque estaba tan centrada en mi propio dolor y siendo egoísta que no me

preocupé por mirar más allá. Eso no va a volver a pasar, Sue. Quiero que Tyler sea feliz.

—Estamos de acuerdo.

Sonríe.

—Espero que te hayas dado cuenta del modo en que te mira. Y de cuánto sonríe, pero *de verdad*, cuando tú estás cerca.

Me muerdo el labio y me obligo a tragarme lo que sea que se está encargando de presionarme la garganta. Ella no supo verlo. Ella no *quiso* verlo. Yo sí.

—Vale. Tyler dice que no puedo querer destruir a todos sus amigos si queremos que esto funcione, así que podría empezar por sacarte a ti de la lista de objetivos —bromeo.

Suelta una risita.

—Eso me gustaría mucho —me sigue el juego—. Y Vanessa lo tiene chungo, soy tu mejor opción.

Se me escapa una carcajada de la que ella se hace eco.

—Si de verdad quieres ganarte mi favor, ahora necesito que me cuentes todos los cotilleos jugosos de Blair en el instituto —pido, con una sonrisa traviesa—. Una nunca sabe cuándo va a necesitar una pulla inesperada contra sus amigos.

Se ríe.

—Trato hecho.

—Ya no me caes tan mal, Ash.

Se lleva una mano al pecho, fingiendo estar de lo más emocionada.

—Me alegro muchísimo de que te haya encontrado —dice luego, más seria—. Te llevas un tío genial, no te olvides de cuidarlo.

—No lo haré.

—Perfecto. Entonces..., Blair Wells *la bruja*, ¿eh? ¿Por dónde empiezo?

Pasamos un rato hablando, cotilleando y riendo. Y así es como nos encuentra Tyler cuando se pasa por aquí en su rato de la comida, para tomar un café con nosotras y despedirse de su amiga antes de que se vaya de la ciudad. Se acerca prudente, como si esperara que le fuera a salpicar la sangre, y con las cejas alzadas en ademán incrédulo cuando nos oye reír juntas. Cuando está un poco más cerca, me mira solo a mí.

Solo a mí.

Se me acelera el pulso y se me escapa una sonrisa a juego con la suya. Muy tonta. Muy absurda. Pero me gusta.

Me besa con dulzura sin importarle quién esté delante en cuanto se sienta a mi lado.

—¿No te caes de sueño, suricata? —me dice al oído.

Sonrío.

—Es mi cuarto café.

—Mmm, creo que podremos sobrevivir a base de cafeína, vuelve a mi casa esta noche.

Me pone una mano en la cadera y me acerca hacia él cuando me río suavemente. Entonces parece recordar que no estamos solos y levanta la vista hacia su amiga con su mejor expresión inocente.

—Hacéis una pareja adorable —asegura ella, con una sonrisita tierna.

Los dos bufamos al mismo tiempo al escuchar ese tono y la palabra «adorable». ¿Es que no ha visto que esto es un cliché de chico malo por chica... *malísima*? Creo que la palabra no debería ser adorable en ningún caso. Me niego a que lo sea. Bueno..., podría serlo únicamente cuando estemos a solas.

Tyler nos mira alternativamente a ella y a mí, antes de preguntar:

—Y... ¿de qué estabais hablando?

Miro a Ashley y ella me sonríe.

—¿Te gusta leer fantasía, Ash?

—Siempre que tenga mucho romance —responde.

—Perfecto, entonces ya sé lo que tienes que leer. Solo una advertencia previa: el guerrero alado es mío.

Se ríe y asiente.

—Lo recordaré.

65

Some Kind Of Love



Tyler

—Susie...

—Dime, Taylor.

—Aún tengo curiosidad, ¿cuál era la primera en tu *ranking* de cosas surrealistas que te habían pasado en Los Ángeles antes de aquel fin de semana juntos?

Se incorpora, apoya las palmas sobre mi pecho y me mira desde arriba, con la piel desnuda en completo contacto con la mía.

—Una noche salí del trabajo, llovía a cántaros, estaba soltando un montón de palabrotas porque justo se me había terminado el tabaco y el paraguas se rompió cuando lo abrí. Pasó un coche y me salpicó entera. Te lo juro, era como una película mala. El hombre que iba dentro, en la parte de atrás, se ofreció a que su chófer me llevara a donde necesitara ir.

—¿Y te llevó?

—Ah, sí, hasta casa. Un cochazo impresionante, con dos tíos trajeados dentro, metiéndose en un barrio chungo.

—Es una buena historia, pero tu *ranking* no impresiona tanto si eso era lo primero de la lista —me burlo mientras jugueteo con su pelo.

—Es que no te he dicho quién era el hombre.

—¿Quién era?

—Leonardo DiCaprio.

—Venga ya.

—Te lo juro.

—¿Intentó ligar contigo? —bromeo solo a medias.

—Me dio su número de teléfono.

—¿Y qué hiciste con él?

—Lo lancé al océano con el resto de mi agenda de contactos, creo que tú estabas allí diciendo no sé qué sobre espantar a las ballenas.

Sonrío.

—Pobre Leo.

—Pobre Leo —repite, al tiempo que suelta una risita—. Vaya afortunado ese cretino de Tyler.

Le acaricio la espalda, justo sobre ese punto donde tiene tatuada la rosa, roja y llena de vida. Me gusta pensar que eso es lo que somos nosotros dos, naciendo entre las cenizas, alimentándonos de ellas.

—Sí, vaya gilipollas con suerte —murmuro cerca de su boca.

Y ella me vuelve a besar.

66

Crazy Little Thing Called Love



Sue

La decoración del club por Halloween es una pasada. Está claro que es obra de Andrews y de Bree, y Craig está muy orgulloso de su chico y no ha parado de alardear desde que un intimidante vampiro Kowalski nos ha dejado pasar. Nosotros tres vamos de brujas, pero de las de verdad, de las de dar miedo, nada de eso de «brujas sexis».

Bree, disfrazada de chica fantasma, nos ha servido en la barra, y yo tan solo he dado el primer sorbo y ya estoy pensando en acercarme al despacho para buscar a Tyler. No me da tiempo a hacerlo, porque oigo su voz a mi lado antes:

—Hola, brujita.

Me giro a mirarlo. Va disfrazado de príncipe y alza una ceja para retarme a adivinar quién se supone que es. Es muy tonto, en serio. Tengo que morderme fuerte la sonrisa antes de contestar, igual que en esa saga de fantasía que él compró para mí:

—Hola, principito.

Su sonrisa se ensancha. Su mano trepa por mi muslo tras colarse por la abertura de la falda, acariciando el dragón.

—No me hagas *spoiler*, por favor, aún estoy terminando el cuarto libro.

Me acerco un poco más. De verdad que no puedo creerme que esté escuchando en audiolibro toda la saga que me ha tenido obsesionada, solo porque «quería saber de qué va esa movida y qué tiene de especial».

—Ah, pues te va a flipar lo que está por venir —digo pegada a sus labios.

—No lo dudo, nena.

Y tampoco duda ni un segundo más antes de besarme.

67

Human



Tyler

Noviembre trae frío y ella se pone mis sudaderas cuando se queda a dormir en mi casa.

Los primeros días de diciembre se envuelven en nostalgia y también en un dolor que aún araña y se abre paso hacia la superficie cuando ya no lo esperas. Sue se queda a mi lado. Me susurra al oído que soy fuerte y que soy la persona que ella elige y que vamos a encajar juntos todas esas piezas. Que merece la pena.

Estoy haciendo algunas obras en casa, así que nos quedamos en su apartamento entre semana y vivimos entre escombros al llegar el viernes.

Nos escondemos en ese refugio de sábanas con las que ella nos cubre por completo cuando llega el día del aniversario de la muerte de mi padre.

—Podemos quedarnos aquí —susurra, con nuestras cabezas enfrentadas sobre el colchón y sus ojos en los míos—. Todo el fin de

semana.

Así que nos escondemos juntos.

Y ya no estoy perdido, porque he encontrado un lugar donde *quiero* quedarme.

68

I Was Born To Love You



Sue

Es el primer cumpleaños sin mi hermano, así que el día ha sido agridulce. Las lágrimas han terminado por evaporarse mientras cenaba con mis mejores amigos y con Tyler sentado a mi lado.

Me ha regalado una edición ilustrada preciosa de *La historia interminable*. El tonto de Andrews ha dicho que soy como una niña pequeña, y no solo en cuanto a tamaño, así que me he visto obligada a lanzarle un tenedor y Craig se ha enfadado conmigo por agredir a su novio —sí, ya se han puesto la etiqueta—. Que nuestros amigos sean un poco payasos no ha deslucido su regalo, ni mucho menos. Y estoy deseando agradecérselo otra vez, y de un montón de maneras distintas, cuando entramos juntos en su piso.

—Tengo otra cosa para ti —anuncia, cuando ya me he librado de todo lo que cargaba en las manos.

—¿Por qué?

Se sitúa a mi espalda y me habla al oído:

—Porque es tu cumpleaños, suricata.

Me tapa los ojos y yo me río mientras me guía por la casa, dando vueltas para despistarme hasta abrir una puerta, hacerme dar un paso en el interior y permitirme echar un vistazo.

Abro la boca cuando lo veo. Me giro a mirarlo y luego miro el cuarto otra vez. Ese que antes no era una habitación, sino solo un trastero al que nadie entraba. Se suponía que lo estaba remodelando para montar un pequeño gimnasio. Y ahora es... Es un cuarto de revelado. Y lo tiene todo: las cubetas, los reactivos, el papel, las cuerdas para colgar las fotografías...

—Tyler, ¿qué es esto?

Sonríe y el hoyuelo se le marca más que nunca, y creo que se pone un poco rojo, y a mí me parece monísimo en más planes de los que puedo abarcar.

—Siempre te quejas de que no hay horas para reservar el de la facultad y yo tenía una habitación que no se usa, así que...

No le dejo decir más, porque me cuelgo de su cuello y le doy un beso que a los dos termina por dejarnos sin aliento. Su sonrisa me hace cosquillas en los labios.

—¿Te ha gustado?

—Claro que sí, no tenías...

—Vale, porque te he hecho una copia de las llaves para cuando quieras venir a usarlo.

—¿Qué?

Esta vez me besa él.

Me paso un rato cotilleando todo lo que ha comprado para equiparlo y tan emocionada como una niña con un juguetito nuevo (a lo mejor Andrews tenía un poco de razón). Y él permanece ahí, apoyado en el marco de la puerta y observándome con una sonrisa.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —pregunta mucho después, cuando estoy recostada sobre su pecho en el sofá—. Te va a parecer una locura.

Me incorporo para mirarlo. Parece nervioso.

—¿Qué?

—Ahora tienes aquí ese cuarto, tienes las llaves, el baño invadido con tus cosas, y ese cajón que reservé para tu tanga y está esperando a que lo llenes con el resto de tu ropa interior... ¿Por qué no te vienes a vivir aquí?

Me echo hacia atrás para ganar distancia.

—¿Qué dices?

Esboza una sonrisa insegura.

—Vuestro apartamento es enano, y se suponía que era algo temporal. Craig tendrá una habitación por fin, y tú y yo nos apañamos bien, ¿no, nena?

Me late el corazón a mil por hora e intento con todas mis fuerzas buscar todas esas razones por las que esto es una mala idea, pero me vencen las ganas y me burbujean por dentro.

—¿Y qué pasa con... *el espacio*?

—¿Qué espacio?

—¿Estarías cómodo teniéndome siempre aquí?

—Yo estoy muy cómodo a esta distancia —dice, con una sonrisa traviesa—. ¿Y sabes cómo estoy más cómodo? —Me coge la mano y tira suavemente de mí hasta conseguir que me suba a su regazo—. A esta. Así estoy perfecto, Susie. ¿Lo intentamos?

Me río. Me muerde el labio y se bebe mi risa.

—Vale —digo en su boca—. Lo intentamos, rubito.

69

Life To Come



Tyler

Sue odia la Navidad en la misma medida en que le gusta, creo. Y me parece que este año es mucho más complicado porque su hermano no está para celebrar las fiestas. Así que me trago el monstruito gruñón que tengo dentro y compro un árbol y un montón de decoración de esa que podría provocar ataques epilépticos.

—¿Qué es esto? —pregunta, parada en el umbral de la puerta, cuando llega a casa y me ve poniendo las primeras bolas.

—Es Navidad. ¿Me ayudas?

Decorar un árbol es más divertido cuando quienes lo hacen odian las cosas demasiado coloridas y brillantes y no paran de dejarlo claro cada dos segundos.

Todo merece la pena por ver su sonrisa y el modo en que arruga la nariz y dice:

—Tienes que dejar de hacer esta mierda, Ty. Odio que me cuides esforzándote para que no me entere.

Sonrío y la abrazo contra mi pecho.

—Sigue haciéndolo tú también, así estamos en paz.

—¿Qué quieres hacer los días de fiesta?

—He pensado que podrías venir conmigo a Sacramento. Solo si prometes no sacarle los ojos a Vanessa.

Se ríe y hace una mueca.

—Veré lo que puedo hacer.

El último día del año transcurre con una ruta en moto, una comida con mi madre y una cena con mis amigos. Están todos..., excepto Ash.

Sue bromea con Cam, se ríe con Mia y Emily, habla un montón con Ryan, y hasta cruza unas cuantas palabras amables con Vanessa. Y yo termino el año mirándola atontado y empiezo el siguiente besándola.

—Feliz Año Nuevo, suricata. Este va a ser mejor.

Sonríe.

—Sí, este va a ser mucho mejor.

70

One Year Of Love



Sue

Febrero es corto, pero es mi favorito. Porque tiene tarta y planes secretos conspirando con sus amigos y una fiesta de cumpleaños que él por fin empieza a creer que merece.

También tiene un regalo en forma de cuadro que colgamos en el salón, en el que he puesto su fotografía, que lleva escrito debajo «Lost boy», *el chico perdido*, junto a la mía, bajo la que pone «Broken girl», *la chica rota*. Y debajo de las dos, más grande, esa primera que tenemos juntos, en la que reímos a carcajadas, nos miramos y parecemos felices.

Somos felices.

Febrero también tiene el día en que nos conocimos, y Tyler se encarga de recordarme que lo besé sin esperar respuesta en medio de su club —yo insisto en que fue a un ladito— y que aún me debe una charla sobre consentimiento.

—Deberíamos hacerlo nuestro aniversario oficial —dice, entre beso y beso, enredados en las sábanas.

—Ni siquiera tenemos por qué tener de eso y, además, ni me caíste bien hasta... junio, por lo menos.

Me río cuando me clava los dedos en los costados como represalia.

—Es el perfecto aniversario. Me besaste a traición y yo no volví a besar a nadie más. Nunca. Creo que es un momento importante y debe remarcarse. ¿Y tú?

Me muerdo el labio.

—Bueno...

—¡Susie! —exclama, indignado, pero se le escapa la risa cuando se la contagio.

—Fue una chica en una fiesta. Ni siquiera me acuerdo.

—Para no acordarte, acabas de mencionarlo —gruñe, disconforme.

—No era yo misma en ese momento —intento arreglarlo—. No cuenta.

Mete la cabeza bajo las sábanas y me muerde justo encima del ombligo.

—Ty —lo llamo entre risas.

Cuando emerge, está totalmente despeinado y yo sigo sonriendo como una tonta.

—Dime, nena.

—Solo quería avisarte de que ya estoy segura.

—¿Lo estás?

Asiento. Lo miro a los ojos.

—Te quiero.

Me besa con intensidad. Yo aún tengo algo más que decir:

—Y me parece que sí, ¿sabes?, que vas a ser mi mejor momento y yo seré el tuyo.

Epílogo

Love Of My Life



Tyler

Julio

Pero ¿qué...? Mia y Ash están poniendo cara de inocentes después de devolverme mis reservas de tabaco para toda esta boda menguadas a menos de la mitad. Ya les vale.

Se ríen de una forma bastante ridícula y divertida. Evidentemente, están borrachas. Y no tardan mucho en largarse, lanzando piropos al aire para Sue, que acaba de aparecer a mi lado.

Le paso un brazo por los hombros cuando se abraza a mi torso.

—Ash lo está pasando fatal, ¿eh? —murmura, apenada.

No sé cómo han llegado al punto en el que están ahora, pero, vaya, se han hecho amigas. Hablan por teléfono pasando de mí y se leen los mismos libros para poder comentarlos. Son insoportables.

Y Ashley lo está pasando mal en esta boda, sí, reencontrándose con Cam después de dos años sin verse. Aunque no creo que para él

esté siendo mucho más fácil, tampoco.

—Sí —suspiro. Luego bajo la mirada para buscar sus ojos—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Sonríe.

—Muy bien. He machacado a Vanessa al *beer pong*.

—Te recuerdo que ya no la odias.

—Ah, ¿no? Bueno, que se joda igualmente.

Me ofrece una sonrisa inocente y yo suelto una carcajada a todo volumen. Y la miro. Otra vez. Con toda la atención. Olvidándome de todo el resto de gente que hay alrededor. Me pasaría mirándola toda la noche. Todas las noches. Toda la vida.

—¿Te he dicho ya que estás impresionante con ese vestido?

—¿Te refieres a después de haber conseguido que me lo quitara para echar un polvo mientras tu madre estaba en la planta baja y que luego tuviera que volver a retocarme el maquillaje?

—No has dudado mucho antes de pedirme que te bajara la cremallera —le recuerdo con una sonrisa pícara.

—Claro. —Se mueve para ponerse de frente, muy pegada a mí, y juguetea con mi corbata—. Eso ha sido porque tú también estás impresionante con este traje y me ha parecido que decirlo con palabras iba a resultar redundante.

Le paso los brazos alrededor de las caderas y la estrecho contra mi cuerpo.

—Hum. Redundante. ¿Lo es si te digo que te quiero?

—Un poco, sí. Deberías ser más original, Ty.

Bajo la cabeza, le beso el hombro, luego el cuello, cerca de ese tatuaje de bruja que lleva a juego con sus mejores amigos, y después detrás de la oreja en ese de la flor de dragón que se hizo por el otro amor de su vida. Le acaricio con las yemas de los dedos

la espalda al aire, sobre esa rosa que se hizo pensando en mí. Susurro en su oído:

—Sí que lo eres, Sue.

Pone los brazos alrededor de mis hombros y me acaricia el pelo de la nuca con mimo.

—¿El qué?

—El amor de mi vida. De esta y de todas las que pueda llegar a vivir. Y eres mi mejor momento también, todos los días.

Se echa hacia atrás hasta que consigue conectar nuestras pupilas.

—No te adelantes, rubito. Aún queda mucho por vivir, ¿no?

Sonrío, pagado de mí mismo. Muy seguro de que ella se siente exactamente como me siento yo.

—Entonces, vívelo conmigo.

Hace una mueca.

—¿Todo?

Le pellizco la cintura y se ríe.

—Todo, sí.

—Como se te ocurra hincar la rodilla en el suelo, voy a hacer que te arrepientas del día en que me conociste, Sparks —bromea.

Suelto una carcajada. Ya sabe perfectamente que eso no va a pasar. Que eso no va con nosotros, que no es el plan establecido el que vamos a seguir. Al fin y al cabo, ¿por qué íbamos a hacerlo todo por el camino recto si nos encontramos el uno al otro en uno lleno de curvas y plagado de maleza, muy lejos del sendero principal? Es así como la quiero: libre y salvaje.

—Claro que no, qué convencionalismo tan absurdo.

—Sí. Alguien debería decirles a Em y a Scott que no hacía falta montar todo este paripé. Y, por cierto, hablando de los novios, antes me he ofrecido a entretener un rato a Dylan, así que debería ir a cumplir mis promesas. ¿Vienes?

Miro a un lado y veo a Vanessa haciéndome señas disimuladas desde la barra. A saber qué querrá ahora. Lleva toda la noche entreteniendo a la periodista de Cam y viene a quejarse conmigo cada vez que puede.

—Voy enseguida.

Sue sigue la dirección de mi mirada y asiente. Se estira para darme un beso en la mejilla antes de apartarse.

—Ella está haciendo más de niñera que yo esta noche —se compadece de Vanessa a su manera.

—Desde luego.

—Hablando de niños... —Se ríe a carcajadas al ver mi expresión —. Era broma. Pero no del todo. O sea, ya lo hablaremos dentro de muchos *muchos muchos* años.

La cojo por la cintura para atraerla de nuevo hacia mí y besarla antes de que pueda irse.

—Dentro de unos cuantos años —me muestro de acuerdo.

Nunca he creído que yo... Jamás me he imaginado como padre, porque siempre he tenido dentro la sensación de que no sabría hacerlo, de que condenaría a un crío a repetir todo lo peor de mi pasado y la mayoría de mis errores. También pensaba que alguien como yo no lo merecía. Y que el mundo tampoco merecía más de *mí.* Pero, cada vez que veo a Sue con Dylan, pienso que con ella sí que tendría sentido. Que, como ella dice a veces, dos negativos hacen un positivo y eso es lo que logramos nosotros cuando estamos juntos. Así que... ¿quién sabe? Tal vez algún día, ¿no? Quizá algún día.

—Lo que sí que vamos a hablar ya es lo del gato.

Frunzo el ceño.

—Susie...

—Bebé o gato, Tyler, tú verás —se burla, y se larga de aquí riéndose de mí.

La miro mientras se pierde entre la gente. No me doy cuenta de que estoy sonriendo como un tonto hasta que me doy la vuelta y Vanessa hace un gesto exasperado y pone los ojos en blanco. Y me doy prisa en acercarme a cotillear con mi amiga.

Un buen rato después estoy con Ryan y su novio Ben, y con Lynn *la periodista* y Cam —entre quienes, por cierto, hay cierta tensión incómoda flotando en el ambiente—. Ni rastro de Sue. Llevo media noche sin verla por ninguna parte. Precisamente eso estoy diciéndoles a mis amigos, bromeando acerca de que no debería haber dejado que intimara tanto con las chicas porque ahora pasa de mí cada vez que venimos a Sacramento. Y entonces oigo los primeros acordes de la canción... Nuestra canción.

Sonrío demasiado, y puede que esté poniendo una cara de idiota que mis amigos me recordarán para el resto de mis días, cuando la veo abrirse paso entre la gente para venir hacia mí. Va bailando, sin importar el ridículo, y cantando (aunque no se le oiga por encima de la música) eso de que cada febrero seré su Valentín.

Y, si todo esto con ella es un sueño adolescente, voy a seguir cantándoselo al oído y sin querer despertarme jamás.

Sue

Septiembre

Vale, a lo mejor se me ha ido de las manos sin querer. ¿He dicho sin querer? Está bien, puede que sí que sea un poco mentirosa, porque

quería, y quería *mucho*, cuando me he ofrecido a llevarme al pobre animalito a casa.

Un compañero del estudio se la encontró cuando estuvo haciendo una sesión para un anuncio publicitario en las afueras. Los seguía a todas partes y no tuvo corazón para dejarla allí. Pero, claro, él tiene un perro enorme al que no le caen muy bien los gatos, así que la gatita gris y blanca de apenas tres meses se convirtió en el problema de todos. Lleva una semana viviendo en el local del estudio y no puede seguir quedándose allí si no queremos que nos destroce alguna *softbox*.

Abro la puerta de casa con sigilo, con la caja de cartón abierta en la que la he traído hasta aquí en la mano, y le hago una seña para que guarde silencio cuando intenta asomarse por el borde para explorar. Es adorable. Hasta el gruñón de Tyler tiene que darse cuenta de eso.

—¿Sue? —me llama desde el salón.

Avanzo un par de pasos para asomarme y le dedico una sonrisa de lo más inocente. Claro que es probablemente eso lo que le hace fruncir el ceño de inmediato.

—¿Qué has hecho? —pregunta.

—¿Qué? ¿Por qué tendría que haber hecho algo?

Enarca una ceja, con esa expresión autoritaria que siempre me da ganas de morderle la boca y hacerlo ocupar su sitio entre mis piernas. A lo mejor si hago eso ahora mismo me perdona lo de la gata.

—¿Qué llevas ahí? —Señala la caja de cartón.

Ya estamos en septiembre, lo que significa que uno de estos días será ese en que me dijo que deberíamos salir juntos y yo dije «vale, lo intentamos», y aquí estamos intentándolo y el siguiente nivel es adoptar una gata. A lo mejor se lo puedo vender así. O a lo mejor le

puedo decir que es un regalo de aniversario, aunque no sepamos ni cuándo narices deberíamos celebrarlo.

—Nada. Nada de nada. ¿Por qué?

Al mismo tiempo que hago la última pregunta, la inoportuna gata suelta un maullido y pone las dos patas en el borde para impulsarse y asomar esa cabeza enana que tiene.

—¿Qué cojo...? Susie.

—Taylor —respondo en el mismo tono de advertencia que usa él, aunque mucho más divertida.

Y la kamikaze felina se lanza desde la caja, que está en mis brazos, hasta el suelo y empieza a pasearse por ahí como si la casa fuera suya. Me parece que hace bien, al fin y al cabo, la casa es suya ya.

—¡Ten cuidado, le encanta meterse debajo de los sofás! —advierto, cuando la veo correr hacia allí.

Tyler se agacha y la caza cuando pasa por su lado. La levanta con una mano —la pobrecilla le cabe casi entera en el puño— y la pone a la altura de sus ojos para mirarla a la cara.

—Tú, ¿adónde crees que vas?

Dejo las cosas sobre la mesa e intento escabullirme hacia el baño, porque creo que es buena idea dejarlos solos para que se vayan conociendo. Pero, entonces, Tyler vuelve a hablar y esta vez tengo claro que lo hace conmigo.

—Y *tú,* ¿adónde crees que vas?

Me vuelvo y le sonrío.

—Es una historia...

—¿Ya empiezas con eso, mentirosa? Explícamelo, largo o corto, resumido o por fascículos, como tú quieras, pero explícame por qué de repente tengo un gato en casa.

—Gata.

—Irrelevante.

—Solo quería ser precisa.

—Sue.

—Vale. —Levanto las manos—. Es la gatita que teníamos en el estudio. No puede seguir quedándose allí, y echarla a la calle sería terriblemente cruel por tu parte, así que, en resumen, ahora tenemos una gata.

Gruñe y la gata suelta un maullido muy alto de protesta por seguir retenida en su mano. Se me escapa la sonrisa.

—Creo que esto tendríamos que haberlo hablado —opina.

—Lo estamos hablando ahora.

—¿Ahora que ya está en casa?

—Ha sido una decisión rápida y no meditada, nadie podía llevársela y necesitaba una familia, así que...

—Rápida y no meditada, ¿eh? ¿Por eso me dijiste ayer que hoy necesitabas llevarte el coche y no la moto? ¿Porque no planeabas traer esta cosa?

Me muerdo el labio. Igual también va a tener razón con eso de que miento mucho peor de lo que me creo.

—Pero, Ty, mírala. Es muy pequeña, está indefensa, necesita amor.

—No tenemos nada de lo que necesita un gato —pone pegas.

Me acerco con cara de buena y acaricio a la gatita, que ahora está trepando por su camiseta.

—En realidad, sí, he dejado una bolsa con algunas cosas básicas en la entrada.

—Joder, Sue.

—Eh, solo la he traído para que la conozcas, ¿vale? Por supuesto que no vamos a quedárnosla si no quieres —digo, mucho más seria y planteando la conversación de verdad—. No podíamos dejarla en

el estudio, pero Craig ha dicho que pondrá un anuncio en la clínica para buscarle adoptante, si tú eres, y esto son palabras textuales, «tan podrido de alma como para no quererla». Y, por cierto, te recuerdo que mañana tenemos la cena de inauguración del piso de Craig y Harvey, por si se te había olvidado. Y también quería comentarte que he pensado en el lugar ideal para que Mia se instale cuando se mude a la ciudad dentro de dos semanas.

Se quita a la gata del hombro, se la pone en el antebrazo y deja que le mordisquee los dedos mientras intenta controlarla. Me mira con una sola ceja alzada.

—Tienes una cabecita tan fascinante como diabólica, suricata.

Suelto una carcajada. Luego me acerco un poco más.

—He llegado del trabajo y ni siquiera me has dado un beso —protesto.

Sonríe y luego me besa. La gatita se retuerce y maúlla entre los dos.

—Te odio —murmura Tyler en mi boca.

—¿Quién es el mentiroso ahora?

Su sonrisa me hace cosquillas en los labios.

—Vale, vamos a ver qué hacemos con esta cosa —dice, y vuelve a levantar a la gatita para mirarla bien desde todos los ángulos.

Tiene la cola algo torcida, es pequeña y enclenque, con el pelo un poco deslucido, y le falta un trozo de la oreja derecha. No me quiero ni imaginar lo mal que lo tuvo que pasar por ahí hasta que la encontraron.

—Podemos tenerla hasta ver si le sale algún adoptante.

Me mira y frunce el ceño.

—¿Y que vaya de una casa a otra creyéndose que es culpa suya que no la quieran en ninguna? Claro que no vamos a hacer eso.

Sonrío.

—Es una gata, no uno de tus niños.

—¿Estás segura de que es una gata? —Vuelve a examinarla y hace una mueca—. Está rota, Sue. ¿No podías haber traído una gata entera?

Le doy un manotazo en el brazo y se le escapa por fin esa sonrisa que estaba conteniendo.

—Craig dice que está bien, las heridas están curadas y, aunque es un poco pequeña para su edad, está sana. La ha desparasitado y vacunado ya. Y, bueno, si está rota, me parece que ha venido al lugar adecuado, ¿no, rubito?

Me mira y veo tantas cosas en sus ojos que se me hincha el pecho y se me llena el corazón con más amor. Más aún. Más cada día.

—Vale. Nos la quedamos —concede, y yo doy un saltito y me cuelgo de su cuello, lo que le hace reír suavemente—. Pero te encargas tú de limpiar sus cacas.

—Me comprometo a ello —digo solemnemente.

—¿Y cómo vamos a llamarla? ¿*Bicho roto*?

Hago una mueca. Luego se me ocurre.

—*Broken*.

Tyler me mira, la mira y me vuelve a mirar a mí.

—*Broken* —repite, y asiente—. Me gusta. Muy bien, *Broken*, ve a investigar por ahí, pero no rompas nada o te las tendrás que ver conmigo.

La deja en el suelo y la gata vuelve a maullar muy alto.

—Es monísima.

Él pone cara de no estar muy de acuerdo.

—Hace cinco minutos que la conozco y ya se ha lanzado temerariamente desde una altura considerable, me ha arañado, me

ha mordido... ¿Sabes qué? Es exactamente lo que hiciste tú, así que puede que acabe por enamorarme de ella, ¿no?

Le saco la lengua y él se ríe. Doy un paso adelante y me abrazo a su torso. Cierro los ojos cuando me envuelve en sus brazos y me siento... en casa. Ahora tengo esa sensación cada día.

—Te quiero muchísimo, Tyler —digo, con la voz amortiguada contra su camiseta.

Me hace cosquillas entre el pelo con las yemas de los dedos y baja la cabeza para besarme la frente.

—Yo también te quiero, nena.

Me aparto y levanto la vista para clavar los ojos en los suyos.

—Si hay alguien que pueda arreglar una gata hecha de piezas rotas, esos somos nosotros, ¿no crees?

Y él vuelve a abrazarme tan fuerte que todas mis piezas rotas parecen unirse y encajar en su lugar.

Agradecimientos



Esta, si me lo permitís, me la voy a agradecer a mí. Por aquel instante en que esta historia apareció en mi cabeza y supe que tenía que escribirla algún día. Por todo el tiempo que la atesoré y la dejé madurar, hasta que llegó el momento en que me cosquilleó tanto en las yemas de los dedos que tuve que sentarme y dejar que ellos hablaran. Por sentirla tanto y recordarme por qué me apasiona escribir.

Gracias a todas las personas que durante tanto tiempo (e insistentemente) me han recordado que Tyler merecía su propia historia. Creo que, por fin, le hemos hecho esa justicia que siempre ha merecido.

A todas las que lo han odiado, también, porque me han reafirmado en aceptarlo y quererlo con todas sus sombras y toda esa luz que él aún estará tan solo empezando a creer que irradia.

Gracias a Tyler, por sus grises y sus aristas, por rebelarse y enseñarme que hay mucho más entre líneas que eso que se cuenta en ellas. Por no querer irse de mi cabeza, incluso después de haber contado su historia.

A Sue, porque todas esas piezas rotas que te componen hacen de ti la mejor protagonista femenina que he tenido la suerte de escribir hasta el momento. Y por encontrarlo, eso también.

A quienes leyeron esta novela antes que nadie y se emocionaron con ellos y conmigo y me confirmaron que no había perdido la magia, que debería seguir escribiendo porque hay historias que merecen ser contadas.

Gracias a Crossbooks, como siempre, por dar cobijo a toda esa gran familia de personajes del universo Bad Ash y darme espacio y tiempo para que pueda seguir haciéndolos crecer. Irene, Miriam, Andrea, Anna..., aún me quedan unas cuantas historias que contar, ojalá sigáis queriendo que las contemos juntas.

A mi familia, por apoyarme en todo siempre. Sin eso, no estaría escribiendo estas líneas.

A ti, que le has dado una oportunidad a esta novela, espero que haya sido ese abrazo que pueda ayudarte a recomponerte cuando lo necesites.

Tyler. Piezas rotas
Alina Not

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: María Pascual Alonso, 2024
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.crossbooks@planeta.com
www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Imploding the Mirage © Kobalt Music Publishing Ltd., 2020. Compuesta por Brandon Flowers / Jonathan Rado e interpretada por The Killers.

© Ilustración de cubierta: Shutterstock

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-08-30639-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta